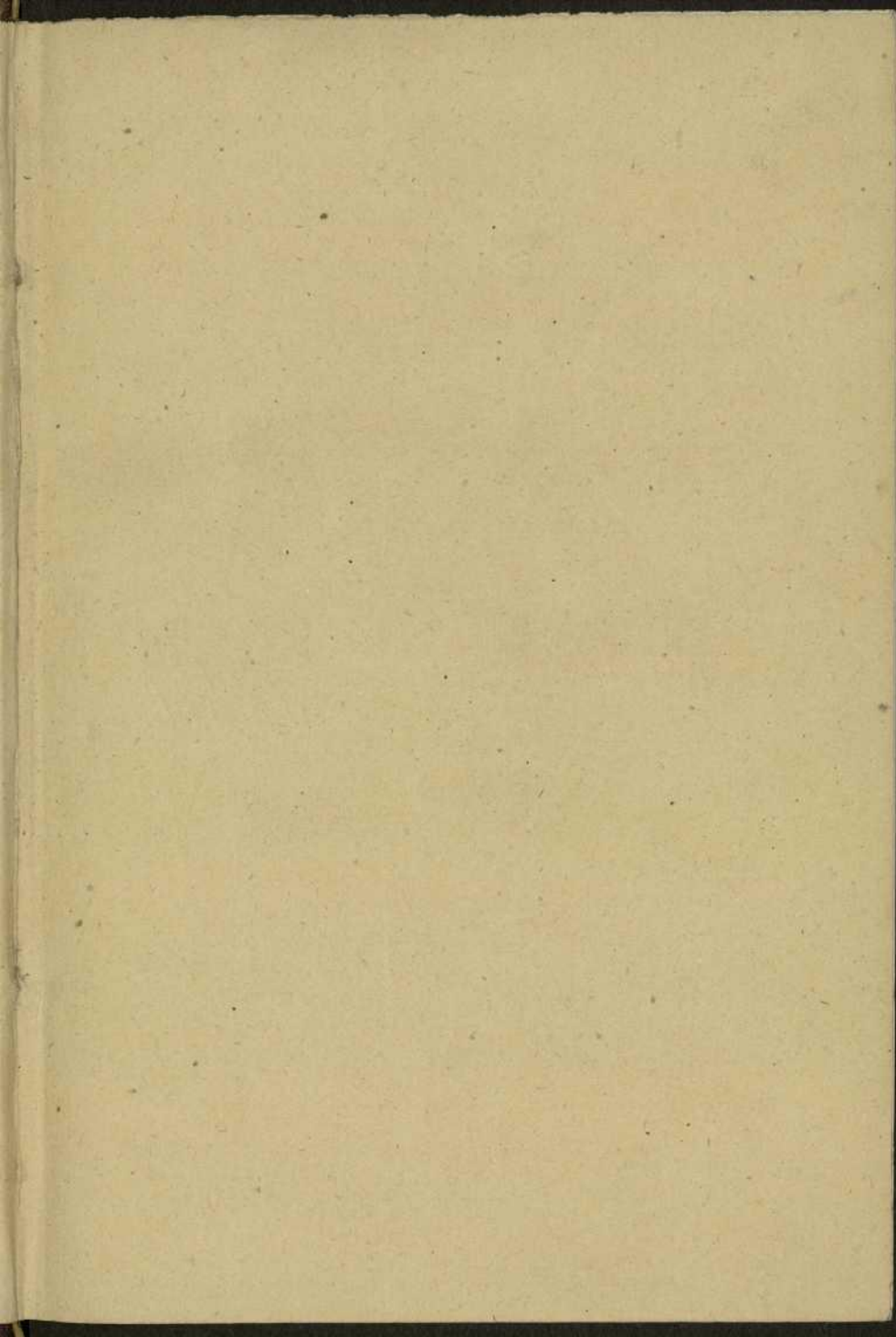


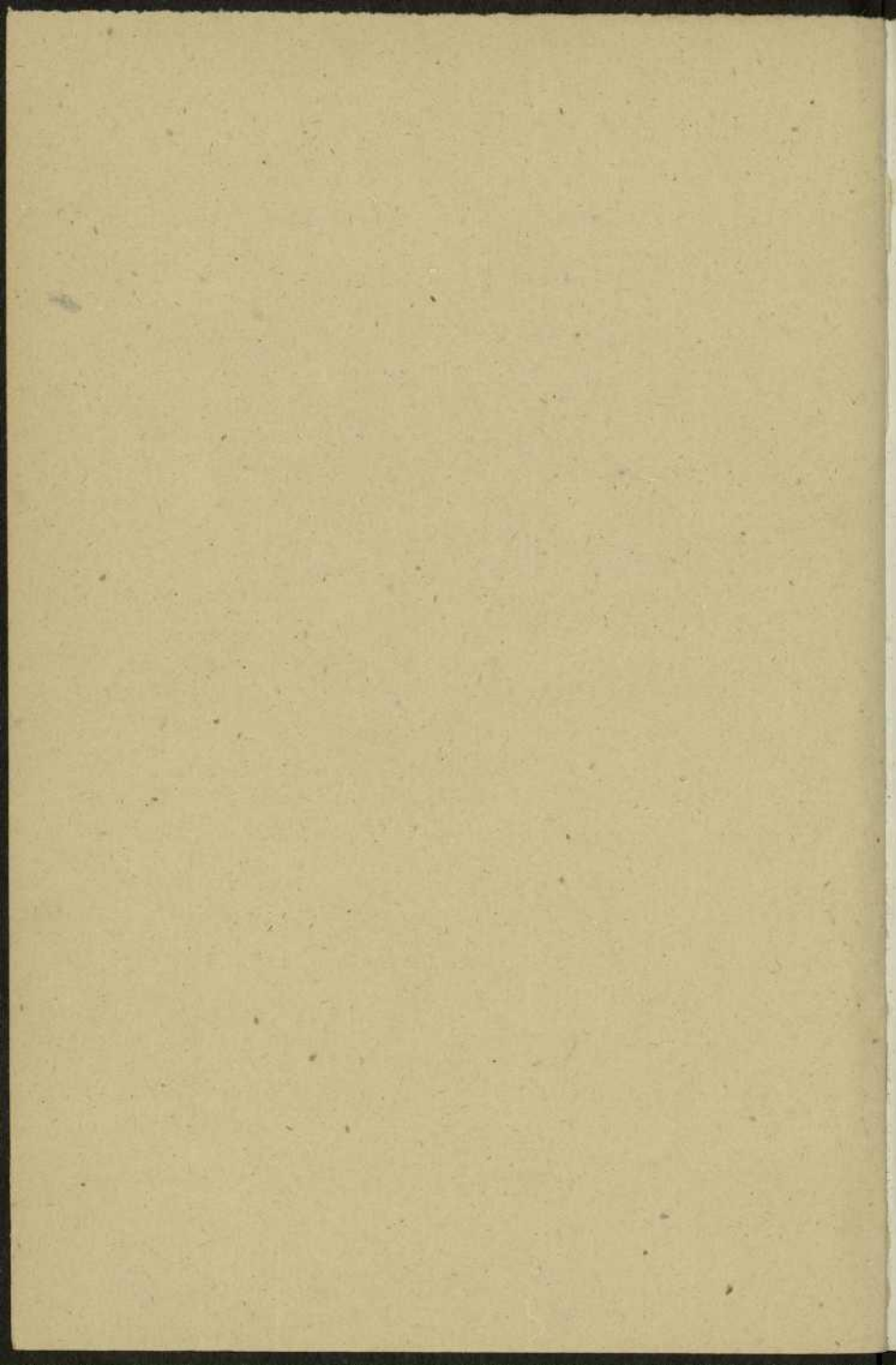


127

16137
~~8030~~

21
—
146





LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial
dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de unas 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas, y ricamente encuadernados á la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva.		Seccion Recreativa.	
	Tomos		Tomos
La Geografía Universal, por Malte-Brun, Balbi y otros.	2	Historia de Gil Blas de Santillana, por Mr. Le Sage.	2
Atlas Geográfico Universal, compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	1	El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda, por J. A. Fleury.	3	Ivanhoe, por Sir Walter Scott.	1
Historia de Italia, por Julio Zeller.	2	Quintin Durward, por Sir Walter Scott.	1
La Moral Social, por Adolfo Garnier.	1	Rob Roy, por Sir Walter Scott.	1
Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia, por el P. Fernando Scio (con licencias).. . . .	1	Guy Mannering y el Oficial Aventurero, por Sir Walter Scott.	2
Historia Antigua, por Mr. Guillemin	2	Los Tres Mosqueteros, por Dumas.	2
Historia Romana, por V. Duruy.	2	Obras selectas, críticas, satíricas y jocosas, de D. Francisco de Quevedo y Villegas.	1
Historia de Portugal, por Bouchot..	1	A Bordo y en Tierra, por Fenimore Cooper.—Primera parte.	1
Historia de Rusia, por Romey y Jacobs.	2	Lucia Hardinge, por Fenimore Cooper.—Segunda parte de A bordo y en Tierra.	1
Historia de las Cruzadas, por Michaud y Poujoulat.	1	Veinte años Despues, por Dumas.—2.ª parte de los Tres Mosqueteros.	2
Historia de Francia por Teófilo Lavalée (vsn publicados 5 tomos.)		Los Amores de Paris, por Feval.	2
		El Vizconde de Braglone 3.ª parte de los Tres Mosqueteros.	6
		Cantos del Trovador, por D. José Zorrilla.	1
		Trabajos de Pársiles y Sigismunda.—La Jitanilla y Rinconete y Cortadillo, por Miguel de Cervantes Saavedra.	1

EN PRENSA.

Historia de los Estados Escandinavos.	La Bruja del Mar.
Historia de los Estados Unidos.	El Corsario Rojo.
Historia filosófica de la Mujer.	Los Piratas del Mississipi.
Historia Griega.	Bella-Rosa.
Cronología Universal.	Recuerdos de un Médico.
	El conde de Lavernie.

PUBLICADA FUERA DE SECCION.

La Sagrada Biblia, en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel. 16 tomos.

EN PRENSA.

Historia de los Soberanos Pontífices, por Artaud de Montor. . . de 12 á 14 tomos.
Publicados, 6 tomos.

LAS OBRAS DE LAMARTINE, traducidas por D. Angel Fernandez de los Rios.

LA MARAVILLA

Publicada los días martes y jueves en la tarde a las 4 y 6 de la tarde.

Quinta edición

1888

POR D. MIGUEL B. RIALP.

Impreso en la imprenta de D. Miguel B. Rialp, en la calle de San Mateo, número 10, en la ciudad de Madrid.

CONTENIDO DE LA OBRA

Sección Instructiva

1	El deber de los padres
2	El deber de los hijos
3	El deber de los hermanos
4	El deber de los amigos
5	El deber de los ciudadanos
6	El deber de los soldados
7	El deber de los religiosos
8	El deber de los artistas
9	El deber de los científicos
10	El deber de los políticos
11	El deber de los magistrados
12	El deber de los jueces
13	El deber de los abogados
14	El deber de los médicos
15	El deber de los enfermeros
16	El deber de los farmacéuticos
17	El deber de los veterinarios
18	El deber de los ingenieros
19	El deber de los arquitectos
20	El deber de los pintores
21	El deber de los escultores
22	El deber de los músicos
23	El deber de los actores
24	El deber de los escritores
25	El deber de los periodistas
26	El deber de los profesores
27	El deber de los alumnos
28	El deber de los maestros
29	El deber de los directores
30	El deber de los inspectores
31	El deber de los funcionarios
32	El deber de los empleados
33	El deber de los obreros
34	El deber de los jornaleros
35	El deber de los campesinos
36	El deber de los artesanos
37	El deber de los comerciantes
38	El deber de los industriales
39	El deber de los banqueros
40	El deber de los banqueros
41	El deber de los banqueros
42	El deber de los banqueros
43	El deber de los banqueros
44	El deber de los banqueros
45	El deber de los banqueros
46	El deber de los banqueros
47	El deber de los banqueros
48	El deber de los banqueros
49	El deber de los banqueros
50	El deber de los banqueros

Sección Recreativa

1	El deber de los padres
2	El deber de los hijos
3	El deber de los hermanos
4	El deber de los amigos
5	El deber de los ciudadanos
6	El deber de los soldados
7	El deber de los religiosos
8	El deber de los artistas
9	El deber de los científicos
10	El deber de los políticos
11	El deber de los magistrados
12	El deber de los jueces
13	El deber de los abogados
14	El deber de los médicos
15	El deber de los enfermeros
16	El deber de los farmacéuticos
17	El deber de los veterinarios
18	El deber de los ingenieros
19	El deber de los arquitectos
20	El deber de los pintores
21	El deber de los escultores
22	El deber de los músicos
23	El deber de los actores
24	El deber de los escritores
25	El deber de los periodistas
26	El deber de los profesores
27	El deber de los alumnos
28	El deber de los maestros
29	El deber de los directores
30	El deber de los inspectores
31	El deber de los funcionarios
32	El deber de los empleados
33	El deber de los obreros
34	El deber de los jornaleros
35	El deber de los campesinos
36	El deber de los artesanos
37	El deber de los comerciantes
38	El deber de los industriales
39	El deber de los banqueros
40	El deber de los banqueros
41	El deber de los banqueros
42	El deber de los banqueros
43	El deber de los banqueros
44	El deber de los banqueros
45	El deber de los banqueros
46	El deber de los banqueros
47	El deber de los banqueros
48	El deber de los banqueros
49	El deber de los banqueros
50	El deber de los banqueros

EN BREVE

El deber de los padres, el deber de los hijos, el deber de los hermanos, el deber de los amigos, el deber de los ciudadanos, el deber de los soldados, el deber de los religiosos, el deber de los artistas, el deber de los científicos, el deber de los políticos, el deber de los magistrados, el deber de los jueces, el deber de los abogados, el deber de los médicos, el deber de los enfermeros, el deber de los farmacéuticos, el deber de los veterinarios, el deber de los ingenieros, el deber de los arquitectos, el deber de los pintores, el deber de los escultores, el deber de los músicos, el deber de los actores, el deber de los escritores, el deber de los periodistas, el deber de los profesores, el deber de los alumnos, el deber de los maestros, el deber de los directores, el deber de los inspectores, el deber de los funcionarios, el deber de los empleados, el deber de los obreros, el deber de los jornaleros, el deber de los campesinos, el deber de los artesanos, el deber de los comerciantes, el deber de los industriales, el deber de los banqueros.

El deber de los padres, el deber de los hijos, el deber de los hermanos, el deber de los amigos, el deber de los ciudadanos, el deber de los soldados, el deber de los religiosos, el deber de los artistas, el deber de los científicos, el deber de los políticos, el deber de los magistrados, el deber de los jueces, el deber de los abogados, el deber de los médicos, el deber de los enfermeros, el deber de los farmacéuticos, el deber de los veterinarios, el deber de los ingenieros, el deber de los arquitectos, el deber de los pintores, el deber de los escultores, el deber de los músicos, el deber de los actores, el deber de los escritores, el deber de los periodistas, el deber de los profesores, el deber de los alumnos, el deber de los maestros, el deber de los directores, el deber de los inspectores, el deber de los funcionarios, el deber de los empleados, el deber de los obreros, el deber de los jornaleros, el deber de los campesinos, el deber de los artesanos, el deber de los comerciantes, el deber de los industriales, el deber de los banqueros.

WILLIAMS PUEBLO DE SECCION

La obra se divide en dos tomos, uno de ellos de 500 páginas y el otro de 500 páginas.

EN BREVE

El deber de los padres, el deber de los hijos, el deber de los hermanos, el deber de los amigos, el deber de los ciudadanos, el deber de los soldados, el deber de los religiosos, el deber de los artistas, el deber de los científicos, el deber de los políticos, el deber de los magistrados, el deber de los jueces, el deber de los abogados, el deber de los médicos, el deber de los enfermeros, el deber de los farmacéuticos, el deber de los veterinarios, el deber de los ingenieros, el deber de los arquitectos, el deber de los pintores, el deber de los escultores, el deber de los músicos, el deber de los actores, el deber de los escritores, el deber de los periodistas, el deber de los profesores, el deber de los alumnos, el deber de los maestros, el deber de los directores, el deber de los inspectores, el deber de los funcionarios, el deber de los empleados, el deber de los obreros, el deber de los jornaleros, el deber de los campesinos, el deber de los artesanos, el deber de los comerciantes, el deber de los industriales, el deber de los banqueros.

El deber de los padres, el deber de los hijos, el deber de los hermanos, el deber de los amigos, el deber de los ciudadanos, el deber de los soldados, el deber de los religiosos, el deber de los artistas, el deber de los científicos, el deber de los políticos, el deber de los magistrados, el deber de los jueces, el deber de los abogados, el deber de los médicos, el deber de los enfermeros, el deber de los farmacéuticos, el deber de los veterinarios, el deber de los ingenieros, el deber de los arquitectos, el deber de los pintores, el deber de los escultores, el deber de los músicos, el deber de los actores, el deber de los escritores, el deber de los periodistas, el deber de los profesores, el deber de los alumnos, el deber de los maestros, el deber de los directores, el deber de los inspectores, el deber de los funcionarios, el deber de los empleados, el deber de los obreros, el deber de los jornaleros, el deber de los campesinos, el deber de los artesanos, el deber de los comerciantes, el deber de los industriales, el deber de los banqueros.

La obra de LA MARAVILLA, publicada por D. Miguel B. Rialp, en la calle de San Mateo, número 10, en la ciudad de Madrid.

HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.

TOMO V.

HISTORIA

FRANCISSES

FRANCISEN



Small, faint text at the bottom of the page, likely a publisher's mark or address, which is mostly illegible due to fading.





HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

traducida de la última edición

POR D. GREGORIO AMADO LARROSA.



El hombre marcha, pero Dios le guía.
FENELON.

TOMO QUINTO.

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

HISTORIA

DE LOS

FRANCESSES

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

POR D. BREGONDIA Y RAYO BARROSA

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.
calle Guardia, 45.

TOMO CUARTO

BARCELONA

LIBRERIA DEL PUERTO

Calle del Centro, 25

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTIN

Calle de la Vandalia, 5

1883

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DÉSENDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DÍAS.

TOMO QUINTO.

CONTINUACION DEL LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO VI.

Guerra de sucesion de España. (1698—1715).

§. I.—*Situacion de la monarquía española.—Causas de su decadencia.*—Los españoles habian adquirido en su lucha religiosa y nacional contra los árabes, lucha que no admitia transaccion, un carácter de extrema perseverancia, la mas ardiente energía y un ciego entusiasmo en las batallas, y no habian tenido mas existencia que la del campo de batalla por espacio de ocho siglos. Cuando acabaron de reconquistar su suelo y su religion del poder de los extrajeros é infieles, emplearon su actividad, no en el interior de su patria, donde existian tantos elementos heterogéneos que unir y confundir en una preciosa unidad, sino fuera de España arrastrados por el espíritu caballeresco, heróico y aventurero que llevó sus armas á Italia, á los Países Bajos, á Alemania, á Francia, á América y á la India. Agotóse bien pronto su actividad al esparcirla en tantos sentidos y por tantos pai-

ses, y su entusiasmo y sus movimientos se extinguieron y debilitaron rebosando mas allá de estos espacios inmensos (1).

Y esta fué la primera causa de su decadencia.

Los españoles representaron con su genio conquistador por espacio de un siglo el papel de los romanos; pero conservaron en sus guerras el carácter inexorable y exclusivo que debían al aislamiento de su patria y al espíritu de su lucha contra los árabes. No habían sabido asimilarse ni gobernar á los vencidos, pues los habían destruido ó esclavizado, y esta fué la causa de sus crueldades en América, en los Países Bajos y en Italia, y del odio que se acarreó su dominacion. Su espíritu emprendedor por el hábito de conquista y tenaz por la extension de sus luchas, estaba falto de moderacion en la fuerza y de habilidad en el mando. Esto ocasionó la separacion de los Países Bajos y de Portugal, y la rebelion continua de Cataluña y Sicilia.

Esta fué la segunda causa de su decadencia.

El espíritu de libertad municipal había alentado el movimiento interior de España y facilitado la salvacion y defensa del territorio. La dinastía austriaca combatió con ardor ese espíritu, y la formacion de la monarquía despótica de Felipe II llegó á agotar este manantial de actividad del país, sin destruir completamente el espíritu de localidad ni conseguir la unidad.

Una de las maravillas del siglo diez y seis es sin duda alguna la monarquía española tan rápidamente formada y que amenazó con ser la monarquía universal, pero la Europa no podía ser dominada mas que accidentalmente por esta península que es medio africana y medio europea, y que solo está en contacto con el Occidente por medio de la Francia. La monarquía española perdió en el reinado de Carlos V la corona imperial y sus pretensiones sobre la Alemania; en el de Felipe II y Felipe III los Países Bajos del norte; en el de Felipe IV Portugal, el Rosellon y el Artois; en el de Carlos II, Flandes, el Hainaut y el Franco Condado; en cada reinado se desprendía de una provincia para hacerse mas sólida, y hacia un movimiento de retirada que debía terminar por no ocupar mas que la península. En el reinado de Carlos II la poblacion de España se hallaba reducida á seis mi-

(1) Mignet, Negociaciones relativas á la sucesion de España, prefacio, p. 12.

llones de habitantes de los diez y seis que contaba al principio del siglo; no tenia mas ejército que veinte y cinco mil soldados desnudos y sin aliento, y se veia obligada á pedir prestadas naves á Génova para ponerse en comunicacion con sus colonias, y soldados al emperador para conservar el Milanésado. La soberana de las minas del Potosí hacia gravosos empréstitos y no hallaba quien la prestara un ducado; ciento sesenta mil extranjeros explotaban el comercio, la hacienda y los recursos de España, y su agricultura yacia expirante por la proscripcion de los moros, por la *Mesta*, el clero y los mayorazgos. «La muerte habia penetrado en todos los poros de su cuerpo social; en la nacion por la ruina de sus libertades; en el gobierno, por la destruccion de su marina, de sus ejércitos y sus rentas; en la propiedad, por la paralización del trabajo, las sustituciones y las donaciones á las comunidades religiosas; y en la poblacion, por la inaccion y la pobreza. No existia un escritor, un filósofo, un pensador, ni un hombre de estado; el hambre y la holgazanería se extendian sobre el país como una lepra. Nunca ha sido tan marcada la decadencia de una familia como la del Austria en España. Carlos V habia sido general y rey, Felipe II no habia sido mas que rey, Felipe III y Felipe IV apenas fueron reyes, y Carlos II ni siquiera fué hombre.

Era preciso pues que el continente acudiera otra vez á auxiliar á España, y que el espíritu europeo se introdujera en ella por medio de una nueva dinastía que la animase y la hiciese salir de la inmovilidad peninsular en que yacia por segunda vez (1). Ya no debia venir su movimiento de Alemania, sino de Francia, no solo porque su posicion geográfica parecia destinarla á no moverse mas que en la esfera de su país, sino porque debia terminarse la lucha que España y Francia mantenian dos siglos hacia con el establecimiento de la dinastía del país mas fuerte en el mas débil, proyecto que habia intentado Felipe II y que debia llevar á cabo Luis XIV.

El pueblo que ha estado siempre en lucha y en contacto con el continente, cuyo carácter es el mas social y cuya inteligencia la mas impresionable á todas las ideas, debia vencer al pue-

(1) Mignet, prefacio pág. 32.

blo aislado que no ha sido jamás el camino de las naciones, y que solo podía, entonces al menos, ponerse al corriente de la civilización por la conquista extranjera ó por matrimonios dinásticos.

El pensamiento dominante de Richelieu y de Mazarino consistía en hacer entrar á España en el sistema político de Francia, y este fué tambien el que siguió Luis XIV desde el principio de su reinado con tanto tino como buen éxito. El rey lo habia dejado en el olvido durante treinta años, arrojándose en pos de su venganza y de sus ideas de monarquía absoluta y católica, tan pronto sobre las Provincias Unidas como sobre Alemania, y en el momento en que meditaba abarcar otra vez este pensamiento, hallaba á toda la Europa cambiada por culpa suya. No tenia aliados; odiado por la usurpacion de algunas ciudades, habia sufrido dos coaliciones, y su reino se veia en fin en una situacion desastrosa cuando era preciso emprender una guerra universal para reclamar toda la monarquía española.

§. II.—*Precedentes á la sucesion de España.—Tratado de particion.—Testamento de Carlos II.*—Carlos II casó en primeras nupcias con María de Orleans, sobrina de Luis XIV, princesa que adquirió sobre él un inmenso ascendiente, y que murió envenenada, segun dicen, en 1689, por el partido austriaco; y se casó en segundas nupcias con una princesa de Baviera-Neuburgo. No tuvo hijos de ninguno de estos dos matrimonios, y el desgraciado rey, viejo ya á los treinta y nueve años, arrastraba una vida agonizante en medio de las ardientes intrigas que en torno de su lecho de muerte se alzaban para determinar su sucesion. Todos los príncipes que estaban unidos á la familia de España reclamaban su herencia, sin que nadie pensase en consultar el pueblo español, como si una nacion, decia Fenelon entonces, perteneciese á una hija del mismo modo que un prado ó una viña, ó como si una nacion fuese un dote (1).»

Felipe II habia casado á su primogénita con Luis XIII y á la menor con el emperador Fernando III. El hijo de la primera era Luis XIV, y el de la segunda el emperador Leopoldo. Felipe IV habia casado á su primogénita con Luis XIV y á la menor con

(1) Mignet, tomo III pág. 383.

Leopoldo. La primera era madre del delfín que tenia tres hijos, los duques de Borgoña, de Anjou y de Berry; la segunda habia tenido una hija casada con el elector de Baviera, la cual tenia un hijo. Al casar Felipe III y Felipe IV á sus primogénitas con Luis XIII y Luis XIV, les habian exigido la renuncia al trono, pero no la habian exigido de sus hijas menores. Segun estas relaciones de parentesco aparecian como pretendientes: 1.º el delfín como biznieto de Felipe III y nieto de Felipe IV; 2.º Leopoldo como nieto de Felipe III, y transmitiendo su derecho á su hijo menor, el archiduque Carlos, á quien habia tenido de segundo matrimonio; 3.º el príncipe de Baviera como biznieto de Felipe IV. Si no se admitian las renunciaciones de las esposas de Luis XIII y de Luis XIV, el derecho de la casa de Borbon era evidente y justo; si se admitian, el derecho del príncipe de Baviera era mas razonable que el de Leopoldo ó de su hijo Carlos. Pero Leopoldo tenia en su favor el nombre de Austria, la union constante de las dos ramas austríacas, y el odio constante de estas dos ramas contra la casa de Borbon.

Toda la Europa debia desear que no recayese la sucesion en el Austria ni en la Francia, sino en favor del príncipe de Baviera que apenas contaba cinco años de edad. Este era el deseo y parecer de los españoles que querian con empeño conservar intacto el haz de estados de su extensa monarquía. Carlos II hizo un testamento secreto (1695) por el cual instituia heredero universal al jóven príncipe, pero la reina de España, que era enteramente adicta al emperador, consiguió hacer pedazos este testamento, y Leopoldo ofreció enviar un ejército á Cataluña contra los franceses (continuaba todavía la guerra de la liga de Augsburgo), si el rey queria recibir al archiduque en Madrid y reconocerle por heredero. Carlos titubeó, aunque sus tendencias fuesen absolutamente austríacas, Leopoldo no envió sus tropas á Cataluña, pero no por eso dejó de parecer muy probable que el archiduque seria el que heredase toda la monarquía; hasta se creyó que se habia firmado un testamento secreto en su favor, y todos los aliados del emperador y principalmente Guillermo reconocieron en fin sus derechos á la sucesion de España.

Luis XIV seguia con atencion estas intrigas y desesperaba de hacer triunfar sus pretensiones; su embajador en Madrid, el

marqués de Harcourt, no había podido conseguir una audiencia del rey, y la corte de España parecía animada de un sentimiento hostil muy marcado contra la Francia. Dirigióse entonces Luis á Guillermo III, que desde la paz de Ryswick era el árbitro de Europa, y le propuso un reparto de la monarquía española entre los tres pretendientes como el único medio de conservar el equilibrio europeo. Guillermo adoptó esa idea, y se firmó un tratado en la Haya (11 de octubre de 1698) entre la Francia y las Provincias Unidas para la particion de la monarquía española. Destinábanse al delfín el reino de Nápoles, Sicilia, los presidios de Toscana y Guipúzcoa, cuyas posesiones habian de incorporarse á la corona de Francia; el archiduque de Austria debía heredar el Milanésado, y el príncipe de Baviera el resto de la monarquía. Los tres participantes debian comprometerse á rechazar cualquiera disposicion testamentaria hecha en favor de alguno de ellos por el rey de España, para respetar la particion.

Ese tratado era muy ventajoso para la Francia, que hubiera visto con placer sentado en el trono de España y de los Países Bajos á un representante de la casa naturalmente rival del Austria, y hubiese conseguido además una entrada en la península por Guipúzcoa, y en Italia por Nápoles y Toscana. Accedió al tratado el elector de Baviera, y el emperador lo rechazó. Carlos II se indignó al ver que los extranjeros se repartian su monarquía antes de bajar al sepulcro, y volviendo á sus primeras ideas, declaró heredero universal al príncipe de Baviera. Pero este niño murió algunos meses despues (6 de febrero de 1699), y fueron nulos el testamento de Carlos II y el tratado de particion.

Luis se apesadumbró con esta muerte de la cual acusó á la casa de Austria; estaba íntimamente convencido de que Carlos II haría otro testamento en favor del archiduque, y estando resuelto á llevar adelante su pretension y á defender su derecho, se veía en la precision de continuar la guerra para arrancar una parte de la sucesion. Trató pues de cortar la dificultad con un nuevo tratado de particion.

Esos tratados excitaron la justa cólera é indignacion de los españoles que miraban como una deshonna el desmembramiento de su monarquía. El único medio de evitar el riesgo, decian ellos, era conceder la herencia total á un príncipe austriaco ó á

un Borbon. Añadian que la Francia era infinitamente mas capaz que el Austria de conservar intactas todas las partes de la monarquía, que era fuerte y estaba unida y gobernada por un gran rey, que limitaba por todos lados las posesiones españolas, que habia sabido resistir por sí sola á toda la Europa reunida, y que agregando sus fuerzas á las de España venceria fácilmente al Austria, en tanto que si se tomaba un príncipe austriaco era inevitable el desmembramiento, porque no podia dudarse que Luis XIV llegaria á conquistar al menos los Países Bajos y el Milanésado. Bajo la influencia de estas ideas se formó entre la nobleza, el clero y el pueblo de España un partido resuelto á salvar la integridad de la monarquía, haciendo recaer la sucesion en un Borbon, aunque con la condicion expresa de que jamás habian de reunirse en una cabeza las dos coronas de Francia y España. Dispertábase de este modo el espíritu de las renunciaciones impuestas con solo este objeto á las esposas de Luis XIII y Luis XIV.

Los nobles españoles consultaron al marqués de Harcourt para saber si Luis adoptaria un testamento hecho en favor del duque de Anjou, hijo segundo del delfin, pero el rey le prohibió que diera ningun paso bajo este sentido pues estaba íntimamente persuadido de que Carlos II no consentiria jamás en desheredar á su casa en favor de un Borbon, y no pensó mas que en hacer otro tratado de particion que llevó á cabo (13 de mayo de 1700). Por este tratado se añadía á la parte de Francia la de Lorena que cambiaba por el Milanésado cedido al duque Leopoldo, y el archiduque heredaba la España, los Países Bajos y las Indias.

Esta segunda particion era menos ventajosa que la primera. Hacia dos siglos que la potencia austriaca envolvia por todos lados á la Francia, y habia combatido desde Francisco I para librarse de los peligros continuos de una situacion tan poco segura. Cuando queria marchar hácia delante en la frontera oriental, por donde está en contacto con el centro de Europa y donde forzosamente debia desplegar su actividad, se hallaba detenida por detrás, se veia entorpecida por los Pirineos y comprimida por España. La fatal necesidad de desembarazar continuamente su frontera del sudoeste que le habia impedido extender sus límites naturales del Rhin y de los Alpes, le obligaba á hacer desapare-

cer á cualquier precio este peligro que no le dejaba un momento de reposo ni de felicidad; era preciso no tener mas que el Austria á quien combatir, asegurar las espaldas haciendo entrar á España en el sistema político francés, y caer en adelante sobre el Rhin, los Países Bajos y los Alpes con todas las fuerzas de Francia y hasta con las fuerzas de España, convertida de este modo en un satélite forzoso y natural. La segunda particion contrariaba esta política; Francia hallaba siempre al Austria en los Pirineos, y no compensaban esta desventaja las posesiones de Italia, porque estas eran tan precarias que Luis negoció para cambiar á Nápoles y Sicilia por Niza y Saboya. La Lorena era una provincia desmantelada que se ocupaba cuando se queria, y que habituada cincuenta años hacia á la dominacion francesa, lo era por costumbre y por posicion.

Luis XIV tenia tanto deseo de conseguir pacíficamente alguna parte de la sucesion española, que se esforzó en hacer triunfar el tratado de particion. Pero el emperador lo rechazó diciendo que el archiduque no seria mas «que un rey aprisionado por la Francia»; se creía aun seguro de obtener la sucesion total, y no obstante desistiendo de su negativa, propuso que se diera á su hijo el Milanesado en cambio de los Países Bajos y de las Indias. Luis hubiera accedido á este cambio si no hubiese temido acarrearle inevitablemente la enemistad de Inglaterra y Holanda, que querian antes que todo impedir que la Francia poseyese los Países Bajos; y conservaba con mucho afan la alianza de estas dos potencias, persuadido de que el emperador cederia viéndole de acuerdo con ellas, y de que no cediendo, podria vencerle fácilmente en una guerra en que el alma de la liga de Augsburgo iba á ser la aliada de Francia. Rechazó pues el cambio á pesar de las instancias de su embajador de Viena el marqués de Villars. «El emperador, decia este, desea una verdadera unión mas sinceramente de lo que se piensa en Francia; pero como el rey no quiso creer jamás que el emperador deseara de buena voluntad repartir con él la monarquía de España, el emperador tenia igual duda y pensamiento que el rey (1).»

La noticia de la segunda particion causó mucha sensacion en

(1) Villars, t. I, p. 512 á 513.

España, Carlos II se quejó á toda la Europa, Harcourt salió de París temiendo el resentimiento de los españoles, y fué á tomar el mando de un ejército de cuarenta mil hombres que el rey organizaba en los Pirineos; y las provincias de la antigua corona de Aragon (Aragon, Cataluña y Valencia), proyectaron separarse de Castilla, cuya dominacion habian odiado siempre, y nombrarse un soberano particular. Viendo estos peligros de desmembramiento tanto en el exterior como en el interior, el partido francés se engrandeció y se convirtió en partido nacional. El cardenal Portocarrero, primer ministro de Carlos, «le pedia que convocase las cortes del reino para decidir con seguridad y valederamente un punto tan importante (1).» Efectivamente, habia llegado el caso en que es permitido á un pueblo obrar con toda libertad y elegirse un soberano, pero el enfermizo y débil monarca, imbuido en las ideas del poder absoluto, se creia con pleno derecho á disponer de una nacion como de una propiedad, y permaneció siempre indeciso, inquieto, rodeado de intrigas, inclinándose en favor de la casa de Austria, á pesar de las miserables disputas de etiqueta que la hacian enemigo del emperador, y hasta llegó al extremo de invitar al archiduque para que viniera á España.

El partido francés luchaba con esta apasionada inclinacion que el rey tenia á su familia, consiguió alejar á la reina del partido alemán, y el consejo de Castilla declaró á Carlos II que era preciso sacrificar los afectos de familia al interés de la nacion, y que el único medio de conservar la monarquía española consistia en hacer testamento en favor del duque de Anjou.

El desventurado rey se resistió todavía, y sintiéndose alarmada la conciencia consultó el asunto con el papa. Inocencio XI, segun el parecer de sus cardenales, le respondió que los reyes no pertenecen á sus familias sino á sus pueblos, y que las leyes de España, lo mismo que el bien de la cristiandad, exgian que diera la preferencia á la casa de Borbon. Carlos se decidió entonces á hacer un testamento (2 de octubre de 1700) en el cual, reconociendo que las renunciaciones de su tia y de su hermana no habian tenido otro objeto que el de impedir la reunion de los reinos de

(1) Torcy, t. I, p. 23.

España y Francia, llamaba para sucederle al duque de Anjou con la condicion de que renunciaria para él y sus herederos á los derechos que pudiera tener á la corona de Francia. Si el duque no admitia la herencia le sustituia el archiduque Carlos.

Carlos II murió (1.º de noviembre de 1700) veinte y ocho dias despues de haber firmado con profunda repugnancia este documento que desheredaba á su familia, que lo merecia naturalmente.

§. III.—*Luis acepta el testamento para el duque de Anjou.*—Todos los estados de la monarquía española dieron su aprobacion completa al testamento de Carlos II, y la junta de regencia envió una copia á Luis XIV, invitándole á que diera sus órdenes en nombre de su nieto á los vireyes, gobernadores, ministros y empleados de toda la monarquía. El rey se arrepintió del impulso que habia dado al tratado de particion, que no hubiera hecho si hubiese conocido mejor el espíritu que animaba á la corte de España. Pensó no obstante en un principio no aceptar el testamento, bajo la persuasion de que si lo hacia iba á ocasionar una guerra universal superior á las fuerzas que entonces tenia el reino, y sometió tan grave cuestion á un consejo extraordinario compuesto del delfin, del canciller Pontchartrain (1), del duque de Beauvilliers (2), y del marqués de Torcy. Beauvilliers se manifestó partidario del tratado apoyándose en la apurada situacion de la Francia y el canciller y Torcy del testamento. El canciller decia que «no podia desconocerse en el tratado de particion la enemistad antigua de la mano hábil y sagaz que habia dado á Francia nombres pero nunca cosas, ó mas bien, cosas imposibles de conservar. Si no se acepta el testamento, dijo Torcy, se perderán todos los derechos hasta de una parte de la sucesion, pues en este caso el archiduque sustituia absolutamente al duque de Anjou, y era forzoso pues conquistar esa parte á los austriacos, que serian entonces legítimos poseedores, apoyados por los españoles que defenderian con entusiasmo la integridad de su monarquía. Añadió que no debía contarse de ningun modo con la alianza de los ho-

(1) Dejó el ministerio de hacienda en 1699 para suceder al canciller Boucherat.
—(2) Saint-Aignan, gobernador del ducado de Borgoña, reputado como el hombre mas virtuoso de la corte. Era amigo íntimo de Fenelon, y el último gran señor que admitió el rey en su consejo.

landeses é ingleses, habiendo accedido Guillermo con tanta repugnancia al tratado, y no habiéndolo sancionado el parlamento de Inglaterra; y finalmente, que no teniendo que elegir entre la paz y la guerra, sino entre dos guerras, valia mas hacerla pretendiendo todo el derecho, que una parte sin derecho que no apaciguaria los odios de la Europa.»

El delfin habló en igual sentido. Luis se retiró, oyó igual parecer y consejo de los labios de madama de Maintenon, y permaneció tres dias sin tomar una decisiva determinacion. Declaró por fin al embajador de España que aceptaba el testamento, y presentó al duque de Anjou á su corte como rey de España con el nombre de Felipe V. « Sed buen español, dijo á su nieto, pero acordaos de que habeis nacido en Francia para conservar la union entre ambas naciones y defender la paz de Europa »

La aceptacion de la monarquía española para un Borbon era ciertamente una resolucion muy peligrosa, pero al mismo tiempo muy grande y gloriosa, y nos atrevemos á decirlo en voz muy alta, fué una resolucion nacional á pesar de las desgracias que con ella se ocasionaron. No hay duda que impelió á aceptar á Luis XIV la noble ambicion de ver á su nieto sentado en el trono de Carlos V. Pero tambien es cierto que obró así inspirado por el gran pensamiento político que dominaba el gabinete francés desde el reinado de Enrique IV. La Francia disfrutaba definitivamente sobre España la preponderancia ejercida en un principio por España sobre Francia, y que habia sido sucesivamente sacudida, aceptada y anulada. Este inmenso cambio se resumia en esta frase profunda, magnífica, y cuya verdad no se ha reconocido aun en toda su extension, en estas palabras que Luis XIV le dijo á su nieto al separarse de él: *¡Ya no hay Pirineos!*

«De modo que despues de doscientos años de guerra y negociaciones por algunas fronteras de los estados españoles, la casa de Francia obtenia con una plumada toda la monarquía sin tratados, sin intrigas, y hasta sin haber esperado esta sucesion (1).» «¿Qué hubieran dicho Fernando é Isabel, Carlos V y Felipe II, que tantas veces intentaron invadir la Francia, su natural enemiga, viendo á un hijo de la nacion odiada sentado en el trono

(1) Siglo de Luis XIV, c. 47.

de España por testamento del último rey de su estirpe, sin haber contribuido á este resultado ninguna promesa, y habiendo causado por el contrario extrema sorpresa al rey francés y á todos sus ministros que se vieron hundidos en la incertidumbre é irresolucion antes de aceptarlo (1)?»

§. IV.—*Temores y proyectos de las potencias extranjeras.*—Las potencias extranjeras quedaron llenas de estupor cuando supieron el contenido del testamento de Carlos II y la aceptacion de Luis XIV. Creyeron que el orgulloso rey habia engañado á toda la Europa con sus proposiciones de particion, que debia el logro del testamento al ardid y al engaño, que no observaria la cláusula relativa á la separacion de ambas coronas, y que Felipe V seria, mientras él viviese, su vasallo. «Los reinos de Francia y España, escribia el emperador, deben considerarse ya como un solo reino, y los franceses y españoles unidos, serán dentro de poco tiempo tan formidables, que podrán muy fácilmente someter á toda la Europa á su dominacion é imperio.»

Quedaba pues establecida la monarquía universal, la monarquía de Carlos V, y mas temible aun por la continuidad de sus estados. La Francia podia llevar al Rhin todas sus fuerzas sin inquietarse por los enemigos que antes tenia á sus espaldas, iba á tener por satélites á España é Italia, á reunir de hecho á esos Países Bajos tan codiciados y volviendo á abrir el puerto de Amberes, á amenazar Amsterdam y Lóndres; y sus naves, en fin, iban á dominar desde el golfo de Tarento hasta las bocas del Escalda, y á enviar los productos franceses á América y á la India.

Luis trató de demostrar á toda la Europa, especialmente á la Inglaterra y Holanda, que la aceptacion del testamento era un acto de pura necesidad y violacion forzosa de sus compromisos para afirmar la paz del mundo; que el tratado de particion hubiera ocasionado la guerra, negándose á aceptarlo el emperador; que los súbditos españoles no podrian ser divididos; y que la conservacion íntegra de la monarquía en provecho de un Borbon, que luego seria extraño á su familia, se oponia menos al equilibrio de Europa que la incorporacion de las Dos Sicilias, Lorena y Guipúzcoa á la corona de Francia.

(1) Saint-Simon, t. III, p. 49.

Todos los soberanos recibieron con aparente benevolencia estas explicaciones, á excepcion del emperador que se preparó en el acto á empezar la guerra, y tal vez este enemigo hubiera quedado aislado si Luis no hubiese desmentido las explicaciones que acababa de hacer y justificado los temores de Europa por un acto de mala fe que violaba la misma base del testamento de Carlos II.

El nuevo rey de España, príncipe de diez y siete años de edad, de carácter melancólico y mediana inteligencia, habia recibido una educacion escasa y extraña á la política. Partió (4 de diciembre de 1700) á tomar posesion de sus estados, y recibió cuando llegó á Madrid unas cédulas reales registradas por el parlamento de París (3 de diciembre de 1701), en las cuales Luis reconocia su capacidad de suceder á la corona de Francia en caso de extincion de la línea directa, segun su grado de parentesco, y aunque fuera soberano de otro reino (1).

Este acto odioso parecia un reto arrojado á los enemigos de Francia, pero todos tenian repugnancia de emprender la guerra, presagiando que iba á ser la mas terrible que jamás se hubiera visto. Madrid habia recibido en su seno á Felipe V con trasporte de sincero entusiasmo; este habia sido proclamado sin obstáculo en los Países Bajos, en Nápoles y en América, y le habian reconocido casi todos los estados europeos. La posicion de Luis XIV parecia muy formidable; la Francia dominaba por sí á sus aliados desde el mar del Norte al Mediterráneo, y desde Amberes á Tarento y Gibraltar: el imperio de los Borbones comprendia toda la Europa meridional, y tenia la cabeza apoyada en el Escalda, los piés en África y la mano en América. El anciano monarca se sentia renacer, se consideraba con nueva grandeza representando el papel de Carlomagno: su sol se habia libertado espléndidamente de las tinieblas de Ryswick, «y el siglo XVIII se inauguraba para él circundado de gloria y de inaudita prosperidad.»

Las potencias que habian formado una coalicion contra la Francia por la usurpacion de tres ó cuatro ciudades, estaban llenas de odio y envidia, se miraban recíprocamente y hablaban secretamente de volver á formar la grande liga. Nadie estaba tan

(1) Memorias de Lamberty, t. I, p. 388.

dispuesto á hacerlo como Guillermo, quien se creia burlado por Luis XIV y veia con desesperacion el engrandecimiento gigantesco de «la insolente nacion» que habia creído doblegar. Hallaba además el monarca inglés en una guerra contra Francia una senda de salvacion para su trono. Merced al ascendiente que tenia en las Provincias Unidas y á los temores que supo infundir sobre los proyectos de Francia, los estados generales hicieron bajo mano preparativos de guerra. Pero no halló la misma docilidad en Inglaterra; la paz habia ocasionado el descrédito del poder de los wigs, cuyo único sosten era la guerra contra Luis XIV, y los torys parecian muy cercanos de volver al ministerio. El parlamento negó al rey el dinero que exigia, le obligó á licenciar el ejército, y le persiguió tan encarnizadamente que mas de una vez pensó abdicar la corona. Aborrecian á Guillermo los wigs, porque querian restringir las prerogativas reales en beneficio de la aristocracia; los torys porque aborrecian la revolucion representada en su persona, y le odiaban tambien los jacobitas, que se rebelaban con tanta violencia, que si Jacobo II contando únicamente con la Providencia, no se hubiera negado á tomar parte en sus intrigas, es probable que una nueva conmocion hubiese restaurado á los Estuardos. No tuvo mas recurso que devorar su odien en el silencio y ocultar los proyectos con los cuales Luis XIV hubiera podido responderle derrocándole del trono. Se limitó á quejarse por la violencia del tratado de particion; excitó á la nacion inglesa á conservar la posicion de árbitra del continente, que habia adquirido en la última guerra y despues se consolidó en el trono excluyendo de la sucesion á la corona de Inglaterra á todos los herederos católicos, nombrando por sucesor de Ana Estuardo, y si llegaba á morir sin hijos, á una princesa protestante, á la duquesa de Hannover Sofia, nieta de Jacobo I por su madre, con la cual estaba casado Federico V, elector palatino y rey de Bohemia. Despues de haber dado este paso, esperó que el orgullo y las falsas medidas de Luis XIV le proporcionasen los medios de renovar la coalicion.

§. V.—*Ocupacion de los Países Bajos por los franceses.—Alianza de Luis XIV con los electores de Baviera y de Colonia, el duque de Saboya y el rey de Portugal.*—Hallándose la España sin fuerzas suficientes para defender por sí sola la Bélgica de la invasion

francesa, ocupaban guarniciones holandesas las principales plazas de esta provincia desde el tratado de Ryswick, y Carlos II habia nombrado gobernador de este país al elector de Baviera. Luis XIV consiguió secretamente de Felipe V la autorizacion para reemplazar las guarniciones holandesas con las francesas; se puso de acuerdo con el elector, y entrando repentinamente en los Países Bajos veinte mil hombres (20 de febrero de 1701), sorprendieron á los holandeses y se apoderaron de las plazas sin disparar un tiro.

Esta medida llenó de indignacion á las Provincias Unidas; era una violacion completa del tratado de Ryswick, y Guillermo dispertó el enojo de Inglaterra manifestándole el peligro que amenazaba á Lóndres ocupando los franceses los puertos de Amberes y Ostende.

Luego principiaron las negociaciones. Las Provincias Unidas reconocieron á Felipe V, y Luis despidió sin condiciones las guarniciones holandesas; moderacion intempestiva que dió á la república el ejército sin el cual no hubiera podido comenzar la guerra. Inglaterra y Holanda le pidieron en seguida (22 de marzo de 1701) «que la Francia diera una satisfaccion al emperador sobre la sucesion española, que evacuasen los Países Bajos las guarniciones francesas, que ocupasen las plazas de Bélgica guarniciones holandesas para formar una barrera contra la Francia, que fueran entregados á Inglaterra los puertos de Nieuport y Ostende, y que el rey de España diese libre entrada en sus colonias al comercio de los ingleses y holandeses.» Luis XIV respondió que no podia dar mas garantías que las estipuladas en el tratado de Ryswick.

Como Guillermo habia hecho estas proposiciones únicamente para obtener la negativa y precipitar á la Inglaterra en una guerra que tanto temia, vió efectivamente que la peticion de las Provincias Unidas arrastraba y decidia al parlamento á pedirle que se pusiera en estado de ayudar á sus aliados en la guerra proyectada «por la causa de las libertades de Europa.» La Holanda hizo alianza con los electores palatino, de Brandeburgo y de Hannover, y por medio de sus riquezas se formó un ejército de cincuenta mil auxiliares.

Viendo Luis XIV formarse la tempestad trató de conjurarla

con sus negociaciones. El emperador era el enemigo declarado de la Francia, y era preciso buscar aliados antes en otras partes que en el Imperio. Negoció con el elector de Baviera dándole como hereditario el gobierno de los Países Bajos, medida acertada que hubiera debido completar con una cesion absoluta. La Francia se hubiese consolado de no poder reunir estas provincias confiándolas á un príncipe naturalmente enemigo del Austria, el cual se convertia de este modo en un aliado ó tal vez en un vasallo de la Francia. El elector de Colonia, hermano del elector de Baviera, á pesar de ser el mismo Clemente elegido en 1687 contra la voluntad de Luis XIV, siguió la política de sus antecesores, y recibió á los franceses en sus ciudades del Rhin y en el obispado de Lieja. Los electores de Maguncia, de Tréveris y Sajonia declararon que querian permanecer neutrales, lo mismo que los círculos de Baviera, de Suavia y de Franconia que celebraron con el elector de Baviera un tratado de mútua defensa. Solamente los príncipes palatino, de Honnover y de Brandeburgo se pronunciaron formalmente en favor del emperador; el primero, impulsado por sus antiguas enemistades contra la Francia; el segundo, porque habia logrado de Leopoldo en pago de su alianza la ereccion de su ducado en noveno electorado, creacion que acarreó una viva oposicion en Alemania por haberse hecho sin el consentimiento de la dieta; y el tercero en fin, resuelto á declararse espontáneamente rey de Prusia, habia alcanzado del emperador la promesa de ser reconocido como tal mediante su refuerzo auxiliar de diez mil hombres. Federico III se coronó en efecto rey en Koenigsberg el 18 de enero de 1701.

Leopoldo no adivinó las tendencias de esta monarquía protestante y militar creada en el norte de Alemania, que debia rechazar hácia el mediodía la influencia austriaca, convertirse en una de las mayores potencias de Europa colocándose como un centro y apoyo de los pequeños estados del norte y dar al protestantismo su emperador. «Era preciso ahorcar, decia el príncipe Eugenio, á los ministros que han dado semejante consejo á Leopoldo, pues desde la paz de Westfalia, los alemanes no saben lo que son, lo que quieren, ni lo que hacen.»

Viendo Luis asegurada su frontera oriental por alianzas ó neutralidades que le hacian amigo de la mitad de Alemania, trató de

cerrar á sus enemigos las dos penínsulas que el testamento habia adherido á la Francia; la España á los ingleses, y la Italia á los alemanes. Portugal y el Piamonte les abrian las puertas, y el interés mas marcado arrastraba á la primera nacion hácia Inglaterra, y á la segunda hácia el Austria, temiendo la una que la nueva dinastía intentase renovar la conquista de Felipe II, y la segunda recelando que, cercada por el Milanesado y la Francia, no fuera absorbida por la inmensa monarquía de los Borbones. La diplomacia francesa halló no obstante suficientes recursos de ingenio para hacer entrar en la alianza de Luis XIV al rey de Portugal y al duque de Saboya. El primero no podia lanzar al olvido el recuerdo de una alianza de sesenta años que habia contribuido á afirmar la independencia de Portugal, y el segundo acababa de ser nombrado generalísimo de los ejércitos de ambas coronas en Italia, y casaba á su segunda hija con Felipe V. Pero con objeto de asegurar estos dos preciosos aliados hubiera sido preciso darles de antemano lo que les ofrecian los enemigos de la Francia en pago de su defeccion, algunas colonias y dos fortalezas en el Guadiana, al rey de Portugal y al duque de Saboya el Milanesado con el título de rey de Lombardía; de este modo se hubiera impedido tomar pié á la Inglaterra en la península hispana ó se hubiese opuesto una barrera formidable al Austria en Italia, y estas concesiones tan prudentes unidas á la de los Países Bajos hubieran sido tal vez un obstaculo para la formacion de la liga, y hubieran al mismo tiempo desimpresionado á la Europa de la idea que le habia inspirado la ambicion de Luis XIV.

Nada de eso hizo el monarca francés justificando plenamente la acusacion de pretender la monarquía universal; muy pronto abandonaron la alianza francesa Portugal y el Piamonte, y la Francia solo sufrió derrotas en una guerra cuyos mayores peligros hubieran podido evitarse con la moderacion y la prudencia.

S. VI.—*Liga contra la Francia.*—*Muerte de Jacobo II y de Guillermo III.*—Creyendo Luis que sus enemigos eran impotentes para oponerse á sus designios, y que yacian inmóviles por la incertidumbre y el temor, solo trató de habérselas con el emperador, con quien habian empezado ya en Italia las hostilidades; pero el implacable Guillermo se agitaba mas que nunca y con la

mayor actividad, viéndose atacado de enfermedades prematuras y muy cercano del sepulcro. Consiguió concluir y firmar en el Haya (7 de setiembre de 1701) un tratado, llamado de la grande alianza, entre él, el emperador, las Provincias Unidas y los electores palatinos de Brandeburgo y de Hannover, teniendo por principal objeto «proporcionar á S. M. imperial una satisfaccion justa sobre la sucesion de España; recobrar la Flandes española para alzar una barrera entre Holanda y Francia; asegurar los dominios, las provincias, el comercio y la navegacion del rey de la Gran Bretaña y de los estados generales; impedir eficazmente la reunion de los reinos de España y Francia bajo un solo gobierno, teniendo un especial cuidado de que los franceses no tomasen posesion de las Indias españolas, ni pudiesen ir nunca á ellas bajo pretexto de tráfico ú otro motivo semejante; asegurar al rey de la Gran Bretaña y á los estados generales iguales derechos y privilegios de comercio en los dominios españoles, que disfrutaban antes de la muerte de Carlos II, y dar á los aliados la facultad de apropiarse los territorios y ciudades españoles de las Indias de que pudieran bajo cualquier concepto apoderarse.»

Firmado el tratado, las Provincias Unidas, llenas de inquietud por la ocupacion de los Países Bajos, desde donde los franceses podian en tres dias llegar hasta los muros de Amsterdam, estaban resueltos á empezar la guerra; pero el parlamento de Inglaterra, á pesar de sus compromisos anteriores y de estar bajo la dominacion de los whigs, titubeaba en acceder á los planes de un rey que detestaba, cuando otro yerro de Luis XIV determinó el definitivo levantamiento de la coalicion.

Jacobo II se hallaba en el lecho de la muerte; Luis fué á verle (16 de setiembre de 1701) y le dijo, impelido por un movimiento de generosidad imprudente, y á pesar de la oposicion de todos sus ministros: «Tomo á vuestra familia bajo mi proteccion, trataré al príncipe de Gales como os he tratado á vos, y le consideraré como rey de Inglaterra.»

Cuando se hizo pública esta declaracion, halagado Guillermo por la excelente ocasion que le ofrecia su rival, manifestó la mayor indignacion, llamó á su embajador de Francia, y publicó contra el pretendiente Jacobo III un bill de proscripcion. Luis

escribió que aunque daba á ese príncipe el título de rey, no por eso dejaba de reconocer á Guillermo por soberano de la Gran Bretaña, que no habia hecho en su favor mas de lo que hiciera por Jacobo II, á quien habia continuado dando el título de rey aun despues del tratado de Ryswick; que la mayor parte de los príncipes de Europa se decoraban con títulos que solo eran palabras, como los mismos soberanos de Inglaterra que tomaban el de reyes de Francia, etc. Estas razones fueron inútiles; la nacion inglesa se irritó sobremanera al ver «que el rey de Francia se creaba un virey dando al hijo de Jacobo II el título de soberano de Inglaterra,» y el parlamento, lleno de entusiasmo y de indignacion, votó el dinero y hombres que pedia Guillermo, intimándole que tomase prontas y eficaces medidas, «para poner en razon al usurpador de la monarquía española.»

Lleno de inquietud Luis al ver las consecuencias de su yerro, ofreció á la Holanda retirar sus tropas de los Países Bajos, pero solo recibió una solemne negativa y se declaró la guerra (15 de mayo de 1702). La Inglaterra debia organizar un ejército de cuarenta mil hombres y dos escuadras, el emperador otro de noventa mil sin contar las guarniciones, y la Holanda otro de cien mil. Los círculos de Alemania salieron de su estado neutral y se alistaron á porfía en las banderas holandesas, siendo además su contingente de sesenta mil hombres.

El Imperio declaró la guerra á la Francia.

Esta nueva liga era menos extensa pero mas temible que la anterior, porque la «corona de España era incapaz de defenderse por sí misma, hallándose agotada y empobrecida, sin tropas y sin naves, y representaba un cuerpo sin alma á quien la Francia se veia en la precision de alimentar y sostener á sus expensas (1).»

Guillermo no pudo ver el resultado de sus intrigas; «gastado antes de tiempo por los trabajos y los negocios que formaron la serie de toda su existencia,» murió sin dejar hijos (19 de marzo de 1702). Segun el arreglo de 1689, la corona pasó á la segunda hija de Jacobo II Ana Estuardo, y merced á la excitacion causada por la proximidad de una guerra en la que aun se defendia la

(1) Torcy, t. I.

revolucion de 1688, los whigs consolidaron su poder y dominaron enteramente á la reina y al gobierno. Sobrevivió el espíritu de Guillermo y continuó animando la coalicion, perpetuándose en tres hombres de genio á quienes el odio contra la Francia les impelió á obrar como un solo hombre, que formularon sus planes de campaña y dirigieron sus negociaciones sin pedir consejo ni parecer á nadie, y que dieron una admirable unidad á la guerra que emprendieron. Esos tres hombres eran el príncipe Eugenio de Saboya, capitán de primer orden, grande hombre de estado, que era dueño de los consejos del emperador mas que este mismo; el duque de Malborough jefe de los whigs, que gobernaba á la reina Ana por medio de su mujer y al parlamento por sus amigos; y Heinsius, «la hechura y confidente de Guillermo, elevado por su influjo á la dignidad de gran pensionario de Holanda,» primera dignidad de la república desde que la muerte de Guillermo habia abolido de hecho el statuderato.

§. VII.—*Situacion de la Francia.—Ministerio de Chamillard.*—¿Cuál era la situacion de la Francia al formarse la liga «que tenia el número para crecer y alimentarse, el dinero para darle movimiento, la prevision para dirigirla, y el genio militar para hacerla triunfar (1)?»

Acababa de terminar el gran siglo. No solamente habia terminado por la época sino por su genio, su suerte y sus grandes hombres. Hacia ya cincuenta años que reinaba Luis XIV. Envejecido de cuerpo y espíritu, habia perdido la firmeza de su voluntad, su fino discernimiento y su instinto de rey, y vivia retirado, no conociendo á los hombres, sino al través del pequeño círculo que le rodeaba. Aislado en medio de generaciones nuevas, privado de sus grandes contemporáneos, reducido á reemplazar á Colbert y á Louvois por un Chamillard: á Turenna, Con-

(1) Hé aquí algunas notas sobre la estadística de Francia en el momento en que entramos en un siglo que debe terminar la historia de los franceses bajo el régimen feudal.—Poblacion, 20 millones; clero y órdenes religiosas 300,000; nobleza, 250,000, y magistratura, 30,000. El reino tenia 112 obispados, 18 arzobispados, 950 abadías y 12,400 prioratos; 38 gobiernos de provincia y 300 gobiernos de ciudades; 12 parlamentos, 100 presidios, 150 senescalías y bailíos, 900 prebostazgos y veguerías, 24 generalidades y 250 elecciones (divisiones rentísticas). La renta general de las tierras ascendia á 1,200 millones, de los cuales tenia el clero la décima parte, y se creia que habia en circulacion cerca de 500 millones.

dé y á Luxemburgo por un Marsin, Tallard y Villeroy, y creyendo que su eleccion daba el genio, que sus órdenes apresuraban la victoria, y dejando dirigir su eleccion é inspirar sus órdenes por madama de Maintenon, el anciano monarca habia llegado al declive de su fortuna y al principio de sus desastres (1).

La hacienda se hallaba aun en la mayor decadencia. Dos años de paz no habian bastado para reparar los males de la última guerra, pues aun no se había cesado de agotar los manantiales que alimentan el poder del estado. Luis XIV dió el último golpe al espirante tesoro derramándolo en las fiestas del campamento de Compiègne, «campamento de Dario, dice Duclós, simulacro de la guerra que exigió los mismos gastos que si hubiese sido una realidad,» y que empeñó á los regimientos para veinte años (2). Continuaba arrojando en Marly, «nó millones, sino millares de millones,» queriendo desengañar á los enemigos sobre la opinion que tenian acerca de la miseria de la Francia, y creia que el lujo era un medio de alimentar la prosperidad pública. «Un rey hace limosna gastando mucho,» decia á Madama de Maintenon que le pedia dinero para los pobres (3).

Habiendo sido nombrado canceller Pontchartrain, le sucedió (1699) un contador de hacienda de una admirable probidad y animado de excelentes intenciones, aunque de escasa inteligencia en los negocios; era Chamillard, hombre de toga, querido del rey por su docilidad, su modestia, y tal vez mas aun por la incapacidad que confesaba á cada instante (4). No se puso remedio alguno á los males del reino con la creacion de este contralor. Habiendo muerto Barbezieux, jóven de talento é instruido pero enteramente entregado á los placeres (1701), el rey, que se creia dichoso por haber hallado un hombre tan pasivo como Chamillard, le encargó tambien los negocios de la guerra, pues era de parecer que depositando sin division la guerra y la hacien-

(1) Mingnet, introduccion á los documentos relativos á la sucesion de España, p. 86 y 88.—(2) Lo mas notable de este simulacro consistió en los homenajes públicos que el rey hizo á Madama de Maintenon (Véase á Saint-Simon, t. II.)—(3) Palabras terribles y preciosas, dice J. B. Say, que demuestran que la ruina y la dilapidacion pueden convertirse en un principio.—(4) Su nombramiento mereció la aprobacion general. Cuando subió al puesto elevado de ministro, el pueblo decia en las puertas de las iglesias: «¡Ya tenemos uno bueno que ama al pueblo! (Memorias de las colegialas de Saint-Cyr.)»

da en unas mismas manos, y en las de un hombre que no podia tener mas pensamientos que los suyos, daria mas fuerza y unidad á su gobierno y seria mas soberano que nunca. Chamillard trató de rechazar el cargo que el rey deseaba imponerle, pero unido éste á madama de Maintenon no cesaron de ensalzarle y animarle y de lisonjearse por haber puesto sobre tan débiles hombros dos cargas capaces de hundir cada una de ellas á los mas robustos (1). Es cierto que solo se le confió la administracion de la guerra, que el rey y sus generales, y nó el ministro, fueron los que trazaron los planes de campaña, pero solo se nombraron generales cortesanos, «á quienes el rey creia dar, lo mismo que á sus ministros, la capacidad con el título, y que se vanagloriaba de dirigir desde su gabinete.» Ninguno de ellos se atrevió á dar un paso sin que antes se lo mandara la corte; un espíritu de debilidad presidió en todas las operaciones, y se permitió que cayera en el polvo la vasta máquina administrativa que habia creado Louvois, y la disciplina y reglamento de ascensos que observaba con la severidad necesaria en un ejército en que la nobleza estaba tan inclinada á introducir el desórden

En medio de ese desarreglo quedaron sin pagar las tropas, sin armas, y con compañías incompletas, los almacenes y hospitales se hallaban faltos de las cosas mas indispensables, se vendieron los grados y las cruces de San Luis, veíanse niños al frente de los regimientos que habian comprado á exorbitante precio; el ejército se vió invadido por la venalidad, «esa gangrena que, segun expresion de Saint-Simon, hace tanto tiempo que corroe todas las partes del estado;» la nobleza llevó á los campamentos su lujo y su indisciplina, y aun apareció con repugnancia, porque decia, que se veia en la precision de ser igual al mas bajo populacho, siendo así que el rey temia á los señores y solo protegía á los mozos de tienda (2).» Los franceses han olvidado la guerra, decian los generales, y parece que no quieren servirse mas que del escudo. Se hallan entre ellos muchos buenos soldados pero ningun oficial, y hay regimientos enteros mandados por un teniente (3).»

(1) Saint-Simon, t. III p. 65.—(2) Id. t. XIII. p. 58 y 66.—(3) Cartas de Villars, t. II p. 173.—«Quisiera, decia Madama de Maintenon en 1710, qué nuestros enemigos temiesen á nuestros generales como yo les temo. Solo veo cortesanos, pero ningun capitán. (Cartas, t. III. p. 163.)»

§ VIII.—*Campañas de Catinat, de Villeroy y de Vendome en Italia.—Combates de Carpi y Chiari.—Sorpresa de Cremona.—Batalla de Luzzara.*—Ya hemos dicho que habian empezado las hostilidades en Italia en la primavera de 1701, antes de llevarse á cabo el tratado de coalicion. La situacion de los franceses era allí muy ventajosa; además del duque de Saboya que daba paso á las tropas y debia armar un ejército de siete á ocho mil hombres, tenian por aliado al duque de Mántua que entregó á las tropas francesas sus plazas de Mántua y de Casal; consiguieron la neutralidad de los duques de Módena, de Guastalla y de Parma y de la república de Venecia, y finalmente la del papa que se habia apresurado á reconocer á Felipe V, de modo que la dominacion de los Borbones se extendia por toda la península.

Reuniéronse en el Tirol al mando del príncipe Eugenio veinte y cinco mil imperiales, y Luis XIV envió contra ellos cuarenta mil hombres mandados por Catinat, mientras esperaba la llegada del duque de Saboya. Tenia este bajo sus órdenes al príncipe de Vaudemont, gobernador del Milanesado, y recibiendo la orden de dirigirse á los desfiladeros del Tirol para cerrar la entrada de Italia á los imperiales, sea que no quisiera violar el territorio veneciano, sea que le hiciera traicion Vaudemont, dejó que el príncipe Eugenio llegase al Adige sin obstáculo; y cuando las tropas imperiales avanzaron por el territorio de la república, tomó posicion en Rívoli, guarneciendo las orillas del lago de Garda, y extendiendo sus destacamentos hasta el bajo Adige. Estaba en la creencia de que el enemigo trataria de flanquear el lago por el norte ó pasar el rio por Verona, y de que estaba el bajo Adige suficiente defendido por los canales y lagunas. El príncipe Eugenio despues de haber embarazado á su adversario amenazando á todo el Adige desde Roveredo hasta el mar, lanzó un puente en Castelbaldo (15 de junio de 1701); y pasó el rio; y encontrando en Carpi, posicion que dominaba la entrada del canal Blanco, una division de seis mil hombres, la derrotó, pasó el canal (9 de julio) y subió por el Adige para pasar el Mincio.

Catinat estaba atribulado; la corte le mandó que presentase la batalla para salvar una línea tan importante, pero se limitó á custodiar el rio persistiendo en situar toda su ala izquierda hácia Rívoli. Entonces fué cuando llegó el duque de Saboya con

tropas de refuerzo, pero este príncipe estaba ya minado por la coalicion que le ofrecia todo lo que debia haberle dado el rey de Francia. Merced á la incertidumbre y tribulacion de Catinat, Eugenio pasó el Mincio (28 de julio) por Peschiera, á la vista de los franceses que no hicieron el menor movimiento para impedirlo. Desalentado el mariscal, llamó todas sus tropas de Rívoli y del bajo Adige, pero en vez de cerrar el paso á Eugenio, lo dejó llegar á Desenzano y Lonato, ocupar á Brescia y amenazar el Milanesado que empezó á agitarse á su llegada, y se retiró en desórden y con una lentitud extrema hasta el bajo Oglio.

Sus oficiales le hacian ver que se alejaba del enemigo dejándolo dueño de extenderse hasta el lago de Como, todo el ejército estaba descontento y se quejaba, el rey manifestó su desagrado, pues, Eugenio hubiera podido ser aniquilado en su posicion temeraria contra un ejército doble que el suyo, bien provisto de armas, víveres y municiones, que tenia almacenes asegurados y maniobraba en un país aliado; y á pesar de todas estas desventajas, habia cruzado dos caudalosos rios y canales, pasado junto á las plazas y andado sesenta leguas sin que Catinat se hubiera atrevido á combatirle. Las cartas del vencedor de Marsaille manifestaban una incertidumbre deplorable, una falta absoluta de ideas, y la próxima ruina del ejército (1). Además la corte no era amiga de este general plebeyo que habia llegado á serlo sin ningun apoyo, y tenia costumbres austeras, virtudes cívicas y opiniones filosóficas que los devotos hacian pasar por incredulidad (2).

El rey envió á Villeroy para que tomase el mando del ejército, y el modesto Catinat se puso bajo sus órdenes sin exhalar una queja. El ejército habia subido por el Oglio y se hallaba situado detrás del ángulo que forma este rio desde el lago de Iseo hasta Orci-Noví. El enemigo estaba en la opuesta orilla, y tenia en Charpi su cuartel general; no se habia atrevido á continuar su marcha temeraria antes de hacerse dueño de Mantua que estaba

(1) Véanse estas cartas en las Memorias militares sobre la guerra de sucesion, publicadas por el general Pelet, t. I, p. 491-385.—(2) «M. Catinat sabe su oficio, decia madama de Maintenon, pero no cree en Dios, y piensa que le basta su orgullosa filosofía. El rey no gusta de gentes sin devocion ni quiere encargarles sus negocios. (Carta del 3 de abril de 1703).»

bloqueando y sin estar seguro del ánimo del duque de Saboya, á quien la altemaría de Villeroy iba á decidir á cambiar de partido.

El nuevo general volvió á tomar la ofensiva desde el momento de su llegada con el orgullo é imprudencia que acostumbraba. «Me falta la cualidad de ser circunspecto y prudente, respondió á las observaciones de Catinat, especialmente teniendo mas fuerzas que el enemigo.» Volvió á pasar el Oglio y se dirigió á Chiari que creia abandonada, pero encontró allí todo el ejército de Eugenio, á quien habia dado aviso el traidor Amadeo (1.º de setiembre de 1701), y fué rechazado perdiendo cinco ó seis mil hombres. Permaneció no obstante allende el Oglio para defender el Mantuano y el Milanésado al mismo tiempo, extendiendo sus posiciones á lo largo del rio, y obligando á Eugenio á permanecer en la defensiva. Hasta trató de reparar el desastre de Chiari, pero el enemigo estaba enterado de todos sus proyectos, y Catinat salió burlado en todas sus tentativas. Lleno de inquietud por las traiciones del duque de Saboya, que se retiró con sus tropas en el momento en que llegaban los refuerzos á los imperiales, volvió á pasar el Oglio, y se situó en el Serio, apoyando su izquierda en Bérgamo, y su derecha en Cremona, por la cual dominaba el curso del Pó y se comunicaba con Mántua. Eugenio no podia aventurarse mas allá del Oglio teniendo á Mantua á sus espaldas, y quiso asegurar su flanco izquierdo haciendo entrar en la coalicion á los duques de Módena y de Guastalla. Empezó la retirada, pasó á la orilla derecha del Pó, y tomó allí sus cuarteles de invierno.

Villeroy se creyó completamente seguro, avanzó hácia el Mantuano, y colocó su cuartel general en Cremona. Eugenio estaba en inteligencias secretas con esta ciudad, y proyectó contra ella con doce mil hombres la sorpresa mas atrevida. Su vanguardia penetró durante la noche en Cremona (febrero de 1702), é hizo prisionero á Villeroy, pero dió el grito de alarma un regimiento francés que se preparaba para una revista; los soldados sin órden ni generales dieron en las calles una encarnizada batalla, y Eugenio tuvo que retirarse perdiendo tres mil hombres.

Esta tentativa decidió al ejército á replegarse detrás del Adda. El sitio de Mántua se estrechó mas entonces, los duques de Mó-

dena y de Guastalla entregaron sus plazas á los imperiales, y Eugenio tenia aseguradas sus comunicaciones con el Tirol.

Tomó el mando del ejército francés el duque de Vendome. Era este un general ignorante, perezoso, de un cinismo desagradable, siempre en la mesa ó en la cama, pero que tenia inspiraciones en el campo de batalla y era querido de los soldados porque toleraba los desórdenes y la indisciplina. Su extremo fué muy feliz, y le dió mucha reputacion. Se incorporó con él Felipe V que volvía de Nápoles, á donde habia ido á apaciguar una rebelion.

El ejército de ambas coronas, que ascendia á cincuenta mil hombres, tomó otra vez la ofensiva, pasó el Oglio, arrojó al enemigo de todos los sitios que ocupaba en el Mantuano, y libertó á Mántua, donde el conde de Tessé habia dado continuos combates á pesar de los rigores del invierno. Eugenio se replegó detrás del Mincio y se fortificó en su orilla. No atreviéndose Vendome á atacarle, dejó delante de su campamento una parte de sus fuerzas, pasó el Pó por Cremona, marchó hácia Luzzara, donde tenia el enemigo sus almacenes, y venció una division imperial en Vitoria cerca del Cróstolo. Eugenio abandonó entonces su posicion, acudió á la orilla derecha del Pó, y consiguió sorprender al ejército francés que sitiaba el castillo de Luzzara. Se trabó un violento combate (15 de agosto de 1702), en el que solo pudo maniobrar la infantería por los diques y canales que cortaban el terreno, y fueron rechazados los imperiales. Cada uno de los ejércitos perdió tres ó cuatro mil hombres.

Eugenio se retiró á la otra parte del Mincio y se mantuvo allí en la defensiva. Los franceses ocuparon todo el ducado de Módena.

§. IX.—*Operaciones en el Rhin.—Batalla de Friedlingen.—Derrotas en los Países Bajos.—Batalla de Vigo.*—Desde la primavera de 1704 se habian dirigido al Rhin un ejército imperial y otro francés, pero no principiaron hasta el año siguiente las hostilidades. La posicion de los franceses era tan ventajosa en aquel lado como en el Adige, y se sacó tambien de allí poco provecho. Les habia entregado sus plazas el elector de Colonia que habia sido citado al tribunal superior del imperio; un cuerpo de veinte mil hombres mandados por Tallard se dirigió además al Mosella y ocupó el electorado de Tréveris; y no habiendo el emperador

reconocido la neutralidad del duque de Lorena, que queria evitar á sus súbditos las devastaciones de la guerra, el cuerpo de Tallard se apoderó de las plazas de esta provincia.

La necesidad de esparcir veinte mil hombres por los países de Tréveris y de Lorena redujo el ejército de Alsacia á veinte y cinco mil combatientes. Catinat tomó el mando de estos soldados; pero demostró en el Rhin la misma incertidumbre y debilidad que en el Adige, solo se ocupó en conservar sus tropas, y dejó que el príncipe de Baden pasase el rio con treinta mil hombres y fué á poner sitio á Landau. Esta plaza, donde estaba de gobernador Melac, se resistió durante ochenta y cuatro días de brecha abierta, pero como Catinat no hizo la menor tentativa para salvarle, no tuvo mas recurso que rendirse. Este grave desastre rompió la línea defensiva de Alsacia, el enemigo se apoderó de Weissemburgo, de Lauterburgo y de Haguenau, y solo le contuvieron los acontecimientos del Danubio.

El elector de Baviera habia declarado la guerra al emperador, invadido la Suavia y sorprendido Ulm, y destinó una division á la Selva Negra para enlazar sus operaciones con las de Catinat. El príncipe de Baden abandonó entonces la Alsacia, pasó el Rhin y se dirigió á la Selva Negra para oponerse á esta union. Viéndose el elector aislado en el corazon de Alemania y amenazado de ser destruido por los dos ejércitos, dió prisa á los franceses para que pasasen el Rhin; Catinat no se creyó con fuerzas para tentar una operacion tan peligrosa, pero el marqués de Villars, uno de sus tenientes generales, propuso á la corte que él se encargaria, y fué aprobado su plan.

El príncipe de Baden se habia presentado ante los muros de Huninga con veinte y cinco mil hombres; Villars pasó el rio (14 de octubre de 1702), y asaltó al enemigo cerca del castillo de Friendlingen; su infantería, que él mismo dirigia, despues de haber rechazado y roto á los imperiales, fué de pronto presa de un pánico terror y retrocedió en desorden, pero felizmente la caballería mandada por Magnac rehizo á los dispersos, y el príncipe Luis se retiró á las montañas despues de haber sufrido una completa derrota. Parecia muy fácil la reunion de los bávaros y franceses; el elector se hallaba en Biberach, pero se detuvo repentinamente por las negociaciones que habia entablado

con el emperador. No habiendo tenido ningun resultado estas negociaciones, y haciendo Felipe V á su aliado la cesion absoluta de los Países Bajos, el elector dió prisa á Villars para que se incorporase con él; pero ya se habia perdido la ocasion, y el príncipe Luis tomó otra vez la ofensiva despues de haber recibido un refuerzo de diez mil hombres, con los cuales se apoderó de los desfiladeros. Villars aplazó para el año siguiente su reunion con el elector y volvió á pasar el Rhin.

La jornada de Friendlingen le conquistó el baston de mariscal y el mando de todo el ejército, y Catinat decayó del favor de la corte. Villars era un general poco instruido pero muy valiente, lleno de vanidad, de presuncion y de charlataneria, pero de una imaginacion fecunda, de una actividad extrema y de una audacia afortunada, querido de los soldados, á quienes halagaba continuamente con las alabanzas que de ellos hacia y de sí mismo; pero aborrecido de los cortesanos que no podian perdonarle su orgullo, su codicia y su ambicion.

Principiaron las hostilidades en el mes de abril en el bajo Rhin y en el bajo Mosa con el sitio de Kayserverth, que Blaindelle defendió contra los holandeses por espacio de dos meses. Boufflers avanzó hácia el Güeldre, rechazó al enemigo en Xanten y Cleves y despues en Nimega, donde logró ventajas de consideracion (11 de junio de 1702). Pero las operaciones permanecieron inciertas hasta el momento en que Marlborough tomó el mando. Este general pasó el Mosa por Grave y amenazó á la vez al Brabante y al Güeldre. Boufflers retrocedió indeciso, y viendo despues desfilar un cuerpo holandés hácia la Flandes marítima, se retiró al Demer. Halláronse entonces aisladas todas las plazas del Mosa, y se rindieron Vanloo, Stefanswerdt, Roremond y Lieja. No hubiera ocasionado tan malas consecuencias la pérdida de una batalla; quedaron en poder de los enemigos Güeldre, Cleves, Juliers, el bajo Rhin y el bajo Mosa; y viéndose aislado en sus estados el elector de Colonia, que por la toma de Kayserverth estaba á merced de los imperiales, se retiró á Namur.

De modo que la guerra se inauguraba de una manera desfavorable para la Francia, no habiendo dado ningun resultado las batallas de Luzzara y de Friendlingen, y habiéndose perdido la línea del Adige, Landau y todas las plazas del Mosa.

Menos felices fueron aun las operaciones marítimas. La armada aliada, compuesta de sesenta navíos y doce mil hombres, se dirigió á Cadiz y le puso sitio. Esta ciudad era la escala del comercio de las Indias, y los ingleses y holandeses tenian un ardiente deseo de apoderarse de ella ó destruirla. Fracasó empero su ataque, y marcharon contra la flota de las Indias que Chateau-Renaud acababa de conducir al puerto de Vigo. Desembarcaron á poca distancia de la ciudad (22 de octubre), se apoderaron de las fortificaciones que estaban indefensas, desde las cuales hicieron un fuego espantoso contra la escuadra francesa, mientras sus navíos bloqueaban el puerto. Chateau-Renaud mandó quemar quince navíos y doce galeones; y el enemigo se apoderó de los veinte buques restantes, recogiendo un botin de ocho millones de pesos fuertes.

Fué un verdadero desastre para la marina española y francesa, del que únicamente pudo consolarse con el triunfo que alcanzó Ducasse contra la escuadra inglesa del almirante Benbou, que fué vencida delante de Santo Domingo en una lucha de cuatro dias, y se vió precisado á volver á Inglaterra.

§. X.—*Campaña de 1703.—Victorias de Ekeren, de Hochstett y de Spire.*—Continuó la guerra durante el invierno con sitios y escaramuzas especialmente en el norte, donde conservó toda su superioridad Marlborough, que se apoderó de Bonn y ocupó todo el electorado de Colonia. Desde allí se lanzó sobre el Güeldre y el Limburgo, y tomó á Güeldre, Limburgo y Huy. No compensó estas pérdidas una victoria conseguida en los diques de Ekeren por Boufflers contra un cuerpo holandés que amenazaba á Amberes (3 de junio de 1703), pues no se supo sacar partido de sus ventajas. Villeroy, que hacia frente á Marlborough, demostró durante toda la campaña una ineptitud igual á su vanidad, y si no le hubiesen contenido las órdenes de la corte, hubiera acarreado tres años antes á su patria el desastre que le dió tanta celebridad, aceptando la batalla que le ofrecia sin cesar su adversario.

Mas felices fueron en el Rhin las operaciones; Villars pasó el rio con treinta mil hombres, arrojó á los imperiales de las orillas del Kench, tomó en doce dias la fortaleza de Kehl, obligó al príncipe de Baden (10 de marzo) á abandonar los desfiladeros de la

Selva Negra para fortificarse en las líneas de Stalhofen; y dejando despues á Tallard en observacion delante de estas líneas, subió por el Kintzig, atravesó la Selva Negra, llegó á Villingen en el alto Danubio, y se incorporó con el elector de Baviera en Durlingen (12 de marzo).

Este príncipe habia conseguido grandes victorias de los austríacos, á quienes venciera en Scherding y en Amberg, y no solo ocupaba á Ratisbona, sino que era dueño de todos los pasos del Danubio desde Ulm á Passau. Villars era de parecer de que se aprovechara la reunion de los ejércitos francés y bávaro para dirigirse á Passau y Lintz é ir á buscar la paz á Viena. Era un gran pensamiento cuya ejecucion parecia muy fácil pues los húngaros rebelados eran dueños de todo el Danubio y llegaban hasta las murallas de Viena con sus correrías.

El emperador estaba tan aterrado que resolvió salir de su capital. Pero el elector no se atrevió á seguir el audaz plan de Villars, y proyectó conquistar el Tirol de acuerdo con Vendome atacando los Alpes por las dos vertientes, y estrechando de este modo á los imperiales entre los dos ejércitos. Se adoptó este proyecto. Villars se quedó en Suavia para hacer frente al príncipe de Baden, y el elector invadió el Tirol, tomó á Kufstein y á Inspruch, mientras Vendome bombardeaba á Trento.

Pero la poblacion del Tirol era adicta á la casa de Austria, tan entusiasta en defensa de sus montañas y tan diestra en la guerra de emboscadas, que los dos ejércitos sufrieron pérdidas considerables, y retrocedieron al llegar á los ventisqueros de los Alpes, siendo llamados el uno hácia el Po y el otro hácia el Danubio donde se habian interrumpido sus comunicaciones.

Sabedor Luis XIV de las traiciones del duque de Saboya trató de conservarlo en su alianza prometiéndole cambiar la Saboya por el Milanésado; pero no fué consecuente á su promesa. El duque firmó entonces su tratado con el emperador que se comprometió á darle el Monferrato y la provincia de Novara. Vendome recibió la orden de desarmar á los cinco ó seis mil piamonteses que habia en las filas de su ejército, y de marchar sin pérdida de tiempo contra Amadeo, que iba á interceptar sus comunicaciones con la Francia (octubre). Abandonó Vendome el Tirol, aprisionó á los piamonteses, y se dirigió á marchas forzadas al Piamon-

te. Los austriacos que se hallaban acampados en el Secchia determinaron salvar á su nuevo aliado, y emprendiendo una marcha audaz, que no supo Vendome impedir, cruzaron los ducados de Módena y de Parma, y llegaron al Piamonte al mismo tiempo que los franceses. A pesar de este esfuerzo Vendome se apoderó de Asti y de Verceil, y rechazó á los imperiales hasta Verrúe, mientras el duque de la Feuillade se apoderaba de Saboya.

El elector de Baviera habia sido llamado desde el Danubio porque amenazaban dos ejércitos sus estados, el del príncipe de Baden que estaba en las líneas de Stolhofen y el del conde de Styrum, compuesto de veinte y cinco mil hombres, que se formaba en Franconia. El primero pasó por delante de Tallard que le observaba sin saberlo, se dirigió rápidamente hácia el Danubio, pasó el rio por Ulm, se apoderó de Augsburgo y amenazó á Munich. Aunque Villars venció una de sus divisiones aisladas, no se atrevió á oponerse á la marcha de este ejército y dirigió toda su atención á Styrum, que amenazaba pasar el Danubio por Donauwerth para incorporarse con el príncipe de Baden. El elector acudió desde el Tirol cuando supo esta mudanza, se reunió con Villars, y unidos ambos, hicieron retroceder al príncipe de Baden, se presentaron delante de Styrum, y le derrotaron completamente en Hochstett (20 de setiembre de 1704). El enemigo perdió ocho mil hombres, su artillería y sus bagajes, y fué rechazado hasta Nuremberg.

Al partir de las líneas de Stolhofen el príncipe de Baden habia dejado una parte de su ejército al mando del conde de Nassau, Tallard llamó la atención en las plazas del Rhin despues de la partida del príncipe, y venció en quince dias á Vieux-Brisach. Poco tiempo despues sitió á Landau que hizo una defensa de mes y medio, llegando á socorrer la plaza la division del conde de Nassau y una parte del ejército de Luxemburgo á las órdenes del príncipe de Hesse-Cassel. Taillard levantó el campo, pasó por delante del enemigo y le volvió á encontrar en Spire. La batalla fué muy sangrienta: la infantería francesa, despues de haber sufrido el fuego de los alemanes con una admirable inmovilidad, decidió la victoria con una carga á la bayoneta en columna cerrada que desbarató y dividió en fragmentos las masas del enemigo. Los imperiales perdieron diez mil hombres entre

muertos y prisioneros, y se rindió Landau (14 de noviembre).

§. XI.—*Defecion de Saboya y de Portugal.—Insurreccion de los Cevenas.*—La Francia definitivamente habia salido triunfante de la terrible coalicion formada contra ella, que parecia haber hallado grandes generales en Tallard, Vendome y Villars, y se consolidaba el trono de Felipe V. Y como si la marina francesa hubiera querido rivalizar con el ejército de tierra, habia hecho una guerra de escuadras y de corsarios tan brillante como útil al mando de Duguay-Trouin, Juan Bart, Forbin, Ducasse, Coetlogon y Saint-Pol. Merced á esos intrépidos marinos no sufrió ningun descalabro el comercio con la guerra, y hasta se enriquecia con las numerosas presas y sus relaciones con las colonias españolas.

Pero las victorias de Hochstett y de Spire perdian todas sus ventajas con dos defecciones que atacaban y dejaban indefenso el imperio de Luis XIV por sus dos flancos meridionales, cuales eran la defeccion del rey de Portugal y la del duque de Saboya. La del rey de Portugal llevada á cabo por influencia de Inglaterra, permitia la introduccion de tropas aliadas en la península hispana, y trasladaba, por decirlo así, los Pirineos á la frontera de Portugal; y la del duque de Saboya hacia retroceder la línea de operaciones de los franceses desde el Adige hasta los Alpes, aislando el reino de Nápoles y causando la pérdida de la dominacion de Italia. El tratado de Methwen, que dió cumplimiento á esta defeccion, fué una obra maestra de tino diplomático y tuvo consecuencias desastrosas para la Francia, porque era el efecto de la subida de los Borbones al trono de España, daba á Inglaterra una parte de la península, y esclavizaba á Portugal que se convirtió en realidad en una de sus colonias.

No satisfechos aun los aliados con estas dos defecciones, fomentaron en Francia una guerra civil.

A pesar de las ordenanzas reales, las persecuciones y la tiranía de los intendentes y gobernadores, se habia conservado el culto protestante en las montañas y lugares desiertos del Languedoc. Solo habian abjurado ó emigrado los ricos y los habitantes de las ciudades de esa comarca, y los pobres y los habitantes de las campiñas habian conservado secretamente su creencia, porque era mas difícil su persecucion. Mientras duró

la guerra de la liga de Augsburgo, esperaron que Guillermo III estipularia en su favor alguna condicion, pero les desengañó el tratado de Ryswick. Mas en el momento en que vieron al gobierno amenazado por otra coaliccion, creyeron que habia llegado la hora de «la ruina de Babilonia;» sus ministros, exaltados hasta el delirio por la persecucion y su existencia austera en los desiertos, alentaron á esos montañeses medio salvajes á libertar al pueblo de Dios; é insultaron públicamente los edictos, celebraron públicamente sus ceremonias, y tomaron las armas.

El gobierno envió tropas que dispersaron sus reuniones y ahorcaron á los ministros. Subleváronse entonces en masa los habitantes de los Cevenas, arrojaron á los soldados, bajaron á las llanuras, incendiaron las iglesias y asesinaron á los sacerdotes, á los recaudadores de impuestos y á todos los católicos. Nombrraron por jefes de la rebelion á Laporte, Roland y Cabalier, hombres del pueblo, exaltados, místicos, que se creian inspirados, que solo hablaban de milagros, que organizaron cuadrillas de cuatro á cinco mil hombres y que se pusieron en comunicacion con los extranjeros.

Alarmada la corte con esta guerra civil, que podia llamar la atencion favorablemente para la guerra extranjera, envió al Languedoc al mariscal Montrevel con cuatro batallones, tres regimientos de caballería y ocho regimientos de milicias que habia movilizado en las ciudades el intendente Baille, persona tan notable por su talento como por sus crueldades. Los obispos predicaron una cruzada contra los herejes, y Clemente XI concedió indulgencia plenaria á los católicos que tomasen las armas. Los odios religiosos recobraron el fanático ardor de los tiempos de la liga; los montañeses y los vecinos de las ciudades se hicieron una guerra implacable; y se deshonraron con increíbles barbaries los voluntarios católicos conocidos con el nombre de *hijos de la Cruz*.

Los aliados se regocijaron al ver esta insurreccion que podia poner de su parte á todo el mediodía, y ocupaba á un mariscal de Francia con veinte y cinco mil hombres; una escuadra inglesa desembarcó armas y municiones en el Languedoc, y los calvinistas de los Alpes se pusieron en comunicacion con los insurjentes. Esos auxilios enardecieron la insurreccion; los cami-

sardos (este era el nombre que se daba á los rebeldes) se arrojaron en salvajes cuadrillas sobre las tropas regulares, las aterraron con su furia, y les mataron repetidas veces setecientos ú ochocientos hombres. La guerra adquirió notable incremento, los insurgentes sublevaron á la nobleza tan entusiasta y sediciosa en el mediodía, atacaron las ciudades, y llamaron á sus filas á los recién convertidos que hacían traición en secreto á los católicos.

Montrevel no era inteligente en una guerra de escaramuzas y sorpresas, y era inactivo é irresoluto, pasando sin razón desde el más extremo rigor á la indulgencia. Llena de inquietud la corte por las inmensas dimensiones que adquiría aquella llaga, le mandó que pasase todo el país á sangre y fuego. El general titubeó antes de ejecutar tan bárbaro mandato, y siendo acusado de moderación, se envió á Villars para reemplazarle.

§. XII.—*Campaña de 1704.—Batallas de Schellemburg y de Hochstett.—El archiduque desembarca en España.—Toma de Gibraltar.*—La defección de Portugal y de Saboya y la insurrección de los Cevenas cambiaron enteramente la situación de Luis XIV, y facilitaron á la coalición desenvolver sus planes de campaña.

La más completa discordia separaba al elector de Baviera y al mariscal de Villars, de lo cual se resentían sus operaciones. Villars pidió su retiro, y el rey se lo concedió para conservar la alianza preciosa del elector, enviando para reemplazarle al mariscal Marsin. La Alemania se halla aun aterrada con el efecto producido por la victoria de Hochstett. El elector supo aprovecharse y se apoderó de Augsburgo, marchando después contra Passau, cuya ciudad rindió al poco tiempo (9 de enero de 1704). Un terror pánico invadió el país que se extendió hasta Viena, los insurgentes húngaros llegaron con sus bandas hasta los arrabales, y el emperador se preparó á huir á Moravia Eugenio, Malborough y Heinsius resolvieron salvar al Austria con un golpe audaz é inesperado.

Extendiéndose la línea de operaciones de los franceses desde Strasburgo á Passau, parecía fácil cortarla por el centro y derrotar al elector, cuya ruina había jurado la coalición. Reuniéronse los tres tratados generales para llevar á cabo este plan.

Luis de Baden tomó otra vez la ofensiva en Franconia, Eugenio reunió los restos vencidos en Spire y se encargó de la defensa de las líneas de Stolhofen; Marlborough, que tenia delante de él á Villeroy y á Boufflers, dejó veinte y cinco mil holandeses para contenerlos en un campo cerca de Maestricht, y emprendió su marcha hácia el Danubio con veinte mil hombres. Finjió en un principio que se dirigia hácia el Mosella, despues volvió rápidamente al Rhin, que pasó por Colonia, se incorporó delante de Maguncia con las tropas del Palatinado y de Brandeburgo, y pasó el Neck por Heilbronn. Al saber esta marcha inesperada, Villeroy se lanzó en persecucion del general inglés con treinta mil hombres. Tallard acudió en un principio hácia el Mosella, despues revolvió en direccion del Lauter, se reunió con Villeroy y se preparó á atacar á Stolhofen para auxiliar al elector. Este, en vez de dirigirse contra Luis de Baden y desbaratarle, marchó á la orilla izquierda del Danubio cerca de Donauwerth, en el Schellemburg, que fortificó esperando la llegada de Tallard. Hallándose desembarazados Marlborough y Luis de Baden, se reunieron en Ulm (2 de julio), marcharon de frente á Schellemburg, se apoderaron de la posicion y rechazaron á los bávaros hasta la orilla derecha del Danubio. Este sangriento combate, donde estos perdieron ocho mil hombres y seis mil los aliados, entregó el paso del Lech y dejó indefensa la Baviera, que fué devastada con tan poca compasion como lo habia sido un dia el Palatinado. Los vencidos se situaron en Augsburgo donde se fortificaron resueltos á esperar á Tallard para volver á tomar la ofensiva. Este se alejó por órden de la corte y con la mayor rapidez de las líneas de Lauterburgo con treinta mil hombres, y dejando á Villeroy el cuidado de contener á Eugenio en Stolhofen, pasó el Rhin por Huninga, cruzó los desfiladeros de la Selva Negra, y llegó á Augsburgo donde se incorporó con el elector (3 de agosto de 1704), cuyo ejército ascendió á cincuenta y seis mil hombres.

Eugenio partió de las líneas de Stolhofen con la misma rapidez, pero amenazado por Villeroy, no pudo contener la marcha de Tallard, y llegó á Hochstett el dia en que su adversario llegaba á Augsburgo. Los franceses tenian una ocasion muy favorable para dirigirse contra el ejército de Eugenio y derrotarlo, pero

dejaron pasar los días, Marlborough avanzó rápidamente hácia su compañero, y se efectuó en Hochstett la incorporacion (10 de agosto), formando entonces el ejército aliado cincuenta y dos mil hombres.

En aquella parte del valle del Danubio las operaciones militares solo pueden hacerse en la orilla derecha, donde son fáciles las comunicaciones y abundante el país, mientras que la ribera izquierda es un país salvaje, sin caminos y cortado por montañas (1). Los franceses debían haber permanecido en la ribera derecha, rehusar la batalla y esperar la retirada del enemigo que no podía penetrar en Baviera sin alejarse de sus depósitos de Nordlingen y de Nuremberg, y que se hubiese visto precisado á retroceder hácia el Mein, si no prefería ver cortadas sus comunicaciones por Villeroy. No sucedió así, y los dos mariscales y el elector pasaron el Danubio por Lauingen para dar la batalla. Esto era lo que deseaban los generales enemigos, que hasta resolvieron ir á su encuentro, y se situaron cerca de Hochstett apoyando su izquierda en el Danubio. Tallard y Marsin creyeron que este movimiento del enemigo no tenía otro objeto que el de encubrir su retirada á Nuremberg, y tomaron un orden de batalla que dividía en dos su ejército, teniendo cada uno la infantería en el centro y la caballería en las alas. Creyendo además que el enemigo amenazaba su flanco derecho, quitaron la fuerza del centro para aglomerarla en la ala derecha defendida naturalmente por el Danubio; veinte y siete batallones y doce escuadrones, formando mas de doce mil hombres quedaron aislados é inútiles en la aldea de Bleinheim. Marlborough, despues de haber exhortado á sus soldados á combatir «por la libertad de los pueblos,» se situó en el centro, rechazó y dividió en dos partes el ejército bávaro-francés. Entonces revolvió hácia el ala derecha, la estrechó en el rio, é hizo prisionero á Tallard (13 de agosto). Marsin y el elector, que luchaban en la izquierda con menos desventaja, contra Eugenio, en vez de coger por el flanco á Marlborough para libertar el ala derecha, volvieron á pasar el Danubio apresuradamente, y emprendieron la retirada hácia Ulm, sin dar orden alguna á los doce mil hombres olvidados en

(1) Véase la Geografía militar de T. Lavallée, p. 273 de la tercera edición.

Bleinheim, los cuales quedaron envueltos por los enemigos y precisados á rendirse sin haber combatido.

La pérdida de los dos ejércitos fué igualmente de doce mil hombres entre muertos y heridos, pero los franceses dejaron además doce mil prisioneros, y el resto del ejército estaba tan derrotado, que mas de diez mil hombres desertaron ó se extraviaron, de modo que no pudo el elector reunir en Ulm mas que veinte mil combatientes. Las consecuencias de la derrota fueron mas desastrosas que ella misma por la ineptitud de los generales. Viendo Marsin que los vencedores empezaban á perseguirle, se internó en la Selva Negra, donde se reunió cerca de Villingen con Villeroy, que hubiera impedido la batalla si hubiese seguido á Eugenio, como este había seguido á Tallard. Esta reunion igualaba aun el número del ejército francés al de los aliados, y Marsin y Villeroy podian defender los desfiladeros; pero pasaron las montañas llenos de terror, y no se creyeron seguros hasta que hubieron cruzado el Rhin.

El elector de Baviera se refugió en Francia.

Hacia mucho tiempo que la Francia no habia experimentado un desastre tan completo; perdiéronse de una vez cien leguas de territorio, los estados de Baviera y un ejército de cincuenta mil hombres; el Austria se habia salvado y la Francia podia esperar una invasion. Llenos de triunfante alegría los aliados con esta dicha inesperada, solo hablaban ya de reducir á Luis XIV al reino que tenia su padre y pasaron el Rhin por Filipsburgo; pero como el príncipe de Baden se negase á invadir la Lorena, todos sus esfuerzos se redujeron á sitiarse y tomar á Landau, mientras los destacamentos libertaban los paises situados entre el Rhin y el Mosa, se apoderaban de Tréveris, Trarbach y Saarbruck, y acababan de expropiar al elector de Colonia que buscó un asilo en Francia, lo mismo que su hermano.

Esos desastres no se compensaron con la toma de Ivrea, Suza y Pignerol en Italia. Vendome terminaba con lentitud la conquista del Piamonte, mientras los imperiales se apoderaban de los ducados de Mantua y de Módena y amenazaban el Milanesado.

Habiendo sido proclamado en tanto rey de España en Viena el archiduque Carlos (noviembre de 1703), y reconociéndole to-

dos los aliados, se embarcó en Inglaterra con diez mil hombres y desembarcó en Lisboa (6 de marzo de 1704), incorporándose con él veinte mil portugueses con los cuales invadió la Extremadura, pero Felipe V le rechazó fácilmente con el auxilio del mariscal de Berwick (1) y hasta se apoderó de muchas plazas portuguesas.

La armada inglesa, que mandaba el almirante Rooke, hizo una tentativa inútil contra Barcelona, pero se apoderó por sorpresa de Gibraltar (4 de agosto), fortaleza inaccesible que por una inconcebible negligencia solo tenia una guarnicion de doscientos hombres. Los ingleses tenian ya el medio de contrarrestar la influencia francesa en la península mejor aun que su alianza con Portugal. Una armada francesa, al mando del conde de Tolsa y compuesta de cincuenta y dos navíos intentó reparar una pérdida de tanta consideracion; pero la escuadra inglesa se habia juntado con la de Holanda y se componia de sesenta y dos navíos. Se trabó cerca de Málaga una batalla que fué tan sangrienta como inútil. Los aliados se retiraron despues de haber perdido muchos buques y tres mil hombres, pero no creyéndolos tan mal tratados los franceses, no se atrevieron á perseguirlos y fueron infructuosas todas las tentativas que hicieron para recobrar á Gibraltar. La pérdida de esta fortaleza fué irreparable: los ingleses poseian la puerta de un mar del cual les ha excluido la naturaleza, y desde la batalla de Málaga los franceses no se presentaron mas en grandes armadas delante de sus enemigos, pues solo lanzaron al mar pequeñas escuadras.

§. XIII.—*Campaña de 1705.—Fin de la guerra de los Cevenas.—Operaciones en el Mosella.—Combate de Cassano.—Toma de Barcelona.*—La toma de Gibraltar y la derrota de Hochstett llenaron la Francia de consternacion. Eran los primeros desastres que experimentaba Luis XIV, que los sufrió con la mas noble firmeza, y solo pensó en repararlos. Convocó á todos los nobles, movilizó treinta mil milicianos, consiguió dinero por medios extraordinarios y creaciones de empleos, y abrió la campaña siguiente con fuerzas iguales á las de los aliados.

Villars habia empleado todo el año anterior en pacificar los Cevenas. La rebelion se habia extendido á los llanos de tal mo-

(1) Era hijo natural de Jacobo II y de Arabela Churchill hermana de Marlborough. Sus descendientes existen aun en Francia con el nombre de Fitz-James.

do, que se temia que iban á tomar parte en ella Montalban, Nimes y Montpellier. Todos los afanes del mariscal se dirigieron á limitarla á las montañas; dividió á los insurgentes, les ofreció amnistía y dinero, y no tuvo compasion con el que hizo resistencia. El principal jefe de los *camisardos*, que era Cavalier, antiguo panadero, consintió en someterse con la condicion de que el rey formaria con los insurgentes cuatro regimientos con sueldo del estado, los cuales conservarian su libertad de conciencia. Se le concedió lo que pedia, y fué nombrado coronel de uno de los regimientos; pero desconfiando de la corte y de sus promesas, se pasó al servicio de los aliados. La mayor parte de los insurgentes abandonaron á Cavalier y persistieron en su rebelion, pero se debilitaban de dia en dia por la desercion, y mas aun por el permiso que les dió Villars de emigrar al extranjero. La mayor parte de ellos se expatriaron, la guerra de los Cevenas degeneró en una lucha de bandidos, y el mariscal fué llamado á un teatro de guerra mas digno de su talento y en especial de su fortuna militar. «Servíos de mí, le decia al rey, por que yo soy el único general de Europa, cuya fortuna en la guerra no ha faltado jamás. ¡Dios me la conserve para servir á V. M.!»

El plan de los aliados consistia en avanzar al corazon de Francia por los Tres Obispados. Marlborough estaba acampado en Tréveris con cuatro mil hombres preparados para penetrar en Lorena por el Mosella, esperando que el príncipe de Baden llegara por Alsacia. Marsin fué destinado á esa provincia, donde dejó á Villars cincuenta mil hombres, con los cuales se situó este en Sierk en un campamento formidable, defendiendo á la vez á Thionville y á Saarlouis, decidido á combatir para salvar á Metz. Marlborough llegó á este campamento y se situó cerca de los franceses, desde donde esperó durante tres dias al príncipe de Baden, que se dirigia á Alsacia con demasiada lentitud, y se decidió á retirarse (16 de junio de 1705), temiendo ser acometido por la espalda por el elector de Baviera y Villeroy que mandaban en Flandes y estaban sitiando á Lieja. Se retiró hácia el Mosa, hizo levantar el sitio de Lieja, rechazó á los franceses hasta Lovaina y se mantuvo en la defensiva. Villars se apoderó entre tanto de Tréveris, se juntó con Marsin en el Rhin, y tomó las líneas de Weissemburgo. Pidió permiso á la corte para llevar la guerra á Ale-

mania, pero como el plan del gobierno consistia en dar golpes decisivos en los Países Bajos, le quitó la mitad del ejército para reforzar el de Villeroy; tomando entonces la ofensiva el príncipe de Baden, se apoderó de Fuerte-Luis y de Haguenau.

Vendome obraba siempre en Italia con la misma lentitud, tomó á Verrue despues de seis meses de sitio, lo mismo que á Chivasso en tanto que la Feuillade tomaba á Niza y á Villafranca. Solo le quedaba Turin al duque de Saboya, y ya se disponia el sitio de esta ciudad cuando acudió el príncipe Eugenio desde Alemania á libertar el Piamonte. Bajó por Brenner, y llegó á Trento; sabiendo allí que el Adigé estaba custodiado, lo ladeó lo mismo que al Mincio, pasando por el norte del lago de Garda y á través del Tonal, y cruzando el Oglio, se detuvo en el Adda. Cuando llegó á oidos de Vendome la noticia de una marcha tan acertada como rápida, salió de su indolencia, y acudió para cerrar el paso á los imperiales. Eugenio bajó por la orilla izquierda del Adda buscando un paso, y Vendome le siguió por la orilla derecha. Aprovechándose el primero de la dispersion de los franceses que marchaban á la desbandada, echó un puente en Cassano, y desbarató el centro de su adversario (16 de agosto); pero las dos alas francesas acudieron antes que hubiese acabado de pasar el rio el ejército imperial, y despues de derrotarlo, le obligaron á pasar otra vez el Adda perdiendo tres mil hombres. Eugenio emprendió la retirada, pero su aparicion bastó para salvar á Turin, y regresó á Viena, donde habia muerto (6 de mayo) el emperador Leopoldo dejando por sucesor á su primogénito José I.

El mariscal Tessé bloqueó en España á Gibraltar por tierra mientras Pontis la sitiaba por mar con quince navíos; pero una tempestad dispersó la escuadra, y no quedaron mas que cinco navíos cuando la acometió una armada inglesa (23 de abril) de treinta y cinco velas que los obligó á encallar en la costa. Se levantó el sitio, y Tessé condujo sus tropas contra los portugueses que habian entrado en Extremadura. El archiduque partió entre tanto de Lisboa con la armada inglesa y veinte mil hombres, y desembarcó cerca de Barcelona. Los aliados habian reconocido que seria infructuoso el ataque de España por las provincias que pertenecieran un dia á la corona de Castilla, y habian resuelto insurreccionar las antiguas provincias de la

corona de Aragon que aborrecian de muerte al rey que habian elegido los castellanos. Efectivamente, luego que llegó el archiduque, los habitantes de Barcelona obligaron á capitular á la guarnicion (9 de octubre); toda la provincia proclamó á Carlos III, y siguieron muy pronto su ejemplo los reinos de Aragon y de Valencia.

§. XIV.—*Campaña de 1706.—Batallas de Ramilliers y de Turin.—Sitio de Barcelona.*—A pesar de los desastres de España, los triunfos de Villars y de Vendome habian equilibrado la fortuna, y Luis XIV hizo nuevos esfuerzos para hacer decisiva la campaña de 1706. Envió refuerzos á España para reconquistar las provincias del valle del Ebro, á Italia para sitiar á Turin, al Rhin para rechazar á Luis de Baden allende el rio, y finalmente á Bélgica, donde Marlborough tenia intencion de invadir los Países Bajos con sesenta mil hombres reunidos en Tongres y Maestrich.

Villeroy estaba situado en Lovaina con ochenta mil hombres; en vez de defender la línea de Dyle, quiso abrir la campaña con un golpe decisivo, y sin esperar á Marsin que le traía una división del Rhin, avanzó entre Tillemont y Judvigne hácia las fuentes de los Ghetes, y volvió á encontrar el enemigo entre el Méhaigne y el pequeño Ghete cerca de Ramilliers (23 de mayo de 1706.) Tomó tan desacertadas disposiciones que parecia desear una derrota; su derecha estaba apoyada en las lagunas del Ghete, y no podia atacar ni ser atacada; y los bagajes estaban situados entre las dos líneas de su ejército. Estas medidas proporcionaron á Marlborough la propicia ocasion de desarmar á su gusto la derecha y el centro de su enemigo para aglomerar todos sus esfuerzos contra la derecha. Los regimientos de la casa real defendian este lado del ejército, y sostuvieron las cargas del enemigo con su valor acostumbrado, pero fueron deshechos y vencidos á pesar de sus esfuerzos; y atacado el centro de frente y por el lado, se dispersó derrotado y arrastró en su fuga al ala izquierda que no habia combatido. Todos se desbandaron en un espantoso desórden, unos se atropellaban con los otros, y cayeron mas de quince mil hombres en poder del enemigo, además de cuatro mil que quedaron en el campo de batalla. Villeroy estaba desalentado, no se detuvo en el Dyle, en el Sena, en el Deuder ni en el Escalda, evacuó á Lovaina, Bruselas, Alost, Gante,

Brujas, todo el Brabante y todo Flandes, y se retiró por fin á Menin dejando los restos del ejército en diversas plazas. El enemigo no tuvo mas trabajo que marchar siempre adelante, asombrado de aquel vértigo; entró en Bruselas y en Gante, tomó á Amberes, Ostende, Menin, Dendermonde y Ath. Los franceses no conservaron mas plazas principales que Mons y Namur.

Si los Países Bajos habian tenido su Hochstett, tambien tuvo el suyo Italia.

Aprovechándose Vendome de la ausencia del príncipe Eugenio, venció completamente su ejército en Calcinato (19 de mayo) cerca de Castiglione, haciéndole perder ocho mil hombres y rechazándole hasta el Adige. Los franceses habian libertado el Milanesado, conquistado el Piamonte, y solo les faltaba tomar á Turin para ser dueños de toda Italia. Hicieronse inmensos preparativos contra esa ciudad, donde el duque de Saboya habia aglomerado todos sus recursos, construido fortificaciones formidables, y donde acabó por encerrarse con los restos de su ejército. Mientras Vendome estaba ocupado en el Adige para interceptar los refuerzos de Alemania, acometió la plaza un ejército de sesenta mil hombres abundantemente provisto de todo, con ciento cuarenta cañones y ochenta morteros; pero la corte eligió para mandar tan brillante ejército al duque de la Feuillade, joven cuyo único mérito consistía en ser yerno de Chamillard. «En vano Vauban, dice Saint Simon, que presagiaba algun desastre, ofreció ir al sitio sin mando, y únicamente para dar consejos dejando detrás de la puerta su baston de mariscal; se habia esparcido de tal modo entre nosotros mucho tiempo hacia el espíritu de ceguedad y de vértigo: la ineptitud parecia un título de eleccion y de preferencia.» Feuillade despidió á Vauban con estas palabras: «Espero tomar á Turin á la Cochorn.»

Eugenio habia vuelto á tomar el mando del ejército y consiguió mantenerse detrás del Adige hasta que le llegasen los refuerzos. Resolvió entonces ir á libertar á Turin por medio de una marcha temeraria hasta el absurdo, si no hubiera contado con la incapacidad de los generales franceses. Con una maniobra semejante á la que habia engañado á Catinat en los mismos sitios, se aprovechó de la connivencia de los venecianos y de los pantanos del bajo Adige que habia dejado sin custodia Vendo-

me, pasó el rio cerca de Rovigo (6 de julio), despues el Po por Pollesella, y se halló en la ribera derecha que habia resuelto seguir hasta Turin. Dejó tan solo quince mil hombres en el Mincio al mando del príncipe de Hesse para ocupar y engañar al ejército francés. Vendome podia haber reparado este desastre pasando con sus tropas á la orilla izquierda para cerrar el camino de Turin y obligar al enemigo á internarse en la península; pero fué llamado en aquel momento para tomar el mando del ejército vencido en Ramilliers, pues el clamor público habia obligado á Luis XIV á destituir á Villeroy. La corte envió para reemplazarle al duque de Orleans, sobrino del rey (1) y al mariscal Marsin. Estos dejaron veinte mil hombres al mando de Medavy para hacer frente al príncipe de Hesse, pero no trataron de contener la marcha de Eugenio en la orilla derecha del Po. Permitieron que durante tres meses pasase sin obstáculo mas de veinte rios y retrocediera lentamente por la orilla izquierda, de modo que cuando llegaron á Turin, el enemigo estaba pasando por el Tanaro y se incorporaba con el duque de Saboya en Carmagnola (28 de agosto).

La Feuillade dirigia en tanto el sitio de Turin con una inquietud increíble; habian pasado dos meses y aun no habia terminado los preparativos para embestir la plaza; en vez de atacar la ciudad, habia atacado la ciudadela que podia recibir víveres continuamente; habia repartido su ejército en tres cuerpos aislados por el Po y el Doria, dejando salir al duque de Saboya con seis mil hombres, y cansando sus tropas en perseguir á este enemigo que cambiaba continuamente de posicion para favorecer la llegada de Eugenio. Cuando se hubo este incorporado con el duque pasó el Pó, y volviendo la espalda á Francia, marchó hácia el Doria. Aun era tiempo de hacerle pagar cara su temeridad, y el duque de Orleans proponia salir de las líneas que no podian defender sesenta mil hombres en su extensión de cinco leguas, y presentar la batalla á Eugenio. Contaban los franceses con la superioridad del número, y como el enemigo se habia situado entre los Alpes y el ejército francés solo tenia un camino de retirada, y debia rendirse á discrecion en caso de ser vencido. Marsin era de

(1) El hermano del rey murió el 9 de junio de 1701.

parecer que lo mejor sería permanecer en las líneas, las cuales no se atrevería á atacar Eugenio, y que se le persiguiera en su retirada. El duque insistió; y todo el ejército pidió á gritos la batalla: el mariscal enseñó entonces una orden del rey, por la cual debía adoptarse su parecer en caso de divergencia de opiniones, y en ella se le prescribía secretamente que no presentase la batalla. El ejército permaneció en las líneas.

Mientras tenían lugar las deliberaciones, llevando Eugenio hasta el extremo su atrevida empresa, pasó el Doria y marchó por entre este río y el pequeño Stura, hácia la parte de las líneas que se hallaba mal defendida porque se la creía suficientemente apoyada por ambos ríos. Efectuó esta marcha pasando por el flanco de los sitiadores sin obstáculo, llegó con treinta y cinco mil hombres hasta las líneas, donde se reunieron apresuradamente diez mil hombres, y los asaltó en seguida en tres columnas. El campo francés se hallaba en la mayor confusion; Marsin estaba desorientado y confuso; el duque de Orleans, aterrado con los vacíos que experimentaban las líneas, mandó que los llenasen cuarenta y seis batallones que se hallaron inútilmente en la orilla opuesta, y la Feuillade dió una orden contraria. Esto ocasionó que teniendo un ejército de sesenta mil hombres, solo había disponibles para combatir una tercera parte, que el enemigo invadió las trincheras en su primera carga, desbarató los diez mil hombres que las defendían, y revolvió contra los demás cuerpos que se hallaban desparramados; finalmente, que todo el campamento fué derrotado espantosamente dejando en las líneas dos mil muertos, doscientos cañones, quince mil caballos ó mulas, inmensas municiones, tres millones en dinero, etc. Marsin pereció en la batalla y fué herido el duque de Orleans.

Asombrado el enemigo de su triunfo, creía haber libertado tan solo á Turin, pero la retirada de los vencidos le llevó mas lejos de lo que esperaba. El duque de Orleans, que habia demostrado en la batalla sangre fria y audacia, reunió algunos batallones, cañones y municiones, y emprendió la retirada hácia Casal. De este modo quedaba defendido el Milanesado, se cortaban las comunicaciones de Eugenio, y si llegaba unirse el ejército vencido con el de Medavy que habia ganado en Castiglione á la sazón una brillante victoria al príncipe de Hesse, podia volverse á

empezar la guerra sin otra desventaja que una batalla perdida. Pero apenas tomaron el camino de Casal, cuando llenos de terror oficiales y soldados, viéndose sin comunicacion con Francia, huyeron á la desbandada, y los generales arrojaron en su tránsito la artillería y las municiones

La Feuillade mandó entonces que se tomase la direccion de Pignerol, y retrocediendo todos en la mas horrible confusion, sin órden, sin víveres y sin jefes, se precipitaron en los Alpes. Si Eugenio hubiera hostigado esta banda de fugitivos, no hubieran quedado diez mil hombres.

Perdióse enteramente el ejército; abrieron sus puertas las plazas del Piamonte, el Milanésado se sometió al emperador, fueron abandonados los ducados de Parma y de Módena, rindiéronse sin combatir Pizzighittone, Tortone y Casal, Milan recibió en triunfo al duque de Saboya, y finalmente Medavy, viéndose aislado en el Mincio y rodeado por todas partes de enemigos, se retiró con quince mil hombres á Mantua, y firmó por consejo del rey (marzo de 1707) una capitulacion, por la cual quedaba libre de volver á Francia con todas sus tropas, mediante la cesion de Mantua, Cremona, Valenza y el castillo de Milan, únicas plazas que les quedaban á los franceses. No se redujo todo á esto. Habiendo muerto al año siguiente sin posteridad el duque de Mantua, el emperador se apoderó de sus estados como feudos del imperio, y por su propia autoridad dió al duque de Saboya el Monferrato. Los duques de Parma y de Módena se vieron precisados á entrar en la coalicion, se exigieron contribuciones á los demás estados de Italia, fueron invadidos los estados pontificios, y el Papa tuvo que reconocer por rey de España al archiduque. Finalmente, diez mil imperiales destacados del ejército de Eugenio atravesaron toda la península, entraron en el reino de Nápoles en medio de las aclamaciones de los habitantes, ávidos siempre de nuevas revoluciones, y expulsaron sin dificultad las guarniciones francesas y españolas.

Los Borbones perdieron toda la Italia.

Los desastres de la campaña de 1706 no se limitaron á las fatales jornadas de Ramillers y Turin, pues tambien los presencié la España. Felipe V y el mariscal de Tessé habian rechazado á los aliados en todas sus posiciones de Cataluña y encerrado al ar-

chiduque en Barcelona. Hiciéronse inmensos preparativos para el sitio de esta ciudad. Felipe V tenía un ejército de cuarenta mil hombres, el conde de Tolosa bloqueaba el puerto con cuarenta navíos, y el duque de Noailles entró en la provincia por el Rosellon. La plaza se hallaba reducida al mayor extremo cuando la armada de los aliados, compuesta de sesenta navíos, obligó al conde de Tolosa á emprender la retirada y desembarcó tropas y municiones. Felipe levantó el sitio desordenadamente (12 de mayo), abandonando la artillería y los heridos, y se dispersó su ejército por culpa de sus generales. La provincia se insurreccionó en masa, se apoderó de los caminos de Castilla, y Felipe V tomó con dificultad el de Francia, pasó los Pirineos, llegó á Perpiñan, volvió á entrar en España por Bayona y llegó á Madrid. Apenas estuvo allí, se vió precisado á abandonar la corte. Cuando los aliados supieron el resultado del sitio de Barcelona, tomaron otra vez la ofensiva, los ingleses se apoderaron de Cartagena, los portugueses de Ciudad Rodrigo, y un ejército anglo-portugués, mandado por el refugiado francés Ruvigny, invadió la Extremadura llegando hasta la capital. Felipe huyó á Burgos, y los aliados entraron en Madrid donde proclamaron á Carlos III.

§. XV.—*Campaña de 1707.—Batalla de Almansa.—Sitio de Tolon.—Toma de Stolhóten.—Sucesos del Norte.—Carlos XII.*—Cuando Luis XIV supo la fuga de su nieto envió á Navarra veinte escuadrones y treinta batallones. Estos refuerzos se incorporaron con Felipe y Berwick, que se sostenia en Castilla con el apoyo de sus habitantes y le permitieron tomar la ofensiva. Los castellanos amaban en extremo á la esposa de Felipe V por su hermosura, su talento y su valor, pues siguiendo los consejos de la princesa de los Ursinos, mujer de elevado mérito, y por medio de la cual gobernaba la corte de Felipe, de Luis XIV y madama de Maintenon, respetó las costumbres españolas, recorrió las ciudades, halagó al pueblo, y reunió dinero y soldados. El archiduque, «rey católico por la gracia de los herejes,» era aborrecido de los españoles, que miraban en el piadoso Felipe apoyado por el rey cristianísimo al monarca de su eleccion. No tardaron en sufrir derrotas los aliados en Castilla y en evacuar el país, y Felipe volvió á entrar en su capital en medio de las aclamaciones del pueblo (12 de octubre de 1706).

Rechazado el enemigo hasta el reino de Valencia, trató de afirmarse allí por medio de una batalla. El ejército aliado, que se componía de ingleses, holandeses, portugueses y aragoneses, al mando de un refugiado francés y teniendo en sus filas á Cavalier con un regimiento de *camisardos*, ascendía á treinta y cinco mil hombres, y á treinta mil el ejército franco-español. Sabiendo Ruigny que el duque de Orleans iba á entrar en España con refuerzos, atacó á Berwich en Almansa (25 de abril de 1707), población situada en los confines de Murcia y Valencia. La batalla fué muy larga y sangrienta, y los refugiados combatieron con tanto encarnizamiento, que el regimiento de Cavalier quedó enteramente destruido. Los aliados perdieron la batalla, dejando en el campo doce mil hombres, toda la artillería, sus banderas y bagajes, y se retiraron á Cataluña.

La jornada de Almansa fué una victoria completa. Se sometió todo el reino de Valencia, los de Felipe invadieron el de Aragon y penetraron hasta Cataluña. El duque de Noailles y el de Orleans llegaron con tropas de refuerzo; el primero se apoderó de Lérida, donde halló inmensos almacenes, y el segundo conquistó la Cerdaña. Felipe V quitó los fueros y privilegios á las tres provincias aragonesas, y las sometió á las leyes y usos de los reinos de Castilla.

El príncipe Eugenio y el duque de Saboya, embriagados con su victoria y sus inesperadas consecuencias, resolvieron en tanto llevar la guerra al centro de Francia, pasaron el Var y se dirigieron á Tolon, secundados por una escuadra inglesa con el proyecto de destruir la preeminencia de la marina francesa en el Mediterráneo; pero emplearon doce días en llegar desde el Var hasta aquella ciudad (23 de julio de 1707) y habiendo tenido tiempo suficiente para acudir en defensa de la plaza el mariscal de Tessé, formó un campamento atrincherado en las colinas cercanas. Los aliados atacaron las trincheras y las tomaron; pero habiéndolas recobrado Tessé despues de un combate encarnizado, empezaron á desesperar de su empresa, y despues de tres meses de esfuerzos, no habian aun podido abrir la brecha. Eugenio mandó la retirada; pero hostigado en su marcha por los aldeanos, volvió á pasar el Var con la mitad de su ejército.

Igual suerte alcanzaron los aliados en el oriente y el norte.

Villars habia conseguido durante la campaña de 1706 aisladamente algunos triunfos, recobrando á Fuerte-Luis, Lauterburgo, Drusenheim y Haguenau y rechazado á los alemanes allende el Rhin; y hasta se preparaba á pasar el rio, cuando se vió en la precision de enviar refuerzos á Flandes, donde acababa de perderse la batalla de Ramilliers, y permaneci6 en la inaccion todo el resto de la campaña. Al siguiente año pasó el rio y marchó contra las líneas del Stolhofen, que se creian inconquistables, y que se extendian desde Philipsburgo á Stolhofen, formando allí un ángulo recto, desde el Bihel á la Selva Negra. Los treinta mil hombres que las defendian se acobardaron con una sorpresa de cuatro mil hombres que Villars envi6 rápidamente, y evacuaron las líneas en desórden, abandonando los cañones, los fusiles é inmensas provisiones (22 de marzo de 1707).

Este fué un golpe tan afortunado, si se dá crédito á Villars «por cuanto este inmenso y prodigioso triunfo no costó un solo hombre.» Villars destruy6 las líneas, puso destacamentos en Pforzheim, Stuttgart, Dourlach y Manheim, exigi6 contribuciones á Baden, Wurtemberg y Franconia, y llen6 de terror los valles del Necker, del Mein y del Alto Danubio. Trataba de tomar una posicion ventajosa en esos países tomando á Ulm ó á Heilbronn, cuando la corte le mandó que enviase refuerzos á Provenza, y un ejército superior al suyo, mandado por el duque de Hannover, se adelantó contra él y le obligó á retirarse. Volvió á pasar el Rhin despues de haber recogido un rico botín y de haberse grangeado la confianza de sus soldados. Su invasion en Alemania fué tambien muy útil al ejército del Norte, pues obligando á Marlborough, que habia tomado á Malines, Gante y Courtrai, á enviar refuerzos á Alemania, fué causa de que Vendome se defendiera ventajosamente entre Fleurus y Waterloo, sosteniendo al Hainaut, al Namur y el Luxemburgo, únicas provincias que le quedaban á la corona de España.

Las consecuencias de los terribles desastres de la campaña de 1706 se atenuaron con las ventajas adquiridas en la de 1707, y los grandes sucesos que acontecian en el Norte tenian en esta época llena de inquietud á la coalicion. Habia sucedido en el trono de Suecia á Carlos XI (1697) Carlos XII monarca jóven y entusiasta que solo pensaba en la gloria de los conquistadores; atacado por

los soberanos de Dinamarca, Polonia y Rusia, que creían que había llegado el momento de quitar á la Suecia la preponderancia que ejercía aun en el Norte, los derrotó á los tres, derrocó del trono de Polonia á Augusto elector de Sajonia, y consiguió que se eligiera en su lugar á Estanislao Leczniski. El pensamiento político que dirigia la espada de Carlos XII era formar entre la Suecia y la Polonia una estrecha alianza para resistir á la Rusia, estado bárbaro que principiaba su existencia europea en el reinado de Pedro el Grande, y cuyo gigantesco engrandecimiento y proyectos ambiciosos presagiaba. Estos sucesos impidieron á los electores de Brandeburgo y de Sajonia enviar sus fuerzas á la coalicion, y el último se vió perseguido hasta en sus estados hereditarios.

Carlos invadió la Sajonia y entró en Leipzig seguido de cincuenta mil hombres y una inmensa nombradía, y obligó á Augusto á renunciar á la alianza de Pedro y á reconocer á Estanislao. La Europa creyó ver en él á un segundo Gustavo Adolfo que iba á intervenir en la gran guerra del mediodía, todas las naciones le pidieron su alianza, y por espacio de un año dictó leyes á toda Alemania. Luis XIV le envió dos agentes para renovar la antigua amistad de Francia y Suecia, y las negociaciones lograron tanto éxito en un principio, que el jóven monarca declaró que invadiria la Silesia si los aliados tomaban á Tolon. Pero la coalicion le envió entonces á Marlborough que ganó á Luis XIV en la tienda de campaña de Carlos XII una victoria mas importante que la de Hochstett, pues corrompiendo á los ministros de Carlos y prometiéndole que reconoceria á su protegido Estanislao, la coalicion le llenó de alarma sobre la política católica y desmesurada ambicion del rey de Francia y le inclinó á conservar su neutralidad. El héroe fantástico que ambicionaba las victorias mas por fama que por provecho, volvió entonces á proseguir en sus proyectos contra Rusia, y fué á perder en Pultawa una batalla que debia hacer bajar á la Suecia para siempre al rango de las potencias de último orden.

§. XVI.—*Estado lamentable de la hacienda.*—*Fenelon y Vauban.*—*Desmarets, contralor general.*—La situacion de la hacienda se iba empeorando mas y mas cada dia con una guerra que anualmente devoraba doscientos cincuenta millones. Se restableció la

capitacion que se convirtió desde entonces en un impuesto permanente á pesar del clamor público (1), se elevó el valor de la moneda que subió sucesivamente hasta cuarenta libras el marco, se crearon empleos inútiles y ridículos, como consejeros del rey, probadores de vino, visitadores de manteca fresca, etc., extraños funcionarios, que no solo conseguian un vano título comprando estos cargos, sino sueldos, y estaban libres de pagar la contribucion. Chamillard no hallaba ya nada que empeñar, ó como le decia Luis XIV, «qué agenciar con la sangre del pueblo,» ni aun al 12 por ciento; determinó atender á los gastos del estado con asignaciones sobre los ingresos futuros, llamados billetes de moneda, pero menospreció él mismo estos billetes negándose á recibirlos en pago, y los proveedores no quisieron aceptarlos sino con condiciones muy onerosas y con frecuencia por la tercera parte de su valor. Últimamente discurrió señalar impuestos sobre los bautismos, los casamientos y fallecimientos, ocasionando con estas medidas una sublevacion en el mediodía, donde los campesinos obligaron á los nobles á empuñar las armas y tomaron á Cahors por asalto.

Objeto de gravísima inquietud y serias reflexiones era la salvacion del estado para los espíritus ilustrados en medio de impuestos tan enormes, de sufrimientos tan grandes, y de una guerra tan terrible. Sentábase por principio que el orden social desaparecia por sí mismo por la miseria pública y los vicios del poder. «Vivimos por milagro, decia Fenelon, el estado es una máquina vieja y desbaratada que conserva aun el primer empuje que se le ha dado, pero que acabará de despedazarse al primer choque (2).» Luis XIV habia destruido todo lo que quedaba del antiguo sistema social, sin poner en su lugar mas que su persona, siendo su gobierno un tronco sin raices. No pudiendo un individuo formar un sistema, la monarquía habia envejeci-

(1) La capitacion, ó impuesto por cabezas, suprimida despues de la paz de Ryswick, se restableció en 1702, y la hizo arbitraria y tiránica en 1705 la division *capitacion contribuyente y personal*. La primera se cobraba de los contribuyentes á razon de la *talla* y observando la matrícula incua de este impuesto, y la personal de los no contribuyentes á la *talla* segun una tarifa que los dividia en veinte y dos clases, tarifa basada únicamente en las declaraciones que hacian los privilegiados de sus rentas ó productos.—(2) Obras de Fenelon, t. III, p. 566.

do al mismo tiempo que el rey, y nada defendía al poder de la acción del tiempo. Al lado de una gran sociedad en progreso existía un gobierno sin ningún medio para renovarse y adaptarse al movimiento de su pueblo, condenado á la inmovilidad y al desprecio despues de medio siglo de gloria, y hundido ya en vida de su fundador en una decadencia que parecia una disolución (1).»

A pesar de la finura, de las maneras y de la devoción de la corte, habia además una extrema corrupción en las personas distinguidas de la sociedad, que solo vivían de intrigas, no se avergonzaban de hacer un lucro deshonoroso, y rehacían continuamente su fortuna destruida por el fausto á fuerza de bajezas y frecuentemente con el juego, que se habia convertido en una pasión dominante y que se llevaba sin vergüenza hasta la maldad y el fraude. «Las costumbres presentes, dice Fenelon, inspiran á todos la mas violenta tentación de arrimarse al mas fuerte por toda especie de bajezas, de cobardía y de traiciones.» Descubrían este lamentable estado de la sociedad francesa numerosos escritos, en especial los de los refugiados y jansenistas, pero no hubo ninguno tan popular como el *Telémaco*, obra de oposición moral, de la cual hicieron los enemigos de Luis XIV un libro de oposición política que alcanzó en toda Europa un éxito inmenso. Era la obra del entendimiento mas elevado, del carácter mas seductor, del corazón mas puro de toda esa época, de Fenelon en fin, el antiguo preceptor del duque de Borgoña, y que se hallaba desterrado en su arzobispado de Cambrai, menos por su adhesión á la secta mística del *quietismo* (2), que por sus avanzadas

(1) Guizot, *Civilización europea*, lección cuarta — (2) El quietismo, introducido por Madama Guyon, mujer de una devoción ascética, predicaba el amor de Dios puro y desinteresado, que no estimula el temor ni la esperanza de la recompensa; doctrina excelente para algunas almas privilegiadas, pero que idealizaba hasta tal punto la religion que la hacia incomprendible para el vulgo. Habiendo desenvuelto el arzobispo de Cambrai, cuya teología era un poco verbosa y superficial, en un libro poco inteligible, titulado *Las Máximas de los santos*, el espiritualismo de los piadosos contemplativos que aspiraban á este estado de perfección, Bossuet que dominaba á la Iglesia por su inmensa sabiduría, fué á pedir perdón al rey «por no haberle ponderado bastante el fanatismo de su colega,» y desplegó un encarnizamiento poco honroso en perseguir al que llamaba «la bestia feroz que deshonoraba al episcopado.» A pe-

y modernas ideas que había inspirado á su discípulo en política y administración. Luis XIV decía que Fenelon «era el ingenio mas brillante y quimérico de su reino» y le aborrecía tanto, que nadie se atrevía en la corte á pronunciar su nombre, ni aun en las cosas mas insignificantes (1). Pero no por eso dejaba de estar en secreta é íntima correspondencia con su discípulo y el duque de Beauvilliers, ejerciendo sin saberlo el rey una gran influencia en el consejo.

Solo Fenelon, Beauvilliers y el duque de Borgoña pensaban en afirmar el reino y el trono por medio de las instituciones, y siendo el sistema de hacienda la causa principal de las miserias de la época y el abismo donde debía hundirse la monarquía, la reforma de los impuestos era el objeto de las meditaciones de todos los hombres virtuosos, y nadie desplegó en este asunto tanta ciencia y lealtad como el mariscal Vauban (2). Este grande hombre se había compadecido toda su vida de la miseria del pueblo. El conocimiento que sus empleos le daban de la necesidad de los gastos y de la poca esperanza de que el rey pusiera coto á su esplendor y pródigas diversiones, le causaba gran sentimiento, no viendo un remedio á aquel despilfarro que iba tomando incremento cada día (3).» Durante veinte años hizo muchos viajes, envió agentes, gastó la mitad de sus riquezas para enterarse de los recursos y de la población de Francia, y después de haber recogido inmensos documentos, trazó un plan de un nuevo sistema de impuestos que no era enteramente practicable, pero que precavía las contingencias del porvenir, y cuya base era la recaudación de un diezmo sobre todas las propiedades inmuebles. Su libro (el diezmo real) era obra de un excelente corazón y de un digno ciudadano, pero ensalzado, aprobado y

...sar del apoyo de los jesuitas que defendían á Fenelon, el rey pidió al papa la condenación del libro, amenazándole «con llegar á un extremo si dilataba el asunto con rodeos.» El libro fué condenado, y Fenelon se sometió á esta sentencia con un candor que debió causar el arrepentimiento de Bossuet en medio de su orgulloso triunfo (Véase á Bossuet, historia de Fenelon, t. II, p. 210).—(1) Saint-Simon, tomo IX, p. 344.—(2) Fué nombrado mariscal en 1703. «y había dirigido como jefe cincuenta y tres sitios, mas de veinte en presencia del rey que se creyó nombrarse á sí mismo mariscal de Francia dando el baston á Vauban.» (Saint-Simon, t. III, p. 345.—(3) Id. t. V. p. 284.

admirado por el público, fué objeto del odio y de las acusaciones de los rentistas, y condenado por los ministros que pidieron el encierro del mariscal en la Bastilla. El rey vió en él un ataque directo á su poder y el deseo de una reforma que debia cambiar la constitucion del estado, y desaparecieron á sus ojos desde aquel instante los servicios de Vauban, su capacidad militar, única en su género, y sus virtudes, no viendo en él mas que un delirante en pro del bien público y un criminal. Así se lo manifestó sin rodeos. Vauban murió algunos meses despues consumido por una tristeza que nadie pudo consolar, y que el rey contempló insensiblemente hasta el punto de hacer ver que no se acordaba de la pérdida de un servidor tan útil y leal. Toda la Europa ensalzó su nombre con tanto entusiasmo, como dolor manifestó su patria al saber su lamentable muerte (1).

Chamillard caia rendido de cansancio y suplicaba al rey que le aligerase la carga, pues de lo contrario moriria bajo su enorme peso. «Bien! respondió Luis, moriremos juntos, pues la obra que llevais á cabo es tambien obra mia.» No obstante, el clamor público y los sufrimientos del pueblo llegaron á tal punto, que fué preciso quitar á Chamillard la cartera de hacienda (febrero de 1708) y fué su sucesor Desmarets, sobrino de Colbert, hombre de superior inteligencia y de extremada laboriosidad, pero que se vió desde el principio en la precision de recurrir á medios ruinosos para abrir la campaña de 1708. Estaban empeñados ya de antemano todos los ingresos de aquel año, y los hizo disponibles cargando las asignaciones sobre los ingresos de 1709, creando dos millones de renta, exigiendo cuarenta y seis millones para gastos extraordinarios, y emitiendo cuarenta en papel moneda. Merced á esos medios, que solo la necesidad excusaba, se abrió la campaña con fuerzas muy considerables, «lo cual asombró á los enemigos de la Francia, dice Desmarets, que estaban persuadidos de que las rentas se dejarian abandonadas.»

§. XVII.—*Expedicion de Escocia.—Derrota de Oudenarde.—Toma de Lila.*—Aun no se habia perdido la esperanza de restaurar á los Estuardos, y aunque el gobierno de Ana gozab mucha popularidad, era aun tan poderoso el partido jacobita, que

(1) Saint-Simon, t. V. p. 287.

Luis XIV resolvió intentar esta empresa, que podia cambiar la faz de la Europa. La Escocia, tan entusiasta un día por su independencia, acababa de verse reducida al estado de provincia por un tratado de union (1706) que le dió las mismas leyes, igual administracion y parlamento que á Inglaterra, y que declaró que en lo sucesivo los dos reinos formarían uno solo con el nombre de la Gran Bretaña. Este tratado causó una efervescencia general entre los escoceses, los presbiterianos se hallaron sometidos á los anglicanos, los habitantes de las montañas se acordaron con dolor de sus reyes nacionales, se formó una vasta conspiracion en favor de Jacobo III, y se aseguraba además que Marlborough y el lord tesorero Godolfin estaban dispuestos á prestar su apoyo á la restauracion.

Luis XIV preparó una expedicion para Escocia; pero desde las batallas de Vigo y de Málaga se hallaba tan degenerada la marina francesa entre las manos del inepto ministro Gerónimo de Pontchartrain, hijo del canciller, que á duras penas se pudieron reunir en Dunquerque veinte navíos mandados por Forbin, donde se embarcó el pretendienté. Esta expedicion habia sido preparada con tan poco misterio como rapidez, y cuando entró en el Forth, nadie tomó las armas, pues el gobierno inglés habia tomado todas sus medidas, enviando una escuadra de cuarenta navíos que obligó á Forbin á retroceder á Dunquerque; y esta tentativa de política católica solo sirvió para estrechar la liga, haciendo ver que Luis XIV no desistia de ninguno de sus antiguos proyectos.

Era tan extremo y general el descontento y los ejércitos estaban en tan mal estado, que con dificultad se hallaban soldados; y solamente á fuerza de tiranía y «saliendo á caza de hombres,» se conseguia arrancar del arado á las milicias temerosas y miserables. Se organizó en Flandes un ejército de noventa mil hombres, cuyo mando se encargó al duque de Vendome y al de Borgoña. Dificilmente se hubieran hallado dos jefes de ejército mas antipáticos, siendo el primero tan tímido como modesto y tan devoto como virtuoso, y el segundo tan audaz y arrogante como impío y libertino, y este yerro de Luis XIV iba á acarrear otro desastre á la Francia.

Marlborough, que solo tenia cuarenta mil hombres, retroce-

dió hácia el Dyle donde esperó á Eugenio cuando se aproximó el ejército francés que se dirigia desde Soignies al Nivelles. El príncipe Eugenio tomó el mando del ejército del Rhin, y dió principio á sus operaciones contra el elector de Baviera y el mariscal de Berwick. Aparentó querer invadir la Lorena, pasó el Mosella por Coblenz, el Mosa por Maestricht, y se incorporó con su cólega en Bruselas.

El duque de Borgoña pasó entre tanto el Dender por Ninove, y sus destacamentos se apoderaron de Gante y de Brujas por connivencia de los habitantes. Solo faltaba tomar á Oudenarde para que los franceses fueran dueños de todo el Escalda, y se dirigieron hácia Grave para pasar por allí el rio y dar principio al ataque de ésta ciudad, pero desplegando suma lentitud por indolencia del duque de Vendome. El enemigo se aprovechó de su torpeza para adelantarles dos jornadas, pasó el Dender por Lessines, el Escalda por Oudenarde, subió por el norte hácia el puente de Grave, por donde empezaban á pasar el rio los franceses, y los acometió de improviso (11 de julio). Estos no se hallaban preparados para dar la batalla, sus divisiones empezaron á pelear á medida que iban llegando sin aliento, rendidas, sin órden y sin artillería, y despues de cien combates aislados, se hallaron separadas unas de otras. Si no hubiera llegado la noche á poner límite á aquel desórden con sus tinieblas, todo el ejército hubiese caído muerto ó prisionero.

El duque de Borgoña mandó la retirada, Vendome quiso oponerse, y esta division colmó el desórden, y por fin se retiró el ejército á Gante despues de haber perdido diez mil hombres, entre muertos, prisioneros y dispersos.

Los vencedores cruzaron la frontera y se presentaron delante de Lila (13 de agosto). Eugenio formó el sitio con veinte y cinco mil hombres, y le apoyó Marlborough con cincuenta mil. Era otra de las empresas temerarias donde debiera haber hallado su ruina. En efecto, los franceses ocupaban la Flandes y el Hainaut, Lila era mirada como la obra maestra de Vauban, tenia una fuerte guarnicion y á Boufflers por gobernador, y todas las fuerzas de Francia se dirigian á ella para libertarla. Berwick, que habia seguido á Eugenio en su marcha de Coblenza á Maestricht, habia llegado ya con veinte y cinco mil hombres, lo que hizo subir el

número del ejército del duque de Borgoña á mas de cien mil hombres, y el elector de Baviera debia traer aun treinta mil. Pedro Eugenio y Marlborough estaban bien enterados de los odios y divisiones de los generales franceses; Vendome y Berwick se aborrecian á muerte, disputaban sin cesar y no cometian mas que yerros, el duque de Borgoña no tenia autoridad suficiente para ponerlos de acuerdo ni genio bastante para tomar una resolucion, su buen sentido no podia suplir su timidez é inexperiencia, y hasta era objeto de los insultos del duque de Vendome.

Estas divergencias ocasionaron que no se emprendiese nada para salvar á Lila, sino ataques infructuosos contra los convoyes del enemigo, que la ciudad capitulara el 23 de octubre de 1709, y que Boufflers se retirase á la ciudadela. El elector de Baviera llamó la atencion del enemigo en Bruselas y dió un terrible asalto á esta ciudad (26 de noviembre). Marlborough que tenia delante un ejército doble que el suyo, tuvo la osadía de destacar quince mil hombres en auxilio de Bruselas. El grande ejército solo tenia que guardar el Escalda para destruir este refuerzo, pero lo dejó pasar, el elector se vió precisado á abandonar á Bruselas y retirarse á Namur, y cien mil hombres no se atrevieron á atacar los treinta y cinco mil que le quedaban en tanto á Marlborough. Tantos yerros y tan baja cobardía tuvieron su recompensa, y Boufflers, que era el único que salvó el honor francés, hizo una capitulacion honrosa despues de una resistencia heroica, no esperando mas refuerzos y habiendo apurado sus últimas municiones (8 de diciembre).

Los aliados marcharon desde allí á Gante que tenia veinte mil hombres de guarnicion con inmensas provisiones, y cuyo comandante la rindió á la primera intimacion. Apoderándose en seguida de Brujas y exigieron tributos á Flandes, Artois y á la Picardía marítima.

«De este modo terminó, dice Berwick, una campaña que fué mas desgraciada de lo que debia, pues para que tuviese un resultado tan fatal fué preciso que todos cometiéramos faltas sobre faltas (1).» Hé aquí á donde conduce, añade Saint-Simon, la ceguera en la eleccion, el orgullo de querer hacerlo todo, la va-

(1) Berwick, t. III, p. 141.

nidad de escoger ministros y capitanes que no puedan adquirir reputacion por no compartirla con otro, y en fin ese modo de gobernar que precipita en un peligro de inminente ruina al hombre que merece por su valor ó ciencia las alabanzas ó la gloria (1).»

Habiendo ambos partidos dirigido todos los esfuerzos á los Países Bajos, la guerra ofreció muy poco interés en Italia y en España. Villars, que mandaba en los Alpes, no pudo impedir que el duque de Saboya tomase á Exilles, Perusa y Fenestrelles, últimas plazas que poseian los franceses, pero acabó de libertar al territorio de la invasion de los piemonteses. El duque de Orleans tomó en España á Tolosa, y se rindieron á Felipe las últimas plazas españolas, pero los ingleses se apoderaron sin obstáculo de las islas de Menorca y de Cerdeña.

§. XVIII. — *Invierno de 1709. — Hambre. — Negociaciones de la Haya. — Carta del rey á sus súbditos. — Operaciones rentísticas de Desmarcts.* — La Francia estaba hundida bajo el peso de sus humillaciones y desastres, cuando puso el colmo á sus males un invierno extraordinariamente riguroso que ocasionó una espantosa miseria. Estallaron motines en pueblos y campiñas, no se oian mas que ultrajes y furiosas quejas contra el rey, y la muchedumbre se aglomeraba en tropel en torno de los príncipes pidiéndoles pan, acusando al gobierno de la miseria pública, y exhortándose unos á otros á no ser mas tolerantes, pues ya no podian llegar á peor extremo que el de morir de hambre como el que habian alcanzado. Muchas personas creyeron que los empleados de hacienda se habian aprovechado de esta ocasion para acaparar los granos por medio de emisarios esparcidos por el reino, para venderlos luego al precio que quisieran en beneficio del rey y sin acordarse de su pobreza (2).

Era una calumnia del pueblo, un grito lanzado á impulso del hambre, aunque es probable que existieron malvados y tal vez intendentés que fundaron su fortuna particular con los sufrimientos públicos; pero el rey desplegó por el contrario una paternal solicitud para dar un alivio á tantos males é impedir las rebeliones del pueblo que se moria de hambre. Decretó pena de

(1) Saint-Simon, t. XIII, p. 50. — (2) Id. t. VII, p. 494 y 346.

muerte á los logreros, concedió primas á las importaciones de granos, y mandó que todos los ciudadanos declarasen sus subsistencias. Se enviaron escuadras á buscar, ó por mejor decir, á conquistar granos á Polonia, Turquía y Africa, porque los cruceros de los aliados se apoderaban de los convoyes destinados á la Francia, se establecieron comisiones formadas con miembros de los parlamentos para vigilar las provisiones, y el teniente de policía Argenson prestó los mayores servicios á París con su vigilancia.

Ofase por todas partes el grito de paz en medio de la espantosa miseria, cuando se paralizaron todos los trabajos, cuando los hospitales arrojaban sus enfermos á las plazas públicas, y cuando la pobreza invadía á los que hasta entonces habian socorrido á los miserables. Hacia muchos años que el rey estaba dispuesto á dar oídos á esos clamores, y ya en 1706 habia hecho proposiciones á los holandeses que fueron rechazadas con esta respuesta: «Pocos años mas de guerra, y el formidable reino de Francia no inspirará temor á ninguna nacion (1).» Despues de la derrota de Oudenarde, entabló negociaciones oficiales, y envió á la Haya al presidente Rovillé; pero Heinsius, que ejercia en los estados generales el mismo ascendiente que Guillermo, declaró que el preliminar de todas las negociaciones debia ser el abandono absoluto y la expropiacion de Felipe V y de los electores de Baviera y de Colonia.

Cuando Luis recibió el despacho que anunciaba estas condiciones convocó su consejo. Beauvilliers hizo en la sesion una descripcion tan lúgubre de la situacion del reino, que no pudieron contener las lágrimas los ministros, el duque de Borgoña y el mismo monarca, y Torcy ofreció que iria á la Haya para tratar de ablandar á los aliados. Luis, que sufría sus reveses con la mas noble resignacion, consintió sin titubear en esta humillacion. «Me someto como siempre á la voluntad divina, dijo, y los males con que le place afligir á mi reino no me permiten dudar de los sacrificios que me pide le haga de todo lo que puede serme mas sensible. Olvido pues mi gloria (2).»

Y el digno sobrino de Colbert partió en secreto con el pasa-

(1) Torcy, t. I, p. 410.—(2) Id. p. 205.

porte de un correo, y fué á suplicar de uno en uno á Heinsius, á Eugenio y á Marlborough que estaban orgullosos con la humillacion del gran rey y saboreaban el placer de humillarle. Los triunviros se mostraron mas severos, arrogantes é implacables que lo habia sido jamás Luis XIV; «hicieron mofa de su ruina,» no supieron disimular que sus «designios se dirigian á una destruccion general de la Francia (1),» y ofrecieron por fin como preliminar de la paz un ultimatum (28 de mayo de 1709) que no podian mas que aceptar ó rehusar sin condiciones los franceses. Luis XIV debía reconocer á Carlos III como soberano de toda la monarquía española, de la cual no podia quitarse jamás parte alguna, ni menos aun darse á un Borbon, aunque tuviese derecho para adquirirla; debía tomar las medidas convenientes, de acuerdo con los aliados, para obligar á su nieto á abandonar los estados españoles, no poseer en adelante mas que la Alsacia con otro título que el de señor feudal; ceder á Estrasburgo, Neuf-Brisach y Landau al emperador; Exilles y Fenestrelles al duque de Saboya; demoler á Dunquerque y las plazas de Alsacia, reconocer á la reina Ana, al rey de Prusia y al elector de Hannover; consentir en la expropiacion de los electores de Baviera y de Colonia, etc. En cambio de tantos sacrificios los aliados no daban la paz sino solamente una tregua de dos meses, pasada la cual podria empezarse á tratar de la paz.

Luis XIV estaba animado profundamente del espíritu patriótico y francés, y sentia un movimiento de indignacion al pensar tan solo en consentir en unas condiciones que destruian la obra de Richelieu, convertian su reino en una potencia de segundo orden y reconstituian el poderío de la casa de Austria. El gran rey hubiera considerado como una cobarde baja de dejar á su sucesor la Francia mas pequeña de lo que la habia recibido de manos de Mazarino. «Antes soy francés que rey, repetia con frecuencia, y lo que mas me interesa es el brillo de la gloria de la nacion.»

Llamó á su embajador. Ultrajado, infeliz, lleno de dignidad en su desgracia, conocia que no era solamente su caída lo que se

(1) Saint-Simon.—Duclós (t. I, p. 60), dice haber leído una memoria firmada por el príncipe Eugenio que explicaba el plan y los medios de desmembrar la Francia.

deseaba sino la de la nacion, que era preciso apelar á ella de los insultos prodigados al rey, hacerla juez de su política, de sus esfuerzos para conseguir la paz, y de la impotencia en que se hallaba de dársela á su pueblo.

El 12 de junio escribió á los gobernadores de las provincias, á los comandantes de los ejércitos, á los obispos y á los pueblos una de las mas hermosas cartas que nos ha conservado la historia, y que empieza con estas palabras: «Se habia esparcido de un modo tan general por mi reino la esperanza de una próxima paz, que me creo en el deber de pagar la fidelidad que me han manifestado mis pueblos durante mi reinado, dándoles un consuelo al informarles de las razones que impiden por ahora que puedan disfrutar el reposo que habia deseado proporcionarles, etc.» Y exponia sencilla y exactamente todas las proposiciones que le habian hecho los aliados, y las contestaciones que habia recibido. «Paso en silencio, añadía, las insinuaciones que me han hecho para que uniera mis fuerzas á las de la liga, y de forzar al rey mi nieto á bajar del trono si no consentia voluntariamente en vivir sin estados en adelante, y reducirse á la condicion de un simple particular. Repugna á todo sentimiento humano el creer que ellos hayan tan solo pensado en inducirme á formar semejante alianza; pero aunque mi cariño hácia mis pueblos no sea menos acendrado que el que profeso á mis hijos, aunque yo reparta todos los males que hace sufrir la guerra á súbditos tan fieles, y haya dado á entender que desearia sinceramente dar el bien de la paz; estoy persuadido de que ellos mismos se opondrian á recibirla con condiciones igualmente contrarias á la justicia y al honor del nombre francés. Mi intencion es, pues, que todos los que hace tantos años me dan pruebas de lealtad contribuyendo con sus trabajos, sus bienes y su sangre á sostener una guerra tan pesada, sepan que el único precio que mis enemigos pretenden dar á las ofertas que he tenido á bien hacerles, se reduce á una suspension de armas, cuyo término de dos meses les proporciona una ventaja mas considerable que la que pueden esperar de la confianza que tienen en sus tropas. Como yo pongo las mías bajo la proteccion de Dios y espero que la pureza de mis intenciones atraerá su bendicion sobre mis armas, quiero que sepan mis pueblos que hubiesen disfrutado la

paz, si hubiera dependido solamente de mi voluntad procurarles un bien que desean con tanta razon, pero que es forzoso conquistarla con nuevos esfuerzos, ya que son inútiles para restablecer la tranquilidad pública las ventajosas condiciones que hubiera concedido (1).»

Esta es la primera vez que el rey se ponía en comunicacion directa con la nacion, y «el éxito fué superior á lo que se habia esperado.» Alzóse un grito general de indignacion y de venganza, todos ofrecieron gustosos sus bienes y su sangre para sostener la guerra, y manifestaron su adhesion y su entusiasmo con protestas patrióticas y ardientes (2). Luis XIV era aun un verdadero rey nacional á pesar de sus yerros y desgracias, á pesar de las quejas y libelos populares; la Francia tenia asociadas aun á las suyas sus pasiones, pues la habian deslumbrado sus victorias, el brillo de su reinado y las pompas de su corte; y no le amaba como un buen rey, «sino como al príncipe que habia elevado el nombre francés sobre el de las demás naciones (3).»

La carta de Luis, pidiendo á la nacion que vengara su honor con el último sacrificio, sacó á la Francia del abatimiento y desesperacion en que se hallaba sumida, y la insolencia de los aliados «llenó de indignacion á todos los que tenian en sus venas una gota de sangre francesa (4).» Circuló por todas las clases de la sociedad un estremecimiento de patriotismo, y el sentimiento nacional unido á los rigores del hambre, arrastró á las filas del ejército una multitud de aldeanos y nobles pobres. El rey participó de la exaltacion general, y á pesar de sus setenta años, resolvió ponerse al frente de las tropas de su casa para ir á recobrar á Lila, que era la gloriosa conquista de su juventud; pero le hizo desistir de este proyecto Mad. Maintenon, si hemos de creer á Saint-Simon, «que la llama el genio del mal que le aprisionaba en los grillos domésticos, cuyo peso no queria sentir el rey.» Chamillard, que era el que habia concebido este plan, presentó su dimision aterrado por la crisis y cediendo á la opinion pública que lo rechazaba. Le reemplazó tambien un hombre de toga llamado Voisin, medianía honrada y adicta á la mu-

(1) Torcy, t. I, p. 349.—(2) Saint-Simon, t. VIII, p. 208.—(3) Choisy, p. 356.—(4) Carta de Madama de Maintenon al Duque de Noailles.

jer que Saint-Simon apellida la *vieja sultana*, pero lo mismo que Chamillard solo se encargó de la administracion de la guerra, y Boufflers trazó con el rey los planes de campaña.

Habia seguridad de encontrar soldados, pero la dificultad estaba en recoger dinero. El rey vendió otra vez las obras maestras de Versailles y envió su vajilla á la casa de moneda, muchos ricos imitaron su digno ejemplo, hicieron donativos las ciudades y las corporaciones, se vendió el rescate perpetuo de la capitacion por quince años de ingresos, y se gastaron cincuenta y tres millones cargados sobre las rentas venideras hasta 1717.

No era esto aun suficiente, y Desmarests, que habia imaginado mil caminos para realzar el crédito, se hallaba al fin de todos sus recursos, cuando los buques franceses que hacian el comercio con las colonias españolas trajeron treinta y cinco millones en barras que prestaron al gobièrno, recibiendo en cambio asignaciones sobre los ingresos llevándose un interés de 10 por 100. El contralor general aprovechó estas barras para refundir toda la moneda, subió el valor del luis desde 16 libras y 10 sueldos á 20 libras, y admitiendo en pago cinco sextas partes en metálico y una sexta parte en billetes, dió valor á lo restante, puso otra vez en circulacion el metálico, y reanimó el crédito. Tuyo además cuidado en revocar los decretos de cesacion ó supresion de los intereses de la casa de la ciudad, y desde entonces hizo mas facilmente los empréstitos y con gravámenes menos onerosos que sus antecesores. Con todos estos medios que arruinaban á la Francia para salvarla, se reunieron 220 millones, de los cuales apenas 50 procedian de la recaudacion ordinaria, porque en este año fué indispensable perdonar al pueblo diez millones.

§. XIX.—*Batalla de Malplaquet.*—*Conferencias de Gertruy-Demberg.*—*Impuesto del diezmo.*—La corte encargó á Villars el mando del ejército de Flandes que se componia de cien mil hombres de milicias mal armados, peor vestidos y sin disciplina, y en el cual se veian muy pocos nobles. La nobleza manifestó escasa adhesion en medio de tan inmensa crisis; sentia haber entregado su vajilla á la casa de moneda á imitacion del rey, continuaba de planton en los salones de Versailles ocupándose en mezuquinas intrigas y en cuestiones de etiqueta, mientras los plebeyos iban á hacerse matar á la frontera; rehusaba prestar el servi-

cio militar, que constituia todo su carácter y misión social, «y el rey mandó á los intendentes que averiguaran cuántos eran los nobles que no servian, que doblaran y triplicaran la capitacion á los que no obedeciesen, y que les hicieran sufrir cuantos vejámenes fueran posibles (1).»

Es preciso confesar que cuando la nobleza aparecia en el ejército era para introducir en sus filas el desaliento y el desorden. «Estoy esperando para ver si hallo hombres, decia Villars, pero hasta el presente no los he visto mas que en el soldado.... Maravilla la virtud y la constancia con que sufren el hambre.... Los oficiales generales por el contrario no saben mas que decir buenas palabras, y son á propósito para quitar el valor ordinario al soldado, y que yo hago todo lo posible para inspirar al oficial (2).»

En medio de esta apatía de la nobleza se vió con admiracion á Boufflers lleno de honores y de enfermedades pedir al rey que le dejara servir á las órdenes de Villars, que tenia diez años menos de antigüedad que él. «Si le sucediera alguna desgracia á vuestro general en una batalla decisiva, le dijo, se arruinaría vuestro ejército y con él la Francia.» Partió rebosando alegría y despues de escribir á Villars: «Ninguno de vuestros ayudantes de campo ejecutará vuestras órdenes con mas prontitud ni mas gusto que yo.» Y durante toda la campaña reinó la armonía mas completa entre los dos mariscales, que merecieron el aprecio y aclamaciones de sus soldados.

El ejército enemigo, compuesto de ciento veinte mil hombres, todos veteranos y bien provistos, amenazaba la línea del Scarpa despues de la cual solo existia el Somme para defender á París. Villars reunió su ejército entre Bethune y Donai apoyándose en un campamento atrincherado por el Bassée. Esta posición defendía muy bien á Donai, Arras y Picardía, pero abandonaba á sus propias fuerzas á las plazas de los Países Bajos de la otra parte de Lila. Efectivamente, el enemigo despues de haber hecho demostraciones inútiles para penetrar por el Scarpa, retrocedió y dirigió sus esfuerzos contra Tournai.

Mesgrigny, discípulo de Vauban, defendió esta ciudad heróí-

(1) Saint Simon, t. XII, p. 58.—(2) Memorias de Villars, t. II, p. 61 y 273.

camente; fué vencida porque Villars no podía defenderla sin dejar el Artois á merced del enemigo. La falta de víveres entorpecía además continuamente los movimientos del ejército francés. «Para dar pan á las brigadas que marchan, escribía Villars, hago ayunar á las que quedan.» No obstante, cuando vió á los aliados dirigirse á Mons despues de la toma de Tournai, resolvió presentar la batalla para salvar esta plaza detrás de la cual no existía mas que el Quesnay hasta el Oisse. Pasó el Scarpa y el Escalda y llegó á Malplaquet, pero en vez de aprovechar allí el afán que sus soldados tenían de atacar al enemigo, turbado con una marcha tan atrevida, permaneció inmóvil durante tres días, dió tiempo á Eugenio y á Marlborough para que reunieran todas sus fuerzas, y esperó su ataque situándose detrás y entre dos bosques, cuya abertura ó entrada fortificó con trincheras defendidas con cincuenta piezas de artillería. Apoyado el enemigo por ciento cuarenta cañones, atacó por la abertura dirigiendo todas sus fuerzas á los dos bosques donde Villars había reconcentrado todas las suyas (11 de setiembre de 1709).

El ejército francés estaba sin pan dos días hacia, y se estaban distribuyendo los víveres cuando se oyó el estampido del cañon enemigo. Todos aquellos soldados de milicias, que poco antes empuñaban el arado, arrojaron su pan en seguida y volaron al combate lanzando gritos de alegría. La batalla fué terrible, la mas terrible de toda la guerra. Villars á la izquierda y Boufflers á la derecha sostuvieron al principio victoriosamente los ataques, pero habiendo caido el primero herido en una carga que le arrebató treinta cañones, empezó á replegarse el ala izquierda, y Boufflers, que tomó el mando del ejército, sacó fuerzas del centro para sostenerla (1). Eugenio conoció el yerro, y precipitándose con treinta batallones sobre el centro, tomó las trincheras, y obligó á retirarse á las alas que se hallaron entonces separadas.

Si el enemigo se hubiera empeñado en perseguir á aquellas dos masas aisladas de treinta mil hombres, hubiese podido destruir á la una ó á la otra, pero había sufrido pérdidas considerables, y de los veinte y cinco mil cadáveres que cubrían el campo

(1) Todos los regimientos le vieron al frente al acometer; marchaba á la carga con la ferocidad de un leon, y daba sus órdenes con la sangre fria de un filósofo con traje de casa» (Carta de Madama Maintenon al duque de Noailles.)

de batalla, los diez y siete mil eran de los aliados. Los franceses no se dejaron su artillería, banderas ni prisioneros, y emprendieron su retirada con mucho orden bajo el cañon de Quesnay y de Valenciennes. Todos los esfuerzos de los aliados se agotaron en Mons que se vió precisada á rendirse (20 de octubre), pero se pararon allí, y no se llevó á cabo la invasion de Picardía anunciada con tanto aparato.

Tampoco tuvo éxito alguno un ataque que hizo el enemigo por la frontera del mediodía. Víctor Amadeo estaba encargado de invadir el Delfinado é incorporarse en el Comté con una division alemana que debía penetrar en Alsacia. Esta pasó el Rhin cerca de Huninga, pero fué vencida y desbaratada en Rumorsheim (26 de agosto de 1709) por el conde del Bourg, y Berwick estrechó al duque de Saboya desde Brianzon donde se hallaba situado con veinte mil hombres.

Tambien se alcanzaron algunos triunfos en España. El marqués de Bay venció á Golloway en Gudina (7 de mayo) cerca de Badajoz, cuyo sitio proyectaron los portugueses, y Asfeld se apoderó de Alicante.

La gran batalla de Malplaquet, tan tenazmente disputada y tan gloriosamente perdida, había reanimado el entusiasmo y la confianza del ejército, pero no los de la nacion, que veía pagada su lealtad con una nueva derrota. El grito de paz se repitió entonces con mas ardor que nunca, y la miseria llegó al último extremo. Se habian gastado de antemano las rentas de las ciudades de diez años, los hospitales no tenian alimento, los mismos empleados se morian de hambre, se llegaron á ver criados del rey mendigando por las calles de Versalles, y compañías enteras de caballería desertaban al interior para hacer contrabando y la guerra al fisco. «No se puede desempeñar el servicio público, escribia Fenelon, sino estafando por todos lados; es una vida de gitanos mas bien que de agentes del gobierno. La nacion cae en el oprobio, y los enemigos dicen en alta voz que el gobierno de España no está tan decaido como el nuestro (1).» El gran prelado fué la providencia del ejército despues de la derrota de Malplaquet. Su palacio se convirtió en hospital, repartió sus rique-

(1) Obras de Fenelon, t. III, p. 570.

zas entre los soldados y los oficiales, curó los heridos con sus propias manos, y siendo en fin respetados sus bienes por los generales enemigos que le veneraban, abrió inmensos almacenes para las necesidades del ejército, y se vió á los soldados de Malborough escoltando los granos que debían alimentar á los de Villars.

Movido el rey por los sufrimientos y apuros de su reino, propuso nuevas conferencias para la paz sin suspender las hostilidades. No las rechazaron los enemigos, y envió al cardenal Polignac y al mariscal Huxelles á Gertruydemberg á donde acudieron tan solo los diputados de las Provincias Unidas en nombre de todos los coaligados.

«La república representaba el papel de árbitro de las potencias de Europa; pero este exceso de honor que los aliados le habían dado, la enorgullecía y cegaba de tal modo que no podía tolerar que se le dijera que se arruinaba para engrandecer al Austria y á la Inglaterra (1).»

Los aliados franceses dijeron desde un principio que aceptaban las condiciones del año anterior, y para demostrar la sinceridad de sus palabras el rey retiró de España sus tropas, que eran por otra parte indispensables para la defensa de su reino. Pero los holandeses manifestaron mas arrogancia aun que en el Haya, pidieron la cesion de la Alsacia y las conquistas hechas por la Francia desde el tratado de los Pirineos. Y por una loca irrisión y sabiendo que lograrían una negativa, pidieron además como preliminar de la paz que Luis arrojase á su nieto de España, por sí solo, con sus propias fuerzas y en el término preciso de dos meses. Era tan extremo el apuro que Luis prometió la cesion de la Alsacia y un millon de subsidio mensual para pagar las tropas aliadas que combatieron á Felipe V.

Los holandeses tuvieron el orgullo de no acceder á este cúmulo de humillaciones!

El anciano monarca irguió entonces su encanecida frente y exclamó: «Pues es preciso hacer la guerra, mas quiero hacerla á mis enemigos que á mis hijos.» Y llamó á sus embajadores. «Esta constancia, dice Saint-Simon, esta firmeza de alma, esta

(1) Torcy, t. I, p. 149.

igualdad exterior, y esta esperanza contra toda esperanza, por valor y por prudencia y nó por ceguedad, es lo que le valió el sobrenombre de *Grande* que fué para él tan prematuro. Esto fué tambien lo que le adquirió la verdadera admiracion de la Europa y la de todos los súbditos que lo presenciaron, y lo que le atrajo tantos corazones que le habia hecho perder un reinado tan prolongado y severo (1).»

Desmarests halló para aquel año recursos estableciendo un impuesto imitado del sistema de Vauban, cual era el diezmo sobre todas las tierras sin exceptuar las de la nobleza y el clero. Luis manifestó mucha repugnancia en violar los privilegios pecuniarios de estas dos clases, y si hemos de dar crédito á Saint-Simon, únicamente se decidió despues de consultar con los doctores de la Sorbona «que declararon que todos los bienes de los franceses pertenecian al rey en propiedad, y que cuando los tomaba, no tomaba mas que lo que le pertenecia (2).»

La nobleza pagó con mucho disgusto el diezmo, «porque le nivelaba á la humilde condicion del pueblo»; el clero lo rescató con crecidas sumas, y en fin, este impuesto que proporcionó 45 millones, fué tal vez la salvacion de la Francia.

§. XX.—*Campana de 1710.—Progresos de los aliados en Flandes.—Batallas de Zaragoza y de Villaviciosa.*—Restablecidos los coaligados de las pérdidas sufridas en Malplaquet, tenian un ejército casi doble que el que mandaba Villars; volvieron á desplegar sus movimientos ofensivos, y se dirigieron á Douai resueltos á romper por esta ciudad la segunda línea de plazas con que Vauban habia rodeado la Francia. Douai, cuyo gobernador era Albergotti, se rindió despues de cincuenta y cuatro dias de brecha abierta, los aliados pasaron el Scarpa, exigieron tributos á Picardía, y los corredores enemigos se llegaron á presentar en el Sena. Pero Eugenio y Marlborough marchaban muy despacio, despues de Douai tomaron sucesivamente á Bethune, Aire, y Saint-Venant, y estos sitios les costaron mas de treinta mil hombres. Villars tenia orden de no arriesgar ninguna batalla y no pudo auxiliar á Arras.

Mientras se creia que el desenlace de la guerra estaba en el nor-

(1) Saint-Simon, t. XIII, p. 162.—(2) Id. t. IX, p. 43.

te, y las hostilidades adquirirían en España una importancia que iba á ocasionar el término de la lucha, los ingleses intentaron un desembarco en las costas del Languedoc; para enviar armas á los insurgentes de los Cevenas, Noailles tuvo que acudir hácia aquel lado con todas sus fuerzas. El archiduque se aprovechó de la lejanía de las tropas para activar la guerra con los refuerzos que había recibido, y tomando la ofensiva en Cataluña, venció á Felipe en Almenara del Segre y lo rechazó hasta Aragon. Este se retiró á Zaragoza.

Felipe no había podido contar con el apoyo de su abuelo que había llamado á Francia todas sus tropas y se hallaba reducido á los recursos de sus súbditos, mas aunque su causa era la mas nacional, no compensaba el entusiasmo de los que le apoyaban su indisciplina, y obligado con veinte mil hombres á presentar batalla á treinta mil, fué completamente vencido (10 de agosto de 1710).

Zaragoza abrió sus puertas á los vencedores, y todo Aragon proclamó á Carlos III. Embriagado este con su triunfo, en vez de rechazar á Felipe hasta Navarra y expulsarle de España, invadió á Castilla y entró en Madrid en medio de la consternacion de sus habitantes (20 de setiembre).

La posesion de la capital no dió la España al archiduque; todas las provincias no ocupadas por sus tropas se sublevaron y desplegaron el encarnizamiento heroico que tantas veces han mostrado contra la dominacion extranjera, y Castilla, llena de indignacion contra los herejes, les hizo una guerra sangrienta y destructora. Felipe se habia retirado á Valladolid; el clero, la nobleza y el pueblo le ofrecieron abundante dinero, víveres y armas; reunió rápidamente veinte y cinco mil hombres, y pidió á su abuelo para mandarlos á Vendome, que se hallaba caido, y que iba á rehacer su reputacion perdida por la derrota de Oudenarde.

Felipe V era verdaderamente el rey nacional, gustaba á los españoles por su devocion, su gravedad y su constancia, y él mismo habia confundido su causa con la de España. Este príncipe tan tímido al subir al trono y que tan pusilánime fué al perder sus fuerzas, adquiria con la lucha, y viendo la adhesion y lealtad de los españoles, una firmeza inalterable. Jamás quiso con-

sentir en su destronamiento, no hubiera obedecido á su abuelo si este hubiese reconocido á Carlos III, y declaró muchas veces «que moriria antes que dejar el trono que Dios le habia destinado.»

Hostigado el archiduque hasta en Madrid y empezando á perder para siempre la esperanza de reinar en España, evacuó la capital con su ejército de veinte y cinco mil hombres mandado por Staremberg, y se dirigió hácia Toledo para reunirse con el ejército portugués; pero hallándose este contenido por la division del marqués de Bay, se retiró al camino de Aragon.

Felipe V y Vendome entraron en Madrid (2 de diciembre de 1710) en medio del regocijo de sus habitantes, y salieron sin tardanza en persecucion del enemigo. Alcanzaron en el Tajima la retaguardia formada por la division inglesa de Stanhope que se habia fortificado en Brihuega. La villa sufrió tres asaltos y sucumbió despues de haberse rendido á discrecion la division inglesa (8 de diciembre).

Al ruido del combate revolvió Staremberg rápidamente y atacó á los vencedores en Villaviciosa cerca de Brihuega (10 de diciembre), pero fué enteramente derrotado, y de todo su ejército no le quedaron mas que siete ú ocho mil hombres que se retiraron en desórden hácia el Ebro. Esta fué una victoria enteramente nacional para los castellanos.

Aragon se sometió á Felipe, solo les quedó Cataluña á los aliados, y aun esta provincia fué invadida por el mariscal Noailles que se apoderó de Gerona.

§. XXI.—*Advenimiento al imperio de Carlos VI.—Revolucion ministerial de Inglaterra.—Preliminares de la paz.*—La batalla de Villaviciosa consolidó para siempre el trono de Felipe V y dispuso á los aliados á una transaccion. El partido de la paz habia conocido además toda la imprudencia de las condiciones hechas en Gertruydemberg, y se robusteció posteriormente con un acontecimiento que cambió la faz de los negocios. Murió José I (17 de abril de 1711), no dejando mas herederos que su hermano Carlos que se apresuró á partir á Alemania donde fué proclamado sin obstáculo rey de romanos (21 de diciembre), y algun tiempo despues emperador con el nombre de Carlos VI. Las potencias que luchaban diez años hacia para restablecer el equilibrio eu-

ropeo no debían permitir que Carlos VI lograra lo que rehusaban á Luis XIV, es decir, la sucesion total de España, que hubiera convertido al primero en otro Carlos V.

La coalicion habia alcanzado su objeto; ir mas allá «era exponerse á un peligro por disipar los últimos restos de un temor.» Principióse entonces á reflexionar que el interés universal exigía que se dejase á un Borbon la corona de España, pero sin sus agregados, y sin que jamás pudiera incorporarse á la de Francia. Esta idea era muy popular en Inglaterra donde les llenaban de alarma 60 millones de libras esterlinas con que se habia agravado la deuda nacional por causa de esta guerra, y se creía «que era ya tiempo para los ingleses de asegurar por medio de un tratado los despojos que habian arrancado á una herencia que en nada les pertenecía.»

Una revolucion ministerial introdujo en el poder estas ideas de conciliacion. Asegurado ya el triunfo de la coalicion, parecia cumplida la mision política de los whigs, y los torys empezaban á adquirir ascendiente mostrándose partidarios de la paz y especialmente defensores de la iglesia anglicana, á la que parecían amenazar las opiniones socinianas de los whigs. Se trabó una reñida polémica entre ambos partidos, cuyos instrumentos principales fueron Addison y Congreve entre los whigs, y entre los torys Bolingbroke, Prior y Swift. Marlborough perdió en ella toda la popularidad que le habian dado sus victorias. En medio de la corrupcion universal, cuando todas las conciencias estaban en venta al que mas ofrecía, y cuando los jefes de ambos partidos protestaban á la vez á los dos pretendientes «su adhesion inalterable;» causó asombro la codicia del vencedor de Hochstett, al exigir descaradamente quince millones para el pago de sus soldados, no considerando el triunfo de su partido mas que como una senda de fortuna material, y asegurándose un refugio por medio de las amistosas protestas con que halagaba á los Estuardos.

La reina Ana, tory de corazon, se veía arrastrada por la política de los whigs únicamente por necesidad de posicion; se habia cansado de ser el instrumento de un partido que amenazaba con llamar á Jacobo III si cesaba de sufrir su voluntad, y deseaba dejar el trono á su hermano, «que le suplicaba prefiriese el

último varon de su nombre á extranjeros de otra lengua y diversos intereses.» Honró con su confianza á los torys, amigos del poder absoluto, cuyos principios políticos concordaban en parte con los de Luis XIV, cambió su ministerio, y entabló negociaciones con la Francia, aun antes que la batalla de Villaviciosa y la muerte de José I les hubiesen dado un color legitimo y nacional.

Inglaterra pidió que Luis reconociese á Ana y su sucesion en la línea protestante, que entregase los Países Bajos, Nápoles y el Milanesado al Austria, que consintiera en la formacion de una barrera de plazas belgas ocupadas por los holandeses, que demoliere el puerto de Dunquerque cuyos corsarios habian hecho tanto mal al comercio inglés, y que tomase las medidas necesarias para impedir la reunion de España y Francia en una misma persona (1).

Luis accedió á estas proposiciones tan diferentes de las que se le imponian en Gertruydemberg, y firmaron los preliminares de la paz en Lóndres Torcy y Bolingbroke (8 de octubre de 1711).

Las Provincias Unidas reclamaron contra Inglaterra que habia faltado á la primera condicion de la alianza negociando sin contar con los confederados, el emperador declaró que no trataria

(1) Inglaterra propuso también otro plan en el cual el duque de Anjou, sin renunciar á sus derechos á la corona de Francia, hubiera obtenido á Nápoles, Sicilia, el Piamonte y el Mantuano, el duque de Saboya la España, y el Austria los Países Bajos y el Milanesado. Felipe pudo elegir entre ambos proyectos, y Luis XIV, á quien el artículo de la renuncia parecia un atentado, le aconsejó que optase por lo último. Felipe le respondió con esta notable carta: «Me parece mucho más ventajoso que una rama de nuestra casa reine en España, que poner esta corona sobre las sienes de un príncipe cuya amistad es poco segura, y esta ventaja me parece mas considerable que la de reunir un día á la Francia la Saboya, el Piamonte y el Monferrato. Creo pues que de todos modos manifesto mejor mi adhesion tanto á vos como á vuestros súbditos manteniendo la resolucion que he tomado ya, que siguiendo el nuevo plan proyectado por Inglaterra. También de este modo doy la paz á Francia, le aseguro por aliada una monarquía que á no serlo podría algun día en union con sus enemigos darle muchos pesares, y sigo al mismo tiempo el partido que me parece mas conveniente á mi gloria y al bien de mis súbditos que con tanto celo y lealtad han contribuido á conservar en mis sienes la corona.» (Torcy, t. II, p. 461).—Felipe V introdujo en España la ley sálica como consecuencia del pensamiento francés que dictó esta carta, y para que el trono se conservase siempre en la casa de Borbon.

bajo semejantes bases, y los príncipes alemanes, que vendian la sangre de sus súbditos á las dos potencias marítimas, reclamaron contra el deshonor de semejante paz. Eugenio y Marlborough acudieron á Lóndres para reanimar el partido whig, derrocar á Ana del trono y hacer subir al elector de Hannover, pero fueron inútiles sus violencias. Se pronunció abiertamente por la paz el parlamento elegido bajo la influencia de los torys, el vencedor de Hochstett perdió todos sus grados y honores, escapando por casualidad de una acusacion de cohecho, y Eugenio se vió precisado á huir del reino. Se abrió por fin un congreso en Utrecht (12 de enero de 1712) á donde no dejó de enviar sus diputados ninguna de las potencias beligerantes. Los de Francia eran Polignac y Huxelles y además Mesnaquer vecino de Ruan, el hombre de mas conocimientos en materias comerciales y el que ejerció mayor influencia en las negociaciones.

§. XXII.—*Muerte del delfín, de la duquesa y del duque de Borgoña etc.*—Empezó á renacer la esperanza en Francia; pero en el momento en que el anciano monarca veia desaparecer la desgracia, recibió los golpes mas terribles en su misma familia. El delfín habia muerto el año anterior sin que produjera su muerte la menor sensacion; era un príncipe sin virtudes ni vicios que hubiera sido un pésimo rey. Todos se felicitaban al ver el trono próximamente ocupado por el duque de Borgoña, en quien se reconocia el sentimiento mas profundo de los deberes del trono, pero cuyas virtudes se exageraban, porque carecia absolutamente de energía, y encerrado siempre en su oratorio ó su gabinete, no hubiera sido nunca hombre de accion. Contábase no obstante en que su reinado seria enteramente opuesto al de su abuelo, se le miraba como el instrumento de una renovacion social cuya necesidad sentia todo el mundo, la cual se conseguiria sin sacudimiento por la accion legítima de un poder que era aun amado y respetado; y se sabia que formaba con Fenelon planes de gobierno en los cuales estaban balanceados los derechos del trono y las libertades públicas, que iba á llamar al ministerio al hombre que abrigaba las ideas políticas mas avanzadas bajo un alma llena del misticismo mas severo y al que repetia esta máxima que proclamaba en voz alta como base de su creencia: «Dios hizo á los reyes para los pueblos, no á los pueblos para los reyes.» El

mismo Luis profesaba á su nieto una gran veneracion, le dió parte en todos los negocios contra su costumbre, y mandó á sus ministros que trabajaran con él. «Es un príncipe, decia en voz muy alta, que lo hará todo mejor que yo por su virtud y su talento.»

Pocos dias fueron bastantes para convertir en una ilusion todas las esperanzas fundadas en el duque de Borgoña. Su esposa, Adelaïda de Saboya, princesa llena de gracia y de talento, á quien idolatraba toda la corte, y que era el encanto y la dicha del anciano monarca y de madama de Maintenon, que la habian educado y que ignoraban que esta hija mimada enteraba al duque de Saboya de los secretos del gabinete de Versalles, fué acometida repentinamente el 5 de febrero de 1712 de una enfermedad que burló la ciencia de los médicos, y murió seis dias despues á los veinte y cinco años de edad. El duque amaba apasionadamente á su esposa, y desesperado con una muerte tan súbita, cayó enfermo tambien y murió seis dias despues.

Estos desdichados esposos dejaron dos hijos; el duque de Borgoña de cinco años de edad, atacado de la misma enfermedad, murió el ocho de marzo, y el duque de Anjou de un año, tambien cayó enfermo y se salvó de la muerte por los cuidados de su aya.

Este fué Luis XV.

Aquellas muertes repentinas llenaron de estupor al anciano monarca, al reino y á la corte; el dolor del pueblo fué extremo, todo el mundo creyó que habian sido envenenamientos, y estas acusaciones que madama de Maintenon excitó, dice Saint-Simon, recayeron contra el duque de Orleans que debia llegar al trono por encima de estos tres sepulcros (1).

El duque de Orleans era un príncipe muy instruido y con reputacion desfavorable, profesaba desembozadamente el ateismo, y su libertinaje era de lo mas desenfrenado. Creia que la virtud no es mas que un nombre vano, y que el mundo estaba repartido entre los tontos y los de talento, siendo la moral y la virtud la

(1) Los enemigos del duque de Orleans recordaron que en 1709, cuando estaba mas desesperada la causa de Felipe V, aceptó las proposiciones que le hicieron muchos nobles españoles de reconocerlo por su rey. Desvanecido el proyecto, fué llamado el príncipe, y á no ser por la intervencion del duque de Borgoña, hubiese sufrido el castigo de los traidores.

parte de los tontos (1).» Finalmente, hubiera sido el mas abominable de los hombres si hubiese puesto en práctica todas sus ideas, si su corazon, naturalmente bueno y generoso, no hubiese triunfado de sus perversas costumbres y espantosos principios, y si no hubiera sido, segun la hermosa expresion de Luis XIV, «un fanfarron de crímenes.»

Llegó á tal punto el clamor público, que el duque de Orleans se vió abandonado de toda la corte, injuriado en el rostro por el pueblo que queria pegar fuego á su palacio, y se presentó delante del rey, medio muerto con estas pérdidas, pidiéndole jueces y la Bastilla. Luis le despidió sin oírle menos convencido de su inocencia que temeroso de descubrir la verdad, y si no se hubiese hallado un hombre honrado, el cirujano real Marechal, que negó con obstinacion la existencia del veneno, es probable que hubiera llevado á su sobrino ante un tribunal.

El duque de Orleans despreció la calumnia, y se vengó mas tarde gloriosamente ejerciendo la regencia durante la minoría del débil y último vástago de Luis XIV.

§. XXIII.—*La Inglaterra se retira de la liga.—Batalla de Denain.*—Los triunfos de los aliados se habian reducido en el año anterior á la toma de Bouchain, donde Villars cometió un yerro de trascendencia. Habiendo sorprendido Marlborough el paso del Leusée, se halló encerrado entre este rio y el Escalda delante del ejército francés y expuesto á una inevitable derrota, y Villars á pesar de los gritos de sus soldados que pedian la batalla, dejó pasar al enemigo y que tomase á Bouchain. Todo el país comprendido entre el Escalda y el Sambre se halló entonces indefenso por aquella parte contra los aliados, que no tuvieron mas que apoderarse del Quesnoy y de Landrecy para llegar con toda seguridad hasta el Oise.

Este fué en efecto su plan de campaña en 1712, pero en el momento en que iban á empezar las hostilidades, la reina Ana declaró á los estados generales que estaba decidida á «seguir sus negocios aparte,» dando órden al duque de Ormond que habia sucedido á Marlborough que permaneciese en la defensiva; y habiendo entregado Luis XIV Dunquerque en rehenes, se firmó

(1) Mad. de Caylus, p. 471.

una suspension de armas (26 de mayo) entre Francia é Inglaterra, despues de la cual las tropas inglesas se retiraron á Gante abandonando el ejército coaligado.

Esta retirada solo privó á la liga de doce mil hombres; porque la mayor parte de las tropas pagadas por Inglaterra eran alemanas, y seducidas por el oro de Holanda, se negaron á abandonar sus aliados. Eugenio tenia aun cien mil hombres, se apoderó del Quesnoy y sitió á Landrecy. Los partidarios circulaban ya libremente hasta Reims y Soissons; la consternacion era general en Francia, y los cortesanos aconsejaban al rey que se retirase al Loira. Luis rechazó esta idea con indignacion, dió órden á Villars para que presentase la batalla, y le dijo en el momento de su partida: «La confianza que me mereceis es tan notable, cuanto que pongo en vuestras manos las fuerzas y la salvacion del estado. Conozco vuestra lealtad y el valor de mis tropas, pero la fortuna les puede ser aun contraria. Si sufriese alguna desgracia el ejército que mandais, escribidme. Sé muy bien que ejércitos tan considerables, no son derrotados nunca hasta tal punto que no pueda alguna parte del vuestro replegarse hácia el Somme. Yo he resuelto ir á Perona ó á S. Quintin, reunir todas las fuerzas que pueda, hacer con vos el último esfuerzo, y perecer juntos ó salvar el estado (1).

El hábito de la victoria y la superioridad de sus fuerzas habian inspirado tanta confianza á Eugenio, que para sitiar á Landrecy sacó todas sus municiones de Marchiennes del Scarpa, almacén general de los aliados, cuya comunicacion con esta ciudad solo estaba asegurada por un campamento situado en Denain del Scarpa situado á cinco leguas de distancia. Este campamento comunicaba tambien con el camino de Marchiennes por una doble línea de trincheras de dos leguas de extension por medio de las cuales pasaban los convoyes, y que los aliados llamaban «el gran camino de París,» el cual estaba custodiado por diez y siete batallones y catorce escuadrones holandeses mandados por el conde de Albemarle.

El mariscal Montesquieu que servia á las órdenes de Villars, concibió la idea de aprovecharse de este notable yerro para to-

(1) Villars, t. II, p. 363.

mar á Denain, interceptar á Eugenio el paso de sus almacenes, y obligarle á abandonar á Landrecy. Villars adoptó su plan, y de acuerdo con él determinó los medios de ejecucion. El ejército que sitiaba á Landrecy estaba invenciblemente apoyado por el Escalda, el Sambre y el Seille; Villars fingió el proyecto de atacarlo y marchó contra él con gran sorpresa del enemigo y de sus propias tropas, pero al mismo tiempo dirigió, durante la noche, treinta batallones al Escalda que echaron un puente en Neuville entre Bouchain y Denain, y despues que todo su ejército hizo alarde de insultar las líneas de Landrecy, dió una media vuelta á la derecha, marchó rápidamente á Neuville, y pasó el Escalda.

Fueron tomadas á la fuerza las trincheras que se prolongaban hasta Marchiennes, y los franceses se pusieron en batalla para atacar el campamento (24 de julio). Se supo que Eugenio acudia con todas sus tropas. En tanto que una division cubria á Marchiennes, el resto del ejército marchó arma al brazo hácia el campamento, y á pesar de un fuego terrible cruzó en un instante el foso y las trincheras. Los holandeses huyeron hácia el Escalda, pero cortados los puentes, cayeron todos muertos ó prisioneros, y Eugenio, que acababa de llegar, contempló este desastre desde la orilla opuesta del rio. En vano intentó pasar el Escalda; fué vencido, y se retiró en desórden hácia Landrecy, cuyo sitio levantó apresuradamente.

La batalla de Denain no fué una de esas victorias sábias que á nada conducen, sino una de esas victorias populares que salvan un país. Cortada la línea de operaciones, el gran almacen se quedó aislado, y atacado el mismo dia de la batalla, se rindió (30 de julio) entregando á los franceses inmensas provisiones. Al mismo tiempo Villars sitió y tomó sucesivamente á Douai, el Quesnoy y Bouchain, con sus guarniciones, sin que Eugenio se atreviera á dar un paso para salvar estas ciudades.

Los aliados perdieron en tres meses cincuenta y tres batallones entre muertos y prisioneros, doscientos cañones, enormes depósitos de armas y municiones, y sus triunfos solo costaron mil y quinientos hombres á los franceses. Este brillante cambio de fortuna dió al afortunado Villars la mas elevada reputacion, inspiró al reino confianza, y apresuró las negociaciones de Utrecht.

§. XXIV.—*Congreso de Utrecht.—Tratados de Utrecht, de Baden*

y de Rastadt.—En 1710 se dirigió al Brasil una expedición francesa que se desgració, y los prisioneros fueron pasados á cuchillo por los portugueses. Duguay-Trouin proyectó otra expedición enteramente compuesta de comerciantes (1711), que forzó la entrada de Rio Janeiro, incendió una escuadra portuguesa, se apoderó de la ciudad, y le exigió un rescate de mas de ocho millones. Este suceso llenó de consternacion al comercio de Portugal, y al año siguiente concluyó esta nacion un tratado con la Francia siguiendo segun costumbre las inspiraciones de Inglaterra. El partido austriaco en España quedó reducido con esta defeccion á las tropas alemanas y á los insurgentes catalanes. El emperador se decidió entonces á firmar un convenio para la evacuacion de Cataluña y las islas Baleares, y para una tregua general en España y en Italia, con condicion de que Felipe V concediese una cumplida amnistia á todos los partidarios del Austria (1).

La Holanda se adhirió á la tregua, en seguida los príncipes alemanes, y desde entonces las negociaciones recibieron un poderoso impulso, merced á la intervencion de la reina Ana. Para facilitar su desenlace, Felipe V pronunció su renuncia á la corona de Francia en una sesion general de las cortes y en presencia del embajador de Inglaterra, renuncia que las cortes aceptaron y garantizaron al mismo tiempo que la separacion á la ley de sucesion castellana, por la cual las mujeres no fueron llamadas á heredar el trono hasta la extincion de todas las ramas masculinas (2). Los duques de Berri y Orleans, únicos restos de la familia de Luis XIV (3) hicieron tambien sus renunciaciones á la corona de España, pero se discutió mucho tiempo para saber la autoridad francesa que habia de garantizar estas negociaciones. Los ministros ingleses pidieron que se convocasen con este objeto los estados generales, Luis declaró que consideraba esta pretension como un insulto, y se limitó á hacer registrar las renunciaciones al parlamento de París (15 de marzo de 1713).

(1) Cataluña rehusó esta amnistia, volvió á sus antiguos proyectos de independencia, y resistió á los castellanos con feroz heroísmo. Esperaba que en las negociaciones habria alguna estipulacion en favor de sus fueros. Toda la Europa estaba en paz, y se resistía aun Barcelona, bloqueada, hambrienta y bombardeada. Capituló despues de diez y seis meses de sitio (11 de setiembre de 1714).—

(2) Memorias de Saint-Filippe, t. III, p. 64.—(3) El duque de Berry murió sin posteridad al año siguiente.

Se firmó por fin la paz el día 11 de abril entre todas las potencias beligerantes, exceptuando el emperador y el imperio, por muchos tratados cuyo resultado general es el siguiente:

1.º Felipe V es reconocido rey de España y de las Indias, pero cede á Inglaterra Gibraltar y Menorca, y le concede ventajas comerciales en detrimento de Francia y de las provincias Unidas.

2.º Ofrece al emperador, que no la acepta, la cesion de los Países Bajos, del Milanesado, de Cerdeña y de Nápoles.

3.º El duque de Saboya obtiene la Sicilia con el título de rey y una parte del Milanesado; queda confirmada su posesion del Monferrato, recobrada la Saboya y cede á la Francia el valle de Barcelonnetta en cambio de Fenestrelle y de Exilles.

4.º El elector de Brandeburgo es reconocido rey de Prusia y adquiere el Alto-Güeldre (1).

5.º Luis XIV jura no turbar el órden de sucesion al trono de Inglaterra en la línea protestante, ni dejar salir de Francia al pretendiente. Destruye el puerto de Dunquerque y cede á los ingleses la bahía de Hudson, la Acadia, Terranova y San Cristobal.

6.º Promete á los holandeses volver al emperador todo lo que poseen sus tropas en los Países Bajos, bajo la condicion de que han de restablecerse en sus estados los electores de Baviera y de Colonia; consiente en que se forme una barrera en los Países Bajos contra la Francia por medio de las plazas siguientes que serán ocupadas por los holandeses, quedando el gobierno civil para el emperador: Fournes, Ipres, Menin, Tournay, Mons, Charleroy, Namur y Gante.

7.º Queda convenido que ninguna provincia, ciudad ni fortaleza de los Países Bajos pueda bajo ningun título ser cedida, trasferida ni dada á la Francia.

El Austria no quiso aceptar la rica parte que le dejaban los tratados de Utrecht, ni restablecer en sus estados á los electores de Baviera y de Colonia, y fué indispensable seguir la guerra. Desmarets halló recursos para esta última campaña por medio de una bancarrota de 135 millones sobre las rentas adquiridas desde 1706, en billetes de empréstitos, billetes del estado, etc. y

(1) Es tambien reconocido príncipe de Neufchatel, pues le eligieron por soberano los habitantes de este canton de la Suiza. Al mismo tiempo, como heredero de Guillermo III, cede á la Francia el principado de Orange.

organizó un ejército de ciento cincuenta mil hombres en el Rhin. Villars tomó el mando, y á pesar de Eugenio que estaba acampado en Filipsburgo, se apodera de Spira, de Worms, de Kayserslautern y de Landau que se rindió con su guarnicion de diez mil hombres. Desde allí fué á pasar el rio por Estrasburgo, rompió el campamento atrincherado delante de Friburgo, y acometió esta plaza. El sitio duró dos meses. Eugenio hizo vanos esfuerzos para impedirlo, y se rindió Friburgo.

Entabláronse entonces negociaciones entre ambos generales, que vinieron á parar en los tratados de Rastadt con el emperador y de Baden con el imperio (6 de marzo y 7 de setiembre de 1714), por los cuales la Francia conservó á Landau, devolvió á Brisach, Friburgo y Kehl, y destruyó las fortificaciones que tenia en las islas y á la orilla derecha del Rhin. El emperador adquirió Nápoles, el Milanesado, el Mantuano, la Cerdeña y los Países Bajos, y restituyó á los dos electores todos sus estados, porque Luis XIV habia demostrado siempre la mas notable tenacidad en que no sufriesen pérdida alguna los aliados, cuyos despojos habia ya repartido á Carlos VI. Estos convenios solo trataron de la Francia, del emperador y del imperio. El emperador no reconoció á Felipe V por rey de España, y este insistió en sus pretensiones sobre el Milanesado, Nápoles y los Países Bajos.

Los tratados de Utrecht, de Rastadt y de Baden perjudicaron gravemente el equilibrio europeo y á los tratados de Westfalia. El Austria recobró por medio de ellos una gran parte de sus antiguas posesiones, pero hallándose estas mas diseminadas, multiplicaron los puntos vulnerables de su monarquía é hicieron mas costosa su defensa. Ya no halló mas á la Francia balanceando su dominacion en Alemania y en Italia, pero se alzaron dos potencias que ocuparon el lugar de aquella, Prusia y Saboya, que fueron en lo sucesivo indispensables para el equilibrio europeo, y menos importantes por la extension de sus posesiones que por su posicion y sobre todo por su organizacion militar.

Inglaterra fué la que triunfó en esos tratados. Balanceó la influencia de Francia en la península española con Gibraltar, Menorca y Portugal, se creó colonias ventajosas, lo arregló todo de manera que asegurase la dominacion de los mares en detrimento de sus enemigos y de sus aliados, y sacrificó sordamente los in-

tereses y preparó directamente la decadencia de la Holanda, que fué para ella en lo sucesivo una vasalla y pagó muy caro el encarnizamiento que habia manifestado en la gran liga. Hizo permanentes sus relaciones continentales, tuvo asalariados á los príncipes alemanes y al Austria por aliada, se interpuso en todas las cuestiones de territorio en beneficio de sus vasallos, y representó en adelante el principal papel en las guerras con su dinero y en los tratados con sus estipulaciones comerciales. Finalmente, merced al tratado de Utrecht respecto á su exterior, y su interior á su union con la Escocia, al establecimiento de su dinastía protestante y á la fundacion de su crédito, iba á entrar en una senda indefinida de progreso y prosperidad.

Los tratados de Utrecht estaban dirigidos enteramente contra la Francia, y fueron para ella lo que habian sido para el Austria los tratados de Westfalia. En tanto que los demás estados adquirian, quedó estacionaria la Francia que no habia cesado de adquirir durante un siglo, pero se encontró respecto á ellos en una posicion de inferioridad mas aparente que real, y habia ganado tanto con no tener enemigos los Pirineos, que este único resultado no era bastante pagado con sus desastres y un dispendio de 1,552 millones (1).

España se hallaba para siempre en la senda política de Francia, que le dió su dinastía y los medios de regeneracion, con los cuales dobló sus habitantes, volvió á tener marina y ejército, y adquirió otra vez en Europa el rango que le pertenece. Pero un pais tan extraño, aislado y estacionario en aquel entonces, soportó muy lenta é imperfectamente la influencia francesa, y antes convirtió á la nueva dinastía á sus costumbres medio salvajes que ella convirtiera al país á la civilizacion. No obstante la obra de Luis XIV fué durable. Veremos la union de los dos paises estrechada con el tratado de 1733 y con el *pacto de familia*, y la accion que la Francia ejerce naturalmente en España se ha continuado al través de todas las revoluciones.

§. XXV.—*Advenimiento de la casa de Hannover—Oposicion del jansenismo al gobierno de Luis XIV.—Destruccion de Port-Royal.—Bula Unigenitus.—Muerte del rey.*—La Francia hizo á tiempo los

(1) A 32 libras el marco, ó 2,524 millones.

tratados de Rastadt y de Baden, porque el nuevo cambio que sobrevino en Inglaterra hubiera acarreado tal vez la renovacion de la guerra con esta potencia. Ana murió sin haberse atrevido á preparar la senda de la restauracion de su hermano, los whigs se apoderaron del poder, reanimaron los odios contra el papismo y la Francia, contra el católico Jacobo III y su protector Luis XIV, y obligaron al parlamento á que ejecutara la ley de sucesion en línea protestante. Los torys no tuvieron valor para resistirse, temerosos de ser confundidos con los papistas y jacobitas, y fué proclamado sin oposicion y con entusiasmo general Jorge I, elector de Baviera é hijo de Soffa (31 de octubre de 1714).

Los ingleses, que siempre han tenido reyes extranjeros, normandos al principio, franceses con los Plantagenetes, galos con los Tudores y escoceses con los Estuardos, no tuvieron repugnancia en hacer sentar en el trono una familia alemana, creyendo de este modo librarse para siempre del peligro del papismo y de la dominacion francesa que parecian sinónimas de una restauracion de los Estuardos, y lograron con el advenimiento de la casa de Hannover la ventaja de entrar en comunicacion directa con el continente, asegurándose por consecuencia de la dominacion de los mares y teniendo el medio de ocupar la Francia y la Alemania cuando quisiera aparecer en el Océano.

Jorge I se sentó en el trono de Inglaterra para no ser mas que un jefe de partido y un príncipe alemán, y entregándose en brazos de los whigs, cambió el ministerio y persiguió á los torys. Como un parlamento whig, siendo las elecciones tan venales como el poder, estaba seguro siempre (cualquiera que fuera) de comprar unamayoría, un parlamento whig fué pues el que decretó la acusacion de los ministros que habian hecho la paz con Luis XIV; y huyeron á Francia Bolingbroke, Prior, Amond y muchos otros. Parecía que Jorge buscaba la ocasion de un rompimiento, y su embajador lord Stairs se quejó insolentemente al anciano rey de los trabajos emprendidos en Mardick, donde parecia querer construirse una segunda Dunquerque. «Señor embajador, le respondió Luis, yo he sido siempre soberano en mi reino, y algunas veces en los otros; no me lo hagais recordar.» Y continuaron los trabajos.

Lord Stairs redobló sus intrigas con todos los enemigos del

gobierno, y se creyó que tenía el encargo de inducir al duque de Orleans á una revolucion como la de 1688. Luis XIV se decidió á sostener todavía al pretendiente, y habiendo estallado en Escocia una revolucion en que fué proclamado Jacobo III, le prometió á este buques, armas y dinero.

Luis solo deseaba la paz á pesar de estas demostraciones en pro de una causa que miraba como suya: su reino mostraba ya sin velo alguno las llagas que le devoraban, y las tierras estaban baldías, la nacion inquieta y desanimada, y el gobierno aborrecido y despreciado. La situacion de la hacienda era deplorable, y no tenia otra expectativa par mejorarla que la bancarrota. Estaba cerrado ya el recurso de los empréstitos, y para reunirse ocho millones en efectivo, el gobierno acababa de expedir treinta y dos en billetes. Existian 700 millones exigibles además de las rentas de la casa de la ciudad que subian anualmente á 86 millones, lo cual ascendia la deuda total á 2,400 millones. Finalmente, el gasto de 1715 estaba evaluado en 205 millones, y no habia para cubrirlos mas que 175 millones de ingresos, y aun estaban empeñados de antemano. El porvenir se presentaba con aspecto el mas sombrío y terrible. Luis XIV, solo en su vasto palacio con un niño de cinco años, lleno de tristeza y abatimiento, entregado enteramente á madama de Maintenon, «cuya imaginacion estaba siempre llena de duelo (1);» se engolfaba en una devocion minuciosa que adquirió un carácter fanático por las inspiraciones de su confesor. No era el padre Lachaise, hombre inteligente é ilustrado, quien tenia esta mision, sino el padre Letellier, jesuita severo, austero, malvado, hijo de un aldeano «que no tenia otro Dios que su sociedad,» y que manchó el fin de este reinado con persecuciones miserables.

El pensamiento fundamental del gobierno de Luis XIV era como hemos visto la unidad religiosa y política, y por conse-

(1) «¡Qué suplicio, decia ella, divertir á un hombre que está hundido en el dolor! Quisiera haber muerto!..... Rogad para que tenga fuerzas para sostener mi estado hasta al fin!.... Tengo además de las penas del rey y del estado un exceso de sensibilidad que solo Dios conoce. En verdad, que algunas veces casi me vuelvo loca. Creo que si se abriera mi cuerpo despues de mi muerte, se hallaria mi corazon seco y torcido como el de M. Louvois. (Cartas manuscritas, tomo VI, página 314).»

cuencia la union íntima del catolicismo y el poder absoluto. Los jesuitas, cuya mision era la de sostener el catolicismo por todos los medios, desde que el trono absoluto estaba triunfante habian hecho alianza con él y representaban el partido del poder; de esto resultó que todos los que aborrecian al gobierno aborrecian tambien á los jesuitas, y se arrojaron por consecuencia en favor de los jansenistas que se convirtieron de esta suerte en partido de oposicion. No todos los que abrazaban el molinismo ó jansenismo se inquietaban por la gracia y el libre albedrío, pero en una época en que la sociedad era aun profundamente religiosa, los intereses políticos se discutian bajo la forma de discusiones teológicas; y Luis XIV, que tenia una completa ignorancia sobre todas estas cuestiones, detestaba con su instinto real lo que pertenecia al jansenismo, porque hallaba en esta secta todo lo que habia combatido; es decir, la nobleza, la magistratura, las libertades provinciales, los restos de la Fronda, y finalmente detrás de todo esto los reformados.

Siendo el jansenismo el partido de la oposicion universal, se habia aumentado con los yerros y desastres de Luis XIV. El habia vituperado la guerra de sucesion y la paz de Utrecht, censuraba todos los actos del gobierno, exageraba la miseria pública, acusaba al rey de ineptitud, crueldad y cobardía, y decia que estaba iniciado en la órden de los jesuitas y que su confesor le habia hecho prestar juramento de obediencia. Era una oposicion sorda, cobarde, calumniosa, pero tanto mas temible cuanto que era vaga, oculta, que se sentia en todas partes hasta en los ministerios y en la corte, y que habia conquistado una gran parte del clero, á los benedictinos, á los de San Felipe Neri y á otros sábios religiosos. Puede considerarse como su completa expresion al duque de Saint-Simon, hombre probo, instruido y austero, pero lleno de odio, envidia, egoismo, é imbuido de su dignidad hasta rayar en ridiculez, desesperado por hallarse sin ocupacion y mezclándose en todo, escuchando en todas las puertas, acogiendo las calumnias y escándalos sin discernimiento, despreciando á todos los que se elevaban en el «largo reinado del pueblo vil,» aborreciendo al rey, de quien era no obstante el mas asiduo cortesano, y esparciendo secretamente toda su hiel, todo su orgullo halagador y su afan de decir y hacer en las ex-

tensas Memorias que no se han conocido hasta nuestros días, galería viviente de toda aquella corte y de todo el siglo, que no tiene igual en el estilo, la pasión, la injusticia y el talento de observación.

Viendo el poder absoluto y el catolicismo, ó bien Luis XIV y los jesuitas, que existían en el jansenismo todos los partidos que habían vencido, resolvieron su completa ruina, pero los dos ignoraban la magnitud de la lucha que emprendían con una secta tan mezquina en apariencia, lucha que debía durar cincuenta años y convertirse en una de las principales causas de la ruina de la monarquía y de la religión. Es porque en esta guerra misteriosa veremos el trono permanecer indeciso y apático, y á los jesuitas convertidos en defensores del altar y del trono, desplegando una notable torpeza, no empleando mas que la violencia, acarreándose la oposición de la opinión pública, y desacreditando cada vez mas y mas lo que defendían; durante esta época, á la sombra de estas oscuras contiendas, veremos también engrandecerse la última heredera de la idea luterana y de todas sus consecuencias hasta el jansenismo, á la filosofía del siglo diez y ocho que debía derrocar á los jesuitas, al trono, á la sociedad y á la misma religión.

El primer acto de la guerra de los jesuitas contra el jansenismo fué la destrucción de Port-Royal. Las religiosas de esta casa se negaron á firmar un nuevo formulario contra las doctrinas de Jansenio, y Letellier persuadió al rey «que no gozaría tranquilidad mientras existiera este monasterio célebre por sus rebeliones contra los dos poderes (1709).» El teniente de policía se dirigió á Port-Royal con tropas, se repartieron las religiosas en diferentes conventos, se destruyó la casa desde los cimientos y hasta se aró el sitio donde había estado el monasterio. Alzóse un grito general de reprobación contra estas violencias. «Un golpe de estado como el que acaba de darse contra Port-Royal, decía Fenelon que era defensor del molinismo, no puede hacer mas que excitar la compasión hácia las pobres religiosas y la indignación contra sus perseguidores (1).»

Continuó la lucha por medio de escritos, y el jansenismo no

(1) Beausset, t. III, p. 363.

cesaba de hacer partidarios, á causa del cansancio que inspiraba el gobierno de Luis XIV, aunque la secta degenerada no tuviera grandes nombres que la dieran honor. Madama de Maintenon, «que, segun Saint-Simon, se creia ser una madre de la Iglesia,» se mezclaba con actividad en todas las intrigas, no solamente por celo religioso, sino por los temores exagerados que le inspiraban sobre los proyectos facciosos de los jansenistas. «Los innovadores, le escribian, desprecian la autoridad de los reyes tanto como la de los obispos, se prometen desgraciadas ventajas con la disminucion de la familia real, y no ocultan sus detestables esperanzas (1).» Los jesuitas y especialmente Letellier, solo buscaban una ocasion para arrastrar al rey á una persecucion contra sus enemigos, y la hallaron en un libro de devocion leido cuarenta años hacia por todo el mundo, pero que era obra del padre Quesnel, uno de los corifeos del jansenismo. Este libro habia sido aprobado por el cardenal Noailles, arzobispo de Paris, prelado de elevada virtud pero protector del jansenismo; muchos obispos molinistas le lanzaron su reprobacion, y el cardenal se vengó quitando los poderes eclesiásticos á los jesuitas de su diócesis. Estos pidieron entonces á Roma la condenacion del libro de Quesnel, y se la arrancaron á fuerza de importunarle al papa Clemente XI, que esperaba alcanzar de la corte con esta condescendencia á sus deseos, la revocacion solemne de la declaracion de 1682.

La bula de condenacion llamada *Unigenitus* (setiembre de 1713), causó gran asombro en el mundo cristiano, tan ortodoxas parecian la mayor parte de las proposiciones condenadas. Alzóse en Francia en contra de esta bula un clamor general, el parlamento la registró haciendo algunas modificaciones, y la rechazaron el cardenal Noailles y ocho prelados mas. El jansenismo formuló entonces abiertamente su oposicion á la corte de Roma, se apoderó de todo el mundo el furor de dogmatizar, y hubo en los espíritus una guerra civil como si se tratase de la destruccion del cristianismo. ¡ En qué época se renovaban estas discusiones teológicas! Cuando Voltaire, que tenia diez y nueve años, acababa de beber en la sociedad de Ninon de Lenclos el

(1) Cartas manuscritas de madama de Maintenon, t. VI, p. 477 y 721.

escepticismo epicúreo que fué la creencia de todo el siglo diez y ocho.

Los jesuitas impulsaron á las persecuciones al anciano monarca que miraba esta oposicion como una rebeldía; «Letellier hizo el mismo uso de la bula *Unigenitus* que Louvois del poder del rey para perseguir á los protestantes, y hubo, como entonces, seducciones, amenazas y tormentos. Aunque la tiranía fué mas oculta, no dejó por eso de ser mas cruel (1).» Expidiéronse treinta mil órdenes reales contra prelados virtuosos, sábios magistrados, señores y hasta personas del pueblo; si el rey hubiera creído á su confesor, hubiese proscrito al parlamento y encarcelado al cardenal Noailles; y los últimos dias de su reinado se llenaron de amargura por estas disputas (2).

Nada hizo tanto mal al poder real como esta persecucion de baja é innoble malignidad; se conocia que no ocultaba su despotismo ninguna mira de grandeza, y nadie disimulaba el odio que inspiraba aquel gobierno dominado por devotos intolerantes y poco concededores del espíritu del siglo. Toda la nacion estaba impaciente deseando su término, se enojaba de todos sus actos, y ¿cuáles eran los que el trono iba á emplear al final de su época de grandeza? El rey habia dado á sus dos bastardos una categoría superior á los duques y pares, el mando de la marina, de la artillería, de los suizos y de seis regimientos, y los gobiernos de Guiena, del Languedoc y de Bretaña; y el 12 de julio de 1714 apareció un decreto confiriendo al duque del Maine y al conde de Tolosa los honores de príncipes de sangre real, y declarándoles herederos del trono en defecto de la línea legítima. Esto era violar todas las leyes divinas y humanas, y sellar con el postrer escándalo el del nacimiento doblemente adúltero de estos príncipes, que debió ocultar para siempre el anciano monarca. Se empezó entonces á preguntar en qué consistia aquel poder real, por el cual la nacion solo era mirada como una vil esclava, á la que se le daba sin consultarla reyes posibles por

(1) Duclos, t. I, p. 489.—(2) Madama de Maintenon no tuvo parte alguna en estas persecuciones. El cardenal Noailles era su mas íntimo amigo y su mas fiel confidente, de tal modo que habia casado á su sobrina con el sobrino de este prelado y se vió obligada á callar. «Mi pobre alma, decia con este objeto, está tirada por cuatro caballos.»

una creacion de príncipes de sangre real (1),» y no hubo nadie en Francia que no se resolviera á impedir tanta ignominia. Poco tiempo despues el parlamento recibió de las propias manos del rey, que tanto lo habia humillado, un testamento inspirado por madama de Maintenon, y circuló el rumor de que el duque de Orleans quedaba en él desheredado de las principales atribuciones de la regencia, las cuales concedia al duque del Maine.

Todos permanecieron tranquilos por un resto de respeto á aquel anciano tan pálido, tan triste y abandonado de la fortuna, y como se sabia que no se ejecutaria ninguna de las ordenanzas por las cuales el «Júpiter moribundo» queria prolongar su poder mas allá del sepulcro, esperaban con afan un nuevo reinado.

El rey cayó enfermo el 25 de agosto, y su estado era ya desesperado al siguiente dia. La majestad sencilla y verdadera, la perfecta igualdad de alma y la resignacion cristiana que habia desplegado Luis durante toda su vida, rodearon de la mayor solemnidad sus postreros instantes, y no ha existido rey alguno que muriera con tanta grandeza en su lecho. Dió gracias á los señores por sus servicios, les pidió perdon por sus faltas, y dijo al niño que iba á sucederle: «He sido demasiado aficionado á la guerra; no me imiteis en esto, tan solo por los inmensos gastos que he hecho..... Tomad consejo en todo..... Aliviad á vuestro pueblo cuanto os sea posible, y haced lo que la desgracia no me ha permitido...» ¡ Vano arrepentimiento! El que escuchaba sus palabras debía precipitar la caida de aquella monarquía absoluta tan brillante y eflmera!

Luis XIV murió el primero de setiembre de 1715, de setenta y siete años de edad. Madama de Maitenon se habia retirado á Saint-Cyr tres dias hacia (2); los bastardos no se hallaban en el palacio, y la indiferencia y el egoismo reinaron en torno de su lecho de muerte. El pueblo insultó las pompas fúnebres con gritos de alegría, canciones injuriosas y desagradables orgías.

Este regocijo causado por la muerte de un rey tan orgulloso, tan adulado, que aunque fué ciertamente menos grande que su nacion, hizo todos los esfuerzos para mantenerse á su nivel, fué un espectáculo de siniestro augurio para la monarquía. Este era

(1) Saint-Simon, t. XII, p. 240.—(2) No salió mas de esta casa donde murió en 1719.

el pago que daban sus contemporáneos al que no habia producido todas las maravillas de su época, pero sí tomado en ellas una parte tan gloriosa, que las habia multiplicado y no habia sido extraño al progreso; al hombre, en fin, que ha quedado como el tipo moderno de la grandeza real, y cuya pérdida saludaron todos los soberanos con un luto sincero y universal, como si se llevara en su ataúd la monarquía absoluta.

SECCION III.

Decadencia de la monarquía absoluta. (1715—1789.)

CAPÍTULO I.

Regencia de Felipe de Orleans. (1715—1723.)

§. I.—*Reaccion contra el gobierno de Luis XIV.*—Forzosamente debia seguir una época de reaccion á un reinado de setenta y dos años que habia cambiado el orden social sin fundar instituciones nuevas, y anulado la nobleza, la magistratura y el clero para elevar á la clase media; que habia tenido permanentes dos ejércitos de doscientos mil hombres, sin hacienda regular y sin crédito; un reinado que habia despertado las inteligencias, las luces y la civilizacion, dejando al gobierno inferior á la nacion, y que terminaba con desastres y persecuciones. El carácter de la regencia fué efectivamente el de la reaccion.

La nobleza fué la primera que «se dió prisa á salir del abatimiento en que la habian sumido la toga y la pluma (1); siguió el parlamento, que despues de un silencio de sesenta años era llamado á examinar la última voluntad del rey difunto, y que no le sabia mal insultar al leon muerto (2),» y por último los jansenistas que tenian de su parte la opinion pública porque eran perseguidos, y que esperaban llegar tambien un dia al poder apoyados en la incredulidad del duque de Orleans. El prin-

(1) Saint-Simon, t. XII, p. 445.—(2) Duclós, t. I, p. 207.

cipe no tenía mas enemigos que el duque del Maine, hombre sin corazon y sin carácter, gobernado por las intrigas de su mujer, los jesuitas que eran aborrecidos y la voluntad de un rey muerto que habia previsto la suerte que iba á tener su testamento. Enterado de antemano de las cláusulas de esa acta, tomó todas las medidas para asegurarse la regencia, á la cual le daba pleno derecho la costumbre en defecto de ley (1).

Se convocó el parlamento y se abrió el testamento real. Nombraba el rey en él al duque de Orleans jefe de un consejo de regencia compuesto de los dos bastardos, de antiguos ministros y cinco mariscales; todos los negocios y nombramientos debian ser discutidos y resueltos por el consejo, sin que el duque pudiera establecer ó mandar nada por sí mismo. Daba la tutela, custodia y educacion del rey con el mando de su casa al duque del Maine nombra ayo al mariscal Villeroy, y preceptor á Fleury obispo de Frejus. El duque de Orleans hizo una justa reclamacion contra un testamento que perjudicaba su honor, le quitaba los derechos de su nacimiento, entregaba el poder á una oligarquía, y á París, la corte y la casa del rey fuera de las manos del jefe del gobierno, por el cual solo tenia un título sin realidad, ejerciendo la regencia sin la tutela del monarca; y pidió que se le nombrara regente sin condiciones, prometiendo á los magistrados «que se valdria de sus consejos y sábias representaciones.»

Apenas terminó su discurso cuando fué nombrado regente por aclamacion general, «para ejercer en toda su plenitud la autoridad real,» con la tutela del rey y el mando de su casa, y solo se dejó al duque del Maine, que demostró en todos estos debates la mayor pusilanimidad, la superintendencia de la educacion del monarca.

Felipe de Orleans se puso muy pronto al frente de la reaccion que acababa de darle el poder. Abrió las puertas de las cárceles que estaban llenas de jansenistas, desterró á Letellier, confió los negocios eclesiásticos al cardenal Noailles, devolvió al parlamento su derecho de representacion, permitió la impresion del *Telémaco*, invitó á los ciudadanos por medio de un decreto del

(1) El nuevo rey nació el 5 de febrero de 1710.

consejo á que le diesen su parecer acerca de los negocios públicos, nombró canciller al procurador general Aguesseau, una de las glorias de la magistratura francesa (1); y finalmente rebajó los impuestos, dió libertad á la circulacion de los granos, aumentó el sueldo de las tropas, etc.

El consejo de regencia estaba formado con el duque de Borbon, el duque del Maine y el conde de Tolosa, el canciller, el duque de Saint-Simon, los mariscales Villeroy, Harcourt, Bezons y el obispo de Troyes. Salieron del consejo Desmarets, Torcy y Pontchartrain (2); y siguiendo un plan atribuido al duque de Borgoña, que se hizo muy popular porque se creia evitar con él el despotismo ministerial, se crearon en vez de los ministerios, siete consejos, compuesto cada uno de diez miembros sacados casi todos de entre la nobleza (3). Era una novedad desacertada que solo sirvió para aumentar la lentitud en los negocios, para quitar la unidad á la administracion, y que hubiera sido muy peligrosa á haberse introducido cincuenta años antes.

«Mi designio, dice Saint-Simon, que lo habia aconsejado, era empezar á introducir á la nobleza en el ministerio con la dignidad y autoridad que le pertenecian á expensas de la toga y de la pluma, y dirigir prudentemente las cosas, para que la plebe perdiese poco á poco la administracion, y le sustituyese la nobleza y todos los señores en todos sus empleos y dignidades (4).» Los grandes se hicieron conceder favores y dignidades de la corte, pensiones, herencias (5), y hasta los muebles del Marly se repartieron; obtuvieron la supresion del diezmo, invadieron las dignidades eclesiásticas, destituyendo á los plebeyos virtuosos que Saint-Simon llama «escoria de seminario» y que

(1) Era el puesto de Voysin que acababa de morir y en el que habia sucedido al anciano Pontchartrain en 1714.—(2) Desmarets publicó una relacion luminosa y modesta de su administracion que le hizo mucho honor. Torcy se quedó con la direccion de correos, y el hijo de Pontchartrain, jóven de quince años de edad y que se hizo célebre con el nombre de Maurepas, heredó su empleo.—(3) Creáronse de negocios extranjeros, de guerra, de marina, de hacienda, de asuntos eclesiásticos, del interior y del comercio.—(4) Saint-Simon, t. XII, p. 266.—(5) El regente regaló al duque de Brancas 20,000 libras de renta sobre los juicios de Metz que pidieron misericordia y no fueron oídos.» (Saint-Simon t. XII, p. 368.)

Luis XIV preferia con gran indignacion de los jansenistas. Y llegó á tal extremo su orgullo y loca ambicion, que dijeron por boca del marqués de Boulainvilliers: «Nosotros somos, si no los descendientes en línea recta, al menos los representantes inmediatos de los conquistadores de la Galia. Su sucesion nos pertenece, y es nuestra la tierra de las Galias (1).»

La reaccion se extendió hasta la nobleza protestante que tuvo asambleas armadas, y se negó á pagar el impuesto. El regente llegó á pensar en restablecer el edicto de Nantes. Finalmente, á petición de los príncipes de Condé anuló el edicto mas querido del rey difunto (2 de junio de 1717), y quitó á los dos bastardos de Luis XIV el derecho de príncipes de sangre real.

El mas absoluto de los monarcas habia creído, al establecer las academias, aprisionar el pensamiento y ponerlo á disposicion del poder; pero al exigir alabanzas para todos sus actos, habia provocado el exámen y la crítica, dando de esta manera un nuevo poderío á la opinion pública. Esto causó que despues de su muerte fuera muy súbito el paso del espíritu de obediencia al de discusion, y de la intolerancia al de la incredulidad. La nobleza fué tambien la que en union con los literatos inauguró esta reaccion que debía tener tan terribles consecuencias, y que al principio parecia tan solo una oposicion al despotismo perseguidor y á las costumbres monacales de la antigua corte. En el reinado de Luis XIV habian estado segregados y viviendo en la oscuridad los ingenios del temple del duque de Vendome, del abad de Chaulieu y de Ninon de Lenclos, porque no se les creia contagiosos, y los llamaban libertinos porque parecia que solo buscaban en su incredulidad un medio de vindicar sus desórdenes. Pero durante la regencia todos los cortesanos se convirtieron en hombres de ingenio, salió á la luz del dia la impiedad que hasta entonces habia estado oculta con la hipocresía, y los escritos contra el clero y el catolicismo, que hasta entonces solo habia sido obra de los refugiados, fueron la tarea de la literatura, hasta entonces tan religiosa, comedida y monárquica. El *Edipo* y la *Henriada* revelaron un genio entusiasta, flexible y enérgico, de una verbosidad, fecundidad y malicia extremas, que lo

(1). Disertacion sobre la nobleza francesa, p. 39, 53 y 148.

abarcaba todo con igual afán: poesía, ciencia y filosofía; que era impelido á ser universal por un deseo desmesurado de gloria, que por esta razón era mas superficial que profundo, y llenaba mas cumplidamente su misión, la cual consistía en propagar los descubrimientos de los demás, enlazar las ciencias con la literatura, convertir á esta de agradable en útil, y aquellas de especulativas en positivas, y de reunir á los poetas, á los sábios, hombres de mundo y de estado en una misma senda de progreso, que era, según él decía, la destrucción del cristianismo y el triunfo de la razón (1).

Fueron muy poco marcados los primeros ataques que durante la regencia se dirigieron contra la sociedad y la religión; no formulaba ninguna teoría filosófica á excepción de la renovación de las doctrinas epicúreas que habían acelerado la caída del mundo antiguo; no tenían tendencia á formar escuela, y no eran mas que la impiedad licenciosa que se entronizó con toda su desnudez en la corte del regente, y que descendió hasta la orgía crapulosa, la lubricidad desenfadada y la blasfemia cínica. Eran sus adeptos los cortesanos como Broglie, Brancas, Canillac, y sobre todo un «hombre en quien todos los vicios se disputaban la soberanía (2),» el abate Dubois. Era hijo de un boticario de Brives, que colocado en casa del príncipe, primero como criado, después como escribiente, y últimamente como subpreceptor, le había enseñado el ateísmo y la inmoralidad y se había hecho el tercero en todos sus desórdenes. Había sojuzgado este espíritu ilustrado, pero débil hasta la molición por su condescendencia baja y sagaz, su carácter intrigante, su verbosidad llena de cinismo y de vergonzosa bufonería; y toda su vida conservó su increíble ascendiente sobre este príncipe, que apreciaba en lo que valía toda su infamia. Le arrancó el nombramiento de consejero de estado, á pesar de los cortesanos que estaban indigna-

(1) Saint-Simon habla así por primera vez de Voltaire (1716): «Arouet, hijo de un notario de mi padre y mío hasta su muerte, fué desterrado y enviado á Tulle por sus versos satíricos y deshonestos en exceso. No me entretendría en señalar esta bagatela, si el mismo Arouet, convertido en gran poeta y académico con el nombre de Voltaire, no hubiese llegado á ser, á través de aventuras muy trágicas, un especie de personaje en la república de las letras, y un hombre de importancia para cierta gente.» (Tom. XIV. p. 124.)—(2) Saint Simon, t. XII p. 489.

dos, nó de sus costumbres, sino de su nacimiento, y llevó sus miras hasta las mas altas dignidades. «Sus dioses eran la avaricia, la ambicion y el desórden, sus medios la perfidia, la adulacion y el servilismo; y su descanso la mas perfecta impiedad (1).»

Las principales ocasiones de estas escenas de inmoralidad eran las cenas del regente que se hicieron célebres, y cuyas orgías exageró el pueblo. «Allí se bebia, dice Saint-Simon, se enardecia diciendo obscenidades sin reparo alguno é impiedades á porfía, y cuando se habia gritado bastante y estaban todos embriagados, se marchaban á acostarse para volver á empezar al dia siguiente (2).» El regente se aislaba de tal modo á la hora de estas cenas, «que no podía llegar hasta su persona ningun negocio; perdía allí el tiempo, su dignidad y hasta su inteligencia, y estaba tan amodorrado, y tan ofuscado con los vapores del vino, que le hubieran hecho firmar cuanto hubiesen querido.» No obstante todos los amigos de orgía que le rodeaban en aquellos momentos, no ejercian ninguna influencia en los negocios (3), y ni «sus queridas ni su hija (4), ni sus compañeros, dieron jamás ningun paso para saber el estado de los asuntos del gobierno (5).»

§. II.—*Reaccion en la política exterior.—Expedicion de Jacobo III.—Alberoni.—Triple alianza.*—La nacion habia acogido favorablemente la regencia del duque de Orleans, pero se disgustó muy pronto de un príncipe que tenia una inteligencia privilegiada, una vasta instruccion, gracia, bondad y finura, y hacia un uso tan desacertado de sus cualidades y de su talento. Todos conocian que menospreciaba á los súbditos, y tenia mala fe en sus relaciones, que no tenia cuidado de la prosperidad pública, ni plan de gobierno, y que no pensaba en el porvenir. «Su alarde de impiedad excitaba el desprecio de los sábios y la indignacion de las personas religiosas, y acreditaba la imputacion de los crímenes de que se le creia culpable. La profusion de gracias con

(1) Saint-Simon, t. XII, p. 190.—(2) Id. t. XIV, p. 41.—(3) Duclos, t. I, p. 222.—

(4) Viuda del duque de Berri. Esta mujer que participaba de todos los excesos de su padre, llevó estos desórdenes á un extremo casi increíble. Se volvió medio loca, y murió á los veinte y seis años.—(5) Saint-Simon, t. XIV, p. 42.

que protegía á la nobleza hacia menos llevadera la miseria del pueblo, y no le conciliaba el cariño de nadie (1).»

Sus mejoras interiores se redujeron á la construccion de cuarteles para las tropas, á la delineacion y principio de la vasta red de carreteras, y á proteger las ciencias exactas y naturales á las que era muy aficionado. Toda su ambicion consistia en entregar el reino á su pupilo como lo habia recibido, ó en asegurarse la corona en el caso de morir el rey. Aunque toda su política exterior se dirigió á precaver este importante acontecimiento, consideró la muerte de Luis XIV como una desgracia irreparable; y sus ministros, sus traidores caseros y su infame amigo Dubois fueron los que le indujeron á abrazar una política contraria á los intereses de la nacion, útil tan solo para su familia, y que fué el blanco mas triste de la reaccion contra el gobierno de Luis XIV.

Entonces acabó aquella grande escuela diplomática que se remonta desde Torcy, Lionne y Mazarino hasta Richelieu, que tan sábiamente supo aprovecharse de sus triunfos y reparar con tanta habilidad los desastres, y que tuvo un conocimiento tan noble del honor, del destino y de los intereses de la nacion; escuela formada casi exclusivamente de hombres del pueblo, cuya gloria y servicios no son bastante populares, y cuya ciencia, tradiciones y capacidad se conservan en nuestros dias con demasiada oscuridad y confusion. A la política modesta, hábil, desinterada y patriota de los Servien y los Mesnager iba á suceder una política de egoismo, de cobardía, de traicion y de incapacidad; y los ministros franceses iban por primera vez á asalararse á la Inglaterra, á ejemplo de los ministros ingleses que tantas veces habia seducido el oro de Francia.

Apenas pisara el trono Jorge I, cuando descontentó á la mitad de la nacion. Escocia se revolucionó, y ya se preparaba á pasar á aquel país el pretendiente con el apoyo de la Francia, cuando aconteció la muerte de Luis XIV. Este suceso fué una gran ventaja para el gabinete inglés, que no descuidó medio alguno para hacer abandonar al nuevo gobierno la política del difunto monarca; Jorge ofreció al duque de Orleans soldados y bajeles para

(1) Duclou, t. I, p. 309.

apoderarse de la regencia, y se vió á lord Stairs asistir á la sesión del parlamento en la que se anuló el testamento «para manifestar la union del príncipe con Inglaterra, é infundir respeto al parlamento y al duque del Maine (1).»

Cuando se estableció la regencia, Stairs, que participaba de los excesos del duque de Orleans, continuó sus manejos para enlazarle con el rey de Inglaterra, «persuadiéndole de que eran comunes sus intereses, y que dos usurpadores y vecinos debian apoyarse mutuamente, porque ambos se hallaban en el mismo caso, Jorge respecto al pretendiente, y el duque de Orleans por el débil título de las renunciaciones, respecto al rey de España si llegaba tan solo á faltar un niño (2).» El mediador de esta política era Dubois que recibia de Inglaterra con aprobacion del regente una pension de 500,000 libras, y que halló en estas intrigas el medio de dominar enteramente á su soberano.

La rebelion de Escocia hacia entretanto rápidos progresos, y se habia extendido hasta Inglaterra. El pretendiente cruzó de incógnito la Francia para llegar á un puerto de Bretaña; Jorge pidió su arresto al gobierno, y dicen que el mismo lord Stairs envió contra él unos asesinos (1715). Todo lo que el regente se atrevió á hacer en pro de la causa que Luis XIV habia protegido con tanto empeño, se redujo á ignorar la travesía del príncipe que desembarcó en Escocia. Pero degradado Jacobo III por una educacion monacal y sin tener carácter ni inteligencia, se ocupó en vez de combatir en sus mezquinas ceremonias, y disgustó á sus mismos partidarios. Los jacobitas fueron vencidos en todas partes, y mientras su sangre inundaba los cadalsos, el pretendiente huyó vergonzosamente, y fué á ocultarse á Aviñon.

La Francia reprobó la condescendencia del regente respecto á Inglaterra, «pues le parecia un imposible y un desvarío intentar la union con esta potencia por medio de una amistad verdadera que nunca podia ser mas que fraudulenta y traidora, y ofrecida ó aceptada siempre con el único fin de dividir á la Francia de España y sacar partido de su separacion (3).» Efectivamente, á esto se redujo todo el resultado de una alianza tan impolítica, pues es forzoso decir que mas culpa tuvo Felipe V que el duque de Orleans.

(1) Saint-Simon, t. XII, p. 97.—(2) Id. t. XIII, p. 394.—(3) Id. t. XIV, p. 64.

España se hallaba gobernada en el reinado de este monarca; que estaba casi loco, por una mujer intrigante y ambiciosa, por Isabel de Parma, segunda esposa de Felipe, y por un sacerdote de perversas costumbres aunque de grandes ideas, que era el cardenal Alberoni (1). Este habia reanimado la agricultura y el comercio, restablecido el ejército y la marina, y estinguído la deuda nacional; y ambicionaba que España recobrarla la grandeza del siglo anterior y sus provincias de Europa arrebatadas por los extranjerios, y se libertase de las humillaciones del tratado de Utrecht, en especial de la renuncia al trono de Francia que Felipe V miraba como ilegítima. El emperador, Jorge y el duque de Orleans eran los tres enemigos que debia encontrar en la ejecucion tan vasta como irrealizable. Pensaba distraer al primero haciendo que le atacaran los turcos, al segundo introduciendo al pretendiente en Inglaterra, y al tercero fraguando una conspiracion con el apoyo del duque del Maine para dar la regencia á Felipe V.

Cuando el duque de Orleans recibió la noticia de estos proyectos, intentó hacer desistir á España de una ambicion tan aventurada, en la que no podia seguirle la Francia sin que se arroja-se contra ella toda la Europa; pero desoyeron sus consejos é intimaciones Alberoni, génio turbulento y audaz que se creia un segundo Richelieu, Isabel de Parma, deseosa de dar estados á sus hijos en Italia, y Felipe, que miraba al duque de Orleans como un envenenador de su familia y usurpador futuro del trono de Francia. Dirigió entonces todas sus miras hácia Inglaterra, y se formó con los desvelos de Dubois una triple alianza entre Francia, Inglaterra y Holanda (4 de enero de 1717), en la cual se sacrificaron los intereses del reino á los de la familia del duque de Orleans.

Jorge y el regente se comprometieron á conservar con todos

(1) Era hijo de un aldeano del estado de Parma, que fué en un principio espía y criado del duque de Vendome, á quien siguió á España como secretario, y que fué presentado en la corte por el apoyo de la princesa de los Ursinos. Cuando murió Luisa de Saboya, aconsejó á esta señora, que era el primer ministro de Felipe V, que le eligiera por mujer á Isabel de Parma; y el primer acto de esta reina fué arrojar por consejo de Alberoni á la mujer de talento y de corazon que le habia sentado en el trono.

sus esfuerzos la paz de Utrecht, garantizándose mutuamente sus derechos á los tronos de Inglaterra y Francia, y estipulando el número de hombres y de naves que cada uno de ellos debía presentar en el caso de una invasion de España á cualquiera de ambos reinos. De modo que la Francia se comprometía, para una eventualidad tan dudosa como la elevacion del duque de Orleans al trono, á sostener un tratado que le habian obligado á firmar inauditos desastres, á defender una casa tan elevada por ser su enemiga natural, y á combatir con España, cuya union acababa de comprar á precio de tanta sangre y tantos tesoros.

En recompensa de una complacencia y adhesion tan extremas para con su enemiga, es muy justo que ella debiera haber sufrido algun daño; pero la Francia fué la que por el contrario dió aun mas ventajas á Inglaterra, consintiendo en demoler á Mardick, el puerto que Luis XIV destinaba para reemplazar á Dunkerque, «la plaza por la cual, segun decian los ingleses, debiera la Francia haber hecho la guerra y no una liga para destruirla.» Además el regente se comprometió á expulsar de Francia y hasta de Lorena y Aviñon al pretendiente con todos sus partidarios jacobitas ó torys. En fin, Luis XIV se contentó en el tratado con el título de rey cristianísimo, dejando á Jorge el de rey de Francia.

Este es el único tratado verdaderamente ignominioso y manchado de traicion que sufrió la Francia durante los dos siglos de la dominacion de los Borbones; es una excepcion de su sistema político tan constantemente fiel al engrandecimiento del país, y ha sido la primera causa del entorpecimiento y humillaciones de la diplomacia mas desgraciada que inhábil del reinado de Luis XIV. Fué acogido en Francia con la mas notable reprobacion y celebrado en Inglaterra como una victoria. No hay duda que le era mas útil que la de Hochstett y de Ramilliers, porque colocaba á la Francia bajo la influencia inglesa, lo mismo que Inglaterra habia estado un dia bajo la influencia francesa; arrebatada la España á Francia dejando su poderío colonial á merced de Inglaterra, y en fin dirigia á la Europa en un sentido enteramente inglés.

§. III. *Engrandecimiento de Rusia.*—*Viaje de Pedro el Grande á Francia.*—En la época en que se firmaba este tratado, habian

sobvenido en el norte acontecimientos que debieron haber cambiado la dirección de la política francesa.

A medida que la Europa feudal se aproximaba á su fin, las poblaciones septentrionales, saliendo de su inmovilidad, querían entrar en la familia europea; y la raza eslava, mirada hasta entonces como asiática, se animaba bajo el poder tiránico de un hombre de genio. El czar de las Rusias, Pedro el Grande, había llegado á crear por sí solo y á fuerza de despotismo y crueldades un ejército, una marina, un gobierno, puertos, canales, escuelas y manufacturas; «había vestido, según él decía, de hombres á sus rebaños,» había hecho salir un imperio de sus hielos eternos y de su barbarie; pero hallándose este imperio separado de la Europa meridional por la Suecia, la Polonia y la Turquía, y no teniendo mas salida por ningún mar mas que por el Artico, necesitaba para vivir el aire del mediodía.

Pedro arrebató á los turcos degenerados por el tratado de Carlowitz el mar de Azof y puso un pié en el mar Negro, primera puerta abierta á la Rusia hácia las comarcas meridionales y desde donde contemplaba ya á Constantinopla; comenzó por medio de la discordia de los polacos la larga lucha que debía terminar con la desaparición y muerte de esta nación, y le dió, esperando dar otro paso mas avanzado, un rey vasallo suyo; alcanzó de los suecos un trozo de costa pantanosa en el Báltico, y con una audacia que anunciaba todos sus designios, trasladó allí su capital, por la cual la Rusia dejaba de ser asiática y se ponía en contacto con el Occidente.

La lucha que se trabó en este lado fué terrible; Carlos XII se esforzó en ahogar en su nido al águila del septentrion, despertó de su letargo á la Polonia, intentó hacer lo mismo con la Turquía, los cosacos y los tártaros, que eran los pueblos que podían formar una barrera al nuevo imperio, pero fué vencido en Pultawa, siendo destruido su ejército y viéndose precisado á huir sin acompañamiento hasta Turquía (1709).

Esta es la única nación que hubiera podido contener aun el acrecentamiento de los rusos; Carlos proyectó en vano hacerla salir de su letargo durante cuatro años y con una tenacidad que raya en extravagancia; pero durante esta época sus estados des-poblados, reducidos á la mayor miseria, estaban asaltados por

todos sus enemigos; el rey nacional que habia dado á los polacos cayó del trono y lo ocupó el vasallo de la Rusia; el czar se apoderó de la Estonia, de la Ingria y de la Livonia, y el rey de Dinamarca de la Escania; y se unieron á estos el elector de Hannover (Jorge I) que ocupó los ducados de Brema y de Verden, y el rey de Prusia que atacó la Pomerania (1713).

Carlos regresó á sus estados, pero enteramente ocupado en salvar los restos del poder sueco, abandonó su elevada política, y para librarse de su mas temible enemigo, propuso el czar que le cederia las provincias que habia conquistado, si dejaba á Augusto en el trono, pues se habia unido con él contra los reyes de Prusia é Inglaterra. Pero estaba lleno de enojo contra estos dos soberanos que envidiaban su engrandecimiento y no querian dejarle tomar pié en Alemania; consideraba á la Suecia enteramente abatida y bajo su dependencia desde entonces como Polonia, y oyó con benevolencia las proposiciones de Carlos XII. Alberoni indujo á los dos rivales á firmar una alianza, y proyectó hacerlos entrar en su plan atrevido, pidiéndoles que restableciesen al pretendiente en Inglaterra.

Pedro el Grande, que veinte años antes habia visitado la Alemania, la Holanda y la Inglaterra para aprender por sí mismo las artes y ciencias que deseaba importar á sus estados, partió á Francia mientras duraban estas negociaciones (1717). Fué recibido con la mas noble magnificencia, visitó los establecimientos públicos, las manufacturas y las academias; lo observó y estudió todo, y asombró á la Francia tanto por la grosería de sus costumbres como «por la singularidad y rara variedad de sus talentos.» Pero este hombre extraordinario quiso en vano dar un objeto político á su viaje proponiendo al regente su alianza que incluia las de Suecia y Polonia contra el Austria y la Inglaterra. La diplomacia de Dubois no era capaz de comprender la importancia del papel que la Rusia estaba destinada á representar, y el czar solo pudo conseguir un tratado de comercio.

§. IV.—*Alberoni pone en planta sus proyectos.—Cuádruple alianza.—Conspiracion del duque del Maine.—Guerra con España.—Fin de la guerra del Norte.*—La Inglaterra habia enviado en tanto al Mediterráneo una escuadra mandada por el almirante Byng con el pretexto de proteger la neutralidad de Italia, pero cuyo

verdadero objeto era buscar la ocasion de arruinar la marina española. Felipe V se alarmó y pidió la decision del gobierno inglés para terminar sus diferencias con Carlos VI. Jorge respondió á esta peticion estrechando su alianza con el regente y concluyendo con él otro tratado (2 de agosto de 1718), por el cual Francia, Inglaterra y Holanda afianzaban al emperador en la posesion de Nápoles, Milan y los Países Bajos, le daban la Sicilia en cambio de la Cerdeña que se habia cedido al duque de Saboya, y le hacian prometer la investidura de los ducados de Parma y de Toscana para un hijo de Felipe, cuando muriesen los soberanos de estos estados que no tenian herederos.

Este tratado fué otra de las obras de Dubois por el cual fué recompensado con la cartera de los negocios extranjeros, porque en esta época se habian abolido los consejos. Dubois dió gracias al rey Jorge por «el puesto con que le habia honrado el regente. Deseo con empeño, le dijo, emplearme en él en servicio de S. M. B. cuyos intereses serán siempre para mí sagrados (1).»

Carlos VI y Felipe V fueron invitados á adherirse á este tratado. Accedió Carlos y rehusó Felipe, que dió principio á la ejecucion de sus proyectos. Una escuadra española desembarcó seis mil hombres en Cerdeña y se apoderó de la isla; y una armada de trescientas sesenta velas, de las cuales veinte y siete eran navíos de guerra, y que conducian treinta y tres mil hombres, desembarcó en Sicilia y conquistó el país casi sin combatir. Inglaterra intimó á la corte de Madrid á que abandonase sus conquistas, y despues de recibir su negativa, Byng atacó de improviso la armada española á la vista de Siracusa, la venció, y le tomó ó quemó veinte y tres naves (15 de agosto).

España se indignó de una agresion tan odiosa: Alberoni respondió á este insulto llamando á Jacobo III á España, y preparándole un armamento que debia obrar de acuerdo con el de Carlos XII ocupado entonces en Noruega, y además dió orden á Cellamare, embajador de España en París para que prendiera fuego á las ocultas minas de su conspiracion. Carlos XII murió ante los muros de Frederikshall que estaba sitiando; una tempestad dispersó la escuadra que conducia á Jacobo III, cuyos

(1) Lamontey, Historia de la regencia, t. I, p. 431.

restos destruyeron los ingleses en Vigo, y para que todos los proyectos se estrellasen al mismo tiempo, fué descubierta la conjuración contra el regente, «trama inútil que se honró con el nombre de conspiración,» de la cual estaba Dubois enterado de antemano, y que deshizo en el instante mismo en que iba á convertirse en una baja traición.

El gobierno prendió á Cellamare, se apoderó de sus papeles y aprisionó al duque y á la duquesa del Maine con sus mas adictos partidarios (29 de diciembre de 1718). Nadie se movió; solamente en Bretaña, provincia medio salvaje todavía, quiso armarse la nobleza en defensa de sus privilegios, pero una escuadra española, que debia secundar este levantamiento, halló el país guarnecido de tropas, y fueron decapitados cuatro nobles, con cuyo rigor deshonoró el regente esta conspiración de teatro. Debía haberse limitado á este castigo, y despreciar los folletos que Alberoni esparcía por Francia, la apelación de Felipe V á los estados generales y sus tentativas para revolucionar el ejército; pero Inglaterra no estaba satisfecha con su victoria de Siracusa, y declaró la guerra á España á pesar de su repugnancia y á instancias de Dubois y del regente (2 de enero de 1719).

El mariscal de Berwick pasó los Pirineos, tomó Fuenterrabía y San Sebastian mientras las escuadras francesas incendiaban los navíos y almacenes españoles, «para que el gobierno de Inglaterra, escribía Berwick al regente, pueda hacer ver al parlamento que nada se ha descuidado para disminuir la marina de España.» Al mismo tiempo el Austria envió á Sicilia en navíos ingleses un ejército pagado por Francia, y los españoles tuvieron que evacuar la isla despues de haber defendido heroicamente á Mesina.

Esta guerra absurda, en la que gastó la Francia 82 millones para arruinar á su aliada en beneficio de su enemiga, era el preludio de las ignominias que debia hacerle sufrir el gobierno de Luis XV. No podia ser duradera; todo el mundo se quejaba y la desdoraba con el nombre de guerra civil; el regente conocia todo su oprobio, los soldados peleaban con repugnancia contra el nieto de Luis XIV, y el gobierno español estaba desanimado. Entabláronse negociaciones, y para facilitar su desenlace, Alberoni salió del ministerio y de España (5 de diciembre), y se

retiró á Italia donde acabó su vida en la oscuridad. Felipe V se adhirió á la cuádruple alianza (17 de febrero de 1720) y á todas las condiciones estipuladas en este tratado, dió en casamiento su hija al rey de Francia, y casó á su primogénito con una hija del regente. España volvió á caer entonces en la debilidad y apatía de que la habia querido sacar demasiado pronto Alberoni. «Es un cadáver, decia, que yo habia reanimado, pero que con mi partida ha vuelto á recostarse en su tumba.»

Terminada esta paz, Francia é Inglaterra interpusieron su mediacion para dar fin á la guerra del norte, y aun allí fué objeto de burla para su aliada. Se trataba de salvar la Suecia de sus numerosos enemigos, entre los cuales se hallaban el mismo Jorge y especialmente Pedro el Grande que se utilizaba de la muerte de Carlos XII. Francia empezó por darle ocho millones para sacarla de su espantosa miseria, en seguida le hizo concluir la paz con Dinamarca mediante una suma de cinco millones que pagó tambien, con la Prusia mediante la cesion de una parte de la Pomerania, y con Jorge por la cesion de Brema y de Verden; pero este debia aliarse con los suecos para alcanzar las condiciones moderadas de parte de los rusos. El ministerio británico, léjos de ejecutar esta cláusula, mandó retirar su escuadra del Báltico y abandonó la Suecia al furor de Pedro. Los rusos invadieron entonces este reino, incendiaron ocho ciudades y mil cuatrocientas aldeas y castillos, pasaron á cuchillo los niños y las mujeres, y causaron á la Suecia un daño de mas de 100 millones. Toda la Europa lanzó un grito de horror, la Francia interpuso su mediacion, y la Suecia consintió en la paz de Nystadt, por la cual cedió al czar la Livonia, la Ingria, la Estonia y la Carelia (12 de setiembre de 1721).

De esta paz datan en realidad la introduccion de los rusos en la familia europea y su intervencion en todos los negocios de occidente. Pedro se hizo proclamar por sus súbditos gran padre de la patria, y emperador (22 de octubre). Este último título no era mas que un nombre vano existiendo los césares de Alemania que pretendian ser los emperadores de occidente; presagiaba ya los proyectos de esta potencia griega de religion y espíritu sobre el imperio caido de Constantinopla; y atestiguaba que la Europa feudal habia dado fin á su existencia; pues todos los de-

más estados reconocian sin obstáculo este título único hasta entonces y que no tenia ya ninguna significacion.

§. V.—*Medidas rentísticas del regente.—Tribunal de justicia contra los arrendadores.*—Mientras la diplomacia de Francia quedaba por el regente entregada á la incapacidad ó á la traicion, la hacienda era víctima de una peligrosa experiencia que tuvo gravísimas consecuencias.

La situacion de la hacienda era el mayor apuro que habia legado Luis XIV á su sucesor. Los gastos ascendian á 243 millones, y los ingresos á 186 millones de los cuales habia devorados dos años anticipados, y 743 millones de billetes cobraderos, además de los 86 de las rentas de la casa de la ciudad. El austero Saint-Simon, arrastrado por su odio de raza contra los rentistas, propuso convocar los estados generales y hacerles declarar una bancarrota; estaba persuadido de que el pueblo aplaudiria la ruina de estos usureros tan denigrados (1) que desplegaban un lujo insultante para la nobleza. El regente se negó mas bien por miedo á los estados generales que por sentimiento de probidad, porque no tuvo vergüenza en emplear en medio de la paz mas perfecta los medios fraudulentos que habia usado Luis XIV para salvar la Francia de una invasion extranjera. Suprimió una multitud de empleos creados anteriormente, sin devolver el precio de su venta, fundió la moneda y elevó su valor, en cuya operacion ganó solamente 70 millones, porque la refundicion se hizo en gran parte en el extranjero, examinó toda la deuda y la redujo á 250 millones, que liquidó en billetes del estado al 4 por ciento de interés; cercenó la mitad ó la cuarta parte de los intereses de una parte de las rentas de la casa de la ciudad, y creó en fin un tribunal de justicia contra los arrendadores de las rentas públicas, y rodeó este consejo extraordinario de un aparato de terror que contrastaba con su indulgente molicie (1715). Cuatro mil cuatrocientos setenta padres de familia fueron incluidos en verdaderas listas de proscripcion, y multados en una restitucion de 156 millones (2). Se dieron premios á los denunciadores,

(1) Madama de Maintenon les llamaba *basura de la nacion*. Son lobos hambrientos, decia, que se engullirian el reino si se lo dejasen á su avaricia.—(2) Hé aquí algunos de los repartos: Samuel Bernard, 4 millones; Fargés, empleado en los

y los criados fueron autorizados para acusar y testificar contra sus amos con nombres supuestos, y castigadas con la muerte las calumnias ó quejas contra los delatores, se pusieron centinelas de vista en las casas de los rentistas, y subió el número de informaciones hasta 1688. Llenáronse de consternacion todos los arrendadores y empleados de rentas, que habian abusado sin duda alguna de la miseria del gobierno para hacer ganancias de excesiva usura, pero que en último resultado habian prestado su dinero sin garantía. Muchos se suicidaron, otros se salvaron huyendo al extranjero, se llenaron las cárceles, se disminuyó el lujo, desaparecieron los capitales, y cesaron el comercio y el trabajo.

El pueblo, que en un principio habia aplaudido la persecucion, se quejó amargamente cuando fueron á galeras ó condenados á muerte muchos de los rentistas acusados, los cuales recurrieron á los cortesanos cuya privanza compraron. Las cantidades á que se les condenara, fueron perdonadas ó disminuidas; las que se percibieron pararon en manos de las mujeres perdidas y de los compañeros de excesos del regente; de los 220 millones que se queria sacar de los rentistas, no entraron mas que 15 en el tesoro, los billetes del estado perdieron un 80 por 100, y quedó enteramente aniquilado el crédito.

§. VI.—*Sistema de Law. — Fundacion del Banco. — Establecimiento de la compañía de las Indias. — Reembolso de la dieta.*—El regente se decidió entonces á ensayar los planes propuestos por el escocés Juan Law, cuyas atrevidas ideas habian seducido su talento mas brillante que profundo, y que iba á libertar al estado de su deuda, segun decia, abrir recursos inagotables al gobierno, disminuir el impuesto, y desarrollar todos los medios de riqueza. Law era discípulo de Locke y de Newton, hombre de genio que tenia una fe completa en sus cálculos, y que entregó su persona y su fortuna á una experiencia cuyos peligros conocia; habia sido presentado á Chamillard que no le habia comprendido, á Desmarests que iba á poner en planta una parte de sus proyectos, cuando Luis XIV bajó al sepulcro, y á Victor Amadeo y al emperador que rechazaron sus planes.

viveres, 2 millones; Chaumont, id.; Flandes, 3 millones; Oursin, 600,000; Mongelas, 1,400,000; Sauroy, 1 millon, etc.

Era muy extrema en Francia la ignorancia en materias de hacienda, ni aun se conocía la combinacion de los cambios, ni el sistema de los bancos establecido ya en Inglaterra, Holanda, Italia y Suecia, y como hemos visto, toda la ciencia de los capitalistas consistía en aventurar su dinero en la usura. Law intentó crear una nueva potencia, *el crédito*, indispensable al gobierno desde que la administracion era tan vasta, complicada y costosa, desde que habia sido forzoso sacrificar el presente por el porvenir para atender á las guerras nacionales como la de sucesion de España; y quiso aumentar la fuerza moral del gobierno por medio de la confianza de los ciudadanos y su fuerza material poniendo á su disposicion todo el metálico del estado, y matar por fin la usura que era la carcoma del país un siglo hacia. Propuso establecer con este objeto un *banco general de descuento y de circulacion* que tuviera oficinas correspondientes en todo el reino, y que pudiera emitir 2 mil millones en billetes sobre los mil millones de metálico que habia en el país, triplicando de este modo el medio de los cambios (1).

En vez de asegurar el estado la percepcion de sus rentas en las compañías de arrendadores, queria que se diera esta percepcion al banco, que descontando el impuesto, como descontaba las letras de cambio, lo hiciera á un tanto mas módico pues aumentando la masa del metálico haria bajar el interés. Podia tambien encargársele el cuidado de los empréstitos y evitar las usuras de los prestamistas. Haciéndose por fin todo el comercio por compañías privilegiadas, el banco podia gozar el privilegio de diferentes comercios y agregar á sus inmensas atribuciones el del negocio. Reuniendo de este modo todas las utilidades del descuento como banco, las de administracion como arrendador de las rentas públicas, y las del comercio como compañía privilegiada, podia dividir su enorme capital en acciones y repartir

(1) Se llama *banco* un establecimiento que examina los efectos de comercio, es decir, las promesas de pago, hechas por un individuo á otro y que si los juzga sólidos, da el valor en billetes llevándose su propia garantía y teniendo el curso de moneda. Esto es lo que se llama *descontar*. Un banco efectua pues una verdadera multiplicacion de numerario, pero para esto es preciso que tenga un fondo que responda de los errores que pueda cometer. Por otra parte, como sus billetes tenían curso por la confianza, es preciso que esté dispuesto á convertirlos en dinero á voluntad del portador, y necesita una reserva metálica.

entre ellas sus utilidades. De este modo hubiera ofrecido su papel á los que querian moneda para circular, y sus acciones á los que prefirieran un plazo.

Este era el sistema concebido por Law, que reducía á un solo y único crédito el crédito público y privado, que cambiaba todas las liquidaciones lentas, penosas y complicadas, sea del estado, sea de los particulares, en una sola que debia hacerse en moneda para las cantidades pequeñas, y en papel para las mayores; sistema que parecia multiplicar los capitales simplificando únicamente la circulacion, que debia hacer bajar el interés, y juntar á la creacion de una moneda la de colocaciones seguras y ventajosas (1).

Por desgracia tan bello plan descansaba en un error. Confundiendo los capitales con el numerario que es su medio de cambio, Law imaginaba que la riqueza consiste en la abundancia de metales ó riquezas convencionales, siendo así que solo está en la abundancia de las riquezas naturales, ó de los productos y de los instrumentos de produccion: creia pues que la multiplicacion del numerario podia acrecentar indefinidamente la riqueza de un estado, y consideraba los billetes de banco como valores reales, preferibles al metálico para el curso de los negocios, y que podian emitirse á proporcion de las necesidades del estado. Esto era un grave error; cuando en un país se aumenta la cantidad de numerario sin acrecentarse proporcionalmente la cantidad de todas las cosas, multiplicándose únicamente el signo y conservándose en el mismo estado la cosa significada, no se hace mas que elevar los precios sin aumentar la riqueza real, porque mayor cantidad de metálico se equilibra con la misma cantidad de mercancías.

Presentóse el plan de Law al consejo de hacienda presidido por el duque de Noailles; nadie lo comprendió y fué rechazado. Entonces Law, resuelto á levantar su edificio por medios indirectos y poco á poco, propuso establecer á sus costas un banco particular con un capital de 6 millones, el cual descontaría las letras de cambio, recibiría depósitos, y entregaría billetes reembolsables á la vista en *escudos de banco* independientes de las

(1) Thiers, del sistema de Law, en la Enciclopedia progresiva de 1826.

variaciones monetarias. Este establecimiento fué aprobado (2 de mayo de 1716), y tuvo un éxito el mas feliz; el valor fijo de su moneda, el movimiento ó curso fácil de su papel reembolsable en cualquier tiempo y el módico interés del descuento reanimaron el comercio, restablecieron los cambios, desacreditaron la usura, y dieron un empuje á la industria. Un edicto real que declaró esos billetes admisibles en pago de contribuciones aumentó todavía la confianza en ese establecimiento y en sus beneficios. El banco pudo emitir billetes hasta el valor de 60 millones sin que se resintiese su crédito, y de banco particular comenzó á ser banco público (10 de abril de 1717).

Entonces Law emprendió la ejecucion de otra parte de su plan. Obtuvo del regente el establecimiento de una *compañía de las Indias occidentales*, que deberia tener el monopolio del comercio de América, con la posesion de la Luisiana, país recientemente descubierto, del cual se contaban maravillas (agosto). El capital de esta compañía debia ser de 100 millones divididos en 200,000 acciones de 500 libras cada una, las cuales serian satisfechas una cuarta parte en metálico y las tres restantes en *billetes del estado*; esto era un medio de facilitar la salida de las acciones y de realzar el crédito del tesoro real. A mas de los beneficios eventuales se aseguraba á estas acciones el 4 por 100 de interés. Así es que habia dos clases de papel: el del banco, de valor invariable y que ofrecia á la circulacion una moneda que siendo del mismo precio que el metálico, era de uso mas cómodo; y el de la compañía, de valor variable, con el carácter de bienes inmuebles, y que ofrecia réditos susceptibles de aumento.

Comenzó al fin la oposicion á los proyectos de Law. El duque de Noailles presentó su dimision, y fué reemplazado por Argenson, magistrado ilustrado y de firmeza. Pero habiendo un nuevo edicto (30 de mayo de 1718), con objeto de desacreditar el dinero en provecho del papel, elevado el marco de plata de 40 á 60 libras, el parlamento hizo vehementes representaciones; el canceller aprobó las ideas del parlamento; y esta oposicion vino despues á reforzarse con la del duque del Maine que tramaba entonces su complot con Alberoni, y con la de los consejos que sembraron el desorden en el gobierno. El regente acabó de una manera violenta con todas estas proposiciones: quitóse al parla-

mento su derecho de representacion, y muchos consejeros fueron presos: Aguesseau fué reemplazado por Argenson que se encargó á la vez de la hacienda y de los sellos; los príncipes legítimos fueron reducidos á su rango de pares, y al duque del Maine le quitaron la superintendencia de la educacion del rey para encargarla al duque de Borbon, príncipe ignorante y depravado. En fin suprimiéronse los consejos con gran sentimiento de la nobleza, «que no se realizará jamás,» decian los señores; pero los miembros de estos consejos, al separarse, tuvieron buen cuidado de proveerse de pensiones y de empleos, «como aquellos, dice Duclos, que al marchar de una casa se llevan los muebles.» Entonces el regente, seducido mas y mas por las ideas de Law que le prometia reembolsar la deuda, concedióle entera libertad para realizar sus planes: ante todo el banco fué declarado banco real (4 de diciembre de 1718), nombrando á Law director; con lo que, haciéndose el rey responsable de los billetes, aumentóse la confianza; luego se otorgaron á la compañía de las Indias occidentales (mayo de 1719) los privilegios de las compañías de las Indias orientales y del Senegal, que habian hecho muy mal negocio; concedióseles el monopolio del tabaco y la fabricacion de moneda; y permitiósele emitir 100,000 acciones nuevas. Entonces las acciones de la compañía, que hasta esa época habian sido miradas con frialdad, fueron muy solicitadas. Prometiéronse dividendos fabulosos; hablóse de minas de oro descubiertas en la Luisiana, y embarcaron á seis mil infelices para ir á explotar aquella tierra, en la que perecieron casi todos. En fin desacreditóse el numerario por medio de una legislacion que hizo variar cincuenta veces su valor, de manera que el dinero no encontró seguridad sino en las arcas del banco ó en las de la compañía. Prohibióse trasportar metálico entre las ciudades donde habia corresponsales del banco; los acreedores fueron autorizados para negarse al pago; y el interés legal fué reducido al 3 por 100.

Merced á todas estas medidas, el banco recogió en depósito hasta 400 millones en efectivo ó en créditos contra el estado, y pudo emitir, sin correr peligro alguno, billetes por valor de 600 millones. En cuanto á las acciones, merced al cebo ofrecido á los especuladores y merced tambien al agio que se ejerció sobre este papel, subieron hasta 5,000 libras.

Para completar su sistema ya no faltaba á Law sino conceder á la compañía la administracion de los arriendos (1), y se empeñó en realizarlo para cumplir con la palabra que habia dado al regente, de que la deuda seria reembolsada. Pensó pues en sustituir la compañía al estado, y convertir la deuda en acciones. Para esto, la compañía prestó al tesoro 1,500 millones al interés del 3 por 100, con lo que la deuda quedó reducida de 80 á 32 millones; y aquella suma debia cubrirse emitiendo acciones por valor de 1,500 millones de capital, cada una 5,000 libras ó sea 300,000 acciones. En recompensa de este préstamo, cediéronse á su favor los *cinco arriendos mayores* por 52 millones. Entonces el estado manifestó á los acreedores que podian presentarse al banco, donde se les pagaria en dinero, en billetes ó en acciones. Al propio tiempo la compañía hizo una primera emision de 100,000 acciones (13 de setiembre).

Hubo un empeño singular en procurarse este papel, que, en atencion á tener la compañía en sus manos todo el comercio y toda la renta pública, venia á ser la única colocacion para los capitales, y en especial para los 1,500 millones que se reembolsaban á los acreedores. Quince días despues fué preciso hacer otra emision de 100,000 acciones. El empeño en arrebatargas fué todavía mayor; dia y noche se empujaban los compradores á las puertas de la casa de la compañía para poseer el precioso papel, cuyo valor de dia en dia y de hora en hora iba en aumento; los principales señores estaban cortejando á Law para obtener papel de su emision; y los soberanos extranjeros lo pedian al regente como un favor. La calle Quincampoix, en la que se habian instalado los corredores y vendedores de acciones, estaba continuamente cuajada de gente, y todas sus casas, desde el tejado á la bodega, eran invadidas por los especuladores. Llegaron á hacerse jugadas indecibles; y cuando cinco dias despues de la segunda emision hizose la tercera, pareció increíble el frenesí que se apoderó de todo París y de la Francia entera: las accio-

(1) Por los *cinco arriendos mayores* ó *arriendos generales* entendíase una parte de los réditos del estado producidos especialmente por el monopolio de la sal, de los derechos de *entrada* ó *aduana* sobre las mercancías, de los derechos de *entrada* en París etc. Estos impuestos corrían á cuenta de una fuerte compañía de capitalistas, titulada *arrendadores generales*.

nes subieron á 10,000 libras; un mes despues estaban á 15,000, y á últimos de diciembre á 20,000.

Con semejantes jugadas hubo un prodigioso movimiento de fortunas. La Francia pareció estar cubierta de riquezas; desapareció la usura; el interés bajó al 2 por 100; el número de manufacturas se aumentó de tres quintas partes; el ejército estaba bien pagado, nuestros diplomáticos tenían el oro á manos llenas, el gobierno disminuyó los impuestos, abrió carreteras y declaró gratuita la enseñanza en la universidad. El comercio marítimo tomó un vuelo prodigioso; la Isla de Francia inauguró su prosperidad; la Luisiana fué desmontada y fundóse la ciudad de Nueva-Orleans. Millares de extranjeros acudieron á Francia, creyóse que París habia aumentado de doscientos mil habitantes, el lujo y los placeres se acrecentaron desenfrenadamente: notóse, en fin, que los ingresos en el teatro de la Opera, que anualmente eran de 60,000 libras, habian ascendido á 740,000.

«Law habia aumentado prodigiosamente la cantidad de la moneda y su circulacion; todos los valores habian aumentado, el precio de las mercancías y de las tierras habian sextuplicado, sin embargo no habia cambiado el estado real de las riquezas, que ni permitia la circulacion de la masa de los efectos que habia emitido, ni una baja tan considerable como la que queria efectuar en el precio del interés (1).» Se habian emitido 1,675 millones de acciones que importaban de 10 á 12 mil millones; era preciso pues que la compañía encontrase de 5 á 6 cientos millones de dividendo para distribuir á sus accionistas, pero el importe de sus beneficios no llegaba á 80. Iba pues á entrar la ficcion en comparacion con la realidad, y debia seguirse de aquí la caida del sistema.

§. VII.—*Decadencia, caida y resultados del sistema de Law.*—Los grandes accionistas y especialmente los señores realizaron su fortuna vendiendo sus acciones y comprando tierras. Entonces las acciones empezaron á bajar, y los billetes quedaron desacreditados. Para detener este movimiento de baja, Law prohibió hacer pagos en metálico por valor de mas de 100 libras, concedió al papel un interés de 5 por 100 sobre el dinero, prometió un di-

(1) Emilio Pereira; del sistema de Law.

vidiendo que, por las acciones tomadas á 500 libras, era de 40 por 100; y en fin dió á los billetes el forzoso curso de moneda. Las acciones continuaron bajando; todos procuraban convertir su papel en valores materiales: el sistema había llegado á su término. Law no encontró otro medio para impedir su caída, que la violencia y la maldad. Las acciones eran un objeto de especulación, y los billetes una moneda forzosa; hubiera sido preciso pues salvar á estos á expensas de aquella, pagar los billetes y dejar las acciones que volvieran á alcanzar su alza; pero reunió la compañía al banco, y pretendió salvar la accion hermanándola otro vez con el billete, y sosteniéndola á viva fuerza; y este plan fué su ruina (1).

Elevó el marco de plata á 120 libras; prohibió retener en las casas mas de 500 libras en numerario ú objetos de oro y de plata bajo pena de confiscacion y de multa; finalmente fijó el valor de las acciones en 9,000 libras, y ofreció cambiar las acciones en billetes por valor de 9,000 libras (5 de marzo de 1720). La accion, móvil por su naturaleza como depósito, vino tambien á ser moneda, cosa absurda y criminal: pero léjos de consolidar el primer valor, como se esperaba, no hacia mas que arruinar el segundo.

No tardaron las acciones en amontonarse en el banco realizadas en billetes, pero siendo la accion fija, el billete fué el que bajó; perdió la mitad de su valor, y por consiguiente la accion que se cambiaba en billetes por valor de 9,000 libras, no valia realmente sino de 4 á 5,000 libras. Entonces los billetes fueron rehusados en todas partes, y fué preciso emplear una verdadera tiranía para darles curso é impedir la pérdida del numerario. Todos los ciudadanos fueron objeto de la mas detestable inquisicion. «Bajo un regente menos firme nunca se vió un gobierno mas caprichoso, nunca un despotismo mas fanático. El prodigio mas inconcebible es que de todo ello no resultase una revolucion, y el regente y Law no fuesen víctimas de la misma (2).»

Inútil fué semejante tiranía: el valor forzoso dado al papel moneda era una falsedad legal á la que nadie queria someterse. Para hacer desaparecer esta falsedad, el regente redujo las accio-

(1) Thiers, del sistema de Law.—(2) Duclós, t. I, p. 408.

nes y los billetes á la mitad de su valor nominal (21 de mayo de 1720). Esta bancarrota fué acogida con indecible indignacion; seis dias despues tuvo la debilidad de revocar su edicto, y desde entonces todo fué perdido.

Sin embargo Law probó todavía de salvar su plan á fuerza de expedientes en los que se reconocia toda la fecundidad de su genio; pero tenia numerosos enemigos, especialmente entre los antiguos miembros del consejo de hacienda; encontró una violenta oposicion en el parlamento, que le hizo desterrar á Pontoise (2 de julio); y en fin, el comercio marítimo sufrió un terrible revés con la gran peste de Provenza, de la que fueron víctimas ochenta mil habitantes de Marsella, Arles y Tolon (1). Entonces el banco, despues de publicado el edicto que prohibia hacer pagos en numerario por valor mayor de 100 libras, declaró que no reembolsaria sino los billetes de 10 libras. La multitud se apiñó á las puertas de la casa; y fueron asesinados tres individuos en un motin, en que el palacio del regente estuvo á punto de verse invadido. La ilusion se habia disipado; no habia pues otro medio que demoler el plan, cambiar las acciones y los billetes en rentas, y volver al antiguo estado de cosas despues de funestos desastres y de grandes cambios de fortuna (2).

De seiscientas mil acciones emitidas, cuatrocientas mil habian vuelto á entrar en el banco, en cambio de las que se habian dado dos mil millones y medio en billetes. Ante todo se abolieron esas cuatro mil acciones, que nadie queria; y luego se pensó en abolir los dos mil millones y medio en billetes. Para esto, el gobierno

(1) Esta peste se extendió hasta el Languedoc y duró cinco meses. En esta horrible calamidad, cuyo efecto mas terrible es el de trastornar las mas simples nociones sociales y religiosas, borrar toda virtud y hacer aparecer á la especie humana en su naturaleza fea y salvaje, brillaron admirables ejemplos de abnegacion. Los nombres del obispo Belzunce, de los regidores Moustier y Estelle, y del comerciante Pose quedaron inmortalizados; y en ambos extremos de la escala social vióse desplegado el heroismo así entre los sacerdotes, como entre los condenados á galeras, que casi todos perecieron. El gobierno hizo loables esfuerzos para aliviar tantos males; á este fin envió médicos, trigo, dinero, y á un gobernador, Langeron, que rivalizó en intrepidez con los grandes ciudadanos que acabamos de nombrar. El papa hizo partir para Marsella dos buques cargados de trigo, que apresó un corsario de Tunez, y que fueron libertados así que los musulmanes conocieron su destino.—(2) Thiers, del sistema de Law.

quitó á la compañía los arriendos, que redituaban 48 millones; y con una parte de este rédito, hizo recuperar mil millones de billetes por la creacion de 25 millones de rentas á 2 $\frac{1}{2}$ por 100. Otras medidas parciales hicieron todavía recobrar 500 millones de billetes. No quedaban pues en circulacion sino mil millones: un edicto declaró que dejaban de tener curso forzoso, y los transformó en acciones de la compañía, pero fijos y con un interés de 2 por 100 (20 de noviembre). De esta manera todos los billetes fueron cambiados en rentas, ó en acciones productivas; solo faltaba desembarazarse de las doscientas mil acciones subsistentes todavía. Estas doscientas mil acciones, junto con los mil millones de acciones productivas, formaban un capital de 2 mil y 800 millones. Mandóse hacer el depósito á la compañía de estas acciones y de las productivas, para la comprobacion (enero de 1721); depositáronse 2000 y 200 millones; el resto no apareció, y quedó enteramente perdido para los poseedores; 500 millones fueron anulados arbitrariamente; los 1,700 millones restantes fueron liquidados en billetes comprobados al interés del 4 por 100, y en rentas perpétuas y vitalicias. De esta manera el estado quedó gravado con unos 35 ó 40 millones de rentas; el banco fué abolido; y se conservó la compañía, aun que reducida al comercio marítimo. En cuanto á Law, habia huido llevándose él 1,500,000 libras que poseia al llegar á Francia, y de los miles de millones que habia tenido á su disposicion por espacio de tres años, la insignificante suma de 800 luises (4 de diciembre 1720.)

Esta gran revolucion rentística aumentó la penuria del tesoro, y retrasó la organizacion del crédito; excitó la codicia, la corrupcion, el desarrollo ó aficion á los goces materiales, y todas las malas pasiones; desmoralizó las clases altas, que solo trataron de enriquecerse por medio de vergonzosas especulaciones, y haciendo tratos detestables con los traficantes. Pero esta revolucion produjo á la vez un gran bien; ante todo no arruinó á la Francia, como se ha dicho; no hizo mas que mover las fortunas; luego movilizó la riqueza, que hasta entonces estaba fija en el país y en las familias, y que desde aquella época siguió las variaciones del comercio y de la industria. El comercio marítimo recibió un impulso, que por espacio de medio siglo procuró á la

Francia una magnífica fortuna colonial. Las provincias del centro sufrieron un saludable trastorno, y esos países pobres é indolentes, en que el dinero escasea y los productos no tienen valor, participaron de la animacion comun. «Pero si el pueblo sacó del experimento de Law el banco, el comercio, la industria, la sed de gozar y el arrojo en las empresas, el gobierno conservó la desconfianza en todo sistema, la aversion á las mejoras, la sumision á los traficantes, y la indiferencia en la opinion pública. La historia debe señalar esta época como un punto de partida memorable, desde el cual los franceses progresando siempre en luces y en fortunas, y sus jefes retrocediendo sin cesar con sus prevenciones y su timidez, prepararon un vergonzoso cataclismo (1).»

No fué la Francia la única nacion que sufrió tales trastornos: Inglaterra, Holanda y Alemania cometieron otras locuras, que no podian excusarse con una hacienda roida por la usura y con planes apoyados en sólidos razonamientos. «A decir verdad, la chispa que brotó de la imaginacion de Law sembró en la Europa un delirio epidémico: los extranjeros trajeron sus fondos al banco, los franceses los enviaron á los bancos extranjeros; pero aunque todas las naciones parecieron bastante uniformes en el éxito de su codicia, en su ruina conocióse la diferencia de caracteres. En Inglaterra el golpe fué terrible y llegó el trono á bambolear; los miembros del parlamento fueron proscritos ó arrojados de él; y el encono de muchos puso en sus manos el puñal suicida. En Francia, el lujo y los placeres, avivados por el sistema, adornaron su decadencia y sobrevivieron á su caida. Hubo mucho ruido, pero nada de accion; conflictos para muchos, pero ningun peligro para el estado (2).» En cuanto á Law y al regente, no cambiaron sus convicciones á pesar de tan terrible desengaño: el regente no pensó en toda su vida sino en hacer una nueva prueba de aquel sistema, y Law le escribia desde Venecia, donde pasaba su vida en un estado casi miserable: «No hay que desconfiar; en la lucha que hemos sostenido, la Inglaterra ha sufrido mucho, los demás estados un poco, pero la Francia ha ganado. Sin embargo la accion ha sido tan viva, que el francés, poco acostum-

(1) Lemontey, historia de la Regencia, t. I, p. 360.—(2) Id. id. t. I, pág. 357.

brado á esta clase de negocios, ha sido el primero en intimidarse. No olvideis que la introduccion del crédito ha originado mayor movimiento entre las potencias de Europa que el descubrimiento de las Indias; que está en el interés de los soberanos el darlo, nó el recibirlo; y que los pueblos lo necesitan tan absolutamente, que volverán por él á pesar suyo, y á pesar de la desconfianza con que lo miran (1).»

§. VIII.—*Dubois cardenal y primer ministro.—Su muerte.—Ministerio y muerte del duque de Orleans.*—Despues de esta revolucion rentística, el regente no pensó en reparar el mal por medio de una buena administracion (2), continuó sumido en sus orgías, imposibilitado los mas de los dias de pensar y de trabajar, y dejó á Dubois apoderarse de todos los negocios. «El poder de este hombre sobre su señor, dice Saint-Simon, era ilimitado; llegaba á tal extremo, que el príncipe no se atrevia sin él á mover una paja, y mucho menos á decidir nada sin su consejo, de manera que tanto en los asuntos ordinarios como en los extraordinarios nunca se trataba con el duque de Orleans, á quien nadie, aunque fuese ministro, se atrevia á presentarse por motivo alguno, sin

(1) Lemontey, Historia de la Regencia, t. I, p. 353.—Véase sobre el sistema de Law, que sus contemporáneos no comprendieron; á Forbonnais, Indagaciones sobre hacienda, t. VI; Lemontey, Historia de la Regencia, t. I; Emilio Pereyre, del sistema de Law; y en especial el excelente trabajo de M. Thiers, inserto en 1826 en la Enciclopedia progresiva.—(2) Tuvo sin embargo la idea de reunir los estados generales para poner término al desorden de la hacienda; pero Dubois le disuadió con una memoria en la que se expresaba así: «No sin razon los reyes de Francia han evitado reunir las asambleas; un rey no es nada sin vasallos; y aunque el monarca sea el jefe, el aparato de los diputados del pueblo, el permiso de hablar delante del rey y de presentarle el cuadro de mil males, tienen un no sé que de triste, que un gran rey debe siempre alejar de su presencia... ¿Podria el monarca decir á la nacion como al parlamento; vosotros no sois la nacion? ¿podria decir á los representantes de sus vasallos; vosotros no los representais?... El rey está seguro de sus tropas para obrar contra el parlamento; ¿lo estaria para dirigir las contra la Francia reunida? ¿Y en donde se batirán el soldado, el oficial y el general sin batirse contra sus compatriotas, amigos, parientes ó hermanos? No olvidemos jamás que la desgracia mayor de los reyes es la de no poder contar con la obediencia ciega del soldado; y que comprometer este género de autoridad, único recurso de los reyes, es exponerse á los mayores peligros. Ahí está en efecto el lado feo de los monarcas que, ni aun en los mayores males del estado, no es conveniente manifestar.» (Introduccion al Monitor.)

consentimiento y permiso del abate, cuya voluntad había llegado á ser el único móvil del gobierno.»

Dubois aspiraba á ser primer ministro, y para esto necesitaba ocultar la bajeza de su nacimiento con el esplendor de las dignidades eclesiásticas. Por recomendacion del rey Jorge y por la indigna debilidad del regente, que encontró dicha recomendacion *picante*, hízose nombrar arzobispo de Cambrai. Esta profanacion de la silla, que había honrado Fenelon, no hizo mas que provocar algunas burlas en la corte sin excitar la menor desaprobacion en el alto clero invadido por intrigantes y nobles corrompidos. Dubois encontró «para responder de la pureza de sus costumbres y de sus conocimientos eclesiásticos» á Massillon, obispo de Nimes; para conferirle en una mañana todas las órdenes sagradas desde la tonsura hasta el presbiterado, á Tressan, obispo de Nantes; y para consagrarle entre las pompas de la corte, al cardenal de Rohan. Todavía aspiraba á mas; necesitaba honrarse con la púrpura romana: para obtenerla intrigó, trabajó y sembró el dinero y las traiciones por toda Europa; hizo interesar á la vez en su nombramiento á Jorge I y á Jacobo III; procuróse el consentimiento del rey de España y del emperador; gastó en Roma mas de ocho millones; y en fin se entregó enteramente á los jesuitas. Continuaban aun las turbaciones excitadas por la bula *Unigenitus*; muchos obispos, los parlamentos y la universidad habían apelado de dicha bula al futuro concilio; el regente se encontraba muy embarazado, y Dubois le hizo decidir á abandonar á los jansenistas. Amenazó al parlamento, que en Pontoise parecia dar muestras de descontento, con enviarle á Blois, y llegó á hacerle admitir sin modificacion la bula, que de esta manera debía ser ley del estado y de la Iglesia (4 de diciembre de 1720). A pesar de este gran servicio prestado á la Santa-Sede, el papa Clemente XI rehusaba ascender á Dubois á la dignidad cardenalicia; pero muerto él, la faccion francesa que dominaba en el cónclave, prometió sus votos al cardenal Conti, á condicion de que cargase su conciencia con semejante enormidad. Así quedó convenido, y Conti, nombrado papa bajo el nombre de Inocencio XIII, concedió la púrpura á Dubois; pero murió de pesar (16 de junio de 1721).

El nuevo cardenal entró en el consejo de regencia; y como el

rey se acercaba á su mayor edad, el duque de Orleans, que no se atrevia á continuar en el poder, cambiando su título de regente con el de primer ministro, hizo nombrar á Dubois «ministro principal» en los mismos términos con que lo habia sido Richelieu (21 de agosto de 1722). La administracion de «este guardacanton,» aunque llena de intrigas y de espionaje, no careció de vigor ni de actividad; y supo adquirirse la dignidad exterior, aunque conservase su insolente orgullo hasta con el regente, «á quien humillaba como á un particular, si se atrevia á contradecirle.» La corte entera estaba á sus piés; la academia francesa le admitió en su seno y la asamblea del clero le eligió por presidente. Devorado por la ambicion y gastado por el trabajo, no tuvo tiempo para gozar de sus honores, y murió consumido por sus excesos (10 de agosto de 1723).

Hacia algunos meses que el rey era mayor de edad: el duque de Orleans sucedió en calidad de primer ministro al que él llamaba su *perillan*; pero todavía hizo echar de menos á Dubois; tan apático se mostró, tan cansado de la vida y tan sumido en el vicio de la embriaguez. Pensaba en poner á prueba por segunda vez el plan de Law, cuando fué víctima de un ataque de apoplejía (23 de diciembre de 1723).

Los ocho años del gobierno del regente dejaron una influencia funesta en el porvenir de la Francia. Nada pudo disculpar á este príncipe el haber entregado desatinadamente la hacienda á una desastrosa prueba, de haber desmoralizado las costumbres con su ejemplo, y haber sacrificado los intereses de la Francia á Inglaterra, y finalmente de haber colocado á un hombre perverso en la silla de Fenelon, en el sacro colegio, en el consejo real y en el ministerio que habia desempeñado Richelieu. Todo su elogio fueron las lágrimas que vertió á su muerte Luis XV, niño que aunque insensible á todo, sintió vivamente á su tutor. En efecto, el regente habia observado una loable conducta con respecto al jóven monarca; nunca le hablaba sino dándole pruebas de ternura y de respeto; y se habia desvelado sobremana en procurarle una buena educacion política, hasta el punto de darle él mismo algunas lecciones sobre todos los ramos de gobierno. Desgraciadamente estas lecciones de política produjeron tan poco fruto, como las magníficas lecciones de moral que él

había recibido de Massillon. En pos de aquellas venían las de un imbecil ayo, el anciano Villeroy, quien le decía mostrándole la multitud agrupada ante su palacio: «Señor mío, ¿veis á ese pueblo? pues bien, es vuestro, os pertenece sin reserva, vos sois su señor (1)!» Hé ahí pues quién era el príncipe, que despues de recibir semejantes lecciones y dotado por naturaleza de un carácter el mas indolente y del corazón mas egoísta, debía empuñar las riendas de la monarquía para conducirla á su ruina.

CAPÍTULO II.

Voltaire, Fleury y Maria Teresa. (1723—1748.)

§. I.—*De la filosofía del siglo diez y ocho.—Período de Voltaire.*—La sociedad del siglo décimooctavo, hija de la sociedad feudal, pero sin mas feudalismo que los recuerdos, las reformas y algunos restos, era una sociedad falta de bases, que estaba en desacuerdo con las ideas, y que era regida mas por costumbres que por instituciones. Última heredera de ese libre exámen que, descargando golpes rudos contra el feudalismo, había sido la primera en contribuir á la formación de los tiempos modernos, estaba encargada de purificar los restos que embarazaban la marcha del espíritu humano, de destruir el mundo de la edad media, y de consolidar los fundamentos de un nuevo mundo.

Por un funesto error acreditado por la ignorancia de la historia, la edad media que, como hemos visto, no era inferior á la sociedad antigua sino bajo el punto de vista intelectual, pues en el órden político la igualaba y le era superior en el órden moral; la edad media, decimos, era considerada como una época de oscuridad científica, de barbarie social y de fanatismo religioso: la antigüedad griega y la romana aparecían como un estado de modelo de la civilización, y los siglos trascurridos desde Constantino hasta Lutero eran considerados como tiempos deplora-

(1) Duclós, t. I, p. 286.

bles, durante los cuales la especie humana, retrocediendo en la senda de la civilizacion, habia caido en un embrutecimiento casi comparable al estado salvaje. El siglo décimosexto, con su entusiasmo por los tesoros intelectuales de la antigüedad, habia empezado á formular este error; el siglo décimoséptimo lo habia continuado á pesar de su inspiracion cristiana y monárquica; y el décimoctavo debia propagarlo, desarrollarlo y arraigarlo de tal manera, que actualmente conserva aun su popularidad. Siendo la sociedad de la edad media la obra completa del cristianismo, y habiendo sido este el instrumento principal que demolió el antiguo mundo, la nueva filosofía consideró al cristianismo como símbolo y causa de la barbarie, y como un enemigo cuya derrota debia llevar consigo la de los restos del feudalismo, dando comienzo á la era de las sociedades modernas. La destruccion del cristianismo fué por consiguiente el objeto de la filosofía del siglo décimoctavo; pero esta obra de destruccion presentó tres períodos distintos: el del deismo epicúreo y de la reforma científica inculcados por Voltaire; el del ateismo de Diderot y de la reforma política de Montesquieu, y el de la reaccion idealista y de la tentativa democrática de Rousseau.

Hasta esta época, la literatura filosófica se habia concretado á cuentos licenciosos, á versos satíricos y á libelos declamatorios. Los ingenios no habian apoyado su escepticismo sino en el Diccionario de Bayle, inmenso arsenal de erudicion y de dialéctica contra la religion, el catolicismo y la edad media. A no tardar encontraron teorías de incredulidad mas completas y filosóficas en un país donde en política se habia aplicado en grande escala el principio luterano, en un país donde el escepticismo en materias de culto y de gobierno habíase conservado como las apagadas cenizas de las revoluciones; en un país, en fin, donde el racionalismo protestante habia llegado á su último punto, á la negacion misma de la religion. Este país era la Inglaterra. La agitacion de 1688 habia trastornado allí todas las ideas sociales, creando un verdadero delirio de espíritu filosófico y sembrando innumerables escritos contra el Evangelio. Habíase empeñado una lucha, violenta entre los doctores anglicanos y una escuela de deistas, cuyo jefe era Bolingbroke, que pretendia despojar á la religion de su importancia histórica, ya con las solas luces de

la razon, ya con las armas del ridículo, y mas comunmente aun presentando á esta religion como una astuta ficcion de los curas. Voltaire fué á pasar tres años en Inglaterra entre esos sectarios del libre exámen (1727 á 1730); y aun encontró, en lugar del licencioso escepticismo del abate Chaulieu una incredulidad filosófica que se apoyaba en el sensualismo de Locke y pretendia gloriarse con las obras de Newton. En el contacto con los deistas ingleses su genio se trasformó, su imaginacion fué mas atrevida; estudió el movimiento y la vida de una sociedad libre; hizo una gran cosecha de conocimientos en todos géneros; y este nuevo Lutero regresó á Francia, llenas sus manos de bienes y de males, introduciendo con las sensaciones de Locke la atraccion de Newton, y un nuevo mundo de ciencia, de fisolofía y de poesía, pero sobre todo esto, el libre exámen.

Voltaire, embriagado con el espectáculo que le habia ofrecido la Inglaterra, enojóse al encontrar en Francia obstáculos á cada paso, un gobierno tiránico aun contra las cosas mas frívolas, «el espíritu omnipotente que avasallaba la opinion y que no podia introducir nuevas ideas sino á título de contrabando;» pero con el profundo conocimiento de su siglo que formaba casi todo su genio, con el espíritu cortesano que le hacia entrar con circunspeccion aun en las mas osadas empresas, aduló á esta sociedad burlesca, egoista y espiritual, en la que debia minar todos los poderes y lisonjear las pasiones y los gustos; y de sus descubrimientos ingleses no dió á conocer primero sino la parte científica. Hasta entonces se habia explicado la ciencia por la religion y en concordancia con ella; pero era preciso hacer de la ciencia un medio de ataque contra la religion, oponiendo las verdades demostradas y matemáticas á las verdades morales y reveladas. Por otra parte el siglo décimo séptimo, época de unidad y de autoridad en literatura, en religion y en política, habia sido el reinado de las bellas artes y no habia buscado en las letras mas que un esparcimiento al espíritu; pero el siglo diez y ocho, época de análisis y de discusion, se habia aficionado á las ciencias exactas y naturales; no buscaba en las letras sino un medio de accion política; y á esto debia conducirle secundando su inclinacion el desarrollo de los descubrimientos de Newton. En efecto, la sublime ley de la atraccion excitó una admiracion que se comunicó al

gobierno mismo; y concibióse el plan de enviar á algunos sábios al polo y al ecuador, para medir allí los grados del meridiano de la tierra, y probar así por experiencia las inspiraciones del genio. Condamine, Bouquer y Godin partieron al Perú; Maupertuis, Camus y Lemonnier dirigieronse hácia la Laponia (1735 á 1745). El resultado de sus experimentos probó la completa exactitud de los cálculos de Newton; conocióse entonces exactamente la figura de la tierra, y Voltaire tuvo la gloria de popularizar los descubrimientos del hombre que ha penetrado mas en los misterios de la creacion.

A pesar del apostolado de reforma universal de que se creia revestido, Voltaire no tenia pensamiento alguno de reforma política. Adulador de Dubois y de la marquesa de Prie, pensionado por el tesoro real, amigo especial del duque de Richelieu, poco tenia que decir contra el gobierno; con alguna reforma administrativa, con algunos cambios en la legislacion criminal, y por poco que se protegiesen las letras, que se moderasen los rigores del parlamento contra los escritores, y se desembarazase á la sociedad de la supersticion del clero, se acomodaba á la monarquía absoluta. Su agresion filosófica no llegó á mas por consiguiente que á escribir las *Cartas inglesas*, dirigidas contra Descartes y Pascal, en las que se ensalzaba el célebre principio de Locke (1), y oponia á la revelacion cristiana su deísmo epicúreo, pálido, indeciso y estéril. Todos los cuerpos del estado se resintieron de este ataque; el parlamento condenó la obra; el clero solicitó que se persiguiese al autor, que solo debió su salvacion á la proteccion del ministro Fleury, que halagaba el espíritu filosófico para adormecerle. Entonces el debate se formalizó; habíase conservado en Inglaterra oscuro y circunscrito entre algunos teólogos y algunos escépticos; pero desde que pudo valerse de la lengua francesa y abrirse campo en el país cuyo entendimiento claro y enérgico no retrocede nunca ante las consecuencias de un principio, tomó un carácter de universalidad, que era el de la revolucion social que queria llevar á cabo, un carácter de realizacion práctica enteramente distinto de las abstracciones del pensamiento inglés. El espíritu de exámen empeñóse mas que nunca

(1) *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu.*

en analizarlo, en experimentarlo y en disolverlo todo. La filosofía licenciosa y reformadora, epicúrea y filantrópica salió por vez primera de las escuelas, recorrió las calles y pretendió regir á la humanidad. Propagóse la afición á los estudios políticos; las cuestiones relativas al estado social, á las costumbres y á las instituciones de los pueblos, ocuparon á los espíritus ilustrados; nacieron entonces la economía política y la estadística, ciencias cuyo nombre ni siquiera existia; los escritos políticos como los del abate Saint-Pierre y del marqués de Argenson, atacaron á todos los estados donde el poder absoluto sostenia artificialmente el carcomido edificio social, las órdenes reservadas, los tronos y la venalidad de los empleos. La literatura, invadida por las ciencias exactas y la filosofía, ocupóse mas de las ideas que de las palabras, y antes que todo quiso instruir, reformar y emitir doctrinas; y de instrumento de imaginacion y de especulacion pasó á ser un poder político y una fuerza social. La Francia fué una gran tribuna que se captó la atencion de la Europa entera hablándole del hombre, de su naturaleza, de sus derechos, de sus intereses, y desde la que Voltaire, que venia á ser el representante y como el monarca de su siglo, propagaba sus ideas de destruccion con un númen satánico por medio de sus sentenciosas tragedias, de sus innumerables cartas, de sus insultantes libelos, y en especial por medio de sus obras históricas, en las que su profundo conocimiento del pasado estaba continuamente falseado por su odio contra la edad media.

§. II.—*Ministerio del duque de Borbon.*—En tanto que las ideas emprenden esta marcha amenazadora, y van á formar la verdadera historia de esa sociedad, cuyo único poder consiste en ellas los hechos permanecen, digámoslo así, aislados de las ideas; son mezquinos, insignificantes, fastidiosos; el poder no aspira mas que á desaparecer, y el espíritu humano solo tiende á grangearse importancia. Jamás tuvo el gobierno menos dignidad y nunca fué mayor la influencia de la nacion.

Fleury, preceptor del jóven monarca, habia llegado á la edad de setenta años sin haber desempeñado papel alguno, sin embargo de que el amor al poder fuese su única pasion. Hijo de un recaudador de contribuciones de Lodeve, solo á fuerza de adula-

cion y de espíritu habia obtenido el episcopado (1); la educacion de Luis XV le abrió el camino que desde mucho tiempo andaba buscando. Aseguróse enteramente de la confianza de su discípulo, niño triste, indolente y aficionado exclusivamente á la soledad; y si hubiese querido, no habria encontrado el menor obstáculo para ser el sucesor del duque de Orleans; pero prefirió dejar ocupar el poder por otro príncipe que parecia tener algun derecho á él; y como el hijo del regente piadoso, modesto y de mediano talento, no queria mas que vivir en la oscuridad, aconsejó al jóven monarca que hiciese entrar en el ministerio al duque de Borbon, reservándose la facultad de hacer caer, cuando quisiese, á este príncipe afeminado, ebrio, de corto espíritu, y esclavo de una muger perversa, la marquesa de Prie, que se hizo pensionar por la Inglaterra.

El ministerio del duque de Borbon duró tres años y no se hizo notable por ninguna empresa útil, ni por suceso alguno importante: fué el reinado de los agiotistas y de los cortesanos.

La union de Francia con España, tan ardientemente llevada á cabo por Luis XIV, parecia ser la obra que sus sucesores se habian propuesto destruir. El proyecto de casamiento de Luis XV con una infanta habia reparado el mal ocasionado por la cuádruple alianza; pero la princesa no tenia sino seis años, Luis XV habia cumplido los diez y seis y el trono necesitaba herederos. Bajo este pretexto, devolvióse la infanta «sin dar la menor excusa,» y fueron á buscar á otra princesa que no pudo llevar nada á Francia, y que solo debia servir para consolidar el poder del duque de Borbon y de su dama; esta princesa era la hija de Estanislao Leczinski, rey de Polonia por la voluntad nacional y por la proteccion de Carlos XII, destronado despues por los rusos, y condeñado á pasar oscuramente su vida en Weissemburgo. El jóven monarca y su preceptor no manifestaron la menor oposicion, y celebróse el casamiento el dia 4 de setiembre de 1725.

No fué sin embargo mas duradero el poder de los dos miserables personajes que habian promovido semejante union. Un edicto muy severo contra los protestantes, edicto que contrastaba

(1) Limosnero de la reina en 1680; «era admitido en casa de los ministros, dice Saint-Simon, donde, á decir verdad, lo mismo que en otras partes, no representaba ningun papel, y suplía frecuentemente á los lacayos.» (Tom. II, p. 250.)

con las costumbres del duque y de su dama, indispuso la opinión pública y á los filósofos; un impuesto del cincuenta por ciento con que se gravaron todas las tierras, aun las de los nobles y del clero, alarmó contra ellos las clases privilegiadas; y una carestía, durante la cual especularon con el hambre del pueblo haciendo subir el precio del pan hasta á nueve sueldos la libra, produjo algunos motines en que llegó á correr sangre (1). Todos los descontentos se agruparon al rededor de Fleury que vió llegado el momento de apoderarse del gobierno. Entonces el rey desterró al duque y á la marquesa, y encargó el despacho de los negocios á su preceptor (junio de 1726).

§. III.—*Administracion de Fleury*.—La administracion de Fleury fué económica, laboriosa, íntegra y desinteresada, pero le faltó esplendor y atención hácia el porvenir, no emprendió reforma alguna, no se dedicó á curar radicalmente los males sino tan solo á mitigarlos, y no se trató mas que de evitar un trastorno, de vivir pensando solo en el día, y de conservar todo lo existente. Esta fué una época de letargo y de mediana importancia, de la que sin embargo se aprovechó el país para acrecentar sus riquezas y sus luces, pues para prosperar no exigía protección alguna; quería únicamente ver retirada la opresora mano de la tiranía. Durante la administracion de Fleury, no continuó la hacienda en manos de agiotistas y cortesanos; cesaron para siempre las variaciones de las monedas (2); las contribuciones fueron disminuidas; suprimiósse el cincuenta por ciento; las recaudaciones generales produjeron 140 millones que entraron efectivos en las arcas del tesoro, y el crédito fué respetado. Y no es que el prelado, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, no hubiese cercenado primero parte de las rentas establecidas en la época de la caída del sistema de Law; pero ocasionó con ello tal mur-

(1) En 25 de julio de 1723, Ssint-Simon escribia al cardenal Fleury: «Aliméntanse en Normandía con la yerba de los campos. Hablo en secreto y en confianza á un francés, á un obispo, á un ministro, al único hombre que parece tener amistad y confianza con el rey, y que le habla familiarmente, y al rey que no lo es sino teniendo un reino y vasallos, que tiene edad suficiente para poder comprender las consecuencias, y que siendo el primer monarca de Europa no puede ser gran rey si no puede mantener á todos sus vasallos, y si su reino se convierte en un vasto hospital de moribundos y de desesperados»—(2) Un edicto de 18 de junio de 1727 fijó el marco de plata en 31 francos.

mullo, que modificó esta medida, y mostróse desde entonces sumamente fiel á sus compromisos. De esta manera pudo con mucha facilidad recoger un empréstito de 18 millones.

No turbaron la calma de esa época las discusiones sobre la bula *Unigenitus*, discusiones miserables cuya historia no ofrece el menor interés, y que solo sirvieron para perturbar la sociedad, para desacreditar el gobierno y preparar el campo á la incredulidad. Fleury, partidario de los jesuitas, dejó obrar á dos infames presbíteros, antiguos agentes de Dubois, Tencin y Lafitteau que renovaron la persecucion contra los jansenistas (1727). Púsose preso á un obispo, desterróse á algunos magistrados, y ciertos doctores fueron excluidos de la Sorbona. El rey celebró un consejo de justicia en el que la bula fué aprobada de nuevo sin modificaciones (1730). El parlamento protestó por medio de un decreto que exajeraba los artículos de 1682. Este decreto fué destrozado, y el rey prohibió al parlamento deliberar sobre los negocios públicos. Los magistrados cesaron de administrar justicia; se les desterró; luego por una aparente sumision se les volvió á llamar, y comenzaron de nuevo las turbulencias, sin que el poder real y ambos partidos se hubiesen dejado conocer de otra manera que con escándalos. Para colmo de todo esto, los jansenistas que ya no eran las habitadoras de Port-Royal, se propusieron canonizar á uno de sus sectarios, pretendiendo que en su tumba se hacian muchos milagros, y creyendo en la curacion de muchos enfermos y desgraciados, cuyos gritos y convulsiones excitaban en la multitud la compasion ó la risa (1732). Esto fué un origen inagotable de sarcasmos, canciones é insultos contra los sectarios; sin embargo, muchos incrédulos sacaron partido de esta miserable lucha en que la religion era envilecida y ridiculizada por ambos partidos.

§. IV.—*Negocios exteriores.*—*Don Carlos, duque de Parma y de Plasencia.*—El anciano cardenal, cuya ambicion política se concretaba á dejar que el reino rehiciese su prosperidad durante la paz, habia conservado cuidadosamente la alianza inglesa; habíase grangeado la amistad de Horacio Walpole, embajador de Inglaterra, hermano del ministro Roberto Walpole que habia erigido abiertamente en sistema la corrupcion política, y con la cual se hizo señor de la Gran Bretaña por espacio de veinte

años (1). Confiando excesivamente hasta el punto de engañarle en las protestas de los dos hermanos, y considerando la alianza inglesa como prenda de la paz del mundo, creyó asegurar semejante alianza por medio de una complacencia servil, y con pretexto de no alarmar á la Inglaterra, dejó extinguir la marina, descuidó el ejército y olvidó los intereses del comercio; si bien en muchas circunstancias supo sacar partido en pro del interés de Europa y de la Francia.

Habíase reunido un congreso en Cambrai, bajo la mediacion de Francia y de Inglaterra, para arreglar las diferencias últimamente suscitadas entre Cárlos VI y Felipe V; y se desconfiaba de hermanar á estos dos enemigos, cuando de pronto concordaron hasta tal punto, que se aliaron para dirigirse en comun contra los mediadores (30 abril de 1725). Carlos VI estaba enojado contra Inglaterra, que se negaba á reconocer la *pragmática sancion* por la que habia declarado, por falta de hijos varones, sucesoras á todas sus hijas indistintamente por órden de primogenitura: Felipe V estaba resentido contra Francia, porque acababa de devolverle á su hija desposada con Luis XV. La Inglaterra y la Francia temiéronse de la union del emperador y del rey de España; de ahí es que formaron una contra alianza en la que tomaron parte Holanda, Suecia y Dinamarca. Por otra parte la Rusia y la Prusia tomaron partido en favor del Austria y de España. Creyóse que iba á estallar una guerra universal; ya Jorge habia preparado tres armadas, y Felipe V sitiaba á Gibraltar. Fleury, que conocia todo el valor de la alianza española, intérpuso su mediacion, empezóse á tratar de la paz, y renovó los tratados de amistad con España. Reunióse un congreso en Soissons (1729); y en él se convino que don Carlos, hijo de Felipe V (2), heredaría los ducados de Parma y de Plasencia despues de la muerte del último Farnesio, y que se enviarían á este ducado seis mil españoles. El emperador, irritado de este convenio, rompió su alianza con España, y á la muerte del último Farnesio se apode-

(1) En los reinados de Jorge I y Jorge II.—Este habia sucedido á su padre en 1727.—(2) Felipe V habia tenido de su primer matrimonio dos hijos: Luis que murió, y Fernando que fué su sucesor: de su segundo matrimonio tuvo tambien dos hijos: á Carlos que fué duque de Parma, despues rey de Nápoles y finalmente rey de España; y á Felipe que fué duque de Parma.

ró de Parma y de Plasencia; pero intervinieron la Francia y la Inglaterra: consintieron, lo mismo que España, en reconocer la *pragmática*, y Carlos VI abandonó los ducados, en los cuales don Carlos reinó sin obstáculo alguno (16 de marzo de 1631).

§. V. — *Guerra de sucesion de Polonia.* — Despues de tantas amenazas de un rompimiento, de tantos tratados pasajeros y de esta indecision general en la política, estalló una guerra formal. La Polonia con su monarquía electiva, con su aristocracia belicosa y turbulenta, con su pueblo reducido todavía al estado de servilismo, se encontraba muy atrás de las naciones vecinas que en otro tiempo habia dominado, y que, á favor de un estado social que parecia una anarquía permanente, codiciaban sus despojos. Ante los electores de Sajonia, que querian hacer el trono hereditario en su casa; ante la Rusia, que protegía á estos electores, que habia hecho vasallos suyos; ante el Austria y la Prusia, que se mancomunaban con la Rusia para mantener á la Polonia en su estado de decadencia, y aun ante la Suecia y la Dinamarca, que no veian que en la salvacion de dicho país estaba su propia salvacion, la Polonia no contaba con otro apoyo que el de Francia: porque la Inglaterra se encontraba comprometida en el sistema político del Austria, y unida á la Rusia por intereses de comercio. Al propio tiempo la Rusia, el Austria y la Prusia habian concluido en 1732 un pacto secreto por el que se comprometían á rehusar por todos los medios la influencia francesa sobre la Polonia, pacto que se puede considerar como el origen de los proyectos de desmembramiento de este reino.

Estaban las cosas en tal estado, cuando murió Augusto II, el protegido de Pedro el Grande (1.^o de febrero de 1733). Los polacos, temiéndose de las intenciones de sus vecinos, buscaron la regeneracion de su país eligiendo un rey nacional; la dieta se obligó con juramento á no elegir jamás un príncipe extranjero; los principales palatinos solicitaron á la Francia que protegiese la independendencia de la Polonia, y todos los patriotas se declararon en favor de Estanislao Leczinski, que se presentó secretamente en Varsovia.

La Rusia y el Austria miraron la manifestacion de los polacos como una especie de rebelion, y se prepararon para apoyar la eleccion de Augusto III, hijo de Augusto II, aunque fuese con

las armas. Este príncipe, que tenía algunas pretensiones sobre la sucesion de Carlos VI, se habia obligado á reconocer la pragmática, y habia prometido á la czarina Ana (1) cederle la soberanía de la Curlandia. Entonces, y sin inquietarse por las amenazas de la Francia, que segun decia, «miraria como motivo suficiente de guerra cualquier violacion que se hiciese de la libertad de eleccion de los polacos,» Carlos y Ana, cada uno por su parte, mandaron avanzar treinta mil hombres para apoyar á su candidato. Sin embargo, no por eso dejó Estanislao de ser elegido por sesenta mil votos; pero algunos traidores protegidos por los ejércitos extranjeros, procedieron á una contra eleccion y nombraron á Augusto III.

Presentábase entonces á la Francia una ocasion oportuna para abrazar una política enteramente nueva, deteniendo el acrecentamiento de la Rusia por medio de la regeneracion de la Polonia, y la opinion pública pareció expresárselo pronunciándose por la guerra. Fleury no comprendia esta política, para la cual, á decir verdad, se necesitaba una profunda inteligencia del porvenir; no veia en ello sino una expedicion caballeresca que trastornaba sus planes de economía, y la necesidad de un armamento marítimo que podia turbar sus buenas relaciones con la Inglaterra; sin embargo se vió precisado á ceder al ardor de la nobleza, que queria colocar en su trono al padre de la reina de Francia. Prometiéronse socorros á los polacos y se declaró la guerra al Austria, «que no habia querido, decia el manifiesto de Luis XV, proteger á la Polonia sino para humillarla con la esclavitud.»

Entretanto Estanislao habia sido echado de Varsovia por ochenta mil rusos; y se habia refugiado en Dantzic, que á no tardar fué atacada y bombardeada. Los polacos aguardaban un ejército y una escuadra francesa: Fleury, que temia alarmar á la Inglaterra, y cuya economía degeneraba en vergonzosa mezquindad, les envió un navío, tres millones y mil quinientos hombres. Estos desembarcaron en la embocadura del Vístula, quisieron forzar las líneas de los rusos, y todos cayeron muertos ó presos. Entonces Dantzic capituló (28 de junio de 1734); Estanislao pudo

(1) A Pedro I le habia sucedido su viuda Catalina I, que soló reinó dos años; despues de ella, Pedro II, nieto de Pedro I, que no reinó mas que tres años, y finalmente Ana de Curlandia, sobrina de Pedro I.

llegar á Francia á costa de mil peligros; y la Polonia vencida se vió precisada á reconocer por rey á Augusto III.

Si Fleury, interviniendo tan mezquinamente en los negocios del norte, no habia sabido ver la nueva política que la preponderancia de la Rusia imponia á la Francia, comprendia mejor la política nacional contra el Austria, y se aprovechó de la guerra para quitar á esta antigua enemiga algunas tierras. Hizo alianza con la España y la Saboya prometiéndoles hacerlas partícipes de los despojos; aseguróse de la neutralidad de la Inglaterra y de Holanda haciéndoles reconocer la de los Países Bajos; y entonces concentró todas sus fuerzas en el Rhin y en Italia.

Berwick con ochenta mil hombres fué enviado al Rhin; apoderóse de Kehl, y despues de cuatro meses de inaccion, forzó las líneas de Ettlingen, luego ocupó la Lorena y el electorado de Tréveris, obligó al príncipe Eugenio á retirarse hácia el Necker, y sitió á Filippburgo. El sitio fué largo y muy costoso. Berwick fué muerto en él (12 de junio de 1734), Noailles y Asfeld le sucedieron, y apesar de los esfuerzos de cien mil imperiales mandados por Eugenio, obligaron á la plaza á capitular.

Villars fué enviado á Italia y apoderóse sin obstáculo del Milanesado; pero entonces Carlos Manuel III, que habia sucedido á Víctor Amadeo en 1730, negoció secretamente con el Austria, é hizo abortar lo restante de la campaña. Villars murió (17 de junio); sucediéronle Coigny y Broglie, y despues de algunas marchas que se empeñaron en presentar como muy estratégicas, dieron la batalla cerca de Parma (29 de junio). La acción fué muy sangrienta; los austriacos perdieron diez mil hombres, y los franceses cuatro mil; pero esta victoria no les sirvió de nada, y los vencedores perdieron en seguida dos meses en hacer veinte leguas. Los vencidos cobraron valor, derrotaron una division francesa junto al Secchia, y atacaron despues á todo el ejército cerca de Guastalla (19 de setiembre). Esta batalla tan sangrienta como la primera, y perdida tambien por los austriacos, de nada aprovechó á los franceses, que permanecieron en la inaccion junto á Cremona, diezmados por las enfermedades, y vivamente inquietos de las traiciones del rey de Cerdeña.

Entretanto el Austria habia desocupado sus posesiones de Nápoles para salvar el Milanesado; y los españoles las aprovecharon.

Don Carlos desembarcó en Nápoles con un reducido ejército, y fué recibido con aclamaciones por los habitantes. Los austriacos probaron de resistirse, pero fueron derrotados en Bitonto (25 de mayo), y los españoles no tuvieron mas que abordar en Sicilia para que la isla entera se sometiese á don Cárlos.

§. VI.—*Tratado de Viena.—Situacion de Francia.—Guerra entre Inglaterra y España.*—Entretanto la Puerta Otomana, que respondia de la independencia de Polonia, fué instada por la Francia que saliese á la defensa de este reino, y se preparó para invadir la Hungría. El Austria temióse de esta nueva enemiga y pidió la paz. Fleury, que temia que la Inglaterra abandonase su neutralidad, consintió; abriéronse las negociaciones en Viena, y por la habilidad de Chauvelin, ministro de negocios extranjeros, esta guerra que con tan poca fortuna habia sido sostenida, y que habia sido causa de abandonar tan vergonzosamente la Polonia, se terminó (3 de octubre de 1735) con un tratado muy ventajoso, que subsanó en parte las desgraciadas condiciones de la paz de Utrecht. Estanislao abdicó la corona de Polonia, y recibió en cambio los ducados de Lorena y de Bar, que despues de su muerte debian incorporarse á la corona de Francia. El duque de Lorena, Francisco Estéban, hijo de Leopoldo I (1) y esposo de María Teresa, hija mayor de Carlos VI, fué declarado heredero del último Médicis, gran duque de Toscana (2). Carlos cedió Parma y Plasencia al emperador, y en cambio recibió los reinos de Nápoles y de Sicilia con los presidios de Toscana. El rey de Cerdeña obtuvo los paises de Tortona y de Novara; y finalmente la *pragmática sancion* de Carlos VI fué reconocida y garantida por todas las potencias europeas.

La época del tratado de Viena fué la mas brillante del ministerio de Fleury, y el único momento glorioso de todo el reinado

(1) Este príncipe que no tomó parte alguna en la guerra de la sucesion de España, no se ocupó sino en alentar la prosperidad en la Lorena, en hacer florecer el comercio y las artes, y en fundar instituciones útiles (Murió en 1729).—(2) Preveíase que María Teresa, heredera de Carlos VI, procuraria hacer sentar á su esposo en el trono imperial, y entonces la Lorena en poder de un emperador debia ser una posesion demasiado peligrosa para la Francia y para la tranquilidad de Europa. Hé aquí porque la Lorena debia formar parte en las estipulaciones de un tratado que terminaba la guerra promovida por la sucesion al trono de Polonia.—El último Médicis era Juan Gaston, que murió en 1737.

de Luis XV. El ascenso de un Borbon al trono de Nápoles ponía, como deseaba Luis XIV, una parte de la península itálica bajo la influencia francesa. La casa de Austria no habia podido reponeerse aun, ni tenia hacienda ni ejército; iba á agotarse en una desastrosa guerra contra los turcos, guerra que terminó imponiéndole la mediacion de la Francia el vergonzoso tratado de Belgrado (1); y estaba decayendo con el último varon de la dinastía de Hapsburgo. La rivalidad de la Inglaterra, adormecida por vez primera, permitía á la Francia añadir á sus provincias otra rica y belicosa, codiciada dos siglos hacia, y que completaba su flanco oriental. Mirábase á la Francia como la árbitra de Europa por su poder y por la moderacion que acababa de manifestar, por las ideas pacíficas de su gobierno, y por la influencia que ejercia con su brillante civilizacion, con sus escritores, con su aficion al lujo y á los placeres. Pero esta gloria no fué de larga duracion.

Debíase únicamente á Walpole la neutralidad de la Gran Bretaña durante la última guerra. Este ministro que habia erigido la corrupcion en sistema, queria adormecer la nacion en las prosperidades y en las delicias de la paz para afianzar y perpetuar su poder. Este estado de torpeza no era normal en Inglaterra, potencia comercial, y obligada continuamente á ambicionar el imperio de los mares; y, á pesar de Walpole, buscó ocasiones de arruinar las marinas de los dos únicos estados que podian unidos disputarle este imperio, España y Francia.

La España, bajo la activa administracion de Isabel de Parma, habia recobrado alguna prosperidad el ejército y la marina; sus colonias estaban florecientes, su comercio le producía inmensas riquezas; y si este reinado no era el de un Carlos V, era sin embar-

(1) El tratado de Belgrado (1739) volvió á colocar momentaneamente la Turquía en el rango de que la habia hecho caer el tratado de Carlowitz. «Es, dice M. de Hammer, uno de los actos mas notables de los anales diplomáticos de la Francia y de la Puerta. La influencia de Francia en los negocios del imperio otomano nunca fué tan decisiva, y la mision del embajador francés, M. de Villeneuve, es sin duda la mas memorable que refiere la historia de las relaciones diplomáticas de la Francia con la Turquía.» Después del tratado de Belgrado, renováronse por última vez las capitulaciones de la Puerta con la Francia. (Véase el *Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con el Oriente* de T. Lavallée en la *Revista independiente* de 10 de enero de 1844.)

go el reinado de un Carlos II. Glorioso por el papel que en la última guerra había representado, inspiróle con todo algun cuidado el comercio de contrabando que hacia la Inglaterra en sus colonias de América, y valióse de la fuerza para hacerla desistir. «El mar libre ó la guerra!» exclamó al momento el pueblo inglés. Walpole probó de resistir; Fleury interpuso su mediacion; la España convino en un acomodamiento ventajoso para la Inglaterra. Sin embargo todo fué inutil; los comerciantes ingleses necesitaban esa porcion del comercio de América, y Walpole se vió obligado á declarar la guerra (1739). Al principio España la sostuvo con ventaja; pero luego solicitó el apoyo de Francia. Fleury titubeaba en romper la alianza inglesa, y buscaba medios de contener á los combatientes, cuando la muerte de Carlos VI (20 de octubre de 1740) vino á hacer la guerra universal.

§. VII.—*María Teresa y Federico II.—Conquista de la Silesia.*
—Hacia medio siglo que la Alemania, con la elevacion de tres electores del norte á la dignidad real, había sufrido algunos cambios que trastornaban su constitucion y presagiaban la ruina del imperio. El elector de Sajonia, nombrado rey de Polonia, hacia entrar á los germanos en todos los negocios de la Europa septentrional; el elector de Hannover, ascendido á rey de Inglaterra, hacia intervenir la gran potencia marítima en las cuestiones continentales; y el elector de Brandeburgo, elevado al trono de Prusia, había creado un centro de accion y de resistencia á toda la Alemania del norte emancipada, por decirlo así, del imperio. A consecuencia de esas variaciones, la casa de Austria había perdido su dominacion: destinada á no tener otro jefe que una mujer de veinte y cuatro años, iba á ver á la Europa entera correr á repartirse sus estados, y á una cuarta casa electoral, la de Baviera, apoderarse momentáneamente de esta corona imperial, que desde tres siglos atrás parecia su propiedad hereditaria.

A la muerte de su padre, María Teresa tomó posesion de los estados austriacos sin encontrar el menor obstáculo, asocióse á su esposo para los negocios de gobierno, y le llevó como candidato al trono imperial. Pero al punto los electores de Baviera y de Sajonia, los reyes de España, de Cerdeña y de Prusia, protestaron contra la *pragmática*, y manifestaron sus pretensiones sobre la totalidad ó sobre algunas porciones de los estados austriacos; y

la mayor parte de Alemania se opuso á que la casa de Austria se perpetuase en el trono imperial con la casa de Lorena.

El principal pretendiente era Carlos Alberto, elector de Baviera, que reclamaba á la vez la sucesion total y la corona imperial, que solicitó el apoyo de Francia. La ocasion parecia la mas oportuna para arruinar eternamente la casa de Austria, para sentar en el trono de los Césares á una familia adicta á los Borbones, y para colocar á la Alemania bajo la influencia francesa mas eficazmente que con el tratado de Westfalia. Esta política fué abrazada con ardor por toda la nobleza, ávida de guerra, y especialmente inculcada, por los dos hermanos Belle-Isle, nietos del célebre Fouquet, espíritus inquietos y ambiciosos, que ejercian una grande influencia en la corte. La Francia no tenia mas que declararse, decian ellos, y no tendria que tomarse el trabajo de combatir; encontraria por aliados casi á todos los príncipes de Alemania, y á los reyes de España, de Nápoles y de Cerdeña; estaba segura de la neutralidad de Inglaterra; no tendria por consiguiente otro enemigo que á una mujer secundada por un esposo débil y sin talento. Fleury, amigo de la paz y comprimido por la *pragmática*, en vano se opuso á una guerra en la que María Teresa debia contar con la alianza de Inglaterra, deseosa de arruinar á la marina francesa; las instancias de Carlos Alberto, las razones alegadas por Belle-Isle y los clamores de la nobleza convencieron su repugnancia y la indolencia de Luis XV, y se preparó con algunas negociaciones á comenzar las hostilidades. Pero en tanto que María Teresa, sin dinero ni tropas, tenia con ansiedad fija su vista hácia el lado de Baviera, estalló la tormenta por la parte de Silesia.

Federico II, rey de Prusia, acababa de suceder á su padre Federico Guillermo, á la edad de veinte años (1740). Este príncipe, destinado á dominar su siglo por su genio político y militar, no era conocido todavía sino por su aficion á la literatura francesa, por su correspondencia con Voltaire, y por sus ideas irreligiosas. Su advenimiento al trono habia sido saludado por los escritores franceses como el de un nuevo Marco Aurelio, de un monarca filósofo que iba á poner en práctica todas sus utopías filantrópicas; pero este amigo de la humanidad, este poetastro francés, este príncipe despreocupado, sin lujo ni corte, era un rey egoista y

ambicioso, lleno de energía y de habilidad, falto de entusiasmo y de ilusiones, que jugaba con los hombres y la filosofía, y engañaba astutamente á los pueblos y á los soberanos (1). El reino de Prusia, estado anormal de la confederación germánica, estado enteramente artificial, sin unidad, sin fronteras, formado de porciones de terreno esparcidas entre el Rhin y el Niemen, dotado de un suelo estéril, de mediana fortuna y con tres millones de habitantes, no parecía destinado á una existencia duradera; Federico había resuelto engrandecerlo, consolidarlo, y colocarlo en el rango de los primeros estados de Europa. Para esto le habían legado sus predecesores un tesoro de 40 millones, y un brillante ejército de sesenta mil hombres. Así que, después de la muerte de Carlos VI, vió levantarse tantos pretendientes á los despojos de la casa de Austria. «Ya ha llegado la época, escribió á Voltaire, de reemplazar y cambiar el antiguo sistema político; y previendo que Francia no dejaría de secundar ocasión tan oportuna, reclamó la Silesia, magnífica provincia, que comprendía casi doble población que sus estados, y sobre la cual nadie tenía derecho alguno; así que, sin preceder manifestaciones ni declaración de guerra, invadió esta provincia con cuarenta mil hombres y se apoderó de ella. Entonces ofreció á María Teresa su alianza, su ejército y su voto en la dieta de elección, con tal que aprobase la posesión que acababa de tomar de la Silesia. Profundamente resentido de esta insultante agresión de un príncipe á quien sus padres miraban como un vasallo, el último vástago de la casa de Hapsburgo respondió á sus propuestas enviando treinta mil hombres á Silesia. Empeñose una batalla en Molwitz, junto á la Neiss (20 de abril de 1741). La infantería prusiana con su ligereza, con la precisión de sus movimientos, y con la rapidez de su fuego dió la victoria á Federico. Esto fué la señal de la liga contra el Austria.

§. VIII.—*Liga contra el Austria.*—*Victorias y derrotas de los franceses.*—El conde de Belle-Isle había recorrido toda la Alemania para levantar enemigos contra María Teresa; y un mes después de la batalla de Molwitz hizo firmar el tratado de Nimfen-

(1) «Yo considero á los hombres, escribía á Voltaire, como á una manada de ciervos en el parque de un gran señor, donde no tienen otro destino que el de multiplicarse y llenar el corral.» (Correspondencia de Voltaire, tomo III, página 401.)

burgo entre la Francia, la España y la Baviera, para la repartición de los estados austriacos entre los príncipes de Alemania (18 de mayo). Los reyes de Prusia, de Polonia y de Cerdeña accedieron á él junto con los príncipes palatino de Hesse, de Colonia etc. El imperio permaneció neutral. La Inglaterra y la Holanda ofrecieron su mediacion. Por consiguiente María no pudo contar con otros aliados que la emperatriz de Rusia y el elector de Hannover; pero los rusos ya tenían que hacer contra los suecos, á quienes la Francia hizo tomar parte en la alianza; y en fin el elector que había puesto en campaña veinte y cinco mil hombres, luego que vió aparecer un ejército francés en Westfalia, firmó un tratado de neutralidad en favor de su electorado, y no pudo obtener de su parlamento de Inglaterra sino subsidios (27 de setiembre).

El ejército francés, compuesto de cuarenta mil hombres, juntóse con veinte mil bávaros, y se apoderó de Passau y de Lintz. El rey de Prusia penetró en Moravia, y el elector de Sajonia en Bohemia; la corte austriaca estaba muy consternada: con un poco de sensatez y de arrojo los enemigos entraban en Viena sin disparar un tiro. María Teresa parecía perdida, pero la salvaron las faltas de sus enemigos, el apoyo de Inglaterra, y especialmente su propio genio, que la indujo á buscar defensores en las razas meridionales, la slava y la maggyar, vencidas en otro tiempo y tiranizadas por sus padres. Concentrando todas sus fuerzas y su ambicion en los países del mediodía, había encontrado la nueva política que debía resucitar el esplendor de su casa.

María, amenazada en Viena por la aproximacion de los franceses, se refugió en Hungría, pueblo belicoso que por espacio de dos siglos había mantenido continuamente guerra contra la casa de Austria, pueblo al que acababa de volver sus libertades. «En vuestras manos pongo, dijo María Teresa á la asamblea de los estados, á la hija de vuestros reyes, que espera de vosotros su salvacion.—¡Muramos por *nuestro rey* María Teresa!» exclamaron los palatinos; y el reino entero, respondiendo á este grito heroico, tomó las armas en favor de la hija de los emperadores, convertida en rey nacional, y le proporcionó innumerables ejércitos. Comunicóse el movimiento á la Croacia y á la Dalmacia, á los pueblos semisalvajes del Drave y del Adriático, que, sacudidos por el cebo del pillaje, arrojaron sobre la Germania sus hordas de húsares, panduros y talpaches.

Entretanto Carlos Alberto, príncipe orgulloso y poco inteligente, cometía faltas groseras, que el intrigante Belle-Isle era incapaz de reparar. Llegado á Lintz, se había propuesto hacerse coronar archiduque de Austria, luego deseoso de ceñir en su frente otra corona, léjos de detenerse en Viena, dirigióse hácia Bohemia, dejando en Lintz un cuerpo de quince mil hombres, y se presentó delante de Praga (23 de noviembre de 1741), por Budweiss y Tabor; pero guardó tan mal sus comunicaciones, que los restos austriacos, arrojados de la Silesia por Federico, se apoderaron de estas dos últimas ciudades, y de esta manera cerraron á los franco-bávaros el camino para volverse á Austria. Al propio tiempo un ejército austriaco, sostenido por los donativos voluntarios de los ciudadanos ingleses, marchó por Moravia á libertar la Bohemia; é iba á encerrar á los franceses entre esta provincia y Praga, cuando esta ciudad fué sorprendida (26 de noviembre) en un asalto nocturno por el arrojado de un oficial aventurero, el coronel Chevert. Carlos Alberto se hizo coronar rey de Bohemia; luego corrió hácia Francfort, donde fué elegido emperador (24 de enero de 1742), bajo el nombre de Carlos VII; y todo el imperio le reconoció á excepción de los estados austriacos. En vano solicitó á la dieta que le concediese el derecho de asistencia; y mientras él lucía las insignias imperiales, los quince mil franceses que había dejado en Lintz, se veían precisados á capitular; las hordas húngaras asolaban cruelmente la Baviera, y los austriacos entraban en Munich. El ejército bávaro-francés, indisciplinado y mal dirigido, reducido á la mitad por la indisciplinación y la deserción, probó de volver á tomar á Budweiss, de libertar á Lintz, y de auxiliar la Baviera; en todas partes fracasó. El príncipe Carlos de Lorena, hermano del gran duque, le destruyó en parte quitándole los víveres. Belle-Isle no se ocupaba sino de intrigas diplomáticas, y descuidaba las operaciones militares. Fleury media el dinero y los hombres con una parsimonia ridícula. El ejército entero se hubiera perdido si uno de los generales, Mauricio de Sajonia (1) no le hubiese proporcionado un camino de retirada por el Mein apoderándose de Egra. Finalmente Inglaterra, declarándose abier-

(1) Hijo natural de Augusto II rey de Polonia. Había tomado las armas al servicio de Francia en 1733, y fué nombrado mariscal en 1744.

tamente en favor de María Teresa, cambió enteramente el aspecto de la guerra.

§. IX.—*Inglaterra se declara contra la Francia.—Evacuacion de la Bohemia por los franceses.—Batalla de Dettingen.*—En tanto que la Francia concentraba todas sus fuerzas en Alemania, la España atacaba al Austria en sus estados de Italia. Treinta mil hombres desembarcados en Toscana obligaron al gran duque Francisco, esposo de María Teresa, á guardar neutralidad; juntáronse con las tropas de Carlos y dirigiéronse hácia Plasencia, Parma y Milan, donde Isabel Farnesio queria levantar un trono para don Felipe su segundo hijo. La Inglaterra, que continuaba su guerra marítima contra la España, conmoviése vivamente al ver esas pretensiones de la casa de Borbon á la dominacion de Italia: por otra parte, desde que el Austria, su aliada natural, se veia amenazada, no podia menos que clamar con todas sus fuerzas contra la alianza francesa. Culpábase á Walpole de hacer traicion á los intereses nacionales, de favorecer la ambicion de la casa de Borbon, y de permitir á la España, acrecentada recientemente con las Dos-Sicilias, codiciar todavía el Milanesado. Jorge II deseaba la guerra, para salvar á Hannover amenazado por los franceses; y la nacion la apetecia tambien para conquistar el imperio de los mares, y contener la prosperidad colonial de Francia y de España. La oposicion reforzada con un jóven que fué el mas distinguido ciudadano de Inglaterra, William Pitt, se pronunció con tal violencia, que Walpole se vió obligado á dejar el ministerio (11 de febrero de 1742). Al punto se decidió socorrer á la reina de Hungría, enviar un ejército á los Países Bajos, y tres armadas al Mediterráneo, y que se procuraran reformar las antiguas coaliciones contra la Francia.

La Holanda se adhirió naturalmente á la alianza de Inglaterra: colocada en el último grado de las potencias secundarias desde su gran lucha contra Luis XIV, «ya no era, decia Federico, sino una lancha remolcada por un buque.» Viendo el rey de Cerdeña que los españoles llegaban cerca de Milan, temió verse cercado por los Borbones de Italia y por los de Francia, y mediante la palabra de cederle una parte del Milanesado, se colocó entre los defensores de María Teresa. El rey de Nápoles vióse obligado tambien, por una escuadra inglesa que amenazaba convertir

en cenizas su capital, á retirar sus tropas del Milanésado y á guardar neutralidad. Suplicóse al rey de Prusia que abandonase la guerra; y por la intervencion de Inglaterra, María Teresa firmó con él el tratado de Breslau, por el que le entregó la Silesia (17 de mayo de 1742). La Sajonia convino tambien en esta paz, y la Francia tuvo que soportar por sí sola todo el peso de la guerra.

La defeccion de los prusianos y de los sajones puso al ejército francés, reducido á treinta mil hombres, en una triste posicion: atacado por todas las fuerzas austriacas, á pesar de la ventaja reportada por Sahay y á pesar de hábiles estrategias, á no tardar vióse arrollado en Praga.

Entonces Maillebors, que estaba en Westfalia con cuarenta mil hombres para contener al elector de Hannover, recibió la orden de marchar á socorrer á Belle-Isle. Efectúolo sin embargo con una lentitud suma; y aunque su llegada á Egra obligó á los austriacos á levantar el sitio de Praga, aunque aumentó su ejército con doce mil hombres salidos de dicha ciudad, no entró en Bohemia, sea porque temiese presentar una batalla, sea porque tuviese instrucciones de Fleury, que habia entablado negociaciones con el Austria. Arrojóse entonces en la Naab, libertó al Palatinado bávaro, y dejó á Belle-Isle el cuidado de evacuar á Praga, como pudiese, para retirarse hácia Egra. Belle-Isle sin víveres, sin vestidos, en un invierno riguroso y por caminos ásperos, tenia que andar cuarenta leguas, seguido por veinte mil austriacos; partió (16 de diciembre) con doce mil hombres, dejando en la poblacion seis mil enfermos á cargo de Chevert; fué su marcha tan penosa que en diez dias perdió cuatro mil hombres, y los ocho mil que regresaron á Francia, casi todos murieron á consecuencia de esta retirada. Al propio tiempo Broglie, que habia reemplazado á Maillebois, se extendió desde el Naab hasta el Danubio, no para libertar á la Baviera, sino para buscar un camino de retirada por el Rhin; y aunque no tenia que habérselas con otro ejército que con el del príncipe de Lorena, numéricamente inferior, retrocedió hasta Donauwert. Solo Chevert conservó intacto el honor francés; él mismo dictó las condiciones de la rendicion de Praga (2 de enero de 1743), y regresó á Francia con toda su guarnicion.

Jorge II y María Teresa resolvieron trasladar la guerra á Francia. El primero, con cincuenta mil anglo-alemanes mandados por lord Stairs, siguió avanzando por el Mein hácia los Países Bajos para juntarse con el príncipe de Lorena en el Palatinado bávaro, derrotar á Broglie y penetrar en la Alsacia. Llegó á Hanau y de aquí á Aschaffenburgo. Opúsosele el duque de Noailles con un ejército de sesenta mil hombres, entre los que se contaba la flor de la nobleza y de la casa real, le circuyó por la ribera izquierda, le interceptó los víveres por arriba y abajo de Aschaffenburgo, le bloqueó y le hizo sentir el hambre en esta ciudad. El enemigo se decidió á volver hácia Hanau. Pero Noailles había echado puentes en Dettingen y había dejado bien guarnecido este desfiladero, colocando la artillería en la orilla izquierda. Jorge debía perecer ó rendir las armas, dice Federico estudiando estas disposiciones. Pero el duque de Grammont, que mandaba la guarnición de Dettingen, abandonó el desfiladero (27 de junio) para correr al llano y colocarse al frente del enemigo; de esta manera alteró todo el plan de batalla, que ya no fué otra cosa que una sucesión de combates aislados, y si el ejército francés se salvó de una derrota lo debió exclusivamente á la bravura de la casa real. La pérdida fué igual por ambas partes, y la victoria quedó indecisa. El enemigo no se atrevió á continuar su marcha hácia el Danubio y abandonando sus heridos á la generosidad francesa, se apresuró á volverse á los Países Bajos. Entonces Noailles hubiera podido tomar la ofensiva en Franconia, al propio tiempo que Broglie en Baviera; pero este le abandonó, y retrocedió, sin combatir, desde Donauwert á Estrasburgo; aquel vióse precisado á seguir este movimiento de retirada, y ambos ejércitos se ocuparon solo en defender la entrada en la Alsacia contra el príncipe de Lorena. Así evacuaron los franceses la Alemania entera. Carlos VII despojado de sus estados y reducido á la miseria, imploró la paz, y María Teresa consintió en reconocer su neutralidad, con tal que dejase en sus manos la Baviera; pero orgullosa con sus victorias, rehusó todo acomodamiento con la Francia, y concluyó en Worms (15 de noviembre) un tratado de alianza con Jorge II, el rey de Cerdeña y el elector de Sajonia, para «la defensa de la *pragmática* y del equilibrio europeo.» El objeto secreto de esta alianza era el de quitar

la corona imperial á Carlos VII, ocupar segunda vez la Silesia, y aun el de reconquistar la Alsacia y la Lorena. Las hordas húngaras invadieron estas dos provincias.

§. X.—*Liga de Francfort.—Conquista de Flandes.—Invasión de la Alsacia.—Operaciones en el Piamonte.*—La deshonra de este ataque y la muerte de Fleury, que aconteció en esta época (enero de 1744), parecieron sacar á Luis XV de su letargo, é intentó gobernar por sí solo; pero este rey «que nunca había dado muestras de tener voluntad propia, segun dice Voltaire, y que parecia mirarlo todo bajo un mismo punto de vista,» era incapaz de ocuparse de negocios, no solo á causa de su pereza, sino tambien por razon de su libertinaje. Prudente por mucho tiempo, pero más por descuido que por virtud, había cedido á las infames exhortaciones de sus cortesanos, y en especial á las del duque de Richélieu, y se había entregado á una vida fastidiosa en la que atravesó todo el período de la regencia. Cuatro hermanas de la casa de Nesle habían sido sucesivamente sus damas; de las cuatro, dos fueron abandonadas, otra murió. Y la cuarta era la duquesa de Chateauroux, á la que no faltaba valor ni orgullo, y que probó de resarcir su ódio arrancando al rey de su indolencia y comunicando algun vigor al gobierno.

En tanto que el hacendista Orry, guardando fidelidad á sus empeños, encontraba las inmensas sumas que devoraba la guerra, el conde de Argenson y el mariscal de Sajonia, restablecian el ejército, cuya desgraciada formacion é indisciplina habían ocasionado los reveses de fortuna. Argenson, administrador paternal, regularizó los cuarteles, los hospitales permanentes, un buen sistema de víveres, la conservacion de las compañías y en especial el reclutamiento por sorteo de las milicias de reservas, que en tiempo de paz juntaban el manejo de las armas á las labores de la agricultura, y en tiempo de guerra proporcionaban sesenta mil hombres de tropas regulares (1). Al propio tiempo Mauricio de Sajonia, que como hombre de genio había apreciado las cualidades nacionales, indicaba todos los abusos del sistema militar, y principalmente la ignorancia y el lujo de los oficiales jóvenes, causa perpetua de confusion y de indisciplina;

(1) Este sistema de reclutamiento había sido introducido durante el ministerio del duque de Borbon, por el hacendista Paris-Duverney.

preveía todas las mejoras que medio siglo despues se hicieron, y hasta llegaba á introducir en nuestros ejércitos el paso y el ejercicio á la prusiana.

Durante este tiempo, la diplomacia, manejada activamente por el marqués Argenson (1), buscaba enemigos para la liga de Worms. Negociaba con el rey de Nápoles y los genoveses, para hacerlos desistir de su neutralidad; envió á Voltaire á Federico para excitarle á tomar otra vez las armas; y finalmente concluyó en Francfort una liga (5 de abril de 1744), en la que tomaron parte el emperador, los reyes de Prusia y de Suecia y el elector palatino, para sostener á Carlos VII y la constitucion germánica, libertar á los estados bávaros, y garantizar la Silesia á la Prusia. De este modo la Europa se encontró dividida en dos campos; y como la Francia y la Inglaterra eran las partes principales en esta guerra, la corte de Versalles resolvió conquistar los Países Bajos, en lugar de presentarse como simple auxiliar de un emperador destronado. Al propio tiempo preparó una armada y veinte y cuatro mil hombres, para colocar en la Gran Bretaña al hijo de Jacobo III, Carlos Eduardo, jóven lleno de fuego y de audacia; pero una tempestad dispersó la armada, y todas las fuerzas se dirigieron hácia los Países Bajos.

Dos ejércitos invadieron la Flandes; el uno, de sesenta mil hombres á las órdenes de Noailles, estaba encargado de poner sitios, el otro, de cuarenta mil hombres al mando de Mauricio, estaba destinado á apoyar al primer cuerpo. El rey y su dama se juntaron con el ejército de Noailles (mayo). Merced á la habilidad de la artillería y de los cuerpos de ingenieros, formados casi en su totalidad de plebeyos que habian estudiado los progresos de las ciencias exactas, Courtrai, Menin, Ipres y Furnes sucumbieron pocas semanas despues (junio). Los holandeses comenzaban á inquietarse, cuando se supo que Carlos de Lorena habia atravesado el Rhin con sesenta mil hombres, y se habia apoderado de Lautemburgo y de Weissemburgo (junio). Coigny, que defendia esta frontera con cuarenta mil franceses, bávaros y palatinos, volvió á tomar á Weissemburgo despues de una sangrienta batalla; sin

(1) Es el autor de las *Consideraciones sobre el gobierno*. Era hijo, lo mismo que el conde de Argenson, del célebre teniente de policía ascendido á guardasellos en 1748 y muerto en 1720.

embargo, vióse obligado á evacuar el Haguenau, y los enemigos, atravesando la Lorena, llegaron hasta Sarre.

El rey partió con Noailles y cincuenta mil hombres á socorrer la Alsacia; pero al llegar á Metz cayó enfermo (8 de agosto de 1744), y á los pocos dias se desconfió de su vida. Esta nueva fué acogida con demostraciones de sentimiento general: no eran conocidos todos los vicios de Luis XV; se le creia débil, pero bueno y generoso; no les era desconocido el grado de prosperidad de que se disfrutaba desde quince años atrás; y finalmente parece que este pueblo, que cuarenta años despues debia perseguir á la monarquía, queria darle una leccion muy convincente prodigiándole adoraciones hasta la saciedad, y manifestando, por una ingeniosa adulacion, al mas indigno de sus reyes lo que debia hacer para colocarse al nivel de la nacion. Luis no comprendió el entusiasmo de que era objeto, y estudiando las demostraciones de alegría con que habia sido acogido su restablecimiento, hizose naturalmente justicia, diciendo: «¿Qué he hecho pues para ser amado de este modo?»

Entretanto el rey de Prusia habia vuelto á empuñar las armas. Teniendo á gloria el presentarse como defensor del imperio, y protector de los príncipes alemanes contra la casa de Austria, comparábase con Gustavo Adolfo, y veíase con placer, decia, llamado por la Francia á apoderarse de la Suecia. Invadió (17 de setiembre) la Bohemia con ocho mil hombres, apoderóse de Praga y sembró el terror en Viena. Esto fué la salvacion de la Alsacia. Carlos de Lorena volvió á pasar el Rhin ordenadamente, y sin sufrir baja alguna, y marchó con rapidez á libertar á la Bohemia. Era esta una buena ocasion para Noailles, que contaba con fuerzas superiores, de perseguirle, de derrotarle, y de ponerle aun bajo los fuegos de Federico; pero se contentó con mandar á Baviera tropas alemanas que restablecieron á Carlos VII en Munich, y él mismo fué á poner sitio á Friburgo, que se rindió treinta y ocho dias despues de tener brecha abierta (5 de noviembre). Entretanto el príncipe de Lorena se reunió con toda seguridad con un ejército de veinte y cinco mil sajones; dirigióse con ochenta y cuatro mil combatientes contra el rey de Prusia, atravesó la Baviera, y amenazó atravesar tambien la Silesia. Entonces Federico, vivamente resentido de tener que luchar por falta de ge-

nerales franceses contra todas las fuerzas del Austria, se apresuró á abandonar á Praga, y se retiró á la Sajonia, á donde le siguieron los austriacos.

Sin embargo, la defeccion del rey de Cerdeña y la neutralidad del rey de Nápoles habian dejado á los españoles aislados en Italia, y los austriacos los habian arrinconado en el territorio napolitano. Entonces D. Carlos empuñó las armas, los obligó á retirarse, los derrotó en Velletri, y los siguió hasta Bolonia. Al propio tiempo treinta mil españoles, después de conquistar la Saboya, se reunieron en Provenza bajo las órdenes de D. Felipe, juntáronse con veinte mil franceses mandados por el príncipe de Conti, y atravesaron el Var (1.º de febrero de 1744). Las operaciones de este ejército debian combinarse con las de las armadas española y francesa reunidas en Tolon, y que tenian atemorizada á una escuadra inglesa; pero empeñóse una batalla (22 de febrero) delante de esta ciudad, batalla indecisa, cuyo resultado empero fué el de abrir el mar á las dos escuadras aliadas. Durante este tiempo, Felipe y Conti se dirigian hácia Niza, Villafranca y Montalban; atravesaron los Alpes, asaltaron á Chateau-Dauphin despues de una reñida batalla, y atacaron á Conti. El rey de Cerdeña presentó batalla (30 de setiembre) para salvar esta plaza, y fué derrotado con pérdida de cinco mil hombres; pero el invierno obligó tambien á los franco-españoles á levantar el sitio (21 de octubre), y á retirarse á la otra parte de los Alpes.

§. XI.—*Batallas de Fontenoy y de Bassignano.* — *Tratado de Dresde.*—Carlos VII murió (20 de enero de 1745). Su hijo compró la paz y la restitucion de sus estados abandonando la alianza francesa, renunciando á toda pretension á la sucesion del Austria, y prometiendo su voto al gran duque Francisco Estéban. Desde entonces la Francia ya no tenia interés alguno en la guerra, y propuse un acomodamiento lleno de moderacion y aun de debilidad; pero el Austria y la Inglaterra, conservando su antiguo odio contra ella, lo rehusaron, y fué preciso que Luis XV continuase la guerra únicamente para obligar á sus enemigos á aceptar la paz.

El rey de Prusia pedia que la Francia llevase todas sus fuerzas á Alemania para ir á tratar en Viena; pero se creyó que se protegeria mas eficazmente á María y en especial á los ingleses

conquistando los Países Bajos. El mariscal de Sajonia, el año anterior, había hecho una brillante campaña defensiva en Flandes con cuarenta mil hombres contra sesenta mil, duplicóse su ejército, juntósele el rey, y fué á sitiar á Tournay. El duque de Cumberland, con sesenta mil ingleses, hannoverianos y holandeses, marchó á libertar esta plaza. El mariscal de Sajonia, dejando veinte mil hombres delante de Tournay, tomó posición (10 de mayo de 1744) en un llano triangular, teniendo á su derecha á Antoing y al Escalda, en el centro á Fontenoy, y á su izquierda el bosque de Barry. Ambas poblaciones estaban fortificadas y protegidas por reductos, y el único espacio que quedaba entre Fontenoy y el bosque estaba dominado por la artillería que podía libremente sembrar en él su metralla. Los holandeses atacaron á Antoing, los ingleses á Fontenoy; ambos ataques se desgraciaron; pero los últimos, extendiéndose por su derecha, penetraron, á pesar de la artillería, entre Fontenoy y Barry, formando una compacta columna de veinte mil hombres que invadió la población y el bosque, y rompió las dos primeras líneas francesas formadas por la infantería. La tercera línea, formada por la caballería, en vano intentó dar muchas cargas; la formidable columna que arrollaba y que hacía inútiles con su fuego los ataques parciales, iba ganando terreno y estaba para cercar á Antoing. El ejército francés estaba desordenado; no tenía en reserva sino la casa real y cuatro cañones. Por consejo de un oficial apuntáronse estos cuatro cañones á la cabeza de la columna, que naturalmente se había detenido, debilitada y sorprendida de su aislamiento, en medio del ejército francés: la casa real se arrojó sobre sus flancos, y la infantería comenzó de nuevo sus ataques con orden y concierto. En pocos minutos la columna fué desmembrada, y retrocedió; pero seguida y atacada vigorosamente por el fuego de los reductos, se retiró dejando nueve mil cadáveres en el campo de batalla. Los franceses habían perdido seis mil hombres.

Esta victoria motivó la rendición de Tournay, Gante, Brujas, Oudenarde, Dendermonde, Ostende y Nieuport. Los aliados estaban llenos de terror; la Holanda comenzaba á temer por sí; y en tanto que los franceses se apoderaban del extremo septentrional de la monarquía austriaca, los españoles quedaban vencedores en el extremo meridional.

Desde la primavera don Felipe auxiliado por el mariscal de Maillebois habia entrado en el territorio piemontés, sin encontrar empero en su marcha fortalezas enemigas, pues Génova habia tomado partido en favor de los Borbones, levantado diez mil hombres y franqueado el paso por su territorio. Los franco-españoles en número de cuarenta mil bajaron al Montferrato; y mientras cincuenta mil austriacos y piemonteses estaban apostados detrás de Tanaro, entre Valenza y Alejandría, extendieron su derecha en direccion á Parma, y se juntaron con veinte mil napolitanos mandados por el conde de Gages. Entonces el hijo de Maillebois amenazó dirigirse contra Milan, los austriacos abandonaron su posicion, y Felipe arrojándose sobre los aislados piemonteses, los derrotó en Bassignano (27 de setiembre de 1745). Esta victoria le abrió las puertas de Alejandría, Tortona, Parma, Plasencia y Milan; los austriacos se retiraron hácia el Mincio.

Las victorias de Fontenoy y de Bassignano habian conquistado la Flandes y la Lombardía; pero como no se tenia intencion de retener una ni otra de dichas provincias, «tanto daban aquellas á conocer el fin de la guerra, escribia Federico, como si hubiesen ganado en Escamandra.» Los franceses estaban en Alemania en la defensiva, María Teresa luchaba felizmente contra el rey de Prusia, y acababa de hacer elegir á su esposo emperador (13 de setiembre) bajo el nombre de Francisco I; así es que tampoco estaba resuelto el grande objeto de la guerra, y una nueva casa de Austria ascendía al trono imperial. Entonces Federico solicitó la paz. Se la negaron. Con todo, atacó á los austriacos en Friedberg y en Sohr; y dirigiendo despues sus fuerzas contra los sajones, derrotó á su ejército en Kesseldorf y entró en Dresde (15 de diciembre). El elector de Sajonia acudió á María Teresa solicitando auxilios; pero esta, instada por la Inglaterra que queria dejar á Francia sin aliados, convino en el tratado de Dresde, por el cual Federico conservó la Silesia y reconoció á Francisco I como emperador (3 de enero de 1746). El elector palatino, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse accedieron á este tratado; y la Francia se encontró aislada y á su pesar arrastrada á luchar sin objeto alguno contra la mitad de Europa.

§. XII.—*Poder marítimo de Inglaterra.—Negocios de la India.*

—*Expedicion de Carlos Eduardo en Escocia.*—La Inglaterra era la que incitaba á María Teresa á continuar esta guerra absurda; ella era la que acababa de despojar á Francia de la alianza de Federico, la que defendia la Bélgica con sus tropas, y tenia á sueldo á la Sajonia, al rey de Cerdeña y á la mayor parte de los príncipes alemanes; pero en recompensa de tantos esfuerzos, comenzaba ya á conseguir su objeto, el imperio de los mares. Contaba con ciento treinta navíos de ciento veinte á cincuenta cañones, cien buques menores é innumerables corsarios; y contra tales fuerzas, España y Francia, ya no podian oponer sino cincuenta buques de toda clase. Asoló las colonias españolas, se apoderó del cabo Breton, gran isla que cubre la embocadura del San Lorenzo y protege las pesquerías de Terranova; y aun se atrevió á llegar hasta Bretaña (26 de julio de 1745). Todos los convoyes que la Francia envió á sus colonias fueron atacados y cogidos; el mas considerable de todos, compuesto de doscientas cincuenta velas y de diez y seis buques de escolta, debia doblar el Cabo Breton; pero fué derrotado á la altura del cabo de Finisterre (14 de junio de 1747), y los vencedores recogieron un botin de 20 millones. Al fin de la guerra la Francia solo tenia dos buques.

El comercio francés, abandonado por el gobierno y desangrado por sus pérdidas, que en un solo año ascendieron á 70 millones, buscó su salvacion en sí mismo, y sus buques mercantes, sus armadores y sus compañías hicieron maravillas. La compañía de las Indias regenerada por Law, habia sobrevivido á la caída del sistema, y Pondicheri habia llegado á ser una colonia muy floreciente; habia conquistado á Karikal, fundado á Chandernagor, y establecido escalas en Bengala, en Calicut, Mahe y Surate. Dos hombres de genio, aun que enemigos uno de otro, aumentaron aun esta prosperidad: era el uno Labourdonnais, que en las islas de Francia y de Borbon habia establecido colonias de la mayor importancia, y el otro Dupleix, gobernador general de la India francesa, que queria fundar la grandeza comercial de la compañía sobre posesiones territoriales, y que llenaba de terror á los príncipes indios con sus tropas numerosas y bien disciplinadas. Cuando estalló la guerra entre Inglaterra y Francia, Labourdonnais equipó á costa suya una escuadra de nueve buques

montados por tres mil hombres, atacó á una escuadra inglesa, sitió á Madras, capital de las posesiones inglesas, la tomó (21 de setiembre de 1746), y para rescatarla la valuó en 10 millones. Pero llegó Dupleix, deshizo la capitulacion, incendió á Madras, é hizo conducir á Francia á Labourdonnais, que en la cárcel de la Bastilla encontró la recompensa de sus servicios.

Mientras la Inglaterra se gloriaba de sus victorias contra la marina de los Borbones, la audacia de un jóven la arrastró á una revolucion que la hubiera colocado bajo la influencia francesa.

Carlos Eduardo, desde la dispersion de la escuadra destinada á trasladarle á Inglaterra, habia sido olvidado por el gobierno francés; resolvió pues probar fortuna por sí solo. Esperaba encontrar partidarios en las ásperas montañas de Escocia, que los ingleses miraban siempre como enemigas y extranjeras, y habia conservado relaciones con algunos restos del partido jacobita. Prestóle un buque un armador de Nantes; se embarcó en él con armas y algunos amigos (14 de julio de 1746), desembarcó en Escocia, reunió mil doscientos montañeses y se puso en campaña. Fué tal la sorpresa que ocasionó, que Edimburgo le abrió sus puertas; y derrotó completamente á un ejército inglés de cuatro mil hombres que se adelantó hasta Preston-Pans (2 de octubre). Al punto Carlos pidió auxilios á Francia y á España, entró en Inglaterra, se apoderó de Newcastle, de Manchester y de Derby, y se encontró á treinta leguas de Lóndres. Pero entonces notó que sus victorias no habian aumentado el número de sus partidarios: los jacobitas eran un partido arruinado; los torys se habian reunido á la casa de Hannover; aun en Escocia la civilizacion habia hecho desaparecer el carácter nacional, y los *piibrochs* de los Gaels resonaron en vano en las ciudades, y á duras penas pudieron sacar de sus montañas á seis ó siete mil *highlanders*. Por otra parte, no pudiendo el jóven príncipe ocultar que él habia conservado las opiniones religiosas y políticas de sus padres, avivábanse todos los temores del papismo, del absolutismo y de la influencia francesa. El gobierno salió del estupor en que le habia puesto este ataque imprevisto; obtuvo del parlamento cuarenta mil marineros, sesenta mil soldados y ciento sesenta y ocho millones de subsidio; llamó á sus tropas del continente, cubrió el

mar de buques, é interceptó todos los socorros que venian de Francia; finalmente puso precio á la cabeza de Carlos Eduardo, é hizo marchar contra él tres cuerpos de ejército que debian cercarle. Entonces el príncipe retrocedió, entró en Escocia, y derrotó todavía á una division inglesa en Falkirk (21 de enero de 1746); pero al fin, alcanzado por el duque de Cumberland en Culloden, fué completamente derrotado (27 de abril). Sus partidarios fueron perseguidos con una atrocidad horrible: los prisioneros fueron degollados, corrióse en busca de los rebeldes, trescientos jefes de montañeses parecieron en el cadalso; castillos y chozas fueron destruidas indistintamente, y aclimatáronse por fuerza en las *tierras altas* las leyes, la lengua y la raza inglesa. Entonces acabó la independencia de esos restos de la gran familia gálica que desde tiempo inmemorial, y á través de todas las revoluciones, habian conservado su traje, su idioma y sus costumbres. En cuanto á Carlos Eduardo, perseguido como una fiera, anduvo errante por espacio de cinco meses por los lugares mas desiertos; y despues de algunas aventuras casi increíbles, fué recogido por un buque francés. Este fué el último esfuerzo que aventuraron los Estuardos para volver á subir al trono, y esta desgraciada familia permaneció despues en la oscuridad del destierro.

§. XIII.—*Conquista de los Países Bajos.—Batalla de Raucoux.—Batalla de Plasencia.—Invasión de la Provenza.—Combate de Eaviles.*—Entretanto el mariscal de Sajonia perseguia á los enemigos, que no habian vuelto aun del terror que les causó la batalla de Fontenoy; y tomó á Bruselas, Amberes, Mons, Charleroy y Namur con sus guarniciones. Toda la Bélgica estaba conquistada; la Francia encontrábase otra vez en sus dias de gloria y el ejército estaba lleno de ardor y de inteligencia. Entonces los holandeses, temiendo por sus fronteras, pidieron socorros al Austria, que envió al príncipe de Lorena con cincuenta mil hombres al Mosa. Empeñóse una batalla en Raucoux (11 de octubre), en el camino de Saint-Tron, en Lieja, y los austriacos quedaron vencidos con pérdida de diez mil hombres; pero esta victoria no produjo resultados importantes. El enemigo recibió refuerzos, y Mauricio vióse obligado á enviar un destacamento á Bretaña para rechazar la invasión de los ingleses.

Estas victorias en los Países Bajos fueron compensadas con derrotas en Italia, á donde, por la paz de Dresde, María Teresa habia podido enviar treinta mil hombres á las órdenes de Lichtenstein. Don Felipe, Maillebois y Gages no andaban acordes; la indisciplina y las enfermedades habian disminuido en la mitad sus ejércitos, y un fuerte destacamento habia sido derrotado. Al acercarse Lichtenstein, Maillebois propuso retroceder hácia Génova para rehacerse allí y tomar luego la ofensiva; pero el consejo de España se opuso, y se le obligó con veinte mil hombres á presentar la batalla á cuarenta y cinco mil austriacos cerca de Plasencia. Los franco-españoles fueron completamente derrotados (16 de junio de 1746), y entre muertos y prisioneros perdieron doce mil hombres; el resto del ejército hubiérase visto obligado á dirigirse hácia los piemonteses que les atajaban el camino de Tortona, á no ser por el valor del jóven Maillebois que abrió paso con un glorioso combate. Llegaron sin obstáculo á los Apeninos; pero el desaliento y la miseria de este ejército, reducido á doce mil hombres, eran tales, que ni se atrevió á encerrarse en Génova, que aunque bloqueada por los ingleses, le permitia aguardar con toda seguridad nuevos refuerzos. Retiróse desordenadamente á la otra parte del Var, y Génova, llena de terror y olvidándose de que, por decirlo así, era inexpugnable, abrió sus puertas á los vencedores (8 de setiembre).

Cuarenta mil austriacos invadieron la Provenza, saquearon á Vence y Grasse, sitiaron á Antibes, y devastaron todo el país hasta la Durance, en tanto que los ingleses bloqueaban á Marsella y á Tolon. Corrió Belle-Isle sin dinero, sin soldados ni víveres, y dió pruebas de un talento singular, rehabilitando en pocos dias un pequeño ejército con el cual provocó al enemigo, hízole levantar el sitio de Antiles, y de puesto en puesto le rechazó al Var.

Sus vencedores habian tratado á Génova con la tiranía mas brutal, imponiéndole el pago de 50 millones, saqueando su banco y asolando sus palacios. En tanto que la nobleza degenerada se inclinaba bajo la vara austriaca, el pueblo se sublevó (5 de diciembre) sin tener armas, contra doce mil extranjeros dueños de sus murallas y de sus cañones; luchó contra ellos por espacio de tres dias, mató á cuatro mil, y arrojó á los demás persiguiendo-

les hasta Gavi. Al saber esta novedad los austriacos, que estaban en la Provenza, retrocedieron, bloquearon á Génova en union con los ingleses, y resolvieron vengarse ejemplarmente. Los genoveses se defendieron con heroismo. A pesar de la escuadra inglesa, pudo la Francia enviarle cinco mil hombres con el duque de Boufflers. Belle-Isle conquistó el condado de Niza y amenazó al Piamonte: pero entonces levantóse el bloqueo de Génova.

Sin embargo, los austriacos quedaron dueños de los Apeninos: pero habiendo recibido refuerzos el ejército de Belle-Isle, resolvieron obligarles á volver hácia el Piamonte, salvando los Alpes por el desfiladero de Exiles. El hermano del mariscal de Belle-Isle, encargado de esta operacion, arrojóse locamente en las inexpugnables trincheras, cuyo desfiladero estaba erizado de enemigos, y allí sacrificó en vano su vida y las de cuatro mil hombres (19 de junio de 1747). Este fué el último combate de los franceses en Italia, donde no debian ya reaparecer hasta el año 1792.

§. XIV.—*Revoluciones en Holanda.—Batalla de Lawfeld.—Tratado de Aquisgran.*—Durante esta época, Luis XV, victorioso en los Países Bajos, no cesaba de ofrecer la paz, y propuso á los holandeses, con quienes no tenia directamente guerra, que se constituyesen mediadores. Un pueblo enteramente comercial, que no contaba con buenos generales ni soldados, y que tenia sus mejores tropas prisioneras de guerra en Francia, en número de treinta y cinco mil hombres, parecia no tener otro interés que el de la paz. La Holanda tampoco era potencia marítima, y sus almirantazgos no podian entonces echar á la mar veinte buques de guerra. Los republicanos conocian que si la guerra fraccionaba sus provincias, se verian precisados á poner un statuder al frente de su gobierno, é insistian por consiguiente en conservar la neutralidad. Prevalcieron el partido inglés y la preocupacion general. La irrupcion de Luis XIV estaba grabada todavía en los corazones, y no era posible concebir la moderacion de Luis XV, ni creerla sincera (1); así que sus proposiciones fueron rechazadas. Entonces declaróse la guerra á los holandeses, y los franceses invadieron el Brabante septentrional. Al punto estalló una revolucion, parodia de la de 1672, y fué proclamado statuder

(1) Siglo de Luis XV, c. 23.

Guillermo IV, príncipe de Orange de la línea de Nassau-Diest, pariente lejano de Guillermo III. La dignidad de statuder fué declarada hereditaria sin excluir á las mujeres, y las Provincias Unidas fueron realmente una monarquía sometida mas que nunca á la Inglaterra. Entonces estas dos potencias excitaron á toda la Europa contra «el vecino ambicioso y pérfido que les amenazaba;» y concluyeron un tratado con la corte de Rusia, que envió treinta y cinco mil hombres en su socorro. Sin embargo, Mauricio no cesaba de decir que la paz estaba en Maestricht, y el único objeto de todos sus movimientos era el poner sitio á esta plaza; pero el duque de Cumberland, atrincherado fuertemente en la posición de Lawfeld, la protegía con un ejército superior en número. El mariscal le atacó, y después de una batalla sangrienta le obligó á evacuar su posición (2 de julio de 1747). Con todo no pudo cambiar su retirada en derrota, ni impedirle rehacerse junto á Maestricht. Entonces volvió sus fuerzas contra Berg-op-Zoom, obra maestra de Coeborn, y que podía ser socorrida por los buques ingleses. Después de dos meses y medio de sitio, esta plaza fué asaltada con un valor extraordinario.

En fin, al año siguiente, el mariscal de Sajonia, engañando á los enemigos por medio de hábiles estrategias, atacó á Maestricht con ochenta mil hombres (13 de abril de 1748); y como ya lo había previsto, los aliados pidieron la paz. Abriéronse negociaciones en Aquisgran (18 de octubre), y terminaron con un tratado digno de una guerra hecha, por decirlo así, sin objeto ni resultados, guerra en que la Francia, un día auxiliar de Carlos VII y después enemiga de la Inglaterra, se encontraba al fin en manos de la Holanda. Todos esperaban que Luis XV, dueño como era de los Países-Bajos, de dos provincias holandesas, de la Saboya y de Niza, que conservaba intactas sus fronteras y que podía gloriarse de numerosas victorias, pediría alguna parte de los Países Bajos en indemnización de los gastos de guerra, y los aliados parecían decididos á hacer semejante sacrificio; pero con gran sorpresa de todos declaró que quería tratar no como mercader sino como rey; y con estas expresiones absurdas, con las que ocultaba sus deseos de terminar pronto una guerra que le absorbía el dinero que necesitaba para sus placeres, no pidió nada por precio de sus victorias, nada por quinientos mil hom-

bres sacrificados, por la marina arruinada, ni por 1,200 millones añadidos á la deuda nacional. Reintegró á los aliados en sus posesiones, pero restituyó tambien todas sus conquistas; obligóse á no restablecer á Dunquerque, á expulsar de su reino á Carlos Eduardo, á apoyar la sucesion de Inglaterra en la línea protestante, y á reconocer la *pragmática sancion*. La única ventaja que los Borbones sacaron de esta guerra sangrienta y costosa fué la cesion de los ducados de Parma y de Plasencia en favor del infante Felipe: ¡mezquina recompensa de tantos esfuerzos! Es verdad que la Inglaterra parecia ganar menos todavía, porque despues de una guerra que elevaba su deuda á la cifra de dos mil millones, devolvía todo lo que habia tomado; pero habia restaurado la casa de Austria, su antigua aliada, ó mejor, su instrumento de guerra eterna contra la Francia; habia arruinado dos marinas, la de Francia y la de España, y el marino inglés podia, á ejemplo de William Pitt, saludar al Océano con el nombre de *británico*.

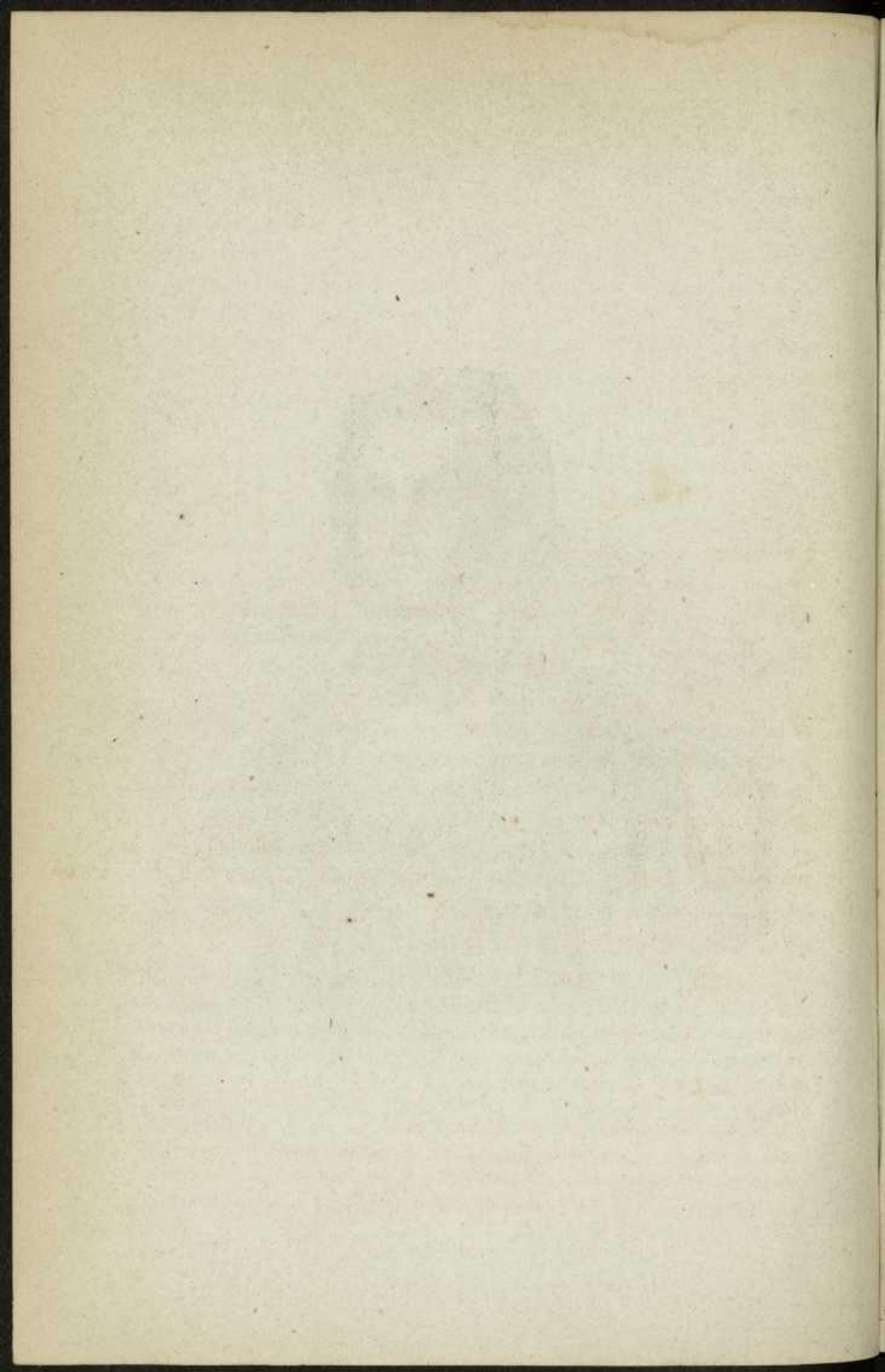
CAPÍTULO III.

Progreso de la filosofía.—Madama de Pompadour.—Guerra de los siete años. (1748—1763.)

§. I.—*Madama de Pompadour*.—*El parque de los ciervos*.—Cuatro años antes de la paz de Aquisgran, habia muerto la duquesa de Chateauroux dejando una reputacion de favorita desinteresada; y al punto se disputaron veinte rivales el deshonor de sucederla, pues «parecia que el empleo de dama del rey exigia alcurnia é ilustracion. Los hombres ambicionaban el honor de presentarle una, y si podia ser, parienta suya; las mujeres, el de ser escogidas (1).» Con grande indignacion de las duquesas, la preferida fué una mujer del pueblo, hija de Poison, carnicero de París, casada con el capitalista Lenormand de Etoile; bella, dotada de talento y de vanidad, habia recibido una brillante educacion, y preparada así por su familia para desempeñar el papel de dama

(1) Duclós, tom. II, pág. 431.





real, fué presentada á la corte por el hombre que resume en sí la detestable corrupcion y el egoismo feroz de los cortesanos de esta época, el duque de Richelieu. Nombrada por Luis XV marquesa de Pompadour y dama de la reina, conoció hábilmente el carácter de su real amante, y fijóse al punto en la idea de ser «no solo una dama de diversion, sino tambien un personaje de estado.» Siguió al rey en el ejército; intervino en todos los negocios, obligó á los generales, á los secretarios de estado y á los embajadores á contar con ella; y en fin ella firmó la paz para «no correr mas por los campos» y gobernar al rey á su gusto. Desde entonces fué abiertamente y continuó por espacio de quince años siendo una especie de primer ministro (1).

La reina, mujer de angelical piedad, vivia desconocida y resignada; el delfin, virtuoso, devoto y amigo de los jesuitas, permanecia retirado de los negocios, abandonado de los cortesanos, y temeroso del rey que veia en él un ambicioso. El duque de Borbon, el duque de Maine y el conde de Tolosa habian muerto, y sus hijos vivian desconocidos. Tenia pues Madama de Pompadour el campo libre; y sedujo á la corte con fiestas y prodigalidades; á los literatos, y en especial á Voltaire, con pensiones, con distinciones y con su aficion á las artes; y finalmente al público con un aire de grandeza y de talento, con una afectada beneficencia y con un charlatanismo filosófico. Luis XV fué dichoso: encerrado en sus reducidas habitaciones de Versalles con su dama y algunos cortesanos escogidos, vivia sumido en la molicie é indolencia, apartado de las pompas de la monarquía y del despacho de los negocios, y dejando á la marquesa disipar el tesoro en los placeres, escoger los ministros, recibir á los embajadores, dirigir las negociaciones y aun las operaciones militares (2),

(1) Los ministros eran: Lamoignon de Blancmesnil, que sucedió á Aguesseau en 1749, canceller; Machault, que sucedió á Orry en 1745, ministro de hacienda; Rouille, que sucedió á Maurepas en 1749, ministro de marina; y el conde de Argenson, ministro de la guerra.—(2) Sin embargo Luis XV se reservó un registro muy minucioso y detallado de los negocios exteriores por medio de su correspondencia secreta con los embajadores, correspondencia de que estuvo primero encargado el príncipe de Conti, y luego el conde de Broglie: «Lo que apenas es creible de una corte indiscreta y curiosa, donde los jóvenes y las mujeres tienen tanta aptitud é influencia y se enteran de todos los antecedentes, donde casi nunca se ha conservado el secreto de los mayores negocios del estado, lo que casi es increíble, digo, son

como veremos despues. La astuta cortesana no esperó á que el licencioso monarca llegase á cansarse de su belleza, ofreció á su lubricidad mujeres oscuras que no podian rivalizar con ella; resignóse fácilmente á ser la inspectora de sus placeres; y en una casa que la llamaba el Parque de los Ciervos (1753), arregló un serrallo de beldades siempre nuevas, de jóvenes robadas á sus padres, de mujeres vendidas por sus familias, y aun de niñas de diez años, que nunca salian de allí, sino deshonoradas ya, prematuramente pervertidas y arrojadas á la prostitucion pública: establecimiento del que la historia no presenta otro ejemplo, y que en menos de quince años disipó la enorme suma de 100 millones.

§. II.—*Progreso de la filosofía.*—*Escuela política de Montesquieu; escuela económica de Quesnay; escuela materialista de la Enciclopedia.*—Un gobierno sumido en semejantes excesos de infamia era enteramente favorable al progreso de la disolucion social: así es que los ataques contra la religion tomaban tambien un carácter mas alarmante. Es verdad que Voltaire simpatizaba con el régimen de las prostitutas; amigo de la Pompadour y de Richelieu habia ascendido á gentil hombre ordinario del rey, á cronista y á académico; lisonjeaba á Luis XV, á su dama y á sus ministros, y procuraba conquistar el favor del poder para su filosofía; pero continuaba convirtiendo su teatro en un instrumento de propaganda y de agresion contra la sociedad; vertia sus ideas relativas á las cuestiones de economía política, de hacienda y de felicidad social; y finalmente si ese Satan destructor no intentaba demoler el edificio político, minaba cuando menos sus fundamentos con sus ataques contra la edad media, contra el

estas correspondencias confiadas á treinta y dos personas, y que se conservaron en secreto por espacio de mas de veinte años. Hasta los últimos meses de este reinado no fueron conocidas de los varios ministros que gobernaron el reino con una autoridad ilimitada, y con la confianza del príncipe, en quien debian creer sin reserva. (Flissan. Historia de la diplomacia francesa, t. I, p. 293.) La correspondencia secreta de Luis XV prueba, que este príncipe tenia, como por instinto real y por tradicion de familia, el sentimiento de la grandeza nacional: dicha correspondencia rebosa en sensatez, dignidad y lealtad. No es posible leerla sin lamentarse de que este notable político se volviese inútil y estéril por falta de voluntad, y de que sus profundos conocimientos de los intereses y del porvenir de la Francia se perdiesen entre los excesos del Parque de los ciervos.

cristianismo y aun contra la moral universal. En lo mas vigoroso de la edad y del talento, en esa época de la vida en que la honestidad tiene tantos encantos, se recreaba en escribir los *Elementos de Newton*, *Alzira* y la *Historia de Carlos XII*, para manchar una de las páginas mas puras y heroicas de la historia de nuestra patria que detestaba, el martirio de Juana de Arc; y para mengua de su siglo este sacrilegio era recibido con generales aplausos. Pero Voltaire, con su deismo epicúreo y falto de ideas políticas, no bastaba al ardor de progreso y de destruccion que caracterizaba su época; y aunque fuese el rey absoluto y reconocido de la literatura y de la filosofía, se habia quedado muy atrás de las tres escuelas nacidas de él ó mejor del espíritu del siglo; la escuela política de Montesquieu, la escuela económica de Quesnay y la escuela materialista de la *Enciclopedia*.

A excepcion de los desvaríos del abate de Saint-Pierre, de las *Consideraciones sobre el gobierno* del marqués de Argenson, y de las entusiastas apologías de Mably relativas al estado social de los antiguos, ninguno de los filósofos reformados habia formulado todavia una idea precisa de regeneracion política, ni una teoría de gobierno, cuando apareció el *Espíritu de las leyes* (1748): de ahí es que esta primera obra dogmática sobre las instituciones fué acogida con entusiasmo, aunque debia parecer bastante moderada ante los dislates irreligiosos de la filosofía. En efecto, Montesquieu, esquivando tomar el tono de un reformador, alababa la religion presentándola como sosten del sistema social; explicaba sucintamente los resortes de la monarquía francesa, pero sin entrar en los detalles de la administracion; no sondeaba el abismo de corrupcion y de arbitrariedad que se encuentra así en las leyes como en los hombres; no se pronunciaba técnicamente en pro ó en contra de los estados generales; declaraba vagamente que la esencia de la constitucion consistia en tener «poderes subordinados y dependientes;» y decia enfáticamente que deseaba que todos encontrasen en su libro «nuevas razones para amar á su patria y al gobierno bajo el cual vivian.» Pero no vacilaba en extender la vista por fuera, en descorrer el velo que ocultaba el estado político de los demás pueblos, y en alabar las instituciones de Inglaterra. Anatematizando los estados despóticos, ocultando los vicios de esas monarquías absolutas que solo tienen

el honor por principio general de gobierno, presentaba como modelo el país donde existe la división de los poderes, el sistema representativo, y la concordia entre la monarquía, la aristocracia y el pueblo: inmenso campo de reflexiones para la nación, cuya peor desgracia era la falta de instituciones libres, mas por esto no debía intimidar al gobierno, porque Montesquieu no hablaba de igualdad, y amigo de los parlamentos y de la nobleza á la vez, no reñía completamente con el pasado. Por otra parte, este exámen de las instituciones políticas de todos los pueblos estaba mezclado con la demanda de innovaciones que la misma monarquía absoluta podia admitir, tales como la reforma de la jurisprudencia, la atenuación de las leyes criminales, y el respeto á la vida del hombre. Así es que no hubo gobierno, que no se gloriasse de profesar los principios del *Espíritu de las leyes*, ningun hombre de estado que no quisiese pasar por discípulo del legislador de las naciones. «El género humano habia perdido sus títulos, dice Voltaire; Montesquieu los ha encontrado y se los ha devuelto (1).»

Con las ideas de reforma propagadas por todas partes, y con un estado rentístico desacorde con todas las necesidades, la ciencia de la riqueza social, cuyo camino habia abierto Vauban, habia sido explorada por espíritus menos aventureros y mas prácticos que los filósofos, pero llenos aun de hipótesis y errores. Tal fué el médico Quesnay, que fué el primero en reducir en un cuerpo de doctrina la economía política. Consideró la tierra como el único origen de las riquezas, y segun las ideas de Sully, presentó la agricultura como la verdadera industria de Francia; combatió el sistema mercantil con sus primas y prohibiciones; pidió la libertad de comercio, y sobre todo del comercio de granos, con la supresion del feudo y la abolicion de las aduanas provinciales; quiso reducir todos los impuestos á uno solo, el impuesto territorial, y se mostró adversario de las artes industriales, los bancos y el lujo preconizados por Voltaire. Al propio tiempo Vicente

(1) «El *Espíritu de las leyes* produjo una revolucion completa en el espíritu de la nación. Los mejores talentos de este país se dedican desde siete ú ocho años á esta parte á objetos importantes y útiles. Los negocios de gobierno son cada día mas objeto de filosofia y de discusion.» (Correspondencia de Grimm, 15 de agosto de 1756).

de Gournay, intendente del comercio, cifraba la riqueza en el trabajo manufacturero, exigía, como condicion de su desarrollo, una libertad absoluta y emitía la célebre máxima: «Dejad hacer, dejad pasar.» La escuela económica, aunque no metió tanto ruido, ni alcanzó tanta popularidad como otras escuelas filosóficas, no dejó sin embargo de contribuir al trastorno de la sociedad, desacreditando una administracion sustentada todavía por las ideas de Colbert, cuyo sistema rentístico acababa de fracasar, y que dirigía entonces todas sus miras hácia una fortuna comercial semejante á la de Inglaterra: hizo adoptar al poder parte de sus ideas, y obtuvo el célebre edicto de 1754 que declaraba libre el comercio de granos, y el de 1755 que permitía á la nobleza comerciar al por mayor sin rebajarse (1).

La filosofía de Locke se adaptaba tan perfectamente á este siglo de análisis, que aun los espíritus mas opuestos á ella acabaron por adoptarla; así es que Condillac la habia desarrollado con moderacion y buena fé sin sospechar siquiera sus consecuencias, en tanto que Helvecio la reducía á su última expresion en su insulso y absurdo libro *del Espiritu* (1758), en el que, segun se decía, revelaba el secreto de todo el mundo con estas singulares palabras: «El dolor y el placer son los únicos motores del mundo moral, y el sentimiento de la estimacion propia es la única base donde pueden abrirse los cimientos de una moral útil.» Al propio tiempo, otros sectarios de la filosofía de la sensacion, desentendiéndose del insignificante deísmo de Voltaire, negaban redondamente lo que no está al alcance de los sentidos, lo que no puede someterse á una prueba experimental ó demostracion matemática, lo que es puramente ideal y de sentimiento, y en fin la existencia del alma y de la divinidad. Sin embargo, esos filósofos materialistas, que en su mayor parte desmentían con sus virtudes privadas su detestable lógica, hermanaban sus dogmas de la nada con un dogma contradictorio, pero fecundo, el de la perfectibilidad humana, desconocido por la filosofía del egoísmo; y convencidos de sus tristes doctrinas, y fanáticamente ce-

(2) «Desde entonces se ha visto á un conde de Lauragais tener fábricas de porcelana, á un conde de Herouville tomar la empresa del desagüe de las lagunas; á un conde de Maillebois la del desmonte de bosques; á un duque de Choiseul la de manufacturas de cascós etc.

losos de las mismas, las propagaban impulsados por un sincero amor á la humanidad. Esta idea del progreso fué tambien la que inspiró á los jefes de esta escuela, Diderot y Alembert, el plan del *Diccionario enciclopédico* (1751) repertorio de todos los conocimientos humanos, que debia ser una máquina de guerra contra la religion, pero que en realidad no fué sino una torre de Babel, donde amontonaron material los espíritus mas contradictorios.

§. III.—*Situacion del trono, del clero y de la nobleza.*—Ante esa vasta demolicion social principiada por tantos genios diferentes, ¿qué hacian la aristocracia, el clero y el trono, esos tres poderes que sucesivamente habian estado en posesion de la Francia presidiendo sus destinos y acelerando sus progresos?

El trono se veia embarazado con el excesivo poder que le habia legado Luis XIV; no se atrevia á gobernar despóticamente, pero dejaba cundir la mas inicua arbitrariedad en la administracion, en la policia y aun en la industria; vacilaba entre antiguas costumbres y poderosas novedades, entre las tradiciones del gran siglo y la independenciamiento que en todas partes se daba á conocer. Luis XV, conservando su exterior devoto y sus ideas supersticiosas sin renunciar á sus orgías, columbraba en Voltaire al enemigo de la sociedad á pesar de sus lisonjas; detestaba á los filósofos, y daba pruebas incontestables de la repugnancia con que acogia todas las innovaciones; pero previendo un cataclismo, cerraba los ojos, sumfase de nuevo en sus deleites, y dícese que se consolaba repitiendo estas palabras increíbles: *Despues de nosotros el diluvio!* Por otra parte, veíase rodeado de una dama que protegía á literatos, de cortesanos imbuidos en las ideas volterianas, y de ministros que consideraban al espíritu filosófico como un progreso inofensivo. Así es que el gobierno hacia á la incredulidad una oposicion débil y poco uniforme; si la castigaba hacfalo en silencio y ocultamente; si suspendia la publicacion de la *Enciclopedia*, si ponía preso á Diderot en la Bastilla, si obligaba á Voltaire á desterrarse, dictaba semejantes providencias sin energíam y aun con sentimiento, providencias que no alcanzaban mas allá de su ejecucion literal. Protegía á los jesuitas, pero cedía á la influencia filosófica prohibiendo establecer casas religiosas sin autorizacion real,

quitando al clero, por el edicto de *manos muertas* (1749) la facultad de adquirir nuevos bienes, y proyectando sustituir á su donativo voluntario un impuesto fijo y permanente sobre sus tierras. Aparentaba no hacer el menor caso de la opinion pública, y se dejaba vigilar, gobernar y seducir por ella. Así es que creaba una nobleza militar para los plebeyos que llegasen á obtener el grado de oficial general, ó que siendo solo capitanes, hubiesen tenido igual grado su padre y su abuelo. Poco se cuidaba por otra parte de prevenir la reforma exigida generalmente; aumentaba los impuestos, suprimia sin resistencia los privilegios de las provincias, dejaba en pié todos los abusos, no levantaba establecimiento alguno que perpetuase su nombre, y la escuela militar, única fundacion que se atribuye á dicha época, débese exclusivamente al conde de Argenson (1751), sin embargo de que esta obra fué mas fastuosa que útil.

Algunos señores, viéndose gobernados por Voltaire, Montesquieu y Diderot, empezaban á inquietarse contemplando á esos plebeyos revolucionados, como dice el duque de Richelieu, que pedian la reforma: «Nos temen, decia Duclós, como los ladrones á la luz.» Pero por punto general, la nobleza y en especial la de la corte, léjos de creer amenazados sus privilegios por las ideas filosóficas, las adoptaba ciegamente, las propagaba, hacíase amiga de los mas audaces incrédulos, y tenia á honra el protegerlos: es verdad qué, segun ella, solo lo hacia impulsada por sus sentimientos filantrópicos y por su aficion al progreso; pero el objeto real no era otro que el de granjearse reputacion de hombres de talento, y porque las ideas volterianas favorecian sus costumbres licenciosas y la codicia con que miraba toda su clase los bienes del clero. Ponderando su odio contra las preocupaciones queria conservar sus mas odiosos privilegios, sus derechos añejos y sus ridiculas distinciones; la nobleza disponia casi exclusivamente de las iniquidades del orden social, de las órdenes reservadas y de las cárceles; merced á una policia corrompida, reproducia en menor escala las infamias del monarca; conservaba sus vicios, su orgullo, su fatuidad, y habia perdido hasta el valor militar.

«El clero, frívolo é intolerante, queriendo detener las ideas del siglo, dejándose arrastrar con demasiada frecuencia por sus cos-

tumbres, é invocando contra el escepticismo los desacreditados rigores de un poder corrompido, en lugar de luchar con las armas de la ciencia y del talento, el clero, digo, y en especial el alto clero, permanecía débil y atrasado en todas partes entre el gran movimiento de los espíritus (1).» Nadie respondía á los absurdos, á los sarcasmos y á la falsa erudicion de Voltaire; solo alguna vez tenia valor para publicar alguna reprension indiscreta, ó alguna débil apología; mucho mas se cuidaba de defender sus riquezas que de confesar á su Dios crucificado; y no sabiendo conducir al espíritu humano, lo temia y respetaba sin atreverse á detenerlo. En el púlpito no se predicaban los dogmas y la moral evangélica; los predicadores sagrados trataban de captarse la indulgencia del público con una complacencia mundana, y sustituyendo la moral vulgar á la fe, la justicia social á la caridad, y los derechos del pueblo á la ley de Dios, se ocupaban en predicar el amor al orden, la afabilidad y la dulzura. El filosofismo habia llegado hasta la silla de san Pedro: Benedicto XIV aceptaba la irónica dedicatoria del *Mahomet* de Voltaire; protegía á los protestantes, y tenia correspondencia con Federico. El santuario parecia abandonado.

§. IV.—*Situacion del pueblo.*—En presencia de este monarca inerte y degradado, de esta nobleza viciosa é impelida hácia la descomposicion social, y de ese clero falto de virtud, de celo y de ciencia, ¿qué papel representaba esta parte de la nacion, que por sí sola formaba ya la nacion entera, y sobre la que gravitaban todas las ilegalidades sociales?

La plebe de las poblaciones y de los campos era ignorante, brutal y mas miserable, bajo cierto punto de vista, de lo que lo habia sido en la edad media (2). La industria estaba oprimida por las corporaciones, los gremios, los jurados y por la legislacion de Colbert que habia llegado á ser un arsenal de tiranías; la agricultura no podia sobrellevar la carga de los censos feudales, del diezmo, y de un sinnúmero de privilegios absurdos. Obreros y aldeanos habian conservado su fe religiosa porque solo se rozaban con la porcion pobre y evangélica del clero; odiaban á los

(1) Villemain, Cuadro del siglo décimooctavo, t. II, p. 208.—(2) «No hay aldeanos ni aldeanas mas miserables que los de Francia; he aquí la verdad y el defecto mayor de nuestro gobierno.» (Correspondencia de Grimm, 15 de abril de 1757).

señores porque encontraban en ellos sus inmediatos é incesantes tiranos; no profesaban amor alguno al gobierno, porque no veían sino colectores inexorables, una policía despótica, una corte brillante y corrompida, y un rey vicioso que, según se decía, tomaba baños de sangre humana para reanimar sus embotados sentidos: vago rumor que produjo en París sangrientos motines! Las ideas filosóficas no habían penetrado entre el pueblo rudo; mas por esto no dejaba de tener el instinto y el deseo de una renovación social que para él se reducía á la abolición de todos los privilegios.

La clase media nunca había sido tan activa, tan rica é ilustrada: ella sola formaba la opinión pública y era la fuerza del estado. Igualaba á la nobleza en fortuna y en valor, sobrepujaba al clero en instrucción; y tenía mas fondo de virtud social que el gobierno; pero no podía aspirar á los primeros grados del ejército, ni á las dignidades eclesiásticas, ni á los primeros empleos de la administración; casi sobre ella exclusivamente gravitaban los impuestos; y ella era la que mas tenía que sufrir las tiranías ministeriales, las venganzas de los cortesanos y las iniquidades de la policía. Así es que la clase media estaba llena de ardor por las ideas filosóficas, de confianza en sí misma y de fe en el porvenir. Viendo á las eminencias sociales adormecidas en el oprobio y haciendo vergonzoso alarde de sus vicios y viendo que todos los poderes la miraban con mayor desden á proporcion que aumentaban sus fuerzas y deseos, comenzaba á pensar que le correspondía gobernarse por sí sola, y ya trataba de reclamar á la vez la libertad contra la corona, la igualdad contra la aristocracia, y los derechos de la inteligencia humana contra el clero (1).

Al propio tiempo que se levantaba contra los poderes sociales un enemigo que había sido sucesivamente su protegido y aliado, había cesado la lucha entre esos poderes, luchá á que se reduce, por decirlo así, toda nuestra historia: tal era la consecuencia precisa de su decadencia comun. La aristocracia y el clero arrodillándose al pié del trono, le protegían con la espada y el incensario para que defendiese sus privilegios. Entre estos tres

(1) Guizot, Prefacio de la Historia de la revolucion de Inglaterra.

enemigos reconciliados habia entonces una alianza íntima y sólida con el fin de conservar por todos los medios posibles lo justo y lo injusto: alianza imprudente, á lo menos por parte del clero y del trono, á quienes no deseaba el pueblo arruinar, sino verlos convertidos; alianza imprudente, digo, que debia envolverlos á todos en la destruccion comun.

En el estado en que se encontraban las ideas hácia la mitad del siglo décimoctavo, parecia que muy pronto debia estallar la guerra entre el pueblo y los poderes; pero el pueblo no habia concentrado aun todas sus fuerzas y odios, ni los poderes habian colmado la medida de sus iniquidades. Vamos á ver al clero acelerando su decadencia con miserables disputas tras las cuales debian desaparecer los dos partidos que causaban division en la sociedad, los jesuitas y los parlamentos: vamos á ver á la nobleza y al trono perder en la vergonzosa guerra de los siete años todos sus derechos al amor nacional.

§. V.—*Consecuencias y fin de las disputas promovidas por la bula Unigenitus.—Atentado de Damiens.*—El clero no tenia valor para hacer frente á los filósofos, y se atrevia á luchar contra otros enemigos que miraba como aliados de aquellos: tales eran los jansenistas, que vejetaban en el silencio sin mas sectarios que los parlamentos. Atribuia á este partido el proyecto de cargar contribuciones sobre sus bienes: y no se engañaba, pues el autor de este proyecto era el ministro Machault amigo de los jansenistas: però empleó tantas intrigas, que obligó al gobierno á abandonar este proyecto, «que no se podia ejecutar, decia el clero, sin envilecerle, reduciéndole á la condicion de los demás súbditos del rey;» y alcanzó hacer salir á Machault del ministerio de hacienda para pasar al de marina. Luego sin echar de ver las armas que acababa de ofrecer á sus enemigos, emprendió sus ataques contra el jansenismo, esperando que la caída de esta secta, restableciendo la unidad de la Iglesia, arrastraria consigo la destruccion de la filosofía.

Por órden de su arzobispo, los párrocos de París se negaron á administrar los sacramentos á los moribundos que no presentasen un billete de confesion firmado por un sacerdote molinista (1752). El parlamento intervino con violencia; mandó prender á un párroco, declaró que la bula no era un artículo de fe, y pro-

hibió que se negasen los sacramentos. El consejo del rey rasgó el decreto del parlamento, y exhortó al clero, suplicándole que se portase con moderacion. Los curas continuaron negándose á administrar los sacramentos; los magistrados valiéndose de su autoridad hicieron comulgar á los enfermos rodeando sus camas de bayonetas; sin embargo, nada se alcanzó con todo esto. Se mejante escándalo en una sociedad escéptica y epicúrea produjo turbulencias que presentaban una triste mezcolanza de fanatismo, de impiedad, de furor y ridiculez. Era una miserable anarquía que causaba la disolucion de todos los elementos del cuerpo social; la corte titubeaba entre uno y otro partido; los ministros eran tambien de diferente opinion; Argenson y Machault hacíanse cruda guerra con el clero y con el parlamento. Los jesuitas y los magistrados manifestaban igual violencia, igual obstinacion y ceguedad en una lucha en que ambos partidos jugaban con el sacramento fundamental del catolicismo. Al fin el parlamento se apoderó de las rentas del arzobispo de París, reclamó fuertemente contra el despotismo ministerial, y declaró que continuaría reunido hasta que se hubiese hecho justicia á sus reclamaciones. Pero fué desterrado en masa, y para administrar justicia se creó (mayo de 1753) una cámara provisional que se estrelló contra la opinion pública. El rey, que con tantas disputas no podia entregarse plenamente á sus sensualidades, se cansó de tanto cuestionar, reunió el parlamento é impuso un silencio general sobre las cuestiones religiosas.

El clero comenzó de nuevo la disputa. Entonces la corte se declaró á favor de los magistrados y desterró al arzobispo de París; pero el parlamento no supo ser moderado en su victoria: condenó un breve del papa Benedicto XIV, en el que no habia la menor acritud, como que iba dirigido exclusivamente á terminar la disputa; atacó sin embargo la bula declarada ley del estado; quiso confederarse con los demás parlamentos, se negó á registrar los impuestos, y aspiró á convertirse en estados generales. El rey, excitado por el clero, se decidió á dar un golpe de estado: celebró un consejo de justicia (13 de diciembre de 1756), y prohibió al parlamento prescribir la administracion de los sacramentos, interrumpir el curso de la justicia, reunir asambleas generales, y suspender el registro de los edictos; supri-

mió las cámaras de las *informaciones*, varió la organizacion de las demás, y declaró que castigaria indistintamente á cualquiera que se atreviese á faltar á su deber. Ciento cincuenta y cinco miembros del parlamento presentaron su dimision.

La noticia de este golpe de estado fué recibida con murmullos en todo París, que parecia sombrío, amenazador y pronto á sublevarse, si los magistrados hubiesen pronunciado una sola palabra. Aunque los parlamentos no fuesen mas que una rueda de la sociedad, tan gastada como las otras, aunque no abrigasen sino preocupaciones y egoismo, como ellos eran la única resistencia donde podia estrellarse el poder, eran considerados como los principales baluartes de las libertades públicas, y su desgracia fué mirada como una calamidad. Ya no se hablaba del rey sino con execracion; atribuíanle todas las desgracias de la Francia; y echábanle en cara sus excesos, haciéndole cargos por los tesoros que derrochaba y por la nueva guerra que habia comenzado entonces.

Durante esta efervescencia general, un miserable idiota, llamado Damiens, hirió levemente á Luis XV con un cortaplumas: «solo queria advertirle que prohibiese la administracion de los sacramentos,» dijo el delincuente (5 de enero de 1757). Este atentado conmovió á ambos partidos y preparó una conciliacion (1.º de setiembre). Restablecióse el parlamento; tomáronse providencias para que no se privara á nadie de los sacramentos; Machault y Argenson perdieron su favor, y las turbulencias promovidas por la bula *Unigenitus* cesaron para siempre. Pero no pasaron siete años sin que la órden de los jesuitas sucumbiese definitivamente á los golpes de los parlamentos, así como siete años despues sucumbieron á su vez los parlamentos.

§. VI.—*Grandeza y prosperidad de la Francia.*—*Contiendas entre Francia é Inglaterra.*—*Primeras hostilidades de la guerra de siete años.*—«Nunca habia visto la Europa, dice Voltaire, brillar dias mas hermosos que los que trascurrieron desde la paz de Aquisgran hasta el año 1755. Desde Petersburgo á Cádiz el comercio estaba floreciente; las bellas artes eran honradas en todas partes; una mútua correspondencia unia á todas las naciones; y la Europa parecfase á una gran familia reunida despues de apaciguadas sus diferencias.» En pocos años de paz la

Francia habia reparado las desgracias de la última guerra; quejábanse de lo crecido de los impuestos, y sin embargo pagaba entonces trescientos millones con mas facilidad que los ciento cincuenta que debia satisfacer en tiempos de Luis XIV; entregábase locamente al lujo y á los placeres; invertía pródigamente el oro en sus casas, muebles y vestidos; sentia una incesante necesidad de progreso en todo género, y se aprovechaba de los adelantos de las ciencias naturales y exactas para mejorar su agricultura, su industria, comercio y navegacion. Nuestra marina mercante estaba en estado floreciente; la marina de guerra, renovada por un hábil ministro, constaba ya de setenta y tres navíos ó fragatas, y, segun los planes de Machault, debia en diez años ascender á ciento sesenta y cinco buques sin contar los menores. Las colonias no habian alcanzado nunca tamaña prosperidad: Borbon, Mauricio, Santo-Domingo, la Martinica, producian réditos enormes; la Luisiana y el Canadá ya no servian de gravámen á la metrópoli, é iban á darse la mano una y otra por medio de los establecimientos del Misisipi y del San Lorenzo: en cuanto á las posesiones de la India, Dupleix trabajaba en hacer de ellas el núcleo de un grande imperio. Nunca habia tenido la Francia mejor ocasion de ser potencia colonial; y cabalmente era esto en una época en que su preeminencia en el continente era incontestable. En efecto, sus ejércitos se habian coronado de gloria, y sus agentes diplomáticos no podian obrar con mayor habilidad: enlazaba á la Europa por medio de un vasto plan de alianzas, que dejaban aislados á sus enemigos: así es que la casa de Borbon podia contar con la Italia y con la España; en Alemania estaba aliada con la Prusia, Baviera, Sajonia y los electores eclesiásticos; en el norte con la Suecia y la Polonia, y en oriente con la Turquía. En cuanto á sus dos enemigos, Inglaterra y Austria, no tenia que temer, porque la primera, que entonces no tenia sino los elementos del poder marítimo á que ha llegado, no contaba con otros aliados que Portugal y Holanda; y la segunda, humillada con la pérdida de España y de la Italia y con la elevacion de la Prusia, no tenia otra aliada que la Rusia. Sin embargo, esta posicion política de la Francia, mejor que en tiempos de Luis XIV, y que tantas esperanzas de grandeza hacia concebir, iba á ser enteramente estéril!

Inquietóse la Inglaterra al ver resucitada milagrosamente una marina que habia creído aniquilada, al admirar la prosperidad de las colonias francesas y los proyectos de establecimientos en la América del norte y en el Indostan: creía que si al gobierno del amante de la Pompadour sucediese otro mas celoso de las glorias nacionales, iba á perder el imperio de los mares: era preciso, pues, atajar los progresos de la Francia; era preciso aprovecharse de la debilidad de su gobierno. Tal era la idea de la orgullosa y codiciosa aristocracia que gobernaba á la Inglaterra bajo el nombre de los príncipes de Hannover, que con la manifiesta venalidad de las elecciones dominaba en la cámara de los comunes; tanto como al trono, y que tenia el pueblo sometido exaltando hasta el delirio su ignorante orgullo y su odio ciego contra la Francia. Al frente de todos ellos estaba un hombre desconocido aun, pero que abrigaba los mismos sentimientos de la nobleza; tal era William Pitt, cuyo patriotismo enérgico é indomable parecia arrancado á las costumbres de la antigüedad, grande orador y hombre de estado, á quien podríamos llamar un moderno romano, que impulsaba á su país hácia una guerra interminable con la que debia extender su dominacion exterior; que no queria entrar en lucha con los demás pueblos por las vias pacíficas, sino pisoteando todos los derechos de la humanidad, tratándolos como los antiguos á los bárbaros, y mirando á la Francia como otra Cartago, cuya destruccion debia ser la prosperidad de la Inglaterra.

Nunca la Francia habia provocado menos que en esa época el odio sistemático de sus vecinos; nunca habia manifestado un espíritu menos belicoso y mas amigo de la paz: no era la Francia orgullosa de Luis XIV que amenazaba continuamente á la Inglaterra con los Estuardos, con el papismo y con el poder absoluto; la nacion ocupada enteramente en su prosperidad interior, no acrecentaba su comercio sino por medios legítimos, y no exigia sino su parte correspondiente en el Océano. Es verdad que en América y en la India querian los franceses realizar algunos proyectos de engrandecimiento; mas esto solo se referia á los habitantes del país: engrandecimiento legítimo segun las ideas de aquel tiempo, y para el que tan despejado campo tenian ellos como los ingleses. Sin embargo, el gobierno con una

moderacion pusilánime, se esforzó en disipar sobre este punto la quisquillosa susceptibilidad de sus vecinos.

Dupleix consideraba el imperio del Mogol (1) como una herencia legada á todas las ambiciones, á la que todas las potencias europeas estaban llamadas á tomar la mejor parte: intervino en las guerras que se hacian los gobernadores de las provincias independientes despues bajo los nombres de soubahs, nababs, y rajahs; obtuvo del Gran-Mogol la nababía de Carnata: declaróse protector de los soubahs de Arcate y de Decan que la pagaban tributo; adquirió vastas extensiones de territorio en Pondicheri, en Karikal, en Masulipatnam y cuatro provincias que ofrecian al comercio doscientas leguas de costa. Mas el gobierno no le concedia refuerzos; veia que los ingleses protegian á sus enemigos, y sufrió algunos descalabros en una guerra que tuvo que sostener contra los príncipes de Tamaour y Maissour, auxiliados de los mahratres y de los ingleses, mandados por el general Clive. Al propio tiempo la compañía francesa se cansó de su gobernador, que le ocasionaba gastos infructuosos, y «que queria conquistar reinos para gentes que solo deseaban dividendos.» En fin, el ministerio inglés se quejó del genio ambicioso de un hombre que aspiraba á turbar todo el Asia. Entonces la corte de Francia llamó á Dupleix (1755); y este grande hombre, que habia reinado por espacio de treinta años en la India, abandonó llorando esta magnífica conquista que dejaba á los ingleses, para ir á París á morir pobre y humillado.

Al propio tiempo que la Inglaterra cortaba los progresos de los franceses en la India, hacia brotar en América querellas fútiles, que sin embargo sostenia con tanto empeño que, cinco años despues, en vano trabajaban para apagarlas los comisionados de ambas naciones. Esas querellas tenian por objeto principal la posesion de algunas Antillas, y en especial los límites

(1) Muerto Timour, su imperio fué dividido en muchos estados; los dos principales fueron el de Persia, en que reinaron los Timourides hasta 1506, época en que fueron destronados por los Sophis; y el de Indias, cuyos soberanos fueron conocidos bajo el nombre de Gran-Mogol. El primero decayó rápidamente. Thamas-Kouli-Khan que acababa de destronar en Persia la dinastía de los Sophis (1736), marchó á la India, la conquistó, y dejó un vano título á los descendientes de Timour. Entonces los Soubahs, los Mahratres y los europeos se disputaron los restos del imperio, sin dejar por esto de reconocer la dinastía del Gran-Mogol.

de la Acadia y de Nueva Inglaterra. Las islas de Santa Lucía, la Dominica, San Vicente y Tabago desde cien años atrás eran comunes é indivisas entre las dos naciones: pero Jorge II se declaró único soberano. La Acadia, cedida á la Inglaterra por los tratados de Utrecht y de Aquisgran, era una península cuyos límites habia fijado la naturaleza; los ingleses se empeñaron en extenderlos hasta el rio San Lorenzo, para hacerse dueños de la navegacion del rio y esplotar el Canadá. Los franceses habian descubierto el Misisipi, se apoderaron de él, y levantaron fuertes junto al Ohio para unir el Canadá á la Luisiana, aislando á los ingleses, y estrechándolos entre Apalaches y el mar: el gobierno británico se empeñó en que el Ohio pertenecia á sus colonias de Nueva Inglaterra; dió orden de arrojar á los franceses de sus riberas, é hizo levantar allí una fortaleza. Un oficial francés dirigióse hácia este fuerte para pedir explicaciones á su guarnicion; pero él y la tropa que le acompañaba fueron asesinados por unos soldados ingleses, mandados por un hombre por otra parte célebre, Jorge Washington (mayo de 1754).

Entonces la Francia comenzó á hacer armamentos y se preparó para enviar al Canadá tres mil hombres y nueve buques. El ministerio inglés declaró que sus escuadras tenian orden de hacer fuego sobre cualquier buque francés que llevase refuerzos á América. La corte de Versalles contestó mandando á sus marineros que no se defendiesen, y quejándose á la Europa entera del insolente proceder de Inglaterra: ofreció abrir negociaciones y sin embargo hizo partir refuerzos para el Canadá. El gobierno británico envió cuatro cuerpos de ejército á América para sorprender las colonias francesas; hizo zarpar diez y ocho buques á las órdenes de Roscawen en persecucion de la escuadra del Canadá, y diseminó sus corsarios por todos los mares para sorprender á los comerciantes franceses que navegaban tranquilamente fiados en los tratados vigentes entonces (1755). La armada de Roscawen atacó y se apoderó de dos fragatas de la escuadra del Canadá, y en menos de un mes una detestable piratería capturó mas de trescientos buques de comercio, que los ministros no se atrevieron á vender ni á repartir entre los armadores, sino que los dejaron podrir en el secuestro. Sin embargo ni una

palabra se pronunció en el parlamento contra esa violacion del derecho de gentes, y los historiadores ingleses confiesan el motivo de tan infame medida. «Era, dicen ellos, para quitar sus marinos á la Francia en el momento en que iba á declarar una guerra cuyo objeto real era el acrecentamiento de la marina francesa, guerra injusta, sin duda, pero necesaria.» En efecto, este desastre privó á la marina francesa de doce mil marineros, y no deja de ser esto una de las principales causas de las desgracias que experimentó en esta guerra.

En el continente fueron los ingleses menos felices. De los cuatro ejércitos enviados contra los establecimientos franceses, uno se negó á expulsar los colonos vecinos de la Acadia; dos obraron demasiado tarde contra el Canadá, y el cuarto, compuesto de tres mil hombres y mandado por Braddock, debia apoderarse de los fuertes del Ohio; pero la guarnicion francesa del fuerte Duquesne ocultó en una emboscada doscientos cincuenta soldados y quinientos salvajes, aprovechando la situacion de un bosque impenetrable, y la division inglesa pereció allí casi toda con su general (11 de julio de 1755). Sus restos, reanimados por Washington, fueron destruidos por las tropas que habia conducido allí la escuadra del Canadá.

§. VII.—*Toma de Menorca.*—*Alianza de la Francia con el Austria.*—La corte de Francia, al recibir la noticia de la captura de sus fragatas, habia llamado á su embajador, y pidió satisfaccion; pero al propio tiempo en prueba de sus intenciones pacificas soltó una fragata inglesa tomada por un navío francés á quien aquella habia atacado (15 de agosto). El ministerio británico contestó que su ataque imprevisto era una represalia contra las usurpaciones de los franceses en el Ohio, y se negó á todo acomodamiento. Entonces la Francia hizo preparativos bastantes para hacer arrepentir á la Inglaterra de su agresion injusta: desterró de su territorio á los súbditos ingleses, confiscó sus buques que se encontraban en los puertos franceses, y arrojó de las costas á sus corsarios. Al propio tiempo zarparon de Tolon á las órdenes del mariscal de Richelieu cuatrocientos buques de transporte cargados con treinta mil hombres, y escoltados por catorce navíos. Esta escuadra fondeó en Menorca; la tropa se apoderó de Puerto-Mahon y atacó al fuerte San Felipe, que los ingleses ha-

bian convertido en un segundo Gibraltar (17 de abril de 1756). Una escuadra inglesa, compuesta de diez y siete navíos mandados por Byng, llegó allí para socorrer la plaza: pero fué derrotada por el almirante Galissonniere; y el fuerte fué asaltado con un valor sin igual (28 de junio).

General fué en Inglaterra el grito de desolacion que levantó la toma de Menorca. El ministerio, acusado de esta derrota por la voz pública, hizo dimision; y un hombre que el pueblo miraba como su tribuno, á causa del cuidado con que en cualquier circunstancia halagaba las preocupaciones nacionales, ganando el gabinete por asalto, segun dijo él mismo, se encargó de componer una administracion nueva en la cual tomó la seccion de la guerra. La subida al poder de William Pitt, el implacable enemigo de Francia, fué objeto de aplausos y alegría. «La nacion ponía en sus manos, dice un historiador inglés, la gloria y prosperidad del reino, esperando que daría un feliz desenlace á una guerra en la que solo habia sufrido derrotas.» El primer cuidado del nuevo ministerio fué emplazar á Byng ante un tribunal marcial para dar una satisfaccion al público y conseguir en adelante la victoria. Mi proceso, decia el almirante, no es el exámen de mi conducta, sino un negocio de política.» En efecto fué declarado culpable tan solo «de negligencia,» condenado á muerte y pasado por las armas.

Estaba ya delineada la política francesa; mantener el continente en la neutralidad, dirigir todos sus esfuerzos al poder marítimo, no dejarse sustraer por ningun motivo de la necesidad de poner un freno á la ambicion de Inglaterra, y arrastrar en la guerra á España, la aliada natural que debia considerar la ruina de la marina francesa como la de su propia marina. Esta era la doctrina que predicaba el ministro Machault, pero existía en esta combinacion, tan sencilla y sensata, la loca vanidad de una mujer que se creía haber nacido con el genio de la política, y que lanzó á la Francia en la guerra mas vergonzosa que hiciera jamás.

Se negoció al principio tan desacertadamente con España, que Fernando VI persistió en conservar una neutralidad, tanto mas absurda, cuanto que la Francia acababa de reconquistarle á Menorca; y la casa de Borbon perdió de este modo la única ocasion

de poner coto al engrandecimiento marítimo de Inglaterra. Después manifestó la intención de invadir el Hannover, único punto del occidente donde podía dañarse, ya que nó á los ingleses, al menos á su rey, y se entablaron con este objeto negociaciones con la Prusia.

La política de Inglaterra estaba delineada con tanta claridad como la de Francia, y consistía en lanzar á esta una guerra continua para libertarse de la ruina de su marina y sus colonias. Buscó, pues, alianzas en el continente, aunque con muy poco éxito. Una amenaza de la corte de Francia bastó para que Holanda se declarase neutral; Rusia firmó un tratado de subsidio, pero renunció á él algunos meses después para abrazar la alianza francesa, y el Austria, á quien Jorge II había salvado recientemente de su ruina y que estaba comprometida á proteger el Hannover y dar auxilios extipulados en sus tratados de Inglaterra, eludió sus compromisos y ofertas.

María Teresa veía con pesar á la Prusia convertida en rival del Austria y protectora de la Germania, no podía acordarse sin llorar de la Silesia, y arrastrada por esa perseverancia de los príncipes austriacos que ha causado el engrandecimiento de su casa, no tenía otro pensamiento que el de recobrar esta provincia y reducir á la Prusia á su antigua inferioridad. Se procuró por todas partes aliados contra Federico, y su primer ministro, el conde de Kaunitz, le inspiró la idea de pedir la de Luis XV. Semejante alianza parecía monstruosa, pero estaba muy distante de ser impolítica en la situación de enemistad encarnizada en que Francia se hallaba respecto á la Inglaterra, y solamente era preciso que indujese á la corte de Versalles á servir los intereses del Austria, á emprender la ruina de la Prusia, y á perder sus fuerzas en una guerra continental. La Francia podía comprar la preciosa neutralidad del Austria con algunos millones, pero si se decidía á hacer directamente la guerra á la Prusia, representaba el papel de Inglaterra.

El ministerio francés titubeaba en entrar en esta nueva senda; la emperatriz dió fin á su incertidumbre renunciando formalmente á la alianza de Inglaterra, prometiendo ceder á Francia el Brabante y Flandes, y hacer recobrar á Suecia la Pomerania prusiana; y en fin la virtuosa esposa, considerada como un mo-

delo de madres de familia, se humilló hasta el extremo de halagar á la proveedora del parque de los ciervos, en una carta en que la llamaba *querida mia y hermosa prima*. Federico habia insultado á madama de Pompadour con sus sarcasmos, y le aborrecia Luis XV por su irreligion y el abandono en que habia dejado por dos veces á Francia en la última guerra. Viendo aquél con inquietud las negociaciones del Austria, hizo un tratado con Jorge (15 de enero de 1756) para proteger el Hannover é impedir al mismo tiempo la entrada de los ejércitos extranjeros en el imperio.

Luis XV y el emperador, merced á los desvelos del cardenal de Bernis, ministro de negocios extranjeros y favorito de madama de Pompadour, firmaron entonces el tratado de Versalles (1.º de mayo), por el cual prometian ayudarse mutuamente contra sus enemigos con un ejército de veinte y cuatro mil hombres. «Cuando se hizo público el tratado, dice Duclós, toda la nacion lo aprobó con entusiasmo, y se convirtió este sentimiento en una embriaguez de alegría cuando se supo el pesar que habia causado á los ingleses. Todos creyeron que la union de las dos primeras potencias se harian respetar de toda Europa..... Las ideas han cambiado despues.

§. VIII.—*Liga contra la Prusia.—Federico invade la Sajonia.—Se declara contra él la Francia.*—No satisfecha aun María Teresa con la alianza de Francia, procuró conseguir la de Rusia, de Suecia y de Sajonia. Reinaba en Rusia Isabel, hija de Pedro el Grande; la habia elevado al trono una reaccion nacional contra los extranjeros que medio siglo hacia que dominaban en la corte y el ejército, y habia vuelto á aparecer la antigua nobleza rusa con su orgullo bélico y salvaje; deseosa de imitar á los europeos y de aumentar su influencia política y su fama militar, ella fué la que decidió á la czarina, enojada además por los sarcasmos que le habia dirijido el rey de Prusia, á entrar contra él en la liga.

Despues de la muerte de Carlos XII la aristocracia sueca habia anulado la autoridad real y se habia apoderado del poder soberano; y aliada constante de Francia, habia sido arrastrada á la guerra contra Rusia que tan desafortunada fuera, y que la puso bajo la dependencia de este imperio. Para hacer entrar á Sue-

cia en la liga á pesar del rey contra la Prusia, solo se necesitó la influencia rusa, el dinero de Francia y la esperanza de recobrar la Pomerania prusiana.

Augusto II, vasallo del Austria por su electorado y de Rusia por su reino, veía que su vecino de Brandeburgo codiciaba la Sajonia, y quería hacer hereditaria para su casa la corona de Polonia; y entró fácilmente en la alianza de María Teresa, pero solamente como elector, pues la czarina le habia prohibido mezclar á su reino en los negocios de Germania.

Federico contempló con tranquilidad la formidable liga que se formaba contra él, porque contaba con las divisiones de sus enemigos, con el oro de Inglaterra, y con su ejército incomparablemente superior á los de los demás estados. El mismo rey habia organizado con el mas minucioso esmero este ejército formado con todos los aventureros de Alemania, y que era el asombro de todos los generales por la destreza de sus maniobras, la facilidad y velocidad de sus movimientos, y la exactitud y presteza de sus juegos. Estaba perfectamente administrado, sometido á la mas rigurosa disciplina, tenia al frente buenos generales y contaba ciento cincuenta mil hombres. Era la fuerza militar mas completa de Europa.

La liga se componia de aliados tan poco interesados en la ruina de Prusia, que hubiera degenerado sin duda alguna en vanas negociaciones, si Federico no se hubiera resuelto á prevenirla por un golpe decisivo. Antes que sus enemigos hubiesen tenido tiempo de hacer ningun preparativo, y cuando aun no estaban firmados los tratados de alianza, envió sesenta mil hombres á Sajonia, y sorprendió á Dresde (30 de agosto de 1756). El elector se refugió con su ejército de diez y ocho mil hombres en el campamento de Pirna, donde fué bloqueado. El emperador declaró al rey de Prusia perturbador de la paz pública, y envió un ejército á libertar á Sajonia. Federico dejó la mitad de su ejército en Pirna, y marchó con la otra mitad al encuentro de los austriacos (1.º de octubre). Los alcanzó en el Eger, en Lowositz, los atacó y los venció. Despues volvió á Pirna y obligó á los sajones á capitular. Envio á Augusto á su reino de Polonia, ocupó su electorado, y agregó á su ejército los diez y ocho mil hombres (15 de octubre).

Esta imprevista agresion excitó el clamor universal, y María Teresa solicitó el auxilio de sus aliados. El cuerpo germánico, exceptuando el Hannover, el Hesse y el Brunswick, decretó (17 de enero de 1757) la formacion de un ejército *de ejecucion* contra el elector de Brandeburgo. La Francia declaró que la invasion de Sajonia era una violacion del tratado de Westfalia; en su consecuencia envió al Mein los veinte y cuatro mil hombres estipulados en su tratado con Austria, ocupó los ducados de Cleveris y de Juliers, y envió un ejército de ochenta mil hombres á Hannover. Además asalarió á los electores de Baviera y el palatino, al duque de Wurtemberg; y diez príncipes mas, y decidió por fin con sus millones á la Rusia y á la Suecia á empezar las hostilidades. Quería ganar con dinero á la Polonia, habiendo ofrecido á Augusto III cincuenta mil hombres para recobrar su electorado.

La Polonia era un país devorado por la anarquía, sin administracion y sin ejército, abandonado por su cobarde monarca que se afanaba por hallar en la guerra sus antiguos elementos de vida y de independenciam; pero la Rusia se opuso á que tomase las armas, declarando que se encargaba de su defensa, inundó su territorio de tropas, y se vió por primera vez á la belicosa Polonia permanecer inmóvil en una guerra en que todo el norte se interesaba.

La Francia se vió lanzada sin motivo léjos del objeto primitivo y natural de sus esfuerzos. Atacada por una enemiga implacable, se olvidaba de defenderse para ir á atacar en favor de su antigua rival á uno de los electores que sus reyes habian protegido tantas veces contra el Austria; y cuando le era preciso consagrar todos sus tesoros á salvar sus colonias y la libertad de los mares, tomaba á sueldo al Austria, la mitad de Alemania, la Suecia y la Rusia, y hacia el principal papel en una guerra que no le interesaba. Continuó entretanto la guerra marítima contra Inglaterra, que al principio solo consiguió triunfos. Los franceses cerraron á las mercancías inglesas la entrada en los Países Bajos, el Hannover, Hamburgo y una gran parte del Báltico. Los ingleses perdieron en el Canadá muchos fuertes, se les incendiaron dos escuadras en los lagos, y una tempestad destruyó la armada que enviaron contra Luisburgo. El soubah de Bengala, aliado de los franceses, les tomó á Calcuta y degolló su guarnicion.

Veinte barcos de guerra y quince mil hombres de desembarco dirigidos por Pitt contra Rochefort, fueron vencidos vergonzosamente en las costas de Francia, y otra armada de cuarenta navíos que conducían veinte mil hombres hizo vanas tentativas en San Malo y en el Havre.

§. IX.—*Batalla de Praga y de Kollin.—Batalla de Hastemberch.—Capitulacion de Closter-Seven.*—Jorge y Federico estrecharon su alianza en la que hicieron entrar á los príncipes de Hesse y de Brunswick. Los dos electores reyes se anunciaron en su guerra al emperador como los protectores de la religión reformada y de las libertades de Alemania, y se esforzaron en dar á la guerra el aspecto de una lucha entre el norte protestante y el mediodía católico. El primero asalarió los veinte y ocho mil hombres de Hesse y de Brunswick, y dió el mando de este ejército al duque de Cumberland; el segundo resolvió acobardar al Austria antes que saliesen á campaña los círculos, la Suecia y la Rusia.

Mientras el mariscal de Lehwald se dirigía á Prusia con treinta mil hombres para observar á los rusos y los suecos, penetraron en Bohemia cuatro cuerpos de ejército mandados por Federico, formando cien mil hombres, y por caminos muy distantes, sin que los austriacos tratasen de atacarlos, pues llegaron á rechazar las vanguardias enemigas hasta Praga, y á reunirse bajo los muros de esta ciudad sin ningun obstáculo.

El príncipe Carlos de Lorena reunió setenta mil hombres para libentar este gran depósito de los ejércitos austriacos, y esperó al mariscal Doun que marchaba con treinta mil combatientes por la Moravia y el alto Elba; pero Federico dejó veinte y cinco mil hombres delante de Praga, y le atacó denodadamente (6 de mayo de 1757).

La batalla fué horriblemente mortífera y sangrienta. Los austriacos, que fueron los vencidos, perdieron diez y seis mil hombres, y los prusianos doce mil. Federico entonces atacó la ciudad donde se había retirado el príncipe con cuarenta mil hombres, pero temiendo ser acometido por su flanco por Doun, que había retrocedido hasta Kollin despues de haber recogido doce mil fugitivos de la batalla, avanzó contra él con treinta mil hombres, le atacó en una posición formidable (19 de junio); pero despues de un choque furioso, fué vencido perdiendo mas de quince mil hombres.

A consecuencia de esta ruidosa derrota, levantó el sitio de Praga y retrocedió hasta las montañas de los Gigantes, seguido del príncipe de Lorena. Intentó en vano defender los desfiladeros para conservar sus comunicaciones con Sajonia y Silesia, y se retiró á Bautzen y Górlitz.

El ejército francés de ochenta mil hombres mandados por el mariscal Estrées, había pasado en tanto el Rhin (abril) y llegado al Weser despues de atravesar la Westfalia. El duque de Cumberland retrocedió á la otra parte del rio cuando llegó el mariscal, y se acampó en Hastemberck. Estrées le siguió muy lentamente, pasó el Weser por mas allá de Hameln y atacó al enemigo en la posicion en que se había atrincherado. Cumberland fué derrotado (26 de julio); pero no fué completa la victoria por la traicion del conde de Maillebois que mandaba la izquierda, y que se dejó vencer para perder á su general.

Una intriga de la corte quitó el mando á Estrées, y el mariscal Richelieu que le sucedió, rechazó rápidamente hasta el Elba á los aterrados hannoverianos. Cumberland, viéndose estrechado en Stade, estaba ya en el caso de rendirse cuando Richelieu le concedió el convenio de Closter-Seven (8 de setiembre), por el cual se comprometia á enviar á sus hogares á sus soldados pero con armas y libres, dejando á discrecion de los franceses el país de Brunswick y de Hannover.

§. X.—*Situacion desesperada del Rey de Prusia.—Batallas de Rosbach y de Leuthen.*—La situacion del rey de Prusia era muy desesperada entonces; rechazado de Bohemia por ochenta mil hombres, privado de sus únicos aliados por la capitulacion de Closter-Seven que facilitaba á los franceses el camino de Brandeburgo y Sajonia, y amenazado por el ejército de *ejecucion*, que avanzaba por la Turingia hácia el Saal reunido con veinte y cinco mil franceses, veia á los austríacos que invadian la Silesia, á los suecos que entraban en Pomerania, y á los rusos que eran dueños de Memel, y acababan de derrotar en Joëgendorf al mariscal Lehwald. Su tesoro en fin estaba agotado, desertaban sus soldados, y estaban agitadas sus provincias á consecuencia del decreto que le citaba al tribunal del imperio. Solo bastaba á lo que parecia un poco de tino y de concierto para aniquilarle. Nadie dudaba de su ruina, y él mismo, como escribia á Voltaire,

solo pensaba en morir como rey. Los enormes yerros de sus enemigos fueron, mas que su habilidad, su salvacion.

Primeramente Richelieu creyó haber terminado su tarea despues del convenio de Closter-Seven, y no pensó ya ni en apoyar al ejército de ejecucion ni en invadir el Brandeburgo, sino tan solo en saquear el país conquistado, y «sacó bajo mil conceptos y pretensiones inmensas sumas de Westfalia y del electorado. Incitados los soldados por el ejemplo y alentados por la impunidad, robaron y saquearon cuanto hallaron al paso, y dieron á su general el nombre de Pere-la-Maraude (1).» Halagados los rusos con su victoria de Jøegendorf no quisieron extender mas allá sus victorias, y fueron á invernar en Rusia, permitiendo de este modo á Lehwald volver hácia el Oder, donde obligó á los suecos á encerrarse en Stettin. Finalmente, el ejército franco-aleman que avanzaba hácia el Saal, mandado por los príncipes de Soubise y de Hildburghausen, estaba mal organizado y sin disciplina, los alemanes marchaban á la fuerza y á palos, y los dos generales, tan ignorantes uno como otro, se habian formado del rey de Prusia una opinion exagerada que paralizaba lo poco que les quedaba de saber y de inteligencia.

Federico resolvió deshacerse de este ejército. Dejó cincuenta mil hombres al mando del duque de Bevern para oponerse al príncipe de Lorena, y se dirigió á Erfurth con veinte y dos mil hombres. Soubise retrocedió hasta Eisenach al saber su llegada, pero habiendo pasado un cuerpo austriaco entre Federico y el duque de Bevern para exigir contribuciones á Berlin, el rey hizo un moviento hácia atrás hasta Leipsig que libertó su capital, y Soubise volvió entonces muy despacio, pero guardándose bien de presentar batalla en Eisenach á algunos escuadrones prusianos que habian quedado en Gotha. «Las brillantes cualidades del rey de Prusia habian causado tanta impresion á la imaginacion de los franceses, que la mayor parte de sus oficiales al marchar contra él esparcian todas las ideas mas exageradas y enfriaban el ánimo de sus soldados (2).» No obstante, cuando supo Soubise la entrada de los austriacos en Berlin, pasó el Saal y llegó hasta Weissenfels, pero volvió á pasar el rio al aproximarse Federico,

(1) Padre del saqueo.—Duclós, t. II, p. 239.—(2) Id. id.

que para dar aliento á su adversario, efectuó un pequeño movimiento de retirada, y se detuvo en Rosbach cerca de Merseburgo. Soubise resolvió (5 de noviembre de 1757) rodearle por su izquierda hasta llegar al camino de Merseburgo, y su ejército empezó á efectuar con toda seguridad, pero con extraña confusion, una marcha por el flanco de los prusianos formados en batalla. Federico dejó desfilas la mitad de esta columna desordenada, despues la abrasó con su artillería, la rompió y deshizo por muchos puntos con su caballería, y la derrotó completamente enviando tan solo contra ella seis batallones. Los soldados de los círculos arrojaron sus armas al primer cañonazo y huyeron hasta Freyburgo, los franceses y en especial la retaguardia hicieron una brillante resistencia, pero fueron rechazados perdiendo tres mil hombres muertos, siete mil prisioneros y su artillería. Los vencidos no pudieron volver á unirse hasta las montañas de Thuringia.

El príncipe de Lorena habia cerrado en tanto el paso de Sajonia al duque Bevern, obligándole á retirarse al Oder para apoyar á Breslau. Le siguió, sitió y tomó á Schweidnitz, y sabiendo que el rey de Prusia despues de vencer en Rosbach se dirigia á Silesia, atacó á su enemigo delante de Breslau, le venció, le mató seis mil hombres, tomó la ciudad con su guarnicion de diez mil é hizo prisionero al mismo Bevern.

Los restos del ejército prusiano pasaron el Oder, bajaron hasta Glogau, despues subieron hasta el Kalzbach, donde encontraron á Federico que llegaba de Sajonia. Se hallaban reducidos á diez y seis mil hombres; el rey los incorporó á sus veinte mil vencedores de Rosbach, y sin artillería y electrizando con su energía á sus soldados, atacó á los austriacos, que en número de setenta mil hombres habian tomado una buena posicion en el Weistritz entre Leuthen y Lissa, y los derrotó á pesar de la enorme desigualdad de sus fuerzas (5 de diciembre).

«Esta batalla fué una obra maestra de movimientos, maniobras y resolucion, y ella sola era bastante para inmortalizar á Federico y colocarle en el rango de los mas grandes capitanes (1).» Los austriacos perdieron quince mil hombres entre

(1) Memorias de Napoleon, t. V, p. 218.

mueritos y heridos, evacuaron á Breslau, y dejando veinte mil enfermos ó rezagados, se retiraron desordenadamente á Bohemia.

§. XI.—*Ministerio de Pitt.*—*Derrotas de los franceses en Alemania y en el mar.*—En el momento que Federico cambiaba el aspecto de la guerra, Pitt, á quien una intriga de corte habia hecho caer del ministerio, volvió á entrar en él con plena autoridad é impelido, como él mismo decia, por la voluntad del pueblo. Hizo que al rey de Prusia se le dieran 24 millones, obtuvo del parlamento 300 millones, 54,000 soldados, 60,000 marinos y 58,000 auxiliares alemanes; y envió tres armadas á incendiar los puertos franceses. «Lleno de indignacion por la capitulacion de Closter-Seven, que miraba como un oprobio de las armas inglesas y cuya memoria estaba resuelto á borrar, » se negó deslealmente á reconocerla, hizo que tomasen otra vez las armas las tropas de Hannover, de Brunswick y de Hesse, les agregó 20,000 ingleses, y dió el mando de este ejército al duque Fernando de Brunswick, el mas hábil teniente del rey de Prusia.

«Los franceses quieren conquistar la América en Alemania, decia Pitt, y es preciso arrojarlos de allí.» La guerra tuvo entonces dos teatros diferentes; la Westfalia y el Hannover donde Fernando de Brunswick combatia contra los franceses, y Sajonia y Silesia donde el rey de Prusia luchaba contra los austriacos, los rusos y el ejército de los círculos.

Mucho tiempo hacia que la Francia no habia experimentado un desastre tan humillante como la derrota de Rosbach, é indujo al gobierno á dirigir todos sus esfuerzos á Alemania, mas el deseo de la venganza que el tratado firmado con el Austria. Reorganizó el ejército vencido en Rosbach que habia retrocedido hasta el Mein, quitó á Richelieu el mando de las tropas de Hannover, y para restablecer la disciplina de sus soldados, medio aniquilados por el hábito del desorden y las enfermedades, puso al frente al conde de Clermont, príncipe de la casa de Condé. Pero antes que el nuevo general pudiese reunir su ejército desbandado entre el Rhin y el Elba, donde quitó su empleo á ochenta oficiales para hacer marchar á los demás, el duque Fernando se dirigió á Verden y pasó el Aller y el Weser. Con esta marcha tan atrevida y rápida obligó á los cuerpos franceses aislados á evacuar á Brunswick, Hannover y Breman, y á replegarse situando la izquierda en Os-

nabruck, el centro en Minden y la derecha en Hameln. Se arrojó entonces sobre Minden, y la acometió y rindió á los ojos del conde de Clermont, que al ver su centro roto y sus aliados sin apoyo, retrocedió en desórden hácia el Rhin y lo pasó por Dusseldorf (3 de abril de 1758).

Esta retirada era mas deshonrosa que la derrota de Rosbach. En menos de un mes se habian perdido la Westfalia, el Hannover y el Hesse, sin haber dado ni intentado siquiera un combate, á pesar de contar con fuerzas superiores á las del enemigo; pero la culpa no era tan solo del inepto general, sino tambien de sus frívolos é indisciplinados oficiales.

Fernando pasó el Rhin por Rees, ocupó el país de Cleveris, y marchó al encuentro de los franceses que estaban acampados cerca de Grevalt en una excelente posicion y teniendo la derecha apoyada en el Rhin. Dejó la mitad de su ejército delante de sus enemigos, rodeó á lo léjos toda la derecha á través de los pantanos, y fué á trabar la batalla por su espalda (19 de junio de 1758). El conde de San German hizo una brillante resistencia al frente de su caballería, pero por cobarde consejo de Mr. Mortagne, el príncipe de Clermont mandó tocar retirada despues de haber perdido siete mil hombres.

Todas las orillas del Rhin cayeron en poder de los enemigos.

El ejército de Soubise compensó la derrota del de Clermont. Su vanguardia mandada por el duque de Broglie marchó hácia el Lahn, derrotó á los de Hesse en Sundershausen y entró en Cassel (23 de julio). El ejército vencido en Crevelt, que se habia reorganizado al mando del mariscal Contades, amenazó entonces con cortar los puentes del Rhin para aislar á los enemigos. Fernando volvió á pasar el rio y se retiró á Munster. Contades le siguió; pero no pudiendo incorporarse con Soubise, á pesar de haber este vencido la derecha del duque de Brunswick en Lutemberg (2 de octubre), intentó en vano tomar á Munster, y volvió á pasar el Rhin, obligando á su cólega á ocupar otra vez sus cantones del Mein entre Francfort y Hanau.

Mientras el gobierno francés enviaba sus soldados á sufrir otra deshonra en Crevelt, pagaba su absurda intervencion en Alemania con la pérdida de su marina. Machault habia caido del poder y solo tenia ineptos sucesores. De las tres armadas enviadas por

Pitt contra los fuertes franceses, la primera atacó en la isla de Aix una escuadra francesa que debía escoltar cincuenta barcos de transporte cargados de tropas destinadas á la América, y la obligó á huir en desórden hasta el Charente desbaratando la expedición francesa. Las otras dos armadas compuestas de quince navíos, y veinte y siete buques mas, con veinte mil hombres de desembarco, llegaron á San Malo cuya ciudad no se atrevieron á atacar, pero destruyeron á Saint-Servan con dos navíos y ochenta barcos mercantes que habia en el arsenal. Despues tomaron á Cherburgo, saquearon la ciudad, destruyeron el puerto y el fondeadero, que acababa de abrirse, con veinte y siete naves que en él se encontraban. Finalmente, despues de otra infructuosa tentativa contra San Malo, desembarcaron doce mil hombres en Saint-Cast que devastaron el país; pero acudieron las milicias bretonas, y despues de un refido combate, fueron rechazadas las tropas inglesas hasta el mar con espantosa carnicería y dejando tres mil prisioneros.

Como las colonias francesas se hallaban abandonadas á sus propias fuerzas, los ingleses conquistaron los establecimientos del Senegal casi sin resistencia. Estaba encargado de la defensa del Canadá el marqués de Montcalm, persona de relevante mérito, que con cuatro mil hombres solamente venció á veinte mil ingleses en el fuerte de Ticonderago cerca del lago de San Jorge; mas no pudo impedir la toma del fuerte Duquesne del Ohio ni el de Luisburgo, que atacado por diez mil hombres y veinte y tres navíos, capituló despues de una heroica defensa (27 de julio de 1758), y fué destruido hasta sus cimientos.

Casi al mismo tiempo derrotaron los ingleses al soubah de Bengala, y despues de tomar á Chandernagor con sus inmensas riquezas, y destruir esta ciudad «para que no pudiera ser liberada,» amenazaron con la ruina á los demás establecimientos franceses. Una escuadra mandada por el conde de Aché condujo entonces á las Indias dos mil hombres y al conde de Lalli nombrado gobernador general. Fueron vencidas las escuadras británicas, y se tomaron Gondelot y el fuerte de San David, la principal plaza de armas de los ingleses. Esta brillante inauguración llenó de esperanza á Lalli. «Toda mi política, decia, existe en estas palabras casi sacramentales: fuera ingleses de la península.»

Pero este valiente y honrado gobernador era severo, de genio altivo, absoluto y aborrecido de sus subordinados acostumbrados á la licencia y al saqueo. Este injusto odio desbarató todas sus empresas, y causó la pérdida de las posesiones francesas.

A pesar de los desastres de las armas de Francia y del clamor universal, madama de Pompadour persistía en continuar la guerra creyendo mostrar en ella su grandeza. Aterrado el cardenal de Bernis al ver el abismo donde arrojaba esta mujer á la Francia, prefirió abandonar el ministerio á contribuir por mas tiempo á tamaños desastres. Le reemplazó el duque de Choiseul, persona de mérito, pero lleno de ambicion, de intriga y de audacia, y que elevado al poder por la marquesa, solo mostró al principio el mas bajo servilismo. Firmó el segundo tratado de Versalles (30 de diciembre), por el cual la Francia se comprometia á tener en Alemania cien mil hombres, mantener las tropas suecas, restablecer al elector de Sajonia, defender los Países Bajos y el imperio, hacer elegir rey de romanos al primogénito de María, y á no tratar con Inglaterra sin que el rey de Prusia hubiese restituido la Silesia al Austria.

§. XII.—*Campana de 1759.—Desastres de la marina.—Pérdida del Canadá y de la India.*—Después de este absurdo tratado que llenó de regocijo á los ingleses, la corte de Versalles reforzó sus ejércitos de Alemania, y la guerra continuó con tan poca union como antes, sin que se acordase del peligro que corrian las colonias. El ejército de Hannover estaba acantonado en el país de Cleveris al mando del mariscal Contades, y el del Mein cerca de Francfort á las órdenes del duque de Broglie. Fernando de Brunswick que ocupaba una posicion céntrica entre los dos ejércitos, se trasladó á Cassel, y desde allí marchó contra el ejército del Mein; pero Broglie habia tomado una excelente posicion en el Nidda junto á Bergen, sus tropas maniobraron con aplomo, y derrotó al duque de Brunswick. Este era el primer triunfo importante de esta guerra: «todos vieron en Broglie un naciente Turana, y fué nombrado mariscal de Francia (13 de abril de 1759).»

Contades resolvió entonces unir los dos ejércitos de Hannover y del Mein bajo sus órdenes, y obrar en masa sobre una sola línea de operaciones. Pasó el Rhin, se incorporó en Guïessen del Lahn con el duque de Broglie (6 de junio), marchó á Cobarche,

pasó el Dim, llegó á Paderborn, á Bielfeld y á Herweaden destacando por la izquierda una division que se apoderó de Munster, y por la derecha al duque de Broglie que tomó á Cassel y á Minden. Todo el ejército se reunió cerca de esta última poblacion en la ribera izquierda del Wesser. Fernando habia retrocedido hasta Osnabruck, dejando en poder de los franceses todo el Hesse y la Westfalia (17 de julio); pero se dirigió de pronto al Wesser, subió por su orilla izquierda, apoyándose en la plaza de Niemburgo, y se halló frente á frente de los franceses cerca de Minden. Contades tomó acertadas disposiciones, apoyando su derecha en el Wesser, pero por culpa del mariscal Broglie que manifestó una extrema inercia, fué vencido, y no creyó segura su retirada sino dirigiéndose á Cassel (1.º de agosto). Broglie acusó á su general de ineptitud, y Contades á su teniente de traicion. «El detalle de los yerros de los generales, de los oficiales y del ejército quedó expuesto con toda su desnudez á los ojos de la Europa asombrada, y acrecentó la humillacion y el despecho de los franceses.» La corte dió la razon á Broglie, le confirmó el mando superior, y Contades perdió su cargo. Cada general, dice Duclós, hacia desear otro para reemplazarle sin que se supiera de donde sacarlo.»

Los desastres marítimos sobrepujaron á las derrotas de los franceses en Alemania. Se perdieron en menos de cuatro meses sesenta y cuatro navíos, de los cuales veinte y nueve eran de línea, mientras el enemigo solo tuvo de menos doce navíos de los cuales siete eran de primer órden. Tan indisciplinadas estaban las tropas de las armadas como los ejércitos de tierra. Los oficiales nobles abrumaban con desprecios á los oficiales de la marina mercante, se negaban á escoltar los barcos de comercio, y trasladaban al mar su lujo y su fatuidad; y mientras los oficiales *azules* ó plebeyos se eternizaban en los grados inferiores, los almirantes y jefes eran elegidos entre la turba de cortesanos prosternados á los piés de Madama de Pompadour.

El gobierno resolvió vengar sus desastres con una invasion en Inglaterra. Tres escuadras salidas de Brest, Lorient y Rochefort debian juntarse con una armada que estaba en Tolon, en tanto que una cuarta escuadra destacada de Dunquerque atacaba las costas de Escocia y de Irlanda. Se habian reunido en Brest y

Dunquerque barcos chatos para conducir cuarenta mil hombres de desembarco. Estaba encargado del mando de las tres escuadras ó de la armada del Océano M. Conflans, y de la armada de Tolon M. de la Clue. La escuadra de Dunquerque estaba formada de corsarios y dirigida por el famoso é intrépido marino Thurot que era el terror del comercio inglés. La Inglaterra lanzó al mar cuatro escuadras para defenderse de la invasion, fortificó sus costas, armó sus milicias, y la libertó de un peligro tan inminente, mas la fortuna que la destreza de sus marinos.

Una tempestad dispersó la armada de Clue al pasar el estrecho de Gibraltar. Se reunieron siete navíos y fueron atacados por catorce naves inglesas cerca de Lagos. Despues de una furiosa defensa, se vieron en la precision de encallar en la costa; tres fueron tomados, uno incendiado, y los demás pudieron salvarse huyendo (17 de agosto de 1759).

Habiendo reunido Conflans en Brest las escuadras de Rochefort y de Lorient, contaba con veinte y un navíos y cuatro fragatas, pero tenia á corta distancia una armada enemiga de veinte y tres navíos y seis fragatas. Salió no obstante, encontró la armada inglesa cerca de Belle-Isle (20 de noviembre), y retrocedió para atraerla á los bajos de las costas de Bretaña. Pero la vanguardia enemiga trabó el combate con su retaguardia, y se siguió una batalla muy confusa en la que los franceses perdieron seis navíos entre apresados é incendiados. La vanguardia se salvó en la isla de Aix: los navíos del centro perecieron en su mayor parte en las rocas, y los demás entraron en el Vilaine, de donde fué imposible hacerlos salir, de modo que el mismo almirante quemó su navío despues de hacerlo encallar. Los ingleses habian fusilado á Byng por no haber vencido, y los franceses castigaron á su almirante por no haber combatido siquiera, llamando á su infame fuga *la batalla de M. Conflans* (1).

(1) La indignacion que excitó esta jornada se comunicó hasta Mad. de Pompadour que escribió al duque de Aiguillon: «Estoy desesperada porque nada me ha causado tanta humillacion. ¿Es posible experimentarla mayor? Ser vencido soto es una desgracia, pero no pelear es un oprobio... ¿En qué ha venido á parar nuestra nacion? Los parlamentos y los enciclopedistas la han cambiado enteramente. Cuando existen tantos príncipes que no reconocen á Dios ni al rey, luego se convierte una nacion en escoria de una naturaleza como la nuestra. ¡Es preciso renun-

Habiendo salido en tanto Thurot de Dunquerque, llenó de terror el norte de la Gran Bretaña. Luego que supo el resultado de la batalla de Belle-Isle, recorrió durante muchos meses el Océano, y desembarcó por último en Irlanda. Se apoderó de Carrick-Forgue, libertó á los prisioneros franceses retenidos en esta ciudad, y volvió á embarcarse. Solo tenía cuatro pequeñas naves y fué atacado por tres navíos de línea. Despues de una heróica defensa, fué vencido y muerto, y cayeron sus buques en poder del enemigo.

Los ingleses enviaron á toda prisa al Canadá refuerzos mientras acontecian estos desastres, pusieron allí en pié de guerra hasta cuarenta mil hombres, y sus navíos aprisionaron ó arrojaron á todos los buques franceses. Allí sucumbió Montcalm despues de haber desplegado en un teatro tan oscuro talentos de primer órden, y de haber hallado recursos entre los indígenas viéndose abandonado de la metrópoli. Seis mil ingleses sitiaron á Quebec, y Montcalm presentó la batalla con cuatro mil hombres para libertar la ciudad, pero fué vencido y muerto (10 de setiembre 1759). Quebec capituló. Sucumbieron entonces los fuertes de Niagara y de Ticonderago que aseguraban la navegacion de los lagos y la comunicacion del Canadá con la Luisiana. Volvieron á tomar la ofensiva al siguiente año los restos de los franceses mandados por Vaudreuil; pero atacados por tres divisiones se encerraron en Montreal, donde no tuvieron mas remedio que capitular, y se perdió del todo el Canadá.

Lalli, abandonado por el indócil Aché y odiado hasta de sus mismos soldados, se atrevió á sitiar á Madrás. Despues de tres meses de esfuerzos inútiles se vió en la precision de combatir en retirada, y continuó luchando con una violencia siempre en aumento contra la licencia, la cobardía y la traicion de todos los que le rodeaban. Los colonos le negaban toda clase de auxilio, se revolucionaban sus soldados, y el gobierno le dejaba sin buques ni refuerzos, y no le sirvió de ningun consuelo ni apoyo Aché, que se retiró á la isla de Francia despues de tres combates inútiles contra la escuadra inglesa y á pesar de las súplicas de todos. Los ingleses vencieron sus tropas en Vuadachi, se apoderaron á la gloria! Es un extremo cruel, pero creo que es la única suerte que nos toca.»

raron de Arcate, y acometieron á Pondicheri, único punto que le quedaba á Francia en las doscientas leguas de costas que habia poseido Dupleix. Se rindió á discrecion (10 de enero de 1760) despues de una heróica defensa, no teniendo mas que setecientos hombres contra veinte y dos mil, y hallándose sin víveres ni municiones. Los vencedores destruyeron las murallas, los fuertes y los edificios de la capital de la India francesa, no dejando en pié mas que las cabañas indias. Murió para siempre la esperanza que habia concebido la Francia de fundar un imperio en la India, y la compañía inglesa dió principio al sistema de conquistas que siguiendo el plan de Dupleix le ha valido la posesion de aquel país. Los enemigos de Lalli se aprovecharon de esta desgracia para acusarle de traicion. Se presentó ante el parlamento de París seguro de su inocencia, pero despues de seguirle un proceso que llena de oprobio la antigua magistratura, fué condenado á muerte, y conducido al suplicio con una mordaza en la boca (1).

El lamentable estado de la hacienda se añadia á los desastres de los ejércitos. Madama de Pompadour elegia los ministros entre los cortesanos, lo mismo que los generales; deseaba sobre todo que el contralor de hacienda fuera dócil en pagar *al contado los billetes* firmados por el rey sin especificar su objeto ni servicio, y con los cuales podia atender á sus prodigalidades y gastos del Parque de los ciervos. Se habian establecido dos vigésimas sobre todas las tierras, creado rentas y fundado loterías, hasta que el nuevo contador Silhouette quiso ensayar un impuesto territorial sobre todas las clases; pero se vió obligado á ceder á las quejas de los privilegiados, que habian conservado toda su energía para defender sus riquezas. Fué preciso entonces aumentar la *capitacion*, suspender el pago de las rentas, y emplear todos los desastrosos medios que habian arruinado á Luis XIV. Silhouette salió del ministerio, pero sus sucesores, que se cambiaban casi todos los años, no fueron mas hábiles ni mas afortunados.

§. XIII.—*Campañas de los franceses en 1760 y 1761.*—Despues de haber pasado el invierno en el Mein, el mariscal Broglie (1760) se incorporó en Fridzlar con un cuerpo mandado por el conde de San German y marchó hácia Cassel. Su ejército ascen-

(1) El hijo de Lalli, ayudado por Voltaire, consiguió rehabilitar la memoria de su padre en 1778.

dia á mas de cien mil hombres; pero á pesar de contar con fuerzas tan respetables y de haber reportado ventajas en Corbach, se contentó con la toma de Cassel y de Minden, y se detuvo al saber que Fernando se había apoderado de Cleveris, en el bajo Rhin, con veinte mil hombres. Envió entonces hácia ese lado una division de fuerzas iguales, mandada por el conde de Castries que derrotó el enemigo en Clostercamp (6 de octubre). La noche que precedió á este combate el caballero de Assas, capitán del regimiento de Auvernia, yendo de descubierta, cayó en poder de un destacamento enemigo que iba á sorprender el campamento. Amenazado de muerte por veinte bayonetas, solo dijo estas palabras: «A mí, Auvernia! el enemigo!» y cayó traspasado por cien heridas. La victoria de Clostercamp obligó el destacamento del bajo Rhin á retroceder hácia el ejército de Brunswick, y los franceses tomaron cuarteles de invierno entre Werra y Fulda.

Al siguiente año (1761), Fernando dirigió la derecha de su ejército de sesenta mil hombres hácia Fritzlar, su centro al Dimel y su izquierda á Eisenach. Temiendo Broglie ser rodeado por derecha é izquierda, emprendió la mas vergonzosa retirada, retrocedió en desórden al Fulda, y no se detuvo hasta Hanau. Habiendo recibido allí refuerzos, marchó hácia el Lahn, consiguió algunas ventajas en Grumburgo, obligó al enemigo á volver á pasar el Dimel, y recobró su posicion de Cassel.

Soubise, que se hallaba acantonado en el bajo Rhin con sesenta mil hombres, se puso en tanto en movimiento por Wesel y Dortmund, y se reunió con Broglie en el Ruhr. Fernando se situó en Willighausen cerca del Lippe, y con sus setenta mil hombres hizo retirar á cien mil franceses con pérdida de seis mil hombres (15 de julio de 1761). Separáronse Soubise y Broglie acusándose recíprocamente de esta vergonzosa derrota; el primero retrocedió al bajo Rhin, el segundo hizo una tentativa contra Hameln y pasó el Wesser; pero fué bastante un pequeño movimiento del enemigo hácia Cassel para hacerle volver al país situado entre el Werra y el Fulda.

«Esta campaña fué el extremo de la ineptitud y de la incapacidad. El soldado francés valia no obstante tanto ó mas que su enemigo en aquella época, y lo probó en muchas ocasiones cuan-

do estuvo bien dirigido. La caballería era brillante, bien montada y disciplinada; la artillería excelente, el cuerpo de ingenieros el mas entendido de Europa, y no era muy despreciable la infantería. Finalmente estaba compuesto todo el ejército de franceses que sentian una humillacion al recordar el resultado de las campañas anteriores, y deseosos de realzar la gloria de sus banderas; mas los generales jefes de division y los generales particulares eran completamente ignorantes é ineptos (1), se decidían las cuestiones con fútiles intrigas y torpes manejos, las operaciones se delineaban en el tocador y por la mano de Madama de Pompadour; y en fin la cobardía y la traicion era una cosa ordinaria en las elevadas categorías. Mientras los Assas se sacrificaban gloriosamente, el conde de Maillebois hacia imposible la victoria de Minden, M. de Mortagne causaba la derrota de Crevelt, y el mariscal Broglie la de Minden y tal vez la de Willighausen. De modo que la guerra de los siete años solo sirvió para deshonar á la nobleza, y el oprobio con que habia manchado el nombre francés iba á hallar pronto su castigo en dias de espantoso recuerdo.

§. XIV.—*Campañas de Federico desde 1758 á 1761.*—Mientras ciento cincuenta mil franceses no habian hecho durante cuatro campañas mas que devastar el país situado entre el Rhin y el Weser sin conseguir otro resultado que las deshonoras de Crevelt, de Minden y de Willighausen, Federico luchaba contra doscientos mil enemigos con gloria, sin que sus victorias fuesen mas favorables al desenlace de la guerra que las derrotas de los franceses.

En la primavera de 1758 se hallaban en Silesia ochenta mil austriacos, y amenazaban á Sajonia cincuenta mil hombres pertenecientes á los círculos, al mismo tiempo que desembarcaban en Pomerania veinte mil suecos y cruzaban la Polonia sesenta mil rusos. Federico dió á su hermano Enrique el encargo de custodiar á Sajonia, envió al mariscal Dohna á rechazar á los suecos, y marchó él contra los austriacos. Recobró á Schweidnitz, penetró en Moravia, se estrelló ante los muros de Olmutz, y entró otra vez en Silesia, donde atacaban á Custrin los rusos despues

(1) Memorias de Napoleon, t. V, p. 313.

de haber cruzado toda la Prusia. Mandó que se incorporase con su ejército el de Dhona y con treinta y cinco mil hombres marchó contra los rusos situados en Zorndorf allende el Oder en número de cincuenta y cuatro mil. Los atacó (25 de agosto), los venció, les mató ó tomó diez y ocho mil hombres, pero no se atrevió á seguirlos en su retirada, y se dirigió á Sajonia.

Mientras él luchaba contra los rusos, Daun se juntó en el Elba con el ejército de los círculos despues de haber confiado el sitio de Neiss á uno de sus tenientes, y ocupó entre Gorliz y Bautzen la formidable posición de Hohenkirch para impedir que el rey libertara á Neiss. Federico llegó subiendo por el Sprée á Bautzen, y tomó una mala posición delante de los austriacos. Daun rodeó entonces su derecha durante la noche, sorprendió el ejército prusiano, lo derrotó completamente, y le causó una pérdida de diez mil hombres (14 de octubre).

El rey de Prusia reparó este desastre: ocultó su marcha al enemigo, llegó ántes que él á Gorlitz, se dirigió rápidamente á Silesia, y desbarató el sitio de Neiss. Daun, en vez de seguirle, cambió de plan, marchó hácia el Elba y atacó á Dresde; pero Federico volvió con rapidez á Sajonia, y obligó á los austriacos á retirarse á Bohemia.

Los rusos y austriacos se convinieron al año siguiente en reunirse en el Oder para operar en masa. Los primeros vencieron en Palzig el cuerpo prusiano que defendia la Pomerania y llegaron á Crossen, pero solo hallaron allí una división austriaca. Federico entonces, despues de haber perdido tres meses en observar á Daun en Silesia, marchó contra los rusos con cuarenta y cinco mil hombres, y los halló atrincherados en Kumersdorf cerca de Francfort. Los atacó (12 de agosto de 1759), pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la masa impassible de aquellos autómatas, perdió veinte y cinco mil hombres entre muertos y prisioneros, y emprendió la retirada hácia el Sprée para defender á Berlin. «Hubieran perecido todos los prusianos, decia el mismo Federico, si los rusos hubiesen sabido aprovechar sus triunfos: solo les faltaba dar el último golpe.»

El ejército de los círculos habia rendido entretanto á Torgau, Wittemberg y Dresde, y al saber Daun estos triunfos, en vez de incorporarse con los rusos vencedores, partió desde la Silesia

á Sajonia. Federico sacó un buen partido de este yerro, se situó entre Cottbus y Górlitz para impedir la union de los rusos y los austriacos, y enojados los primeros por el abandono de sus aliados, se retiraron al Vístula. Dirigióse él entonces á Sajonia, pero creyendo sin razon que Daun queria retirarse á Bohemia, destacó diez mil hombres á Maxen para cortarle los desfiladeros, pero el ejército austriaco atacó á esta division y la obligó á rendir las armas.

Federico empezaba á desanimarse con tantas desgracias, y veia sus ejércitos reducidos á ochenta mil hombres para defender tres provincias, dar guarniciones á veinte plazas, y resistir á doscientos mil hombres. Parecia que estaba cansado de una lucha tan interminable, cometia enormes faltas, fatigaba á sus tropas con marchas contínuas y las batallas mas sangrientas que se han conocido, y comprendido que sus enemigos no estaban cansados ni habian disminuido. «Estos son los trabajos de Hércules, decia, en una edad en que la fuerza me abandona, y empieza á faltarme la esperanza.»

Al principio del año 1760 intentó recobrar á Dresde, pero salió vencido por las fuerzas superiores de Daun. Mientras esto acontecia, invadia la Silesia otro ejército austriaco mandado por Laudon, venciendo en Landshut la division prusiana que defendia esta provincia y obligándole á rendir las armas. Desde allí marchó á Glatz, la tomó, y amenazó á Breslau al mismo tiempo que los rusos entraban en Berlin.

Federico acudió con rapidez desde Sajonia á Silesia: Daun le siguió, se juntó con Laudon, costó el Katzbach, y cortó el camino de Breslau. Hostigado el rey por fuerzas triples á las suyas, buscaba un camino por donde retirarse, cuando se aprovechó de un movimiento falso de Laudon hácia Liegnite para derrotarle completamente (15 de agosto).

Esta victoria libertó á Breslau y decidió á los rusos á evacuar á Berlin. El ejército de Sajonia invadió en tanto el Daum, Federico se apresuró á volver á su país, pero fué seguido por Daun que tomó posicion cerca de Torgau. Le atacó y le venció despues de una espantosa carnicería, donde perdieron los austriacos veinte mil hombres y los prusianos diez y seis mil.

La batalla tuvo el mismo resultado que las otras; los austría-

cos quedaron acampados cerca de Dresde, los rusos volvieron á entrar en Polonia como acostumbraban, y los suecos permanecieron en la inacción.

Si los enemigos de Prusia hubiesen estado de acuerdo, habia llegado ya el momento de aniquilar á Federico que solo tenia tropas bisoñas, malas y reclutadas con grandes gastos entre todos los aventureros de Alemania, pero los errores de sus enemigos le salvaron tambien en la campaña de 1761. Mientras Daun permanecia en la defensiva en Sajonia, Laudon se reunió con los rusos en Silesia, y Federico se vió rodeado por fuerzas cuádruples en el campamento de Bunzelwitz cerca de Jauer. Era segura su perdicion cuando se separaron los dos ejércitos enemigos que estaban en discordia. Los rusos volvieron á pasar el Oder, y se dirigieron á Colberg para invernar en Prusia, mientras Laudon sitió y tomó á Schweidnitz.

§. XV.—*Resultado de la guerra.—Pacto de familia.—Pitt sale del ministerio.*—Hacia cinco años que duraba la guerra y la cuestion no habia adelantado un paso despues de veinte grandes batallas y cerca de ochocientos mil hombres sacrificados: Francia y Austria estaban vencidas pero nó agotadas, podian sostener aun muchos años de lucha, vivian á pesar de sus derrotas en el territorio de sus enemigos, mientras Fernando y Federico sucumbian con sus propios esfuerzos. Nadie sabia en qué pararia aquella contienda, ó por mejor decir, se presagiaba que cansados de inútiles combates todos los beligerantes, dejarian las armas para ocupar otra vez su primera posicion. Tan absurda era esta guerra en la que se acribillaban todos los años sin motivo y sin razon quinientos ó seiscientos mil hombres, y en la que solo estaban en juego mezquinos intereses, una política raquíca y una provincia disputada por dos potencias. Por esta razon los ejércitos eran frios, pasivos y sin inspiracion, y las alianzas francesas se determinaban como los planes de campaña, no por consideraciones políticas sino por dinero, en la que solo se hacia mencion de reyes y generales, y por medio de los cuales se hacian la guerra Francia é Inglaterra con mas encarnizamiento que con las armas. Por esta razon los pueblos solo estaban interesados en la lucha por sus sufrimientos, y no existia espíritu nacional que brillase en Austria ó en Prusia con la gloria de las

victorias de Federico ó de Daun; y lo habia menos en Rusia, cuyos soldados esclavos mataban ó se hacian matar automáticamente, y menos aun en Francia donde todos se reian de las derrotas, hacian mofa de Soubise y de la Pompadour y solo elogiaban á Federico. Pero nó; habia un país donde la guerra inspiraba un serio interés, donde despertaban interés los triunfos y las derrotas, donde era fusilado el general vencido y llevado en triunfo el vencedor; era el único país en Europa que tenia tendencia en su política, grandeza en las ideas y firmeza en sus planes, bajo la direccion de una aristocracia ambiciosa, hábil y perseverante; ese país era la Inglaterra.

El pueblo inglés empezaba á quejarse no obstante de la enormidad de los impuestos, del aumento de la deuda, de la duracion de la guerra, y especialmente de las enormes pérdidas que hacian sufrir al comercio los corsarios franceses. Y era cierto; en menos de cuatro años les habian apresado estos dos mil quinientos treinta y nueve barcos ingleses, en tanto que la marina inglesa, que tenia ciento veinte navíos de línea, no habia quitado al comercio francés mas que novecientos cuarenta y cuatro buques, de los cuales doscientos cuarenta eran corsarios. Se habia formado una oposicion violenta en el parlamento contra el ministerio Pitt, dirigida por lord Bute que aspiraba al poder y deseaba la paz. Jorge III, que habia sucedido á Jorge II (25 de octubre de 1770) apoyaba esas disposiciones pacíficas con el secreto fin de libertarse de la dominacion de los whigs. Al mismo tiempo la corte de Versalles presentó proposiciones de arreglo mas que moderadas, ofreció ceder el Canadá, el Senegal, Tabago, Menorca, etc. con la condicion de restituir todo lo adquirido durante la guerra. Pitt trató de arrogante esta condicion, y opuso á las ofertas de Francia proposiciones que creyeron exorbitantes é injustas los mismos ingleses. Se rompieron las negociaciones, y la guerra continuó con nuevo vigor y tenacidad. Entonces fué cuando los ingleses se apoderaron del Canadá y de Pondicheri, y hasta se atrevieron á tomar á Belle-Isle en las costas de Francia.

El sultan del Parque de los ciervos, parodiando á su glorioso antecesor en su desgracia, publicó las proposiciones humillantes que habia hecho, la negativa que habia recibido, y creyó

que iba á reanimar el espíritu nacional. Nadie se movió; el pueblo rechazaba todo el oprobio de la guerra sobre su gobierno. El gabinete de Versalles conoció entonces que era preciso buscar en el mar el desenlace de la contienda.

Choiseul había llegado en esa época á conseguir su objeto á fuerza de ingenio y astucia; dirigia todos los negocios como ministro de guerra y marina, y por medio de las relaciones exteriores que había confiado á uno de sus parientes. Este negociador del segundo tratado de Versalles no desconocia el desprecio que excitaba la absurda guerra que la Francia hacia en Alemania, y toda su ambicion se limitaba entonces á llevar la contienda á su verdadero terreno, y proyectó fortificar los restos de la marina con la de España. Había muerto el débil Fernando sucediéndole su hermano Carlos rey de Nápoles (1), príncipe inteligente que se dedicaba con éxito á regenerar la España, y que no creia otro medio mejor de engrandecerla que el de su union íntima con Francia. Convencido de que su antecesor había incurrido en un grave error dejando la marina de su aliada expuesta á los golpes de la potencia que ambicionaba abiertamente la ruina de todas las demás, prestó oídos á las proposiciones de Choiseul, y se concluyó entonces el tratado conocido con el nombre de *Pacto de familia*, que es la obra maestra de los actos diplomáticos del reinado de Luis XV. Todos los príncipes de la casa de Borbon se unian por medio de una alianza perpetua ofensiva y defensiva, se garantizaban mutuamente sus estados, reconocian al enemigo de uno de ellos como enemigo de todos, se comprometian á no hacer jamás alianza separada con ninguna otra potencia de Europa, dejaban libres recíprocamente sus puertos y fronteras, y hacian de los súbditos de sus aliados un conjunto tan íntimo, que los pueblos de Francia, España, Dos Sicilias y Plasencia solo debian formar «una nacion ó una sola familia.» Era una magnífica concepcion inspirada por la política de Luis XIV, que terminaba lo que el gran rey no había podido hacer, completando los tratados de Utrecht, de Viena y de Aquisgran y convirtiéndolo á la casa de Borbon en árbitro del mediodía de Europa.

(1) Cuando Carlos III subió al trono de España dejó á su segundo hijo el de las Dos Sicilias. Se había convenido en el tratado de Aquisgran que no podian estar reunidas estas dos coronas en una misma persona.

El Pacto de familia fué una negociacion secreta, pero la sospechó Pitt y lleno de inquietud pidió explicaciones á España. Esta nacion le hizo protestas de sus sentimientos pacíficos, ofreció negociaciones, y declaró que no existia entre ella y la Francia ninguna liga ofensiva que pudiera alarmar á Inglaterra. No satisfizo á Pitt esta respuesta. Propuso al consejo que precaviera los designios de la casa de Borbon, aprovechando la ocasion que ofrecia entonces de arruinar la marina española la circunstancia de no tener la Francia mas que un navío de línea, y desarrolló un plan muy atrevido para apoderarse de los galeones, y destruir las colonias de España. «Semejante medida, decia, servirá de leccion á S. M. C. y á toda la Europa, para que no se atrevan jamás á mezclarse en los negocios de la Gran Bretaña.» Todos los ministros rechazaron esta proposicion. Irritado Pitt con una oposicion tan inusitada, declaró que «habia llegado el momento de humillar á la casa de Borbon, y que si se desperdiciaban la oportunidad y la gloria de este momento, no seria posible volverlos á encontrar.» El consejo persistió en su resolucion. Entonces Pitt dijo «que llamado al ministerio por la voluntad del pueblo, á este era á quien únicamente debía darse cuenta de su conducta, que no podia permanecer en la posicion en que le habia colocado la negativa de sus cólegas, y presentó su dimision. Le sucedió lord Bute (2 de mayo de 1761).

Se hizo público en tanto el Pacto de familia, y la Inglaterra declaró en el acto la guerra á España, y como esta no se hallaba preparada, no hizo mas que participar de los desastres de la Francia. Vió perdidas sucesivamente la isla de Cuba y las Filipinas, doce navíos y 100 millones de apresamientos, en tanto que Francia perdia la Martinica, Granada, San Vicente y Santa Lucia. El pacto de familia se habia llevado á cabo demasiado tarde, pero el ministerio inglés concibió tanta inquietud, á pesar de sus triunfos, que consintió en entablar negociaciones pacíficas.

§. XVI.—*Campaña de 1762.*—La guerra continental continuaba al mismo tiempo con su habitual frialdad y lentitud. En la primavera de 1762 Soubise se hallaba situado en Lorbach con ochenta mil hombres, pero avanzando hácia el Dimel, fué vencido en Wilhelmstad (24 de junio de 1762), y retrocedió á Cassel y en seguida á Francfort. Despues marchó hácia el Lahn para

incorporarse con los treinta mil hombres del ejército del bajo Rin. Volvió entonces á tomar la ofensiva, pero despues de algunas ventajas conseguidas en Fridberg por una de sus divisiones, dejó sitiarse y tomar á Cassel delante de su ejército de cien mil hombres por otro de sesenta mil, é iba á ser expulsado de Hesse cuando supo que se habian firmado los preliminares de la paz (3 de noviembre).

En otro teatro de la guerra, Federico, salvado todos los años por el desacuerdo de sus enemigos, veia su situacion cada vez mas apurada y difícil. Sus estados estaban abrumados, y solamente á fuerza de despotismo pudo reunir aun soldados y dinero. «La nobleza, decia él mismo, estaba cansada y empobrecida, y el pueblo bajo arruinado; habia muchas aldeas incendiadas y muchas ciudades destruidas. Una anarquía completa habia trastornado el órden de la policia y del gobierno. Diez y siete batallas habian causado la muerte de la flor de los oficiales y soldados; los regimientos estaban casi en cuadro y compuestos en la mayor parte de desertores y prisioneros; y no se podian reclutar en toda Alemania despues de haber disminuido lord Bute á la Prusia los subsidios que le pagaba Pitt. En fin, los aliados iban á còmenzar otra vez la campaña apoyados en las plazas de Colberg, de Schweidnitz y Dresde que les daba la posesion de Prusia, de Silesia y de Sajonia. Parecia evidente que Federico iba á sucumbir por sí mismo y sin esfuerzo, cuando un acontecimiento imprevisto engañó á todos los políticos de Europa, y desvaneciò una multitud de proyectos.» Murió Isabel, y le sucedió su sobrino Pedro III (5 de enero de 1762), admirador entusiasta del rey de Prusia, que no solamente abandonó á sus enemigos, sino que abrazó su alianza y le envió un auxilio de veinte y cuatro mil hombres. Es cierto que algunos meses despues Pedro fué destronado y asesinado por su mujer Catalina de Anhalt que se hizo proclamar emperatriz, pero si la nueva czarina retiró sus tropas del ejército prusiano, se declaró despues neutral, y Federico se habia aprovechado de la alianza momentánea para recobrar á Schweidnitz mientras el príncipe Enrique derrotaba á los austriacos en Freyberg de Sajonia. Habiéndose firmado entonces los preliminares de la paz entre Francia é Inglaterra, quedaron solos en el campo de batalla María Teresa y Federico. Este envió

una division de su ejército á Ratisbona que obligó al imperio á aceptar la neutralidad, y su enemiga se decidió á dejar las armas viéndose abandonada de sus aliados.

§. XVII.—*Tratados de París y de Hubertsburgo.*—*Sus resultados.*—Concluyéronse entonces por separado los tratos de París (10 de febrero de 1763) y de Hubertsburgo (15 de febrero), que dieron fin á la guerra de los siete años. El tratado de París entre Francia, España, Inglaterra y Hannover hacia devolver á Luis XV las ciudades que poseia aun en Alemania, restituir Menorca á Inglaterra, cederle la Acadia, el Canadá, el cabo Breton, y el golfo del rio de San Lorenzo, Granada, San Vicente, la Dominica, Tabago y el rio del Senegal con sus factorías; consentir en que el Misisipí sirviera en adelante de límite á las posesiones inglesas; no poder recobrar sus colonias de la India sino con condicion de no fortificarlas mas y de dejarlas sin guarniciones; y le comprometia á demoler otra vez á Dunquerque y á ceder la Luisiana á España para indemnizarle de la Florida, que esta cedió á los ingleses mediante la restitucion de Cuba y de Filipinas.

Federico conservó la Silesia por el tratado de Hubertsburgo y prometió su voto para la eleccion de rey de romanos en favor de José, primogénito de María; el elector de Sajonia recobró sus estados, y la Suecia evacuó la Pomerania prusiana.

De este modo se terminó una guerra que costó á Europa un millón de hombres, despues de la cual no quedó nada trocado, si se consideran solamente los territorios, y sobre todo si se atiende á la influencia política y á las relaciones entre los estados beligerantes. La Francia gastó mil millones y doscientos mil hombres para alcanzar la deshonra de un nuevo tratado de Bretigny, perdió para siempre la ocasion de convertirse en potencia colonial, dejó de ser mirada como la primera nacion militar del continente, y vió eclipsado todo el brillo de su antigua gloria por la de un pequeño estado que se honraba antes de estar asalariado y bajo su proteccion. La Inglaterra, la soberana del Océano, era dueña de la mitad de América é iba á dar principio á su maravilloso imperio de la India.

El tratado de París excitó la reprobacion unánime de la aristocracia inglesa que acusó á lord Bute de traicion por haber dejado á Francia algunos puntos de comercio, por no haber quitado

á España alguna rica posesion, y por no haberse aprovechado de las victorias de un pueblo que es el «terror del mundo,» segun decia Pitt; y este no cesó de pedir con su varonil elocuencia «la guerra contra el antiguo é implacable enemigo, la guerra contra la casa de Borbon.»

El Austria se decidió á marchar por la nueva senda política que le habia indicado María Teresa; se resignó á no dominar mas que en los países del mediodía, aceptó la creacion de la monarquía prusiana, se esforzó en vivir en armonía con ella, y un crímen político selló bien pronto esta union que aseguró al mismo tiempo la servidumbre de Alemania.

La Prusia se convirtió en potencia de primer órden, no por su fuerza material, pues su territorio apenas contaba cinco ó seis millones de habitantes; no por su brillante estado militar, cuya conservacion y acrecentamiento procuró por todos los medios posibles, sino por la fuerza de la opinion que le dió la lucha desigual que habia sostenido. Federico adquirió una fama superior á su mérito. La Alemania le distinguió con los dictados de *Grande* y de *Unico*, Pitt le llamaba el *hombre de los milagros*, y la guerra de los siete años parecia á todos el último término de perfeccion del arte militar. No obstante, el rey de Prusia solo habia perfeccionado la táctica de las batallas, no habia concebido ninguna de esas combinaciones estratégicas que terminan la lucha como por la fuerza de un rayo obligando al enemigo rendido á pedir compasion; habia sabido maniobrar hábilmente en un combate, pero cuando hacia hasta quinientas leguas en una campaña, solo marchaba de un lado á otro, mas aprisa á medida que atacaba, sin plan trazado de antemano, y obligado á seguir el de sus enemigos. Definitivamente, el arte de la guerra hizo muy débiles progresos con Federico. Pero al lado de la ignorancia y errores de Soubise y de las temporizaciones de Daun, su audacia pareció el colmo del genio militar; nadie conocia que Federico por grande que fuera en realidad, se engrandecia mucho mas con la pequeñez de sus enemigos, y se aprovechaba de la esterilidad de su siglo en capitanes; nadie comprendia la maravilla de su salvacion, que él mismo atribuía «á la falta de armonía entre las potencias de la gran alianza.» «Ocupaba una línea central con una masa respetable contra dos ejércitos aislados

que solo operaban sucesivamente con dos ó tres meses de intervalo, y cuyos jefes, sin resolucion y pusilánimes, jamás estaban de acuerdo (1).» Este fué el secreto de sus triunfos, al cual se deben añadir los millones de Inglaterra.

«Federico ha sido grande, dice Napoleon, especialmente en los momentos críticos, y este es el mejor elogio que puede hacerse de su carácter; pero todo esto nos hace creer que no hubiera podido resistirse en campaña contra Francia, Austria ó Rusia, si estas potencias hubieran obrado de buena fe, y que no hubiera podido hacer dos campañas contra Austria y Rusia si el gabinete de San Petersburgo hubiese permitido que sus ejércitos invernasen en el campo de las operaciones. Desaparece pues lo maravilloso de la guerra de los siete años; pero es lo cierto, que esta guerra justifica la reputacion que ha gozado el ejército prusiano durante los últimos cincuenta años del siglo pasado, y consolida en vez de disminuir la gran reputacion militar de Federico (2).

CAPÍTULO IV.

Fin del reinado de Luis XV. (1763—1774.)

§. I.—*Progresos de la filosofía.—Reaccion idealista democrática de Rousseau.*—Nunca habia representado la Francia un papel político tan triste como durante la guerra de los siete años, pero jamás habia ejercido mayor influencia en Europa. Cuanto mas se envilecía el gobierno, mas se elevaba la nacion. La supremacía que habia adquirido en el reinado de Luis XIV por la gloria de sus armas y su esplendor social, era inferior á la que disfrutaba reinando Luis XV únicamente por sus ideas. La literatura era su gloria, su poder y su libertad. Todos los ojos estaban fijos en ella, todos los pueblos observaban la menor centella salida de este foco de luces, no habia un filósofo extranjero que no quisiera ser el compatriota de los filósofos franceses, ni soberano ni hombre de estado que por hipocresía ó por ceguedad no apoyase la filosofía, esperando hacer de ella un instrumento de dominacion ó de popularidad. El idioma y los libros franceses dominaban

(1) Jomini, Tratado de operaciones militares, t. III.—(2) Memorias de Napoleon, t. V, p. 33.

todo el mundo, y en todas partes se hallaban sus ideas; ellas inspiraban á Gibbon, Reid, Franklin y Beccaria, «á la Academia de Berlin, á la corte de Catalina y á los consejos de José II; y no solamente eran objeto de buen gusto y de literatura, sino que influían en los gobiernos, y transformaban el espíritu de las sociedades. Ellas dirigían en Milan despues de la conquista austriaca la administracion ilustrada y bienhechora del conde de Firmian, suscitaban en Nápoles contra Filangieri reformadores y filántropos, y libres y cínicos pensadores contra Galiani; y en la misma España, en ese país de tenaz rutina y de obediencia monacal, hacían penetrar saludables cambios en la administracion y en las costumbres, y formaban tres ministros reformadores, al sábio y prudente Campomanes, al animoso Aranda que venció á los jesuitas en su territorio predilecto, y hasta á Floridablanca. Estas mismas ideas francesas llevadas al exceso por un espíritu violento, apóstol de la filosofía como Jimenez lo había sido de la fé, producían en Portugal los resultados mas extraños; el marqués de Pombal apagaba las hogueras de la inquisicion para los herejes, y las encendía para los sacerdotes, hacia traducir á Voltaire y Diderot, y ponía las mas rigurosas trabas en la prensa y el correo (1).

La Francia justificaba su supremacía intelectual continuando su obra de destruccion, de progreso y de reforma con una actividad infatigable. ¡Cuántas teorías, sistemas y desvaríos; pero también cuántos descubrimientos! ¡cuántos progresos en astronomía con Lacaille, Lalande, Cassini, Chappe, Legentil y Pingré; en botánica con Adanson y los dos Jusieu, y en matemáticas con Alembert, Clairaut, Maupertuis y Condorcet! ¡qué magnífico monumento levantado á la historia natural por Buffon, «este genio igual en majestad á la naturaleza,» que descubria la geología y creaba la zoología! Nunca la ciencia había sido tan popular y práctica, ni estado tan en armonía con las letras. Pero jamás habían adquirido tan poco las letras un carácter tan positivo, ni se habían puesto mas en contacto con la sociedad; jamás había sido la prosa tan florida y profunda, tan llena y tan precisa, tan solemne y tan vulgar; nunca se había

(1) Villemain, Cuadro del siglo diez y ocho, t II. p. 28.

estudiado la verdad menos por sí misma y bajo el punto de vista puramente intelectual, «pues se la buscaba como un argumento en apoyo de una causa ó como una arma para un combate (1).» Las ideas entraban en el mundo real, lo examinaban, lo juzgaban, le intimaban á arreglarse observando sus leyes, y las doctrinas eran acontecimientos; pero el espíritu de discusión se mezclaba también en todo, el carácter censorador de la nación tomaba un aspecto de gravedad amenazadora, se creían destinadas á la aplicación las hipótesis más ridículas y criminales, formaban secta las doctrinas disolventes de Diderot y de Helvecio, y hallaban admiradores los libros locamente perversos de la Metrie y de Holbach. Voltaire no cesaba de hablar; ya chispeaba de alegría con los anatemas de los devotos, ya despreciaba sin refutarlos á los predicadores del ateísmo, porque eran los destructores alistados en sus banderas. «Yo he hecho más en mi época que en la suya Lutero y Calvino,» decía, y se reía de la disolución social que había preparado. «Todo lo que veo, escribía, arroja las semillas de una revolución que llegará indefectiblemente y de la cual no tendré el placer de ser testigo. Se ha esparcido de tal modo la luz, que estallará á la primera ocasión, y se armará entonces una excelente camorra. ¡Qué felices son los jóvenes porque van á ver grandes cosas (2)!»

En medio de este gran naufragio de todas las ideas morales y religiosas, políticas y sociales, en medio de esta anarquía del pensamiento con tendencias á pasar á los hechos, cuando Voltaire y los enciclopedistas, Montesquieu y los economistas, no hacían más que destruir, se alzaba un genio poderoso que pretendía edificar, despertar el idealismo, y colocar la base política de la nueva sociedad. Era J. J. Rousseau.

Este compuesto de fango y de luz, esta alma magullada por la desgracia y por el mundo, este plebeyo que unía tanta inmoralidad á tanto deseo del bien, é inspiraciones tan elevadas á una vida tan innoble, después de una juventud viciosa, miserable y vagabunda, se había aislado en la secta de los enciclopedistas; pero no encontró en estos doctores de la nada y de la licencia lo que buscaba su imaginación ardiente y enfermiza, ó su espíritu

(1) Guizot, art. *Enciclopedia*, en la Enciclopedia progresista.—(2) Carta á M. de Chauvelin 2 de abril, de 1762.

meditador y paradójico, su carácter insocial, su orgullo feroz y su misantropía salvaje. Halló la vocacion de su genio rebelándose contra la sociedad y el filosofismo, contra el poder y la oposicion, contra el culto y contra el ateismo. Atacó al principio las letras en su *Discurso sobre la influencia de las letras en las costumbres*, odiando á la sociedad afeminada que lo perdonaba todo en honor del talento, y odiando á los reformadores que se creían los soberanos con sus frases y folletos; opuso á las costumbres ligeras y epícureas del siglo un estoicismo inflexible y antisocial; á su frivolidad y á su furor de lujo, de molicie y de placeres fastuosos, la gravedad antigua, la aficion á la sencillez, los campos y los encantos del hogar doméstico. Poco tiempo despues en su *Discurso sobre la desigualdad de las condiciones sociales*, «reconoció la institucion de la sociedad civil en desprecio de la monarquía de Luis XV, apoyó las quejas del pobre contra el rico, y de la multitud contra los pocos y privilegiados. Este discurso sombrío y vehemente, lleno de razonamientos especiosos y exageraciones apasionadas, tuvo mas prosélitos que lectores. Lanzó algunos axiomas, que repetidos de boca en boca, debian resonar un día en las asambleas nacionales para inspirar ó justificar á sus propios ojos á los mas osados niveladores, á los enemigos de las gerarquías desde el derecho arbitrario del nacimiento hasta el derecho inviolable de la propiedad.

Despues de este principio de insurreccion, Rousseau rompió abiertamente con los enciclopedistas en el *Emilio* y con el poder en el *Contrato social*. A los que pretendian explicarlo todo por la organizacion de la materia, la influencia del hábito y el instinto de la conservacion, oponia en el *Emilio* la actividad del alma, la conciencia innata del bien y del mal, y la ley del deber (1).» Despertaba la idea casi extinguida de la divinidad, intentaba conciliar el cristianismo con la razon adoptando su moral y rechazando su culto; y no enseñando á creer, demostraba la nada del escepticismo. Además, en aquel desbordamiento de licencia en el que no existia el espíritu de familia, en que estaba seriamente desacreditado el matrimonio, en que el adulterio era, por decirlo así, un convenio, y en que las mujeres habian perdido to-

(1) Villemain, t. II, p. 423.

do su ascendiente moral materializándose, recordó las virtudes domésticas, enseñó á las madres á criar á sus hijos, y devolvió á las mujeres la aureola de poesía y de ilusiones que les habian arrancado. Derrocó por fin la doctrina del egoísmo que habia tenido un éxito tan escandaloso, con el dogma del amor á la humanidad y la ley de la union social.

Proclamó en el *Contrato social* el derecho que tenian las naciones de modificar sus gobiernos, y por una prevision del porvenir mas profunda que la de Voltaire, que se detenia en la monarquía absoluta con reformas administrativas, y que la de Montesquieu, que ensalzaba la monarquía aristocrática, se dirigia sin rodeos á la soberanía del pueblo y al estado puramente democrático. Teoría llena de errores y de hipótesis en la que, por una ceguera comun á todos los talentos de esta época, queria hacer retroceder á la humanidad hácia la sociedad antigua á la que miraba como la sociedad normal primitiva y natural, pero teoría que ha dado al orden social los mas rudos ataques para preparar su ruina. «La revolucion sacó de allí sus principios y una nomenclatura política completa. Desde la declaracion de los derechos del hombre hasta la constitucion del 93, no hay acto alguno importante de esta época en que no se encuentren la influencia mal ó bien comprendida de Rousseau, sus principios, sus pensamientos y hasta sus frases, imitados, comentados y copiados.»

«Este papel de enemigo de las letras en un país enloquecido con la literatura, de misántropo y salvaje especulativo en un mundo estragado de política y elegancia social, de democracia en una antigua monarquía absoluta y con una aristocracia gastada por sí misma, y de deísta y de espiritualista en medio del hundimiento de las creencias, de la incertidumbre de las almas y del cansancio de los sistemas (1), valió á Rousseau, además del odio de los materialistas y de las invectivas desagradables de Voltaire, la persecucion del clero, del parlamento y de la corte. Consistia en que el escepticismo de Voltaire, el ateísmo de Diderot y el egoísmo de Helvecio parecian mucho menos seductores y peligrosos que su fe sociniana, su entusiasta espiritualismo y hasta

(1) Villemain, t. II, p. 143.

sus ideas de adhesión y de deber, y en que los filósofos solo habían querido hasta entonces convertir á sus doctrinas á las clases elevadas de la sociedad, mientras Rousseau se dirigia á las masas y habia sido el que con mas osadía las habia impelido á una revolucion política (1).

Este pretendido reedificador destruía mas que todos los demás, excitaba mas simpatías y tenía mas discípulos. Todos los jóvenes y mujeres, todas las almas deseosas de adherirse á alguna ilusión ó creencia propagaban sus ideas con furor; los economistas reconocían en este apologista de la agricultura y las costumbres romanas, en este amigo del lujo y de las artes, mas un maestro que un discípulo; los nobles que tenían sinceros deseos de progreso veían en él al apóstol del porvenir; los hombres de estado positivos y los virtuosos magistrados, como Turgot y Malesherbes, que mas tarde intentaron efectuar la reforma social desde el poder, se apasionaron de sus teorías seductoras por la novedad y mas seductoras aun por el estilo encantador con que las revestía, con las cuales quería transformar á la humanidad y crearle siglos de ventura. La escuela de Rousseau fué mas sincera, mas seria y mas entusiasta que las demás escuelas filosóficas; tenía una fe verdadera y generosa en el porvenir; vió la proximidad de una revolucion con alegría grave y solemne; trabajó en ella con un ardor, una lealtad y un candor que nos oprime el corazón: á nosotros hijos de aquella generacion tan frívola y licenciosa, pero al mismo tiempo tan espiritual y confiada, que no creía en la religion y sí en la humanidad, que se enteraba de la dicha y del progreso con tan buena fe, que estaba animada de un sentimiento tan intenso de benevolencia social y que ha hecho en fin tantos sacrificios, ha sufrido tantos tormentos y derramado tanta sangre por nosotros, que á pesar de sus errores y sus vicios, yo no sé si es la mas digna de las lágrimas y del reconocimiento de la posteridad.

(1) «Nos aproximamos al estado de crisis del siglo de las revoluciones. escribía Rousseau en 1760 (Emitio t. III, p. 59). Me parece imposible que duren mucho tiempo las grandes monarquías de Europa. Todas han brillado, y todo estado que brilla está cerca de su declinacion. Tengo en pro de mi opinion razones mas especiales que la máxima que acabo de expresar, pero es inútil decirlo porque demasiado lo conocen todos.»

§. II.—*Destruccion de la órden de los jesuitas.*—Despues de la guerra de los siete años, todo parecia preparado para el cataclismo cuyo espantoso bramido oia desde léjos sin inquietud el rey del Parque de los ciervos; pero existian aun en aquel órden social, que hacia remontar su origen hasta Jesueristo, algunos defensores que derrocar. El principal era la maravillosa Compañía, que en la época en que la palabra fatal de Lutero dió el primer empuje al mundo, se impuso la mision de asegurarlo y salió triunfante por espacio de dos siglos; pero entonces, cuando estaba en su victorioso apogeo la última consecuencia del principio luterano, debia desaparecer la órden de los jesuitas impotente para luchar con ella.

Ya hemos visto que los jesuitas habian perdido en el intervalo de cien años su verdadero poderío, haciendo servir en todas las ocasiones los intereses espirituales para la conservacion de las cosas temporales. Habian enlazado á ellos y dominado al clero del cual formaba la parte mas sábia y evangelica, pero sus escandalosas contiendas con los jansenistas los habian desacreditado completamente, no les habian perdonado nada los parlamentos, el poder absulto miraba con desconfianza su espíritu de intriga y de dominacion, y el filosofismo habia sublevado contra ellos la opinion pública, excitando contra los últimos sostenedores de la fe una especie de conspiracion de la que podian considerarse como jefes los tres ministros Choiseul, Aranda y Pombal.

El poderío de los jesuitas habia recibido ya graves choques en los establecimientos en que era mas pura é incontestable su gloria. Fueron derrocadas de pronto por la envidia excitadas contra ellos en Europa, sus misiones de la China, donde enlazando demasiado humanamente tal vez el cristianismo con las costumbres del país, habian conquistado provincias enteras y hasta al hijo del emperador. Una sangrienta persecucion los hizo desaparecer á ellos y al cristianismo. Los ministros de España y Portugal, que les acusaban de rebelion y de pretensiones á la soberanía de la América meridional, destruyeron sus misiones del Paraguay, donde habian formado una especie de república vasalla del rey de España, y en las cuales habian transformado á cien mil salvajes feroces y miserables en cristianos agrícolos y felices, excitando su pérdida el dolor de todos los amigos de la civilizacion.

Esto era tan solo la inauguracion de la guerra que se les habia jurado. Pombal continuó. Algunos nobles, enemigos del ministro, amigos de los jesuitas y cuya familia habia deshonrado el rey José II, fueron acusados de atentado contra la persona de este príncipe. Citados ante una comision secreta presidida por Pombal, fueron condenados á muerte y ejecutados despues de un proceso inícuo. Dícese que uno de ellos confesó en la tortura que habiéndose aconsejado sobre el atentado de los jesuitas, habian respondido que el matar á un rey no era casi un pecado venial. Bajo este supuesto, el ministro pidió al papa la abolicion de la órden (1759), y habiendo obtenido su negativa, declaró á los jesuitas traidores y rebeldes, confiscó sus bienes, y los hizo embarcar en masa y arrojarlos en las costas de Italia prohibiéndoles volver á pisar el Portugal bajo pena de muerte. Despues emplazó ante la inquisicion á un jesuita medioloco que habia, segun se cree con fundamento, aconsejado el asesinato, y le hizo subir al cadalso como hereje y visionario.

Este acontecimiento causó mucha sensacion en Francia. Los enemigos de la órden recordaron sus doctrinas regicidas, los disturbios de la liga, la muerte de Enrique IV, y el atentado de Damiens. Sacaron á luz los libros inmorales de sus casuistas, su sumision á la corte de Roma, todo el prolijo escándalo de la bula *Unigenitus*, y la ambicion de una sociedad de frailes que aspiraba á representar el papel de los romanos y á formar una monarquía universal. Decíase que el misterio de su constitucion era una conjuracion permanente contra los pueblos. Solo faltaba una ocasion propicia para consumir su ruina.

Por un abuso que reprochaba unánimemente la opinion pública, los jesuitas hacian en todas sus misiones un comercio inmenso que hacia tanto daño á la religion como á la prosperidad nacional. El padre Lavalette, prefecto de las misiones de las Antillas, habia establecido en la Martinica una casa de comercio que estaba en correspondencia con toda Europa, pero habiendo los ingleses apresado sus naves durante la guerra de los siete años, hizo una quiebra de tres millones. La sociedad cometió el gravísimo error de permitir que la emplazaran los acreedores ante el parlamento de París, y se negó á salir fiadora de la quiebra, diciendo que el padre Lavalette se habia extralimitado de las

reglas de la Iglesia, dedicándose á operaciones mercantiles, y que él era el único responsable de sus acciones. Los acreedores alegaron que el general de los jesuitas era el único que disfrutaba del empleo y propiedad de los bienes de la sociedad, que por su consecuencia el padre Lavalette debía ser mirado como un agente suyo, é invocaron con este objeto las constituciones de la órden. El parlamento mandó que le presentasen aquellas constituciones (27 de abril de 1761).

Luego que una sentencia condenó á la órden á pagar las deudas del padre Lavalette, todos los parlamentos empezaron á examinar, no solamente las constituciones, sino la administracion, las doctrinas y la historia de la sociedad. Se despertó el partido jansenista para perseguir á su vez á sus perseguidores; todos los procuradores generales extendieron informes fulminantes contra las constituciones de los jesuitas, y denunciaron á esta órden por formar un estado en el estado, como contraria á las leyes del reino por su sumision á un extranjero; y «por ser la causa del envilecimiento de la religion por su espíritu de intriga, su ambicion y su relajada moral.»

Heridos los jesuitas como de un vértigo, se defendieron con notable torpeza, y no buscaron en la corte otro apoyo que el delfin, cuando este príncipe habia perdido el cariño de su padre por la amistad que con ellos le unia. No decimos por esto que Luis XV desease la ruina de la compañía, pues se acordaba de las palabras de Fleury,—«si los jesuitas son malos para amos, se puede hacer de ellos instrumentos muy útiles;» y temia que los incrédulos y los parlamentos no sacasen ventajas de la pérdida de una órden que era su único obstáculo y barrera; pero su benevolencia era demasiado débil para ser eficaz. Además Madame de Pompadour los aborrecia porque en la época del atentado de Damiens habia perdido por ellos instantáneamente su privanza, y temia que algun confesor viniese un dia á arrojarla del corazon del rey. Finalmente, Choiseul era su enemigo declarado, como enemigo del delfin, por el predominio que en él ejercian las ideas volterianas, y porque queria gobernar con el apoyo de los parlamentos, de la nobleza y de la opinion pública.

Segun la apelacion del procurador general Chanvelin, jansenista declarado, el parlamento de París emplazó á los jesuitas á

comparecer al terminar el año para el juicio definitivo de la órden (6 de agosto de 1661), y mandó la clausura provisional de sus colegios. Aterrado el consejo del rey con esta violencia, prohibió que se decidiera nada acerca de los jesuitas y convocó el clero para explorar su opinion. Esta asamblea se pronunció en favor de su conservacion con reformas, y envió al general de la órden Ricci un plan de concierto al cual respondió: «que queden como están ó que no existan.»

Choiseul y Madama de Pompadour convencieron al rey para que dejase obrar libremente á los magistrados. El parlamento prosiguió los procedimientos, y sin dejar que los acusados se defendieran, dió una sentencia aboliendo la constitucion de los jesuitas, secularizando la órden, vendiendo sus bienes etc. (6 de agosto de 1762).

Todos los demás parlamentos dieron sentencias semejantes.

Los jesuitas exclamaron en su desesperacion que su sentencia era obra de los que deseaban la ruina de la religion y del estado, revelaron la iniquidad de su condena, y apelaron al rey. Los parlamentos consideraron esta apelacion como una rebeldía, mandaron á los jesuitas que renunciassen á su instituto en el término de ocho dias por medio de juramento, y comenzaron las persecuciones. Viéronse entonces ilustres profesores, gloriosos misioneros y sábios ancianos expulsados de sus casas, privados de todos los recursos, y arrojados de Francia con tal rigor, que los mismos filósofos tomaron su defensa en nombre de la humanidad. El gobierno permaneció inmóvil á pesar del terror y de la incertidumbre del monarca; el ministro y la favorita le hicieron ver que estaba asegurado en adelante su reposo tantas veces turbado por la contienda interminable de la bula, y un decreto real confirmó la abolicion de la órden (26 de noviembre de 1764).

Se apresuraron á seguir su ejemplo las cortes de España, de Nápoles y de Parma, y todos los jesuitas fueron arrojados á las costas del estado pontificio con escandalosa y bárbara violencia. María Teresa tardó mas en decidirse, y ahorró cuando menos la persecucion á los proscritos. Federico II los conservó en sus estados. «Son los sacerdotes mejores que he conocido,» decia con frecuencia. Catalina II los acogió en su imperio, y se sirvió de ellos para fundar establecimientos de educacion.

En vano trató de defenderles el pontífice Clemente XIII, «pues no tenía mas armas, segun decia con razon, que las lágrimas y las súplicas.» Su sucesor Clemente XIV, «impelido por el deber de atraer la concordia al seno de la Iglesia, y convencido de que la sociedad de Jesus no podía prestar los servicios por los cuales habia sido fundada,» consintió en abolir la orden. «Me corto la mano derecha, dijo al fimar el breve de abolicion, pero ha sido culpable (21 de julio de 1763).»

De este modo sucumbió al primer ataque y con una facilidad increíble una orden tan poderosa y que parecia indestructible. El pretexto de su castigo, dice Voltaire, era el presunto peligro de malos libros que nadie lee, y la causa, el crédito de que tanto habia abusado.» El jansenismo, ese hijo bastardo de Lutero, tanto tiempo mezquino, oscuro, perseguido, estaba henchido de alegría y se creia soberano de la Iglesia y del estado; y no veia detrás de él al verdadero heredero de Lutero, á quien habia convidado para la destruccion, que se reia de su ceguedad, y que muy pronto iba á lanzarlo en la misma ruina. «La filosofía, dice Alembert, ha pronunciado la sentencia de los jesuitas por boca de los magistrados. El jansenismo solo ha sido el relator.»

§. III.—*Muerte de Madama de Pompadour, del delfin y de la reina.*—La favorita sobrevivió poco tiempo á su victoria sobre los jesuitas. Creia seguro su poder porque habia alejado al delfin de los negocios, porque habia estrechado sus relaciones con los magistrados, y parecia mas popular y menos odiada; pero Luis estaba cansado de ella, Choiseul se habia apresurado á sacudir el yugo de su indigna protectora, y la nacion no le habia perdonado su guerra fatal. Madama de Pompadour murió en tiempo oportuno (15 de abril de 1764).

Todos esperaban que su muerte atraeria al rey á su familia, cuando murió el delfin á la edad de treinta y seis años y profundamente sentido, no por su talento, porque hubiera sido un rey tenaz y sin luces, sino por sus virtudes que hacian el mas interesante contraste con la depravacion de la corte (20 de diciembre de 1765). Dejó tres hijos que fueron Luis XVI Luis XVIII y Carlos X, nombres que al aparecer por vez primera, llenan la imaginacion de una indecible agitacion, trasportándola á un mundo inaudito de revoluciones.

«¡Pobre Francia! dijo el moribundo príncipe abrazando al nuevo delfín, cuyo cobarde egoísmo preparó estas revoluciones; un rey de cincuenta y cinco años y un delfín de once! ¡Pobre Francia!»

Luis volvió al lado de la reina en el acceso de su dolor, manifestó cariño á sus virtuosas hijas, cerró el parque de los ciervos, y no tuvo querida determinada. Los cortesanos temieron que un confesor ocupase el puesto de una favorita. Pero esta vuelta á la senda del bien fué de corta duracion; la reina volvió á caer en el olvido, y murió poco tiempo despues consumida de dolor (25 de junio de 1763). Seguia á la tumba al buen Estanislao que habia dado á Lorena treinta años de paz y prosperidad (23 de febrero de 1766).

El rey volvió á engolfarse en sus crapulosos desórdenes, se abrió otra vez el parque de los ciervos, fué enteramente extraño al pueblo, no viviendo mas que en el interior de su palacio divirtiéndose en calumnias y en oír los relatos de la policia, formándose vergonzosamente un tesoro particular por medio del juego y de la especulacion, observando á sus ministros, y dejando «que marchara por sí sola la fuerte máquina del estado.»

Libre Choiseul de la marquesa y del delfín, parecia destinado á ser primer ministro, y trataba de hacer olvidar el impuro origen de su elevacion rechazando sobre Madama de Pompadour toda la impopularidad de la guerra de los siete años. Convenia al rey por su charla deslumbrante, su facilidad en el trabajo y la fecundidad de recursos de su ingenio; era amado de los parlamentos, de la nobleza y de los literatos, se granjeaba cada vez mas el aura pública por su declarada inclinacion á las novedades y reformas, y era en fin el único de los ministros de esta época que anunciaba ideas, un plan y un objeto. Muchos querian hallar en él un grande hombre destinado á restaurar el trono, á hacer desaparecer los abusos, y á realzar á la Francia respecto al extranjero.

Estos eran en efecto sus designios, pero no hizo nada, pues el carácter de la política de aquella época era impotente para construir y reparar, y además Choiseul era mas hombre de ingenio y de corazon que de estado. No obstante, si dió pruebas de escasa habilidad en la política interior, comprendió perfectamente cuales eran los intereses del país en cuanto al exterior, previó con

elevada sagacidad que las dos potencias que amenazaban la libertad de Europa eran la Gran Bretaña en los mares y la Rusia en el continente, y dirigió contra ellas todos sus esfuerzos.

§. IV. *Proyectos de Choiseul contra Inglaterra.—Conquista de Córcega.*—Choiseul trató de formar una liga de las potencias marítimas contra la Gran Bretaña, sacar partido de los disturbios de sus colonias, y restablecer la marina francesa. Estaba seguro por de pronto de la cooperacion de los estados de la casa de Borbon por el Pacto de familia y sobre todo de España, donde su amigo el conde de Aranda hacia nobles ensayos de reforma. En seguida buscó la alianza de los dos países que Inglaterra miraba como vasallos suyos; de Portugal, al que el marqués de Pomal acababa de libertar de una dominacion vergonzosa, y de Holanda, donde el partido republicano estaba indignado del envilecimiento de su pabellon y de la servil dependencia de sus estatuders. Finalmente se esforzó en asegurar, ya que nó la alianza, al menos la neutralidad de Prusia y del Austria.

Federico II habia reanudado sus relaciones con la Francia, no queria mas que la paz, y solo trataba de cicatrizar las heridas de sus estados; María Teresa negociaba el casamiento de una de sus hijas con el delfin (1), y su hijo José II, que habia adoptado todas las ideas filosóficas con un entusiasmo poco sensato, habia sido elegido emperador con el apoyo de la Francia.

La guerra de los siete años habia empeñado la hacienda de Inglaterra, y el ministro pensó aliviar su deplorable situacion haciendo partícipes de las cargas de la metrópoli á las colonias que habian costado tantos millones y combates (1765). Agravó su comercio con tributos arbitrarios, y contribuyó á que el parlamento decretase un derecho de sello sobre todos los actos públicos y transacciones particulares. Las colonias declararon que no podia exigirles ningun impuesto el parlamento de Inglaterra porque no tenian en él representacion. Estallaron disturbios en las poblaciones populosas, y pareció inminente el peligro de una insurreccion general. Los colonos empezaron á dirigir sus mira-

(1) Se efectuó el matrimonio del delfin (Luis XVI) con Maria Antonieta, el 30 de mayo de 1770. Inauguró las fiestas de este casamiento una gran desgracia; la confusion y estrechez de la multitud en la plaza de Luis XIV causó la muerte á mas de cuatrocientas personas.

das hácia Francia, y á esperar de allí una segura defensa. Choiseul vió por fin llegar la ocasion de la guerra marítima que deseaba; excitó secretamente á los americanos á que hiciesen resistencia y fomentó los disturbios hasta repartiendo dinero.

Los whigs hicieron una violenta oposicion á los actos del ministerio, y Pitt declaró los proyectos de Francia en el parlamento. «Es una contienda de familia, dijo, y no debemos permitir que se mezclen en ella los extranjeros. Los españoles y franceses han excitado las turbulencias; burlemos la esperanza de dos naciones celosas. Los ministros no ven como prepara la casa de Borbon la venganza de las afrentas que acaba de recibir, para hacernos expiar la confianza demasiado prematura en sucansancio que hemos confesado en medio de nuestras victorias. Temed, temed á la casa de Borbon.»

Se revocó el bill del sello; Pitt volvió al ministerio (1767), pero era tan intrincada la situacion y tanto el poder de los torys, que no tardó en dejarlo, entrando en la cámara de los pares con el nombre de lord Chatham. Se reformó entonces un ministerio tory, cuyo jefe fué lord North, y su primera determinacion fué poner impuesto á diversos objetos que recibian las colonias por las naves inglesas, y entre otros el té (1770). Los americanos se prepararon á resistirse rehusando admitir las mercancías inglesas.

Al apoyar Choiseul unas turbulencias tan favorables á sus planes, desplegó la mayor actividad para restablecer la marina. Habia disminuido el ejército de tierra para consagrar sumas mas considerables á construcciones navales, y llegó á reunir en sus puertos sesenta navíos y fragatas y cien buques inferiores. Reformó radicalmente el cuerpo de marina quitando todos los oficiales de corte, pero sin poder elevar á los grados superiores á los oficiales plebeyos á causa de la resistencia de la nobleza. Dió un excelente régimen colonial á las Antillas, y Santo Domingo se convirtió en la colonia mas floreciente del globo, en manantial inmenso de riquezas para Francia y una hermosa indemnizacion de las pérdidas que habia sufrido. Quiso colonizar la Guyana, pero se frustró la expedicion en esta tierra pestilencial, á donde fueron tan solo á morir algunos millares de hombres. Pero la adquisicion de mayor precio fué la de Córcega.

Córcega cayó bajo la dominacion de los genoveses en la edad media, pero los montañeses del interior, población feroz y valiente, no habia reconocido jamás á sus soberanos y estaban en lucha continúa con ellos. Cuando decayó el poder marítimo de Génova, la insurreccion corsa adquirió extension y consistencia, hasta que despues de numerosas revoluciones llegó á expulsar de la isla las guarniciones genovesas. La república pidió auxilio á Francia que hizo entrar otra vez á Córcega en la dominacion de sus antiguos señores (1735). Pero se reanimó la rebelion al partir los franceses; los corsos se organizaron libremente bajo la direccion de Pascal Paoli, hombre de genio, y ambicionaron formar un estado independiente.

Génova era demasiado débil para someter á sus belicosos vasallos, é imploró por segunda vez el auxilio de la Francia, que se ofreció como mediadora, y ocupó con sus tropas todas las plazas marítimas (1763). Los montañeses se obstinaron en no prestar su sumision y pidieron la cooperacion de Inglaterra. Si esta nacion se apoderaba de una isla situada á pocas horas de distancia de Tolón, tenía una ciudadela á las puertas de Francia, como la tenía ya en las de España. Con la posesion de Córcega, Menorca y Gibraltar podia arrojar á los franceses y españoles de un mar que parecia su dominio natural. Era preciso pues evitar á todo precio que así sucediera.

Choiseul resolvió conquistar la Córcega para la Francia, haciendo de ella no solamente una preciosa colonia por su vecindad, sus puertos y sus buques, sino una parte integrante del territorio francés á pesar de su posicion, su lengua y sus costumbres. Se llevó á cabo un tratado, por el cual Génova concedió la Córcega á Luis XV que tomó el título de rey y decretó la incorporacion de esta isla al reino de Francia (15 de agosto de 1768).

Indignados los corsos con tan extraña venta hicieron una desesperada resistencia, pero Choiseul envió contra ellos cincuenta batallones, y mientras Inglaterra permanecia sorda á su llamamiento, se sometieron sin condiciones. Dos meses despues del fin de las hostilidades y al año del edicto de reunion, nació en Ajaccio Napoleon Bonaparte (15 de agosto de 1769).

Sorprendió á toda la Europa la inmovilidad de Inglaterra durante esta conquista; debíase sin duda á la situacion interior de

aquel país, donde las turbulencias de América habían dado á la oposicion de los whigs un carácter de sediciosa violencia, y mas aun á la certeza que tenia el ministerio inglés de que la Francia deseaba una ocasion de guerra. No obstante Choiseul hubiera sentido una agresion, porque veía á su soberano poco dispuesto á emprender otra vez la senda de los combates; Luis XV aborrecia la guerra que le quitaba el reposo y el dinero para sus diversiones; se acordaba de las lecciones de Fleury, que le había representado á la Inglaterra como potencia muy superior á la Francia, y creía en fin que otra guerra solo ocasionaria un segundo tratado de París. Desconfiaba además de su ministro viendo en él otro Richelieu que queria hacerse necesario por medio de la guerra; atribuía toda su actividad diplomática á su espíritu agitador y ambicioso, conservaba para con él un disimulo continuo, y observaba todos sus actos hasta en lo relativo al exterior. Esto es lo que obligó á Choiseul, reducido á ocultarse para velar por los intereses de Francia, á dilatar sus proyectos sobre Inglaterra, y esto frustró su intervencion en los negocios del norte, donde era preciso libertar á la Polonia de la ambicion rusa.

§. V.—*Catalina II.—Revolucion de Polonia.—Guerra en el norte.*—Catalina II, aunque princesa alemana y elevada al trono por la muerte del sobrino de Pedro I, se habia hecho no obstante nacional adoptando el orgullo y las preocupaciones de la aristocracia rusa. Atrevida y ambiciosa, sin alma y sin fe, pretendia continuar la obra de Pedro el Grande, y convertir en potencia europea á la Rusia con la esclavitud de los estados vecinos; pero intentaba engañar al mundo, tanto en sus proyectos como en sus crímenes y excesos, afectando no pensar mas que en la civilizacion de su imperio, adoptando todas las ideas filosóficas y no hablando mas que de virtud, de justicia y de filantropía. Seguía una correspondencia coquetona con Voltaire, Alembert y Diderot, traducía ella misma el *Belisario* de Marmontel, y redactaba un código de leyes á sus baskires y samoyedos. Ningun soberano, incluso Federico, se habia burlado con mas hipocresía de las ideas que entusiasmaban al siglo diez y ocho, y mientras este mónstruo de impudencia y crueldad distribuía 450 millones entre sus innumerables amantes, hacia verter torrentes de

sangre para sostenerse en el trono, arrancaba tres provincias á la Turquía y desmembraba la Polonia.

Augusto III murió el 5 de octubre de 1763. La Rusia había hallado en este príncipe y en su padre dóciles instrumentos para esclavizar á la Polonia; pero su intencion era hacer hereditario este reino en una casa independiente por sus propios estados y sus alianzas con las potencias del mediodía. Polonia era incapaz de defenderse por sí misma, y por eso la corte de San Petersburgo le destinaba un príncipe del país, un noble polaco de oscuro nacimiento, que no podia tener apoyo en el exterior, y que iba á reinar por la voluntad y las bayonetas rusas. Catalina obligó á la dieta, que sorprendió con sus tropas, á elegir á Estanislao Poniatowski antiguo amante suyo, y cuyo talento y carácter conocia á fondo (7 de setiembre de 1764).

Los polacos, en el colmo de su humillacion, solo en un cambio de constitucion vieron la tabla de salvacion, y abolieron la ley absurda del *liberum veto*, causa de todas las desgracias del país, y por la que la oposicion de un solo miembro de la dieta paralizaba la voluntad de los demás. Dieron fuerza á la autoridad real é intentaron crearse instituciones parecidas á las de los ingleses. Catalina intervino en Polonia por este ensayo de independencia bajo un pretexto que le acarreó los aplausos de los filósofos (1766). Desde que la Prusia y la Rusia amenazaban á ese reino, los protestantes, cismáticos griegos y demás disidentes polacos conspiraban con los extranjeros para esclavizar al país: la dieta privó á estos traidores de sus derechos políticos, la czarina los tomó bajo su proteccion, y exigió que se les devolviesen sus derechos, y mirando los polacos al catolicismo como la garantía de la independencia nacional, intentaron hacer una desesperada resistencia. Pero pronto fueron presos por los soldados rusos y conducidos á Siberia ocho senadores y un obispo (1767). El embajador de la czarina dictó despues á la dieta una especie de código destinado á perpetuar la anarquía de Polonia, por el cual recobraban los disidentes los derechos políticos que se concedian tambien á una multitud de nobles rusos; se restablecia el *liberum veto*; quedaban sometidos á esta ley absurda la eleccion de los reyes, el establecimiento de los impuestos y el aumento del ejército; y finalmente, este código no podia ser alterado ni abo-

lido, ni aun con el consentimiento unánime de la nación. Era el sello de la esclavitud, y solo por este código perdía la república su rango de estado soberano.

Los polacos se sublevaron y formaron en Barr una confederación «para la defensa de la libertad y de la religión (1768).» Los rusos, á los cuales se unieron los disidentes y el rey Estanislao, marcharon contra los insurgentes, que pidieron socorro á toda Europa descubriendo el maquiavelismo de Catalina. La Prusia se habia comprometido ya secretamente con la Rusia, «á no permitir que el reino de Polonia se hiciera hereditario, cambiase su constitucion, ni tomara por rey á un príncipe extranjero.» El Austria conservó una neutralidad hipócrita; la Suecia, dominada por su aristocracia que estaba vendida á la czarina, permaneció inmóvil; el sultan Mustafá III se indignó de la esclavitud de un país cuya independencia era la salvaguardia de la Puerta, pero no pudo llevar adelante su proyecto de «reducir á los infieles,» por la decadencia de su imperio y la deplorable situación de sus ejércitos. Solo quedaba la Francia que pudiera salvar á Polonia, y la czarina esperaba contenerla por medio de Inglaterra con la que le unía la mas estrecha amistad.

Choiseul habia protestado contra la proteccion de Estanislao; envió á los confederados de Barr dinero, oficiales é ingenieros, incitó á María Teresa á contener la ambicion de los bárbaros del norte, indujo á Gustavo III á sacudir el yugo de su aristocracia, y decidió á la Turquía á dar principio á las hostilidades (1). Hubiera querido que la Francia se declarara abiertamente y enviase sus escuadras al Báltico y al Mediterráneo, pero era demasiada ambicion y trabajo ayudar á la vez la insurreccion de Polonia y la de América contra dos potencias que necesariamente iban á unir sus esfuerzos, y oponer tal vez á la Francia las armas de la Prusia y del Austria. Luis XV estaba aterrado con la guerra universal que preveía, la hacienda se hallaba en el estado mas desastroso, y si el ministro habia vencido el partido de los jesuitas sin respetar sus odios ni sus intrigas, estrellándose su voluntad ante tantos obstáculos, causó con su caída la perdicion de la Polonia.

(1) Véase el *Ensayo histórico* de las relaciones de Francia con Oriente de T. Lallevé.

§. VI.—*Estado de la hacienda.—Poderio de los parlamentos.—Acontecimiento de Chalotais.*—La paz habia acarreado la prosperidad pública, pero no habia sido suficiente para restablecer la hacienda. La guerra de los siete años habia añadido treinta y cuatro millones de renta á la deuda; todos los años excedian los gastos á los ingresos en treinta y cinco millones, á pesar de no haberse atendido á todas las obligaciones de la guerra; se vivió de anticipos y de empréstitos, y habia en la recaudacion y distribucion de los ingresos, dilapidaciones y robos cuyo misterio no se podrá aclarar jamás. Todos los contralores sucumbian por la misma razon á pesar de sus esfuerzos, y luego que hablaban de reduccion de gastos, de reparticion igual de impuestos y de cambios en la recaudacion, sublevaban contra sus proyectos á la corte, á los privilegiados y á los arrendadores ó agiotistas. Choiseul, que era una medianía en administracion, inquietábase poco por el abismo que abria debajo del trono el estado de la hacienda, pues esperaba llenar el tesoro algun dia con la supresion de los monasterios y el impuesto sobre los bienes del clero. Imitando á la mayoría de los señores, profesaba la filosofia de Voltaire, y odiaba á los sacerdotes, despreciaba á los enciclopedistas, detestaba á Rousseau, y queria restaurar la monarquía regenerando la nobleza apoyándose en los parlamentos.

Crefanse estos el sosten de la sociedad y soberanos del gobierno desde su victoria sobre los jesuitas, y mientras que por una parte obraban con violencia contra la incredulidad persiguiendo á los filósofos y sus obras, é intentaban reanimar el fanatismo extinguido con las condenaciones inicuas de Calas y de la Barre (1), por otra insultaban á los gobernadores é intendentes, se oponian á sus edictos rentísticos, renovaban su pretension de no formar mas que un solo cuerpo dividido en clases; y no lograron con esto mas que excitar contra ellos la opinion pública despertada por la generosa indignacion de Voltaire, y dejar que el poder resolviese su ruina despues de haber adquirido fuerza con su debilidad.

(1) Calas, protestante de Tolosa, acusado de haber muerto á su hijo que queria hacerse católico, fué condenado á ser descuartizado y ejecutado. La Barre, «vehementemente sospechoso de haber roto una cruz,» fué decapitado.

Era gobernador de Bretaña el duque de Aiguillon, sobrino de Richelieu, querido del rey y perteneciente al partido de los jesuitas, y se había granjeado los odios mas violentos por sus exacciones arbitrarias y tiránicas. El parlamento de Rennes, de acuerdo con los estados de la provincia, elevó á la corte enérgicas quejas, y el procurador general Chalotais declaró que el voto unánime de Bretaña era el de verse libre de un gobernador tan infiel, cobarde y usurpador. Chalotais gozaba una inmensa nombradía en la magistratura y entre los filósofos, era amigo de Choiseul y enemigo de los jesuitas, y toda la Francia había leído su informe contra la orden, á consecuencia del cual pronunció su abolicion el parlamento. Por intrigas secretas de los jesuitas y por una denuncia del gobernador, fueron repentinamente presos este magistrado, su hijo y tres consejeros, emplazados ante una comision real, acusados de una conspiracion para derrocar la monarquía, y amenazados de una sentencia de muerte (noviembre de 1765).

El parlamento de Rennes presentó su dimision, los estados de Bretaña lanzaron quejas amenazadoras, el parlamento de París hizo las mas enérgicas representaciones, y la opinion pública se interesó vivamente en favor de los acusados. El rey entonces, á instancias de Choiseul que le intimidó con la resistencia de los parlamentos, y al ver la actitud del público y los disturbios de Bretaña, anuló todos los procedimientos y desterró á Chalotais (diciembre de 1766).

En todo este asunto se pudo ver con claridad un ataque indirecto del partido de los jesuitas contra los parlamentos y Choiseul. Continuó la lucha por diversos conceptos.

§. VII.—*Madama Dubarry.—Caída de Choiseul.—Destruccion de los parlamentos.*—Una prostituta salida de un garito, y que vivia con un noble de malas costumbres llamado Dubarry, fué la mujer que destinaron para los placeres del anciano monarca, y la que le lanzó en la vergonzosa embriaguez despertando sus gastados sentidos (1768). Richelieu aplaudió el amor de Luis XV, y un hermano de Dubarry se apresuró á casarse con la cortesana para darle un título. La hija de Vaubernier fué presentada á la corte, se hizo la querida declarada del rey con el nombre de condesa de Dubarry, y bien pronto adquirió un partido y el favor de

los cortesanos que aspiraban al poder por su influjo (1). Era el último grado de infamia á que podía descender el trono. Madama de Pompadour habia tenido al menos dignidad y cierto aspecto de grandeza deslumbrante, pero la prostituta de las calles públicas tenia todos los gustos y maneras de su oficio, y atrajo á Versalles una multitud de personas perdidas.

Creyéndose seguro Choiseul con sus servicios y los grandes proyectos que meditaba, no ocultó el disgusto y repugnancia que le inspiraba la favorita. No fueron tan descuidados sus enemigos; se arrojaron á las plantas de la Dubarry, halagaron su espíritu comun y miserable, y la destinaron á hacer un papel político. Estaban al frente de ese partido el duque de Aiguillon, destituido de su gobierno de Bretaña á causa de sus tiranías que habian ocasionado nuevas turbulencias, el canciller Maupeou que acababa de suceder á Lamoignon, hombre dispuesto á todo para satisfacer su ambicion y su odio contra la magistratura, y el abate Terray, encargado recientemente de la hacienda, y que miraba al pueblo «como una esponja que es preciso exprimir.»

Este triunvirato minaba por todos los medios el poder de Choiseul á quien pintaban al rey como un jefe de partido que queria dominarle con los magistrados, los filósofos y la guerra, y pretendia despues de derrocarlo libertar al trono de la tiranía de los parlamentos, ó como decia Maupeou, «sacar la corona del despacho de los magistrados.» La lucha contra el ministro adquirió con la ayuda de madama Dubarry nuevo vigor, y precipitaron su fin los sucesos de Bretaña.

Luego que fué destituido Aiguillon (1769), el parlamento de Rennes quiso instruirle un proceso por abuso de poder. El rey por consejo de Maupeou trasladó la causa al parlamento de París, «suficientemente proveido de pares,» y quiso presidirlo el mismo. Pero los magistrados parisienses manifestaron una

(1) La cátedra cristiana lanzó algunas palabras severas contra tamaño escándalo, y Beauvais, obispo de Senez, se atrevió á decir en el sermón de la Cena predicado delante del rey y de la Dubarry las siguientes: «Saciado Salomon de volupuosidades, y cansado de haber apurado, para despertar sus sentidos gastados, todos los géneros de placer que rodean el trono, acabó por buscar un placer nuevo en los restos viles y asquerosos de la corrupción pública.»

oposición mas violenta aun que los de Rennes, y creyéndose el rey insultado, anuló los procedimientos. El parlamento dió en seguida una sentencia por la cual Aiguillon, «hallándose gravemente culpable de actos que manchaban su honor,» quedaba suspenso de sus funciones de par, hasta que se hubiera purgado de sus acusaciones por medio de un proceso (2 de julio de 1770).

Este reto audaz al poder real fué anulado en un consejo del rey en el que fueron tratados de sediciosos los magistrados. El parlamento declaró entonces, que «sus miembros no tenían, con profundo dolor, la suficiente libertad para decidir de las haciendas, vidas y honor de los súbditos del rey,» y cesaron de administrar justicia.

Estando la lucha tan vivamente empeñada, el triunvirato pintó al rey á la magistratura como un partido faccioso que iba á empezar contra él la guerra civil (1), le manifestó que era preciso asegurar la autoridad real por un golpe de estado, como la abolicion de los parlamentos, y que era indispensable preparar este acto decisivo expulsando del consejo al ministro que se hallaba al frente de los rebeldes. Luis desterró al ministro á sus dominios de Chanteloup despues de reñidas incertidumbres, á instancias de la Dubarry, y enojado con los desprecios que hacia Choiseul á la favorita (24 de diciembre).

La caída del ministro fué mirada como una calamidad pública: se aglomeró en Chanteloup una multitud inmensa; no se oian por todas partes mas que los elogios del gran ministro, y los enemigos de la Francia respiraban al ver que ocupaba Aiguillon su puesto. El triunvirato se espantó muy poco de esta manifestacion de la opinion pública, y obtuvo del rey el complemento de su obra. Todos los miembros del parlamento fueron arrestados en sus casas en la noche del 19 de enero de 1771, y solo se les intimó que respondieran afirmativa ó negativamente á la órden de volver otra vez á desempeñar sus funciones. Todos respondieron que nó. Un decreto del consejo los de-

(1) «Acabarán por perder al estado, dijo el rey un dia.—Ah señor, respondió un cortesano; el estado es demasiado fuerte para que puedan derrocarlo tan miserables golillas.—No sabeis lo que hacen ni lo que piensan, es una asamblea de republicanos. Pero las cosas como están, durarán tanto como yo (Diario de Madame de Hausset).»

claró entonces excluidos de sus cargos, que fueron confiscados, y los condenó al destierro. Los soldados los prendieron en sus mismas casas y los condujeron á diferentes puntos de Francia.

Recordando el poderío que gozaban los parlamentos, el puesto que ocupaban en el reino, y el papel que les hemos visto representar, no podia menos de creerse que al golpe de estado que no se habia atrevido á dar Luis XIV, seguiria una revolucion. Protestaron los príncipes y los pares, y el consejo de contribuciones de líquidos y los parlamentos provinciales estallaron con amenazadoras representaciones. «Interrogad á la nacion, decia Malesherbes al rey, para saber si la causa que defendemos es la de la mayoría del pueblo, para quien y por el cual reinais.» Mas no paró en esto el movimiento, los filósofos la aplaudieron con el mismo entusiasmo que la destruccion de los jesuitas, pues el poder trabajaba tambien entonces en su favor. El pueblo permaneció inmóvil, porque no veia en los magistrados mas que privilegiados llenos de descrédito por las mofas de Voltaire y los procesos de Lalli, de Calas y de Barre. Además Maupeou anunció para granjearse la opinion pública que la justicia se administraria gratuitamente, que no serian hereditarios los empleos judiciales, y que se redactaria un nuevo código de procedimientos civiles y criminales. Estas eran las reformas tantas veces pedidas por los filósofos.

El rey convocó un consejo de justicia en el cual suprimió el parlamento de París y el tribunal de las contribuciones de líquidos, transformó el gran consejo en un parlamento nuevo (1), y dividió su jurisdiccion en seis consejos superiores (15 de abril de 1771).

Maupeou solo trató entonces de corromper á la oposicion, cedieron los príncipes y los pares, muchos jurisconsultos solicitaron las nuevas plazas, la mayor parte de los consejeros desterrados pidieron el reembolso del valor de sus empleos, y lo obtu-

(1) El gran consejo era un tribunal excepcional establecido en París que entendia de las causas civiles de las personas adictas á la corte, en los procesos concernientes á obispados y abadías, en las diferencias entre algunos tribunales inferiores, etc. Los privilegiados estudian por medio de este tribunal la justicia ordinaria de los parlamentos.

vieron en cambio de su dimision. Formado el nuevo parlamento, siguió su curso ordinario la administracion de justicia;

Todos los demás parlamentos sufrieron con mas ó menos violencia igual recomposicion, y al cabo de un año habia desaparecido como por encanto y sin resistencia esta gran corporacion de la magistratura. Todo el mundo se asombró de un cambio tan fácil, la corte se cegó hasta el punto de creer que la nacion solo queria el despotismo monárquico, y nadie comprendió la leccion que se habia dado. Todos los resortes del gobierno estaban muy enmohecidos, cuando caia convertido en polvo el mismo órgano de la resistencia débilmente impelido por el dedo del cortesano de una prostituta. Pero no lo veian de este modo Luis XV ni Maupeou: el rey se creia mas fuerte que Luis XIV y Maupeou mas grande que Richelieu, y ellos habian restaurado la monarquía, pues que habian desaparecido los dos partidos que dividian la sociedad, los jesuitas y los jansenistas. ¿Qué vértigo habia herido á los poderes sociales cuando no pensaban mas que en destruirse unos á otros? ¿Y por qué manos? Madama de Pompadour habia derrocado á los jesuitas y madama Dubarry á los jansenistas. ¿Qué dos campeones tenia el gobierno de Luis XV? ¿Qué ceguedad la del trono al lisonjearse de haber despedazado las dos únicas armas que contenian á los innovadores, y al creerse en el apogeo de su poder porque quedaba solo cara á cara con el pueblo!

§. VIII.—*Bancarrotta del abate Terray.—Mistria pública.—Pacto del hambre.*—Para madama Dubarry la ruina de los parlamentos no era mas que la multiplicacion indefinida de decretos rentísticos y la dilapidacion de la hacienda. De modo que fueron pagados al contado los recibos, no solo con la firma del rey, sino con la de su querida y de su marido nominal. Todos los que la rodeaban hacian un vergonzoso tráfico de empleos, pensiones y reales órdenes; los anticipos pasaron de 154 millones, y el déficit de 1770 ascendió á 74 millones. En esta situacion, Terray, que poseia conocimientos rentísticos, no halló mas remedio que la bancarrota (1770).

Suspendió pues el pago de las asignaciones sobre los arriendos, redujo arbitrariamente las rentas perpétuas y vitalicias á una quinta parte, á una tercera y hasta á una mitad, hizo rebatir

jas en las pensiones, y pidió á los nuevos ennoblecidos 6 millones, á los poseedores de empleos de hacienda ó de justicia 28, y al clero 26 millones. Merced á esos medios violentos y á una multitud de decretos de hacienda rebajó 13 millones de renta de la deuda constituida, aumentó 20 millones de ingresos, y consiguió que el déficit anual no pasara de 25 millones. Antes de morir Luis XV los gastos ascendían á 400 millones y la recaudación á 375; suma exorbitante si se reflexiona que por el pésimo sistema de recaudación, el contribuyente daba el doble en realidad y tenía que pagar además el diezmo al clero y los tributos feudales á los señores, y finalmente que las propiedades del tercer estado eran solas las que pagaban, siendo así que no formaban mas que la tercera parte de todas las propiedades del reino.

La clase media soportaba tan enorme peso con su floreciente comercio, pero no sucedía lo mismo con el pueblo, que además de las trabas puestas al trabajo y las infinitas cargas que le arrebataban el producto de sus sudores, tenía que sufrir una hambre continúa por efecto de agiotajes infames.

Durante la guerra de los siete años se había revocado la libertad de comercio de granos, pero la hicieron restablecer los economistas en 1764, alcanzando hasta la libertad de exportación. Se formó entonces una sociedad secreta, en la que entró el rey como accionista por 10 millones, que monopolizaba los granos, los hacía salir de Francia y causaba de este modo un alza, después de la cual volvía á entrar los mismos granos con enormes beneficios. Fué tan unánime y desgarrador el clamor público, que en 1770 prohibió el abate Terray la libre circulación de granos, pero no por eso se destruyó el *pacto del hambre* y continuaron los monopolios. El rey se había creado una caja particular con la cual hacía agiotajes sobre el precio de los granos, ensalzándose delante de todo el mundo del lucro infernal que hacía con sus súbditos, y la sociedad no soltaba los granos monopolizados mas que en el momento en que el pueblo iba á revolcionarse ó á morirse de hambre. Nadie se atrevía á descubrir ese pacto abominable que tenía cómplices en todas partes hasta en los parlamentos; se había prohibido expresamente á los escritores bajo pena de muerte hablar de hacienda, y la menor queja era ahogada en los calabozos de la Bastilla. «Los tribunales, autori-

zados en apariencia para remontarse hasta la causa y origen de los abusos, quedaban paralizados y llenos de terror cuando llegaban á descubrir el hilo, y especialmente cuando querian háberselas con los autores (1).» De modo que el pueblo, reducido á los últimos límites de la miseria, concibió el odio mas atroz contra el gobierno, los ricos y los nobles, odio que debia un dia estallar con horribles venganzas.

§. IX.—*Primera particion de la Polonia.—Muerte de Luis XV.*— Parecia que el triunvirato que derrocara á Choiseul se habia repartido todos los medios de arruinar la Francia. Maupeou se habia apoderado de las instituciones, Terray de la hacienda y Aiguillon de los negocios extranjeros. De modo que mientras el primero derrocaba la magistratura, el segundo mataba de hambre al pueblo, y el tercero dejaba que Inglaterra y Rusia cubrieran de baldon al reino.

Los polacos habian sido derrotados constantemente á causa de sus discordias, siendo sus provincias tratadas con tanta atrocidad por los rusos, que solo en Ucrania fueron pasados á cuchillo cincuenta mil hombres, mujeres y niños. Habian sido vencidas en todas partes las hordas turcas que no tenia union ni disciplina; los rusos habian llegado hasta el Danubio, excitando á los griegos á la rebelion y destruyendo la marina otomana; habian sido inútiles todos los esfuerzos, negociaciones y refuerzos indirectos de Francia; la Inglaterra estaba allí preñada de amenazas y dispuesta á atacar á los franceses si se llegaba á intentar con eficacia la salvacion de Polonia ó la defensa de Turquía, y la corte de Francia se habia visto en la precision de pasar desde la actividad hostil contra los rusos á la mas vergonzosa inercia, desanimando al mismo tiempo á los turcos que querian hacer aun poderosos esfuerzos en favor de los polacos (2).» Fueron rechazadas todas las reclamaciones hechas al gabinete británico sobre la ambicion de Catalina que hablaba ya de marchar á Constantinopla.

Prusia y Austria, llenas de inquietud con las victorias de Ru-

(1) Vida privada de Luis XV, t. IV, p. 433.—*Monito*, de agosto de 1789.—Buchezy Roux, Historia parlamentaria de la revolucion de Francia, t. II, p. 457.—(2) Despachos inéditos de M. de Choiseul á M. de Vergennes, citados en el Ensayo de las relaciones de Francia con Oriente de Lavallée.

sia, afectaron temer únicamente sus proyectos sobre la Turquía y ofrecieron su mediación. Catalina la rehusó. María Teresa la amenazó con hacer alianza con los otomanos y enviar un ejército á Polonia. Federico propuso entonces á Catalina dejar intacto el imperio turco ó indemnizarla con la Polonia, con la condicion de que él haría otro tanto y que se asociarian, segun decia, al Austria en la deshonra de este desmembramiento (1).

Catalina aceptó con empeño, María Teresa se hizo rogar para imponer un precio mas elevado, y se terminó el convenio (5 de agosto de 1772). En aquel momento los confederados, deslumbrados con algunos triunfos, declararon á Estanislao excluido del trono, y fué esto un pretexto para que los tres soberanos inundasen la Polonia con sus tropas. La confederacion fué vencida y disuelta, se puso en ejecucion el tratado de reparticion, y la dieta se vió obligada á sancionarlo dejando á los invasores la soberanía de las provincias que se habian adjudicado. María Teresa se agregó en la derecha del Vístula y del Dniester un territorio de dos mil quinientas leguas cuadradas que erigió en reino de Galitzia. Federico obtuvo la Prusia polaca hasta el Netze, á excepcion de Thorn y Dantzic, la cual formaba un territorio de mil novecientas leguas cuadradas; Catalina se concedió un territorio de tres mil leguas cuadradas á la derecha del Dwina y en la izquierda del Dnieper. Despues de haber usurpado los tres aliados á Polonia la tercera parte de su territorio, dejaron el resto á su vil protegido Estanislao, y obligaron á este desventurado país, que estaba á su discrecion, á conservar su constitucion viciosa, su trono electivo y su *liberum veto*.

Así se principió el asesinato de un gran pueblo, á la faz de la Europa y del siglo diez y ocho, por tres soberanos que habian adoptado las ideas filosóficas y que tenian continuamente en los labios palabras de justicia y humanidad. Se sonrojó la frente de Luis XV cuando supo este atentado al derecho público. «Si Choiseul hubiese estado á mi lado, dijo, no se hubiese llevado á cabo la reparticion;» y los ministros discutieron el proyecto de vengarse invadiendo los Países Bajos. Inglaterra, que no se habia impresionado con el desmembramiento de Polonia, hizo mucho

(1) Ferrand, Historia del desmembramiento de la Polonia, t. II, p. 254.

ruido y alzó amargas quejas por este proyecto, y logró que desistiera la corte de Versalles amenazando con unirse á la liga de los tres monarcas del norte. Se preparó entonces en Brest una armada que debia marchar al Báltico para proteger á la Suecia contra la ambicion de Rusia. Inglaterra declaró, «que si aparecia en el Báltico una armada francesa, la seguiria otra inglesa.» Se suspendió el armamento de Brest, pero se preparó otro en Tolon en favor de los turcos. El gabinete inglés declaró, que la «prohibicion hecha á la Francia de enviar una armada al Báltico existia tambien para el Mediterráneo, y que Inglaterra no podia consentir en que tuviese una escuadra en ninguno de estos dos mares.» Se desarmaron tambien los navíos de Tolon. Merced á esta cobardía, la Puerta se vió en la precision de concluir la paz de Kainardji, paz tan funesta á toda la Europa, por la cual los rusos adquirieron las llaves del mar Negro y de la Crimea, se convirtieron en árbitros del destino de Turquía y dieron un golpe mortal á la influencia francesa en oriente (10 de julio de 1774).

Dos meses antes habia muerto Luis XV (10 de mayo).

CAPÍTULO V.

Preliminares de la revolucion. (1774—1789.)

§. I.—*Advenimiento de Luis XVI.—Turgot.—Los parlamentos.*—
Despues de un reinado que terminaba con la destruccion de los últimos defensores de la sociedad, con la bancarrota y el pacto del hambre, y arrojando el honor del país á los piés de Inglaterra y de Rusia, era indudable que habia llegado á su extremo la decadencia de la monarquía absoluta. Ya no habia una institucion intacta, ni una creencia ó preocupacion con esperanza de vida; la depravacion de las costumbres era completa, llevado á su colmo el desprecio á todos los poderes, é inmensa la espectacion de los ánimos. Si Luis XV hubiese vivido algunos años mas, hubiera estallado la revolucion.

Su sucesor la retardó quince años intentando restaurar la monarquía por medio de los parlamentos que restableció, los minis-

tros populares que eligió, las reformas que probó, los sacrificios que pidió á los privilegiados, y realizando el honor del país en una guerra gloriosa. Todo esto fué insuficiente, intempestivo, contaminado de repugnancia, oscilaciones y egoísmo, contrariado por la oposicion invencible de la nobleza y del clero, y desafiado por la nacion. Todo esto demostró que los poderes sociales estaban demasiado viciados fundamentalmente, para que bajo un «rey verdaderamente honrado y deseoso del bien» pudiese salir de sus manos la reforma.

Luis XVI tenia veinte años, y habia vivido alejado de los desórdenes de su abuelo, pero tambien de la práctica del gobierno. Era austero, sencillo, laborioso, penetrado de sus deberes y lleno de excelentes intenciones; pero tímido, sin inteligencia, sin energía y sin perseverancia. Amaba al pueblo y temia la anarquía; unia los pensamientos filosóficos á los sentimientos de la mas elevada devocion, y vagaba en fin indeciso entre los principios de derecho divino, en los cuales se habia educado, y las ideas de reforma social que veia por todas partes esparcidas.

Desde su advenimiento rompió con el pasado de su abuelo arrojando de su lado á Maupeou, Terray y Aguillon, pero no llamó á Choiseul, del cual le separaba una enemistad profunda causada por las humillaciones que este ministro habia hecho sufrir á su padre; y no sabiendo á qué guia confiarse (tan estéril en hombres de estado habia sido el reinado de Luis XV, resolvió tomar por ministro principal al conde de Maurepas, anciano de una frivolidad excesiva, sin ideas ni direccion, que se divertia en agudezas y necias intrigas, y que no tenia otro mérito que haber merecido el odio de madama de Pompadour (1). Maurepas llamó para el ministerio de estado á Minomesnil, para el de guerra á San German (2), por la marina á Sartine, para negocios extranjeros á Vergennes, y para el de hacienda á Turgot.

Turgot era discípulo de Rousseau y mirado como jefe de los economistas, y se habia formado la mas elevada nombradía por sus escritos, y especialmente por las maravillas administrativas

(1) Era nieto del canciller Pontchartrain, y habia sido ministro de marina á la edad de quince años reinando Luis XIV.—(2) El conde de San German se habia hecho célebre mandando las retaguardias y salvando los restos de los ejércitos franceses en Rosbach, Crevelt, Minden y Corbach.

que habia llevado á cabo en su intendencia de Limoges. Genio profundo y comedido, perseverante y enérgico, con una vasta instruccion, las ideas mas elevadas sobre los destinos de la humanidad, la inteligencia práctica de los hombres y de los negocios y la experiencia administrativa mas consumada, era reputado por la opinion pública como el único hombre de estado de la época; y efectivamente, es imposible dudar que si la renovacion social pudiera haberse hecho con ordenanzas, Turgot hubiese sido capaz de dirigirla. Tenia segun decia Malesherbes, el corazon de Hopital y la cabeza de Bacon. Sus planes eran tan vastos que contenian todo lo que llevó á cabo la revolucion; abolicion de los derechos feudales, de la servidumbre corporal de la *gabela* (1), de las aduanas interiores (2), de los privilegios en

(1) «La sal, dice Vauban, es un maná que Dios ha dado al género humano, sobre el cual por consecuencia parece absurdo é injusto imponer tributo. Pero el gobierno no vió en la sal mas que un recurso fiscal, y hasta imaginó forzar á cada familia á comprar en los depósitos del estado una cantidad fija de sal mayor de la que necesitaba, con prohibicion de revender la porcion que no pudiera consumir personalmente. Esta abominable invencion no gravitaba sobre todas las provincias, y si sobre otras que estaban sometidas con las desigualdades mas extrañas, lo que hacia dividir á Francia en provincias *francas*, *redimidas*, de *salinas de pequeña* y de *grande gabela*, etc. Las provincias francas (Bretaña, Artois, Flandes, Bearn, etc.), pagaban la sal desde 2 á 8 libras el quintal; las provincias redimidas, (Poitou, Saintonge, Limousin, Guiena, etc.), la pagaban de 6 á 12 libras; las provincias de salinas (Franco Condado, Lorena, Alsacia, etc.), la pagaban á 21 libras y 40 sueldos; los paises de pequeña gabela (Leonés, Borgoña, Delfinado, Provenza, Languedoc, etc.) la pagaban á 33 libras y 40 sueldos; y en fin los de grande gabela (Isla de Francia, Orleanés, Turena, Berri, Champaña, Picardía, etc.) la pagaban á 62 libras. En cuanto al consumo individual y forzoso, variaba en los diversos paises desde 9 á 25 libras. La gabela, como la *talla*, era la desesperacion de los pobres, en especial por el rigor con que era percibido este impuesto por el arriendo general. Ocasionaba anualmente 3,700 embargos, 10,000 arrestos, 2,800 prisiones, 500 condenas á galeras ó á muerte; exigia un ejército de 10,000 comisionados y daba al estado 54 millones.—(2) Francia se hallaba dividida respecto á aduanas interiores en provincias de los cinco *grandes arriendos*, en provincias *reputadas extranjeras* y en provincias *extranjeras efectivas*.—Las provincias de los cinco grandes arriendos, ó sometidas al arriendo general, eran casi las que componian la monarquía del siglo XIV, y no habia entre ellas ninguna línea de aduanas.—Las provincias reputadas extranjeras eran Flandes, Artois, Bretaña, Saintonge, Guiena, Languedoc, Rosellon, Provenza, Delfinado, Leonés y Franco Condado. Tenian casi todas las líneas de aduanas entre ellas y con las provincias de los cinco grandes arriendos, líneas muy confusas que tenian una extension de 1,500 leguas y que

materia de impuestos, libertad de conciencia y de prensa, libertad de comercio y de industria, abolicion de votos monásticos, refundicion del código civil y del criminal, uniformidad de pesos y medidas, etc. Para llevar á cabo tantas innovaciones que herian tantos intereses privados, era preciso una voluntad soberana que estrellase las opiniones y resistencias. Pero el rey titubeaba en lanzarse en esta vasta carrera, Maurepas temia el resultado de unos planes que no comprendia, y los dos hicieron frustrar de antemano los proyectos del gran ministro, creando un centro á los egoismos de casta y de individuos que debian defender los abusos y oponerse á las innovaciones. Llamaron á los parlamentos (12 de noviembre de 1774), creyendo asegurar con esta antigua institucion el órden social y dar una satisfaccion al pueblo. Fué un error inmenso y el origen de todas las desgracias de Luis XVI.

Los parlamentos hicieron la oposicion, no solo al torrente de las novedades, sino á las necesidades de las reformas, y no fueron el sosten de la sociedad y de los defensores de las libertades públicas, sino los adversarios del trono y los protectores de las clases privilegiadas. Su oposicion (que podia ser buena cuando el poder queria violar las leyes para ejercer el despotismo) fué un obstáculo insuperable, del cual se libertó el poder en el momento en que quiso derrocar las leyes antiguas en beneficio del pueblo. Iba pues á renovarse la lucha entre el gobierno y la magistratura, lucha tanto mas tenaz cuando que los parlamentos se creian llamados por el voto nacional, y que el trono debia humillarse ante ellos; lucha que iba á impedir al poder la reforma y empujar al pueblo á hacer la revolucion sin guia ni concierto.

§. II.—*Reforma y caída de Turgot.*—*Necker.*—«No mas bancarota, aumento de impuestos ni empréstitos;» tal era el programa rentístico que Turgot presentó al rey. Halló las rentas entorpecidas por un déficit de 22 millones y por 78 de anticipos; pagó en

exigian para guardarlas 25,000 hombres.—Las provincias extranjeras efectivas eran los Tres Obispados, Lorena, Alsacia y la baja Navarra. No tenian líneas de aduanas con el extranjero y eran libres en sus relaciones exteriores de comercio, pero tenian una línea de aduanas por el lado de Francia. Por consiguiente estaban sometidas á todas las exclusiones con que el gobierno imponia á los países extranjeros, y hacian sufrir estas mismas exclusiones á las demás provincias francesas.

En los años 24 millones de deuda exigible atrasada, extinguió 28 millones de anticipos, reembolsó 50 millones de la deuda constituida, y creó una caja de descuentos, que fué el origen del banco de Francia y que era el primer establecimiento de este género ensayado desde el sistema de Law. Abolió la ley que hacia á los contribuyentes solidarios para el pago del impuesto, la servidumbre para la construccion de caminos, que hacia perder á los contribuyentes un valor de 40 millones por un producto de 10, y veinte y tres derechos establecidos sobre trabajos necesarios ó convenios útiles, con lo cual dió mas alas y ensanche á la industria y á la agricultura. En este último ramo tenia las mismas ideas que Sully, y repetía «que los pastos y la labranza son los dos pechos del estado;» en industria manifestaba ideas mas elevadas que Colbert, y decia en alta voz que «el derecho del trabajo es la primera, la mas sagrada é imprescriptible propiedad.» Para colocar á la agricultura y á la industria en una nueva senda eran precisas tres innovaciones; libertad de comercio de granos, ante la cual habia ya retrocedido dos veces el poder, la abolicion de los títulos de oficios y de los gremios, y la imposicion igual sobre todos de la contribucion territorial. En esto fué donde se estrelló.

Maurepas estaba celoso de la privanza que gozaba Turgot con el monarca, la corte se alarmaba de las economías hechas y proyectadas por el ministro, y la nobleza veia tomar al gobierno la marcha mas amenazadora para sus privilegios. Era cierto; San German, hombre rudo, severo y torpe, atacó á la nobleza en sus honores militares y suprimió muchos cuerpos de la casa real; Sartine habia logrado reprimir las pretensiones mas insultantes de la marina militar contra la mercante, y Malesherbes, el amigo de Turgot, que acababa de entrar en el consejo como ministro de la casa real, habia reformado el odioso sistema de las cartas-órdenes del rey, proponiendo la supresion de la censura y queriendo restablecer el edicto de Nantes.

Se formó una conspiracion entre los señores prelados, rentistas y magistrados contra Turgot, á la cual no fué extraño el mismo Maurepas y que hizo entrar en sus proyectos á la reina María Antonieta. Era esta una princesa llena de gracia y de seduccion pero tambien de ignorancia y de frivolidad, que ejercia el

mayor ascendiente sobre su marido, y á la cual habian hecho creer los cortesanos que, como digna hija de María Teresa, debia salvar la monarquía.

Apareció el edicto sobre el comercio de granos, pero antes habia creído Turgot deber tomar sus precauciones contra los manejos del pacto de hambre pues conocia el poderío de este «establecimiento cuyas oficinas estaban cimentadas sobre osarios humanos.» Luego que se publicó el decreto, los asociados ocasionaron una espantosa miseria saqueando los mercados, quemando los molinos, arrojando los granos á los rios por medio de bandidos asalariados que llegaron á aterrar al monarca hasta en el mismo Versalles. Asombraron á Luis estos disturbios, y manifestó todo su carácter al verle asomarse al balcon de su palacio para prometer á los sediciosos que haria bajar el precio del pan. Solo á duras penas permitió á su ministro que reprimiera con la fuerza tan atroces latrocinios, y empezó desde entonces á dudar de él y de sus proyectos.

Dado el primer golpe, los privilegiados continuaron sus hostilidades, y cuando se presentó al parlamento el edicto sobre los oficios y gremios, no quiso este registrarlo. Turgot decidió al rey á que celebrase un consejo de justicia, en el cual se hizo registrar á la fuerza el edicto, pero era el último esfuerzo que podia esperarse de su debilidad. «Solo yo y Turgot amamos al pueblo,» decia Luis; pero creia que haciendo el bien solo experimentaria resistencias; y viendo al pueblo revolucionarse, al parlamento amenazándole con la oposicion que tantos disgustos habia dado á Luis XV, y á la corte y la reina vituperándole porque envilecia al trono con sus innovaciones plebeyas; se convenció, como todos le decian, de que debia dejar á sus hijos la herencia que habia recibido de Luis el Grande.

Enojado Melesherbes con tan viles obstáculos salió del ministerio. Turgot, mas animoso que él, esperó que le arrojasen, y el rey tuvo la indigna debilidad de pedirle su dimision (1776). Al dársele el ministro compadeció al desventurado Luis, cuya pérdida causaba con esta resolucion tan fatal. «El destino de los príncipes dirigidos por los cortesanos, le dijo, es el de Carlos I.» En efecto, el trono abandonaba su única senda de salvacion, abdicaba su derecho y su voluntad de llevar á cabo la reforma,

y provocaba, por decirlo así, al pueblo á que no contase ya sino consigo mismo (1).

El inmenso murmullo que acogió la salida de Turgot hubiera sido el precursor de una crisis, sino hubiera reemplazado inmediatamente en el poder á este gran ciudadano un hombre que merecía la confianza popular, y si los ánimos no hubiesen estado distraídos por la proximidad de una guerra que pedía toda la nación.

Sucedió á Turgot Clugny que solo se hizo notable en su corto ministerio por la inmoral fundacion de la lotería y por el restablecimiento de la servidumbre, los gremios, etc. (octubre de 1776). Murió y fué reemplazado por Necker, banquero genovés domiciliado en Francia, donde habia hecho rápidamente una inmensa fortuna. Como amigo de los cortesanos y de los literatos, adversario moderado de las ideas de Turgot, y habil en hacer valer sus planes y su capacidad, era reputado por la generalidad como el único rentista que podia restaurar la hacienda. No hay duda que era un ministro hábil, pero mas buscó paliativos que remedios radicales. Sedujo á todo el mundo con su ingenio, su confianza, sus ensayos de economía y un poco de charlatanismo. Su plan consistia á lo que parece en salvar la hacienda con el crédito, sobre el cual tenia las elevadas ideas de Law con mas experiencia y comedimiento, pero este plan tenia obstáculos insuperables, cuales eran la falta de publicidad de los gastos é ingresos de hipoteca para los prestamistas, y la imposibilidad de igualar el gasto á la recaudacion en una corte en que se creia que el fausto era el único medio de sostener la majestad del trono. De modo que solo por su reputacion de habilidad y honradez logró hacer algunos empréstitos, y tuvo necesidad de hacerlos no solo para las épocas ordinarias, sino para proveer á los gastos de una guerra marítima que debia justificar su sistema de hacienda creando nuevos manantiales á la riqueza nacional. Se trataba de sacar un partido ventajoso de la contienda entre Inglaterra y sus colonias, para hacer salir á la Francia de la humillacion del tratado de París y recobrar la libertad de los mares.

§. III.—*Situacion de las colonias inglesas de América.*—El mi-

(1) Turgot murió en 1781.

nisterio tory presidido por lord North no solo habia hecho contribuir á las colonias inglesas con el objeto de aliviar á la metrópoli, sino con la esperanza de extender la prerogativa real y resistir á Inglaterra con el poder que adquiriese la corona en América. Era preciso que hubiese en esas comarcas una crasa ignorancia del estado social para intentarlo. Fundados en la mitad del siglo diez y siete por puritanos pudientes, instruidos, austeros, cuya educacion política se habia formado en la ruda escuela de las revoluciones de Inglaterra, y que no huian de su país y sus hogares por espíritu de codicia y de aventura, sino para tener libertad en el destierro y en el desierto de orar   Dios como quisieran; «las colonias inglesas desde su origen parecian destinadas   proteger el desarrollo de la libertad, pero n  la libertad aristocrática de su madre patria, sino la popular y democrática de la cual no presentaba aun ningun modelo la historia del mundo (1).»

El principio de la democracia existia all  en las creencias, las costumbres, los hábitos, en todos los pormenores de la vida y sobre todo en el cristianismo republicano de Juan Knox, que libre de todos los que le combatian en la antigua Europa, sin verse obligado á tener en cuenta el pasado para acomodarlo al presente, se habia engrandecido en libertad, desarrollado en las leyes y fortificado con las ideas filosóficas del siglo XVIII desde Locke hasta Rousseau. Satisfecho el gobierno de los Estuardos viéndose desembarazado de los sectarios que turbaban su reposo, habia dejado que se gobernasen   su antojo aquellas colonias, fundadas sin su apoyo y casi á su pesar, formando municipalidades   pequeñas repúblicas donde se habia puesto en práctica ingenuamente el dogma de la soberanía del pueblo; y se content  con legalizar su existencia con reales decretos y concesiones, con reclamar la soberanía original y el poder central, y enviarle guardias y gobernadores encargados casi exclusivamente de vigilar las colonias vecinas de España y Francia.

Merced   este régimen de libertad y al espíritu calculador, positivo y emprendedor de los puritanos, habian hecho maravillosos progresos las colonias inglesas. Formaban ya trece provin-

(1) Tocqueville, de la democracia en América, t. I, p. 47.

cias cuya poblacion ascendia á tres millones de individuos que se duplicaba cada año, habian rechazado al Ohio y al Misisipi á las tribus indias que estrechaban en la actualidad á las orillas del Océano Pacífico, y preludiaban el destino brillante que no se ha cumplido aun del todo, pero cuyo menor resultado debe ser la civilizacion del nuevo continente.

Los ministros torys querian convertir en instrumento para engrandecer el poder real, á expensas de las libertades de Inglaterra, á un país constituido del modo que acabamos de expresar. Los colonos se sublevaron, nó por lo monstruoso de las cuotas que les imponian, sino por el principio en cuya virtud parecia que la Inglaterra queria tratarlos como esclavos y no como hermanos. Los horrores con que se deshonraban entonces los ingleses en sus posesiones indias daban pié á esta oposicion. Algunos infames especuladores, al frente de los cuales estaba lord Clive, habian causado una hambre que hizo morir á tres millones de indios (1768 y 1769); y emplazado lord Clive ante el parlamento, nó solo por este monopolio, el mas espantoso de que nos hablan los anales del mundo civilizado, sino por otros crímenes, fué absuelto honrosamente! Los americanos creyeron ó fingieron creer que se les reservaba la suerte de los indios, y habiendo excitado diez años de resistencia el espíritu de insurreccion, debian estallar las hostilidades á la primera ocasion.

§. IV.—*Insurreccion de las colonias inglesas.—Entusiasmo de los franceses en favor de los insurgentes.—Discusiones del parlamento inglés.*—Habiendo entrado en el puerto de Boston un cargamento de té, los habitantes, que se habian empeñado en no servirse mas de mercancias inglesas, arrojaron el té al mar (1773). El gobierno cerró el puerto y llenó de tropas la ciudad. Se declaró en rebelion la provincia de Massachussets, siguieron su ejemplo todas las demás, arrojaron los empleados ingleses, y eligieron en sus asambleas diputados para un congreso general. Este congreso dió principio á su obra de gobierno legitimando la insurreccion en una *declaracion de derechos* que daba á las doctrinas democráticas de los americanos un carácter de generalidad y de abstraccion filosófica, y que interesaba á todos los pueblos en pro de la lucha de los oprimidos contra los opresores. Poco tiempo despues dió una manifestacion llena de calma y de sen-

cillez al gobierno inglés, reclamando que los americanos fueran tratados como hermanos y nó como vasallos, pidió al Canadá y hasta á la Irlanda que formasen causa comun con ellos, mandó un levantamiento de milicias, autorizó las represalias contra Inglaterra, trató de organizar un gobierno general y un centro de recursos para la insurreccion; y entabló por fin negociaciones secretas con las potencias enemigas de Inglaterra.

Empezaron las hostilidades (1775). Sitiada la guarnicion de Boston por treinta mil hombres de milicias indisciplinadas al mando de Washington, nombrado generalísimo, y hombre recto, lleno de calma y de prevision que tenia todas las cualidades de los americanos de quienes fué el libertador, se vió obligada á capitular (1776). Este importante triunfo y las victorias parciales que le siguieron, ducidieron al congreso á publicar su declaracion de independencia (4 de julio), en la cual enunciaba como incontestables las verdades siguientes: «Todos los hombres han sido creados iguales; el Criador les ha dado derechos que no pueden ser disputados; los hombres han establecido los gobiernos entre ellos para asegurar el goce de estos derechos, y la justa autoridad de los que mandan emana del consentimiento de los gobernados; siempre que una forma cualquiera que sea de gobierno se convierte en destructora y perjudicial de los fines por los cuales se ha establecido, el pueblo tiene derecho de cambiarla ó abolirla.»

Las trece provincias se confederaron con el nombre de *Estados Unidos*.

Estos sucesos produjeron en Europa una gran fermentacion, y se alzó un grito unánime en favor de los americanos. Ningun soberano se aterró al oír sus doctrinas, y Catalina y Federico hablaban con indignacion del despotismo de Jorge III. Una exaltacion y entusiasmo alarmanes animaban á la corte de Francia, á pesar de que los legisladores americanos se anunciasen en alta voz discípulos de los filósofos franceses, y aplaudian á aquellos republicanos tan prudentes cuyos principios no parecian mas peligrosos que los de los romanos y espartanos. El entusiasmo llegó á su colmo cuando se presentó en Francia uno de estos Ligurgos para pedir su apoyo (1777).

Franklin, célebre ya en las ciencias por la invencion de los

pararayos, fué acogido con extremos de alegría. «El que habia arrancado el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos,» se vió rodeado, halagado y ensalzado por los filósofos, las mujeres y los cortesanos. Todos pidieron la guerra á grandes gritos, el pueblo por simpatía á los demócratas y oprimidos, la nobleza para quitar á Inglaterra trece provincias y lavar las afrentas de la guerra de los siete años, el comercio para abrirse un mercado inagotable en América, los hombres de estado para dar al trono alguna popularidad con la gloria, y todo el mundo en fin por el influjo de las ideas de generosidad, de filantropía y de lealtad que apasionaban la Francia. El marqués de Lafayette y algunos otros jóvenes nobles equiparon naves á sus expensas, y fueron á ofrecer su espada á los americanos. Luis XVI era casi el único que miraba la guerra con repugnancia, sentando por principio lo que decia José II, que su profesion era la de ser realista; pero no era capaz de resistir á la opinion pública, que no se manifestaba solo con deseos en pro de los insurgentes, sino que les enviaba armas y dinero, protegía sus corsarios, y aplaudía estrepitosamente la partida de Lafayette.

Mayor era aun la fermentacion en Inglaterra. Los whigs habian desaprobado las intenciones secretas del gobierno, y tomaron la defensa de los insurgentes con extrema violencia, declarando que Inglaterra no tenia derecho de exigir tributos á sus colonias, y pidiendo la pronta y absoluta revocacion de todos los actos del ministerio. «Yo me he educado desde mi juventud, dijo Pitt, con el patriotismo de los griegos y romanos; pues bien, yo declaro que en aquellos dos paises clásicos de la libertad no veo un pueblo ni un senado cuya conducta me parezca mas noble y firme que la del congreso de Filadelfia..... El espíritu que rechaza nuestras contribuciones en América es el mismo que hizo sublevar á toda la Inglaterra contra los Estuardos, es el glorioso espíritu whig que anima á tres millones de hombres que prefieren la libertad y la pobreza á las doradas cadenas. Felicitemonos de que el grito de los custodios fieles de la constitucion, haya encontrado tambien un eco al otro lado del Atlántico. Whigs, los anglo-americanos son nuestros hermanos; su ardor está animado por nuestro patriotismo; su causa es la nuestra.»

North echó en cara á los whigs que la rebelion de los ameri-

canos era la consecuencia de sus ideas republicanas, y sin hacer caso de sus quejas y su oposicion, envió á las colonias hasta cincuenta mil hombres. Había comprado soldados á todos aquellos príncipes alemanes que alimentaban el lujo de sus cortes vendiendo á Inglaterra la sangre de sus súbditos, y habia sublevado contra los insurgentes cuadrillas de salvajes indígenas que pasaron á cuchillo sin compasion á amigos y enemigos.

Los americanos perdieron su entusiasmo y solo experimentaban derrotas; no obedecian ya las órdenes del congreso que pedía en vano á las provincias dinero y hombres, y falta de centro la insurreccion, debía extinguirse sin hacer mas progresos. Pero no los hacia mayores la causa inglesa. Reducido Washington á tres mil hombres continuaba hostigando al enemigo á pesar de sus derrotas. La distancia que separaba los diferentes teatros de insurreccion, los numerosos desiertos, la escasez de víveres, y mas que todo las discusiones del parlamento inglés, hacian mas en pró de la causa de los insurgentes que sus armas débiles y egoístas.

«No podeis conquistar la América, repetia sin cesar Pitt á los ministros, y si lo quereis, no os será posible sino bajo el cañon de Francia, bajo una batería oculta que se abrirá muy pronto para arrojarnos del suelo americano.» Despues abrumaba al gobierno con sus invectivas «por haber tomado asalariados á las bandas alemanas que llevaban su venal ferocidad á unas provincias que eran aun inglesas, y por haber asociado á las armas británicas la maza y el escalpelo de las tribus salvajes á quienes embriagaba para hacerlas mas bárbaras. ¿Al implacable indio se debe encargar la defensa de nuestros incontestables derechos? ¿Es posible que lancemos á nuestros hermanos bajo los filos mercenarios del saqueo y de la matanza? Si yo fuera americano como soy inglés, mientras las hordas extranjeras pisaran mi país, no dejaria las armas nunca! nunca! nunca! (1).»

§. V.—*Capitulacion de Saratoga.*—*La Francia se declara en favor de los insurgentes.*—*Operaciones marítimas.*—Esas elocuentes palabras tenian eco en toda Europa y hacian estremecer á la Francia. Todo el mundo tenia los ojos fijos en el parlamento inglés,

(1) Obras de Bogd, t. I, p. 283.—Villemain, Literatura del siglo XVII, t. III, leccion 12.

que por la primera vez abandonaba su polémica local y prosáica, y cesaba de tratar de «asuntos domésticos,» para ocuparse de verdades especulativas y cuestiones generales. La tribuna anti-gua no había hablado mas elocuente que la que hacia oír á Pitt, Fox y Burke oradores de la oposicion y ardientes defensores de la insurreccion y de los principios de los americanos. Pero North era impasible y confiaba terminar la contienda antes que la Francia saliese de su indecision, cuando un acontecimiento importante realzó la causa de los americanos, dando nuevo aliento á la oposicion y fijando la incertidumbre de Luis XVI. El general Burgoyne, que habia salido del Canadá con catorce mil hombres para someter las provincias del norte, debía incorporarse con el ejército de Howe que Washington tenia estrechado cerca de Filadelfia, pero despues de una marcha desastrosa al través de los desiertos, fué rodeado por los americanos en Saratoga de Hudson y se vió obligado á rendirse con seis mil hombres (17 de octubre de 1777).

Los americanos volvieron á tomar en todas partes la ofensiva. La Francia firmó con ellos un tratado de alianza y de comercio (6 de febrero de 1778), y la oposicion se hizo tan violenta que Inglaterra parecia amenazada de una revolucion. Pasando North de la ativez al desaliento propuso al parlamento, para impedir la intervencion francesa, que tratara con los insurgentes con condiciones que equivalieran á un reconocimiento de su independenciam. Pero el anciano Pitt, con un pié en el sepulcro, hizo que su hijo, heredero de su genio y de sus odios, le condujera al parlamento; y fué causa de que se resolviera «que un pueblo que hacia diez y siete años era el terror del mundo no se humillaria ante su antiguo é implacable enemigo.»

Todos los esfuerzos de Inglaterra se dirigieron entonces contra la Francia.

Luis XVI se decidia á emprender la guerra sin estar de ningun modo convencido de la justicia de su causa, y conocia que iba á trabajar en contra de los tronos. De modo que á pesar del deseo que tenia de satisfacer la opinion pública, quiso esperar que los ingleses empezasen las hostilidades cuando ya estaban hechos todos los preparativos, y á consecuencia de tan extraño escrúpulo la marina mercante de Francia experimentó

en un principio desastres casi tan terribles como al comenzar la guerra de los siete años.

Salió entonces de Brest al mando del conde de Orvilliers una brillante escuadra de treinta y dos navíos, que encontró entre las islas de Ouessant y las Sorlingas una armada inglesa de igual fuerza, mandada por el almirante Keppel. Despues de un choque muy violento (27 de julio), se separaron las dos escuadras sin pérdida y sin ventaja; pero los ingleses miraron como una verdadera derrota una accion tan reñidamente sostenida por una marina salida apenas de la batalla de M. Confians.

Salió de Tolon otra armada de doce navíos al mando del conde de Estaing, que entró en el Delaware, hizo evacuar Filadelfia á los ingleses y estaba destinada á apoderarse de Rhode-Island de acuerdo con los americanos; pero en el momento de presentar la batalla, la dispersó una tempestad. Se dirigió entonces á Santa Lucía, sabiendo que los ingleses amenazaban las Antillas, y no pudiendo tomar esta isla, se retiró á la Martinica. La retirada de Estaing excitó la indignacion de los americanos, los cuales desde que la Francia habia empezado las hostilidades se estaban tranquilos en sus hogares, dejando á su aliada todo el peso de la guerra. Los ingleses se aprovecharon de esta apatía para conquistar las provincias del sur, que tenian diferentes costumbres que las del norte, porque eran provincias agrícolas donde existia la esclavitud de los negros con los elementos aristocráticos, y que parecian menos hostiles á la madre patria. Convirtieron á Savannah en plaza de armas.

§. VI.—*Negocios de la Europa continental.*—*España se declara contra Inglaterra.*—*Situacion desgraciada de los americanos.*—La Inglaterra, como acostumbraba siempre, trató de distraer á la Francia de la guerra marítima con una guerra continental, y se le ofreció una preciosa ocasion en Alemania. Murió Maximiliano José, elector de Baviera (1777), no dejando mas herederos que á Carlos Teodoro, elector palatino. José II, príncipe que aspiraba á la doble gloria de legislador y conquistador, y á quien Federico llamaba un don Quijote, quiso imitar la conquista de Silesia, é invadiendo la Baviera, la reunió á sus estados. Carlos Teodoro volvió sus miradas hácia el rey de Prusia, y contento éste por tener otra ocasion de manifestarse defensor del Imperio

contra la causa de Austria, invadió sin tardanza la Bohemia y la Moravia con doscientos mil hombres. A pesar de las súplicas de su madre, José puso en pié de guerra dos ejércitos de fuerza igual, y pidió á la Francia que le diera los refuerzos estipulados por los tratados. Empezaron las hostilidades y se creyó que iba á verse otra guerra de los siete años.

Pero dirigia la diplomacia francesa con su peculiar talento Vergennes, heredero de los planes de Choiseul, que salvó á la Europa de una conflagracion que hubiera sido la alegría de la Inglaterra y la perdicion de los Estados Unidos, rehusando los refuerzos al Austria, aprobando la conducta del rey de Prusia, prometiendo dinero á Carlos Teodoro, empeñando á la Rusia para que ofreciera su mediacion, y descubriéndole la política del gabinete inglés que exasperaba á los adversarios. José aceptó entonces la mediacion de Francia y Rusia, á instancias de su madre, «que, segun decia, le hacia perder la ocasion de igualar á Federico el Unico,» y firmó el tratado de Teschen por el cual dejó á Carlos Teodoro la posesion de Baviera (13 de mayo de 1778).

El rey de Prusia salió de esta guerra con la gloria de haber sido el árbitro desinteresado de Alemania, y Francia logró la avilantez apenas inconcebible, segun un historiador inglés, de conservar la alianza del Austria, de servir á las miras é intereses del rey de Prusia, y de romper los lazos de Inglaterra y de Rusia.

El gabinete de Versalles decidió con no menos habilidad á España á unir su marina con la suya, demostrándole la ocasion de libertarse de sus dos afrentas de Gibraltar y de Menorca, y recordándole los desastres causados por su intervencion tardía en la guerra de los siete años. España envió sin tardanza un ejército á sitiar á Gibraltar, y treinta navíos á la Mancha para juntarse con los de Orvilliers. Este tuvo bajo sus órdenes entonces setenta navíos que amenazaron á la Gran Bretaña con un desembarco; y se reunieron en las costas de Normandía cuarenta mil hombres (1779).

La Inglaterra estaba llena de turbacion y espanto, solo tenia treinta y ocho navíos para defender á Plymouth, los corsarios americanos y en especial el famoso Paul Jones amenazaban sus costas, y el parlamento estaba lleno de discordias y Lóndres de tumultos.

«Si el enemigo hubiera desembarcado, dice un orador, hubiésemos peleado, pero tambien sucumbido.» Se salvó de la armada de la casa de Borbon, como se habia salvado de la *Armada invencible* de Felipe II, por las tempestades. Orvilliers perdió el tiempo en dilaciones, no se atrevió á atacar á Plymouth, y asolada su armada por una epidemia, se retiró á Brest.

Estaing se apoderaba en tanto de San Vicente y de Granada, vencia al almirante Byron y dominaba el mar de las Antillas. A instancias de los americanos proyectó entonces libertar sus provincias meridionales, y fué á sitiar á Savannah, pero estrellándose en los muros de esta plaza, que le costó mil y doscientos hombres, condujo su armada á la Martinica, y la repartió en tres escuadras, de las cuales destinó dos para las Antillas y la tercera para recorrer la bahía de Chesapeake. Los franceses se apoderaron en tanto del Senegal y los españoles de la Florida, y el corsario americano Pablo Jones atacaba á la armada inglesa del Baltico, derrotaba su escolta, y se apoderaba de la mitad de sus buques mercantes. Volvió á brillar como antes la marina de Inglaterra con el almirante Rodrey, que, encargado de abastecer á Menorca y Gibraltar, venció una escuadra española que le obstruia el paso. Desde allí partió á las Antillas, dió tres combates indecisos al almirante Guichen que habia sucedido á Estaing, y dividió su armada para librarse de las fuerzas superiores que tenian en el mar España y Francia. Esto fué su salvacion, porque un huracán estrelló mas de cuatrocientas navés en las Antillas, y habiéndose apoderado la peste de la armada española, la francesa se separó de ella y solo se ocupó en escoltar los ricos convoyes que salieron de Santo Domingo para Francia á donde llegaron sin obstáculo. Menos felices fueron los ingleses, pues habiendo salido de Inglaterra para América ó Indias dos de sus convoyes, cayeron en poder de los franceses que apresaron cien barcos, cuatro mil soldados y un inmenso botín.

A consecuencia de la derrota de Savannah, los americanos experimentaron nuevos desastres, y estaban tan desalentados y discordes, no queriendo hacer ningun sacrificio por la causa general, temiendo la formacion de un ejército que sobreviviera á la guerra y quejándose de la casa de Borbon, que no desplegaba todas sus fuerzas para repararlos. Cada provincia

queria conservar sus hombres y su dinero para su propia defensa, y una democracia baja y envidiosa contrariaba al congreso y al generalísimo en sus operaciones. Se experimentaban todos los inconvenientes de una república federativa cuando amenaza un gran peligro.

El afán del lucro, esta pasión innata de los americanos, deshonraba los principios de su independencia. «Nadie quería entrar en el ejército sin una promesa exorbitante, dar la menor provision al estado sin haber percibido de antemano desmesuradas ganancias, ni aceptar un empleo ó una magistratura sin estar seguro de una paga escandalosa y de beneficios ilegítimos.» Washington declaró que ya no podia contar con su ejército, cuya mayor parte se amotinaba continuamente por falta de dinero, y que estaban perdidos los Estados Unidos si el rey de Francia no enviaba á América subsidios constantes y regulares, un cuerpo de tropas continentales y una escuadra. El congreso pidió todos estos refuerzos, Lafayette partió á París para apresurar el negocio, y llegaron á América siete navíos, diez millones, seis mil hombres escogidos, una brillante nobleza, y el conde de Rochambeau que se puso á las órdenes de Washington.

§. VII.—*Apuros de Inglaterra.—Neutralidad armada.—La Holanda se alia con la Francia.—Capitulacion de los ingleses en York-Town.*—Inglaterra se hallaba entonces en un estado de crisis alarmante; la administracion era impotente, la corona estaba envilecida por las invectivas populares, la Irlanda en insurreccion, y Lóndres llena de disturbios. Cien mil hombres sitiaron la cámara de los comunes, incendiaron los edificios públicos, y fueron dueños de la capital durante tres días (junio de 1780). Fué necesaria una verdadera batalla, en la que perecieron seis mil hombres, para apaciguar la insurreccion que no tenia base ni centro, pero que pedia la caida del gobierno. Estallaron al mismo tiempo los odios que habia excitado en toda Europa el despotismo marítimo de los ingleses por medio de una confederacion que los dejó sin aliados.

El almirantazgo británico se habia arrogado un siglo hacia el derecho de visitar las naves de las potencias neutrales, y de confiscarlas si conducian municiones de guerra ó materiales de construccion. La Francia excitó á Catalina II á sacudir tan ver-

gonzoso yugo, y anhelosa esta de hacer el papel de protectora de los mares, publicó una declaración de principios sobre la libertad de la navegación que podía resumirse en estas palabras: el pabellón defiende la mercancía; son libres de visita todos los barcos neutrales escoltados por un buque de guerra; un puerto solo está bloqueado cuando tiene delante de él una fuerza suficiente para cerrarlo, etc. Francia y España recibieron esta declaración con un concierto de alabanzas, y hasta la Prusia, Dinamarca, Suecia, Dos Sicilias y Austria se apresuraron á adherirse á ella y armaron navíos para hacerla respetar. La union de estas potencias con la Rusia tomó el nombre de neutralidad armada. «Esta liga se debe enteramente, dice un historiador inglés, á la Francia, á sus intrigas y al deseo de suscitar nos enemigos; esta nacion quiere desbaratar nuestras operaciones discutiendo nuestros derechos, y alzando contra ellos pretensiones exorbitantes. »

Holanda era la que habia sufrido mas con el despotismo británico, y habiéndole pedido la Inglaterra los socorros estipulados en sus alianzas contra la ambiciosa casa de Borbon, resolvió conservar su neutralidad. Confiscáronse entonces sus naves, y hasta se apresó un convoy holandés escoltado por dos navíos de guerra. Holanda se adhirió entonces á la neutralidad armada.

La Inglaterra codiciaba mucho tiempo hácia sus colonias, y sin declaración de guerra y con una perfidia cuya deshonra descubrió Fox, sorprendió sus navíos y atacó sus colonias. Los estados generales hicieron alianza con la casa de Borbon y armaron dos escuadras, pero les hizo traicion el estatuder, que estaba vendido á la casa de Hannover, y frustró todas sus empresas. El almirante Parker venció cerca de Dogger-Banks con seis navíos y muchas fragatas á la escuadra holandesa; el almirante Rodney sorprendió á San Eustaquio, devastó esta colonia, apresó allí cincuenta barcos, y envió á Inglaterra su botín apreciado en cincuenta millones y en treinta y dos naves; pero una escuadra francesa mandada por Lamothe-Piquet se apoderó de él á la vista de Inglaterra. Finalmente, el almirante Johnstone partió á la India con la misión de destruir todos los establecimientos holandeses. Los estados generales pidieron entonces á la Francia

que salvara sus colonias. Enviáronse en persecucion de Johnstone seis navíos mandados por Suffren; veinte navíos mandados por Grasse derrotaron la escuadra inglesa del almirante Hood compuesta de diez y ocho naves, recobraron á San Eustaquio y á Tabago, y se dirigieron á la bahía de Chesapeake con el objeto de secundar el plan que habian concebido Washington y Rochambeau para cercar al ejército de Cornwallis en la península de York-Town.

Grasse arrojó de la bahía á la armada inglesa y trasportó á la península el ejército de Washington, mientras Lafayette estrechaba á Cornwallis con otra division. Halláronse entonces reunidos delante de York-Town veinte mil hombres, que tomaron por asalto las obras avanzadas de la plaza, y obligaron al general inglés á capitular con siete mil hombres, seis navíos y cincuenta buques mercantes (19 de octubre). Este fué el hecho de armas mas importante de toda la guerra americana, que pareció terminada entonces por consentimiento de ambos partidos. Los ingleses solo poseian á Nueva York, Charlestown y Savannah.

§. VIII.—*Combate de Saintes.*—*Asuntos de la India.*—*Victoria de Suffren.*—*Paz de Versalles.*—El conde de Grasse regresó á las Antillas, donde habia reconquistado las islas holandesas el marqués de Bouillé, tomó á San Cristobal, Nevis y Mont-Serrat, y se dirigió con treinta y dos navíos á la Jamaica, única isla que les quedaba á los ingleses, y que debia atacar de acuerdo con diez y seis mil españoles. Halló á Rodney con treinta y ocho navíos cerca de Saintes y le presentó la batalla, pero el valor de su tripulacion se estrelló ante las hábiles maniobras de su adversario (12 de abril de 1782). El mismo Grasse, que montaba el mas hermoso navío, *La ciudad de Paris*, de ciento y veinte cañones, se vió precisado á arriar su bandera cuando ya no tenia mas que tres hombres útiles; otros dos navíos volaron, y cayeron tres prisioneros. Esta derrota, la primera que se habia experimentado en esta guerra, no tuvo consecuencias desgraciadas, y dejó á los franceses todas sus ventajas. La Mothe Piquet arrebató á los ingleses un convoy de 16 millones, y la Peyrouse causó á sus establecimientos una pérdida de doce millones.

Desembarcaba en tanto catorce mil hombres en Menorca una escuadra francesa y española de cuarenta y ocho navíos y se

apoderaba de Mahon y del fuerte de San Felipe (14 de febrero). Todos los esfuerzos se dirigieron entonces contra Gibraltar, donde se reunieron cuarenta y seis navíos, cien buques menores, diez baterías flotantes, además de un ejército de tierra de cuarenta mil hombres; pero defendían la plaza ocho mil hombres y había recibido abundantes provisiones. En vano se esperaba abrir brecha con las baterías flotantes y probar un asalto; las baterías incendiarias de los ingleses quemaron las baterías (13 de septiembre), perdieron mil y quinientos hombres, se apoderó el desaliento de los sitiadores, una escuadra inglesa de treinta y tres navíos se aprovechó de dos ráfagas de viento que alejaron las escuadras aliadas para proveer la plaza, y continuó el sitio sin ningún éxito hasta que terminó la guerra.

Otro teatro de guerra mas ventajoso existía para dar un golpe mas sensible al poder inglés que el de América, y en vez de estrellarse en inútiles esfuerzos contra la inaccesible roca de Gibraltar y de hacer cruzar las armadas por la Mancha, hubiera sido mas acertado marchar á la India, cuyos pueblos esperaban una ocasion propicia para sublevarse contra sus apesores; pero no había en el consejo de Luis XVI un hombre capaz de trazar un buen plan de campaña, y esta era la causa de los insignificantes triunfos de la marina francesa, que era ya tan inteligente como la de Inglaterra. Se envió no obstante una escuadra á la India que se llenó de gloria, pero de una gloria completamente inútil para el desenlace de la guerra.

Desde la paz de 1763 los ingleses eran los poseedores de todo el Bengala, tenían por tributarios á seis radjahs y casi dependiente al Gran Mogol. Solo hallaron un obstáculo á su ambicion en Haider-Alí, hombre de genio que había usurpado el trono de Maissur, fundado un imperio en el centro del Indostan, creado un ejército de doscientos mil hombres, y hasta obligado en 1769 á la compañía inglesa á aceptar una paz humillante. Todo el pais estaba aterrado con los comerciantes ingleses, cuyas infames intrigas habían causado la muerte de millones de hombres, y habían formado una liga contra ellos Haider, los mahratas y el soberano de Decan. Esta liga esperaba tan solo la llegada de los franceses para estallar, pero los ingleses se apresuraron á apoderarse de las posesiones inglesas y hasta de Pondicheri.

Francia no envió tropas ni naves á la India, Haider, reducido á sus propias fuerzas, invadió el Carnate, venció á los ingleses y tomó á Arcate; pero sufrió en seguida tres grandes derrotas, y habiendo recibido refuerzos la compañía, se apoderó esta de las posesiones holandesas, en especial de Negapatán y de Triquemale (1781).

Francia se decidió entonces á enviar á la India al baile Suffren, que desplegó un talento de primer orden con medianos recursos y en un mar donde no tenia ningun fondeadero. Luego que llegó, venció la escuadra del almirante Hughei, y proporcionó refuerzos á Haider que tomó á Gondalor (15 de febrero de 1782). Dos victorias mas le permitieron recobrar á Triquemale, pero Haider fué vencido entretanto y murió de pesar. Su hijo Tippou-Saib heredó el Carnate devastado, y perdió sus tesoros con la ciudad de Bednove; y ya iba á sucumbir en Gondalor donde estaba sitiado por los ingleses, cuando le libertó una cuarta victoria de Suffren. Entonces se supo en la India que habia terminado la guerra.

Inglaterra estaba resuelta á reconocer la independencia de los Estados Unidos, conociendo que los americanos, como pueblo mercantil y positivo, olvidarían pronto «al rey y á la nacion magnánimos» á quienes eran deudores de su independencia, y que el hábito, la lengua y las costumbres continuarían enlazando los nuevos estados á la antigua metrópoli. El ministerio tory presentó entonces su dimision; le reemplazó un ministerio wigh que tuvo á la corona en un humillante vasallaje, y bajo la mediacion del Austria y de Rusia, entabló las negociaciones que terminaron con el tratado de Versalles (1) (3 de setiembre de 1783).

(1) Los americanos habian concluido ya la paz separadamente con Inglaterra, sin que hubiera sabido una palabra el gabinete de Versalles. Franklin, que hacia de la virtud un arte y de la probidad un cálculo, hombre enteramente positivo que se burlaba de Francia, de su generosidad y de sus ilusiones, jugó con Mr. de Vergennes como diplomático consumado. Este escribia así el 19 de diciembre de 1782: «Juzgad cual sería mi sorpresa cuando Franklin vino á decirme el 29 de noviembre que los artículos estaban firmados en sentido contrario á las promesas verbal y mútua que nos habíamos dado de no firmar sino juntos... Si el rey hubiera mostrado tan poca delicadeza como los comisionados americanos, hace mucho tiempo que hubiera firmado con Inglaterra una paz aparte... Si hemos de juzgar del por-

La Inglaterra reconoció la independencia de los Estados Unidos, devolvió todas sus colonias á Holanda, menos Nigapatan; Menorca y la Florida á España, y Tabago, Senegal y las posesiones indias á Francia, con la abolicion de la cláusula del tratado de Utrecht relativa á Dunquerque.

Esta paz causó en Francia un inmenso regocijo aunque no le diera mas que medianas ventajas, pero en aquella época solo se deseaba que las guerras tuvieran un carácter noble y desinteresado, y se creia bien recompensada esta guerra que habia costado 1400 millones con haber debilitado á la Gran Bretaña, reconquistado la libertad de los mares, recobrado el ascendiente en Europa, y con haber representado un glorioso papel de protector para con los Estados Unidos, la Holanda y España. En cuanto al interior no habia tenido esta guerra los resultados que de ella se esperaban; no fué bastante decisiva para realzar al trono y á la nobleza; no reanimó la riqueza nacional y aumentó la escasez del tesoro, y léjos de impedir la crisis revolucionaria, no hizo mas que acelerarla con los franceses que regresaron de América llenos de entusiasmo en pro de una democracia que veian sin la ilusion de sus ideas, quedando oculto su punto de partida y la base moral.

§. IX.—*Publicacion de cuentas y caída de Necker.*—*Ministerio de Colonne.*—Mientras la guerra no parecia corresponder á las grandes esperanzas que hizo concebir, Necker habia hecho perder el favor que gozaban los ministros de guerra y de marina, y aspiraba á ver caido tambien á Maurepas. Entonces fué cuando para aumentar su popularidad obtuvo del rey la aprobacion de todos sus planes, la publicacion de las cuentas, de su administracion de la hacienda, innovacion necesaria para asegurar el crédito público, y que era, segun él, el secreto de la prosperidad rentística de Inglaterra (1781). En este trabajo, que revelaba las faltas del ministro, pero que por vez primera inició á la nacion en el misterio, tan esmeradamente conservado de los ingresos y gastos del estado, revelaba con orgulloso énfasis las faltas cometidas por sus predecesores, presentándose como el único que las habia reparado. Segun él, el déficit habia desaparecido ya,

venir por lo que ha pasado á nuestros ojos, creo que seremos mal pagados por todo lo que hemos hecho por los Estados Unidos.»

y, á pesar del empréstito de 350 millones verificado durante la guerra, empréstito que importaba 45 millones de interés, los ingresos excedían á los gastos en 10 millones(1). Sin embargo, este portentoso resultado no estaba demostrado con toda claridad: á pesar de las verdaderas economías y de las reformas administrativas, no se conocía medio alguno que hubiese podido llevar al ministro á tan satisfactorio resultado; él mismo parecía desmentirse anunciando que pronto sería preciso plantear el proyecto de Turgot, la abolición de privilegios relativos á impuestos; y en efecto, parece que el déficit, léjos de haber desaparecido, ascendía á 46 millones (2).

La corte llevó á mal esta innovacion democrática, el insufrible tono y los ulteriores proyectos del ministro; consideró el acto de la rendición de cuentas como un desdoro del trono, que se rebajaba á la situación del trono inglés; reconvino á la reina por el envilecimiento hácia el que se dejaba arrastrar el rey por una senda tan poco honrosa, y excitó la envidia del anciano Maurepas. Necker, perseguido por el odio, por la perfidia é intrigas que habian causado la caída de Turgot, y poco secundado por el monarca siempre dócil á los clamores de los cortesanos, presentó su dimisión (25 de mayo de 1781). El pueblo consideró su caída como una verdadera calamidad.

Algún tiempo despues murió Maurepas. Su sucesor en la corte fué la reina, única consejera que desde entonces tuvo el rey, quien léjos de oír las indicaciones de la opinion pública, solo recibía las inspiraciones que las intrigas de la corte inculcaban á la reina. Joly de Fleury habia sucedido á Necker; pero su permanencia en el ministerio cargó la deuda con 300 millones. Despues de éste, Ormesson ensayó algunas economías. En fin los cortesanos y en especial el conde de Artois, que era considerado como el protector de los nobles fastuosos, ignorantes y viciosos contrarios á toda reforma, colocaron en el ministerio á Colonne, magistrado de gran talento y audacia, pero frívolo, perverso y de mala reputacion (4 de noviembre de 1783). Elogió la prodigalidad, celebró muchas fiestas, alentó el lujo, alucinó á los capi-

(1) Ingresos, 264 millones; gastos 254.—(2) Segun opinion de M. Colonne, los cálculos de Necker eran inexactos; los ingresos ascendían á 236 millones, y los gastos á 233.

talistas, y agotó el crédito. «La nación se inquietó mucho con estas novedades y la corte respiró, pues estaba segura de poder disfrutar algunos años mas de tranquilidad y de placeres.» El rey se tranquilizó conversando con un ministro de hacienda que se reía de los apuros del día, y manifestaba con aire de triunfo los recursos del porvenir. Colonne tomaba á préstamo, anticipaba, publicaba edictos bursátiles, prorogaba la recaudación é imponía sueldos adicionales con una facilidad que ninguno de sus predecesores habia dado á conocer (1).

§. X.—*Estado de la opinion pública.—Progresos filosóficos.—Des-crédito de la corte.*—El talento y el charlatanismo de Colonne sostuvieron este singular sistema por espacio de tres años. Esta fué la última época de tranquilidad que precedió á la crisis revolucionaria, y en la que las ideas se agitaron hasta el punto de convertirse en hechos. Las cuestiones interiores con cuya lucha se habian distraído los ánimos, cobraban mayor actividad, porque el ejemplo de América y el aspecto de su democracia habian acrecentado su valor real. Las opiniones filosóficas desde que habian salido victoriosas de su lucha, habian perdido una parte de su efervescencia y de su carácter agresivo; pero por esto no habia dejado de vulgarizarse mas y mas. En su espíritu estaban empapados los discursos del púlpito y los edictos reales; corrian en boca de los mismos que las desaprobaban, y nadie se hubiera atrevido á sacudir este nuevo despotismo sin ser deshonrado por la multitud y sin experimentar rudas persecuciones: testigo el desgraciado Gilbert, cuyas sátiras contra los filósofos le llevaron á acabar su vida en un hospital. Las nuevas ideas no necesitaban ya mas celebridades para avanzar y propagarse. Voltaire, Diderot, Helvecio y Rousseau habian muerto, y no habian dejado otros sucesores que los medianos talentos de Marmontel, La Harpe, Chamfort y Raynal. Pero todas las escuelas filosóficas podian definitivamente reducirse á dos sectas representadas por los grandes nombres de Rousseau y Voltaire, sectas que reproducian esta dualidad eterna que parece inherente á la naturaleza humana, y que desde Aristóteles y Platon hemos seguido á través de los siglos; el sensualismo

(1) Lacreteille, Historia del siglo décimooctavo, t. VI, p. 5.

con Voltaire y los enciclopedistas, el idealismo con Rousseau y los economistas. Voltaire habia muerto logrando antes la dicha de verse llevado en triunfo por las calles de París y colmado de aplausos de una multitud inmensa que le coronó en pleno teatro; Rousseau desgraciado, perseguido, casi olvidado del mundo, habia exhalado su último suspiro en su retiro de Ermenonville. Sin embargo, la filosofía de Voltaire, tan grata para los ricos y aficionados al placer, era menos popular que la de Rousseau en cuanto se aproximaba la época de la democracia. Burlarse del cristianismo ya no era cosa de moda; el clero, y en especial el del campo, era amado y respetado, y la gente no se ocupaba mas del gobierno que de la religion. Las costumbres eran menos depravadas, ó á lo menos no se hacia alarde de corrupcion. No se ridiculizaba la virtud, y se temia mucho el captarse una mala reputacion. El egoismo estaba enteramente desacreditado; las palabras de humanidad, de beneficencia y en especial las de sensibilidad, corrian por todas las bocas, resaltaban en todos los escritos, y eran inseparables de todo proyecto hasta de los de gobierno. No se oia hablar sino de obras generosas y de suscripciones caritativas. Todos creian haber alcanzado el siglo de los prodigios y de las virtudes, y la época en que la sabiduría iba á regir y gobernar el género humano: «Los franceses no proyectaban sino placeres pacíficos: nunca habian simpatizado tanto en el afan de aliviar los males cuyo tributo nos impone la naturaleza, y los que por mil conductos diferentes se inoculan en las instituciones sociales. Las almas rebotaban en una compasion eficaz, y nada temian tanto los hombres ricos, como pasar plaza de insensibles (1).» Los espíritus mas frios y positivistas no podian mostrarse insensibles al entusiasmo general. La agricultura y los campos se habian hecho de moda; todos deliraban por la felicidad rural; exagerábanse las virtudes de los aldeanos; unos escribian églogas como Florian; y otros, poemas sobre las cosechas, como Saint-Lambert. Formábanse sociedades de agricultura, desmontábanse los eriales, fomentábanse las crias de ganados, y Parmentier introdujo en Francia la preciosa patata. Los frailes parecia que querian poner á cu-

(1) Le cretelle, t. V, p. 2.

bierto sus inmensas riquezas con sus trabajos agrícolas y mejorando la suerte de sus colonos. Los señores se creían honrados convirtiéndose en padres de sus súbditos. Unánime fué el grito de alabanza con que saludó el pueblo francés á Luis XVI cuando dió libertad á los últimos esclavos de los dominios reales, á instancias de Necker y de Voltaire (agosto de 1779) (1).

Cuanto mas iban democratizándose las costumbres, mayor era el odio (2) que se granjeaba la corte con su orgullo insultante, con su frivolidad y lujo, tanto mayor era el desprecio en que incurria la familia real. La casa del rey y de los príncipes, mas pomposa que la de Luis XIV, gastaba anualmente 36 millones, sin contar los 18 que por sí solas importaban las pensiones. Continuamente se tenían que pagar deudas enormes del conde de Artois, sosteniendo á la vez el excesivo lujo de la reina, y prodigando gratificaciones á todos los cortesanos. Andando el tiempo se evidenció que las órdenes de pago habian ascendido en ocho años á 861 millones (3). El rey no tenia parte personal en esas prodigalidades: tan sencillo en sus gustos como austero en sus

(1) La esclavitud *personal* y *real* conservóse en los dominios de algunos señores, y no quedó abolida hasta la noche del 4 de agosto de 1789. El artículo 1.º del edicto de 1779 explica en qué consistía esta esclavitud, cuya existencia, despues de diez y ocho siglos de cristianismo, bastaba por sí sola para justificar la revolucion. «Queremos que los que se encuentran en semejante condicion bajo el nombre de *hombres*, de *cuerpos*, de *esclavos*, de *manos muertas* y de *herencias*, sean puestos en plena é irrevocable libertad; y por lo que respecta á la libertad de sus personas, á la facultad de casarse y de variar de domicilio, á la propiedad de sus bienes, á la facultad de enajenarlos, de hipotecarlos y de disponer de ellos entre vivos y por testamento, á la transmision de dichos bienes á sus hijos ó á otros herederos etc., gocen de los mismos derechos, facultades y prerogativas que segun leyes y costumbres corresponden á los hombres libres... (Isambert, coleccion de leyes francesas).»—(2) En 1781 promulgóse un edicto que declaraba inhábil para llegar al grado de capitán á cualquier oficial cuya nobleza no datase de cuatro generaciones, y privaba de todos los grados militares á los oficiales plebeyos, á excepcion de los que fuesen hijos de los caballeros de San Luis. «Era preciso pertenecer, dice Mad. Campan (Memoria t. I, p. 236) á la clase honorífica del tercer estado para conocer la desesperacion, ó mejor, la cólera que excitó esta ley.» Otra decision hubo tambien, y esta no podia promulgarse por un edicto, tal fué la de que en adelante todos los bienes eclesiásticos, desde el mas modesto priorato hasta las abadías mas ricas, serian propiedad de la nobleza.»—(3) Prefacio del Libro Rojo.—Historia parlamentaria de la Revolucion, t. V, p. 287.

costumbres, estaba pronto á hacer personalmente toda clase de sacrificios; pero dejaba obrar á la reina y á los cortesanos, y, en recompensa de su debilidad, no gozaba mas autoridad en la corte, que el respeto de la familia. La nobleza, persuadida de que un rey noble y majestuoso como Luis XIV era el único que hubiera podido atajar la revolucion, indignábase contra el desagradable aspecto y las inclinaciones poco nobles de Luis XVI. La reina, buena y benévola, pero loca por los placeres y por las fiestas, queriendo complacer á todos y deseosa de no ver en toro suyo mas que sonrisas, dejábase persuadir de que debía gobernar la debilidad de su marido; y mas contenta con obtener adoraciones que respetos, comprometia su dignidad con indiscreciones que daban origen á los rumores mas injuriosos. Escribíanse contra ella horribles libelos y canciones insultantes; decíase que sus hijos eran adulterinos; la maledicencia popular calumniaba su amistad con el conde de Artois y la duquesa de Polignac; y finalmente vino á poner el colmo al escándalo el asunto del collar en el que se vió á un cardenal acusado á los tribunales por haber querido comprar la joya de la reina de Francia por 1.600,000 libras (1785). Nadie dudó de la culpabilidad de María Antonieta; y siendo tal la opinion en que se la tenia, el parlamento pagó la deuda del cardenal, y el pueblo entero quedó convencido del deshonor de la familia real.

§. XI.—*Asamblea de los notables.*—*Dimision de Calonne.*—Despues de pasar tres años á fuerza de expedientes, Calonne, que sonreia á todos, que á nadie rechazaba, y que hacia nacer en el espíritu de los demás su indolente confianza, declaró al rey que la deuda se habia aumentado en 800 millones, que no habia otro medio para desahogar al tesoro que la abolicion de los privilegios de contribuciones, y que el poder debia aprovechar esta ocasion de hacerse dueño de la revolucion cortando de una vez todos los abusos. Esto era resucitar los planes de Turgot; pero el ministro de los cortesanos se lisonjeó de salvarse de los obstáculos y de la suerte de este gran ciudadano, haciendo concurrir los privilegiados á la reforma, y obtuvo de Luis la convocacion de una asamblea de los notables, con gran sorpresa de la corte que veia los fundamentos de la monarquía zapados por este simulacro de representacion nacional. En 22 de febrero de 1787

abrióse la asamblea de los notables. Calonne, en un discurso escrito con mucha habilidad, declaró que el déficit desde el ministerio de Necker, quien distaba mucho de haberlo pagado, había crecido continuamente, y que en aquel entonces ascendía á 112 millones, no pudiéndose ya resarcir de otra manera que con cambios radicales en la administración. Propuso pues á la asamblea la supresion de la servidumbre feudal, la destruccion del sistema de arriendos, sustituyéndolo por asambleas provinciales encargadas de la reparticion de los impuestos, una subvencion territorial sin distincion de privilegios, en lugar de las veintenas, la libertad de comercio en los granos, la supresion de las aduanas interiores, etc.

Todas estas reformas, que el pueblo habría aplaudido y aceptado con confianza cuando las proponia Turgot, ofrecidas por Calonne no se granjearon sino desden y sospechas. Los privilegiados, á quienes el ministro habia prodigado el oro y las fiestas, no veian en él sino un traidor que queria salvarse á sus expensas. La corte y el pueblo se convinieron pues contra él, y la asamblea rechazó sus planes. Decíase por todas partes que el verdadero déficit no era de 112 millones, sino de 140, y que la fraudulenta y pródiga administracion del ministro era la única causa de haber ascendido tanto esta cifra, y se hizo llegar á oídos del rey que los notables estaban prontos á aceptar las reformas, si las presentaba otro ministro. Entonces el conde de Artois abandonó á Calonne; Luis le exigió su dimision, y por consejo de la reina le reemplazó el cardenal Lomenie de Brienne, hombre ambicioso, indeciso y falto de prevencion, que al heredar todas las faltas cometidas por sus predecesores, no contaba con la menor prenda para poderlas reparar (3 de abril de 1787).

§. XII.—*Lucha entre Brienne y el parlamento.*—Los notables, contentos con la retirada del ministro, aceptaron las reformas propuestas, y creyóse, como decia el canciller Lamoignon en su discurso de clausura, que «todo se arreglaría sin trastorno alguno, sin sacudimiento de fortuna y sin alteracion de los principios de gobierno.» Pero los privilegiados contaban con la oposicion del parlamento, que habia venido á ser como una ciudadela contra todos los abusos, y no salieron fallidas sus esperanzas. Brienne, léjos de presentar desde luego y en conjunto al regis-

tro todas las ordenanzas de reforma, presentólas una á una, y á largos intervalos, dando tiempo así á los magistrados para preparar su oposicion. Las ordenanzas sobre feudes, sobre el comercio de granos, y las asambleas provinciales, fueron admitidas sin réplica; pero cuando se presentó la de la subvencion territorial, terror de los privilegiados, junto con un edicto sobre el sello, terror del pueblo, el parlamento se deshizo en furiosas inyectivas contra el ministro, contra la corte y las prodigalidades (junio de 1787). Dos hombres de carácter opuesto estaban al frente de la oposicion; era el uno de Espremesnil, orador excesivamente fogoso, y que se presentaba como defensor de todos los privilegios; el otro era Duport, hombre tranquilo y enérgico que solo abogaba por el triunfo de la aristocracia parlamentaria.

La oposicion del parlamento, aunque dirigida contra los planes de reforma, era popular. Ante todo esas medidas parecian insuficientes, en especial á los que del conflicto entre Calonne y los notables se habian prometido algo mas que un cambio de ministerio; luego estaban acostumbrados á ver en el parlamento el defensor de las libertades públicas, y todavía parecia serlo por la sola razon de oponerse á la corte; y finalmente una oposicion á la corte, de cualquier parte que viniese, y fuese cual fuese su motivo, merecia la pública aprobacion. El pueblo aplaudia pues al parlamento porque defendia el partido de los privilegiados contra las medidas de reforma; pero en estos aplausos ocultábase un instinto revolucionario que hubiera debido atemorizar é ilustrar al poder.

En el calor de la discusion pronuncióse por casualidad la palabra *estados generales*: esta palabra refundió todos los pensamientos en uno solo, terminó toda incertidumbre, dió pábulo á mil hipótesis y proyectos, y manifestó el verdadero origen de la reforma á los que la esperaban del rey ó del parlamento. Esta palabra fué repetida, aplaudida y comentada por todo el mundo; pasó á ser un grito de guerra, y el estandarte de reunion. En fin, el parlamento, obcecado por su egoismo, y encontrando plausible cualquier pretexto que rechazase la subvencion territorial, declaró que los estados generales únicamente tenian el derecho de aprobar los impuestos, y que los magistrados reconocian su incompetencia para plantearlos. Esto venia á ser lo mismo que

afirmar que desde muchos siglos atrás el trono y el parlamento eran unos usurpadores, advirtiendo al mismo tiempo á la nacion sus derechos y provocándola á reclamarlos con la fuerza.

Tembló la corte ante semejante declaracion, y el rey expidió una real órden mandando registrar ambos impuestos. Al dia siguiente el parlamento declaró nulo el registro forzoso; pero fué desterrado á Troyes. Al propio tiempo, los dos hermanos del rey llevaban dichos edictos al tribunal de cuentas y al de subsidios. El conde de Provenza, á quien se le atribuian tendencias reformistas, vióse cubierto de flores y de aplausos por las calles de París; pero el conde de Artois, conocido como protector de todos los abusos, fué injuriado de tal modo que sus guardias tuvieron que resistirse á viva fuerza contra la furia popular. Ambos tribunales protestaron contra la violencia con que se les obligaba á registrar los edictos, y proclamaron la necesidad de los estados generales. Todos los parlamentos siguieron este ejemplo.

Brienne negoció con los magistrados, que, infieles á su declaracion de incompetencia, acabaron por transigir. Retiró los edictos relativos al sello y á la subvencion territorial, prometiendo que las veintenas y muchos empréstitos serian registrados, y dió palabra de convocar los estados generales antes de cinco años. La situacion habia venido á hacerse singularmente complicada. La magistratura y la nobleza excitaban al pueblo contra la corte para defender sus privilegios, y dirigian contra ella el arma de los estados generales, en tanto que la corte, atacada por todos, queria conservar su poder absoluto á expensas de los privilegiados, é invocaba tambien el apoyo del pueblo por medio de los estados generales.

El parlamento volvió á París, y el rey celebró una sesion real, en la que el poder absoluto, por boca del guardasellos, manifestó que ante exigencias terribles no se atrevia á pasar mas allá de la superficie de las cosas, que se apoyaba en medios equívocos y que se veia arrastrado á remolque de la opinion pública (19 de noviembre de 1787). Habia prometido convocar los estados generales; y léjos de realizar completamente esta medida, parecia retroceder declarando que era el único juez que debia conocer de la oportunidad de su convocacion, «que por otra parte no podria encontrar en ellos otra cosa que un consejo mas numeroso,

compuesto de miembros escogidos de una familia de la que él era jefe, pero que siempre sería árbitro supremo de sus representaciones y de sus quejas.» Entonces Brienne presentó al registro dos edictos; uno creando empréstitos sucesivos por valor de 420 millones, y otro devolviendo el estado civil á los protestantes, reparacion tardía de la revocacion del edicto de Nantes que habia obtenido Malesherbes. La discusion fué muy violenta, y en el momento en que el presidente iba á contar los votos, el rey transformó la sesion real en consejo de justicia, y mandó registrar los edictos sin votarlos. Entonces se levantó un príncipe, enemigo declarado de la reina, odiado y calumniado de la corte, hombre de perversas costumbres é inconsecuente con sus ideas, á quien se atribuian en gran parte las agitaciones de la Francia; tal era el duque de Orleans, biznieto del regente, á quien la ambicion habia llevado al partido popular. Protestó altamente contra la ilegalidad del registro; y cuando el rey hubo salido, el parlamento declaró nulo este registro. Al dia siguiente el duque de Orleans fué desterrado á Villers-Cotterets, y dos consejeros fueron encerrados en la Bastilla. El parlamento hizo representaciones enérgicas y amenazadoras; Brienne no encontró medios de cubrir sus empréstitos; la fermentacion era inmensa, y la convocacion de los estados generales fué la exigencia universal.

Entonces el poder resolvió dar un golpe de estado desembarazándose así de la oposicion parlamentaria, y quitar al pueblo todo pretexto de turbulencias tomando la iniciativa en las reformas. Mandáronse órdenes por toda la Francia para que este golpe de estado se efectuase á la vez, y para que el ejército estuviera pronto para apoyarlo. Espremesnil pudo procurarse una copia de los edictos proyectados, y fué á dar el grito de alarma al parlamento, que juró oponerse á todas las medidas del poder, y protestó solemnemente contra cualquier atentado que se cometiese contra las leyes constitutivas de la monarquía (4 de mayo de 1788). Espremesnil y otro consejero fueron presos en pleno parlamento, y en tanto que toda la ciudad de París estaba murmurando de lo que pasaba. Los príncipes, los pares y los magistrados fueron convocados en Versalles (8 de mayo); y el trono en un consejo de justicia pronunció su última decision re-

lativa á la reforma tan solicitada, é hizo todas las concesiones de que era capaz. «No hay desvaríos, dijo el rey, á que no se haya entregado mi parlamento de un año á esta parte.... Por amor á mis pueblos, por amor á mí mismo, por amor á mis sucesores, debo atajarlos.... Un gran estado necesita un solo rey, una sola ley, un solo registro, tribunales dotados de autoridad limitada, parlamentos que conozcan de los procesos mas importantes, una corte única depositaria de las leyes y encargada de registrarlas, y finalmente estados generales siempre y cuando lo exigirán las necesidades del estado. Tal es la restauración que mi amor para con mis súbditos ha preparado.» Entonces el canciller leyó las ordenanzas por las que se suprimian las cámaras de informaciones y peticiones, disminuifase la autoridad de los parlamentos con la creacion de tribunales inferiores, abolíanse los tribunales de excepcion, reformábase la ordenanza criminal, y en fin creábase un consejo pleno para registrar las leyes, consejo formado de señores, de obispos, de consejeros de estado y de la gran cámara del parlamento de París.

Todas estas reformas, buenas en sí, habrían satisfecho los deseos de la opinion pública, si se hubiesen dado cincuenta años antes; pero entonces eran insuficientes y solo evidenciaban la incapacidad del poder en hacer la revolucion. La gran falta de Luis XVI consistió en no prevenir jamás los deseos populares, y en aguardar, para acceder á lo que la opinion habia exigido mucho antes, á que sus pretensiones tuviesen doble fuerza. De ahí es que las reformas fueron acogidas con desaprobacion general. El parlamento renovó su juramento de oposicion. Los demás manifestaron una resistencia indomable, y ocho de ellos fueron desterrados á viva fuerza. Hubo turbulencias en toda la Francia, y en especial en el Delfinado, donde las tropas se negaron á obedecer las órdenes de la corte, y en Bretaña, donde la nobleza y la magistratura declararon infame á cualquiera que aceptase un empleo del ministro. Nadie quiso entrar en el consejo pleno. El clero, añadiendo su reprobacion á la reprobacion universal, protestó, en su asamblea general, contra los actos del ministro, y pidió la convocacion inmediata de los estados generales. En fin, y para colmo de todo, el pacto del hambre, que Necker no habia podido disolver, pero que merced al carác-

ter del rey había sufrido alguna restriccion, el pacto del hambre, digo, aprovechándose del edicto, que por cuarta vez devolvía la libertad al comercio de granos, comenzó de nuevo sus infames especulaciones que hicieron lanzar al pueblo gritos de furor.

Entonces el cardenal, despues de valerse de todos los medios, de la fuerza, de la intriga, del despotismo y de la corrupcion, encontrándose despues de todo sin consejo pleno ni parlamentos, sin empréstitos ni contribuciones, acudió al último remedio: los estados generales. Convocólos para el 5 de mayo de 1789, é invitó á los cuerpos del reino y á las sociedades científicas á escribir memorias relativas á su formacion y á sus atribuciones. Sin embargo era preciso vivir hasta aquella época, y la hacienda estaba en un estado tal, que se habian gastado hasta los fondos de una suscripcion en favor de los hospicios. Entonces Brienne dió curso forzoso al papel de la caja de descuentos, y declaró que las rentas se pagarian dos quintas en numerario y las tres quintas partes restantes en billetes á interés (16 de agosto de 1788). Esto fué el golpe de gracia; y fué tal la indignacion que se levantó, que el ministro presentó su dimision, y aconsejó al rey que llamase al ministerio á Necker (25 de agosto).

§. XIII.—*Situacion de la Europa.—Ministerio de Pitt el jóven.—Ambicion de Catalina.—Revolucion de Holanda.*—La crisis iba acercándose á su término, y la fermentacion interior era tal que el gobierno ni tenia tiempo siquiera para fijar su vista en el exterior. Los enemigos de la Francia no veian en sus agitaciones sino un medio para acrecentarse; y los sucesos que tenian lugar en Europa iban á acabar con el descrédito del trono.

En Inglaterra habia caido el ministerio wigh, que habia hecho la paz de 1783, y habia sido reemplazado por otro ministerio sin color conocido, á la cabeza del cual se colocó Pitt, jóven de veinte y cuatro años de edad, y sin embargo el primer hombre de estado de Inglaterra. Salido del partido de los wigh, y viendo al país amenazado de una disolucion social por las turbulencias que le agitaban, por la influencia de las ideas francesas y por el ejemplo de la América, creyó que era preciso asegurar los poderes que habian engendrado la grandeza británica; y presentándose como defensor de la aristocracia y de la corona,

logró restablecer la calma en Inglaterra con una administración tan sabia como vigorosa. Al propio tiempo trató de aprovecharse de las turbulencias de Francia que, dicese, fomentaba con el oro, para despojarla del ascendiente que habia vuelto á adquirir desde la guerra de América; y por medio de la alianza que concluyó con Federico Guillermo II, sobrino y sucesor del gran Federico (1), logró agitar y trastornar la mitad de Europa valiéndose de medios desleales, sin que la Francia pudiese oponer obstáculos á sus ambiciosos proyectos.

Desde la paz de Kainardji, Catalina II habia continuado abiertamente sus usurpaciones sobre el imperio otomano. El Austria únicamente podia oponerse á sus deseos; pero muerta María Teresa, José II, que creia haber restablecido el imperio de Occidente, porque, decia él, con sus reformas religiosas, habia reducido al papa á su rango de obispo, José hizo una absurda alianza con Catalina, que prometia á aquél la ciudad de Roma y la Italia si consentia en dejarle apoderar de Constantinopla y de la Grecia. Entonces la czarina mandó que invadieran la Crimea sus tropas, que la cubrieron de sangre y de ruinas; y declaró, que «á fin de conservar allí la paz y la felicidad» la reunia á su imperio (1793). Al propio tiempo se apoderó de Kuban, amenazó la Georgia, fomentó revoluciones en las provincias turcas, y manifestó abiertamente su proyecto de destruir el imperio otomano. Acompañada de cuarenta mil hombres hizo un viaje á Crimea (1787); pasó por Kherson bajo un arco de triunfo en el que se leian estas palabras: «Camino de Bizancio,» y encontró en esta ciudad á su aliado de Austria, con quien proyectó la reparacion de la Turquía, y la resurreccion de las repúblicas griegas. «No hablaba de otra cosa, dice el príncipe de Ligne, que de hacer renacer los Licurgos y Solones.»

Los turcos se alarmaron, y buscaron con ansiedad el auxilio de la Francia, pero desde la neutralidad armada la corte de Versalles habia conservado relaciones amigables con la Rusia, y acababa de firmar con ella un tratado de comercio que desagradó vivamente al gabinete inglés. Este aprovechó la presente ocasion de sustituir su influencia á la de Francia cerca de la

(1) Federico habia muerto el 17 de agosto de 1786, «previendo, dice Juan de Muller, los nuevos tiempos, como Moises habia visto la Tierra Santa.»

Puerta, y de adquirir el comercio de levante, cuyo monopolio habían tenido hasta entonces los franceses. Procuró asustar á la Turquía pintándole los proyectos de la Rusia y del Austria, y la indujo á atacar á sus enemigos sorprendiéndoles por medio de una vigorosa agresion, prometiéndole el apoyo de la Suecia y de la Prusia, y aun de Polonia, de donde, decia, intentaba arrojarse los bárbaros. El sultan cedió á estas sugestiones, y Catalina y José sufrieron al principio algunos descalabros; pero no tardaron en conseguir ventajas. Todos los socorros prometidos á los turcos les faltaron; solo Gustavo III, despues de conquistar su autoridad sobre la aristocracia sueca (1787), trató tambien de dar á su reino su antigua influencia atacando á la Rusia; pero despues de intentar en vano apoderarse de San Petersburgo, fué vendido y no experimentó sino desastres. La Inglaterra y la Prusia permanecieron inmóviles, y emplearon sus fuerzas contra otra aliada de la Francia.

José II, cuyo genio turbulento deseaba engrandecerse por todas partes y queria recuperar el Escalda y apoderarse de las plazas de la *barrera*, habia amenazado recientemente á la Holanda, pero esta nacion fué apoyada vigorosamente por el gabinete francés, que obligó al emperador á abandonar sus pretensiones, mediante una fuerte cantidad que la misma Francia consintió en pagar. Tanta generosidad dió lugar á un tratado de íntima alianza entre ambos paises, que hizo perder enteramente á la Inglaterra su influencia sobre la república, á pesar de los esfuerzos del estatuder, adicto siempre á la casa de Hannover. Los estados generales, que habian conservado un vivo resentimiento de las traiciones de este príncipe, trataron de disminuir su poder, pero estallaron las turbulencias fomentadas por la Inglaterra y la Prusia; y el populacho, adicto á la casa de Nassau, se insurreccionó contra la clase media. Entonces los estados amenazados por los gabinetes de Lóndres y de Berlin, solicitaron el apoyo de la Francia, y, fiados en la noticia de que en Givet se formaba un campamento, declararon al estatuder exonerado de sus empleos. Pero el rey de Prusia, sabiendo positivamente que no existia el tal campamento hizo entrar en Holanda veinte mil hombres que dispersaron á los patriotas sorprendidos, se apoderaron de Amsterdam y obligaron á los estados á restablecer al

estatuder (setiembre). «Hé aquí, dice Federico, el castigo de los pueblos rebeldes á sus soberanos;» pero el ejército prusiano concibió con esta expedicion fácil un orgullo que cinco años despues le fué fatal. El estatuder se vengó con ejecuciones y destierros; gran número de proscritos se refugiaron en Francia, y la Holanda cayó enteramente bajo el dominio de Inglaterra.

Entonces José II intentó restablecer el poder absoluto en las provincias belgas, é introducir allí las mismas reformas que en los demás estados suyos, en los que habia suprimido quinientos conventos. Estas provincias se sublevaron para conservar sus libertades, y solicitaron el apoyo del Rey de Francia. «El fuego de la revolucion solo se apagará con sangre!» exclamó José, é hizo partir su ejército hácia los Países Bajos. Luis XVI permaneció inmóvil, y la Bélgica no se salvó sino porque la Turquía atacó entonces á los rusos, y obligó al Austria á trasladar todas sus fuerzas al oriente. Entonces José revocó sus ordenanzas, pero con intencion de vengarse no solo de la Bélgica, «sino tambien de la Francia, cuya tendencia revolucionaria, decia él, fomentaba en todas partes el desórden.»

La inmovilidad de la Francia, en tanto que la Turquía estaba amenazada de una suerte igual á la de la Polonia; que la Prusia y la Inglaterra le inferian en Holanda una insufrible afrenta, y en tanto que un país situado á sus puertas, francés por sus costumbres y por su idioma, iba á caer bajo el despotismo austriaco, desacreditó á Luis XVI en el exterior y en el interior. En el exterior, porque los extranjeros se imaginaron que la Francia seria en adelante impotente para tomar parte en los negocios de Europa; y en el interior, porque creyóse haber incurrido otra vez en los oprobios de la guerra de los siete años.

§. XIV.—*Segundo ministerio de Necker.—Convocacion de los estados generales.—Resúmen de sus instrucciones.*—Luis XVI, volviendo á llamar á Necker, no se libró del profundo disgusto que le habian causado sus medidas abortadas, y sus retractaciones. El pueblo creia haber vencido á la corte, y la dimision de Brienne fué acogida con demostraciones tan vivas de alegría, que degeneraron en una sangrienta reyerta que tres dias despues convirtió á París en teatro de una lucha entre la fuerza armada y la multitud.

Necker habia vuelto al ministerio, creyéndose el hombre de la época y deslumbrado con su popularidad. Su primer cuidado fué el de impedir la exportacion de granos; pero era ya demasiado tarde: el pacto del hambre habia hecho sus monopolios y habia causado una carestía tanto mas sensible cuanto que la cosecha de 1788 habia sido muy desgraciada: era preciso que el ministro pagase el rescate de la Francia á peso de oro (1); y destinó 40 millones á impedir la subida del precio de los granos. Despues revocó los edictos de Brienne, llamó al parlamento, y consagró todos sus recursos á vivir hasta la apertura de los estados generales.

Este era entonces el pensamiento único de la Francia; no se hablaba sino de su formacion, y agitábanse dos cuestiones principales en los folletos, en los periódicos y en las asambleas patrióticas, formadas á imitacion de los clubs de Inglaterra: ¿ el tercer estado tendria solo una representacion igual á la de la nobleza y del clero? ¿ los votos se tomarian por orden ó por individuos? La revolucion pensaba uniformemente acerca del modo con que serian resueltas estas dos preguntas. El pueblo reclamaba unánime la doble representacion del tercer estado y de la votacion por individuos; porque sino todas las reformas fracasarian en las coaliciones de los dos órdenes privilegiados. Entonces estos se alarmaron, y buscando todavía algun apoyo en el parlamento, asustado tambien al considerar la senda que habia abierto, obtuvieron de dicho parlamento una declaracion, hecha sobre la proposicion de Espremesnil, por la que exigia que se siguiesen las formas de la asamblea de 1614.

Con esta declaracion cayó la máscara; aparecieron vergonzosos motivos de la oposicion de los magistrados, y el parlamento perdió para siempre su popularidad. Necker, partidario de la constitucion inglesa y vanagloriándose de mover á su gusto la revolucion, habia resuelto dar al tercer estado ambas representaciones; pero, sea que quisiese comprometer á los privilegiados en la reforma, sea que quisiese acabar de despopularizarlos, convocó una asamblea de notables para tomar su consejo sobre el modo de formar los estados generales. De seis secciones, de que

(1) Monitor de agosto, 1789.—Historia parlamentaria de la Revolucion, t. IV, p. 432.

se componia esta asamblea, solo una se pronunció á favor de la doble representacion del tercer estado (27 de diciembre de 1788). Entonces el rey, «cediendo á los deseos de la minoría de los notables, á la peticion de las asambleas provinciales, al consejo de los publicistas, y á las numerosas súplicas presentadas relativas á este objeto,» mandó que el número de diputados llegase á lo menos á mil, que se formase á proporcion de la poblacion y de las contribuciones de cada bailío, y que el número de diputados del tercer estado fuese igual al de los otros órdenes juntos.

Esta declaracion fué acogida con entusiasmo universal. Toda la atencion la absorbieron las elecciones, que fueron reglamentadas por el poder, y que se celebraron sucesivamente en cada provincia, desde el 7 de febrero hasta el 5 de mayo. Todos los franceses que llegasen á la edad de veinte y cinco años y fuesen vecinos elegian á razon de dos diputados por cada cien habitantes presentes en la eleccion, los diputados á la asamblea del bailío, los cuales escogian á los diputados á estados generales (1). En cuanto al clero y á la nobleza, los individuos que poseian beneficios ó feudos elegian directamente á sus diputados, y los demás escogian, á razon de uno por diez, mandatarios que á su vez escogian los diputados á los estados generales. Las elecciones fueron en todas partes muy agitadas, pero poco turbulentas, excepto en las provincias, donde se disputaron las libertades locales, y donde las asambleas provinciales hubieran deseado nombrar por sí solas y en su seno los diputados para los estados generales. En Bretaña la nobleza se manifestó de repente hostil á las pretensiones del tercer estado; hubo verdaderos combates entre ella y la clase media, y la provincia entera se asoció con las provincias cercanas contra los «fanáticos aristócratas.» En Provenza el conde de Mirabeau, hombre de costumbres muy depravadas, aunque de un talento muy prodigioso, desechado por la nobleza fué á ofrecer su elocuencia al tercer estado: en todas las poblaciones fué llevado en triunfo, y vino á ser el jefe de esta minoría de órdenes privilegiados que queria hacer causa comun con el pueblo. París tenia que elegir cuarenta diputados,

(1) El número de electores definitivos del tercer estado fué de 25,000, lo que supone 2 500,000 electores primarios, ó sea un elector primario sobre 9 ó 10 individuos.

entre los cuales se contaban veinte pertenecientes al tercer estado. Las elecciones fueron turbadas por un motin de obreros del arrabal de San Antonio contra un fabricante de papel pintado, motin verificado sin motivo alguno, durante el cual la casa del fabricante fué saqueada é incendiada, y fué reprimido con tanta brutalidad que quedaron seiscientos entre muertos y heridos en el combate.

Todo impulsaba al pueblo á amotinarse y sublevarse; la miseria habia llegado á su colmo; el comercio y la industria estaban heridos de muerte con el déficit de la hacienda; la proximidad de una revolucion hacia retirar los capitales; el pacto del hambre continuaba sus abominables especulaciones; y para colmo de desgracia, el invierno de 1789 fué tan riguroso como el de 1709. Por todas partes no se veian sino desórdenes suscitados por el hambre. La gente del campo se deshacia en invectivas furiosas contra los nobles y los monopolizadores. Las grandes ciudades y en especial París íbanse poblando cada dia de multitud de hombres repugnantes, salvajes, atrevidos, mas llenos de rencor que de codicia, excitados indudablemente por la miseria, y segun se decia, por el oro del duque de Orleans ó del ministerio inglés, que se internaban entre el populacho y le comunicaban su sed de sangre y de desórden.

Durante esta época el público estaba inundado de libros, folletos y periódicos polfticos, cuyas doctrinas consistian en declarar unánimemente que el tercer estado era la nacion menos algunos individuos. El mas célebre de estos escritos fué el del abate Sieyes que se resumia en estas frases: «¿Qué es el tercer estado?—Todo.—¿Qué ha sido hasta ahora en el órden político?—Nada.—¿A qué aspira?—A ser algo.» Bajo la influencia de ideas semejantes se redactaron las instrucciones que los electores dieron á sus diputados; despues de lo cual los del tercer estado debian considerarse como mandatarios, no de un órden, sino de la nacion entera, ni admitir otra clase de deliberacion que la votacion por individuos, y si los privilegiados lo rehusaban, debian constituirse en asamblea nacional para trabajar ellos solos en la confeccion de una constitucion. Todos los fundamentos de esta constitucion eran las ideas de estas instrucciones impregnadas de las doctrinas de Rousseau, en las que se leia á cada página

que la revolucion futura era menos política que social, y que su objeto principal era el de la igualdad con preferencia al de la libertad: que la revolucion no debia ser local y especial como las que habia hecho la Inglaterra, sino universal y general: y que junto con la revolucion cristiana debia formar los dos grandes hechos de que se compone la historia de la humanidad.

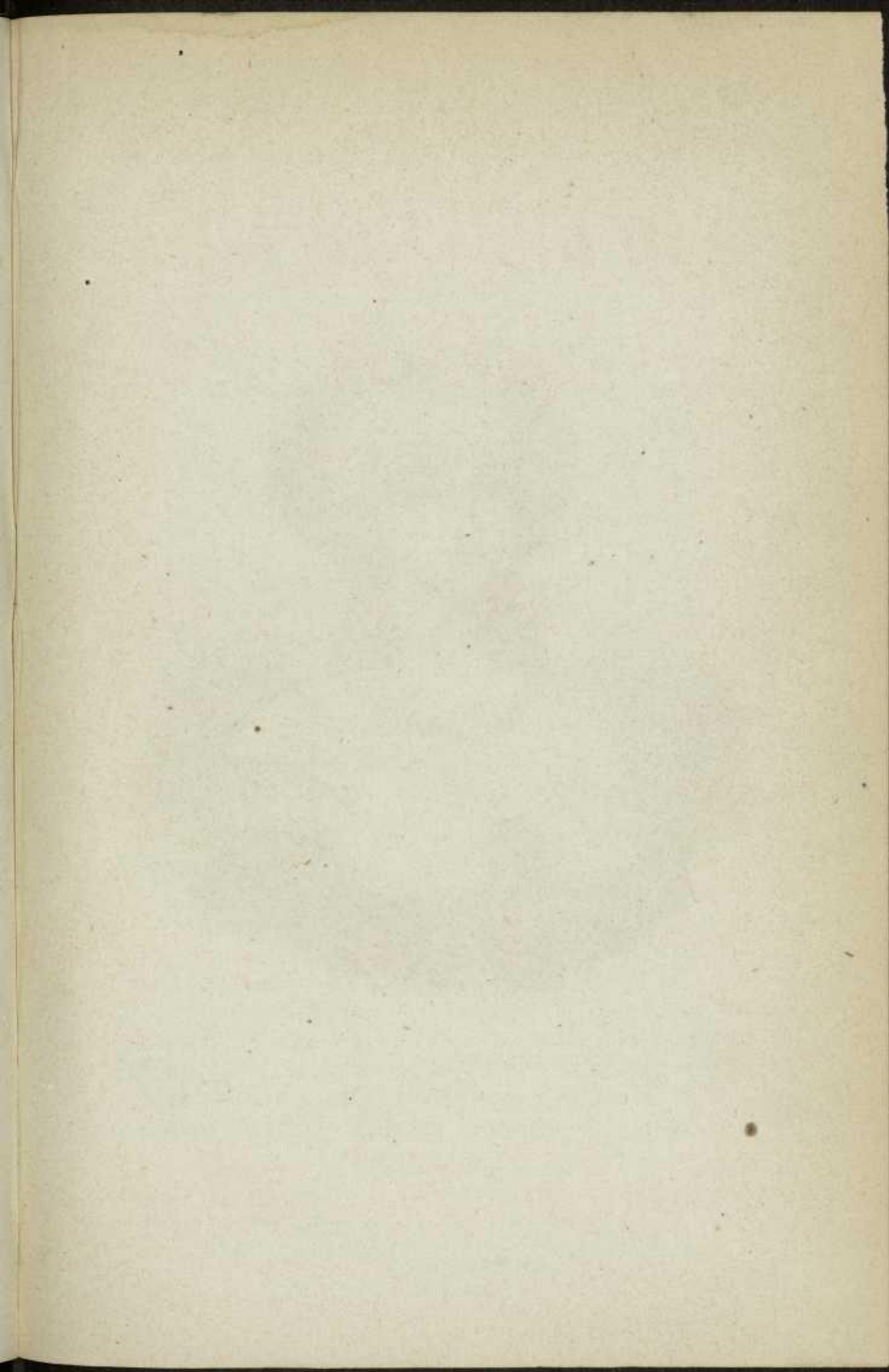
Las instrucciones del clero y de la nobleza distaban mucho de tener ese carácter de generalidad humana y de mision social; todas se reducian á un solo punto, la abolicion de los privilegios relativos á contribuciones y derechos feudales, mediante compensacion. En cuanto á lo demás, la nobleza no hacia concesion alguna, todo lo queria para sí, hablaba de cuestiones de etiqueta, no decia una palabra relativa al pueblo, y se manifestaba hostil al clero. Este profesaba doctrinas muy diferentes: pedia una constitucion monárquica en la que se declarase el poder legislativo atribucion de los estados, la igualdad de todos ante la ley, la reforma de la iglesia nacional, la instruccion primaria universal y gratuita, la unidad de legislacion, etc. Con que bien se podia decir que este órden se subdividia en dos; los curas, tercer estado del clero, que tenian todas las ideas del pueblo; y los obispos, salidos de la nobleza, que abrigaban todas las pasiones de los hombres de su casta. En la lucha que iba á empezar no habia por consiguiente sino dos ejércitos, el pueblo y la aristocracia.

Las elecciones habian terminado ya: de los mil treinta y nueve diputados elegidos, doscientos noventa y uno pertenecian al clero, doscientos setenta á la nobleza, y quinientos setenta y ocho al tercer estado. Entre estos últimos se contaban dos sacerdotes, doce nobles y ciento veinte magistrados. El dia 5 de mayo de 1789 se abrió esta asamblea, la mas imponente de los tiempos modernos, la que iba á pronunciar el decreto de muerte del mundo social cuyo origen se remontaba hasta Jesucristo; y en este dia, que no se borrará jamás de la memoria de los hombres, terminamos nuestra *Historia de los franceses*.

La época que inaugura la revolucion francesa es una barrera que separa el mundo feudal del mundo moderno; época en que las antiguas instituciones reciben un golpe terrible, que aunque no de muerte, hace bambolear las monarquías, y engendra

el estado transitorio de la sociedad cuyas vicisitudes sentimos aun en la actualidad sin adivinar con claridad el desenlace. De esta revolucion nace un hombre gigante que identifica al héroe del siglo intelectual, que civiliza al mismo tiempo que conquista, que dirige las batallas mas con la fuerza de su talento que con la robustez y temple de su espada, y que inundando las naciones con sus vencedoras águilas da un empuje á las que permanecian inmóviles, lanzándolas, aunque envueltas en sangre, en una senda rápida de progreso. A pesar de la reaccion que produjera la caída del héroe de Waterloo, la Europa siente aun el estremecimiento que le causó su mano, y la revolucion francesa hace experimentar sus efectos con pequeños intervalos agitando á las naciones unas tras otras.







HISTORIA

DE LA REVOLUCION.

(1789—1830.)

LIBRO PRIMERO.

MONARQUÍA CONSTITUCIONAL (1789—1792.)

SECCION PRIMERA.

Asamblea constituyente (5 de mayo de 1789—30 de setiembre de 1791.)

CAPÍTULO PRIMERO

Juramento del juego de pelota.—Toma de la Bastilla—Los parisienses en Versalles.—Desde el 5 de mayo hasta el 6 de octubre de 1789.

§. I.—*La revolucion bajo la única direccion del pueblo.*—Los estados generales celebraron con gran pompa su apertura en el salon de *Menus-Plaisirs* (1) de Versalles. Este acontecimiento excitó un júbilo general, trasportes de entusiasmo y una tierna emocion, «cuyo cuadro maravilloso y encantador, segun expresion de los contemporáneos, fuera imposible describir.» Brillaba la alegría en todos los ojos, todas las manos se enlazaban, todos los corazones latian á impulso de los mas generosos sentimientos, cerrándose para los odios y las discordias, aparecíase á todos los ánimos un porvenir inmenso de ventura, libertad y gloria, y la ilusion creaba un magnífico destino para la Francia. La revolucion se creia tan fácil con un pueblo ilustrado y sensible,

(1) Situado en la alameda de Paris, en la esquina de la calle de los Canteros. No existe ya el edificio.

con ciudadanos que parecían dispuestos á todos los sacrificios, y con un monarca que inauguraba la asamblea con estas palabras: «Podeis y debeis esperar de mí todo el tierno interés que pueda ambicionarse en pro del bien público, todo lo que puede exigirse á un soberano, que es el primer amigo de sus pueblos!»

Pero ¿qué podía ser mas que una lucha una revolucion que iba á conmover desde sus cimientos un órden social basado sobre ocho siglos, á conmover los hombres y las cosas, la religion y las riquezas, las instituciones y las propiedades, y hasta á transformar las pasiones, el espíritu y el carácter de una nacion? En efecto, fué la lucha mas terrible de que habla la historia porque se entregó su direccion al exclusivo albedrio del pueblo, y aquella monarquía que hemos visto casi constantemente desde el siglo décimo obedeciendo tan ciegameute á la inspiracion del sentimiento nacional, que se granjeó el glorioso título de «Providencia visible de Francia», aquella monarquía que tan nobles esfuerzos hiciera para preparar la época de la democracia con su política de nivelacion social y de unidad monárquica, cuando llegó esta época vióse de pronto sumida en la inercia, en la ceguedad, y por decirlo así, en el embrutecimiento, sin llegar á tomar en nada la iniciativa, y dejándose llevar continuamente á remolque de la opinion pública y de los acontecimientos. En tal estado la hemos visto obligada á destituir á Calonne y á Brienne, á llamar á Necker, á convocar los estados generales, y á conceder una doble representacion al pueblo. Se creía que Luis XVI expondria franca y pródigamente al inaugurar los estados las importantes concesiones que iban á servir de base á la nueva constitucion del país, pues correspondia en efecto á la corona el dar una resolucion definitiva ante las clases privilegiadas que forzosamente iban á resistirse y de los comunes que con no menos instancia iban á manifestar sus exigencias. «Hasta habia algunos, dice un periódico realista, que estaban en la creencia de que el trono debía abdicar su poder ante la nacion representada por la asamblea para recibirlo de su libre reconocimiento.» Pero inspirado el rey por el partido cuyo jefe era el conde de Artois, solo pronunció expresiones vagas de benevolencia, y sus ministros no hablaron mas que de la situacion del tesoro. La

convocacion de los estados era por sí sola una revolucion, y así lo juzgó indudablemente el gobierno, pues consideraba á los diputados como contribuyentes y no como legisladores, y creía que la crisis existía unicamente en las rentas públicas, mas no en las instituciones. Este error dió origen á que se dejase á merced de las pasiones de los partidos la direccion de los estados generales, á que fuese la resistencia mas violenta, pues creía esta que podia contar con el apoyo de la corte, á que el movimiento fuera mas osado porque le parecia que la corte le era contraria, y finalmente, á que el pueblo tomase la iniciativa de la revolucion viéndolo la inercia del trono y acusándole de perfidia.

§. II.—*Discusion acerca del examen de las actas.*—*El estado llano se declara Asamblea nacional.*—Cuando el gobierno concedió la doble representacion al pueblo, no resolvió si la votacion habia de ser personal, lo cual parecia una consecuencia de la doble representacion, y hasta deseaba la votacion personal en las cuestiones de hacienda para vencer la resistencia de los privilegiados y la votacion por órden en las cuestiones políticas para impedir las exigencias del estado llano, lo cual era una solucion demasiado complexa para que nadie la aceptase. Así pues, la lucha se trabó desde el primer dia y cuando todos los ánimos rebosaban aun de buenos deseos, y aunque no la motivó directamente esta cuestion, suscitóse al tratarse del examen de las actas, cuestion enteramente accesoria y de mera fórmula, que encerraba sin embargo la de la votacion personal ó por órden.

Los miembros del estado llano que, á causa de su número ocupaban el salon de las sesiones generales, manifestaron á los diputados de la nobleza y del clero que ocupaban dos salones inmediatos, que los esperaban para proceder en comun al examen de las actas (6 de mayo de 1689). La nobleza respondió que como los tres órdenes formaban tres distintas asambleas, cada cual debia examinar separadamente las actas de sus diputados, y así lo hizo en efecto, declarándose poco tiempo despues constituida. El clero dió una contestacion semejante, pero no procedió al examen, y propuso conferencias entre los comisionados de los tres órdenes para zanjar la dificultad. Fueron aceptadas las conferencias, y los dos primeros órdenes, declararon en ellas que renunciaban á sus privilegios en materia de impuestos, pero que

se negaban rotundamente á la votacion personal. Dirigia y excitaba esta oposicion el comité del conde de Artois y de la reina, con la esperanza de anular desde un principio los estados generales sembrandó en su seno la discordia, y como se interrumpieron las conferencias sin lograr su objeto, la nobleza insistió en el examen separado, y decidió que «la votacion por órden y la facultad de *impedir*, que las órdenes tenian separadamente, eran constitutivas de la monarquía.» El clero se hallaba dispuesto á tomar una resolucion semejante cuando recibió una comision de los comunes que «le invitaban en nombre de Dios, de la paz y del interés nacional á que se reuniera con el estado llano para tratar de los medios mas oportunos para conseguir la concordia tan indispensable al bien público (27 de mayo).» Volvió entonces á deliberar, y se inclinaba ya en favor de la reunion, cuando el rey mandó que continuasen las conferencias entre los comisionados de los tres órdenes, proponiendo un plan de conciliacion. El clero adoptó el plan, la nobleza lo rechazó, y los comunes insistieron en su sistema de inercia, negándose á tomar medida alguna que pudiera hacerles considerar como constituidos: conducta admirable que no era de esperar en hombres tan nuevos en la vida política, y tanto mas animosa cuanto la fuerza no habia dado aun su sancion material á las opiniones revolucionarias. Principió á alarmarse la corte, y en tanto París, que hervía en la mayor agitacion, acusaba á la aristocracia de que se habia conjurado para hacer fracasar la asamblea de los estados, la miseria se acrecentaba, turbas de hambrientos, á quienes daban el dictado de bandidos, recorrian los campos saqueando las quintas y los castillos, y la clase media empezaba á coligarse para proteger las haciendas y sostener á sus diputados. El momento era tan decisivo para los comunes, que estaban perdidos si flaqueaban, y como les convenia apoderarse violentamente del poder legislativo, dieron con decision el paso revolucionario. Se resolvió entonces, á consecuencia de una proposicion de Syeyes, diputado por París, que demostró á los comunes que no podian permanecer por mas tiempo en la inaccion sin faltar á su deber, «que se invitaria á los dos órdenes, tanto individual como colectivamente, á reunirse con el brazo del pueblo para asistir, cooperar y someterse al examen comun de las actas (12 de junio).

Hecha la invitacion y habiéndose elevado una representacion al rey explicándole la resolucion de la asamblea, se dió principio al examen de las actas, tanto de los diputados ausentes como de los presentes. Tres curas del Poitou fueron á reunirse entonces con los comunes, al dia siguiente se presentaron seis mas, y el pueblo pudo ver el principio de su victoria.

Terminado el exámen y estando á punto de declararse constituida, la asamblea retrocedió ante la denominacion de estados generales que la hacia retroceder á un pasado odioso y que era ya enteramente falsa, de modo que, segun una proposicion de Syeyes, «reconoció que hallándose ya compuesta de representantes enviados directamente por las noventa y seis centésimas partes de la nacion, semejante masa de diputacion no podia continuar inactiva por la ausencia de los diputados de algunos distritos ó de algunas clases de ciudadanos.» Declaró por consiguiente «que los diputados presentes podian y debian dar principio desde luego á la obra comun de la restauracion nacional, y que debian llevarla adelante sin interrupcion y sin obstáculo (17 de junio).» Despues tomó el nombre de *Asamblea nacional* «como el único que le pertenecia, ya porque los miembros que la componian eran los únicos representantes lègítima y públicamente conocidos y aprobados, ya por haber sido enviados directamente por casi toda la nacion, ya porque siendo la representacion una é indivisible, ningun diputado, en cualquiera órden ó clase que hubiera sido elegido, tenia derecho á ejercer su cargo fuera de la presente asamblea.»

Dado «este paso atrevido que zanjaba cuestiones hasta entonces indecisas y convertia la asamblea de los estados en asamblea del pueblo (1),» votó una manifestacion al rey y á la nacion, y todos sus miembros prestaron el juramento solemne de «cumplir con celo y fidelidad la mision de que estaban encargados.» Resolvió entonces que las contribuciones eran ilegales pues no tenian el consentimiento de la nacion, pero que se continuase su recaudacion como antes provisionalmente, á no ser que fuese disuelta la Asamblea, puso despues la deuda del estado bajo la garantía del honor nacional, y declaró por fin que iba á discutir

(1) Mignet, *Hist de la Revolution*, t. 1, p. 53.

los medios necesarios para evitar la carestía y la miseria pública.

§. III.—*Juramento del Juego de pelota.*—*Sesion régia.*—Asombrada quedó la corte al ver tanta firmeza, audacia y acierto, y se creyó perdida cuando el clero decidió al día siguiente por mayoría de 149 votos contra 115 su reunion con los comunes. Coligáronse los nobles, el parlamento, los príncipes y la reina, aterrando al rey con las usurpaciones amenazadoras de la clase media; pero inquieto Necker con las violencias que se meditaban, aconsejó que para oponer un dique á la marcha ilegal de los comunes se celebrase una sesion régia, en la cual hiciera el poder la revolucion concediendo todo lo que pedia la opinion pública, y mandando la reunion de los órdenes en una sola asamblea. La corte apoyó este proyecto, aunque modificándolo hasta el extremo de convertirle en un golpe de estado contrarevolucionario, y hasta procediendo en caso tan grave con su habitual frivolidad y con pueriles rodeos, de modo que en vez de intimidar á « los facciosos » con la súbita aparicion del rey en su asamblea, determinó que la majestad real se desplegase con toda su pompa, y se retardó tres días la sesion régia; pero para impedir que el clero se reuniese con los comunes, mandó cerrar el salon de los estados, bajo el pretexto de los preparativos que habian de hacerse para la sesion anunciada. Habiendo sido avisado del golpe que se meditaba el sábio, modesto y animoso Bailly que presidía la asamblea, sin temor de desobedecer, se presentó con una multitud de diputados en el palacio de los estados, pero fué rechazado por las tropas que custodiaban el salon y las puertas (20 de junio). Los diputados protestaron contra este atentado y se reunieron en grupos en la alameda de París, en medio de la muchedumbre que participaba de su enojo, en tanto que los cortesanos se reían del chasco desde las ventanas del palacio. Unos proponían ir á Marly donde estaba el rey, y otros que se celebrase la sesion en la esplanada del castillo. Una voz gritó entonces: « Al Juego de pelota! », y arrostrando el peligro de una reunion que una autoridad mas hábil hubiera dispersado con la fuerza, todos se dirigieron al sitio indicado cuyas cercanías inundaba el pueblo (1). Estando allí, un diputado del delinado

(1) Calle del Juego de pelota. La sala existe aun.

llamado Mounier tomó la palabra y dijo: «Ofendidos en nuestros derechos y nuestra dignidad, y sabedores de la terrible intriga y del encarnizamiento con que inducen al rey á que tome medidas desastrosas, debemos unirnos en pro del bien público y de los intereses de la patria por medio de un solemne juramento.» El presidente subió entonces sobre una mesa y pronunció este juramento: «Juramos no separarnos jamás de la asamblea nacional y reunirnos en cualquiera parte donde las circunstancias lo exijan hasta que la constitucion del reino esté establecida y consolidada sobre seguras bases!» Y todos exclamaron tendiendo los brazos hácia Bailly y entre las aclamaciones del pueblo: «Lo juramos!»

Esta escena llenó de temor á los cortesanos que creyeron evitar otra reunion alquilando la sala del Juego de pelota, pero los diputados se reunieron entonces en la iglesia de San Luis (22 de junio), donde se les agregaron cuarenta y ocho miembros del clero y dos de la nobleza, y todos se citaron para el día siguiente, llenos de inquietud por el golpe de estado que se anunciaba.

Como la corte había guarnecido con tropas y artillería el castillo, las plazas y las inmediaciones del palacio de los estados, el rey se dirigió á la Asamblea en medio de un aparato militar destinado á infundir terror (23 de junio), y habló allí con una severidad inusitada y un tono de amenaza que no tenia trascendencia alguna en sus labios. «Mando, dijo, que se conserve en toda su integridad la distincion de los tres órdenes del estado, y que los diputados, formando tres cámaras, deliberando por orden y pudiendo deliberar en comun tan solo con la aprobacion del soberano, puedan ser considerados únicamente como el cuerpo de los representantes de la nacion. Declaro por consiguiente nulas las deliberaciones tomadas por los comunes, como ilegales é inconstitucionales.» Prohibió despues á los diputados que se ocupasen de las cuestiones relativas á los derechos antiguos y constitutivos de los tres órdenes, á la forma de constitucion que habia de darse á los próximos estados, á las propiedades feudales y señoriales, etc. Finalmente, propuso á su exámen y adoptó de antemano las innovaciones siguientes: consentimiento de los impuestos y empréstitos por los representantes de la nacion, publicidad de los gastos é ingresos, abolicion de los privilegios

en materia de impuestos, libertad individual y de la prensa, creacion de estados provinciales, abolicion de la servidumbre corporal, de las aduanas interiores, etc. Despues de estas concesiones, que llegaban ya demasiado tarde, añadió: «Puedo decir sin temor de engañarme que ningun rey hizo tanto por otra nacion: así pues, secundadme en tan noble empresa, ó de lo contrario haré por mí solo el bien de mis pueblos y me consideraré como su único y verdadero representante.....» y terminó diciendo: «Os mando que os separeis al momento y acudais mañana á las cámaras pertenecientes á vuestros órdenes para continuar vuestras sesiones.»

Luis salió seguido de la nobleza y de una parte del clero, pero los comunes permanecieron en el salon asombrados, sombríos y sumidos en la incertidumbre. Levantose entonces Mirabeau y dijo: «Señores, confieso que lo que acabais de oír podria hacer la felicidad de la patria, si los presentes del despotismo no fueran siempre peligrosos. ¿Qué insultante dictadura es esta? Os mandan que seais felices, y para hacerlo se ostenta el aparato de las armas y se viola el templo nacional! ¿Y quién os da tales órdenes? quién os impone imperiosas leyes? Vuestro mandatario, el que debe recibirlas de nosotros, señores, que estamos revestidos de un sacerdocio político é inviolable, de nosotros, en fin, de quien únicamente esperan veinte y cinco millones de hombres una felicidad segura, porque ha de ser consentida, dada y recibida por todos! Pido que os apoyeis en la religion de vuestro juramento, bajo el escudo de vuestra dignidad y vuestro poder legislativo, porque lo que habeis jurado no os permite separaros hasta haber hecho la constitucion.»

El gran maestro de ceremonias entró entonces en el salon y dijo: «Señores; habeis oido las órdenes del rey?—Sí, señor, respondió Mirabeau, hemos oido las intenciones que han sujerido al rey, y vos, que no podeis ser órgano suyo ante los estados generales, que no teneis aquí sitio ni derecho de hablar, no estais autorizado para recordarnos su discurso. Id á decir á vuestro dueño que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que solo saldremos por el poder de las bayonetas.—Sí! sí! gritaron todos los diputados.—Hemos jurado, dijo Syeyes, y no será vano nuestro juramento; hemos jurado restablecer al pueblo en sus derechos. La

autoridad que nos ha instituido para tan grande empresa, nos pide una constitucion ¿pero quién puede hacerla sin nosotros? ¿quién puede hacerla mas que nosotros?... Señores, hoy sois aun lo que erais ayer.» La asamblea declaró entonces por unanimidad que persistia en sus resoluciones anteriores, y decretó la inviolabilidad de sus miembros.

La corte intentó castigar tan osada desobediencia, y hasta se habló de salvar con enérgicas y violentas medidas la autoridad real desconocida. «Iba ya á cometerse un grande atentado,» cuando los príncipes retrocedieron ante la actitud del pueblo de Versalles, ante la desconfianza que inspiraban los guardias franceses que se negaron á valerse de las armas contra los grupos formados al derredor del castillo, y ante la agitacion de París donde se hablaba de marchar á la corte con cuarenta mil hombres. «Fuera imposible describir, dice un contemporáneo, el estremecimiento que causó en París la noticia de que el rey habia roto con todo. Sentia arder un volcan bajo mis plantas, y á buen seguro que á la menor señal hubiera estallado la guerra civil.» La corte tuvo miedo, se rodeó de tropas, fortificó con cañones el puente de Sevres, y aplazó para otra ocasion el trabar la lucha por medio de la fuerza, porque este era ya el único recurso de los privilegiados, que en seis semanas habian gastado la oposicion de los órdenes y la autoridad real. Todo el poder moral habia pasado á la Asamblea que pronto iba á contar tambien con el poder material.

La mayoría del clero se reunió á los comunes al dia siguiente y siguió su ejemplo un dia despues la minoría de la nobleza, y solo habian trascurrido dos dias cuando el rey, comprometiendo por centésima vez su dignidad con sus contradicciones, invitó á los miembros de los dos órdenes que deliberaban separadamente á que se reuniesen con todos los diputados (27 de junio). La corte le dió á entender que la reunion seria pasajera y que se deseaba únicamente combinar medidas seguras contra los facciosos. Los privilegiados cedieron; pero hicieron ver que no tomaban parte en las deliberaciones de la Asamblea, y permanecieron en ella en pié, con ademan de mofa, y como quien espera.

§. IV.—*Maquinaciones de la corte contra la Asamblea.—Insurreccion de París.—Toma de la Bastilla.—El rey aprueba la insurrec-*

cion.—El comité del conde de Artois y de la reina había decidido en efecto al rey á que echase mano de la fuerza para vengar su autoridad y las leyes violadas, y con este objeto se llamaron á las cercanías de París hasta cuarenta mil hombres, en los cuales había ocho regimientos extranjeros y dos de artillería, inundaron de tropas todas las aldeas, carreteras y puntos militares, transformaron el campo de Marte en un campamento de diez mil hombres, y dieron el mando de este ejército al mariscal Broglie y el de París al baron de Besenval. Pero los cortesanos dieron pruebas de su frivolidad haciendo estos preparativos sin reserva ni concierto, el anciano mariscal meditaba planes de batalla ridículos como si hubiera de combatir con ejércitos regulares; y el complot se descubrió con tal rapidez, que probablemente ni siquiera habían tenido tiempo para combinarlo del todo.

La capital hervía en tanto en temor y agitacion, porque se sospechaban los designios de la corte y se esparcían sobre este punto los mas siniestros rumores, cuales eran que el rey iba á disolver la Asamblea, declarar la bancarrota, y apurar por medio del hambre á París; pero todos estaban prontos, no tan solo á frustrar tales planes, sino á precaverlos, y la multitud, que por otra parte se hallaba atormentada por la carestía, estaba en esto de acuerdo con la clase media. La turba se agrupaba en el Palacio Real, punto de reunion de los agitadores y noticieros, para enterarse de las deliberaciones de la Asamblea nacional y excitarse á la resistencia, y allí era donde oradores subidos en sillas, unos convencidos y entusiastas, y otros comprados, segun decían, por el oro del duque de Orleans, arengaban á la multitud, y donde se trataba de corromper á las tropas, especialmente á los guardias franceses, regimiento formado de hijos de París y que estaba constantemente de guarnicion en la ciudad. La Asamblea nacional participaba del temor de la capital al ver á Versalles cercada de tropas y cortado el camino de París, y seguía correspondencia con los jefes del partido popular, con el Palacio Real y con los electores parisienses que desde el 12 de mayo habían declarado que permanecerían reunidos para sostener las deliberaciones de los estados generales. Deseando por fin salir de la incertidumbre, denunció el poder á la nacion en una manifestacion dirigida al rey en que pedia que alejase las tropas

para devolver la libertad á sus deliberaciones. El rey contestó lacónicamente diciendo que habia mandado llamar los regimientos para preáver las turbulencias, y que si los estados generales les temian podian trasladarse á Soissons. Esta fué la señal de la lucha, y la corte la principió temiendo que se le adelantaran.

Necker se habia negado á asistir á la sesion del 23 de junio, y su ausencia habia encolerizado en extremo á los privilegiados que pidieron su destitucion, pero el ministro era tan popular que semejante medida hubiera sido una prenda prematura de hostilidad, y no le destituyeron para encubrir con su presencia el complot que habian formado. Cuando la corte se decidió á dar principio á su venganza, Necker recibió orden de presentar la dimision de su cargo con la invitacion de que partiese en el acto y de incógnito á Bruselas. Esparciöse en París al dia siguiente la noticia de esta destitucion que causó la mas viva alarma (12 de julio), de modo que apesar de las tropas colocadas en todas partes, formáronse numerosos grupos, especialmente en el Palacio Real, donde un jóven llamado Camilo Desmoullins subió en una silla empuñando una pistola y gritó: «Ciudadanos, no hay que perder tiempo: la destitucion de Necker es el toque de rebato de una San Bartolomé de patriotas, y esta misma noche saldrán los batallones extranjeros del Campo de Marte para degollarnos. No nos queda mas que un recurso, correr á las armas!» A las armas! gritó la multitud que apoderándose de los bustos de Necker y del duque de Orleans, los paseó en triunfo por las calles mas populosas. Las tropas dispersaron la multitud, y el príncipe de Lambesc, á la cabeza de un regimiento de caballería, dió una carga en las Tullerías que mató é hirió á varias personas. La indignacion llegó entonces á su colmo; se tocó á rebato, se prendió fuego á las barreras, y se saquearon las tiendas de los armeros. Algunos bandidos, que se confundieron con el pueblo, asolaron varias casas y aumentaron el terror. Los guardias franceses salieron de sus cuarteles donde les habia encerrado la autoridad, y se dirijieron á la bayoneta á la plaza de Luis XV, de donde arrojaron á los regimientos extranjeros; el Baron de Besenval llamó las tropas del Campo de Marte, y trató de sostenerse en los Campos Eliseos, pero como la mayor parte de sus soldados

se negaron á batirse, se vió obligado á retirarse ante el pueblo y los guardias franceses.

Los electores se habian reunido en tanto en las casas consistoriales, y trataban de contener el tumulto ó dirigirlo: mandaron que se convocasen las asambleas primarias de los distritos (1) y entregaron las armas de la municipalidad á la multitud; se constituyeron en ayuntamiento interino con el decano de los mercaderes, Flesselles; decretaron la formacion de una guardia urbana de cuarenta mil hombres, llevando la escarapela azul y encarnada, colores de París, que despues de mas de cuatro siglos salian del oprobio en que habian caido desde Esteban Marcel.

La milicia urbana se formó al dia siguiente, entrando en ella los guardias franceses y los soldados de las rondas; ocuparon las plazas cuerpos de voluntarios; se reunieron los distritos; fueron desempedradas las calles; se abrieron trincheras, y se buscaron armas por todas partes.

La multitud se dirige al tercer dia (14 de julio) á los inválidos donde se apodera de veinte y ocho mil fusiles y veinte cañones; va entonces á la Bastilla, cuya guarnicion se reducía á ciento catorce suizos é inválidos, y pide armas, pero es recibida á balazos y se traba un combate. El gobernador Delaunay tenia órden de Besenval de sostenerse hasta la noche, y rechazó á los parlamentarios enviados por la Municipalidad. Los guardias franceses colocaron sus cañones en batería delante del puente levadizo despues de cinco horas de combate en que el pueblo tuvo noventa y ocho muertos y setenta y tres heridos, mientras los sitiados solo habian perdido un hombre; pero bajaron un pequeño puente en tanto que se conferenciaba, y el pueblo penetró en la fortaleza y pasó á cuchillo al gobernador, á tres oficiales y á varios soldados. Embriagado entonces con la victoria, se dirigió á las casas consistoriales llevando en triunfo las llaves de la Bastilla, pero su furia descargó allí contra Flesselles que el dia anterior le habia engañado varias veces prometiéndole armas, y le dió muerte en la plaza de Greve á donde le arrastró desde la municipalidad. Cuentan que se habia encontrado en el traje de Delaunay una carta del decano que le inducía á que se resistiese

(1) París habia sido dividido para las elecciones en sesenta barrios ó distritos, cada uno de los cuales formaba una asamblea primaria.

mientras entretenía á los parisienses con las escarapelas. La ciudad esperaba que Besenval, que reunía sus fuerzas en el Campo de Marte, la atacaría por la noche, y con este temor se alzaron barricadas, se forjaron picas, se colocaron cañones en los muelles, y toda la milicia urbana se puso sobre las armas, pero las tropas se alejaron precipitadamente aquella noche del Campo de Marte.

Reinaron durante aquellos tres días en Versalles la agitación y el terror, y temiendo la corte que los parisienses atacasen la ciudad, la reina y los príncipes visitaron á los soldados y les distribuyeron dinero y vino, se guarnecieron de tropas todas las avenidas, y se interrumpió enteramente la comunicación con París, quedando la Asamblea nacional á discreción de sus enemigos y protegida tan solo por el temor que inspiraba el estruendo del fuego de la capital. Sin embargo, luego que tuvo noticia de los acontecimientos del 12, envió una comisión al rey para pedirle que alejase las tropas y crease una milicia urbana. Luis se negó con dureza, pero la Asamblea, dando entonces muestra de razón y de energía en medio del peligro, decretó que Necker merecía su aprecio, que no cesaría de insistir para que se alejasen las tropas y se crease una milicia urbana, que los ministros y consejeros del rey, «de cualquiera categoría y estado que fuesen», eran responsables de todas las medidas contrarias á los derechos de la nación y á las decisiones de la Asamblea, de todas las desgracias presentes y de las que les siguieran, y declarándose después en sesión permanente, continuó discutiendo con calma acerca de las tareas preparatorias de la constitución. Se cree que la corte respondió á este decreto dando órdenes secretas para atacar á París en la noche del 14 al 15 por siete puntos á un tiempo, y apoderarse con tres regimientos de la Asamblea nacional, en tanto que el rey se trasladaría al parlamento para que se registrase su declaración del 23 de junio, y se atendiese á la penuria del tesoro por medio de la bancarrota. La toma de la Bastilla frustró sus planes.

Cuando la Asamblea tuvo noticia del ataque de esta fortaleza envió sucesivamente dos comisiones al rey, que les dió respuestas vagas al día siguiente, y cuando supo la victoria del pueblo, se preparaba á enviar otra encargada de repetir las imprecacio-

nes de Mirabeau «contra los príncipes y princesas que habian saciado de vino á los satélites extranjeros,» pero lo suspendió al notificarle de pronto la llegada del monarca. Cuando le anunció el duque de Liancourt aquella noche la toma de la Bastilla, el príncipe se quedó aterrado y exclamó: «¡Qué rebelion!—Decid mas bien, señor, ¡qué revolucion!» A instancia de este fiel servidor el rey escribió al conde de Artois anunciándole que revocaba sus órdenes, y diciéndole: «La resistencia en este momento acarrearía la pérdida de la monarquía y de todos nosotros.» Dirigióse entonces á la Asamblea á pié y sin escolta, y la tranquilizó con un discurso sencillo é interesante en que anunció que habia mandado que se alejasen las tropas. «Habeis temido, dijo á los diputados, pero soy yo quien se pone en vuestras manos...» «Sus palabras arrancaron vivos aplausos, y la Asamblea en masa le rodeó y acompañó entre las aclamaciones de la multitud. Dirigióse entonces una comision de cien miembros á París, que se preparaba á sostener un sitio, para anunciarle la reconciliacion del rey y de la Asamblea, y mereció la mas entusiasta acogida. Formaban parte de la comision Bailly y Lafayette, y habiendo ofrecido al primero la alcaldía de París, y al segundo el mando de la milicia urbana ó nacional, ambos aceptaron, y á su regreso á la corte aconsejaron al rey que sancionase con su presencia en la capital la paz con el pueblo. Luis consintió á pesar de la reina y los príncipes, pero con tan íntima conviccion de que no volvería, que al partir dió sus disposiciones para la regencia. Salió de Versalles acompañado de una comision de la Asamblea, y llegó á las casas consistoriales en medio de una multitud armada, sombría y silenciosa (17 de julio). El pueblo no le victoreó hasta que le vió adornado con la escarapela parisiense, á la cual se añadió el color real, con aquella escarapela tricolor que, segun la profecía de Lafayette, habia de dar la vuelta al mundo. Luis completó la reconciliacion confirmando la creacion de la milicia nacional y de la municipalidad interina, aprobando los nombramientos del general y del alcalde, y finalmente, legitimando la revolucion que acababa de hacer la fuerza.

§. V.—*Principio de la emigracion.—Desórdenes en París y en las provincias.—Noche del 4 de agosto.*—Las jornadas de julio fueron el complemento de las de junio, pues si el 17 y el 23 de este mes

se habia apoderado la Asamblea del poder legislativo, el pueblo se apoderó del poder público el 12 y el 14 de julio, quedando desde entonces trocadas la autoridad y la fuerza y la nacion disponiendo de todos los medios para llevar á cima la revolucion. Grande fué el terror de los partidarios del antiguo régimen, que se dividieron en adelante en dos principales fracciones, la que queria hacer la contrarevolucion en el interior, y la que se empeñaba en llevarla á cabo en el exterior. Pertenecian á la primera los diputados de la nobleza y del clero que habian protestado hasta entonces contra los actos de la Asamblea, los cuales lisonjeados con la esperanza de entorpecer con sus votos la marcha legislativa de la revolucion, declararon que en atencion á las circunstancias imperiosas en que se hallaba el estado tomarian parte en adelante en todos los actos de la Asamblea, y pertenecian á la segunda los instigadores de la conspiracion frustrada por la insurreccion, el conde de Artois, el príncipe de Condé, el mariscal Broglie, el duque de Polignac, el baron de Breteuil, etc., los cuales despues de haber gastado todos los recursos del antiguo régimen con la conducta que habian seguido durante dos meses y medio, temiendo la venganza popular y dejando al rey abandonado en el abismo donde le habian hundido, partieron cobardemente al extranjero á despertar la atencion de las coronas sobre la revolucion francesa (16 de julio).

Luis llamó á Necker que fué llevado en triunfo hasta París, nombró para su consejo algunos diputados de la mayoría de la Asamblea, y parecia que habia entrado francamente en la senda revolucionaria, pero no conseguia devolver la calma y la prosperidad al reino, porque la insurreccion habia dado al traste con las ideas de obediencia y subordinacion. París se hallaba en agitacion perpetua, de la que el hambre era la causa principal. Los electores habian hecho dimision de sus cargos trasmitiéndolos á ciento veinte administradores elegidos por los distritos, pero la nueva municipalidad sucumbia bajo el peso de sus tareas pues carecia de ley que le guiase, se veia rodeada de obstáculos y estaba obligada á arreglarlo todo, policia, subsistencias, justicia y ejército. La milicia nacional, á la cual se habian incorporado compañías asalariadas y compuestas de guardias franceses, estaban sin cesar sobre las armas para escoltar las harinas y disi-

par los motines, y su jefe se granjeó la mas justa popularidad por su adhesion, su firmeza y su infatigable vigilancia. Tales esfuerzos no fueron sin embargo suficientes siempre para contener la furia popular, excitada segun se cree por agitadores cuyo fin y manejos han quedado ignorados, de modo que á pesar de la desesperada resistencia de Lafayette, el pueblo asesinó delante de las casas consistoriales á dos antiguos funcionarios, llamados Foulon y Berthier, que fueron presos en provincia y conducidos á París bajo la acusacion de ser los jefes del pacto del hambre (22 de julio).

El movimiento de la capital se habia propagado á todas las provincias, y muchas ciudades habian imitado la toma de la Bastilla apoderándose de las ciudadelas que las dominaban. Esparciose de pronto el rumor de que los bandidos que se veian en todas las turbulencias devastaban las casas de campo y segaban las mieses. Todas las aldeas se armaron sin tardanza, y los campesinos dieron principio á una nueva *jaqueria* contra los nobles, atacando los castillos, incendiando los archivos señoriales, negándose á pagar las contribuciones, y hasta asesinando en algunos puntos á sus antiguos señores. Los milicianos nacionales y los municipales, que se formaron en todas partes á ejemplo de París, se inclinaban á proteger mas bien que á contener tales desórdenes, los nobles se resistieron, y en varias provincias se trabaron verdaderos combates, en que de una y otra parte se entregaron á horribles represalias.

La Asamblea nacional era el único poder que entre un gobierno desacreditado y mal intencionado y un pueblo hambriento é insurreccionado, podia haber contenido la anarquía, y debió desde el primer dia intervenir en la administracion, crear un comité de subsistencias, y dar órdenes directas á las autoridades civiles y militares. Cuando se recibió la noticia del incendio de los castillos y de los desmanes de los campesinos, se suscitó una animada discusion acerca de las medidas que debian adoptarse para hacer respetar las propiedades (4 de agosto). El vizconde de Noailles propuso que para contener la efervescencia popular se declarase que quedaban abolidas sin rescate las servidumbres señoriales y demás cargas personales y eran redimibles todos los derechos feudales, y el duque de Aiguillon pidió despues que

todas las cargas públicas se gravasen en lo sucesivo á las corporaciones, ciudades, comunidades ó individuos que gozasen de privilegios particulares y de exenciones personales. La Asamblea recibió con vítores entusiastas estas dos proposiciones, y declaró «que destruía el régimen feudal, que abolía para siempre los privilegios personales ó reales, en materia de subsidios, y finalmente, que todos los ciudadanos eran admisibles á todos los empleos y dignidades eclesiásticas, civiles y militares.» El entusiasmo se hizo tan general, que todos á porfía querían ofrecer un sacrificio, trabándose una lucha de generosidad en la cual un obispo propuso la abolición de los diezmos, un magistrado la administración gratuita de la justicia, y toda la nobleza la supresión del derecho exclusivo de caza. Los diputados invaden la tribuna: los secretarios no tienen tiempo para escribir: se vota por aclamación la revisión de las pensiones, la reforma de la corporación de obreros, la abolición de las justicias señoriales sin indemnización, de la venalidad de los empleos, de los derechos casuales de los curatos, de las anatas, de la pluralidad de beneficios, etc.: los diputados de los países de estados se presentan á ofrecer la renuncia de los privilegios de sus provincias: las ciudades privilegiadas piden que sus libertades locales se declaren confundidas en el derecho común de los franceses: todos quieren ser regidos por una misma ley, una misma justicia y una misma administración; y finalmente la Asamblea proclama con trasportes de entusiasmo á Luis XVI restaurador de la libertad francesa, y se separa gritando: ¡Viva el rey!

Aquella sesión memorable destruyó desde sus cimientos la antigua sociedad, y en este día debíamos en rigor terminar la historia del régimen feudal. Pero cuando se trató de transformar en decretos aquellas resoluciones generales y discutir los pormenores de ejecución, se presentaron las dificultades, se manifestaron los egoísmos, y el clero y la nobleza hicieron reclamaciones y hablaron de que se habían excedido en sus poderes y en la voluntad de sus representados. Aterró á Luis XVI esta revolución legislativa, mucho más temible que la del 14 de julio, y que un realista llamó el San Bartolomé de las propiedades. «Admiro el sacrificio, dijo, pero jamás consentiré en despojar á mi clero y mi nobleza... Si la fuerza me obliga á sancionar, cederé,

pero no existirá ya entonces en Francia monarquía ni monarca.» En efecto, cuando le presentaron los decretos para su sancion los rechazó diciendo que no eran mas que textos para leyes futuras. La Asamblea declaró entonces que aquellos decretos eran constitutivos y no necesitaban la sancion real, y el rey no pudo menos de promulgarlos.

§. VI.—*Situacion de los partidos en la Asamblea.—Declaracion de los derechos del hombre.—Discusion sobre el poder legislativo y el veto.—Anarquía en Paris.—Proyectos de la corte.*—Los partidos principiaban á distinguirse, y la Asamblea á dividirse en izquierda, compuesta de constitucionales, derecha compuesta de partidarios del antiguo régimen, y centro, compuesto de los que trataban de poner de acuerdo estas dos grandes divisiones. Nunca se habia ofrecido tan vasto campo á la elocuencia, así como ninguna asamblea habia reunido hasta entonces tan eminentes talentos. La derecha contaba entre sus oradores á Cazalés y á Maury, sencillo, entusiasta y fácil el uno, sofista, disertador y erudito el otro; distinguíanse en el centro Mounier, Mallouet y Lally-Tollendal, partidarios de la constitucion inglesa, que deseaban contener la revolucion dándole esta forma de gobierno, y la derecha se gloriaba con Barnave, Duport y Lameth, asociacion de talentos brillantes, jóvenes y llenos de porvenir y patriotismo, y con Syeyes, ingenio sistemático y absoluto, pero dotado de una prodigiosa fuerza de concepcion y deduccion, de fama inmensa hasta en el pueblo, pues la constitucion fué casi enteramente obra suya ó de sus discípulos. Alzábase sobre todos ellos dominándoles Mirabeau, el tribuno, el verdadero representante del pueblo, porque tenia todas sus pasiones, toda su cólera contra el despotismo y todo su genio revolucionario, porque era tal vez el único en la Asamblea que no participaba de la energía de la destruccion y de la libertad de las ilusiones teóricas, porque su talento luminoso y práctico solo se inspiraba en lo positivo, realizable y verdadero. Aquel desertor de la aristocracia dió tal impulso á la revolucion imaginando proyectos, aprovechándose de las ideas de los demás, y promoviéndolas con ardor, que á buen seguro que su marcha no hubiera sido tan rápida sin tan terrible guía. Su genio brillaba en las circunstancias difíciles y cuando era preciso tomar grandes resoluciones, y su espíritu

hacia entonces en un momento el trabajo de muchos años; su pensamiento brotaba con la rapidez del relámpago, sensato y profundo como la meditacion; la razon, el sofisma, lo sublime y la invectiva salian á torrentes de su boca, y ganaba por asalto las aclamaciones y las deliberaciones. Sinceramente adicto á la revolucion, pero sin ideas morales, sin creencia religiosa y deprimido por un pasado de baldon que le habian legado los desórdenes de su juventud, «podia suponerse todo de su talento, de su ambicion, de sus vicios y de la penuria de su fortuna, y autorizaba con el cinismo de su lenguaje todas las sospechas y calumnias (1).»

Véanse al lado de estos reyes de la elocuencia diputados notables por su saber, la generosidad de sus sentimientos, el hábito á las tareas intelectuales, audaces para acometer empresas y destruir, intrépidos para resistir, llenos de fe en su importante mision, y uniendo en fin á la energíá y actividad revolucionaria un carácter de abstraccion meditadora y de generalidad metafísica derivada de la disposicion de los ánimos del siglo diez y ocho, del origen literario y filosófico que tenia en Francia la reforma social, y de la influencia de las teorías de que Rousseau habia sido elocuente tribuno (2). Así pues, la Asamblea, despues de destruir desde sus cimientos en algunas horas todo el edificio feudal, dedicó largas sesiones á una *declaracion del hombre y del ciudadano*, que habia de servir de prefacio á la constitucion, obra metafísica tomada del *contrato social* é impregnada por lo tanto de materialismo. Era una imitacion de los Americanos, propia de espíritus sistemáticos que seducidos por las ideas de una sociedad primitiva, debian desear poner sus cimientos, y de hombres «que, segun Mirabeau, trabajaban para el mundo entero, y pensaban la especie humana les contaria en el número de sus bienhechores.» Nadie pensó que los legisladores forman leyes, no abstracciones filosóficas, que prescriben y no definen. Se incurrió por lo tanto en un error sentando máximas inflexibles que sublevaban todos los ánimos sin poner á su lado la aplicacion, declarando á un púeblo tan inclinado á convertir en hechos las teorías que tenia derechos, sin hablarle de sus deberes, y diciéndole sin restriccion

(1) Thiers, t. I. p. 125.

(2) Villemain, *Literatura del siglo diez y ocho*, t. IV, p. 83.

ni comentario que la resistencia ó la opresion existia en el derecho natural. Finalmente, hubiera convenido pensar en que sentando como principio social la soberanía nacional, se sentaba un principio de derecho de gentes hostil al de todas las naciones vecinas, y que tarde ó temprano habia de poner á la Francia en guerra con ellas. Así pues, la declaracion de los derechos, que los constituyentes destinaban para dar á los ciudadanos la idea de su dignidad y su importancia, fué el código que se invocó mas adelante para destruir la constitucion.

Siguieron á la adopcion de la declaracion de los derechos prolijas discusiones sobre las formas del gobierno. Segun las recomendaciones de los modernos, en que se pedia por unanimidad el establecimiento de una monarquía representativa, la constitucion inglesa parecia el modelo que debia presentarse á todos los ánimos, pero esta constitucion tuvo escasos partidarios, lo cual era una consecuencia muy natural de las causas y del objeto de la revolucion. En efecto, esta se habia hecho socialmente contra la aristocracia y políticamente contra el trono, reclamando contra la primera la igualdad y contra la segunda la libertad, y queriendo destruir á la nobleza y atar las manos al poder; tales eran los principios que inspiraban á la Asamblea en sus actos y al pueblo en sus insurrecciones, y era indudable que desde el primer dia de la revolucion se habia pasado á pié llano desde la monarquía absoluta á la república democrática. Era por consiguiente imposible constituir una aristocracia, y la idea que todo el mundo se formaba del gobierno que debia establecerse consistia en estos principios: la nacion manda, el rey ejecuta; la nacion es soberana, y el rey su primer mandatario. Esta era la opinion de Syeyes, y la desenvolvía con implacable vigor, de modo que parecia un absurdo establecer una cámara alta, ya fuera nombrada por el rey, ya por el pueblo, y dar á un solo hombre el derecho de contener la voluntad de una nacion. «La multitud, que ignora la índole y los límites de los poderes, queria que todo lo pudiese la Asamblea que merecia su confianza, y que nada pudiese el rey de quien desconfiaba (1).» Puede decirse pues que estaban resueltas de antemano las siguientes cuestiones cuando se presentaron: ¿el poder legislativo se compondrá de

(1) Mignet, t. I, p. 424.

una ó de dos cámaras? ¿el derecho de sancion concedido al rey será absoluto ó suspensivo? Y no obstante, la Asamblea no era republicana, ó al menos no creia serlo, pero ignoraba que para que un Estado permanezca monárquico, no debe darse el *veto* al príncipe sino á la nacion. Decidióse por lo tanto (10 de setiembre) por una respetable mayoría, que el poder legislativo se compondría de una sola asamblea, la cual seria permanente y gozaria exclusivamente de la iniciativa de las leyes. La cuestion del *veto* suscitó discusiones mas acaloradas, y Mirabeau, que no era tan solo el orador mas eminente, sino el hombre de Estado mas distinguido de la asamblea, se decidió en pro del *veto* absoluto: «Sin lo cual, dijo, prefiriria vivir en Constantinopla antes que en París.» Pero la discusion producía tal tumulto entre el pueblo que el partido constitucional se vió obligado á adoptar el *veto* suspensivo. El pueblo no entendía siquiera lo que significaba aquella palabra, pero no cesaba de gritar: «¡Bajo el *veto*!» El *veto* equivalía para él al régimen antiguo, porque si no entendía nada respecto del gobierno representativo, tenía en el mas alto grado el instinto revolucionario, de modo que en el Palacio Real se dirigieron violentas inculpaciones contra la Asamblea, se amenazaba á los diputados realistas con destituirlos, formarles causa y «alumbrar sus castillos,» se pedía la convocacion general de los distritos, y se propuso y hasta se intentó el marchar contra Versalles. Lafayette hizo desesperados esfuerzos para contener el tumulto, mediaron violentas contiendas entre el pueblo y la milicia urbana, y se principió á declamar contra el «despotismo de la clase media.» Finalmente, el *veto* fué declarado suspensivo durante dos legislaturas por una mayoría de seiscientos setenta y tres votos contra trescientos quince (21 de setiembre.)

Esta votacion no calmó la agitacion de la capital, donde había dos causas permanentes de desórden: la carestía que se aumentaba sin cesar, y la falta de respeto á la autoridad. La municipalidad compraba granos que volvía á vender perdiendo por la distancia de donde eran conducidos, y como las aldeas estaban hambrientas, tenía precision de escoltar los convoyes con respetables fuerzas de milicia nacional. Se vivía de un dia para otro y en mortal inquietud pensando en el dia siguiente. Devoraban á Bailly los disgustos y el trabajo mientras Lafayette esperaba á

cada instante una asonada. Por otra parte, los distritos, lo mismo que la municipalidad y la asamblea, habian tenido que usurpar todos los poderes y encargarse de todos los negocios, y la capital se hallaba dividida en sesenta repúblicas independientes, obrando cada cual como si fuera una municipalidad diferente, expidiendo decretos opuestos, con comités de policía, de vigilancia y de fuerza armada que entraban en lucha con los de la municipalidad, y hasta faltó muy poco para que algunos de ellos le declarasen abiertamente la guerra.

El porvenir aparecía sombrío y aterrador, reinaban en todas partes la anarquía y la desconfianza, se recelaban los proyectos de venganza de la aristocracia, se hablaba de los manejos de los príncipes en el extranjero, y causaban inquietud las intenciones del rey, que no había aceptado mas que ciertos artículos de la declaración de los derechos, diciendo que no podía apreciar los demás hasta que hubiesen terminado la constitución. El pueblo estaba en la creencia de que se tramaba una nueva conspiración en la corte, en la cual, decían, el rey debía huir á Metz, y volver contra París con un ejército; se hablaba de firmas pedidas á toda la nobleza y de cartas de la reina al conde de Artois y al emperador, y llenaba de alarma el ver que á la guarnición de Versalles se había reforzado con un regimiento, y que custodiaban el castillo dos mil oficiales y guardias de corps. El Palacio Real pretendía que era preciso arrancar al rey de los que le rodeaban, conducirlo á París, y asegurar de este modo el abastecimiento de la capital y la terminación de la constitución. «Se necesita otro acceso de revolución,» decían Marat, Camilo Desmoulins y Loustalot en sus periódicos notables por su violenta exaltación.

§. VII—*Jornada del 5 de octubre — Los parisienses en Versalles.*
—En este estado se hallaban los ánimos cuando se supo que los guardias de corps acababan de dar un banquete á los oficiales de la guarnición de Versalles (3 de octubre), que se habían presentado en él el rey y la reina y habían sido recibidos con trasportes de entusiasmo, y que habiendo degenerado la fiesta en orgía, los convidados, exaltados por el vino, habían pisoteado la escarapela tricolor, insultado á la asamblea y á los parisienses, y hecho el simulacro de una carga contra ellos. Esto contribuyó á corroborar las sospechas de la conspiración de la corte, y como

la carestía iba en aumento, se dijo que el plan de los aristócratas consistía en rendir por hambre á París. Formáronse grupos en todas partes, y en la mañana del 5 de octubre una mujer recorrió las calles tocando un tambor y gritando: Pan! pan! y reunió millares de mujeres que se dirigieron á las casas consistoriales. Las guardias de la milicia nacional no hicieron resistencia á su furioso ataque, y la turba de mujeres se precipitó en el edificio seguida de hombres armados de hachas que saquearon el depósito de armas. Maillard, uno de los vencedores de la Bastilla, les propuso entonces partir á Versalles. «¡A Versalles!» gritaron ellas, y se pusieron en marcha al momento llevándose carros, armas y cañones, y arrastrando tras ellas á todas las mujeres que encontraban.

Los representantes de la municipalidad acudieron en tanto, y el toque de rebato reunió la milicia nacional en la plaza de Greve, pero como la clase media participaba de todos los sentimientos de la multitud, un granadero dijo á Lafayette en nombre de sus compañeros: «El pueblo es desgraciado, y el origen del mal está en Versalles: es preciso ir á buscar al rey, traerle á París, y exterminar á los que han ultrajado la escarapela nacional.» Lafayette manifestó en vano las desgracias que acarrearía semejante resolución, pues todas gritaron: «A Versalles!» Los arrabales habían lanzado ya en pos de las mujeres sus turbas de hombres feroces, que tomaban el camino de Versalles prurumpiendo en horribles amenazas contra la corte y sobre todo contra la reina, los distritos enviaban sus cañones, y el movimiento era universal. Despues de ocho horas de resistencia inútil, Lafayette consiguió de la municipalidad, que hasta envió con él dos de sus miembros, la orden de conducir la milicia nacional á Versalles, y todos se pusieron en marcha con gritos de alborozo.

La corte recibió con estupor la noticia de la llegada de las mujeres. Se encargó á las tropas la custodia de la plaza de armas de Versalles, y la municipalidad dió orden á la milicia nacional de que protegiera la partida del rey si queria salir de la ciudad. La asamblea había enviado en tanto al castillo una comision para que se aceptase pura y simplemente la declaracion de los derechos, pero recibió una negativa que produjo violentos murmullos. Se trató entonces de denunciar el banquete de los guar-

días, y como la derecha dijese que aquella acusacion era una calumnia, Mirabeau respondió: «Désapruebo esas denuncias impolíticas, pero ya que se insiste en hacerlo, yo mismo denunciaré y firmaré cuando se haya declarado que no hay nadie en Francia inviolable mas que el rey.» Llegaron en aquel momento las turbas de mujeres y penetraron en el salon prorumpiendo en desaforada gritería. Maillard arengó á la asamblea y le expuso la miseria del pueblo. Se resolvió enviar una comision al rey, pero como las mujeres quisieran acompañarla, fué preciso admitir doce en la comitiva del presidente. El rey recibió á las mujeres con su acostumbrada bondad, dió órdenes para que se enviaran granos á París, y prometió que aceptaria sin restriccion la declaracion de los derechos, pero en tanto se trabó un combate entre los guardias y la milicia nacional, en que perecieron algunos hombres, y se mandó que los guardias evacuasen la plaza y se retirasen al castillo. El rey reunió el consejo para decidir si se debía huir ó permanecer, y hasta se presentaron los carruajes en el enverjado, pero la milicia nacional los rechazó. Luis XVI aceptó entonces la declaracion de los derechos, y se decidió á quedarse para no dejar, segun dijo, el puesto al duque de Orleans. Era de noche, la corte estaba aterrada, se oian los gritos de la multitud contra los aristócratas y la reina, y finalmente, se anunciaba la llegada del ejército parisiense.

El ejército llegó á media noche. Lafayette se presentó al rey á exponerle la situacion de París y á decirle que podia contar con la adhesion de la milicia nacional. Los dos representantes de la municipalidad que le acompañaban le dijeron que el deseo de los parisienses se cifraba en que la custodia del rey se encargase tan solo á las milicias urbanas, que asegurase las subsistencias, que apresurase la terminacion de la constitucion, y que fuera á vivir á París. Luis respondió con vagas promesas, y mandó á Lafayette que confiara las guardias exteriores á la milicia nacional, cuya presencia habia bastado para restablecer el órden y la seguridad. Por otra parte, la lluvia, el cansancio y la noche habian calmado la fogosidad de la multitud que se dispersó por las casas y edificios públicos. La familia real descansaba á las dos de la mañana, á las cuatro se separó la asamblea nacional, y á las cinco se retiró á acostarse Lafayette.

§. VIII.—*Jornada del 6 de octubre.—El rey en París.—Consecuencias de las jornadas de octubre.*—Una hora despues, algunos hombres que daban vuelta al castillo, encuentran una verja abierta, entran é insultan á un guardia de corps que dispara contra ellos, pero le contestan á tiros, y la multitud acude, invade el castillo, mata varios guardias de corps, y penetra hasta la habitacion de la reina, que apenas tiene tiempo de huir á la del rey. Los guardias se atrincheran detrás de las puertas, y no tardan en ser sostenidos por las compañías asalariadas de la milicia nacional, que consigue rechazar á los agresores hasta los patios. Reina el tumulto en la ciudad. El pueblo habia invadido los cuarteles de los guardias de corps, é iba á asesinar á diez y siete prisioneros en la alameda de Sceaux, cuando Lafayette, que se habia despertado al primer rumor, dispersa aquella turba furiosa, salva á los guardias y corre al castillo, donde consigue con sus granaderos que la muchedumbre salga de las habitaciones. Los diputados se habian reunido en el salon de sesiones á la primera noticia del tumulto, el rey les pide que se trasladen al castillo para proteger su familia, y le envian una comision de treinta y seis miembros.

La multitud agrupada en el patio gritaba en tanto: « ¡ A París el rey ! » Luis, despues de consultar el consejo, se asomó al balcon é hizo un ademán de consentimiento. « ¡ Viva el rey ! » gritó la turba acompañando esta aclamacion con amenazas contra la reina. Lafayette condujo la princesa al balcon, y como no podian oirse las palabras, le besó respetuosamente la mano. El pueblo acogió esta reconciliacion con gritos de júbilo, y se hicieron los preparativos para la partida. La asamblea nacional decretó que no podia separarse de la persona del rey, y que le acompañaría á París una comision de cien miembros.

Las primeras turbas del pueblo se habian puesto ya en camino para ir á anunciar su victoria á la capital, llevando clavadas en picas las cabezas de dos guardias de corps, y llegaron al mediodía á las puertas de París, pero fueron allí dispersadas por un destacamento que habia enviado Lafayette en su persecucion. Dos horas despues llegó la cabeza del cortejo cuyo fin no entró en la ciudad hasta las diez de la noche y que presentaba el mas estraño espectáculo. Abrian la marcha el regimiento de Flandes,

los suizos, la artillería, carros cargados de hombres y mujeres harapientos, adornados de cintas tricolores y llevando en la mano ramos de álamo, y seguían detrás sesenta carros de grano, la milicia nacional interpolada confusamente con las mujeres armadas, los hombres de los arrabales y los guardias de corps; la asamblea nacional á caballo ó en coches, las carrozas de la familia real y de la corte, rodeadas de una multitud de gentes de toda especie, y finalmente carros cargados de harina y de bagajes. Y aquella turba lanzaba gritos de alegría, cantaba, amenazaba é insultaba, y las mujeres decían: «Ya no nos moriremos de hambre porque traemos al hornero, á la hornera y al mozo de tahona.»

El rey se hospedó en las Tullerías, donde le dieron guardia las milicias urbanas. La asamblea celebró sesión en la sala del Picadero que se comunicaba con el pabellon septentrional de las Tullerías por el terrado de los Fuldenses (1).

Las jornadas de octubre fueron el complemento de las de julio, pues al trasladar al rey al foco revolucionario y bajo la vigilancia del pueblo, iban á imposibilitar en lo sucesivo todas las tentativas para contener la revolución por medio de la fuerza; y como modificaron completamente la situación de los partidos, el movimiento creyó la revolución terminada y salvada, la resistencia quedó sumida en el terror, y la emigración tomó tales proporciones, que trescientos diputados pidieron pasaportes á la asamblea, que llegó á negárselos, y hasta varias personas moderadas, como Mounier y Lally-Tollendal presentaron su dimisión desesperando de la libertad, y juraron «que no pondrían más los piés en aquella caverna de antropófagos.» Los realistas no quisieron atribuir al pueblo aquellas jornadas que tan á las claras llevaban el sello de sus pasiones, tan naturalmente engendradas por su desconfianza y su miseria, y acusando de todo al duque de Orleans, aseguraron que le habían visto con Mirabeau confundido entre los grupos y concitando la furia popular. Igual fué la oposición de la milicia nacional, pero el proceso que se instruyó con este objeto vindicó á los dos personajes. No obstante, Lafayette obligó al duque de Orleans á que se retirase por algun tiempo á Inglaterra. La revolución se habla tan arrai-

(1) Donde se hallan las casas de los números 36 y 38 de la calle de Tivoli.

gada en todas las partes y en todas las cosas, y estallaba en tantos puntos diferentes y por causas tan diversas, que no podía creerse que careciese de direccion, y se personificaba en el duque de Orleans el genio revolucionario que inspiraba al pueblo. Sin embargo, aquel príncipe no tenia el talento, el poder ni aun la voluntad para representar tan importante papel, pues permitia que comprometiesen su nombre los amigos que se veian en todos los movimientos populares, su ambicion carecia de constancia, de plan de conducta y de ideas fijas, y aunque logró derramando el oro excitar á algunos bullangueros subalternos, no se da origen con millones á una revolucion preparada de tal modo por los siglos anteriores que parecia inevitable. No se necesitaba oro para sublevar aquel pueblo irritable y desconfiado, pues bastaba la elocuencia sangrienta de Marat ó de Desmoulins, y aquel terrible grito de guerra contra el gobierno que habia tolerado el pacto del hambre: ¡Pan!

CAPÍTULO II.

Tareas de la asamblea constituyente.—Fuga y prision del rey.—Terminacion de la constitucion.—Desde el 6 de octubre de 1789 al 30 de setiembre de 1791.

§. I.—*Desórdenes en todo el reino.—Club de los Jacobinos.—Omnipotencia de la asamblea.*—Los acontecimientos de octubre, triunfo de la fuerza popular contra el poder real, no eran los mas propios para restituir el crédito y el vigor al gobierno, y por lo tanto se vió crecer en todas partes el desórden. Continuaba la guerra de las chozas contra los castillos, eran impotentes los tribunales, las tropas se negaban á obedecer, y ninguna autoridad era respetada. Pero en medio de estas agitaciones era cada vez mayor el entusiasmo revolucionario, y las milicias nacionales se confederaban en todos los pueblos « para hacer respetar los decretos de la asamblea constituyente » al grito de « Vivir libres ó morir! » La fe religiosa, única pasion del pueblo durante tantos siglos, era reemplazada por la fe revolucionaria, sentimiento nuevo y tan espontáneo, adicto é inflexible, que debia inducirle como el primero á grandes empresas, pero á manifestar al mismo tiempo tan desapiadado rigor contra las resistencias contra-revolu-

cionarias como desplegara en otras épocas contra la oposicion de la heregía. «Es difícil formarse una idea del movimiento que agitaba la capital de Francia: como salia del reposo y el silencio de la servidumbre, estaba como sorprendida de la novedad de la situacion, y se embriagaba de entusiasmo y libertad (1)» Se habia apoderado de todos los ánimos una fiebre de discusion, se leian con ávida y completa confianza los periódicos que cubrian las paredes, se pretendian con afan todos los cargos públicos, se acudia á las asambleas de los distritos, se iba á plaudir á Mirabeau á la sala del Picadero, y no bastando las emociones de la tribuna nacional, se buscaban en los clubs tribunas mas accesibles y populares.

Los clubs principiaban á adquirir grande extension, pero ninguno era tan favorecido como el de los *Amigos de la constitucion*. Fundado en un principio en Versalles por los diputados bretones, se trasladó al mismo tiempo que la asamblea á París, y celebró sus sesiones en el convento de los *Jacobinos*, en la calle de San Honorato. Admitió entonces en su seno personas extrañas á la asamblea nacional, tuvo su tribuna, su público y sus periódicos, y llegó á ser el centro de todos los movimientos de París. Nadie podia aspirar á la fama de patriota sin pertenecer á aquel club, donde se presentaban las proposiciones mas revolucionarias, donde Mirabeau y Barnave se inspiraban antes de subir á la tribuna nacional, y donde se revelaban los manejos de la corte. El club de los *Amigos de la constitucion* se afilió las sociedades patrióticas de las provincias, y formando con ellas una vasta confederacion que rivalizó en influencia con la asamblea nacional, entorpeció con frecuencia el poder legal, pero dió enérgico impulso á la revolucion, de la que llegó á ser el foco y el director.

La asamblea contemplaba con dolor los desórdenes del reino, pero temia comprimir el ardor revolucionario poniendo remedio, pues segun decia Robespierre, diputado por Arras: «Los males de que se nos dá cuenta han recaido sobre hombres á quien con razon ó sin ella acusa el pueblo de opresion y de oponer continuamente obstáculos á su libertad.» Por este motivo se apre-

(1) Mignet, t. I, p. 63.

suraba á terminar la constitucion, creyendo que la anarquía cesaria con el estado de interinidad legal en que se hallaba, pero á medida que adelantaba en su obra, tropezaba con vestigios de la antigua sociedad que habia de derrocar, con cuestiones accidentales que resolver, y con hechos sobre los cuales habia de tomar decisiones precisas. Así, pues, á consecuencia de un motin en París, causado como siempre por la carestía, y en el cual la multitud ahorcó á un panadero, decretó la ley marcial que autorizaba á las municipalidades á dispersar por medio de la fuerza los grupos sediciosos; habiéndose sublevado Aviñon y el condado Venesino contra la autoridad pontificia, tuvo que decretar el envío de tropas á aquel país, y mas adelante su reunion á Francia (1790, 11 de junio); y habiendo estallado algunas turbulencias en Santo Domingo, donde los hombres de color reclamaban los derechos políticos, se vió obligada á decretar que se dejase á la iniciativa de las asambleas coloniales el estado de los negros, cuya decision acarreó la guerra civil en las colonias. La asamblea estaba abrumada con tantas tareas, pues tenia que explicar los pormenores de sus decretos, atender interinamente á la conservacion de cosas que aun no habia examinado, y responder á las quejas, á las peticiones y á las denuncias de las ciudades, corporaciones é individuos. El poder ejecutivo estaba suspendido de hecho, y parecia que no habia ministros, pues solo eran obedecidos los decretos reales que sancionaba ó proponia la asamblea.

§. II.—*Division de Francia en departamentos.*—*Sistema electoral.*—La constitucion se alzaba en tanto lentamente sobre el terreno nivelado el 4 de agosto, y las revoluciones de aquella noche famosa eran el punto de partida de una organizacion política en que iban á desaparecer en la unidad nacional las existencias particulares, ya de individuos, ya de instituciones. Era preciso en primer lugar establecer la unidad en el territorio borrando el nombre de las provincias que parecian aun otras tantas naciones que la dinastía de los Capetos habia reunido sin amalgamarlas en su unidad monárquica, y con este objeto un decreto dividió la Francia en ochenta y tres departamentos con poca diferencia iguales en proporcion y límites, y subdivididos en distritos, cantones y municipalidades (1790, 15 de enero). En esta

division no se tuvieron en cuenta las costumbres, los recuerdos ni las existencias locales, sino que adoptando por única base el territorio, se quitaron á las provincias sus privilegios, su parlamento y su administracion separada, se borraron hasta sus nombres históricos que recordaban ideas de independencia, y se les dieron nombres enteramente físicos que anunciaban que no existian ya ducados ni paises de estados, bretones ni provenzales, sino tan solo una Francia y franceses. Esta fué la obra capital de la asamblea, pues completaba la destruccion del régimen feudal, rompía para siempre la cadena de los tiempos antiguos, reunia las fuerzas del país en una robusta centralizacion, y era por fin el acto constitutivo de la unidad nacional llevada á cabo con tanta perseverancia desde Hugo Capeto y realizada tras ocho siglos de combates.

La asamblea armonizó todo el sistema político con la division departamental, confiando con este objeto la administracion del departamento á un consejo de treinta y seis miembros y á un directorio ejecutivo de cinco, la del distrito á autoridades análogas subordinadas á las del departamento, y la de la municipalidad á un consejo y á un ayuntamiento subordinado á las autoridades del distrito. Esta era la base material del nuevo sistema, y la moral consistió en la eleccion de todos estos poderes por el pueblo. Los ciudadanos *activos*, es decir, los que pagaban una contribucion de tres dias de trabajo, elegian entre los ciudadanos que pagaban una contribucion de ciento cincuenta á doscientos jornales, electores que nombraban los diputados de la asamblea nacional, los empleados del departamento, del distrito y de la municipalidad, y como veremos despues, los jueces, los obispos y los curas, la division departamental y la eleccion universal destruyeron completamente el antiguo orden social, pero nació al mismo tiempo la lucha de los poderes destruidos contra el nuevo régimen, lucha cuyos resultados vamos á seguir en el orden de los hechos mas bien que en el de las épocas.

§. III.—*Cambios en el orden judicial.*—*Venta de los bienes del clero.*—*Asignados.*—Fueron abolidos los parlamentos, y se les sustituyó con tres clases de tribunales cuyos miembros eran temporarios y elegidos: un tribunal criminal por departamento, otro civil por distrito y otro de paz por canton. Se estableció

además un tribunal supremo encargado de velar por la conservacion de las formas judiciales, y se admitió el jurado en materia criminal.

Estos cambios reanimaron las existencias provinciales, cuyos defensores habian sido durante tanto tiempo los parlamentos, y dieron á los paises de estados un aspecto de rebelion. Mounier trató de sublevar el Delfinado, y los parlamentos de Rennes, Metz, Burdeos y Tolosa protestaron contra los decretos de la asamblea; pero la magistratura habia decaido tanto desde el principio de la revolucion, que no tardó en verse reducida á someterse ó á confundir su resistencia con la del clero y la nobleza, que era mucho mas temible é iba á originar la guerra civil y la extranjera.

La asamblea solo se habia ocupado hasta entonces accidentalmente de la hacienda, autorizando al ministerio para hacer dos empréstitos, de 30 y de 80 millones, los cuales no se habian realizado, y decretando la creacion de una contribucion patriótica, fijada en la cuarta parte de la renta; pero se tenia escasa confianza en el producto del impuesto, y la crisis rentística era de dia en dia mas amenazadora, pues no se percibian las contribuciones, las arcas estaban vacías, no se cubrian las atenciones públicas, las necesidades se acrecentaban á medida que disminuian los recursos, y «la asquerosa bancarrota, decia Mirabeau, se nos aparecía dispuesta á devorarnos.» Como la revolucion se exponia á abortar por causa del déficit, era indispensable asegurar su vida y su porvenir con algunas medidas extraordinarias. Se trató de buscarla en los bienes del clero que habian proporcionado abundantes recursos al Estado en varias ocasiones, y principalmente en la época de las guerras de religion, y Talleyrand de Perigord, obispo de Autun, propuso en nombre del comité de hacienda, que se declarase que el clero no era propietario sino administrador de los bienes que los fieles le habian donado en el trascurso de los siglos, y que si la nacion se encargaba por consiguiente de los gastos del culto, de la manutencion de los ministros y del cuidado de los hospitales, tenia derecho á recobrar los bienes eclesiásticos y venderlos para extinguir la deuda del Estado, enjugar el déficit, redimir los cargos judiciales, abolir el impuesto de la sal, etc. (1789, 2 de noviembre). Se

calculaba que el valor de estos bienes ascendería á cuatro mil millones. Esta proposición alarmó al partido del antiguo régimen, que veía á la revolución atacar en mayor escala que en 4 de agosto á la propiedad, hacer desaparecer de un golpe uno de los tres órdenes anulando su existencia exclusiva con su derecho de poseer, y convertir el sacerdocio, independiente hasta entonces por sus riquezas, en una magistratura asalariada y sujeta al poder temporal. El clero representó diciendo que sus bienes habían sido considerados hasta entonces como propiedad de la iglesia universal, y que el Estado no había echado mano de ellos sino en casos graves, con consentimiento del Papa y con un objeto enteramente católico. Consentía en ceder una parte para poner un límite á la crisis rentística, pero pedía que se le declarase propietario de lo restante, pues la conservación del principio salvaba su independencia y no era mas que accidental su expropiación. Estas razones se estrellaron contra la necesidad de proporcionar á la revolución un tesoro, por decirlo así inagotable, de darle el carácter de solidez indestructible que imprime á todos los cambios políticos un trastorno de propiedades, y finalmente, de abolir uno de los órdenes privilegiados, los cuales por otra parte tenían muy escaso precio para la mayor parte de los diputados, imbuidos en las ideas volterianas sobre el clero y los abusos de su constitución. Se adoptó la proposición del obispo de Autun, y un decreto ordenó la venta de los bienes eclesiásticos por valor de 400 millones (1789, 19 de diciembre).

Los bienes no encontraron compradores, porque la revolución había marchado con tal rapidéz y violencia, parecían tan inminentes sus peligros y sus enemigos tan poderosos, y finalmente, la asamblea destruía tan aprisa, que hasta los hombres mas superficiales veían en el nuevo orden un carácter de precipitación que inducía á creer que sería imposible su duración, y no se oía en todos los labios mas que esta expresión: «No será esto duradero.» La gran medida de la asamblea fué por consiguiente inútil, y la revolución se encontraba entorpecida materialmente por falta de dinero y moralmente por falta de crédito, cuando la municipalidad ideó un medio de monetizar los bienes nacionales, y propuso y decidió la asamblea que los ayuntamientos quedaban

autorizados para comprar los bienes del clero al Estado y revenderlos á los particulares; pero que como carecian de fondos necesarios para pagar al contado, podian dar sobre ellos bonos con interés y con los cuales pagaria el tesoro á sus acreedores. Con este medio el Estado se desempeñaba, los acreedores contaban con una garantía segura y real que podian convertir en tierras, y la venta se realizaba por sí propia. Mas adelante se generalizó la operacion cambiando los billetes municipales en billetes de Estado ó *asignados*, y se declaró forzosa la circulacion, quedando entonces satisfechos los acreedores porque el papel era una verdadera moneda. Se aseguró por otra parte su hipoteca, porque un decreto limitó la cantidad de los asignados al valor de los bienes puestos en venta, y dispuso que fuesen quemados inmediatamente los asignados devueltos, de modo que los bienes eclesiásticos habian de venderse conforme se iba suprimiendo el papel moneda. Esta operacion no era perfecta, considerándola rentísticamente, porque facilitaba de un modo terrible al gobierno el crear mas asignados que bienes para servirles de hipoteca, lo cual sucedió en efecto, aunque era una excelente medida política que salvó la revolucion. Exasperóse en extremo el clero, que intrigó, maquinó y clamó contra los sacrilegos para impedir la venta de sus bienes; pero como su expropiacion no atacaba la religion en nada aunque habia sido decidida por un sentimiento de hostilidad contra los sacerdotes, no se atrevió á excederse en su encarnizamiento al defender intereses enteramente materiales, y esperó que la asamblea atentase realmente contra la inmunidad eclesiástica (1).

(1) Las demás operaciones rentísticas de la Asamblea fueron las siguientes: «fueron gravadas todas las rentas: las de tierras y casas con la contribucion territorial, las de los capitales con la moviliaria, las de la industria por las patentes y las del comercio por las aduanas trasladadas á las fronteras. Se sujetó la adquisicion de la propiedad por herencia ó por contrato á un registro que comprobó su trasmision, y al pago de un derecho que fué el valor de su sancion. Lo mismo se exigió á los diversos actos ante los tribunales y algunas operaciones de la vida económica que, necesitando la intervencion ó el apoyo del Estado, tuvieron que pagarle tributo por el registro ó el timbre. El impuesto sobre los consumos no fué tan alzado como lo ha sido despues, porque considerándolo como un gravamen sobre los salarios y por medio de los salarios sobre el pueblo, fué considerado menos oportuno bajo el aspecto económico y menos justo bajo el aspecto político. (Mignet, *Noticia sobre Ruederer*.)»

§. IV.—*Constitucion civil del clero.—Turbulencias religiosas.*—No tardó la asamblea en lanzarse en esta senda peligrosa y en granjearse una fama de irreligiosa que comprometió su obra y la revolucion. En primer lugar, aunque declaró que «su constitucion estaba basada en la igualdad evangélica y había realizado las palabras de Jesucristo», se negó á reconocer el catolicismo como religion del Estado (1790, 13 de febrero); despues abolió los votos monásticos, suprimió todas las órdenes y congregaciones, á excepcion de las que estaban encargadas del alivio de los enfermos; y lanzó de este modo en el mundo con una mezquina pensión individuos que se hallaban fuera de su centro; finalmente, despues de decretar la division departamental, quiso sujetar la circunscricion eclesiástica á la civil, y decretó (12 de julio) que cada departamento tendria un obispo, que quedaban suprimidos los capítulos metropolitanos, y que los obispos y los curas serian nombrados por los electores. Estas innovaciones, que destruian el concordato de 1517, rompiendo los lazos del clero con la Santa Sede y cambiando su disciplina, y que fueron vituperadas por Mirabeau y los talentos mas elevados de la asamblea, aunque sin decidirse á comprometer su popularidad combatiéndolas, eran obra del partido jansenista que habia dado á la asamblea de treinta á cuarenta miembros, y que dominó en esta cuestion con sus máximas austeras, su odio contra el clero y su adhesion á la revolucion. «Todos los jansenistas, dice un historiador protestante, vieron con júbilo al poder de Babel, que así llamaban á la corte de Roma, recibiendo un golpe tan terrible, y al clero del que tantas persecuciones habian sufrido, arruinado y desposeido de sus honores y de su inmenso poder, llegando hasta el punto de decir que al despojar al clero de sus riquezas, le obligaban á adquirir méritos reales (1)» Este fué el último fruto del jansenismo, y ya no tendremos ocasion de mencionar á aquella secta que daba fin á su quisquillosa oposicion de un siglo y medio con la realizacion de sus doctrinas de iglesia primitiva, que ha sido mas funesta á la religion que la filosofía de Voltaire.

La asamblea no dió pruebas de habilidad ni tacto reformando

(1) Rauke, *Histor. del pontificado*, t. IV, p. 501 de la traduccion de M. Haiber.

cosas que hubieran podido arreglarse sin contienda por un concilio nacional; pero el clero olvidó su carácter evangélico, y sin prever el porvenir, se aprovechó de una ocasion que esperaba para alzar el grito contra la herejía y la persecucion, se alejó de las filas de la democracia donde habia demostrado tanta prudencia y adhesion, se pasó al bando de los privilegiados, confundió la salvacion de la fe con la de sus intereses temporales, y se colocó en esa política anti-revolucionaria en que vejeta aun en el dia, y que parece que convierte la religion de la libertad y la igualdad en religion de la aristocracia y el despotismo. «Los obispos, dice Herrières, se negaron á acceder á arreglo alguno, é imposibilitaron con sus culpables intrigas todos los medios de conciliacion, sacrificando la religion á una insensata tenacidad y á un punible apego á sus riquezas.» Declararon que eran nulas todas las erecciones de obispados hechas sin la cooperacion del Papa, que los metropolitanos negarian la institucion á los recién elegidos, que los prelados destituidos solo por la fuerza abandonarían sus sillas y continuarían en sus cargos, expidieron órdenes contra los decretos, concitaron á los fieles á la desobediencia, y provocaron turbulencias en el Mediodía. Su resistencia exasperó á la asamblea que, resuelta á impedir la, llevó al extremo la falta que habia cometido, decretando (27 de noviembre de 1790,) que los eclesiásticos quedaban sujetos al juramento cívico ante su municipalidad y en su iglesia, al cual habian de añadir el de conservar *la constitucion civil del clero*, siendo destituidos los titulares que se negaran á jurar, y finalmente, mandó formar la lista de los sacerdotes que prestasen ó se negasen á prestar el juramento.

Cuando estos decretos fueron elevados á la sancion real, Luis XVI se refirió secretamente al parecer del Papa que negó su adhesion, y fué preciso un motin para que el rey los sancionase diciendo que le habian forzado á hacerlo. Esta debilidad indignó á los obispos que le acusaron de usurpacion del poder espiritual, y todos los eclesiásticos de la asamblea, á excepcion de sesenta y cuatro curas, se negaron á jurar, cuyo ejemplo siguieron las cinco sextas partes del clero (1790, 27 de diciembre). Fueron destituidos los refractarios y reemplazados con sacerdotes que juraron, pero los destituidos protestaron, declararon intrusos á sus

sucesores, y les excomulgaron así como á todos los que recibieran de su mano los sacramentos. El partido de la revolucion perdió secuaces que le daban poderoso crédito por su carácter moral, y el partido del antiguo régimen ganó una parte del pueblo, que era lo único que podia darle alguna fuerza. Hubo desde entonces un clero rebelde y otro hereje, y el primero era por desgracia generalmente virtuoso y creyente, y el segundo escandaloso é impío, causando ambos mucho mal á la revolucion, los refractarios entorpecióndola con una oposicion inflexible que terminó con la guerra civil, y los constitucionales desacreditándola con sus costumbres y doctrinas. La incredulidad, que solo habia corrompido debilmente la masa popular, hizo rápidos progresos, y el pueblo prefirió su fe nueva á la antigua, la revolucion á la religion, y al ver á los sacerdotes afiliados entre sus adversarios, se acostumbrió á considerar la religion como enemiga de la revolucion y la trató como á tal. Ambas iglesias engendraron desórdenes en todas partes. La multitud quemó en París una efigie del papa, á quien acababan de excomulgar los sacerdotes juramentados, promovió motines delante de las casas donde oficiaban los refractarios, y los persiguió con los gritos de «¡al farol!» Mas graves fueron aun en el Mediodía y en el Oeste las turbulencias causadas por los sacerdotes refractarios: el obispo de Treguier excitó una insurreccion con una orden en que decia «que los ministros de la religion se ven reducidos á la condicion de dependientes asalariados por los bandidos;» los católicos pasaron á cuchillo en Montauvan á los protestantes, y los asesinatos y combates ensangrentaron á Montpellier, Nimes, Tolosa y Castres, pareciendo que se despertaban el espíritu y el furor religioso del siglo décimosexto.

§. V.—*Abolicion de la nobleza.—Conducta de los nobles en la asamblea.—Conspiracion de Favrás.—Situacion del ejército.—Suceso de Nancy.*—Si la resistencia de la magistratura á los decretos de la asamblea habia causado agitaciones sin resultado, la del clero iba á ocasionar la guerra civil; pero la de la nobleza, en la cual reunieron todas las demás, originó la guerra extranjera. La nobleza habia perdido con la organizacion departamental su influencia en las provincias que dominara en otro tiempo por sus dignidades ó por sus bienes, y se veia sometida á poderes ente-

ramente plebeyos, pues confundidos en lo sucesivo con los demás ciudadanos, no formando ya un orden en la asamblea, no gozando de empleos en la corte y privada de sus privilegios útiles por los decretos del 4 de agosto, solo contaba ya con privilegios honoríficos sin significacion alguna en el nuevo orden social, los cuales perdieron igualmente: un decreto abolió todas las distinciones del régimen feudal, los títulos, las cruces y los blasones (1790, 19 de junio), y la nobleza cesó de existir como cuerpo del Estado.

Este fué el último golpe. «No queda ya mas que un medio de acabar con esos mozos, dijo un diputado noble indicando la izquierda, y es acometerlos espada en mano.» No guió desde entonces á la nobleza mas deseo y objeto que la contra revolucion, y buscó auxiliares en todas partes, en la asamblea, en la corte, en las provincias, en el ejército y en el extranjero. «Desconfiada, débil y desunida, confundiendo todos los matices de opiniones en su odio, pueril en su pesar é impolítica en sus miras, desdeñó los cargos que le hubieran proporcionado medios de resistencia,» y excitó la anarquía con todos sus esfuerzos con la esperanza de que el exceso del mal restableceria el bien. Así pues, el abate Maury solia decir á la derecha de la asamblea: «dejadles, que esto no durará. — Dejad que se expida ese decreto porque lo necesitamos. — Todo se acabará con dos ó tres como este.» Los nobles y los obispos, dice Ferrieres que se sentaba en la derecha, dirigian todos sus esfuerzos á disolver la asamblea y á desacreditar sus actos, y en vez de oponerse á los malos decretos, manifestaban una indiferencia inconcebible. Se salian de la sala cuando el presidente sentaba la cuestion, invitando á los diputados de su partido á que les siguiesen, ó si se quedaban, les decian que no deliberasen... Intimamente convencidos de que el nuevo orden de cosas no subsistiria, apresuraban con cierta impaciencia, y creyendo que así seria mas pronta la caida, la ruina de la monarquía y la suya propia. Agregaban á esta conducta insensata una indiferencia insultante para con la asamblea y el pueblo que asistia á las sesiones, no escuchaban, se reian y hablaban en voz alta, corroborando la desfavorable opinion que de ellos se habia formado el pueblo... La causa de estas necesidades era que los nobles y los obispos no podian persuadirse de que la

revolucion ya se habia verificado en la opinion y en el corazon de todos los franceses. Se figuraban que con el auxilio de tan débiles diques podrian contener un torrente que se aumentaba de dia en dia, pero no hacian mas que amontonar sus aguas y originar mayores estragos, obstinándose con tenacidad en el antiguo régimen, base de todas sus acciones y de su oposicion, pero que todo el mundo rechazaba, y forzando con tan torpe obstinacion á los revolucionarios á llevar su sistema de revolucion mas allá de donde se habian propuesto (1).»

La nobleza, animada de tales sentimientos, formaba continuas conspiraciones que casi siempre tenian por objeto apoderarse del rey. La mas célebre fué dirigida por un diestro aventurero, el marqués de Favrás, á instigacion, segun dicen, del conde de Provenza, y cuyo objeto era, segun se cree, asesinar á Bailly, á Lafayette, apoderarse del rey y conducirlo al Piamonte, de donde un ejército le trasladaria á Francia. Descubierta la conspiracion, Favrás compareció ante el Chatelet, y fué condenado á la horca y ejecutado á pesar de sus protestas de inocencia (1790, 19 de febrero). Otros conspiradores trataban de sublevar las provincias del Mediodía aprovechándose de las turbulencias religiosas y apoyándose en los príncipes refugiados en Turin, pero estos movimientos se apaciguaron por sí mismos por su errada combinacion, y otros quisieron sublevar al ejército, no consiguiendo mas que introducir en él la indisciplina y el desorden. En ninguna parte se advertia mas notablemente la desigualdad de clases que en el ejército; los soldados habian fraternizado en todos los pueblos con los paisanos y acojian sus doctrinas, y por otra parte, la asamblea tuvo cuidado de adherirles á la revolucion, decretando que para la distribucion de los grados no se tuvieran en cuenta en lo sucesivo la riqueza ni el nacimiento (1790, 13 de febrero). Finalmente, los oficiales eran odiados por su orgullo, sus tiranías y hasta su falta de probidad, porque los soldados les acusaban de dilapidaciones en sus haberes, y esto fué causa de desórdenes tan graves, que la asamblea decretó que las cajas de los regimientos hicieran entrega de cuentas. Aumentóse de este modo la indisciplina, los oficiales maltrataron á

(1) Ferrieres, t. II, p. 122.

Los soldados, estos impusieron la ley á sus jefes, y se trabó entre ellos una especie de guerra. El suceso mas grave fué el de Nancy, en donde tres regimientos se apoderaron de la caja para liquidar sus haberes. La asamblea mandó al marqués de Bouillé, que mandaba en Metz, que redujese á aquellos regimientos á la sumision. Bouillé era uno de los realistas que deseaban llevar á cabo la revolucion con el ejército, y aislando á sus soldados del pueblo, habia conservado entre ellos su ascendiente. Marchó á Nancy con sus tropas y la milicia nacional de Metz, y mandó á los tres regimientos que saliesen de la ciudad, pero estos desobedecieron y se trabó un terrible combate en que el pueblo de Nancy tomó partido por los soldados y perecieron tres mil hombres (31 de agosto). Los regimientos fueron vencidos, y veinte y nueve jefes de la rebelion murieron fusilados, y cuarenta y dos fueron enviados á presidio. La asamblea votó una accion de gracias en favor de Bouillé, pero los parisienses censuraron la expedicion, pareciéndoles antirevolucionaria y considerando á los soldados como víctimas de los aristócratas, y amenazaron á la corte con un motin que Lafayette disipó á costa de su popularidad.

§. VI.—*Revoluciones de Bélgica y de Polonia.—Situacion política de Europa.*—Viendo la nobleza cuan inútiles eran sus esfuerzos para hacer la contrarevolucion en el interior, ya no contó mas que con la intervencion extranjera. La emigracion, establecida en un principio en Turin, convencida del poco celo que mostraba el rey de Cerdeña en favor de su causa, se trasladó á Coblenza, y los estados del elector de Tréveris, y negoció con las potencias del Norte, creyéndose tanto mas segura de su auxilio cuanto que los principios revolucionarios principiaban á propagarse por toda Europa.

Bélgica, amenazada nuevamente por José II en sus libertades, habia rechazado las tropas imperiales declarando al emperador destituido de sus derechos de soberanía (1790, 11 de enero), y habiéndose confederado en república, envió una embajada á la asamblea constituyente pidiendo la proteccion de Francia. Polonia, aprovechándose de los apuros de Rusia, que estaba ocupada en la guerra contra los turcos, trataba de recobrar su independencia, y se dió una nueva constitucion que declaró el

trono hereditario, abolió el *liberum veto*, encargó el poder legislativo á las dos cámaras, etc. (1791, 3 de mayo). En Inglaterra las ideas francesas habían excitado el mayor entusiasmo, y todo el mundo, hasta las mujeres, llevaban los colores parisienses, «no como señal de los combates y de la victoria, como decía Mirabeau, sino como emblema de la santa confraternidad de los amigos de la libertad,» y la oposicion parlamentaria no tenia lengua con que ensalzar la revolucion: «Es el paso mas gigantesco, dijo Fox, que se ha dado hasta ahora en pró de la emancipacion del linaje humano.... Una nueva política va á gobernar y calmar la Europa, así me lo asegura la revolucion francesa. Como amigo de la libertad, aplaudo el triunfo brillante que alcanza en la única nacion que reconocíamos como rival en todos los puntos elevados de la civilizacion, y admiro la nueva constitucion de Francia como el monumento mas glorioso de libertad que la raza humana ha erigido en ningun siglo y en ningun país.»

Pero á pesar de síntomas tan amenazadores y de las instancias de los emigrados, los gobiernos de Europa continuaban con ciega seguridad de monarcas á monarcas, su diplomacia de equilibrio y su política de intereses, que eran las únicas que se conocian desde el tratado de Westfalia, y creyendo que las ideas revolucionarias no crearian un mundo democrático enteramente hostil al feudal sobre el cual estaba basado su poder, ni darian origen á una política nueva de principios, ni debia causar guerras de las cuales ni aun habia visto un bosquejo la Europa en la época de Lutero, no solo no pensaron que la conmocion podria extenderse hasta ellos, sino que llegaron, segun dicen, á fomentar con dinero las turbulencias de Francia, porque veian en ellas una ocasion de arruinar el poderío de los Borbones, su influencia europea y su vasto sistema de alianzas tan habilmente renovado por Choiseul y Vergennes. Así pues, Rusia y Austria codiciaban los despojos de Turquía y Suecia, y continuaban la guerra contra estos dos estados, y Prusia é Inglaterra, aliados aun contra las dos cortes imperiales, equipaban ejércitos y naves para socorrer á los turcos y á los suecos, protegian á los polacos contra Catalina y á los belgas contra José, pero con el único objeto de arrebatár á Francia la abanza de las cortes de

Constantinopla y Estocolmo, y destruir la influencia francesa en Polonia y Bélgica. Las dos tenían ya á Holanda avasallada, y en tanto que Prusia tendia á engrandecerse á expensas del Austria, aliada continental de Francia desde 1756, Inglaterra armaba contienda á España para arruinar la marina de esta hermana dada á Francia por Luis XIV y el pacto de familia.

José II murió (1790, 22 de febrero), cuando la liga anglo-prusiana parecia decidida á tomar una parte activa en la guerra de Oriente, viendo que los turcos y suecos no sufrían mas que desastres. Leopoldo, su sucesor, que habia apreciado mejor la situacion política, indicó á Federico Guillermo el nuevo y comun enemigo que se habia alzado á sus espaldas mientras se hacían la guerra por mezquinos intereses, y le dijo: «Los revolucionarios no se contentan ya con sus triunfos interiores, sino que además de haber desposeido con menosprecio de los tratados á varios príncipes del Imperio de sus derechos (1), propagan su sistema contagioso por las provincias belgas, y comunican sus ideas á los exaltados de la dieta polaca, sus clubs han establecido correspondencias con los de Inglaterra, algunos periódicos de Alemania sirven de eco á sus folletos, y finalmente, descubren sin embozo el deseo y la esperanza de que sea universal su revolucion (2).» Federico Guillermo no desdeñó estas reflexiones, y con su habitual inconstancia, cambió de pronto de sistema, y «por motivos secretos de la mayor importancia,» segun él mismo dijo, concluyó la paz de Reichenbach con el Austria (1790, 27 de julio). La Suecia siguió el ejemplo, y cansada de una guerra en que los auxilios de Prusia é Inglaterra se habian reducido á promesas, firmó la paz con la czarina (14 de agosto). No quedando en guerra mas que Rusia y Turquía, los emigrados, el ministerio inglés y los soberanos de Austria se esforzaron en poner de acuerdo á aquellas dos potencias para que, pacificada toda la Europa, se mostrara claramente la nueva posi-

(1) En Alsacia, donde algunos príncipes tenían posesiones que experimentaron la suerte de todas las propiedades feudales del reino, es decir, que fueron abolidos los derechos feudales. Los príncipes reclamaron, la asamblea constituyente les ofreció una indemnizacion, pero no aceptaron, y este fué el agravio que sirvió de pretexto al Austria para hacer la guerra á Francia.

(2) Segur, *Hist. de Federico Guillermo II*, t. II, p. 169.

cion política que le habia creado la revolucion francesa; pero Catalina, que profesaba las máximas filosóficas mas exageradas, y no veia en los principios franceses peligro alguno para su pueblo de siervos, creyó que los temores de las demás potencias no eran mas que un medio para satisfacer su ambicion sobre Turquía y continuó la guerra. Esta conducta llenó de incertidumbre á Prusia y Austria en sus proyectos sobre la revolucion, é inutilizó todas las instancias de los emigrados. Por otra parte, el gobierno inglés se negaba á decidirse en la cuestion, porque aunque Pitt conocia que las ideas francesas amenazaban á Inglaterra con una revolucion, democrática temia alarmar al pueblo con una demostracion de absolutismo, y tenia que luchar contra una formidable oposicion. Así pues, no salió de su inmovilidad, y esperó la ocasion de acrecentar el engrandecimiento de su país á expensas de Francia. Federico y Leopoldo se pusieron en tanto de acuerdo para destruir en primer lugar las dos revoluciones que parecian hijas de la francesa, la de Polonia y la de la Bélgica; Prusia entabló con Rusia negociaciones que debian terminar con otro desmembramiento de Polonia, y Austria envió al Brabante al mariscal Bender con treinta mil hombres que dispersó á los patriotas, entró en Bruselas, y destruyó sin obstáculo la revolucion belga.

§. VII.—*Conducta del rey.—Juramento cívico.—Confederacion del 14 de julio.*—La nueva posicion en que la revolucion habia colocado al rey, le tenia sumido desde el 5 de mayo de 1789 en una continua alternativa de odio y resignacion, de temor y de esperanza; pero desde las jornadas de octubre y antes de los decretos sobre el clero, creyó, al ver que la revolucion era popular y universal, y no teniendo grande apego al poder, que le seria fácil existir con la constitucion. Por esta razon le inquietaron realmente los manejos y esfuerzos de los aristócratas, conociendo que le ponian en una situacion peligrosa, y viendo que la opinion pública le acusaba de connivencia con los conspiradores y emigrados; y hasta mas de una vez trató de atraerse los ánimos con actos espontáneos y de convencer al pueblo de la sinceridad de sus intenciones. De modo que cuando elevaron á su sancion el decreto sobre los departamentos, se presentó en la asamblea (1790, 4 de febrero), «aprovechando, segun dijo, la ocasion que

le ofrece tan importante resolución, de la cual depende el porvenir de Francia, para asociarse de una manera mas patente á la ejecucion y al logro de todo lo que la asamblea ha acordado en beneficio del país.» Negó con ardor que estuviera en connivencia con los realistas, y dijo: «Hagan el sacrificio de todos los recuerdos que les afligen los que quieran alejarse aun mas del espíritu de concordia que es tan necesario, y yo les recompensaré con mi gratitud y mi afecto. Profesemos todos, siguiendo mi ejemplo, una sola opinion, un interés y una voluntad: la adhesion á la nueva constitucion y el ardiente deseo de la paz y la ventura de Francia.»

La asamblea acogió con entusiasmo este discurso tierno y sencillo, y respondió prestando el juramento cívico: «Juro ser fiel á la nacion, á la ley y al rey, y sostener con todo mi poder la constitucion decretada por la asamblea nacional y aceptada por el rey.» Todo París repitió este juramento con trasporte y celebró festejos durante algunos dias, y habiéndose propagado el entusiasmo á las provincias, se creyó que habia terminado la época de los disturbios. Francia estaba tan anhelosa de gozar de una revolucion que ho habia producido hasta entonces mas que padecimientos, y de «una libertad cuya palma habia sido regada tan solo con sangre y lágrimas,» que á cada instante apresuraba con ardiente deseo el fin de la situacion transitoria, y olvidando que las revoluciones aprovechan raras veces á las generaciones que se sacrifican para hacerlas, se esforzaba en unir todos los partidos en una misma idea de concordia y patriotismo. Esta fué la opinion que se manifestó en la fiesta del 14 de julio, fiesta única por el entusiasmo universal que excitó, en la cual los corazones aspiraron con afan el amor al bien público, se olvidaba todo lo pasado para no pensar mas que en un porvenir puro y brillante, y el rey, la asamblea, la milicia nacional, sesenta mil confederados de los departamentos y cuatrocientos mil espectadores renovaron el juramento cívico que repitió toda la Francia.

§. VIII.—*Cambio de Ministerio.—Relaciones del rey con los extranjeros.—Mirabeau comprado por la corte.—Discusion sobre la emigracion.—Muerte de Mirabeau.*—Aquel fué el último dia venturoso de la monarquía. Luis no estaba seguro de la legitimidad de sus concesiones, y le inquietaba una constitucion que le daba

30 millones de pension ó *lista civil*, pero que por un terrible testimonio de la desconfianza popular, le privaba del derecho de perdonar! Sentía un remordimiento al recordar que había menoscabado la herencia que le legaron sus padres, y vacilaba incesantemente entre el deseo benévolo de acceder á la voluntad del pueblo y las ideas de derecho divino que había recibido desde la cuna. Necker era el único guía que hasta entonces le había inspirado sentimientos favorables á la revolucion, pero este ministro había perdido ya toda su popularidad, y viéndose olvidado y menospreciado, presentó su dimision (1790, 4 de setiembre) y se retiró cerca de Ginebra. Los demás ministros, atacados por los clubs y periódicos de la asamblea á causa de las intrigas que seguían con los emigrados, trataron en vano de resistirse al clamor popular, pero se retiraron (20 de octubre), á excepcion de Montmorin, encargado de los negocios extranjeros, y fueron reemplazados por Fleurieu, Duportail, Duport-Dutertre, Delessart y Bertrand Molleville. El rey se enojó al verse obligado á un cambio de ministros, y meditó desde entonces proyectos de fuga; y cuando se expidieron los decretos sobre el clero y el Papa se declaró contra ellos, creyo que había hecho bastantes sacrificios, perdió la última esperanza de ponerse de acuerdo con la constitucion, y no pensó mas que en destruir la revolucion por medio de los aristócratas y el exterior, ó contenerla por medio de los moderados y el interior. El primer plan era el de la reina, del conde de Artois y de los emigrados, y el segundo el del marqués de Bouillé, de la mayor parte de los diputados realistas, y finalmente de los servidores ilustrados que tanto odiaban la emigracion como la revolucion. Luis vaciló alternativamente entre uno y otro con su habitual indecision.

Negoció con todos los soberanos de Europa, envió al baron de Breteuil para suplicarles que le restablecieran en su autoridad, y escribió al rey de Prusia (6 de diciembre): «Reclamo con confianza vuestro interés en este momento, en que á pesar de haber aceptado la nueva constitucion, los facciosos demuestran sin embozo el proyecto de destruir el resto de la monarquía. Acabo de dirigirme al emperador, á la emperatriz de Rusia y á los reyes de España y Suecia, y les presento el plan de un congreso de las principales potencias de Europa, apoyado por un fuerte ejército,

como la medida mas adecuada de contener aquí á los facciosos, proporcionar el medio de restablecer un órden de cosas mas duradero, é impedir que el mal que nos aqueja se propague á los demás Estados de Europa. Espero que Vuestra Majestad aprobará mis ideas y guardará el mas absoluto secreto...» (1)

Luis pedía sin embargo con repugnancia los auxilios del exterior, ya porque el espíritu francés le indujese á desconfiar del desinterés de los reyes extranjeros, ya porque conocia todo el peligro de su conducta equívoca, y volvía á adoptar con predileccion el otro plan; pero como creía que la revolucion era la obra accidental de algunos hombres, pensaba conseguir su objeto coligando en favor de su causa algunos nombres. Todo el partido constitucional, cuyo representante era Lafayette y que amaba tan sinceramente la monarquía como la revolucion, le ofrecia su apoyo manifestándole que la salvacion de la corona estribaba únicamente en su adhesion á la constitucion, pero fué rechazado á causa del odio ciego que la reina habia jurado á Lafayette. «Es un faccioso fanático é imbecil, decia, y jamás tendremos confianza en él.» La corte se dirigió entonces á otro jefe popular mas accesible á la corrupcion, y creyó haber conquistado á la misma revolucion conquistando á Mirabeau. El gran orador veia con miedo la marcha de la asamblea y creia que la constitucion era mala: «Para una monarquía, decia, es demasiado democrática, y para una república, hay en ella un rey de sobra.» E imbuido en la insensata confianza de sí mismo que le inducia á decir: «que haria á su antojo de Francia una monarquía ó una república,» queria reconciliar al pueblo con la corona y á la corte con la revolucion. En esta creencia estaba cuando la reina le envió á llamar para pedirle su apoyo y salvar el trono, y como se sabia que Mirabeau, pródigo, disoluto y abrumado de deudas, habia perdido su fortuna y deseaba satisfacer su fiebre de libertinaje, acompañó su peticion con ofertas pecuniarias. Hizose la alianza, pero el hombre político no vendió sus convicciones, y haciendo su profesion de fe, no se comprometió mas que á sostener el trono en la línea que se habia trazado. Se le vió en efecto durante todo el año de 1790, aunque el acuerdo empezaba desde el mes de

(1) Hist. parlam. de la Revolution, t. X.

enero, continuar su lucha contra la corte y considerarle esta aun como un enemigo, pero Mirabeau se aprovechó de la ocasion desde el instante que se le presentó de ser realista conservando sus principios.

Habiendo el rey dado órden de que se armasen algunos buques á causa de una contienda que se habia suscitado entre España é Inglaterra (22 de mayo), se trabó un animado debate acerca de esta cuestion: ¿A quién pertenece el derecho de guerra y de paz? Mirabeau defendia que lo mas prudente fuera delegar este derecho al jefe del poder ejecutivo, que era el único capaz de combinar la unidad y el secreto en los negocios diplomáticos, pero segun las ideas de la época, parecia un absurdo el confiar á un hombre el derecho de disponer de la sangre y de los tesoros de una nacion, especialmente cuando se tenia sospechas de que este hombre urdia traiciones con el extranjero. El partido de Barnave y Lameth se aprovechó de esta ocasion para despertar las sospechas sobre el acuerdo del orador con la corte, y se gritaba por las calles: «¡Qué traicion tan grande la de Mirabeau!» Este rechazó el ataque en una obra maestra de elocuecia, y se decidió que se declararia la guerra por medio de un decreto de la asamblea, pero que no podria expedirse sin la proposicion formal y necesaria del monarca.

La cuestion de la emigracion, en la cual Mirabeau siguió defendiendo los verdaderos principios contra las pasiones revolucionarias, descubrió mas patentemente su acuerdo con la corte, aunque no le hizo perder su popularidad.

La emigracion habia llegado á ser una moda y una diversion, se partia para Coblentza al salir de la opera, se abandonaban los castillos y la familia como para un viaje de recreo, y hasta las mujeres emigraban; pero aquella nobleza llevaba al extranjero su desordenada frivolidad, sus gustos licenciosos, su insultante desden y su impiedad volteriana, creia que era una ridiculidad emplear la religion como medio contrarevolucionario, se hacia burla de los títulos de algunos plebeyos mezclados en sus filas, y se divertia apelando de cada decreto de la asamblea nacional, «á la bota del mariscal Bender.» Sin embargo, la aglomeracion de emigrados en Coblentza llegó á causar inquietud en Francia, y se propuso una ley para impedir la emigracion

(1791, 28 de febrero). Mirabeau combatió el proyecto con todos sus esfuerzos y sojuzgó á la asamblea con su audacia: «Si haceis una ley contra los que emigran, dijo, juro no obedecerla jamás.» Se aplazó la cuestion, y la discusion no produjo mas que un decreto acerca de la residencia de los funcionarios públicos, en la cual se declaró que si el rey partiese del reino, se le consideraria como si abdicase la corona.

Mirabeau fué denunciado como traidor á los jacobinos, pero no por eso dejó de continuar sus planes de contrarrevolucion, y cuando vió que la corte tenia mas confianza en él y estaba decidida á tomar una resolucion, propuso al rey que huyera á Lion, y se presentara allí como mediador entre la emigracion y la asamblea, dando una constitucion nueva que autorizase los grandes principios de la revolucion, y le dijo que contaba con una parte de la asamblea, con oradores de los clubs y con las autoridades administrativas de treinta y seis departamentos. El rey vaciló muchos días en aceptar aquel plan, temiendo la guerra, que le arrastraria, segun decia, á sufrir la suerte de Carlos I. Se avisó no obstante á Bouillé, y se discutian los medios de llevarlo á cabo, cuando Mirabeau, gastado por los excesos y el trabajo, enfermó y murió (2 de abril). Su muerte causó un duelo universal, porque el pueblo no se acordó mas que de los servicios del hombre que parecia el guia de la revolucion, y la asamblea decretó que la iglesia de Santa Genoveva se convertiria en panteon para sepulcro de los grandes hombres, y que se enterrase en ella á Mirabeau. Todo París asistió á sus funerales, y sin embargo, Mirabeau habia muerto dudando de la obra á que tanto habia contribuido, y diciendo: «Llevo conmigo el luto de la monarquía, cuyos pedazos se repartian los facciosos.»

§. IX.—*Fuga y prision de rey.*—La muerte de Mirabeau no modificó los proyectos de fuga de la corte, pero ocasionó que fueran menos seguros y mas criminales, y se adoptó el plan propuesto por Breteuil, el cual se reducía á que el rey iria á buscar un asilo á una plaza fronteriza cerca del ejército de Bouillé, dictaria desde allí su voluntad á la asamblea, y en caso adverso, se refugiaria en el extranjero.

Se intentó en un principio la fuga bajo el pretexto de ir á pasar la Semana Santa en Saint-Cloud, pero el pueblo detuvo los

coches. Lafayette acudió y quiso despejar el camino por medio de la fuerza, pero la milicia nacional se negó á obedecer, y el rey volvió á entrar en las Tullerías (1791, 18 de abril). Luis se quejó en la asamblea de aquel ultraje, pero como estaba enteramente resuelto á huir, recurrió para conseguirlo á una indigna doblez, manifestando el mayor celo por la revolucion, sancionando todos los decretos que habia rechazado, aunque protestando secretamente contra su sancion, y escribiendo á sus embajadores una carta llena de entusiasmo exagerado por la constitucion, en la que decia que sus enemigos eran los que dudaban de su completa libertad, y desmentia las intenciones de fuga que se le atribuian: sin embargo, el objeto de esta carta, como él mismo confesó, era inducir á creer que le habia sido arancada por la violencia. Suplicó al mismo tiempo á los príncipes extranjeros que se pusiesen definitivamente de acuerdo para salvarle, y el conde de Artois, despues de obtener su autorizacion formal, tuvo en Mantua una entrevista con el emperador (20 de mayo), en la que se decidió que entrarian treinta y cinco mil austriacos en Flandes y quince mil en Alsacia, en tanto que treinta mil piamonteses marcharian hacia Lion y veinte mil españoles á los Pirineos. Se envió el convenio á Luis XVI que lo aprobó, pero éste bosquejo de coalicion no se llevó á cabo, y el rey, que desconfiaba de su hermano y de los extranjeros, se decidió por fin por el proyecto de Breteuil.

Bouillé colocó tropas en el camino de Montmedy á Chalons, y cuando todo estuvo dispuesto, el rey, la reina, sus hijos y madama Isabel, hermana del rey, salieron disfrazados de las Tullerías, subieron en una berlina precedida de tres guardias de corps, y se dirijieron á la carretera de Chalons (21 de junio). El conde de próvenza tomó el camino de Bruselas para desvanecer las sospechas y pasó la frontera sin obstáculo. El hijo del maestro de postas Drouet reconoció á los fugitivos cuando llegaron á Santa Menehould, corrió á Varennes por un atajo para avisar á la municipalidad, cerró el paso del puente, detuvo el carruaje real pidiendo los pasaportes, é hizo bajar á los viajeros en la casa consistorial. El alcalde se hizo esperar hasta que se reunió la milicia nacional, y entonces declaró al rey que habia sido descubierto. Luis arengó á los habitantes, y les pidió que le

permitiesen continuar su viaje, pero le dijeron que tendria que volver á París. Llegaron entonces los húsares que Bouillé habia apostado en la carretera, y se negaron á obedecer á sus oficiales dejándose desarmar por la milicia nacional. El coche volvió á tomar el camino de París con la familia real. Dos horas despues acudió Bouillé con un regimiento de caballería para libertar al rey, pero encontró á Varennes fortificado, el puente roto, la milicia nacional sobre las armas, y se vió obligado á retroceder y á refugiarse en el extranjero.

La noticia de la fuga del rey causó en la capital no consternacion pero sí sorpresa. Lafayette, á quien el pueblo acusaba de complicidad con la corte, envió sus ayudantes de campo á todas las carreteras, y uno de ellos llegó á Varennes en el momento de partir el rey. Las secciones y los clubs se constituyeron permanentes, se destruyeron todos los emblemas del trono, y la prensa lanzó cínicos gritos de alegría porque Francia se veia «libre de un rey imbécil y de una infame que unia la lascivia de Mesalina á la sed de sangre de Médicis.» «Ha llegado el momento, decia Marat, lo cual formaba el tema habitual de sus peroraciones, de cortar la cabeza á los ministros, á Lafayette, á todos los malvados del estado mayor, á Bailly, á todos los municipales y á todos los traidores de la asamblea.» La asamblea recibió la noticia con profundo silencio, y con muestra de calma y dignidad; declaróse en el acto en sesion permanente, y decretó que se pusieran en movimiento todas las autoridades y las milicias nacionales para impedir la evasion del rey, que calificó de rapto; que los ministros recibirian directamente las órdenes de la asamblea, encargada desde aquel momento del poder ejecutivo; que sus disposiciones serian ejecutadas sin sancion ni aceptacion; que se pusiesen las fronteras en estado de defensa y la guardia nacional en activo servicio etc. «En menos de cuatro horas, dice Ferrières, la asamblea quedó investida de todos los poderes; el gobierno siguió su marcha, la tranquilidad pública no sufrió la menor interrupcion, y París y la Francia supieron por medio de aquel experimento tan funesto para la monarquía, que casi siempre el monarca permanece extraño al gobierno que funciona escudado en su nombre.»

Un parte de la municipalidad de Varennes anunció el arresto

del rey; y al momento tres comisarios, Latour-Maubourg, Petion y Barnave partieron con plenos poderes para asegurar su regreso. El viaje duró ocho días, y fué notable por el espíritu revolucionario de los departamentos: mas de cien mil guardias nacionales acudieron al camino para servir de escolta, y á pesar de la presencia de los comisarios de la asamblea colmaban á la familia real de reconvencciones é injurias. Una multitud inmensa, silenciosa y amenazadora acompañó hasta París á los ilustres fugitivos, y fueron presos todos los refuerzos de Lafayette y de la guardia nacional para ponerles al abrigo de sus ultrajes.

§. X.—*Decreto sobre la inviolabilidad del rey.*—*Reunion en el Campo de Marte.*—La asamblea dispuso que el rey quedaba privado temporalmente de sus funciones, y que seria custodiado por una guardia, la que debia responder de su persona. Doscientos noventa diputados protestaron contra semejante decreto, y se negaron á tomar parte en los debates con objeto de anular las operaciones de la asamblea (30 de junio de 1791). Entonces trabáronse vivas discusiones acerca de la inviolabilidad del rey y del restablecimiento de su autoridad; los jacobinos pretendian que su fuga era una abdicacion, y que la asamblea estaba en deber de proclamar su deposicion y el establecimiento de la república. Aquella fué la primera vez que se pronunció abiertamente este nombre; pero la cosa existia ya en realidad, y no era esto por falta de la asamblea y de su constitucion, sino de la revolucion misma que, llevada á cabo por odio al antiguo régimen, se habia de tal modo ensañado en la destruccion de todos los poderes, que solo faltaba la desaparicion del nombre de rey. Los periódicos, los distritos, los presidentes de los clubs vociferaban sin cesar: «¡No mas rey!» y el extremo izquierdo, teniendo á su frente á Petion y á Robespierre, diputados que gozaban entre el pueblo de gran fama de austeridad y patriotismo, el extremo izquierdo, decimos, que hasta entonces se habia limitado á seguir y á apoyar los constitucionales, cambió en adelante por su propia cuenta sin ocultar ya sus ideas republicanas. Finalmente los jacobinos resolvieron hacer firmar en el Campo de Marte y en el altar de la Patria, una peticion solicitando la deposicion, y la asamblea que, en vista de estos acontecimientos, conoció haber ido demasiado léjos, volvió á las ideas monárqui-

cas; el partido Barnave, Lameth y Duport, que habia dirigido hasta entonces el movimiento democrático, asustóse á la palabra república y se alió con el centro; todos los partidarios de la constitucion se reunieron, y si bien nadie desconocia lo que podria ser un rey sentado otra vez en su vacilante trono, sin respeto, sin amor y sin poder, una considerable mayoría quiso salvar la obra constitucional salvando la autoridad real. Los comisarios nombrados por la asamblea para interrogar al rey, le dictaron secretamente una declaracion que paliaba las intenciones del viaje á Varennes, y así las cosas, dióse un decreto que suspendia el ejercicio del poder ejecutivo en manos de Luis XVI hasta que, terminada la constitucion, fuese presentada á su aceptacion (16 de julio de 1791). En dicha época debia recobrar sus prerogativas, su guardia constitucional y su dotacion; pero en caso de retractarse de su juramento, de ponerse al frente de los ejércitos extranjeros, ó de permitir que en su nombre se hiciese la guerra á la Francia, se consideraria que habia abdicado, volveria á ser un simple ciudadano, y podria ser encausado por los actos posteriores á la misma abdicacion.

Este decreto exasperó á los republicanos, quienes procuraron sublevar al pueblo; persistieron en firmar su peticion y formaron en el Campo de Marte amenazadores grupos, en los cuales fueron asesinados dos hombres (17 de julio). La asamblea excitó á la municipalidad á cuidar de la conservacion del orden público por cuantos medios le habia confiado la ley, y Bailly, Lafayette y la guardia nacional se dirigieron al Campo de Marte, donde se habian puesto mas de seis mil firmas al pié de la peticion. Despues de muchas horas de negociaciones durante las cuales las autoridades fueron ultrajadas y las exhortaciones inútiles, proclamóse la ley marcial; la multitud contestó á las intimaciones con furiosos gritos y una nube de piedras, mientras que se dejó oír un pistoletazo disparado contra Lafayette. Entonces este mandó hacer fuego, y un centenar de individuos cayeron muertos ó heridos; la muchedumbre se dispersó, y difundióse el terror entre el partido republicano.

De este grave y funesto acontecimiento data la division entre los constitucionales y los republicanos, entre la clase media y el pueblo, division que se manifestó inmediatamente en los jaco-

binos, donde solo quedaron seis diputados de la izquierda, fundando los demás un nuevo *club* en el convento de los Fuldenses. La guardia nacional no se hallaba convencida de la legitimidad de lo sucedido en el Campo de Marte, y deploró que la revolución hubiese debido hacer armas contra el pueblo ni mas ni menos que el antiguo régimen. El pueblo colocó á Barnave, á Lameth y á Duport en la clase de sus enemigos, miró con tanto odio á los Fuldenses como á los emigrados, y entregó á la execración los nombres de Bailly y de Lafayette.

§. XI.—*Convencion de Pilnitz.—Fin de la asamblea constituyente.*—Los realistas concibieron entonces algunas esperanzas; habian sacudido el estupor en que les sumiera la prision de Luis XVI, y solo pensaban en aprovechar su cautiverio para exaltar el celo de los extranjeros. Es cierto que hasta aquel momento, habian obtenido mas promesas que obras, y en vano encarecian la fácil represion de la revolucion belga, la desorganizacion del ejército francés y las turbulencias del interior: los soberanos de Prusia y de Austria vacilaban á causa de los temores que inspiraba la ambicion de Catalina, la cual continuaba sus victorias contra los turcos, y amenazaba realmente el camino de Constantino-*pla*; pero en aquella época pareció estrecharse mas y mas la liga anglo-prusiana; reconvino á la czarina por una guerra «que impedía á las potencias europeas ocuparse de los revolucionarios de Occidente,» y Catalina conmovida por tales amenazas y creyendo poder arreglar á su antojo los asuntos de Turquía y de Polonia cuando la Europa entera se hallase ocupada en la guerra contra la Francia, consintió en negociar con la Turquía y en dejar tranquila la Polonia (4 de agosto de 1791). Entonces los emigrados redoblaron sus instancias cerca de Leopoldo y de Federico, y ambos príncipes celebraron en Pilnitz un tratado bastante vago, pero en el que amenazaban invadir la Francia en caso de no devolverse la libertad á Luis XVI, de no disolverse la asamblea, y de no ser reintegrados los emigrados en sus bienes y honores (27 de agosto).

El único efecto de esta convencion fué imprimir su nuevo impulso al espíritu revolucionario; la Francia tembló de indignacion al recibir semejante noticia, y preguntó con que derecho intervenian los extranjeros en los asuntos de un gran pueblo;

amenazóse á los tiranos con revolucionar sus propios súbditos, y los franceses se prepararon para una vigorosa resistencia, al paso que la asamblea, en tan grave cuestion, careció de prevision y de iniciativa. Limitando la revolucion á la constitucion, no creyó que su obra debiese temer graves peligros del exterior, y pensó que la constitucion francesa seria aceptada sin obstáculo en el derecho público de Europa, en lugar del rey cristianísimo. Habia declarado que la Francia renunciaba á las conquistas, pero á las conquistas tales como las comprendian Richelieu y Luis XIV; no vió que la revolucion, al colocar á la Francia en una oposicion hostil para todos sus vecinos, debia por necesidad engendrar la guerra, que esta guerra no podia ser sino de propaganda, y que por lo tanto era preciso prepararse á ella; léjos de esto, dejó que resolviera tan grande cuestion la asamblea que le sucedió, y mientras que el pueblo con su instinto revolucionario, se alarmaba por las amenazas del extranjero, la constituyente parecia despreciarlos, se contentó con mandar el alistamiento de cien mil guardias nacionales, y solo se ocupó en revisar por último la constitucion. Sin embargo, tambien en esta tarea impulsóla á una nueva falta el espíritu de generoso candor que la animara constantemente durante su trabajosa carrera: á propuesta de Robespierre y con gran alborozo de los realistas y republicanos, decretó que sus miembros no podian formar parte de la próxima asamblea, ni aceptar empleo alguno conferido por el rey (16 de mayo); de modo que aquellos que tanto se habian afanado para formar una constitucion, dejaban la defensa de su obra á hombres nuevos, elejidos bajo la influencia del movimiento revolucionario, y dispuestos para toda clase de innovaciones. «Querfase, dice Duport, exponer á la Francia á sufrir cada dos años una revolucion en las leyes y en las opiniones.» Igual sentimiento de abnegacion imprudente indujo á Lafayette y á Bailly á dimitir sus funciones de general y de *maire* (alcalde), no quedando entonces en el poder ninguno de los hombres que hicieron el juramento del juego de pelota (1).

(1) La guardia nacional de Paris fué reorganizada, y solo fueron admitidos en ella los ciudadanos activos; formó seis legiones de diez batallones cada una, y no aboliose el cargo de comandante general; sus funciones eran ejercidas sucesivamente y durante un mes por los jefes de légion.

Terminada la constitucion, fué presentada al rey quien la aceptó sin pérdida de momento: «Me obligo, dijo, á mantenerla en el interior, á defenderla contra los ataques exteriores, y á procurar su ejecucion por cuantos medios pone en mis manos. Declaro que sabedor de la adhesion que ha merecido á la gran mayoría del pueblo, renuncio á la cooperacion que en semejante trabajo habia yo reclamado, y que, siendo solo responsable ante la nacion, nadie despues de mi renuncia tiene derecho á quejarse.» Dirigióse en seguida á la asamblea y prestó juramento á la constitucion (14 de setiembre de 1791); terminado el acto, y despues que á propuesta de Lafáyyete, se hubo decretado una amnistía general para todos los crímenes y delitos políticos, el presidente declaró que «la asamblea nacional constituyente habia dado cima á su mision,» (30 de setiembre).

SECCION II.

Asamblea legislativa 1.º de octubre de 1791. — 20 de setiembre de 1792.

CAPÍTULO PRIMERO.

Declaracion de guerra.—Jornada del 20 de junio.—Insurreccion del 10 de agosto.—Desde 1.º de octubre de 1791 hasta 10 de agosto de 1792.

§. I.—*La asamblea legislativa no es mas que una transición entre la monarquía constitucional y la república.*—Una general alegría saludó el término de la interinidad, y una era nueva de orden, de libertad y de dicha parecia abrirse para la Francia, en cuanto se hubiera dicho que la constitucion reunia todos los votos y las opiniones todas. Obra del partido de Lafáyyete y de Barnave, es decir de la guardia nacional y de la clase media, tenia en su favor las clases que ocupan los cargos públicos y que poseian la fuerza; dominaba en la nueva asamblea donde el partido del antiguo régimen no tenia ni un solo representante, donde el partido que creó mas tarde la república no pensaba todavía con detenimiento en esta forma de gobierno; por fin era

sinceramente aceptada por Luis XVI, quien esperaba lograr su revision al aplacarse las pasiones populares, y la misma reina decia «que con firmeza, paciencia y tiempo no estaba todo perdido.» La constitucion parecia pues destinada á una prolongada vida, y esto no obstante apenas vivi6 un año, no siendo la asamblea que debia ponerla en ejecucion mas que una transición entre la monarquía constitucional y la república. Esto era efecto, y no nos cansaremos de repetirlo, de que la revolucion era menos política que social; de que la constitucion solo pretendia poner fin á la revolucion política, y de que la revolucion social se hallaba aun á la mitad de su camino, puesto que las antiguas clases privilegiadas, aunque pobres y abatidas, rebozaban de resentimiento y procuraban reconquistar su poder; puesto que el pueblo, cuya ambicion se habia despertado con la algazara de sus triunfos, no creía su victoria completa mientras quedase algo á sus enemigos, mientras que no recibiese una parte, como la clase media, del botin de la campaña. La constitucion se encontró pues colocada entre los que habian perdido y trataban de recobrar, y los que habian ganado y pretendian invadir aun, pidiendo á los unos que cedieran algo, mandando á los otros que pusiesen freno á sus ilimitados deseos; sin embargo, expuesta á los golpes de ambos partidos á quienes impedia llegar á las manos, acabó por ser derribada, y pereció no por sus enormes vicios, sino en la lucha revolucionaria.

§. II.—*Composición de la asamblea.—Situación de los realistas en el interior y en el exterior.—Decretos contra los emigrados y los sacerdotes refractarios.—El rey niega su sancion.—La asamblea legislativa se componia de setecientos cuarenta y cinco diputados, casi todos elegidos entre la clase media y adictos á la revolucion; los de la derecha y del extremo derecho se llamaban generalmente fuldenses, y los de la izquierda y del extremo izquierdo jacobinos. Formaban la derecha los constitucionales, los que, apoyados en la guardia nacional y en las autoridades departamentales, cifraban en la constitucion la revolucion entera, y creian aquella suficiente para salvar á esta: representantes de la clase media, deseaban un triunfo aliándose con los antiguos privilegiados y apartando al pueblo del poder. Sus miembros mas notables eran Mathieu, Dumas, Girardin, Lemontey, Ramond, Pastoret, etc., y*

su hombre de estado fuera de la asamblea, Lafayette. El extremo derecho se distinguia de la derecha por su mayor adhesion al rey y sus relaciones con la corte, pero queria tambien la constitucion á pesar de los muchos defectos que en ella veia. La izquierda se componia de hombres resueltos á salvar la revolucion, aun á costa del código fundamental, y que debian por lo tanto ser arrastrados hasta la república; sin unidad de miras, sin formar un partido compacto, aspiraban al triunfo de la clase media aliándose con el pueblo contra las clases privilegiadas. Sus miembros mas notables eran Vergniaud, Guadet y Gensonne, oradores entusiastas y vehementes, diputados por la Gironda, de donde tomó el partido el nombre de *Girondinos*; Brissot, fecundo publicista, y Condorcet filósofo de ideas superiores; su hombre político fuera de la asamblea era Petion, republicano frio y solapado que gozaba de grande popularidad. En el extremo izquierdo, y ocupando en corto número las gradas superiores de la asamblea, lo que hizo dar á este partido el nombre de *Montaña*, encontrábanse los representantes de la multitud y de los *clubs*, como Bazire, Chabot y Merlin de Thionville, auxiliares de los Girondinos para salvar la revolucion, pero deseando salvarla únicamente en beneficio del pueblo. Sus hombres políticos fuera de la asamblea eran Robespierre, que dominaba á los jacobinos por su rigorismo dogmático y su reputacion de integridad, y Danton, apellidado el Mirabeau del populacho, hombre de accion y de audacia, que disponia del *club* de los franciscanos. El centro de la asamblea no poseia las virtudes ni las luces del centro de la asamblea constituyente; su moderacion se achacaba á miedo y votó casi siempre con la izquierda.

Compuesta así la asamblea, vemos que los dos partidos extremos que se proclamaban enemigos de la constitucion, es decir, los realistas y los republicanos, contaban con muy pocos representantes, de modo que el partido del antiguo régimen, desprovisto de todo medio de accion legal, no podia llegar á la victoria sino por sendas ilegítimas, es decir, por la guerra civil y la guerra extranjera.

Su sistema en el interior era causar el mal para producir el restablecimiento del bien; confundia en un mismo odio á los miembros todos de la asamblea, y no hacia distincion alguna en-

tre Lafayette, Petion y Robespierre. Sin embargo, pensaba, como llegado el día del triunfo le sería preciso contar con los Fuldenses y no con los Jacobinos, procuraba debilitar á los primeros y robustecer á los segundos, y esto explica la oposicion de la corte al nombramiento de Lafayette para la alcaldía *mairie* de París, y el triunfo de Petion. «Lafayette, decia la reina, pretende ser *maire* de París para ser *maire* de palacio.» El ex-general de los guardias nacionales quedó, pues, postergado, con grande alegría por parte de los Jacobinos que veian en él á un segundo Cromwell; el nombramiento de Petion entregó París á los Girondinos y Petion se valió pérfidamente de su cargo para derribar la constitucion y el trono.

Los realistas parecian dominados en todos sus actos por la misma ceguedad: asalariaban periódicos, pagaban oradores y aplaudidores en los *clubs*, y trataban de comprar á algunos jefes populares, á Danton por ejemplo; mas sus gestiones de nada servian, y solo contaban con un medio eficaz para entorpecer la marcha de la revolucion, las turbulencias religiosas. «Los párrocos y sobre todo los obispos, dice Ferrières, empleaban todos los recursos del fanatismo para sublevar al pueblo de las aldeas y de las ciudades contra la constitucion civil del clero. Repartíanse instrucciones dirigidas al pueblo, y en ellas se decia que no podian recibirse los sacramentos de los sacerdotes intrusos, bajo pena de pecado mortal; que los casados por dichos sacerdotes no eran tales casados.... Estos escritos produjeron el efecto que de ellos esperaban los obispos, y en todas partes estallaron desórdenes.» En el Gevaudan, en el Poitou, en la Bretaña, país donde la clase media era poco numerosa, en las pequeñas ciudades, en los territorios dependientes de la nobleza, los campesinos cometieron toda clase de violencias contra los sacerdotes y les arrojaron de sus iglesias. Desde aquel momento fué inminente la guerra civil.

En el exterior era aun mas hostil y amenazadora la conducta de los realistas. Leopoldo y Federico al saber que Luis XVI habia aceptado la constitucion, permanecieron inmóviles y hasta protestaron sus pacíficas intenciones; la Inglaterra parecia resuelta á permanecer neutral, y solo la España, la Suecia y la Rusia manifestaron una malevolencia muy poco temible. Esto

no obstante, los emigrados no cesaban en sus aprestos de guerra; los hermanos del rey habían protestado contra la aceptación de la constitucion, aumentando su protesta la emigracion, y los periódicos realistas hablaban jactanciosamente de los dos mil oficiales que habían abandonado el ejército, de los quince mil nobles reunidos en Coblentza, y de los cuatrocientos mil extranjeros que se hallaban dispuestos para sostenerles.

Luis deseaba con ardor «el regreso de los emigrados que habría hecho revivir el partido realista enteramente desorganizado;» conocia todo el peligro de sus bravatas, y veia al pueblo lleno de desconfianza, á los periódicos, á los clubs que hablaban ya de traicion, y á la asamblea próxima á ser arrastrada á rigurosas leyes, que estaba resuelto de antemano á no sancionar. En su consecuencia dirigió una proclama á los refugiados de Coblentza (14 de octubre de 1791), manifestándoles, haberse adherido libre y sinceramente á la constitucion, y excitándoles á volver á Francia; mas sus palabras no fueron atendidas por los emigrados que consideraban como forzados los actos del rey. Los príncipes habían dicho á Luis: «Si se nos habla de parte de esa gente (la asamblea) nada escucharemos; si se nos habla de la vuestra, escucharemos pero, proseguiremos nuestro camino; así pues, si pretenden que nos digais algo, hacedlo sin reparo alguno (1).»

Expuesta á las tramas realistas del interior, y del exterior, la asamblea debió dar principio á la obra que le legara la asamblea constituyente, es decir, preparar la guerra; y para ello, tomó resueltamente una actitud del todo revolucionaria abandonando las vias constituyentes, que le parecian insuficientes, mientras que por otra parte, viendo al rey rodeado de clérigos refractarios é infundiéndole sospechas su correspondencia secreta con Coblentza (2), quiso saber lo que de él debía esperar ó temer en la lucha que se preparaba. Ocupóse primeramente del exterior, y decretó (9 de noviembre): 1.º que el conde de Provenza debía volver al reino antes de dos meses bajo pena de perder su derecho eventual á la regencia; 2.º que los Franceses reunidos en la otra parte del Rhin eran sospechosos de conjuracion; que en caso de

(1) Documentos del armario de hierro.

(2) Mem. de la señora Campan, t. II p. 472.

encontrarse reunidos aun en 1.^o de enero próximo, serian perseguidos como culpables y castigados con la muerte, y que las rentas de los contumaces debian ser percibidas en beneficio de la nacion, sin perjuicio de los derechos de las mujeres y los hijos.

El rey sancionó el primer decreto y opuso su *veto* sobre el segundo, al mismo tiempo que para atenuar el efecto de su proceder, dirigió una nueva proclama á los emigrados, excitándoles á acallar la desconfianza que su conducta inspiraba, regresando á sus hogares, probándoles con su *veto* la libertad en que se encontraba, y amenazándoles con severas medidas; pero sus palabras no satisficieron á los emigrados que continuaron sus reuniones, ni al pueblo que dedujo de todo ello ser imposible al rey el no hacer causa comun con los enemigos de la revolucion.» Al negarse á sancionar el decreto contra los emigrados, dijo Camilo Desmoulins, el rey sanciona sus criminales proyectos.... Dentro de poco la nacion se encontrará entre la necesidad de dejarse acuchillar y la de desobedecer, es decir, entre la servidumbre y la insurrección.... La pretendida sinceridad del rey no es mas que una irrisión.»

La asamblea se mostró muy irritada al tener noticia del *veto* real; pero, persistiendo en la senda que seguia, trató de librarse de la guerra civil por medio de medidas extra-legales contra los clérigos refractarios. Mas imbuida aun que la asamblea anterior en las ideas volterianas, no podia detenerla consideracion religiosa alguna; los Girondinos decian en alta voz: «Nuestro Dios es la ley; no conocemos otro alguno.» En 29 de noviembre decretó: Que los clérigos no juramentados están privados de la pension que se les habia concedido en indemnizacion de sus bienes vendidos; que no podian ejercer el culto ni aun en cosas particulares, y que, declarados sospechosos de rebelion, quedaban sujetos á la vigilancia de las autoridades. Si ocurrían desórdenes en el pueblo habitado por un refractario, este podia ser cambiado de domicilio por las autoridades departamentales, las cuales debian enviar á la asamblea la lista de los sacerdotes no juramentados.

Estas inicuas medidas equivalian á una persecucion; el partido constitucional en masa se sublevó contra ella; el directorio

de París suplicó al rey que impidiese su ejecucion, y Luis opuso su *veto* diciendo: «Antes me quitarán la vida que sancionar semejante decreto.» Al oponerse á disposiciones que violaban los principios todos de la constitucion, el rey se encontraba dentro de la ley, pero no dentro de la revolucion: un *veto* sobre los emigrados y los clérigos producía, por decirlo así, la guerra extranjera y la guerra civil, y desde entonces quedaron rotos todos los lazos entre él y el pueblo. Lo que le faltaba no era la fuerza legal, era la fuerza de opinion. Su poder, por muy limitado que fuese, habria bastado quizás en los tiempos ordinarios; pero la situacion era de tal modo revolucionaria, que al hacer un legítimo uso de su prerogativa, pasaba plaza de traidor. El pueblo se cuidaba muy poco de si eran constitucionales ó no las medidas propuestas; era para los realistas lo mismo que le hemos visto para los protestantes en el siglo XVI, y dominado por la desconfianza y el furor, pretendía humillar á sus enemigos creyendo bueno y justo cuanto se intentase contra ellos, acusando de traicion al poder que no participase de todas sus pasiones. Para obtener su confianza, hubiera sido preciso mostrarse tan revolucionario como él, anticiparse á sus deseos, satisfacer sus rencores; y como Luis XVI, desde el principio de su reinado siempre habia cedido á las exigencias populares con repugnancia y con temor, se encontraba siempre inferior á estas exigencias, resultando de aquí que cuanto mas perdía, mas estaba obligado á perder. Aun entonces resignado con la posicion que se le habia señalado, creía cumplir su deber no traspasando los límites de la constitucion; mas el pueblo exigía pasion y no resignacion, y además tampoco le era dable apreciar aquella resignacion sincera: acordábase del viaje á Varennes; espantábase al ver la revolucion en manos de un hombre que era el enemigo natural de ella, y temía las armas que se habian confiado al rey contra la nacion como el *veto*, la iniciativa de la guerra, los 30 millones etc.

§ III.—*Aprestos de guerra.—Ministerio girondino.—Declaracion de guerra.*—En esto los soberanos extranjeros, excitados, ya por la lucha del rey y de la asamblea, ya por las instancias de la corte, habian vuelto á sus hostiles proyectos: los embajadores franceses eran por todas partes maltratados, y los viajeros fran-

ceses proscritos; el Austria, la Prusia y el Piamonte reclutaban tropas; la España y la Rusia amenazaban, y el rey de Suecia, orgulloso con la victoria que había reportado contra la nobleza, pretendía guiar la cruzada de los reyes contra la revolución francesa. La desconfianza de los patriotas contra el poder ejecutivo se avivó y Luis XVI trató de tranquilizarles participando (20 de diciembre) á los electores de Tréveris y de Maguncia que si no impedían las conspiraciones de los emigrados, serian tenidos por enemigos de la Francia; escribió además al emperador para que interpusiera su autoridad cerca de ambos príncipes, y finalmente declaró á la asamblea que en caso de no obtener satisfaccion no le quedaria mas recurso que proponer la guerra. Los electores no dispersaron las reuniones; la dieta de Ratisbona pidió la reintegracion de los príncipes, y el emperador manifestó que sostendria á los electores en caso de ser atacados, lo cual movió á Luis á decir á la asamblea que si en 15 de enero no habian sido dispersadas las reuniones, emplearia la fuerza de las armas. La asamblea aplaudió semejante lenguaje; decretó la acusacion de los hermanos del rey y del príncipe de Condé, y privó al conde de Provenza de sus derechos á la regencia. Formáronse tres ejércitos bajo el mando de Luckner, Lafayette y Rochambeau, los únicos generales que no habian emigrado; Rochambeau tenia cuarenta y ocho mil hombres desde Dunkerque á Philippeville; Lafayette, cincuenta y dos mil desde Philippeville á Lauterburgo, y Luckner, cuarenta y dos mil desde Lauterburgo á Basilea. Un cuarto ejército mandado por Montesquiou, debia observar los Alpes. Las tropas empero, se hallaban desorganizadas y sin disciplina, los oficiales mal dispuestos, las plazas desarmadas, los arsenales vacíos; mas esto no impidió que se hiciesen con gran ardor y con alguna confusion inmensos preparativos; la guerra fué el pensamiento universal, y pedíanlo así los fuldenses para que diese algun crédito al gobierno, como los girondinos para que la revolucion encontrara en ella un desenlace. Solo los montañeses la condenaban, porque, preocupados con las turbulencias interiores, desconfiaban de una guerra propuesta por Luis XVI, preparada por los fuldenses y dirigida por Lafayette.

Las hostilidades eran inminentes, y en tanto el rey, única mi-

ra de los planes del extranjero, no habia recobrado la confianza popular: sus demostraciones de ardor y celo eran miradas como péfidos lazos; sus dos *vetos* habian dejado á la revolucion indefensa contra sus enemigos; sus ministros eran acusados de sor-das intrigas contra la constitucion ó de connivencia con los ex-tranjeros. Solo uno poseia la confianza de la asamblea, el jóven Narbonne, elevado por los fuldenses al ministerio de la guerra, y activo reorganizador del ejército; pero este no era amado por el rey, quien se veia por su causa dominado por los consti-tucionales é impulsado hácia la guerra. Imposible era, pues, á la asamblea el abandonar la direccion de las operaciones á un go-bierno sospechoso de traicion, y los girondinos que deseaban invadir el ministerio para vigilar, dominar y encadenar al rey, y salvar así legalmente la revolucion, hacian cruda guerra á Bertrand de Molleville, ministro de marina, y á Delessart, mi-nistro de negocios extranjeros, de los cuales se decia haber pro-movido la coalicion para asustar á la Francia, y apoyaban á Narbonne, que se encontraba en pugna con ambos ministros. Narbonne fué destituido, y los jirondinos acusaron de traicion á Bertrand y á Delessart. El primero era el hombre de confianza de la reina, y trataba sagazmente de llevar á cabo la contra-re-volucion en el interior, haciendo la constitucion impracticable, cuando la asamblea le declaró sospechoso para la nacion. El se-gundo se hallaba en correspondencia con los emigrados, y de acuerdo con el príncipe de Kaunitz, habia determinado las con-testaciones del emperador; convicto de haber « profesado doctri-nas inconstitucionales en sus relaciones con los extranjeros, » fué citado ante el supremo tribunal de Orleans instituido recien-temente para conocer de los crímenes de lesa-nacion (10 de mar-zo de 1792). Los demás ministros presentaron sus dimisiones.

El rey asustado al ver semejante ataque, resolvió aliarse con los dominadores de la asamblea, y nombró su ministerio entre los miembros de la izquierda (24 de marzo): confió la guerra á Servan, la hacienda á Claviere y el interior á Roland, tres jiron-dinos decididos, principalmente el último, hombre instruido, austero, resuelto, á quien gobernaba una mujer de talento, bella, ardiente, alma de la jironda, que comunicaba á este partido su entusiasmo filosófico y republicano. Los demás ministros fue-

ron: Duranthon de justicia, Lacoste de marina y el general Dumouriez de negocios extranjeros. Este último, dotado de genio político y militar, de vasta ambicion y de un talento de primer orden, era aun á la edad de cincuenta años un aventurero que habia pasado su vida entre intrigas diplomáticas; odiado de los fuldenses, unido con la jironda, amado de los jacobinos, fué el hombre importante del gabinete, y Luis se aficionó á él por su carácter, su ingenio, su audacia, su sangre fria, sus recursos infinitos, y finalmente por haberle convencido de que solo aspiraba á la popularidad para salvar el trono.

Con un ministerio semejante la guerra se hacia inevitable, y la diplomacia francesa tomó, en boca de Dumouriez, su lenguaje firme y enérgico. El Austria habia enviado cuarenta mil hombres á los Países Bajos, veinte mil al Rhin, y acababa de firmar un tratado de alianza con la Prusia «para poner fin á las turbulencias de Francia;» en este tiempo murió Leopoldo, cuyo genio pacífico se prestaba con repugnancia á tales aprestos belicosos, y su sobrino Francisco tomó el título de rey de Bohemia y de Hungría, mientras esperaba su eleccion al imperio (1º de marzo de 1792). Este, jóven y dispuesto para la guerra, contestó á las insinuaciones de Dumouriez pidiendo la restauracion de la monarquía francesa segun las bases del manifiesto de 23 de junio, el restablecimiento de las órdenes religiosas, la restitution de los bienes del clero etc., pretensiones que equivalian á una declaracion de guerra y que llenaron á la Francia de indignacion. El rey se dirigió á la asamblea con todos sus ministros, y despues de exponer Dumouriez la marcha y los resultados de las negociaciones propuso «conforme con la constitucion, la guerra contra el rey de Boemia y de Hungría» (20 de abril). Esta proposicion fué recibida con grandes gritos de: ¡ Viva el rey ! y debatida profundamente, decretóse la guerra. Entonces empezó la guerra de los veinte y cinco años, la mas solemne de la historia.

§. IV.—*Receses del ejército francés.—Decretos contra los clérigos y para el establecimiento de un campamento de confederados.—Caída del ministerio girondino.*—A pesar de las repetidas amenazas de las potencias extranjeras, solo el Austria se hallaba dispuesta á dar principio á las hostilidades: la Prusia y el Piamonte pre-

paraban sus armas, pero la España y la Rusia permanecían inmóviles, y acababa de ser asesinado el ardiente é impetuoso rey de Suecia. La Francia que había admirado á la Europa con su declaracion de guerra, resolvió sorprenderla con una invasion, y Dumouriez concibió el plan de conquistar la Bélgica, siempre descontenta bajo la dominacion austriaca. Segun sus órdenes, tres columnas de Rochambeau se dirigieron contra Furnes, Tournay y Mons, mientras que Lafayette marchaba desde Stenay hácia Namur. La columna que avanzaba contra Tournay (28 de abril), compuesta de cuatro mil hombres y mandada por Dillon, se desbandó al ver al enemigo, gritando: «Estamos vendidos!» y, abandonando su artillería, dió muerte á su general y volvió á Lille. La columna que marchaba contra Mons mandada por Biron y compuesta de diez mil hombres, trabó un combate cerca de Jemape: contra seis mil austriacos, pero desde los primeros tiros se dispersó gritando: traicion. Al saber estas noticias, la division que se dirigia á Furnes y el ejército de Lafayette suspendieron su marcha.

Estos primeros reveses, en los que la traicion parece cierta sin haberse probado, llenaron de alegría á los emigrados, quienes creyeron ya realizadas todas sus esperanzas. Sin embargo, los austriacos no se aprovecharon de sus ventajas; sus generales cometieron falta sobre falta, y permanecieron en la defensiva esperando la llegada de los prusianos. En tanto iba aumentando la indisciplina de los franceses; Rochambeau presentó su dimision, y los tres ejércitos quedaron reducidos á dos: el del Norte, bajo el mando de Lafayette desde Dunkerque al Mosella; y el del Este, á las órdenes de Luckner, desde el Mosella al Jura. Luckner, que solo era un buen oficial de húsares, manifestó grande incapacidad; Lafayette se ocupaba mas de los sucesos interiores que del enemigo, y durante tres meses las hostilidades quedaron reducidas á escaramuzas insignificantes.

Las derrotas de Tournay y de Mons sembraron la consternacion en Francia y aumentaron la irritacion y desconfianza populares. Los jacobinos que veian justificados sus temores, hicieron cada dia mas violentos; Marat, que no cesaba hacia tres años de pedir «de quinientas á seiscientas cabezas para asegurar el reposo y la felicidad de la Francia.» Marat, desde el fondo

de los subterráneos donde burlaba las pesquisas de la autoridad pública, renovó sus feroces consejos: «Lo primero que ha de hacer el ejército, decía, es dar muerte á sus generales.» Y semejantes palabras eran escuchadas sin horror, porque la idea de traición dominaba todos los demás sentimientos, porque todos veían tramas y conspiraciones á su alrededor. Esto hacia igualmente que hubiese un innoble furor de delaciones, que los periódicos denunciasen sin cesar los mas insignificantes actos de la corte, los desórdenes excitados por los sacerdotes refractarios; la *junta austriaca* presidida por la reina, la guardia constitucional del rey compuesta de realistas, y aumentada desde mil ochocientos hombres á seis mil; que el pueblo, aterrorizado y colérico, empezase á querer gobernar, para no ser vendido por la corte, ni por la asamblea, ni por la guarda nacional; y entonces fué cuando por consejo de los jacobinos, se formó en cuadrillas armadas con picas, cuidando Petión de regularizar este armamento. Su gorro rojo de lana se convirtió en enseña de la libertad, y fué llevado por los patriotas, y envaneciése con el nombre de *sans-culotte* (sin calzones) que le dieran los realistas, haciéndose tan vergonzoso nombre sinónimo de revolucionario.

La asamblea fué arrastrada á otras violentas medidas para calmar la revolucion, y, declarándose permanente, decretó: 1.º que los directorios de los departamentos quedaban autorizados para deportar á los clérigos refractarios en virtud de la simple denuncia de veinte ciudadanos (27 de mayo); 2.º que la guardia constitucional del rey fuese licenciada para ser reorganizada cuanto antes, debiendo su jefe, Brissac, ser procesado por el alto tribunal de Orleans (29 de mayo); 3.º que con motivo de la fiesta del 14 de julio se formase en París un campamento de veinte mil confederados de los departamentos, destinado á defender la capital contra la invasion extranjera (8 de junio). La última medida habia sido propuesta por Servan, sin conocimiento de sus cólegas, y tenia por objeto proporcionar á los girondinos, contra el poder real y la guardia nacional de París, un ejército compuesto de los revolucionarios mas exaltados de Francia. «Era un ejército de veinte mil bandidos, decía la reina, destinado á gobernar á París.» El rey dió su sancion al segundo decreto si bien se negó á reorganizar su guardia, y hallábase resuelto

á rechazar los dos restantes, pudiéndose creer apoyado por la opinion pública al ver reprobado el decreto por una exposicion de ocho mil guardias nacionales y por una parte de su ministerio.

Entonces los girondinos resolvieron obtener una explicacion definitiva, y Roland escribió al rey una carta dura y hasta insolente (10 de junio), que resumia claramente la situacion de Luis XVI respecto de la revolucion:.... «V. M. gozaba de grandes prerogativas que creia pertenecientes á la monarquía, y educado en la idea de conservarlas, V. M. ha debido con sentimiento verse despojado de ellas; el deseo de reconquistarlas es tan natural como el pesar de haberlas visto desaparecer. Tales sentimientos han entrado en los cálculos de los enemigos de la revolucion, quienes han contado con un favor secreto hasta el dia en que permitan las circunstancias una proteccion declarada, al mismo tiempo que la nacion, que debia apreciar semejantes disposiciones, sentia nacer viva desconfianza. V. M. se ha encontrado pues en la constante alternativa de ceder ante sus afectos particulares, y por consiguiente de favorecer á los rebeldes alarmando á la nacion, ó de tranquilizar á esta uniéndose con ella. Todo tiene un término y el de la vacilacion ha llegado ya.... La declaracion de derechos se ha convertido en un evangelio político, y la constitucion francesa en una religion por la cual se halla el pueblo dispuesto á dar la vida.... Los sentimientos todos han tomado la voz de la pasion.... La fermentacion es extremada, y estallará de un modo terrible á menos que la calme una razonable confianza en las intenciones de V. M. Advierta, empero, V. M., que semejante confianza no puede ya inspirarse por medio de protestas; su única base deben ser los hechos... Ya no es tiempo de retroceder ni tampoco contemporizar; la revolucion se ha verificado en los ánimos de todos; terminará aun á costa de sangre, y se cimentará entre cadáveres si la prudencia no evita los males que todavía es posible evitar... Siga V. M. en su vacilacion, y el pueblo entristecido creerá ver en su rey al enemigo y cómplice de los conspiradores.»

Esta carta decidió el rompimiento; el rey destituyó á Roland, Claviere y Servan (12 de junio), siguiendo en esto el parecer de Dumouriez que veía aun medios de salvacion, con tal de que los

dos decretos fuesen sancionados. Luis se negó á ello declarando «que habia tomado su resolucion y que nada podria apartarle de ella;» Dumouriez presentó su dimision, y entonces el infeliz rey cayó en una postracion muy semejante á la estupidez y desesperó de su salvacion. Las lágrimas de la reina pudieron únicamente hacerle volver en sí; «su esposa le dijo que si era preciso morir debian hacerlo con honor, y sin esperar á que les ahogasen á ambos en su habitacion (1).» Luis llamó al ministerio á Lajard, á Chambonas y á Ferrier-Monciel, hombres desconocidos, pertenecientes al partido fuldense, y adictos al rey, que creian ciegamente en la constitucion sin comprender lo mas mínimo la situacion revolucionaria ni los peligros exteriores de la Francia (2). Semejantes nombramientos parecian indicar que Luis no esperaba salir de su posicion por las vias constitucionales; y en efecto, envió á los emigrados y coaligados á Mallet-Dupan, encargado de instrucciones secretas, en las cuales manifestaba á los soberanos de Austria y de Prusia la necesidad de publicar un manifiesto, declarando que hacian la guerra no á la nacion, pero sí á una afecion, que tomaban la defensa de los gobiernos legítimos contra la anarquía, que no abrigaban idea alguna de desmembracion, que á nadie impondrian leyes; pero que harian responsables á la Asamblea y á las autoridades todas de los atentados que se cometiesen contra la persona del rey.

§. V.—*Esfuerzos del partido constitucional.—Carta de Lafayette á la asamblea.*—La destitucion de los ministros girondinos habian causado profunda sensacion; los jacobinos veian en ella la señal de la contra-revolucion; la asamblea declaró que los tres ministros habian merecido bien de la patria, y envió la carta de Roland á los ochenta y tres departamentos. Los girondinos trataron entonces de recobrar el poder asustando al rey por medio de la multitud, al mismo tiempo que los fuldenses quisieron salvar el trono uniendo entre sí las varias fracciones

(1) La señora Campan, t. II, p. 205.

(2) «Eran tan conocidas nuestras opiniones antes de nuestro nombramiento, que la asamblea nos dispensó muy mala acogida, el pueblo nos insultó, y varios, diputados nos dirigieron los mas groseros ultrajes.» (Mem. manuscritas del general Lajard.)

del partido constitucional: Lally, Malouet, Duport, Barnave y Lafayette se pusieron de acuerdo, pero no encontraron apoyo. La corte les negó toda confianza; la guardia nacional se hallaba cansada y desorganizada; la asamblea se veía dominada por la gironda; finalmente, carecía su partido de la unidad de miras que tanta fuerza comunicaba á sus adversarios, y si Lally daba la mano á Lafayette hacía-lo con notable disgusto. Lafayette era sin embargo la cabeza y el alma de los constitucionales; su ejército parecía su único recurso, y vigilado, temido y detestado por los girondinos y los montañeses, veíase convertido, ya en un Cromwell, ya en un Monk. Obsérvese, empero, que Lafayette, animoso, leal y recto, carecía de génio político, que, harto amante de los aplausos, era otro hombre al combatir las pasiones populares; y esto no obstante, no vaciló, con mas ardor que prudencia, en declarar la guerra á los jacobinos, escribiendo á la asamblea (18 de junio de 1792):... «Esta faccion ha sido causa de todos los desórdenes, y de ello la acuso abiertamente! Organizada como un imperio á parte, ciegamente dirigida por algunos jefes ambiciosos, esa secta constituye una corporacion distinta en medio del pueblo francés, cuyos poderes usurpa subyugando á sus representantes y mandatarios... Para que nosotros, soldados de la libertad, combatamos con eficacia y muramos con fruto por ella, es preciso que el régimen de los *clubs*, destruido por vosotros, sea instituido por el imperio de las leyes, sus usurpaciones por el firme é independiente ejercicio de las autoridades constituidas, sus máximas desorganizadoras por los principios de la libertad, su delirante furor por el tranquilo y constante valor de una nacion que conoce y defiende sus derechos...»

Esta carta ó sea manifiesto de los constitucionales solo puede calificarse de animosa torpeza, por cuanto hizo perder á Lafayette el resto de su popularidad, y colocó á su partido, á los ojos de la multitud, en una declarada posicion de enemigo de la libertad. En tiempos de revolucion, la moderacion se presenta mas que como un contra sentido, como perfidia y traicion, y bastaba que los fuldenses y los emigrados invocasen igualmente la salvacion del rey, para que aquellos se hiciesen para el pueblo tan odiosos como astos. Cuanto mas revolucionaria era la situacion, menos probabilidades tenia de triunfo la posicion estrictamente

constitucional de los fuldenses; en cuanto á los emigrados eran una misma cosa con los jacobinos, y el pueblo les confundia con los extranjeros; pretendian salvar el trono, y la corte no tenia en ellos confianza alguna; deseaban salvar la constitucion, y el pueblo les consideraba traidores. Los fuldenses debian necesariamente ser víctimas; y fuéronlo de los jacobinos como lo habrian sido de los emigrados.

§. VI.—*Insurreccion del 20 de junio.*—La carta de Lafayette decidió á los jacobinos á obtener por medio de una insurreccion la sancion de los decretos y la reintegracion de los ministros patriotas. En realidad el pueblo carecia de jefes, y solo le impulsaba su instinto revolucionario, pero ponía á su frente á hombres que si bien muy medianos, participaban de todas sus pasiones, y no retrocedian ante exceso alguno cuando se trataba de combatir con los aristócratas. Eran estos hombres el cervecero Santerre, que dominaba el arrabal de San Antonio; Alejandro, comandante de un batallon del arrabal de San Marcelo; el carnicero Legendre; el platero Rossignol, Fournier, Panis, Sergent etc., quienes comunicaban con los jefes del partido popular en los *clubs*, en la asamblea, en la municipalidad, con Robespierre, Chabot, Petion etc. En virtud de un consejo, resolvieron hacer marchar á la multitud armada hácia la asamblea y el palacio, bajo el pretexto de presentar peticiones, y de celebrar el aniversario del juramento del Juego de Pelota, dirigiendo para ello una solicitud á la municipalidad, la cual tuvo á bien no acceder á ella. Esto no obstante, continuaron los preparativos, y Santerre declaró que «nadie bastaria para hacer desistir de su propósito á los habitantes de los arrabales.—La guardia nacional, decia á los operarios, estará desprevenida y M. Petion estará allí.» El directorio del parlamento invitó al *maire* á dispersar los grupos por medio de la fuerza; mas Petion se limitó á ordenar al comandante general que reforzase las guardias y mantener en sus puestos á los seis batallones de los dos arrabales, diciendo al mismo tiempo al directorio: «Segun se conduce el poder ejecutivo no seria de extrañar que la indignacion pública se manifestase por medio de desagradables acontecimientos.» En efecto, los batallones de los arrabales, con sus cañones, y seguidos por la multitud armada de picas, despreciaron los mandatos

de la municipalidad; pusiéronse en marcha por la calle de San Honorato, y llegaron delante del Picadero, mientras que en la asamblea reinaba profunda agitacion. Roderer, procurador-sindico del departamento (1) pidió que se ejecutasen las leyes contra las reuniones armadas: «No renovemos la escena del campo de Marte,» dijo Vergniaud; y la asamblea que tantas veces habia tolerado que se presentasen á ella peticionarios armados, admitió á la multitud que se agolpaba á sus puertas. «El pueblo está alerta, dijo el orador de la multitud, y pronto á emplear grandes medios para vengar su majestad ultrajada... Tiempo es ya de poner en ejecucion el artículo segundo de la declaracion de los derechos... Pedimos que penetreis la causa de la inaccion de nuestros ejércitos, y en caso de derivar del poder ejecutivo, que sea este aniquilado.»

Luego los peticionarios, en número de veinte ó treinta mil, desfilaron por la sala; veíanse primeramente mujeres y niños llevando las tablas de la declaracion de los derechos sostenidas por ramas de álamo; en seguida á operarios medio desnudos, armados con fusiles, picas ó palos y llevando por estandartes calzones hechos jirones, cerrando la marcha algunos batallones de la guardia nacional. La turba cantaba, bailaba y hacía resonar la sala con los gritos de: Viva la nacion! vivan los *Sans-Culottes!* mueran los clérigos! abajo el *vetol!* al farol los aristócratas!» Los aplausos de las tribunas, los aullidos del pueblo, los cánticos patrióticos, los confusos rumores, el silencio lleno de ansiedad de la asamblea, formaban una extraña y aflictiva escena aun para los diputados que veian un auxiliar en la multitud. Ay! ¿porque en los tiempos de discordia nunca debe bastar la razon? ¿Porque los que eran llamados los bárbaros disciplinados del Norte obligaban á sus adversarios á invocar el auxilio de los otros bárbaros indisciplinados, ya alegres, ya feroces, que pululan en el seno de las ciudades, encharcados y corrompidos bajo la mas brillante civilizacion(2)?»

Al evacuar la sala, la muchedumbre siguió el patio de los Ful-

(1) El procurado sindico era el primer magistrado del departamento y una especie de prefecto popular. Nombrábase por eleccion.

(2) Haërs, t. II, p. 135.

denses (1), y estando cerradas y custodiadas las puertas del jardín, debía volver á la calle de San Honorato atravesando el Picadero; sin embargo, forzada una de las verjas, continuó el desfile á lo largo de la fachada del palacio, ante el cual se hallaban formados diez batallones de la guardia nacional, encontrándose en el palacio, en los patios y en la plaza del Carrousel otros catorce batallones. La multitud salió del jardín por la puerta del puente Real, siguió por el muelle, y se apiñó á las entradas de la plaza (2). La guardia se resistió, pero los oficiales municipales mandaron abrir las puertas, y el pueblo, invadiendo el Carrousel, se amontonó delante del patio Real. La guardia nacional resistió de nuevo; pero se presentó Santerre con una pieza de artillería, y dos oficiales municipales dispusieron que se abriera la puerta; entonces la multitud se precipitó en el patio, entró en el palacio y subió la escalera principal, llevando en brazos un cañón. «No encontraron obstáculo ni resistencia alguna en la entrada del palacio, ni en la de las habitaciones; no había ni un solo hombre que las defendiera, ni un guardia nacional en su puesto, ni una puerta cerrada y atrancada (3).

El rey se encontraba en su gabinete rodeado únicamente de sus ministros, de los oficiales de la guardia nacional y de algunos antiguos servidores: suplicáronle que se mostrase, y no vaciló en hacerlo. Los hachazos conmovían la puerta, y mandó abrirla en el mismo momento en que caía parte de ella: «Heme aquí!» dijo á aquellos furiosos que blandían sus armas, mientras que sus servidores le rodean para que no le estruje la muchedumbre, le llevan al hueco de una ventana, y le hacen subir

(1) El edificio del Picadero y el convento de los Fuldenses estaban situados en el lugar que ocupan las calles de Rivoli y de Castiglione, y tenían su entrada principal por la calle de San Honorato, frente la plaza de Vendôme; el espacio ocupado en el día por la calle de Rivoli hasta las Tullerías, comprendía el patio del Picadero, que tenía una entrada por la calle del Delfín, y que por la parte del patio de los Fuldenses se hallaba cerrado por medio de una pared, reemplazada actualmente por una reja.

(2) El Carrousel, menos espacioso que la plaza que en el día existe, estaba cortado por varias callejuelas. El espacio comprendido entre las verjas y el palacio se hallaba ocupado por tres patios rodeados de edificios; el del medio se llamaba patio Real.

(3) Roederer, Cron. de los cincuenta días.

á una mesa, dónde le protegen algunos guardias nacionales. «Abajo el *velo!* gritaba el pueblo; vuelvan los ministros! el decreto sobre los clérigos! el campamento de veinte mil hombres! ¡El carnicero Legendre logró por fin imponer silencio, y le dijo: «Señor..... Sí, señor! escuchadnos; vuestros deber es escucharnos... Sois un pérfido, nos habeis engañado siempre y nos engañais todavía; pero tened cuidado: la medida ha llegado á su colmo, y el pueblo está cansado de ser vuestro juguete.» Luego leyó una especie de peticion referente á los dos decretos. Luis, ante aquella asquerosa multitud que le injuriaba y le amenazaba con sus armas, mostró la mas noble entereza, y á los salvajes clamores contestó: «Harélo que la constitucion prescribe.» Presentáronle un gorro encarnado, y lo puso en su cabeza; ofreciéronle un vaso de vino, y lo bebió sin vacilar: el desgraciado rey, desprovisto del valor que induce á las grandes acciones, encontraba en su resignacion cristiana la fuerza pasiva que resiste á los ultrajes por medio de la inercia.

Sin embargo, el tumulto y el gentío iban en aumento, aunque «la masa general parecia haber sido arrastrada y extraviada ó impulsada por la curiosidad, y no desconocer el agravio que se hacia al rey violando su palacio.» Dos horas habia durado ya aquella horrible confusion, cuyo objeto ni término nadie acertaba á prever; la guardia nacional permanecia inmóvil ó se habia mezclado con el pueblo; algunas diputaciones de la asamblea no habian logrado hacerse escuchar, cuando por fin llegó el *maire*. Ciudadanos, gritó, acabais de exponer vuestros deseos al representante hereditario de la nacion; no podeis hacer mas. El rey luego que esté tranquilo y lo haya reflexionado, verá lo que debe hacer.» Los gritos y las amenazas empezaron otra vez con mayor furia... «Volved á vuestros hogares. Permaneciendo mas tiempo aquí, dariais motivo á los enemigos del bien público para desfigurar vuestras respetables intenciones. Marchad, habeis obrado con la altivez y dignidad de hombres libres.» Diose órden de abrir las habitaciones, y el pueblo empezó á desfilar con tumulto pero sin cólera, entre dos filas de guardias nacionales, saludando con respeto á la reina y á sus hijos, que se habian establecido en la sala del consejo para atraer la curiosidad popular y favorecer así el desfile. El rey se retiró en medio de un cuadro

formado por los diputados y los granaderos, y entró en su gabinete interior por una puerta secreta. El palacio no quedó enteramente evacuado hasta las diez de la noche.

§ VII.—*Infructuosa reaccion de los constitucionales.*—*Lafayette pide el castigo de los promovedores del 20 de junio.*—Esta abortada insurreccion estuvo muy próxima á perder á los girondinos y á realzar á la monarquía. El partido constitucional en masa, la mitad de la guardia nacional y setenta y seis directorios de departamento, se pronunciaron contra el 20 de junio; París dirigió al rey una exposicion cubierta con veinte mil firmas; el directorio del departamento ordenó la formacion de causa contra los autores de la insurreccion y contra Petion que le habia favorecido abiertamente, y por fin, Lafayette que se encargó de manifestar los sentimientos del ejército, resolvió marchar á París para reunir contra los jacobinos la corte y los constitucionales, y acabar con ellos por medio de la fuerza. Despues de tomar sus medidas contra el enemigo, partió, presentóse á la asamblea, reconoció su carta del 18, y manifestó la indignacion de su ejército por los delitos y las violencias del 20 de junio: « Pido á la asamblea, dijo, el pronto castigo de los instigadores de esa jornada, y la destruccion de una secta que invade la soberanía, que tiraniza á los ciudadanos, y cuyos debates públicos no dejan duda alguna sobre la atrocidad de los proyectos concebidos por aquellos que la dirigen. » Despues de vivas discusiones pasóse su proposicion á una comision; pero nada mas pudo obtener de la asamblea, y á duras penas pudo evitar el ser encausado por haber abandonado su ejército sin órden superior. Dirigióse á las Tullerías, pero recibiósele los cortesanos con injurias, el rey con frialdad, y la reina prohibió á los realistas que le secundasen. Esto no obstante, Lafayette reunió en su casa á cuantos ciudadanos de la guardia nacional le fué posible, y resolvióse reunirse aquella misma tarde en los Campos Eliseos. Apenas cien hombres acudieron á la cita; esto hizo aplazar la reunion para el dia siguiente, prometiendo marchar contra los jacobinos si llegaban al número de trescientos. Solo se reunieron treinta (1).» El dia siguiente volvió Lafayette á su ejército, transido de dolor, pero

(1) Toulangeon, t. I, p. 280.

no desalentado, y continuó ofreciendo al rey su adhesion y sus soldados, de acuerdo con Luckner, cuya pusilanimidad habia vencido. » Cuando me veo rodeado de hombres que andan diez leguas para jurarme que solo tienen confianza en mí, escribia á Lally; cuando me siento querido por todo mi ejército, en el cual no hacen mella alguna los esfuerzos jacobinos; cuando considero las muestras de aprobacion que reciben mis opiniones de todos los puntos del reino, no puedo convencerme de que todo esté perdido. » Sin embargo, sus ofertas fueron todas rechazadas. « El mejor consejo que puede darse á M. de Lafayette, contestó el rey, es que continúe sirviendo de espantajo á los facciosos cumpliendo como debe su cargo de general (1). » Esto era efecto de que la corte solo contaba con los extranjerios, la Prusia se habia declarado contra la Francia, lo mismo que el Piamonte; ochenta mil hombres mandados por el duque de Brunswick se reunian en Coblentza, y Luckner y la Fayette se mantenian en la defensiva, mas ocupados de los jacobinos que de los enemigos, con ejércitos desorganizados, á los cuales el gobierno no enviaba refuerzos. Los realistas no ocultaban su alegría, y la reina decia en alta voz que antes de un mes se veria libre (2).

§. VIII.—*Medidas defensivas de la Asamblea.—Discurso de Vergniaud contra el rey.—Se declara á la patria en peligro.*—La marcha de los prusianos hizo olvidar los atentados del 20 de junio, y devolvió á los jacobinos todo su poder, y el pueblo al verse rodeado de enemigos, con desercciones y derrotas en el exterior, con la guerra civil en el interior y con un gobierno que aletargaba al país y permanecia inmóvil ante el peligro que secretamente invocaba, no sentia mas deseo que el de salvarse por medio de la violencia. La situacion era terrible; la constitucion no funcionaba ya; solo existian sus formas, y la asamblea, que participaba de los terrores del pueblo, no pensó sino en defenderse contra la corte: habiendo propuesto el ministerio la formacion de cuarenta y dos batallones de voluntarios que debian consti-

(1) Hist. parlam. de la Revol. t. XVII, p. 249.

(2) « Confíome, dice la señora Campan, que todo tendia á libertarla, que poseia el itinerario de la marcha de los príncipes y del rey de Prusia, que tal día se encontrarían en Verdun y tal otro en un lugar mas cercano, que iba á empezar el sitio de Lille.... » (t. I, p. 230).

tuir un campamento de reserva en Soissons, la asamblea decretó que aquellos de entre dichos batallones que pasasen por París el 14 de julio, asistirían á la fiesta de la confederacion; esta medida equivalia á renovar lo del campamento de los veinte mil y á decretar un ejército de insurreccion, pero esto no obstante, el rey la dió su sancion. Además, como la guardia nacional no inspiraba mucha confianza, decidióse la disolucion y reorganizacion de los estados mayores de las grandes ciudades; y por fin, propúsose la declaracion de que la patria estaba en peligro (3 de julio de 1792). Con este motivo Vergniaud desgarró el velo respetado hasta entonces, y demostró que « si los príncipes franceses habian armado á las cortes de Europa, si se habia celebrado el tratado de Pilnitz, si el Austria y la Prusia hacian marchar sus soldados era en nombre del rey, para vengar la dignidad del rey, para defender al rey, para acudir en auxilio del rey. El pretexto y la causa de cuantos males se acumulan sobre nuestras cabezas, es el solo nombre del rey! Ahora bien, la constitucion dice: Si el rey se pone al frente de un ejército y dirige sus fuerzas contra la nacion, ó si no se opone por medio de un acto formal á semejante empresa ejecutada en su nombre, se le considerará haber abdicado la corona.» Examinando luego lo que debia entenderse por un acto formal de oposicion, preguntó si el rey habia hecho semejante acto no instruyendo á la asamblea de la marcha de los prusianos, negándose á establecer un campamento de reserva, dejando el mando á Lafayette, no enviando refuerzos á Luckner, etc.; y contestando en seguida á la justificacion que podria alegar el rey, diciendo haber ejecutado textualmente la constitucion, exclamó: «O rey que solo habeis fingido amar las leyes para conservar el poder que debia servirlos para infringirlas: la constitucion para que no os precipitase del trono donde teniais necesidad de sentaros para destruirla; á la nacion para asegurar el triunfo de vuestras perfidias, ¿pensais acaso engañarnos con hipócritas protestas? Es por ventura defendernos oponer á los soldados extranjeros fuerzas cuya inferioridad no dejaba ni la incertidumbre de la derrota? Es por ventura defendernos reprobando los proyectos que tendian á fortificar el interior del reino, ó hacer preparativos de resistencia para la época en que fuésemos presa ya de los tiranos? Es por ventura

defendernos no castigar á un general que infringe la constitucion y refrenar el valor de aquellos que la aman? No, mil veces no, habeis pisoteado la constitucion! Quizás se halla ya en el fango, pero no penseis recoger los frutos de vuestro perjurio! No os habeis opuesto por medio de un acto formal á las victorias que se conseguian en vuestro nombre contra la libertad; pero no recogereis los frutos de tan indignos triunfos! Nada sois ya para la constitucion que tan pérfidamente habeis violado, para el pueblo que tan vilmente habeis vendido!»

Estas terribles palabras y la aprobacion que merecieron por parte de la asamblea aumentaron la alarma popular; además el directorio de París suspendió al *maire* de sus funciones por su conducta en la jornada del 20 de junio, y finalmente los ministros se presentaron á exponer la desastrosa situacion del reino y del ejército (10 de julio de 1792), declarando «que en semejante estado de cosas, ó mejor en semejante trastorno de todo órden social, érales imposible mantener la vida y el movimiento de un vasto cuerpo cuyos miembros estaban todos paralizados, defender el reino de la anarquía que amenazaba aniquilarlo todo, y que por lo tanto habian dado sus dimisiones.» «Su fin secreto, escribieron al rey, era demostrar á la nacion que la asamblea nacional pretendia destruir toda clase de gobierno (1).» Su dimision no fué aceptada.

El dia siguiente, declaró la asamblea que *la patria se hallaba en peligro* (11 de julio), y dispuso la movilizacion de cincuenta mil voluntarios de la guardia nacional. Estos decretos fueron proclamados en todas las municipalidades con imponente ceremonial. En París la guardia nacional se puso sobre las armas, disparábanse á cada momento cañonazos de alarma; levantáronse anfiteatros en las principales plazas, y en una mesa adornada con banderas sostenida sobre dos tambores, los empleados municipales recibieron los alistamientos al sonido de las músicas y en medio de las aclamaciones de la multitud. París formó treinta y cuatro batallones de quinientos ó seiscientos hombres en menos de tres semanas; pero á causa de la mala administracion del poder ejecutivo, no fueron organizados hasta quince dias despues, y no partieron hasta principios de setiembre.

(1) Documentos del armario de hierro.

§. IX.—*Preparativos de insurreccion.—Manifiesto del duque de Brunswick.—Disposiciones de la corte.*—La declaracion de hallarse la patria en peligro exaltó todos los sentimientos revolucionarios: desde aquel momento quedaba regularizada la agitacion de las masas; la nacion entera, armada y alerta, discutia sus intereses y constituia el gobierno. Varias peticiones pidieron la formacion de causa contra Lafayette, la reintegracion de Petion, y finalmente la deposicion del rey, motivado en que « Luis XVI no podia dirigir una guerra de la que era él único objeto. » En esto llegaron á París cinco ó seis mil confederados que se dirigian al campamento de reserva, hombres de una exaltacion y de un valor que rayaba en frenesí, los cuales declararon á la asamblea que no partirian en tanto que no se hallasen aniquilados los enemigos del interior. « Si la nacion, dijeron, no puede ser salvada por sus representantes, lo será por sí misma. » La asamblea arastrada y dominada por los jacobinos, se esforzó en debilitar el poder y en armar al pueblo por todos los medios posibles, y decretó que los antiguos guardias franceses, diseminados el año anterior por todo el ejército, se reunirian en París para formar un cuerpo de gendarmería; que el poder ejecutivo alejase de la capital á todas las tropas de línea, excepto á los suizos, de los cuales debian quedar únicamente dos batallones para la custodia de las Tullerías; que se levantase la suspension pronunciada contra Petion, suspension que habia sido confirmada por el rey; que las compañías de preferencia de la guardia nacional, en las que estribaba toda la fuerza de la clase media, quedaban disueltas, y que una comision extraordinaria debia examinar si se habia hecho el rey culpable de actos que importasen la destitucion.

Todo anunciaba una revolucion: los girondinos deseaban realizarla por medio de la asamblea y de un cambio de ministros; pero como aquella se encontraba encerrada necesariamente en las vías legales, los montañeses solo pensaban en una insurreccion, y con tan poco misterio la prepararon, que se anunció el día y la hora en que debia estallar. El plan que en ella debia seguirse fué trazado por cinco jefes de los confederados, junto con el periodista Carra, el subteniente Westermann, Santerre, Alejandro, Fournier, Manuel, Desmoulin y Danton. Este último parecia el jefe predestinado de esta revolucion: poderoso sobre

la multitud por su elocuencia, sus formas atléticas, sus pasiones ardientes y brutales, su mezcla de heroísmo y de ferocidad, era la personificación del pueblo con sus vicios, sus odios, sus miserias, su audacia y su inteligencia. Petion y el consejo general de la municipalidad, del que formaban parte Danton, Desmou-lins, Panis, Sergent, etc., prometieron su cooperacion pasiva. El nucleo de la insurreccion debia ser el ejército de los confederados, y la vanguardia el batallon de los marseleses, compuesto de quinientos hombres, fuerza que en su camino habia adquirido una terrible reputacion por su ardor meridional, su valor sanguinario, y finalmente por un canto patriótico que, procedente del ejército del Rhin, debia resonar en toda Europa bajo el nombre de *Marsellesa*, y ser el himno de la revolucion (1).

En medio de la efervescencia causada por la declaracion del peligro de la patria y los preparativos de una insurreccion, cuando los terrores y las desconfianzas populares parecian justificadas por reveses en el exterior y turbulencias religiosas en el interior, llegó el manifiesto publicado al entrar en campaña por el duque de Brunswick (28 de julio). Declaraba en él «que el emperador y el rey de Prusia solo se habian armado, para poner fin á la anarquía en el interior de Francia, hacer cesar los ataques dirigidos contra el trono y el altar, y devolver al rey su libertad, poniéndole en estado de ejercer su autoridad legítima.» Intimaba, pues, á todas las autoridades civiles y militares á someterse al rey, su legítimo soberano: «los guardias nacionales cogidos con las armas en la mano serán tratados como rebeldes; los habitantes que se atreverán á defenderse serán muertos, é incendiadas sus casas; los miembros de la asamblea nacional, del departamento, del distrito de la municipalidad, y de la guardia nacional de París son responsables con su cabeza de todos los acontecimientos, y serán juzgados militarmente sin esperanza de perdon; declarando, que en caso de inferirse el menor ultraje á la familia real ó de no disponerse sin pérdida de momento lo necesario para su seguridad. SS. MM. imperial y real entregarian la ciudad de París á una ejecucion militar y á una destruccion total».

(1) La *Marsellesa*, era obra, letra y música de Rouget Deliste, oficial de ingenieros de guarnicion en Huningue.

Este ardoroso lenguaje inspiró al pueblo una cólera llevada hasta la ferocidad. «De un extremo al otro de la Francia no hubo mas que un voto, un grito de resistencia; y el que no lo hubiese proferido habria sido considerado como reo de impiedad hácia la patria y la santa causa de la independencía (1)». El rey se apresuró á condenar un escrito en el que tan absurdamente se habian exagerado las instrucciones dadas á Mallet-Dupan; pero nadie creyó en su sinceridad; y en efecto, ni él ni sus ministros tomaban medidas de defensa contra la invasion extranjera. Las secciones todas de París pidieron su deposicion (3 de agosto); Pétion trasmitió su peticion á la asamblea, y acusó abiertamente á Luis XVI de traicion, pidiendo que se convocase una convencion nacional. La discusion sobre este punto señalóse para el 9 de agosto.

Ante semejantes peligros, la corte mostraba una increíble tranquilidad; hiciéronle muchos ofrecimientos de socorro aun de parte de los girondinos que no transigian con la república sino á falta de la monarquía; mas Luis lo rechazó todo. Lafayette le propuso un plan de evasion perfectamente concebido, de acuerdo con Lally, Liancourt y otros adictos realistas; todo estaba pronto, hombres, dineros y caballos; la familia real debia retirarse á Gaillon, escoltada por los suizos, y desde allí á Ruan, pudiéndose contar con el Océano en caso de mal éxito. El rey salió en fin de la apatía que desesperaba á sus servidores, y consintió en huir; pero la reina se negó «á ponerse en manós de hombres que tanto mal le habian hecho». Tanto vale morir aquí, dijo. Sea cual sea el peligro que amenaza nuestros dias, el rey y yo permaneceremos en París: así opina el duque de Brunswick. El plan que nos ha comunicado consiste en llegar hasta estos muros para libertarnos (2).»

§. X.—*Combate del 10 de agosto.—Toma de las Tullerías.—El rey es suspendido de sus funciones.*—Mientras esto sucedia, la insureccion preparaba sus armas á la luz del dia; varios pasquines amenazaban con la venganza del pueblo á los que se atreviesen á resistirle, y finalmente el 5 de agosto, la seccion de los Trescientos (*Quinze-Vingts*) que comunicaba el movimiento á las

(1) Mignet, t. I, p. 272.

(2) Mem. de M. Hue.—Lacretelle, Hist. del siglo XVIII, t. IX.

demás, resolvió ponerse en marcha; pero á instancias de Pe-tion resuelve que «si el cuerpo legislativo no pronuncia el día 9 la destitucion del rey, si no se hace al pueblo la justicia que se le debe, á media noche se tocará á rebato, los tambores harán oír el toque de generala, y todo se sublevará á la vez.» Cuarenta y seis secciones se adhieren á esta decision, y una de ellas la de Mauconseill, proclama la destitucion. Roderer participa á la asamblea la situacion de París, y esta anula lo resuelto por la seccion Mauconseill; mas la municipalidad no publica este decreto y declara á las secciones en permanencia. Al mismo tiempo la asamblea dominada por los jacobinos, se ocupa en discutir si se declarará Lafayette sujeto á la formacion de causa; pero con un resto de energía, cuatrocientos seis votos contra doscientos veinte y cuatro rechazan la proposicion (8 de agosto). Esta es la señal de la insurrección; el pueblo vuelve su furor contra los diputados constitucionales á quienes quiere dar muerte; estos declaran que «la asamblea, envilecida por los sarcasmos de las tribunas y dominada por los facciosos, no es ya libre, y que no asistirán á las sesiones;» el lado derecho en masa pide en vano la marcha de los confederados; el ministro de justicia anuncia «que las leyes son impotentes, y que, sin el pronto auxilio del cuerpo legislativo, el gobierno no puede incurrir en responsabilidad,» mientras que los jacobinos gritan: «Ya no debemos contar con la asamblea para llevar á cabo la revolucion. Dejémos de exposiciones y de peticiones! es preciso que el pueblo se apoye en sus armas, en sus cañones, y diete la ley!»

Llegada la siguiente noche, los confederados se ponen sobre las armas; dos empleados municipales les distribuyen pólvora; las secciones se llenan de insurrectos que nombran comisarios «para reunirse en la municipalidad, reemplazar de grado ó por fué-za al consejo general, y escogitar los medios de salvar la cosa pública.» Fórmanse tres cuerpos de amotinados: uno en el arrabal de San Marcelo, mandado por Alejandro y Fournier, otro en el arrabal de San Antonio, á las órdenes de Santerre y Westermann, y otro, del que formaban parte los marseleses, en los Franciscanos (1). A media noche, Danton da la señal: óyese la

(1) Plaza de la Escuela de Medicina.

campana, los tambores tocan generala, el grito de: A las armas! resuena por toda la ciudad, los batallones de la guardia nacional se reunen llenos de indecision, y las columnas de los insurrectos se ponen en marcha llevando escrito en su bandera: «Ley marcial del pueblo soberano contra la rebelion del poder ejecutivo.»

Asustada la corte, reunia confusamente sus medios de defensa: ochocientos ó nuevecientos suizos, dos mil cuatrocientos hombres de guardia nacional, de los cuales solo podia contar con dos batallones, el de los Hijos de Santo Tomás, y el de los Pequeños Padres; una gendarmería compuesta de antiguos guardias franceses, y finalmente los cuatrocientos ó quinientos nobles mal armados que rodeaban al rey, y que eran muy mal mirados por la guardia nacional. Petion, Røederer y el directorio de París se dirigen á palacio; el primero se vé obligado á firmar la órden de rechazar la fuerza con la fuerza, y Mandat, comandante general, á pesar de haberle el *maire* rehusado el dia anterior órdenes y pólvora, toma excelentes disposiciones. Guarnece con artillería los tres patios del palacio, y coloca la gendarmería en el Louvre, un batallon de guardia nacional en el puente Nuevo, y otro batallon en la Greve, dando órden á estos tres cuerpos de atacar por el flanco y la retaguardia la columna de los insurrectos, mientras que él la atacaria de frente. Tales medidas eran suficientes para dispersar al populacho de los arrabales, incapaz de sostener un combate regular; pero artilleros, gendarmes y guardias nacionales eran de una fidelidad muy dudosa.

Los comisarios de las secciones se apoderan del *Hotel de ville* (Casas consistoriales) á favor de los jefes de la insurreccion que formaban parte del consejo general, y constituyéndose al momento en municipalidad, suspenden al consejo general, lo mismo que al estado mayor de la guardia nacional, é intiman á Mandat que se presente á dar cuenta de las órdenes que ha dictado. El comandante obedece creyendo dada la órden por la municipalidad legal, y queda no poco sorprendido al encontrarse con una municipalidad del todo nueva; interrogado acerca de las órdenes que ha dado para atacar á las columnas insurrectas, se decreta su acusacion y es enviado á la cárcel, pero las picas del populacho atravesaron su cuerpo al salir á la calle. Este suceso causó la perdicion de la corte, pues, privada de su jefe, permanece

ció indecisa, abandonó las cercanías del palacio, y, en vez de tomar la ofensiva, esperó el ataque de los amotinados. La municipalidad nombró á Santerre en lugar de Mandat, y las disposiciones del nuevo jefe acabaron de introducir la confusion entre la guardia nacional.

En tanto la columna del arrabal de San Antonio, compuesta de quince mil hombres, y la del arrabal de San Marcelo, fuerte de cinco mil, se habian reunido en los muelles, despues de haber dispersado á los batallones de la Greve y del puente Nuevo, y marchaban hácia el Carrousel, precedidas de una vanguardia de confederados y de hombres con picas. Los gendarmes del Louvre abandonaron su puesto y se mezclaron con la multitud; los artilleros, colocados en los patios del palacio, descargaron sus piezas, diciendo que jamás dispararian contra el pueblo, y finalmente los batallones de la guardia nacional, apostados en el jardin, al ser revistados por el rey, desfilaron ante él á los gritos de: Abajo el *catol* viva la nacion! y se reunieron con los insurrectos.

Entonces Rœderer acercóse al rey y le dijo: «V. M. puede disponer apenas de cinco minutos; no hay seguridad para V. M. sino en la asamblea nacional.» Al oir el toque de rebato, los diputados se habian reunido en el salon de sus deliberaciones en número de doscientos ochenta y cuatro, casi todos de la izquierda, y por lo tanto cómplices ó partidarios de la insurreccion; y sus primeros actos fueron apartar á Petion de palacio mandándole comparecer ante ellos; negarse á dar al rey una diputacion para su salvaguardia, y recibir una diputacion de la municipalidad hija del motin, la cual pedia la deposicion del rey y la convocacion de una convencion nacional. A pesar de la inminencia del peligro, «dominaba en palacio una decidida resolucion de combatir, y hasta habia hombres que prometian la victoria á la reina;» de modo que la infortunada hija de María Teresa, devorando sus lágrimas, afectaba calma y resolucion, y decia á Rœderer: «Caballero, tenemos aquí fuerzas, y tiempo es ya de saber de quién quedará la partida, del rey apoyado en la constitucion ó de los facciosos (1).» Sin embargo, Luis que temia por los dias de su familia, consintió en dirigirse á la asamblea, y se puso en marcha con la reina y sus hijos, escoltado por el direc-

(1) Rœderer, Crónica de los cincuenta dias: *causa la deposicion de la reina*

torio y la guardia nacional, en medio de los gritos é insultos del pueblo, que habia ya invadido el terraplen de los fuldenses. Eran las ocho de la mañana. «He venido aquí, dijo el rey, para cortar un gran crimen, y creo, señores, que en lugar alguno puedo estar con tanta seguridad como en medio de vosotros.» Colocóse con su familia en la tribuna de un periodista, y la asamblea decretó que veinte de sus miembros saldrían á tranquilizar al pueblo. Apenas habian salido los diputados, cuando se dejó oír un terrible tiroteo. «He dado orden á los suizos de que no hicieran fuego,» dijo el rey, pero las detonaciones redoblan con fuerza; la asamblea está consternada, y los diputados entran otra vez en el salon rechazados por los defensores del palacio que parecen victoriosos. «Nos atacan! dijo una voz.—Este es nuestro puesto, exclamaron varios miembros, y debemos morir en él!» Y la asamblea, bajo la impresion del sangriento combate trabado á sus puertas, mientras las balas rompen los vidrios de las ventanas, delante del infortunado descendiente de Hugo Capeto, cuyo trono se derrumba, levántose en masa gritando: Viva la nacion! viva la libertad!

La vanguardia de la insurreccion habia llegado en desorden delante de las Tullerías, guiada por Westermann y los confederados; derribando la puerta principal se precipitó en el patio, donde los artilleros se reunieron con ella, volviendo sus piezas contra el palacio. «Entregadnos las Tullerías, dijeron á los suizos apostados en las ventanas, y seremos amigos.» Los suizos arrojan sus municiones y gritan: Viva la nacion! La multitud penetra en el vestíbulo y en la escalera, pero en aquel momento dejóse oír un cañonazo, y los suizos, creyéndose atacados, hacen una terrible descarga contra los amotinados, quienes son rechazados desde la escalera al patio. Los esforzados suizos bajan con la bayoneta calada, mientras que los guardias nacionales sostienen desde las ventanas un nutrido fuego: en un momento el patio real queda desierto; el terror se difunde por el Carrousel, y los insurrectos se desbandan dejando el suelo cubierto de cadáveres y gritando: traicion! Los defensores del palacio se creen victoriosos, y amenazaban ya á la asamblea, cuando las huestes de los sublevados se precipitan por el Louvre y los muelles, desalojan de la plaza á los suizos, y se arrojan en los

patios, al mismo tiempo que dos columnas se apoderande los terraplenes de la orilla del río y de los fuldenses, y atacan el palacio por la espalda. Los suizos se replegan en la escalera principal, y se defienden durante veinte minutos contra las masas amotinadas: la artillería truena en todo el ámbito de las Tullerías, y en la calle de la Escala una batería comunica el incendio á las casas inmediatas. Finalmente, el palacio queda invadido y la lucha se convierte en espantosa carnicería. Parte de los heroicos defensores de la expirante monarquía buscan una salida por el Louvre, por el jardín, por la asamblea, por la calle de San Honorato, por la plaza de Luis XV, y los mas sucumben combatiendo. Los que han quedado en el palacio son asesinados sin compasion; solo se salvan las mujeres; la plebe lo saquea, lo devasta todo. A las once de la mañana el triunfo del pueblo es completo; corre hácia la asamblea ostentando armas, muebles, prisioneros, y pidiendo con furiosos gritos la destitucion del rey y de su familia. La insurrección se dirigia por decirlo así, tanto contra la asamblea como contra el trono, y doblando aquella la frente ante los vencedores, expidió los siguientes decretos: «Considerando que el peligro de la patria ha llegado á su colmo; que ese peligro dimana principalmente de la desconfianza que ha inspirado la conducta del jefe del poder ejecutivo en una guerra emprendida en su nombre contra la constitucion y la independencia nacional; que el cuerpo legislativo, en la posición en que le han colocado sucesos que las leyes no habian previsto, no puede conciliar lo que su fidelidad á la constitucion exige con su propósito de sepultarse bajo las ruinas del templo de la libertad, sino apelando á la soberanía del pueblo, la asamblea nacional decreta: Se invita al pueblo francés á formar una convencion nacional.—El jefe del poder ejecutivo queda provisionalmente suspendido en el ejercicio de sus funciones, hasta tanto que la convencion nacional haya decidido acerca de las medidas que deban adoptarse para asegurar la soberanía del pueblo y el reinado de la libertad y de la igualdad.—El rey y su familia permanecerán en el Luxemburgo, y serán puestos bajo la custodia de los ciudadanos y de la ley.—Quedan destituidos los actuales ministros, y los que deban reemplazarles serán nombrados interinamente por la asamblea.—Los decretos hasta

hoy expedidos, y no sancionados aun tendrán fuerza de ley.—La asamblea se declara en sesion permanente.»

CAPÍTULO II.

Degüello en las cárceles.—Combate de Valmy.—Desde el 10 de agosto hasta el 21 de setiembre de 1792.

§. 1.—*Consecuencias del 10 de agosto.—Poder de la municipalidad de Paris.*—La mayor parte de los partidarios de la revolucion consideraban la insurreccion del 10 de agosto legitima y necesaria; pero llevada á cabo por la impetuosidad del pueblo sin el activo concurso de la clase media y de la asamblea, y por decirlo así sin caudillos políticos, tuvo por consecuencia inmediata destruir todos los poderes, humillar á la clase media y á la asamblea, y entregar la Francia al brutal y sanguinario imperio de la multitud, en el instante mismo en que la invasion aumentaba los temores y las iras populares. Así fué que los cuarenta dias trascurridos hasta el establecimiento de la convencion, constituyeron una época terrible y desastrosa: en el exterior, la guerra extranjera con las venganzas de la emigracion: en el interior, la anarquía, con los excesos de una asquerosa democracia; como consecuencias de la guerra y de la anarquía, el degüello en las cárceles: tal es la historia de esos cuarenta dias.

Los girondinos habian preparado los acontecimientos del 10 de agosto; la montaña los habia realizado; los primeros junto con la asamblea donde dominaban habian quedado rezagados á los segundos, que se encontraban ser los dueños de la situacion en union con la municipalidad insurreccional que habian creado. La municipalidad, pues, se arrogó todos los poderes, y solo conservó la asamblea para dictarle sus voluntades y legalizar su usurpacion. Aun antes de haber terminado el combate de las Tullerías, hábale declarado por medio de Danton, que «la municipalidad no reconocia otro juez de las medidas extraordinarias á que la necesidad la impulsara, que el pueblo reunido en las asambleas primarias.» Y la asamblea, secundando la insurreccion, declaró que aprobaba todos los actos municipales, que todos los franceses eran ciudadanos activos desde la edad de veinte y un años y que era atribucion de las municipalidades la policia de seguridad general, es decir, la que consiste en indagar los

delitos contra la seguridad interior y exterior del estado (11 de agosto). Envió á los ejércitos y á los departamentos comisarios encargados de hacer aceptar la nueva revolucion y de cambiar las autoridades civiles y militares; llamó al ministerio á Roland, á Claviere y á Servan, y nombró ministros de marina, de negocios extranjeros y de justicia á Monge, Lebrun y Danton.

La municipalidad no habia esperado estos decretos para obrar como soberana; desplegando una prodijiosa actividad, expidiendo hasta cien decretos por dia, lo absorvia todo, nada respetaba. Suspendió de sus funciones al directorio del departamento; trasladó á Luis XVI y á su familia á la torre del Temple, é hizo que les custodiasen rigurosamente sus comisarios y la guardia nacional; encarceló á los redactores de los periódicos realistas y distribuyó sus prensas á los periódicos patriotas; ordenó la destruccion de las estátuas de los reyes, de los monumentos y de los emblemas que recordaban al pueblo la esclavitud en que habia gemido; instituyó una junta de vigilancia que dominó á la capital con la mas insoportable tiranía, y reunió en él todas las usurpaciones y los excesos todos de la municipalidad. El *mairré* quedó enteramente ofuscado y la administracion del todo trastornada.» El consejo general se convirtió, dice Petion, en una asamblea política que se creia investida de plenos poderes, discutiendo las leyes hechas y promulgando otras nuevas; solo se hablaba en él de conspiraciones contra la libertad; y allí eran denunciados y juzgados los ciudadanos todos. Las disposiciones se tomaban con la impetuosidad del entusiasmo; y el consejo permanecia en sesion así de dia como de noche.» Los miembros de ese consejo distaban mucho de ser la flor de la poblacion parisiense; eran por lo general hombres del pueblo dotados únicamente de energía revolucionaria, ignorantes y brutales, sin convicciones, ni probidad, animados de odio y de envidia contra cuanto tenia una apariencia de aristocracia, es decir contra el nacimiento, la riqueza y la educacion. Dirigianles tres hombres salidos del 10 de agosto y representantes del mismo: Danton, Robespierre y Marat; el primero, el mas compresible y el mas conocido de los tres, habia «entrado en el ministerio, segun él mismo decia, por la brecha de las Tullerías,» y al servir de lazo entre la municipalidad y el poder ejecutivo, ponía este á mer-

ced de la montaña, á pesar de los tres ministros girondinos á quienes eclipsaba. Era el hombre dominante de la época, mas solo fundaba su grandeza en las pasiones populares que él poseía en grado eminente: decia ser «revolucionario segun la energía de su temperamento;» pero, careciendo del genio necesario para guiar á la revolución, no supo hacer mas que precipitarla hácia delante por medio de una espantosa audacia. Robespierre no habia tomado parte en la insurreccion, y hasta se ha dicho que se habia ocultado durante la lucha; esto no obstante formó luego parte del consejo general y ejerció en él gran ascendiente, menos por su reputacion de superior talento y su difusa y declamatoria elocuencia, que por su carácter receloso y desconfiado, por su temperamento bilioso, su imaginacion sombría, su espíritu de envidiosa dominacion que le hacia implacable para quien hubiese herido su amor propio; y finalmente por las denuncias, alarmas y sospechas con que agitaba de continuo al pueblo. Marat, sin ser miembro de la municipalidad, se habia arrogado la direccion de la junta de vigilancia y mandaba en ella como dueño. Este singular personaje, cuya elevacion ha cubierto á la revolucion de oprobio, cuyo nombre se convirtió en una injuria, del cual no se hablaba sin horror y disgusto, á quien Petion llamaba el mas insensato ó el mas malvado entre todos los hombres, y cuya prision habia sido diez veces decretada á causa de sus publicaciones sanguinarias y atroces calumnias contra todo el mundo, salió de los subterráneos en que se ocultaba hacia tres años, para renovar á la luz del día sus predicaciones de muerte y exterminio, único medio, decia, de librar á la revolucion de los obstáculos que obstruian su marcha. «Quería un dictador, no para procurarle el placer de la omnipotencia, sino para imponerle la obligacion de depurar la sociedad. Ese dictador debia tener en los piés una bala de cañon para estar siempre sujeto por el pueblo, solo debia otorgársele una facultad: la de indicar las víctimas y ordenar la muerte por único castigo (1).» Y solicitaba para sí mismo semejante cargo!

La asamblea vió con espanto las usurpaciones de la municipalidad, é intentó sacudir su dominacion decretando el restablecimiento del directorio de París; pero la municipalidad se

(1) Thiers, t. II, p. 200.—Marat, Robespierre y Danton no se conocian personal-

opuso á ella declarando que en caso de renovarse aquella autoidad, sospechosa de aristocracia, «seria preciso que el pueblo se armase otra vez de su venganza», y la asamblea modificó su decreto de modo que el directorio solo quedó encargado del cobro de los impuestos. Entonces la municipalidad pidió la formacion de un tribunal extraordinario para juzgar á los traidores y conspiradores, cuyas tramas habia frustrado el pueblo con la insurreccion del 10 de agosto; la asamblea resistió con todas sus fuerzas hasta que un representante del municipio le dijo estas palabras: «Hoy al ser media noche se tocará á rebato. El pueblo quiere ser vengado. Temed que se haga justicia por sí mismo». La asamblea decretó la formacion del tribunal, cuyos miembros fueron elegidos por las secciones y que debia juzgar sin apelacion (17 de agosto), disponiendo en seguida que los emigrados fuesen expropiados de sus bienes (23 de agosto), que los clérigos no juramentados saliesen de Francia ó fuesen deportados á la Guyena, y que las municipalidades practicasen visitas domiciliarias para apoderarse de las armas y proceder á la prision de los sospechosos (26 de agosto). Estas revolucionarias medidas no le devolvieron, empero, su popularidad, y el municipio de París quedó siendo realmente el dominador de la Francia.

§. II.—*Invasión de los prusianos.—Fuga de Lafayette.—Toma de Longwi.*—Todos los embajadores extranjeros habian salido de París despues del 10 de agosto, y la revolucion era condenada por la Europa entera, si bien sus directos enemigos eran únicamente el Austria y la Prusia, el Piamonte, los tres electores eclesiásticos, y el landgrave de Hesse. El grande ejército de los
mente y marchaban aislados á un mismo objeto. Marat refiere que antes del 10 de agosto tuvo con Robespierre una sola entrevista, en la cual quiso este excusar las sanguinarias demandas del *Amigo del Pueblo* como exageraciones necesarias. «No, no, dijo Marat, todo ello salta de mi corazon. Sabed que despues de la manzana del campo de Marte, á encontrar dos mil hombres animados de iguales sentimientos á los que desgarran mi seno, habria dado de puñaladas al general en medio de sus batallones de bandidos, quemado al déspota en su palacio, y empalado en sus sillas á nuestros bárbaros representantes.—Robespierre, continua Marat, me escuchaba con horror, y palideció guardando un sombrío silencio. Esta entrevista me confirmó en la opinion que siempre habia tenido de él, esto es que reunia á las luces de un sábio senador, la integridad de un verdadero hombre de bien y el zelo de un sincero patriota, pero que carecia de las miras y de la audacia de un hombre de estado.» (*El Amigo del pueblo* núm. DXLVII),

aliados, en el que se encontraba en persona el rey Federico Guillermo, habia salido de Coblenza el 30 de julio, y se dirigia desde Luxemburgo á Longwy, con intencion de atravesar el centro de la línea francesa, extendida desde Dunkerque á Basilea, y penetrar por Verdun y Chalons, hasta París; pero se adelantaba muy lentamente, y no pasó la frontera hasta el 19 de agosto. Compuesto de sesenta mil prusianos, se apoyaba por la derecha en veinte mil austriacos, que marchaban contra Stenay; por la izquierda en veinte y cinco mil imperiales que debian sitiarse Thionville y bloquear Montmedy; habia además veinte mil austriacos en los Países Bajos, á las órdenes del duque de Sajonia Teschen; veint y cinco mil imperiales, divididos en tres cuerpos, en el Rhin, y doce mil emigrados diseminados en estos varios ejércitos. Para oponer á esos ciento sesenta mil hombres, tenia la Francia: 1.º el ejército del Norte, mandado por Lafayette y dividido en dos cuerpos: el del Norte, compuesto de diez y ocho mil hombres, á las órdenes de Dumouriez, y el del Meuse, fuerte de veinte mil hombres al mando de Lafayette, quien desde el 10 de agosto no habia recibido el menor refuerzo: 2.º el ejército del Este, mandado por Luckner y dividido en dos cuerpos: el del Mosella, compuesto de diez y ocho mil hombres teniendo por jefe á Luckner, y el de Alsacia, de cuarenta mil hombres, á las órdenes de Biron y Custine. Estos noventa y seis mil hombres carecian de toda disciplina, eran mandados por oficiales noveles ó sospechosos, y por generales sin clase alguna de celebridad, y experimentábase en sus filas grande agitacion efecto de la revolucion del 10 de agosto. Luego que se supo este acontecimiento, Lafayette se pronunció contra él, mandó renovar el juramento constitucional á sus soldados, obtuvo de Luckner, siempre débil é indeciso, la promesa de marchar con él contra París, é hizo prender á los tres diputados que la asamblea enviaba á su ejército. Esta resistencia era muy peligrosa, y podia hacer abortar la revolucion favoreciendo la invasion extranjera, de modo que la asamblea declaró al general traidor á la patria y decretó su acusacion. Los soldados se dividieron en bandos; el cuerpo de Dumouriez reconoció la revolucion; las autoridades civiles se negaron á sostener la rebelion, y Lafayette quedó en breve abandonado de todos. Entonces se fugó con sus amigos

(19 de agosto), Latour-Maubourg, Bureau de Pusy, Lameth, etc. y detenido por las avanzadas enemigas, fué tratado como prisionero de guerra, en menosprecio del derecho de gentes, y llevado de calabozo en calabozo por espacio de cinco años. La acogida dispensada á los últimos constitucionales que habian intentado defender el trono, justificó los temores todos de los revolucionarios acerca de las venganzas que la emigracion meditaba, y solo sirvió para hacer su resistencia mas desesperada.

Dumouriez recibió el mando del ejército del Norte, y Kellermann el del ejército del Este, en sustitucion de Luckner, el cual se apresuró, aunque en vano, en reprobar la conducta de Lafayette. El primero se preparó para invadir la Bélgica, creyendo esta operacion decisiva para retener la marcha de los aliados; pero estos habian llegado por fin delante de Longwy, cuya guarnicion mal sostenida por los habitantes, era presa del mayor desorden. Despues de quince dias de bombardeo la ciudad capituló (23 de agosto), y los enemigos marcharon hácia Verdun, única plaza fuerte que se encontraba en el camino de París, mientras que su ala izquierda ponía sitio á Thionville.

§. III.—*Agitacion de Paris.—Visitas domiciliarias:—Proyectos de asesinar á los presos.*—Al saberse los triunfos de los aliados, fué extremada la agitacion en toda la Francia y especialmente en París. Las repetidas predicciones de los mas exaltados revolucionarios se realizaban, por todas partes surgia la traicion, Lafayette se rebelaba, la Vendée daba su primer grito de guerra, las plazas fuertes se rendian, nuestros ejércitos se hallaban desorganizados y eran abandonados por los antiguos ministros sin municiones ni refuerzos, los realistas cobraban aliento, y los prusianos afirmaban que la traicion les conduciria hasta París. En este estado de cosas la asamblea declaró que el que hablase de rendicion en una plaza sitiada seria castigado con la muerte (30 de agosto); que París y los departamentos inmediatos aprontarian treinta mil hombres para el campamento de Montmartre, y al mismo tiempo procuraba reconquistar su libertad, disolviendo el municipio insurreccional y disponiendo que las secciones nombrasen nuevos comisarios para formar el consejo general interino. Sin embargo, la municipalidad sin tener en cuenta este decreto, cuya ejecucion no permitió, ha-

bló mas alto que la asamblea, y dispuso á su vez como medidas defensivas que las campanas se convirtieran en cañones, y los hierros de las verjas en picas; que se fundiese la plata de las iglesias, que se diesen armas y sueldo á los indigentes, que fuesen desarmados los firmantes de las exposiciones contra el campamento de veinte mil hombres y el 20 de junio, y que se practicasen visitas domiciliarias para buscar armas y arrestar á los sospechosos. Tan tiránicas medidas sembraron el terror por todas partes; durante los dias 29 y 30 de agosto, las barreras quedaron cerradas y el Sena obstruido, los carruajes fueron detenidos, las calles estuvieron desiertas, y los comisarios de la municipalidad, acompañados de las secciones armadas, procedieron á sus arbitrarias visitas. Todo ciudadano hallado fuera de su domicilio fué reputado sospechoso, y las cárceles se llenaron de tres ó cuatro mil individuos, nobles, clérigos refractarios, empleados de la antigua corte, oficiales de la guardia nacional, etc. El objeto de la municipalidad no era otro quizás que impedir á los enemigos de la revolucion crear obstáculos en el interior en el momento en que el peligro exterior aumentaba; pero cuando vió el gran número de presos, la dificultad de custodiarlos y la imposibilidad de juzgarlos, pensó en un degüello general, satisfaciendo así los deseos del pueblo, animado del ciego furor que impulsara en otro tiempo á los parisienses á la matanza de san Bartolomé. En efecto, el encono popular desconfiaba de todos los poderes; irritábase al contemplar la lentitud del tribunal de 17 de agosto, que solo habia hecho caer cinco ó seis cabezas; por todas partes veia traidores, y dominado por un sentimiento estúpido y feroz solo pensaba en matarles.

En tanto, la comision de la asamblea encargada de la defensa general se reunia con todos los ministros y varios diputados para adoptar las medidas que debian salvar la cosa pública. Los ministros declararon que nada bastaria á detener á los prusianos, que dentro de quince dias se hallaria el enemigo delante de París, que el único medio, si bien desesperado, era presentarle batalla fuera de los muros, retirándose la asamblea y las demás autoridades mas allá del Loira en caso de derrota. Entonces se levantó Danton y dijo: «Retroceder equivale á perdersenos. Debemos mantenernos aquí por cualquier medio y salvarnos por la auda-

cia... Es preciso infundir miedo á los realistas.» Estas palabras causan una sensacion profunda; Danton repite su frase con un gesto terrible, y mientras la asamblea se separa sobrecogida de horror, diríjese aquel á la junta de vigilancia. Esta «atendiendo á lo crítico de las circunstancias y á los varios é importantes trabajos de que debia ocuparse,» aumentóse con Marat y otros cinco miembros, decidiendo entre todos el degüello de los realistas.

La siniestra noticia se propala con rapidéz, causando mas terror que sorpresa; la idea de una matanza se habia hecho vulgar en las secciones, en los jacobinos, en una parte de la asamblea. El pueblo se hallaba en un estado de exaltacion que rayaba en delirio; todos los trabajos habian quedado interrumpidos, y nadie observaba su vida ordinaria. París ofrecia un aspecto terrible; batallones de voluntarios que marchaban al ejército, grupos de operarios que se dirigian al campamento, mujeres que fabricaban en las iglesias objetos militares, las plazas públicas ocupadas por oficinas de alistamiento; las barreras cerradas; el incesante ruido de los cañones, hombres armados que corrian en todas direcciones, numerosos y animados grupos, amenazadores escritos en todas las esquinas, tal era el espectáculo que presentaba la capital de Francia. Nosotros, hijos de aquella generacion de espanto y de dolores que sabemos el resultado de sus esfuerzos; que conocemos la debilidad de sus enemigos, y la fuerza del pueblo, consideramos semejante terror como extraño y casi pusilánime; pero en aquella época eran desconocidas así la debilidad de los enemigos como la fuerza popular: acababan aquellos enemigos de ser tan poderosos y el pueblo de ser tan poca cosa!

§. IV.—*Degüello en las cárceles.*—El dia 2 de setiembre era domingo; propálase prematuramente que Verdun se habia rendido (se rindió en aquel mismo dia); la efervescencia crece: las calles se llenan de pueblo; todo el mundo busca medios de salvacion y déjanse oír gritos de muerte contra los traidores. La asamblea dominada por la exaltacion universal, decreta que el que se niegue á servir con su persona ó á entregar sus armas será castigado con la muerte. «No es tiempo ya de discurrir, dijo Vergniaud; es necesario abrir la tumba de nuestros enemigos ó cada paso que dan hácia adelante abre la nuestra.—Todo se agita, todo se conmueve, exclama Danton,.... parte del pueblo se dirige

á las fronteras, otra levanta fortificaciones, y la tercera en fin, armada con picas, defenderá el interior de las ciudades.... La campana que resonará en breve no será una señal de alarma, sino el toque de muerte para los enemigos de la patria. Para vencerlos, señores, fuerza no es armarnos de valor; valor, sí, valor y audacia, y la patria quedará salvada.»

En armonía con tan terribles palabras, la municipalidad publicó una proclama que empezaba así: «A las armas! ciudadanos, á las armas! el enemigo está á nuestras puertas.—El consejo de la municipalidad ha decretado: Se cerrarán las barreras; los ciudadanos todos se presentarán en el campo de Marte para formar un ejército que deberá estar pronto para marchar contra el enemigo; todos los individuos sospechosos serán arrestados, etc.» Al mismo tiempo oyense cañonazos de alarma, suena la generala y el toque de rebato; la ciudad en masa, secciones, municipalidad, asamblea, se conmueve. La asamblea envía doce diputados á trabajar al campamento de Monmartre; el municipio dispersa á sus miembros por las secciones á fin de atizar las iras populares; el tumulto invade las secciones, y tres de ellas decretan la muerte de todos los presos. De repente se propala el rumor de que los realistas se dirijen hácia las cárceles, y de que van á entregar la ciudad á los prusianos, rumor absurdo, creído ciegamente por el pueblo. «A las cárceles!» gritan, y este grito terrible resuena al instante de un modo espontáneo, unánime, universal en las calles, en las plazas públicas, en todos los grupos en la misma asamblea nacional: «No ha de quedar detrás de nosotros ni uno solo de nuestros enemigos para regocijarse por nuestra derrota y asesinar á nuestros hijos y á nuestras mujeres (1).»

En aquel momento, veinte y cuatro sacerdotes eran conducidos desde las casas consistoriales á la Abadía, escoltados por los confederados, en medio de las injurias y oleadas del pueblo furioso; cuatro son asesinados por el camino, y al llegar al tribunal, los demás, excepto el abate Sicard, preceptor de sordo mudos, son acuchillados bárbaramente por doscientos ó trescientos hombres, tenderos del cuartel en su mayor parte, ciudadanos ordinariamente pacíficos, pero empobrecidos por la revolución y poseídos de furor contra los aliados del extranjero. Los asesinos

(1) La verdad entera, por Meheé.—Hist. parlam. t. XVIII, p. 166.

corren luego á los Carmelitas y á San Fermin, y allí matan á tiros y á sablazos por el jardín y por la Iglesia á doscientos cuarenta y cuatro clérigos; solo cuarenta y nueve lograron evadirse. Luego vuelven á la Abadía; dan muerte á treinta y ocho suizos y á veinte y seis guardias del rey, y constituyéndose en una especie de tribunal presidido por Maillard, ábrense el registro de presos, quienes son muertos ó puestos en libertad despues de un breve interrogatorio: «Expeditivo y sangriento tribunal, dice uno de los que ante él comparecieron, en cuya presencia la mejor proteccion era no tener ninguna, donde todos los recursos de la imaginacion eran inútiles á no estar fundados en la verdad.» Así fueron juzgados setenta y nueve presos de los cuales cuarenta y cinco fueron «puestos en libertad por decision del pueblo (así dice el registro de la cárcel que existe aun), y treinta y dos condenados á muerte por decision del pueblo y ejecutados inmediatamente.» Además, asesinóse á veinte y siete clérigos luego de haberse negado á prestar el juramento que se les pidió. Los condenados eran empujados desde la sala del tribunal al patio, donde eran muertos á sablazos y á lanzazos, en medio de los furiosos aullidos de infinitos espectadores. Los absueltos eran abrazados por los sangrientos ejecutores al grito de: viva la nacion! y acompañados hasta su casa. Un miembro de la municipalidad, Billaud-Varenes, andando por entre los cadáveres, gritaba á los asesinos: «Etais salvando á la patria! continuad vuestra obra, esforzados ciudadanos! Y mandó distribuirles vino, prometiéndoles 24 libras á cada uno «por su trabajo.»

El degüello continuó durante los tres dias siguientes con cierta regularidad en el Chatelet, en la Force, en los Bernardinos y en Bicetre. En la Force, entre trescientos setenta y cinco presos hubo ciento sesenta y siete condenados. Hebert, miembro de la municipalidad y redactor del infame periódico, el *Padre Duchêne*, presidia el inicuo tribunal, y allí pereció la princesa de Lamballe, la infortunada amiga de María Antonieta; su cadáver fué despedazado, y su cabeza paseada por París, fué llevada frente las ventanas del Temple. Petion corrió á aquella carcel é intentó en vano suspender la matanza. «Los hombres que juzgaban, dice, y los hombres que ejecutaban, hacíanlo con tanta seguridad como si la ley les hubiese concedido el desempeño de

sus funciones, encarecíame su justicia, su cuidado para distinguir á los inocentes de los culpables, los servicios que habian prestado, y solicitaban ser pagados por el tiempo que en su tarea habian empleado!»

Segun un escritor realista, el número de víctimas fué de mil noventa y dos, y no solo perecieron los detenidos políticos, sino tambien muchos criminales ordinarios. En el Chatelet fueron ejecutados ciento ochenta y nueve presos, y puestos en libertad cuarenta y cuatro. «El pueblo, dice un periódico, se dirigió á Bicetre con artillería, por haberse propalado el rumor de que habia armas en aquella carcel, y procedió á la depuracion de aquel edificio con el mismo orden que habia observado anteriormente. Dióse libertad á los prisioneros por deudas, y varios ciudadanos relegados allí por su miseria, no corrieron el menor peligro; pero todos los demás cayeron bajo los golpes de maza del pueblo-Hércules, limpiando las caballerizas del rey Augias. Hubo muchas muertes (1).»

Durante estas ejecuciones, hallábase París sumido en el mas profundo estupor; pero, en una ciudad de quinientos mil habitantes, no se levantó ni una mano contra quinientos ó seiscientos asesinos! La guardia nacional, desorganizada ya por Santerre, hallábase en parte ocupada en el Campo de Marte, y era en parte cómplice de los asesinatos. La asamblea aterrORIZADA, envió á la Abadía una diputacion que fué rechazada con amenazas, y se mantuvo en una cobarde inaccion. Roland suplicó á Petion que interpusiera su autoridad; pero Petion fué en todas partes desobedecido; mandó á Santerre que reuniese la guardia nacional, y Santerre se negó á ello; hizo á la municipalidad responsable de aquellos excesos, y la junta de vigilancia lanzó contra él un mandato de prision que habria sido ejecutado sin la oposicion de Danton. Este, que se horrorizaba como hombre de lo que aconsejara como revolucionario, «ocultaba su piedad bajo espantosos rugidos, y salvaba á derecha é izquierda á cuantas víctimas le era posible (2).»

La matanza cesó el dia 6, pues las cárceles quedaban ya des-pobladas. La municipalidad reconoció el crimen pagando á los

(1) *Revoluciones de París*, núm. 165.

(2) *Mem. de Garat.—Hist. parlam.* t. XVIII, p. 448.

ejecutores (1), y la junta de vigilancia dirigió á todos los municipios de Francia una circular concebida en estos términos: «Sabedora de que innumerables hordas de bárbaros se adelantaban contra ella, la municipalidad de París participa á sus hermanos de los departamentos que parte de los feroces conspiradores detenidos en las cárceles han sido ejecutados por el pueblo, el cual ha creído indispensable semejante acto de justicia á fin de inspirar terror á las legiones de traidores que se encerraban en sus muros, en el mismo momento en que se disponía para marchar contra el enemigo. Es de creer que la nación, en vista de la prolongada série de traiciones que la han conducido al borde del abismo, se apresurará á adoptar medio tan útil como necesario, y que todos los franceses dirán como los parisienses: «Al marchar contra el enemigo, no queremos dejar tras de nosotros á bandidos que degüellen á nuestras mujeres y á nuestros hijos (2).»

Solo cinco ciudades prestaron oído á tan terrible consejo; en Reims hubo ocho víctimas; en Meaux catorce, en Lyon una y en Orleans tres. Un decreto de la asamblea habia dispuesto trasladar á Saumur los individuos que debían comparecer ante el supremo tribunal de Orleans, y mil quinientos marseleses y voluntarios fueron á buscarles para conducirles á París; mas al llegar á Etampes, dirigiéronse hácia Versalles en virtud, segun se asegura, de órdenes secretas (9 de setiembre). El cuerpo municipal de aquella ciudad, sabiendo que existía el proyecto de asesinar á los presos, resolvió alojarles fuera de los muros, en el edificio que habia servido de leonera, en el camino de Saint-Cyr; pero el consejo, que llegaba de Jouy y que atravesaba Versalles, fué detenido por el pueblo y la escolta de la verja de los naranjos. El *maire* Richaud quiso entonces acompañar á los presos á las Casas Consistoriales, pero apenas el primer carruaje llegó á la calle de Satory, cuando los voluntarios se arrojaron contra los presos y les dieron muerte en número de cuarenta y seis; siete lograron evadirse. Entre las víctimas se encontraban el ministro Lessart y el duque de Brissac. Desde allí los asesinos se dirigie-

(1) «Orden de pagar cuarenta y ocho libras á.... en recompensa del tiempo que han empleado en la expedición (sic) de los clérigos de San-Fermin, por espacio de dos días, en virtud de mandato de la seccion de los *Sans-Culottes*»

(2) Este documento estaba firmado por Duplain, Panis, Sergent, Lenfant, Marat, Dufort, y Jourdenill.

ron á las cárceles, y mataron á veinte y tres individuos detenidos por delitos ordinarios.

§. V.—*Excesos de la municipalidad.*—Despues de tan terribles jornadas, la municipalidad quedó dueña como nunca de París, de la asamblea, de la Francia toda, y la anarquía llegó á su colmo; envió comisarios á los departamentos para excitar á las municipalidades á que siguiesen su ejemplo; dominó las elecciones de los miembros de la convencion, é hizo que fuesen nombrados en París, Robespierre, Danton, Marat, Desmoullins, Panis, Sergeant, Billaud-Varennes, Legendre, el duque de Orleans, que se hacia llamar Felipe Igualdad etc.; en una palabra favoreció todos los desórdenes y se entregó á todos los excesos. Sus miembros, y especialmente los de la junta de vigilancia, cuyos robos han quedado atestiguados (1), devastaron las propiedades nacionales, dilapidaron los fondos públicos, y contribuyeron, segun se dice, al saqueo del guarda-joyas, cuyo tesoro desapareció en gran parte sin que hayan sido descubiertos los autores de semejante crimen. Apoderáronse de las riquezas de las iglesias, del ajuar de los emigrados, de los despojos de las víctimas de setiembre, y se negaron á dar cuentas á toda autoridad. La mas asquerosa democracia dispuso de la vida y de los bienes de los ciudadanos; las cárceles se llenaron con cuatrocientos ó quinientos sospechosos; los malhechores ordinarios pudieron caminar libremente, y vióseles en los paseos públicos despojar á las mujeres de sus joyas y adornos para hacer con ellos, decian, un donativo á la patria. La seguridad individual, la fuerza pública no existian. La guardia nacional, refundida por un decreto de la asamblea, bajo el nombre de *secciones armadas*, se hallaba completamente desorganizada; todos los ciudadanos ricos y honrados habian abandonado sus filas, y solo quedaban compañías de picas.

Roland que sucumbia de dolor ante tamaños desórdenes, denunciaba valerosamente los excesos de la municipalidad, atreviase á condenar la matanza hecha en las cárceles y lanzaba el primer grito de los departamentos contra el despotismo de París: «La convencion, decia, se establecerá en la otra parte del Loire, si la

(1) Una decision de la municipalidad de 40 de agosto de 1793, autoriza contra ellos la formacion de causa, «por rompimiento de sellos, violaciones, dilapidaciones de depósitos, declaraciones falsas y otras infidelidades.»

capital no pudiese ofrecer á sus miembros seguridad y libertad.»

Los girondinos se reanimaron para sacudir el yugo de « aquellos malhechores revestidos con bandas municipales. » Vergniaud calificó el degüello de los presos de carnicería humana. « Los parisienses, dijo, no son ya esclavos de tiranos coronados; pero lo son de los hombres mas viles, de los mas detestables criminales. Tiempo es ya de romper tan vergonzosas cadenas, de aniquilar la nueva tiranía..... Perezca la asamblea nacional y su memoria si evita un crimen que imprimiria en el nombre francés una indeleble mancha, si su vigor no enseña á las naciones de Europa que, á pesar de las calumnias de que la Francia es objeto, se encuentran todavía en nuestra patria en el seno de la momentánea anarquía en que nos han sumido un corto número de bandidos, algunas virtudes públicas, y que en ella se respeta aun la humanidad! » La asamblea prohibió obedecer á los comisarios de la municipalidad; hizoles responsables con su cabeza de la seguridad de los presos, y mandó á los ciudadanos resistir por medio de la fuerza á toda visita domiciliaria. Tales medidas solo lograron aumentar la anarquía sin devolver á la asamblea su poder, y esta, cuyos miembros eran amenazados con la muerte al cesar en sus funciones, vióse obligada á poner su vida bajo el emparo de la nacion. La municipalidad continuó pues, sus excesos y tiranías, y todas las esperanzas se cifraron en la convencion.

§. VI.—*Campaña de Dumouriez en el Argonne.—Cañoneo de Valmy.—Retirada de los prusianos.—Toma de Maguncia.—Conquista de la Saboya y de Niza.—Verdun se habia rendido á despecho del gobernador Beaurepaire, quien, desesperado por la cobardía de la guarnición, disparóse un pistoletazo. Sin embargo, el duque de Brunswick ponía en su marcha igual lentitud, igual indecision; adversario del plan de invasion, encontraba á la Francia muy distinta de lo que aseguraban los emigrados; hallábase imbuido en las ideas metódicas de la guerra de los Siete años, y cuando, tomada Verdun, no debía temer obstáculo alguno hasta París, se detuvo, extendió sus fuerzas á lo largo del Meuse, y perdió ocho dias.*

Al saber la toma de Longwy, Dumouriez, abandonando su plan de invadir la Bélgica, corrió á Sedan, donde encontró al

ejército de Lafayette desorganizado, echando á menos á su general, y detestando al que le habia reemplazado. Dumouriez reunió un consejo de guerra; todos los generales opinaron por retirarse detrás del Marne, por reunir allí los ejércitos del Norte y del Este, y por fortificarse esperando refuerzos; mas no fué este el parecer de Dumouriez, el cual, examinando en el mapa las alturas del Argonne cubiertas de bosques, cortadas por torrentes y profundos barrancos, abiertas únicamente por cinco desfiladeros, juzgó que podian ser las termópilas de la Francia, y en su consecuencia resolvió anticiparse á los enemigos, que perdian en el Meuse un tiempo precioso. Sin embargo, los prusianos se hallaban acampados á dos leguas escasas de la entrada de los desfiladeros, mientras que Dumouriez, que se encontraba entonces en el extremo septentrional del Argonne, tenia que andar doce leguas para llegar á los desfiladeros de las Islettes y del Grand-Pré, los cuales abrian, el primero el camino de Chalons, y el segundo el de Reims. Púsose en marcha, el dia 31 de agosto, y, en vez de pasar por la espalda del Argonne, lo que habria descubierto su plan al enemigo, atrevióse á penetrar por entre el Argonne y el Meuse, por delante de los prusianos, en un terreno que ocupaban sus avanzadas. Dillon, que mandaba la vanguardia, compuesta de ocho mil hombres, realizó con buen éxito tan temeraria maniobra: dirigióse vivamente hacia Stenay, arrojó al enemigo detrás del Meuse, y, continuando su rápida marcha, llegó á las Islettes, ocupó el desfiladero y guarneció el paso secundario de la Chalade. Dumouriez seguia á Dillon con quince mil hombres y se detuvo en Grand-Pré (4 de octubre), donde se atrincheró entre el Aire y el Aisne, ocupando además el paso secundario de la Cruz de los Bosques. Finalmente, cuatro mil hombres sacados del ejército del Norte y mil ochocientos guardias nacionales de Reims, ocuparon el desfiladero septentrional del Roble Frondoso; de modo que Dumouriez dominaba los pasos todos del Argonne con menos de treinta mil hombres, de los cuales habia la mitad en el centro, ocho mil á la derecha, y seis mil á la izquierda. Ordenó además á Kellermann que con veinte y dos mil hombres se dirigiese por Barle-Duc y Ligny, á operar contra el flanco de los prusianos reuniéndose con él en Sainte-Menehould; mandó á Beurnonville que

marchase á Rhetel con diez y seis mil hombres, y desde allí á Grand-Pré en caso necesario. Por fin, concentró en los campos de Chalons y de Reims, y á retaguardia, en los de Meaux, todos los refuerzos salidos de París, dirigidos por Servan con inteligente actividad, y cien mil hombres encontráronse así escalonados desde el Argonne á la capital. Los batallones de voluntarios empezaban á llegar; el ejército se sentia poseido de ardor, y Dumouriez con su firmeza y audacia, se habia granjeado la confianza del soldado.

Los prusianos, conociendo la falta que habian cometido, dejando ocupar el Argonne por todo un ejército, atacaron los desfiladeros, y fueron por todas partes rechazados (10 de setiembre); pero Dumouriez, engañado por sus demostraciones que amenazaban su izquierda, desguarneció la Cruz de los Bosques por juzgar este punto muy secundario, y ocupando el enemigo aquel desfiladero sin pérdida de momento, frustraron los esfuerzos de los franceses para reconquistarlo (13 de setiembre). La manobra de los prusianos habia sido decisiva: el cuerpo que custodiaba el Roble Frondoso, atacado de frente y sin comunicaciones con el Grand-Pré, se retiró por Attigny y Suipepe hácia Chalons; el enemigo habia pasado el Argonne, y Dumouriez, que con sus quince mil hombres, iba á ser atacado de frente por cuarenta mil prusianos, y al norte por veinte y cinco mil austriacos, se veia cercado entre dos rios y obligado á rendirse. En tan gran peligro, conservó toda su sangre fria, y concibió su atrevido plan: no queriendo abandonar un terreno tan favorable á la defensiva para retirarse á las llanuras de la otra parte del Marne, en un país donde le seria imposible resistir á las disciplinadas masas del enemigo, resolvió dejar que los prusianos se apoderasen del camino de Chalons, si bien colocándose él á su retaguardia, cortando sus comunicaciones, y oponiéndose de este modo á su marcha hácia la capital. Dumouriez aprovechó, pues, la prolongada estancia del enemigo en la Cruz de los Bosques sin cuidarse de envolver su posicion, levanta su campamento durante la noche (10 de setiembre), atraviesa el Aisne, llega á Autry, y, sin alarmarse por el terror que introduce en su retaguardia la caballería prusiana, dirigese á Sainte-Menehould, y toma posicion en el camino de Chalons, con la

derecha apoyada en el Aisne, la izquierda en los estanques, y la espalda en la ciudad y en la division de Dillon, al cual manda defender las Islettes hasta el último extremo. En tan extraordinaria posicion, con su frente hácia París, dejando al enemigo en completa libertad de colocarse delante de él y por lo tanto de volver su frente hácia el Rhin, Dumouriez ve llegar á Beurnonville, á quien habia dado órden de reunírsele por Chalons, y espera á Kellermann, cuya marcha es muy lenta, pero que debe aumentar su ejército hasta setenta mil hombres. Además, en las márgenes del Suipe y delante de Chalons, se establecen dos campamentos de diez mil hombres cada uno, los cuales se refuerzan sin cesar con los voluntarios salidos de París.

Los prusianos habian pasado el Aisne en Vauziers, y ocupado el camino de Chalons; pero en vez de dirigirse contra esta ciudad, habian hecho frente á Dumouriez, creyéndole envuelto, para obligarle á deponer sus armas, y hallábanse resueltos á presentarle batalla, para impedirle, segun decian, «librarse del lazo en que habia caído.» Sin embargo, los franceses no tenian deseo alguno de forzar el camino de Chalons, quedándoles, como les quedaba, el de Vitry, por el cual llegó Kellermann el 19. Desde el dia siguiente, trabose entre ambos ejércitos un violento cañoneo que no dió resultado alguno (20 de setiembre), y entonces el duque de Brunswick dirigió tres columnas de ataque contra la division de Kellermann apostada en el molino de Valmy. Nuestros bisoños soldados miraban con indecision á aquellos aguerridos veteranos, cuando Kellermann que les habia ordenado marchar á la bayoneta contra el enemigo, se puso á su frente gritando: «Viva la nacion!» El ejército entero se adelantó repitiendo este grito con entusiasmo; los prusianos se detuvieron, y el duque de Brunswick les hizo volver á sus posiciones. La revolucion que segun los emigrados no era mas que un *conjunto de zapateros remendones* y una anarquía sin nombre, habíase mostrado ante la coaliccion jóven, ardiente y tan bien armada como acertadamente dirigida: «desde aquel momento quedó juzgada, y aquel caos hasta entonces ridículo, apareció como un foco de terrible energía.»

El insignificante cañoneo de Valmy, que costó por una y otra parte ochocientos ó nuevecientos hombres, produjo para la Francia el efecto de una gran victoria. La alegría, la confianza y

la audacia reinaban en el campamento francés, el cual, provisto de víveres, veía sin temor la llegada del invierno, y esperaba refuerzos. «Ya marchen los enemigos adelante, escribía Dumouriez, ya intenten una retirada, ya quieran arrostrar la suerte de una batalla, tengo siempre la ventaja de la posición.» El ejército prusiano, por el contrario, hallábase dominado por la incertidumbre y la tristeza; acampado en un fango arcilloso, sin víveres, y aquejado por crueles enfermedades, había perdido ya veinte mil hombres. El duque de Brunswich veía el país ocupado y batido por innumerables destacamentos franceses; en todas partes se formaban campamentos de voluntarios; París, en revolución no retrocedía ante exceso alguno. Thionville acababa de obligar á los imperiales á levantar su campo, y en tan crítica situación, el general prusiano no podía permanecer donde se hallaba ni tampoco pasar adelante, y resolvió emprender su retirada. El rey de Prusia estaba también animado de iguales sentimientos á causa de los acontecimientos que ocurrían en el norte, donde los rusos, de acuerdo con el Austria, habían invadido la Polonia para derribar la constitución de 1791. Federico Guillermo se encontraba burlado por el emperador, y solo pensaba en reivindicar su parte de Polonia.

Los prusianos levantaron su campamento, pasaron otra vez los desfiladeros del Argonne, evacuaron Verdun y Longwy, y abandonaron la Francia (1.º de octubre). Su marcha fué muy lenta y muy poco molestada. Dumouriez, ocupado en su proyecto de conquistar los Países Bajos, encargó la persecución á Kellermann, que se encontraba en mala inteligencia con él; y por otra parte, créese que celebró con el enemigo un tratado secreto de evacuación, que fué ratificado por el poder ejecutivo y los comisarios de la asamblea nacional.

La fácil retirada concedida á los prusianos fué una grave falta, pues habiendo el ejército de Alsacia obtenido en aquella época muy brillantes triunfos, hubiera sido posible cerrarles el paso del Rin. En efecto, después que los imperiales desguarnecieron este río para reforzar al ejército sitiado por Thionville, Custine, que mandaba el ala izquierda del ejército de Alsacia, tomó la ofensiva, apoderóse sin obstáculo de Worms y de Spira (21 de octubre), y luego después de la importante plaza de Maguncia,

donde contaba con alguna inteligencia. Los prusianos temieron que se extendiese hasta Coblentza, que era el único puente que tenían en el Rin, y se apresuraron á llegar allí; pero Custine no pensaba en impedirles el paso: apoderose de Francfort y corrió por el Mein con objeto de revolucionar la Alemania, á riesgo de obligar á la dieta germánica á declararse enemiga.

Las hostilidades habían empezado al mismo tiempo en ambos extremos de la línea de operaciones de los aliados, en los Países Bajos y en los Alpes.—En los Países Bajos, los austriacos, después de derrotar á los franceses en el campamento de Maulde (24 de setiembre), tomaron posición delante de Lille, pero en vez de sitiar esta plaza regularmente, la bombardearon por espacio de doce días é incendiaron setecientas casas. La heroica defensa de los habitantes y la noticia de la marcha de Dumouriez hácia los Países Bajos, obligaron al enemigo á pasar de nuevo la frontera, después de aquella inútil barbarie (8 de octubre).—En los Alpes, Montesquiou, seguido de veinte mil hombres, invadió la Saboya (23 de setiembre), país del todo francés así por su idioma como por su posición, donde fué recibido con grande entusiasmo; mientras Anselme con seis mil hombres, algunos buques, y un millón aprontado por la ciudad de Marsella, penetraba en el condado de Niza (28 de setiembre), haciendo creer á los piemonteses que su división era la vanguardia de un ejército de cuarenta mil hombres. Todo huye á su presencia; Niza, el fuerte Montalban y Villafranca, se rindieron con inmensas municiones, cien piezas de artillería, varios buques de guerra, etc.

La conquista de Niza y de la Saboya, la resistencia de Lille, y la toma de Maguncia, completaron la gloriosa campaña de Dumouriez y asombraron la Europa. La revolución se presentó ante ella bajo un nuevo aspecto, y encontró en todas partes gran número de admiradores; la causa de la emigración perdió toda esperanza; la Francia, animada de belicoso ardor, sintió por primera vez toda su fuerza; olvidó sus males; consideró como pasajera la anarquía que entonces desgarraba su seno, y cifró todas sus esperanzas en la convención nacional, que se había reunido al día siguiente de la batalla de Valmy.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO QUINTO.

CONTINUACION DEL LIBRO TERCERO.

	Pág.
Cap. VI.—Guerra de sucesion de España. (1698—1715).	7
SECCION III.	
<i>Decadencia de la monarquía absoluta (1715—1789).</i>	
Cap. I.—Regencia de Felipe de Orleans. (1715—1723).	95
Cap. II.—Voltaire, Fleury y María Teresa. (1723—1748).	124
Cap. III.—Progreso de la filosofía.—Madama de Pompadour.—Guerra de los siete años. (1748—1763).	158
Cap. IV.—Fin del reinado de Luis XV. (1763—1774).	204
Cap. V.—Preliminares de la revolucion. (1774—1789).	231

HISTORIA DE LA REVOLUCION.

(1789—1830.)

Libro primero.

Monarquía constitucional (1789—1792.)

SECCION I.

Asamblea constituyente (5 de mayo de 1789—30 de setiembre de 1791.)

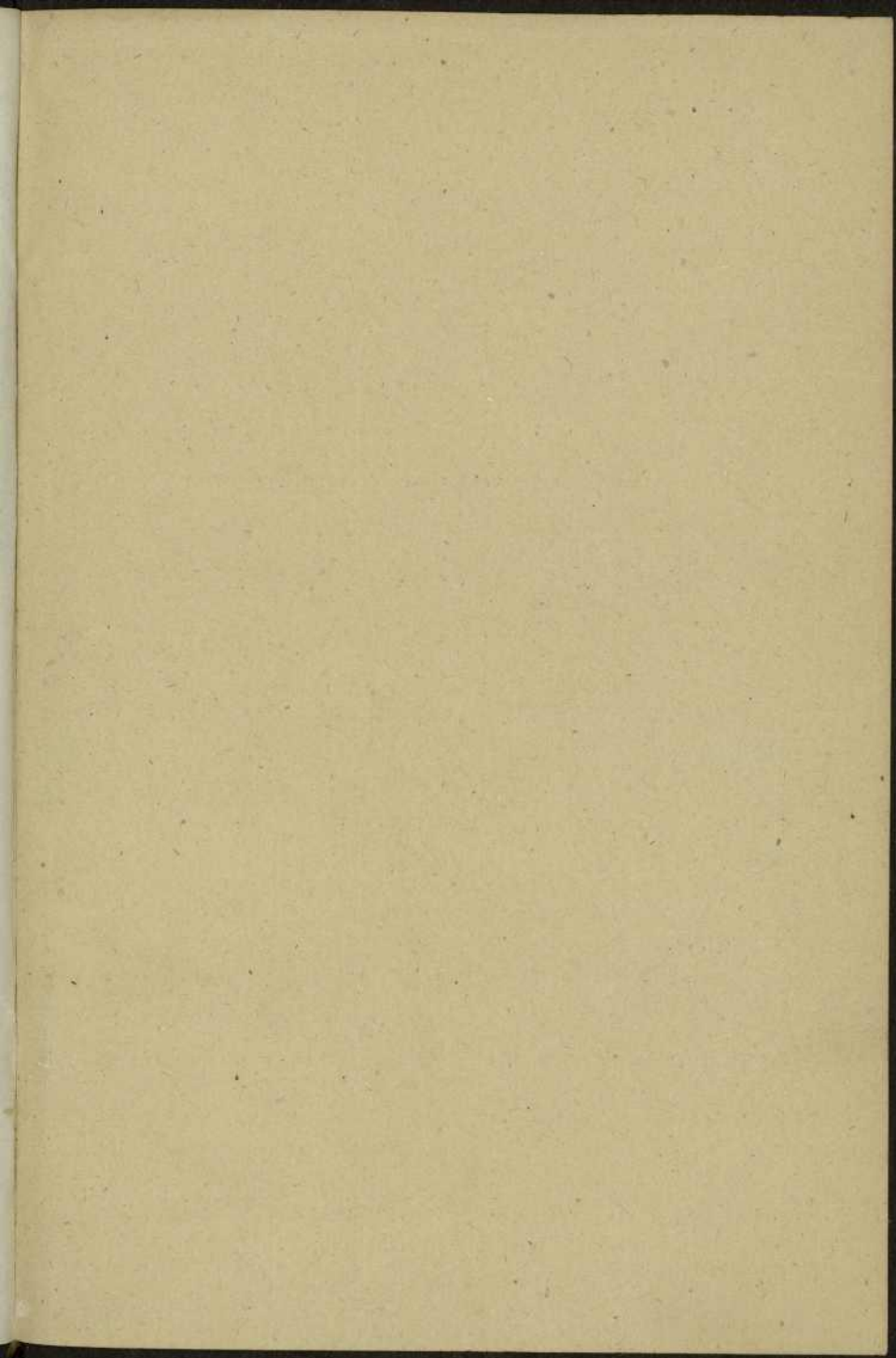
Cap. I.—Juramento del juego de pelota.—Toma de la Bastilla.—Los parisien- ses en Versalles.—Desde el 5 de mayo hasta el 6 de octubre de 1789.	273
Cap. II.—Tareas de la asamblea constituyente.—Fuga y prision del rey.— Terminacion de la constitucion.—Desde el 6 de octubre de 1789 al 30 de setiembre de 1791.	299

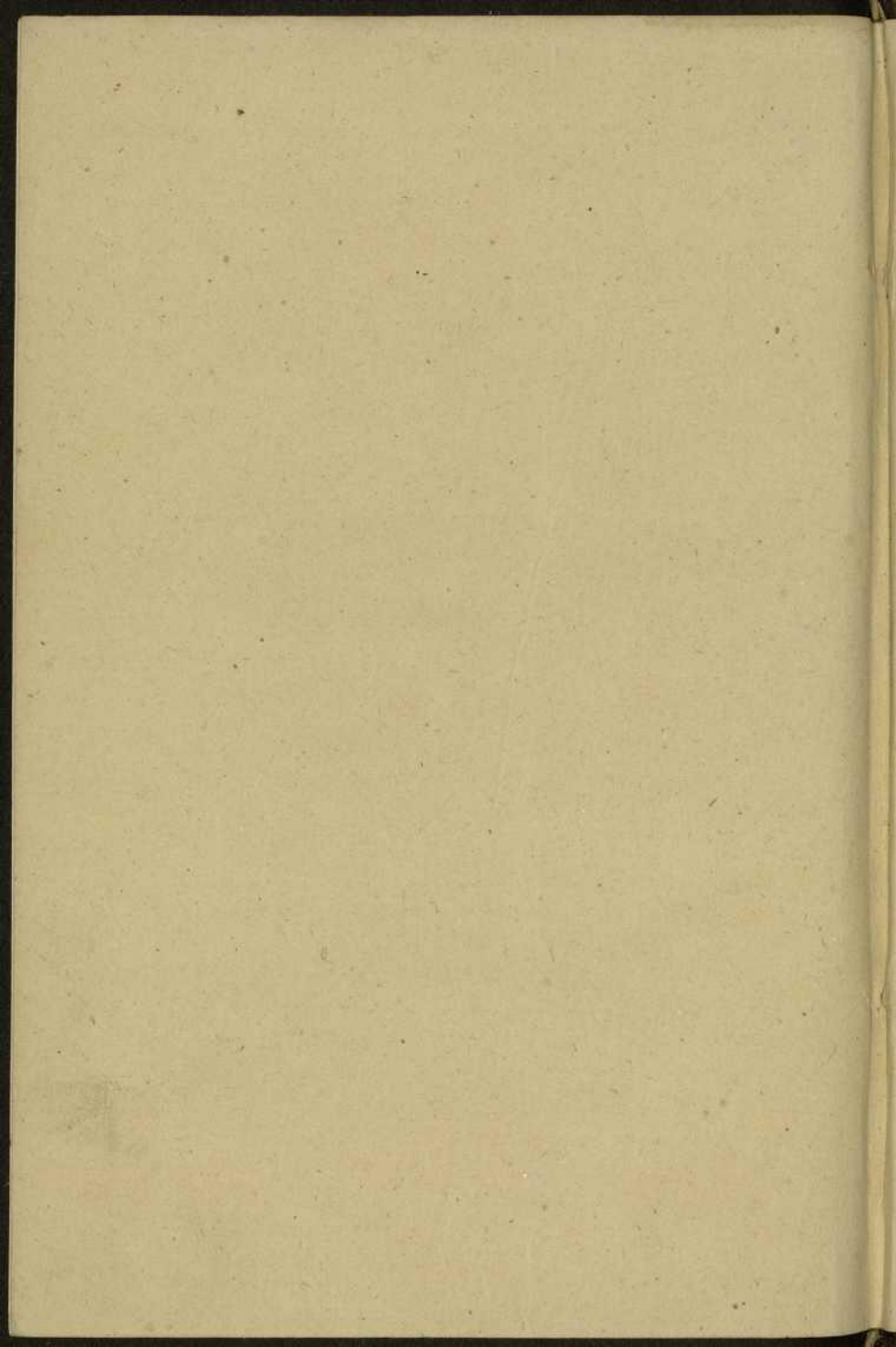
SECCION II.

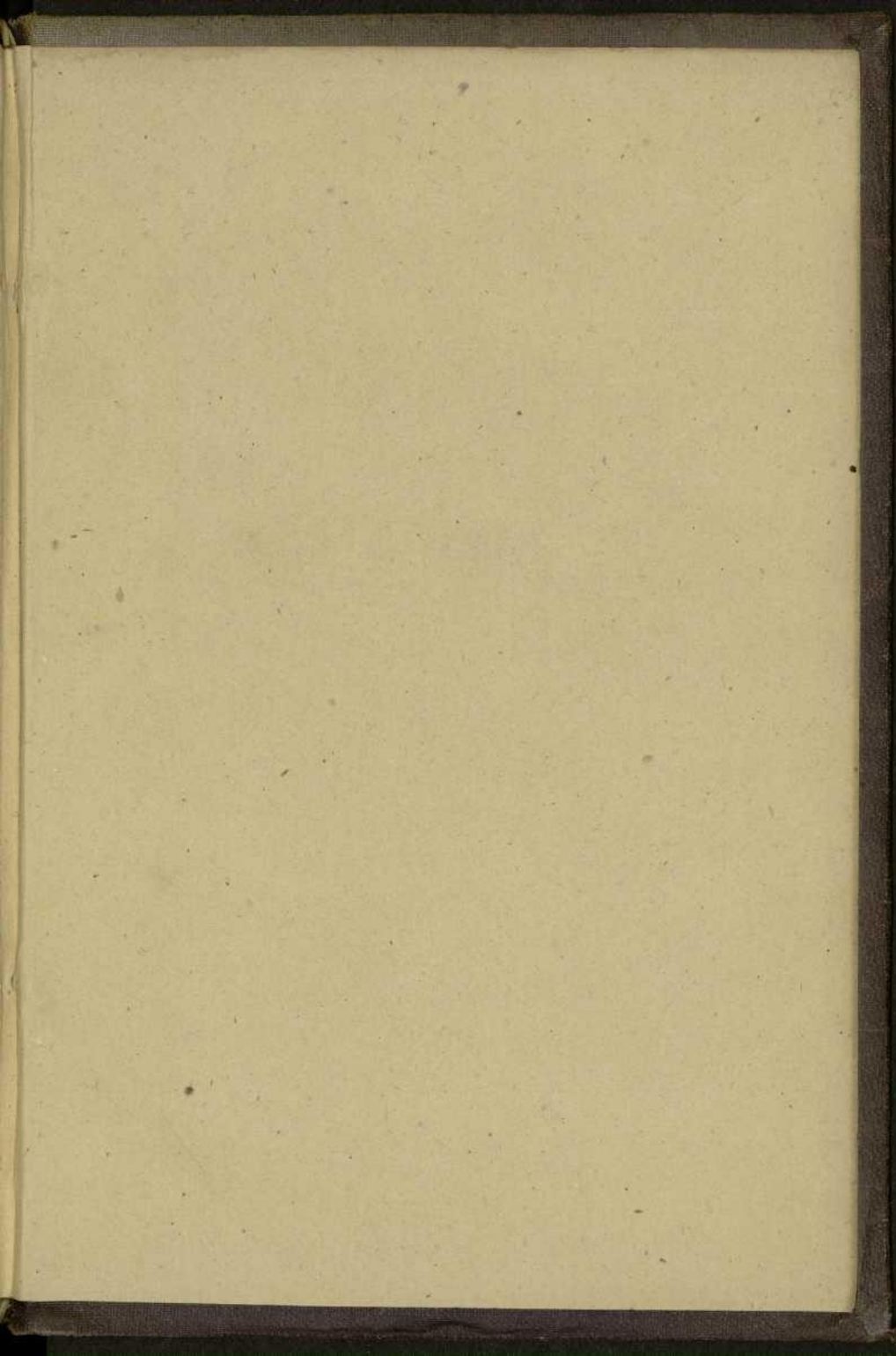
Asamblea constituyente 1.º de octubre de 1791.—20 de setiembre de 1792.

Cap. I.—Declaracion de guerra.—Jornada del 20 de junio.—Insurreccion del 10 de agosto.—Desde 1.º de octubre de 1791 hasta 10 de agosto de 1792.	326
Cap. II.—Degüello en las cárceles.—Combate de Valmy.—Desde el 10 de agosto hasta el 21 de setiembre de 1792.	357

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.









HISTORIA
DE
FRANCIA

5

16.127